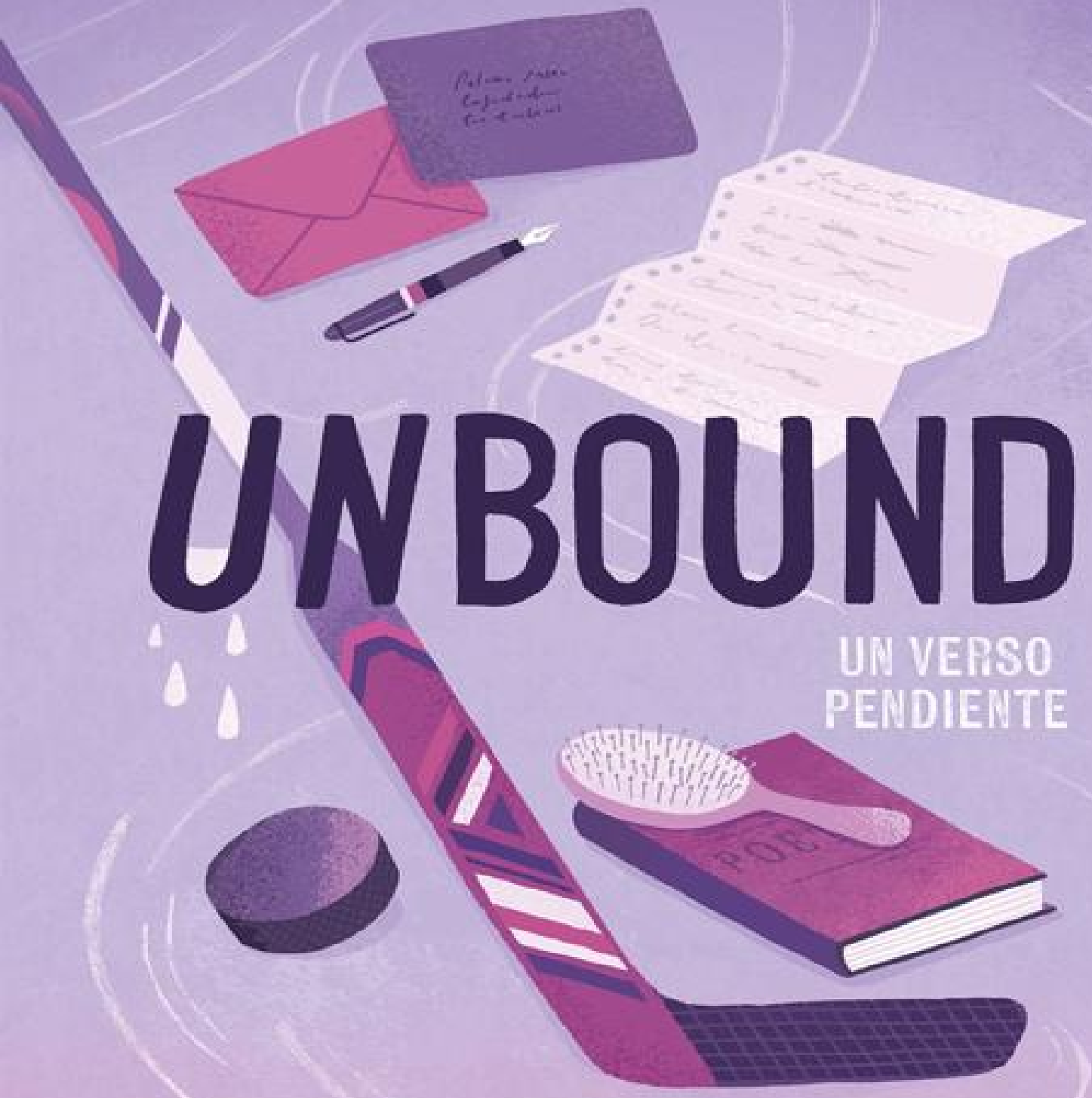
«Devastadora y romántica. Una pluma deslumbrante».
BAL KHABRA, autora de *Collide*



UNBOUND

UN VERSO PENDIENTE

De la autora de ***Unsteady***

PEYTON CORINNE

Lit
RBA

UNBOUND

PEYTON CORINNE

Traducción de Mariona Gastó

RBA

Índice

GLOSARIO
NOTA DE LA AUTORA
PLAYLIST
PRÓLOGO. Bennet
1. Bennet
2. Paloma
3. Paloma
4. Bennet
5. Paloma
6. Bennet
7. Paloma
8. Bennet
9. Paloma
10. Paloma
11. Bennet
12. Paloma
13. Paloma
14. Bennet
15. Bennet
16. Paloma
17. Bennet
18. Bennet
19. Paloma
20. Paloma
21. Bennet

22. Paloma
23. Bennet
24. Paloma
25. Bennet
26. Bennet
27. Paloma
28. Bennet
29. Bennet
30. Paloma
31. Paloma
32. Paloma
33. Paloma
34. Bennet
35. Paloma
36. Bennet
37. Bennet
38. Paloma
39. Bennet
40. Paloma
41. Bennet
42. Paloma
43. Bennet
44. Paloma
45. Bennet
46. Bennet
47. Paloma
48. Bennet
49. Paloma

50. Paloma
51. Bennet
52. Bennet
53. Bennet
54. Bennet
55. Bennet
56. Bennet
57. Paloma
58. Paloma
59. Paloma
60. Paloma
61. Paloma
62. Paloma
63. Paloma
64. Paloma
65. Paloma
66. Bennet
67. Bennet
68. Paloma
69. Bennet
70. Paloma
71. Paloma
72. Bennet
73. Paloma
74. Bennet
75. Paloma
76. Bennet
77. Bennet

78. Bennet
79. Paloma
Epílogo. Paloma
Agradecimientos

AVISO DE CONTENIDO

Este libro contiene descripciones explícitas de pensamientos obsesivos, conductas compulsivas y ataques de pánico. Se mencionan y se tratan cuestiones de trauma y abandono infantil, agresión sexual y pederastia; así como lenguaje inapropiado, contenido sexual explícito y aspectos que pueden herir la sensibilidad de algunos lectores. Por favor, ten esto en consideración antes de leer.

Título original inglés: *Unbound*.

© del texto: Peyton Corinne, 2026.
© de la traducción: Mariona Gastó Jiménez, 2026.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2026.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: junio de 2026.

REF.: OBEO101
ISBN: 979-13-7031-330-2

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

A quienes tuvieron que hacer de tripas corazón a diario
a pesar de las trabas y el dolor.
Este libro es para vosotros.

GLOSARIO

BLOCKER: guante del portero.

ECHL: liga menor de hockey sobre hielo en Estados Unidos (nacional) que se encuentra por debajo de la NHL (National Hockey League o Liga Nacional de Hockey de Estados Unidos) y de la AHL (American Hockey League o Liga de Hockey Americana). Responde a sus siglas en inglés: East Coast Hockey League.

ENFORCER: jugador cuyo objetivo suele ser impedir las jugadas del equipo rival (en ocasiones, quizá respondiendo de forma agresiva) para «proteger» al resto de su equipo en un ataque a portería contraria (característico de Estados Unidos y Canadá, donde la naturaleza de los partidos es más violenta). Este papel en cuestión está desapareciendo del hockey moderno, ya que no es ninguna posición oficial.

FROZEN FOUR: sistema de final a cuatro de hockey en la NCAA.

GUARDAS: la protección para las piernas del portero.

NHL: Liga Nacional de Hockey Hielo Americana (por sus siglas en inglés*: National Hockey League*).

PUCK: disco o pastilla que se utiliza en hockey hielo.

SHUTOUT: dejar la portería a cero (interceptar todos los tiros a portería por parte del equipo contrario, evitando así que marquen gol).

STICK: palo de hockey.

STRAP ELÁSTICO: tira elástica que une las guardas con la cuchilla de los patines de los porteros (también conocido como *toe tie* o *toe hook*).

NOTA DE LA AUTORA

Este libro es muy especial para mí y me toca muy de cerca. En estas páginas encontraréis un romance precioso entre dos personas que se merecen el mundo entero. También veréis que se tratan distintos temas.

Bennett Reiner, uno de los protagonistas de *Unbound*, es autista y tiene trastorno obsesivo-compulsivo (TOC), motivos por los cuales va a terapia desde pequeño. Trabajé codo con codo con Monica Rush, doctora en psicología clínica, para crear este personaje y redactar los varios borradores de la novela, con la esperanza de poder detallar todas las facetas de Bennett y las sesiones de terapia que aparecen en la obra con la mayor precisión posible. Le estoy inmensamente agradecida por su ayuda. Ojalá la delicadeza con la que he dado vida a este personaje os permita, a muchos de vosotros, veros reflejados en él. Esta es, en gran medida, mi mayor ilusión como escritora.

Además, a pesar de escribir novelas románticas, en mis libros pueden aparecer distintos temas que tal vez afecten a algunos lectores. Ten en cuenta las advertencias de contenido.

Sed amables con vuestra cabecita, amigos.

PLAYLIST

«Love Letter from the Sea to the Shore», Delaney Bailey
«World Spins Madly On», The Weepies
«Doing Fine», Eliza McLamb
«Garden Song», Phoebe Bridgers
«Like Real People Do», Hozier
«Picking Flowers», Boy In Space
«The Prophecy», Taylor Swift
«Cutting My Fingers Off», Turnover
«Flight Risk», Tommy Lefroy
«the lakes», Taylor Swift
«I Don’t Like My Mind», Mitski
«Fuck Me Eyes», Ethel Cain
«We Hug Now», Sydney Rose
«Satellite», Harry Styles
«Hold My Name», Ocie Elliott
«Big Black Car», Gregory Alan Isakov
«Cinnamon Girl», Lana Del Rey
«Funeral», Phoebe Bridgers
«when the party’s over», Billie Eilish
«Feels Like», Gracie Abrams
«Sailor Song», Gigi Perez
«Beach Baby», Bon Iver
«Tonight You Are Mine», The Technicolors

«Rosyln», Bon Iver, St. Vincent
«If U Love Me Now», MUNA
«Crystal», Stevie Nicks
«Rockland», Gracie Abrams
«back to friends», sombr
«Hearing Damage», Thom Yorke
«Words», Gregory Alan Isakov
«You’re the Only Good Thing in My Life», Cigarettes After Sex
«With Or Without You», U2
«Sullen Girl». Fiona Apple
«Unknown/Nth», Hozier
«Lust for Life», Lana Del Rey ft. The Weeknd
«S P E Y S I D E», Bon Iver
«We’ll Never Have Sex», Leith Ross
«Each Coming Night», Iron & Wine
«Decimal», Novo Amor
«anything», Adrianne Lenker
«At The Beach, In Every Life», Gigi Perez
«Sky Blue and Black», Jackson Browne
«would’ve been you», sombr
«Alright», Keaton Henson
«Rivers In Your Mouth», Ben Howard
«Let’s Talk About Your Hair», Have Mercy
«Silver Spoon», Erin LeCount
«What Was I Made For?», Billie Eilish
«champagne problems», Taylor Swift
«lover’s grip», Them & I
«Can’t Deny MyLove», Brandon Flowers

«Gibson Girl», Ethel Cain
«How to Disappear Completely», Radiohead
«Bones», Ben Howard
«Little Freak», Harry Styles
«Cherry», Lana Del Rey
«Paris», Taylor Swift
«Old Pine», Ben Howard
«Strangers», Ethel Cain
«not a lot, just forever», Ariadnne Lenker
«running in place at the edge of the map», Runner
«Movement», Hozier
«Me & My Dog», boygenius
«Let Down», Radiohead
«True Blue», boygenius
«The City and the River», The Rescues
«You Are in Love», Taylor Swift

Ser orilla quiere el corazón
para un mar con total devoción,
acunando cada posición,
en su infinita repetición.

ROBERT FROST, *Devoción*

PRÓLOGO

Bennet

HACE TRES MESES: ÚLTIMO CURSO

OCTUBRE

Es tarde y la fiesta resulta un poco agobiante, pero la cerveza que me he tomado me tranquiliza poco a poco.

Hemos ganado el partido; ha estado reñido, pero ha sido una victoria estupenda. Rhys, mi mejor amigo y nuestro capitán, ya ha desaparecido escaleras arriba con Sadie, su nueva novia. Yo cruzo la cocina (que está tan desordenada que me pone de los nervios) y voy a por una de las IPA que tengo cuidadosamente ordenadas.

—Lleva una taja descomunal —musita alguien que se me acerca en la cocina, prácticamente vacía—. Aunque, viniendo de Paloma, no me sorprende.

Oír su nombre es como sentir un cubito de hielo en la espalda.

«Paloma».

Aprieto el puño con fuerza y vuelvo a guardar la cerveza en la nevera antes de cerrar la puerta y sacudir la cabeza con brusquedad. No oigo nada más. Procedo a responder a la llamada de auxilio que Paloma no ha solicitado y me abro paso entre las sudorosas personas que hay por aquí hasta salir por la puerta trasera.

—Ben, ho...

Ignoro a Holden, el bonachón de nuestro defensa de la primera línea, y paso por su lado hasta que la veo. Tiene la cabeza hundida en las manos. Los rizos rubios le caen en cascada por un lado, cubriéndole el rostro.

No solemos hacer esto; ambos estamos acostumbrados a esconder nuestra historia de todos quienes nos rodean, pero nunca jamás voy a dejar que sufra o lo pase mal. Lo que siento por Paloma Blake me hace sentir como si tuviera el corazón atado a una correa y una soga alrededor del cuello, amenazándome constantemente.

—Eh, P. —digo poniéndome en cuclillas delante de ella—. ¿Estás bien?

Le aparto los mechones que le caen alrededor de la cara y, con un nudo en el estómago, miro sus ojos castaños. Los tiene medio cerrados.

—Bennett —dice, casi maravillada, como si tenerme delante fuese algo místico.

—Deja que te lleve a casa —le susurro encogiéndome un poco para no asustarla, pero con los hombros bien cuadrados para bloquearla tanto como pueda de la vista de los demás.

Ella sacude la cabeza despacio, hace un puchero y le sobresale el labio inferior.

—No quiero irme —responde.

Se me escapa un suspiro y me incorporo. Paloma alarga la mano hacia mí y me pasa los dedos por la trabilla del cinturón.

—No te vayas —me pide con un hilo de voz, apoyándome la palma en los pantalones.

Noto que me sube el calor a las mejillas, pero vuelvo a agacharme para quedar a su altura sin que ella tenga que levantarse de la silla.

—Entonces deja que te lleve arriba.

—Pensaba que decías que no podía seguir durmiendo contigo.

Le entra hipo. Tiene los ojos húmedos y las pupilas dilatadas. Mueve los dedos con cuidado y me agarra por la cintura del pantalón.

—He cambiado de opinión. Vamos, P.

La levanto y la llevo dentro. Cuando estamos a medio subir las escaleras, me agarra de la camiseta.

—Espera —dice en voz tan baja que a duras penas la oigo—. No quiero irme a dormir todavía.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué no?

Paloma sacude la cabeza y baja la vista.

—¿Has vuelto a tener pesadillas?

—Sí...

Su confesión me recorre el cuerpo entero. Nos sentamos en las escaleras, lo bastante lejos como para quedar escondidos bajo las atenuadas luces de la segunda planta.

—Bueno, pues podemos pasar un rato sentados mirando a los demás. —Paloma me sonríe con ternura y yo no puedo evitar devolverle el gesto—. Túmbate si quieres, P.

Me apoya la cabeza en el regazo y yo le paso los dedos por ese rebuscado recogido que lleva, bañado en laca. Le acaricio el pelo, despacio y con cuidado.

Mucho más tarde, cuando casi no queda nadie en la fiesta, la cojo en brazos y subo las escaleras hasta mi habitación. Al cabo de unos

segundos de haberla tumbado en la cama, Siete, mi labrador negro, empieza a gemir y a hundirle el hocico en el pelo, en el hombro y en cualquier otra parte del cuerpo de Paloma que pueda sin tener que levantarse del suelo.

—Shhh —le digo, dándole unos golpecitos con la mano para apartarlo.

Sin embargo, Paloma dibuja una tierna sonrisa con los labios y alarga el brazo, a ciegas, para tocarlo.

—Bebito... —musita, y yo sonrío con cariño—. Ven, Siete.

El animal no espera a que le dé permiso. Se lanza a los brazos de Paloma y descansa la cabeza a su lado.

Mi perro es leal como el que más y lleva protegiéndola desde que la conoció. Cuando empecé a volver a casa sin ella, gemía y lloriqueaba, como si fuera el eco de mi propio dolor. Y aún hoy, cuando regreso a casa solo, sigue gimiendo, como mínimo, una vez.

Ahora mismo, está acurrucado al lado de la Paloma en la cama y moviendo la cola, feliz.

—¿Quieres ducharte, P.?

Sacude la cabeza y abre muy sutilmente los ojos para mirarme y responder:

—Estoy reventada.

Le aparto unos cuantos mechones de pelo y le doy un beso en la frente. Ella me acaricia perezosamente la mandíbula; me he afeitado hace poco.

—A veces me cuesta creer que seas real —murmura soñolienta y con un dulce tono de voz—. Que no seas fruto de mi imaginación.

Le arde la mirada y, cuando me estudia, en sus ojos marrones atisbo algo casi parecido al desconsuelo. Me siento como si estuviese

perdiéndola aquí mismo, de modo que me hundo en el colchón y la abrazo con fuerza.

Como si así pudiese evitar que se marchara.

Como si así pudiese volver a hacerla mía, como tendría que ser.

El delicado brillo de la lamparita acaricia la cara de Paloma mientras se queda dormida.

Una vez me dijo que no le gusta la oscuridad absoluta. Se hizo pequeña y, con un hilo de voz, me confesó: «No me gusta que me envuelva la oscuridad. Como cuando apago la luz y está todo muy a oscuras y tengo que forzar la vista, por ejemplo. No... No me gusta no saber dónde estoy».

Ahora, siempre le dejo la lamparita encendida, que tiñe mi sencilla habitación de un tono ámbar. No tardará demasiado en despertarse; primero suele asustarse y, luego, cuando se da cuenta de que está aquí conmigo, a salvo, le entra el hambre.

He aquí nuestra nueva rutina. Me duele, pero temo que me dolería infinitamente más no saber que está bien.

Tener que estar siempre preguntándome cómo se encuentra.

Así que, de momento, me basta con esto. Me contentaré con lo que esté dispuesta a darme. Aunque sea solo esto. Para siempre.

1

Bennet

PRESENTE: ÚLTIMO CURSO

ENERO

—A veces me cuesta creer que seas real —susurra acariciándome la barbilla. Su mirada es tan abrasadora que se me forma un nudo en la garganta—. Que no seas fruto de mi imaginación.

Acto seguido, vuelve a abrir la boca. Me pide algo, me lo suplica, pero sus palabras no son más que gritos silenciosos. Y, por más que implore yo, no la oigo.

En parte, tengo ganas de gritar. Tantas que levanto el brazo y me froto los ojos con la mano.

Agua, no lágrimas.

El fuerte chorro de la ducha duele. Me centro en la espuma que me resbala por el cuerpo y que cae por el desagüe; me deshago del recuerdo.

«No está aquí. Estoy solo. Otra vez», me repito, como un cruel pero necesario mantra.

«Estoy en la ducha. Paloma no está aquí».

«Estoy en la ducha y ella se ha ido. Acuérdate».

Apoyo las manos en los azulejos, con fuerza, y respiro pesadamente mientras intento centrarme. Vuelvo a contar los cuadraditos negros esparcidos entre las baldosas grises y me enjabono de nuevo. Tengo la piel irritada, llevo demasiado tiempo en la ducha, bajo el agua ardiente, pero no importa.

Solo así conseguiré deshacerme de su imagen.

Hoy tenemos partido, lo cual significa que debo retomar mi rutina antes de que vuelva a descentrarme por completo.

Me pongo unos pantalones de chándal grises y una camiseta de deporte de Waterfell. Dejo que Siete vaya hacia la puerta mientras doblo las sábanas y dejo la bolsa de hockey al lado del escritorio con mi sudadera de la suerte perfectamente doblada justo encima, con el borde mordido de la manga escondido.

Cuando hago ademán de apagar la lámpara, siento una pequeña aunque amenazante ola de ansiedad, por lo que decido dejar la luz encendida.

«No seas idiota. Apágala. Nadie necesita que dejes la lamparita encendida. Paloma ya no la necesita, igual que tampoco te necesita a ti...».

Me marcho y dejo que el brillo de color ámbar de la lámpara tiña mi cuarto.

Vuelvo a caer en el impulso de mirar el móvil. No me ha llegado ninguna notificación más. No me sorprende, pero no por eso me duele menos. No he vuelto a saber nada de ella desde octubre; tampoco he vuelto a verla.

Al darse cuenta de que me he quedado petrificado, Siete me da unos golpecitos en la pierna. Solo quiere asegurarse de que esté bien.

Le toco la cabeza y voy hacia la cocina mientras trato de barrer los recuerdos de Paloma a un lado y encerrarlos en mi habitación, mientras finjo que a la mañana siguiente no me desperté en una cama vacía y con las sábanas frías. Que no me pasé los siguientes meses tan preocupado por ella que empecé a conducir por el centro de Waterfell durante las vacaciones de Navidad para asegurarme de que estuviera bien, a salvo.

Entro en el chat de grupo que tenemos para ver si hay alguien despierto y le mando un mensaje a Holden para invitarlo a nuestro «desayuno familiar», tal y como ha empezado a llamarlo Freddy. Su respuesta me irrita:

Toren también puede venir?

Podría decirle que sí, a sabiendas de que el defensa de nuestro equipo, al que tanto odio, no se presentará. Sin embargo, hacerlo sería una especie de traición.

Durante el partido del Frozen Four del año pasado, Toren Kane cargó contra Rhys en el hielo, y ahí terminó la temporada de mi mejor amigo, a quien sacaron de la pista en una camilla. Mi mejor amigo, roto, sangrando y aterrado. Y yo no pude hacer nada por ayudarlo.

Luego, nuestro entrenador decidió fichar a Toren, a pesar de los precedentes con nuestro equipo y de la reputación que tenía en el hielo.

Cuando nos comunicaron que se uniría al equipo, yo estaba más que dispuesto a odiarlo, a acatar órdenes de mi capitán y mejor

amigo, y a hacer lo que fuera necesario con tal de apartarlo de la línea de Rhys.

Pero, desde entonces, Toren ha empezado a facilitarme el trabajo. Es, tranquilamente y con diferencia, el mejor defensa con el que he jugado en toda mi vida. Fue complicado ignorarlo, pero lo hice porque siempre le seré fiel a Rhys.

Sin embargo, luego lo vi defender a Ro, la tutora de Freddy (que luego se convirtió en su novia) y mejor amiga de Sadie. Toren no conocía a la chica y lo único que le importó fue pararle los pies a ese cabrón para que no le hiciese daño a una persona indefensa. Después de eso, me costó más evitar que me cayera bien.

Pero se me da bien guardar secretos, a pesar de que yo no tenga muchos.

Aunque sí guardo uno bajo llave. El más importante de todos.

«*Eres la única persona que me ha importado jamás. En toda mi vida. Y me*...».

Sacudo la cabeza para deshacerme del recuerdo de su voz, aunque suene muy amortiguado y esté perdido en un mar de dolorosos recuerdos, y comienzo a preparar nuestro desayuno prepartido al son de «World Spins Madly On», de The Weepies, que llega desde los altavoces de la cocina. Vuelvo a leer el hilo de mensajes del grupo. Como nadie ha respondido a la pregunta de Holden, yo tampoco digo nada. Cuando algo tiene que ver con Toren Kane, me ciño a acatar las órdenes de Rhys.

Cojo huevos para las tortillas, mantequilla y la mezcla para las tortitas. Mucha carne y carbohidratos para el partido que tenemos a última hora de la tarde. Un menú completo para nuestra llenísima casa. Una casa cálida y que rebosa amor, aunque no por eso dejo de

sentir ese hueco en el corazón. Es como tener una cicatriz que me recuerda que me falta algo.

Una risa aguda me indica que mi tranquilo ritual matutino ha llegado a su fin. Primero aparece Liam seguido de Rhys (que solo lleva puestos unos calzoncillos). Mi mejor amigo levanta al crío de siete años del suelo de madera y se lo coloca en el hombro.

—Buenos días, Bennett —me saluda con una sonrisa socarrona y hablando alto para que lo oiga a pesar de los chillidos del niño—. Siento el escándalo.

La novia de Rhys, Sadie, que es una patinadora de nuestra universidad, se escabulle justo después, más roja que un tomate. El verano pasado, se hicieron amigos en secreto y acabaron enamorándose irremediablemente. La chica fue muchísimo más capaz que yo de reparar las partes rotas de mi mejor amigo, y por eso siempre le seré fiel. Tanto a ella como a sus hermanos pequeños, que a veces duermen aquí, con nosotros. Suelen quedarse en casa de los padres de Rhys, Max y Anna Koteskiy; no obstante, cuando echan de menos a su hermana y la logística se lo permite, se instalan en la habitación que tenemos libre.

—No importa. Estoy preparando el desayuno. Para todos.

Rhys asiente.

—Voy a avisar a esos vagos —señala.

—Bájame...

—Ya te lo he dicho, Liam: basta de entrar en nuestro cuarto sin llamar a la puerta o al final tendré que pasar el pestillo —se queja Sadie con los ojos bien abiertos, pese a que se ha despertado una hora antes de lo habitual.

—Uy... ¿El pequeñajo este ha visto a mi capitán con menos ropa de la que debería? —pregunta Freddy.

Bosteza y se choca con el hombro contra el marco de la puerta al entrar a trompicones en la cocina. Él también va solo con calzoncillos.

—Ahora mismo está viéndote *a ti* con menos ropa de la que debería verte nunca nadie —espeta Sadie—. Tápate un poco, joder.

Liam se echa a reír con más ganas. Se está divirtiendo tantísimo que le cuesta respirar, tiene la cara rojísima.

—Has dicho una palabrota, tata —señala el niño.

—Eso, *tata* —bromea Freddy, dándole un golpecito con la cadera a la patinadora, que es mucho más bajita que él—. Además, ¡voy exactamente igual que tu novio!

—No es lo mismo —responde ella fingiendo arcadas y tapándose los ojos.

—Si Ro estuviese aquí, se pondría hecha una fiera con tu comentario.

Rosalie Shariff ha estado saliendo con Freddy, nuestro ala izquierdo, desde Dios sabe cuándo, aunque sospecho que llevan más tiempo juntos de lo que admitirán jamás. Le hizo de tutora a Freddy el semestre pasado, vino a casi todos nuestros partidos como su «amiga» y, desde entonces, se han vuelto inseparables.

—A todo esto, ¿dónde está mi compi de piso? —se interesa Sadie.

Es raro, sí. Ro y yo solemos ser los primeros en despertarnos.

Freddy sonríe de oreja a oreja y hace ademán de abrir la boca, pero Rhys y yo gruñimos antes de que pueda decir nada.

—Digamos que, por suerte, nosotros sí cerramos la puerta con pestillo. Tu compi de piso es un peligro, Brown. Me ha tenido toda la

noche en vela. Estoy reventado...

—Muuuy bien —lo corta Rhys, que ahora tiene a Liam apoyado en la cadera y con la camiseta del pijama de *Star Wars* tan tensada que casi se le sale del hombro. Como si así pudiese librarse ni que fuera un poco del mal humor de su hermana, el niño apoya la cabeza en el hombro de Rhys; como los dos están despeinados, los revueltos mechones de pelo de uno se mezclan con los del otro—. Todo el mundo a vestirse para el desayuno familiar. Freddy: los calzoncillos no cuentan. Tienes que ponerte una camiseta. Y Liam...

—No cerréis la puerta con pestillo, porfi. ¿Cómo voy a entrar si tengo alguna pesadilla?

Liam le pone ojitos a Rhys en un gesto que tiene más que entrenado. Sin embargo, cuando algo tiene que ver con la familia Brown, mi capitán es un blandengue. Cuando hace falta, Sadie siempre se pone en modo madre con sus hermanos; lo que pasa es que Rhys no está acostumbrado a adoptar otro papel que no sea el de amigo atento.

—Pero tienes que *llamar* —le dice Rhys finalmente.

Aun así, le da un achuchón al crío antes de volver a colocárselo en el hombro.

—En buen momento los habrá pillado... —musita Freddy por lo bajo, yéndose hacia las escaleras y tocándome el hombro al pasar.

Rhys vuelve a sonrojarse al oírlo y a mí se me escapa la risa.

—¿Quiero saber lo que ha dicho? —pregunta Sadie en voz baja y de brazos cruzados, antes de levantar la vista hacia mí y sacudir la cabeza.

—Nope —respondo.

Se marchan todos para cambiarse y vestirse como es debido y yo me pongo a preparar las tortitas, los gofres, los huevos y todo lo que me han pedido para desayunar. Cuando ya están todos mis amigos en una mesa repleta de platos, empezamos a comer.

Ahora, en lugar de la calma que solía acompañar mis mañanas, es todo bullicio. Y no lo cambiaría por nada del mundo.

Aunque no por eso me cuesta menos. No cuesta nada ver dónde estoy sentado: en la cabecera de la mesa, solo. Eso mientras Rhys mima a Sadie, que está sentada a su lado, y Ro mima a Freddy. Mientras la persona a quien yo tanto quiero mimar no está aquí para dejar que lo haga. Y me preocupa que nunca vaya a estarlo.

Es tan fácil imaginar a Paloma aquí, sentada en una silla a mi lado. Comiendo algo que le haya preparado yo, con sus cálidos pies escondidos bajo mi muslo, abrigada con una sudadera y con una trenza despeinada. A lo mejor me dejaría que le diese de comer. Tal vez hablaría con todo el mundo. Quizá sería como yo. Callada, observadora.

Pero no está aquí.

«*A veces me cuesta creer que seas real. Que no seas fruto de mi imaginación*».

Sacudo la cabeza y me rasco la oreja con el hombro.

Todo el mundo ve a Paloma como una fiestera. De esas que siempre están pasándolo bien, divirtiéndose, emborrachándose y sonriendo. Creen que se lo pasa en grande bailando bajo los focos, en medio de un mar de personas.

Pero la conozco bien.

Sé que lo que más le gusta es la tranquilidad o las primeras horas de la mañana, cuando solo se oye el lejano piar de los pájaros. Sé

que se pone sonidos del mar para dormir y que, cuando está en el agua, se siente en paz. Sé que preferiría quedarse sentada, en completo silencio, con mi ropa puesta y en mi habitación, antes que ir a otra fiesta.

Pero también sé que Paloma elegiría fustigarse a sí misma que permitirse disfrutar de todo eso.

La conozco de verdad. Puede que sea la única persona que la conoce tan bien.

Mi Paloma Blake es un secreto que guardaré siempre bajo llave. En mi corazón.

2

Paloma

PRESENTE

En lugar de aliviar mi ardiente piel, como esperaba que ocurriese, el frío aire de la noche me raspa las mejillas con fuerza.

—¿Está segura de que no quiere que la lleve?

«Antes preferiría arrancarme los ojos con mis zapatos de tacón bajo».

—No hace falta. Gracias —respondo mientras finjo buscar las llaves sin dejar de vigilar al hombre que tengo a escasos centímetros de mí.

Podría decir que tengo miedo, pero no sería cierto. Solo estoy siendo prudente. Precavida. He visto tanta maldad en hombres de a pie que ya no subestimo a nadie.

—Lo ha hecho muy bien, señorita Blake —me alaba. Paso del comentario, como si me hubiese dicho: «No has gritado cuando te he puesto la mano en el muslo por debajo de la mesa». En teoría, esto tenía que ser una entrevista de trabajo, no una oportunidad para que el tipo en cuestión se pasara una hora mirándome lascivamente—. Ya la llamaremos.

—Genial.

Espero no volver a verlo en la vida.

Frustrada y todavía un poco alterada, finjo escribir en el móvil y echo a andar hacia el tailandés que hay justo al lado. Sigue abierto y lo uso de excusa para alejarme de él y esperar el taxi que he pedido.

La tenue luz ambiental del local le da un toque cálido y agradable a ese moderno interior. Es tan tarde que no hay casi nadie, a excepción de las dos parejas que reconozco en un reservado del fondo.

Sadie Brown y Rhys Koteskiy sentados delante de Ro Shariff y Matt Fredderic.

«Tiene que ser una broma...».

No me doy tiempo a preguntarme si la noche podría ir peor (la respuesta es siempre «sí»). En lugar de eso, me agacho un poco absurdamente con la esperanza de que no me hayan visto y me escabullo para regresar fuera, donde me recibe un aire glacial.

Me rugen las tripas. A lo mejor porque no ha parado de darme vuelcos el estómago durante toda la entrevista, en la que solo he comido unas migas de pan, desesperada por largarme de ahí. Se suponía que tenía que reunirme para cenar con varias personas del comité de contratación, pero no ha sido el caso. Y ahora estoy helada y muerta de hambre.

Aunque es muy probable que me sienta así porque acabo de ver a dos parejas la mar de felices compartiendo comida caliente y riendo despreocupadamente.

«¿Y ella por qué puede pasar página? ¿Por qué yo no?».

Trato de deshacerme de esos ridículos pensamientos antes de que me carcoman o me raye y la controlada existencia que tanto me he esmerado en construir se quede en nada.

El año pasado, Sadie fue mi compañera de malas decisiones. Ya la había visto antes, o en fiestas o de pasada: patinadora artística de día y chica con cierta reputación de noche. Al igual que yo, tenía predilección por los deportistas, de modo que solíamos movernos por los mismos círculos de forma involuntaria. Y, de forma voluntaria, acabamos estrechando lazos.

Así las dos estábamos menos solas.

Yo era consciente de los apodos que los demás nos ponían. «Rondapistas» o «cazacamisetas», «pucktillas»... Nos llamaban de todo, pero no dejábamos que eso nos afectara.

Aunque una vez sí que le pegué un puñetazo a alguien por llamarla «zorra».

En su día, estábamos unidas, como uña y carne, e íbamos de fiesta en fiesta de la mano. Nunca llegamos a ser amigas de verdad, pero Sadie me apoyaba.

Sin embargo, el semestre pasado conoció a Rhys Koteskiy. Pensé que la cosa no duraría; esa chica nunca pasaba de los ligues de una noche o de los follamigos. Pero... siguieron juntos... felices. Y, a pesar de sus habituales problemas amorosos, Sadie parece contenta.

Veo un destello. Uno de pelo mojado y enmarañado, y de unas manos callosas quitándome toda la arena de la piel con cuidado. Una sudadera grande y calentita, y un montón de galletas de queso pegadas a mis labios mientras me quedo dormida, despacio, sobre su suave pecho.

«Para». Sacudo la cabeza y vuelvo a centrarme en las parejas que hay al otro lado de la ventana.

Rhys envuelve a Sadie por los hombros para acercarla más a él y le da un delicado beso en la sien antes de cogerle la barbilla y

levantarle la cara para que lo mire a los ojos. Ella se ablanda con él y la cabreada patinadora a la que estoy acostumbrada desaparece bajo la atención del tan adorado jugador.

Los celos empiezan a revolverme por dentro igual que se sacudiría un pez fuera del agua.

«Sadie estaba estresada. Solo necesitaba que le echaran un cable. Lo tuyo es irremediable».

Aquel recordatorio se me clava entre las costillas, pero me mantengo firme y me obligo a caminar hacia el coche que me espera fuera, bajo el frío de la noche, sola.

3

Paloma

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

AGOSTO

A la gente suele costarle dormir en un sitio nuevo. A mí me cuesta dormir en esos sitios que me resultan familiares, como un colchón en la esquina de una habitación con temática de princesas, un sofá con diseños florales manchado o una cama de matrimonio atiborrada de gente. Eso explicaría por qué he dormido tan plácidamente en mi nueva y vacía habitación de la resi.

Dispuesta a aprovechar al máximo el silencio que me ofrecía haberme mudado tan temprano a esta residencia de por sí vacía, ni siquiera me puse alarma.

La Universidad de Waterfell. Mi nuevo hogar.

Envié la solicitud a otras universidades que quedaban mucho más lejos de mi ciudad natal, pero esta era la única que me ofrecía una beca completa, alojamiento y manutención, así como una ayuda económica para comprar los libros que necesito. De modo que, en realidad, era la única que podía permitirme.

También ayuda que ya me haya medio enamorado de la universidad. Los frondosos árboles y el cuidado entorno del campus;

los edificios de ladrillo rojo recubiertos de hiedra; el aire pintoresco de todo este sitio en sí, como si alguien hubiese metido una universidad enorme en mitad de un pueblecito... Está a solo tres horas de donde me crie, pero, aun así, parece que haya aterrizado en un planeta completamente distinto.

Justo lo que yo quería.

«Puedo hacerlo».

La energía me corre renovada por las venas mientras me calzo, salgo fuera con mis pantalones cortos de pijama y esta camiseta *oversized*, y me dirijo al aparcamiento de la resi, que queda un poquito demasiado lejos. El fuerte calor del sol me calienta la piel, a pesar de que aún sea temprano, mientras conduzco por el campus, vacío, con las ventanillas bajadas.

Me siento como si estuviese en una peli.

«Demasiado bueno para ser verdad, ¿eh, Polly?», amenaza mentalmente una voz más oscura.

Me entra un escalofrío, cierro los ojos y, tras haber aparcado delante del complejo deportivo de la universidad, me recojo el pelo en un moño despeinado. Después de haberme inscrito y de haber escaneado mi tarjeta de estudiante de Waterfell (nuevecita), le sonrío a la alegre chica que me ha dado la bienvenida y voy hacia la piscina de entrenamiento. No hay casi nadie.

Siento mariposas en el estómago de lo contenta que estoy.

Estoy acostumbrada a escabullirme en mitad de la noche para ir a nadar bajo la luz de la luna. De pequeña no tenía dinero para hacerme socia de ninguna piscina local; además, fui a una deprimente escuela pública donde no había nada por el estilo.

Ya en el vestuario, me pongo el bañador con calma y me coloco mi apretado gorro azul de látex, asegurándome de que no me quede ningún mechón fuera porque hace nada que me teñí el pelo. Lo hice yo solita en el lavamanos de un baño: no fue tarea fácil y no me ha quedado perfecto, pero estoy intentando que me dure tanto como sea posible.

Antes de saltar, saco una foto y se la envío a Alessia: la mujer a quien le debo todo esto. Se convirtió en mi salvavidas hace seis meses; en mi escapatoria para alejarme de la penumbra que aún intentaba perseguirme.

Empezamos con buen pie!

Espero a que me dé su ilusionada aprobación y, acto seguido, vuelvo a guardar el móvil en la bolsa antes de lanzarme a la piscina.

En contraste con mi acalorada piel, parece que el agua esté helada. Es estimulante y relajante a la vez.

Nadar siempre me ha relajado. Aprendí sola, por error, cuando unos niños mayores que yo me tiraron en una piscina de jardín. Diría que fue durante una fiesta de cumpleaños; mi madre también estaba allí, pero demasiado borracha o drogada para vigilarme. Supongo que casi todos los adultos se encontrarían en una situación parecida, pero tampoco es que me acuerde demasiado bien.

Tengo recuerdos borrosos. Pero sé que el agua no me mató.

Por eso me aseguré de ir encontrando nuevos sitios en los que colarme fácilmente. Como las piscinas de algunas casas familiares en barrios más bonitos y que quedaban abandonadas en verano, cuando los dueños se iban de vacaciones. O espacios públicos donde

la gente daba por sentado que yo era la hija de los adultos al lado de quienes me colaba.

Daba igual. Me las apañaba. Necesitaba estar en el agua.

Ahora, nado hasta que me ceden las extremidades y me cuesta respirar, y jadeo entre tantas sonrisas que me duelen las mejillas.

«Es el comienzo de algo nuevo. De algo mejor». He aquí la misma promesa que me hice mientras metía mis pertenencias en el coche y me alejaba de la penumbra en la que me había criado.

Mi madre está de pie en el umbral de la puerta de mi habitación. Sus opacos ojos marrones están abatidos y llenos de lágrimas. De rabia o de pena, eso nunca lo sabré. Vuelve a estudiarme con la mirada.

—¿Qué he hecho yo para merecer a una hija como tú? —suelta con desdén.

Casi le doy un giro distinto a sus palabras. Para fingir que las ha dicho en otro sentido. Para fingir, por un momento, que todavía tengo seis años y que mamá me está haciendo una trenza antes de ir al cole.

Pero eso nunca se repitió.

—Las cosas serán distintas. Seguro —me prometo, secándome con la toalla antes de vestirme.

La ropa se me pega al húmedo contorno del bañador; sin embargo, cuando salgo y me dirijo hacia el coche, el sol brilla con fuerza y noto cómo me calienta la piel. Levanto la vista hacia la brillante luz que se aprecia al otro lado de la ventana y pongo la música a todo volumen.

Inhalo profundamente.

4

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

AGOSTO

—Un poco pequeña, ¿no?

Max Koteskiy se ríe con las mismas ganas y alegría que revelan su sonrisa. No puedo evitar estremecerme ante ese repentino sonido, pero, en cuanto mi padre me apoya la mano en el hombro con fuerza, me recompongo.

—Claro que es pequeña. Esto es una residencia.

—Una residencia para deportistas, Max —lo corrige mi padre, con un tono calmado—. A mí me parece demasiado pequeña.

Para mí, quiere decir, porque yo necesito espacio. Ahora es cuando debería decirles que no pasa nada. «Es solo un año. Luego nos mudaremos a la otra casa». Pero es que sí que pasa. No puedo obligarme a pronunciar esas palabras, ni siquiera para echarle un cable a mi padre.

Rhys vuelve a abrir la puerta, cargado con cajas. Está sonriendo pletórico en lo que resulta un gesto idéntico al de su padre, hoyuelos incluidos. Me relajo muy sutilmente.

Rhys Koteskiy es mi mejor amigo desde que nacimos, literalmente. Para muestra, la foto que tiene mi padre en su escritorio, donde aparecen Max y él en el hospital, con nosotros en brazos cuando éramos unos bebés, y con Anna Koteskiy de fondo, en una cama de hospital, levantando el pulgar y con una alegre y emotiva sonrisa en los labios. Hemos sido inseparables desde entonces. Siempre he podido contar con Rhys, incluso en los momentos más duros, tanto míos como de mi familia. Al igual que mi padre siempre ha podido contar con el suyo.

Puede que empezáramos a llevarnos bien por nuestros padres, pero la amistad que hemos forjado es nuestra y de nadie más. Si estábamos destinados a ir siempre juntos a todas partes, me alegro de poder decir que es mi mejor amigo.

—¿Bennett?

«Si no dices lo que te pasa, nadie podrá ayudarte».

Sacudo la cabeza.

—Es... por lo del baño. Perdona, Rhys.

Él se limita a sonreír y a negar con la cabeza.

—No pasa nada, Ben. Yo solo quiero que estés cómodo. —Deja todas las cajas en el suelo, justo delante de él, y desvía la vista hacia mi padre—. Técnicamente, las residencias tienen seis casas en el campus, o sea, que tampoco estaríamos rompiendo las normas del entrenador. ¿Crees que puedes mover unos cuantos hilos al más puro estilo Reiner?

Mi padre se ríe y asiente mientras se saca el móvil del bolsillo y me da un apretón en el hombro al salir de la habitación. El padre de Rhys se va detrás de él.

Enseguida aparece, a trompicones, nuestro nuevo compañero de habitación. Es rubio y tiene el pelo empapado en sudor; entra jadeando antes de soltar lo que parecen literalmente todas sus pertenencias. Mi ansiedad se dispara al máximo y me dan ganas de decirle que lo recoja todo y vuelva a dejarlo fuera, o que lo meta en el cuarto en el que sé que no vamos a quedarnos. Hace poco que conozco a Matt Fredderic, pero está claro que los líos y el caos lo siguen allá donde va, cosa que a mí ya me costaría de por sí. Sin embargo, tanto él como Rhys están haciendo buenas migas bastante deprisa.

«Ya sabías que acabaría pasando. A Rhys siempre se le ha dado bien hacer nuevos amigos; todo el mundo quiere tenerlo como amigo. Se cansará de ti».

Rhys sacude la cabeza ante el desordenado ala izquierdo, pero lo hace con una sonrisa en los labios.

—No te pongas demasiado cómodo. Nos vamos a un sitio mejor.

—¿Mejor? —pregunta Freddy, frunciendo el ceño.

Él quería que lo llamásemos «Matty», y yo lo haría sin problema. Sin embargo, Rhys se pasó el campamento de tecnificación del verano llamándolo «Freddy», igual que los veteranos. Y, ante la duda, es mejor seguir el ejemplo de Rhys.

—Sí. —Rhys le da una amistosa palmada en el hombro—. A veces viene bien apellidarse Koteskiy.

Y así, sin más, como siempre, mi mejor amigo desvía la atención hacia él para que yo deje de estar en el punto de mira.

—Hecho —anuncia mi padre, entrando de nuevo, con Max pisándole los talones. Son como dos firmes y constantes pilares—. ¿Listo, Ben?

—Sí —asiento.

Cojo la bolsa y dos cajas (ambas pesadas y llenas de libros hasta los topes), y lo sigo fuera para volver a bajar las escaleras con los hombros muy tensos.

Mi padre espera a que volvamos a estar en el coche antes de girarse hacia mí y decir:

—Si algo no va bien, tienes que contármelo.

La gente dice que nos parecemos; siempre nos lo han dicho. Tenemos los mismos rizos finos y castaños, con algún que otro mechón más claro por aquí y por allá. Los mismos ojos azules; la misma impactante altura y complexión, y las mismas cejas oscuras y fruncidas que hacen que, cuando estamos al lado de los Koteskiy, parezcamos menos accesibles. Pero, dejando de lado el aspecto físico, somos muy distintos.

Por más que mi padre lo intente, no acaba de entenderme.

Se frota la boca con una mano y vuelve a ponerse las gafas de sol. Yo hago lo propio.

—Es que lo odio, joder —se queja—. Sé que no estás lejos. Que yo estoy en Boston y Max y Anna ahora están aquí. Pero es que..., Bennett, si me necesitas, *tienes* que llamarme.

Solo consigo asentir con la cabeza, pues noto que se me ha cerrado la garganta.

—Prométemelo —insiste.

—Te lo prometo.

—Y puedo llevarte a terapia cada martes a las cinco, y luego podemos ir a cenar.

—Vale.

Mi padre se adentra por el callejón sin salida que queda en una esquina opuesta al resto del campus y aparca delante de una hilera de casas. Son más viejas que el resto del vecindario y seguro que las habrán alquilado estudiantes que luego se las han dejado a amigos.

La casa en cuestión está pegada a la resi y también es de un estilo parecido al de las universidades de la Ivy League. Es bonita y de ladrillos rojos, que es parte del atractivo de la Universidad de Waterfell.

Por dentro es mucho más espaciosa y tiene un salón con techo abovedado; en el piso de arriba hay una segunda zona común, y el suelo de la primera planta está desprovisto de moqueta. Lo primero que hago es inspeccionar la cocina: está limpia y tiene un horno bastante bueno y una nevera grande. Rhys y su padre entran riendo y con una sonrisa en los labios. Freddy los sigue por detrás, con una extraña y titubeante sonrisa de medio lado.

—¿Cuánto tendremos que pagar de más por vivir aquí, exactamente? —pregunta Freddy.

El señor Koteskiy niega con la cabeza y responde:

—Nada que tu beca no vaya a cubrir. No te preocupes.

Eso lo tranquiliza casi de inmediato. Siento una pizca de arrepentimiento por ser tan egoísta, pero no sé ni cómo disculparme ni qué decirle.

—Hay cuatro habitaciones, así que tendréis un compañero más. No os podemos garantizar que vaya a ser otro jugador del equipo de hockey —añade mi padre, cruzándose de brazos.

A no ser que estemos todos en el hielo, tanto Max como mi padre suelen ir vestidos de traje. Hoy, en cambio, han optado por bermudas y camisetas. Parecen más jóvenes. El padre de Rhys

incluso se ha puesto una gorra del revés, como si fuese él quien se va a vivir a una residencia universitaria.

—Nos las apañaremos —interviene Rhys, tranquilizando a todo el mundo, yo incluido—. ¿Planta baja? Creo que el cuarto que queda a la derecha y el baño son los que más aislados están del ruido.

Sigo a Rhys, tal y como llevo haciendo desde el primer día.



Los primeros días (Dios, los primeros *meses*) en unas instalaciones nuevas son complicados. En realidad, a mí, todo lo nuevo me resulta difícil.

Me he pasado los últimos cuatro años en Berkshire. Me adapté. Tenía mis rutinas, mis clases, mis amigos... Ahora, tener que volver a empezar, con todo el trabajo que me supone la «adaptación», es igual que ver cómo se forman las montañas a tiempo real.

De modo que, entre la inevitable interrupción de mis rutinas y la vergonzosa explicación de que, por más modernas que sean las instalaciones y por más bueno que sea el personal, no quiero que nadie toque mis cosas, noto la ansiedad por las nubes.

La primera semana, Rhys intervino por mí. No tuve ni que preguntárselo; él simplemente le paraba los pies a quienquiera que me cogiese las guardas y le decía que prefería ocuparme yo personalmente. Y lo hacía con una sonrisa que le había visto utilizar en un sinfín de ocasiones, tanto a Rhys como a su padre, para tranquilizar a quienes estuviesen a su alrededor. Era como si tuvieran un maldito superpoder.

Cuando estoy solo, me cuesta más.

Hoy, entre que termino un ejercicio y hablo con el portero sénior, soy el último en salir del hielo. El otro chico se va hacia las duchas y deja las guardas y la equipación de entrenamiento tiradas por el suelo. Al pisarlas, hago una mueca de desdén, un tanto asqueado, y empiezo a quitármelo todo antes de apilar mis guardas cuidadosamente.

Me tomo un minuto para respirar, bajo la cabeza y la giro hacia un lado y hacia el otro tres veces. Muevo los hombros en círculos (primero el izquierdo, luego el derecho y luego los dos) tres veces más antes de que...

—Ay, perdona —oigo que dice el eco de una suave voz en este cavernoso vestuario—. Pensaba que no había nadie por aquí...

Levanto la vista y sigo respirando un poco agitado mientras intento tranquilizarme. Justo en la entrada del vestuario hay una chica vestida con leggins y una camiseta de manga larga de la Universidad de Waterfell. Su pelo castaño oscuro, recogido en una coleta alta, se balancea de un lado al otro y me mira con expresión de disculpa.

Me recorre de arriba abajo durante un segundo (voy sin camiseta y no llevo nada aparte de las mallas de deporte) y vuelve a alzar los ojos hasta los míos, mientras un tono rosado le tiñe las mejillas. A mí me ocurre lo mismo, sin querer, y también me sonrojo; tengo aún más calor que antes.

«Genial. Ahora el bochorno es mutuo».

Sería más fácil encararme con ella, que es lo que suele pasarme cuando alguien me interrumpe en plena rutina. Aun así, en lugar de reaccionar, me ahorro el asalto verbal y me quedo petrificado.

—Me... Solo tengo que coger las... —farfulla, y señala con un gesto amplio la ropa y las guardas que ha dejado el otro portero esparcidas por ahí.

Arrugo la frente mientras ella contiene la respiración, tira de una de las guardas y echa la ropa sucia por el conducto.

—¿Siempre se lo recoges tú? —le pregunto. Y, antes de que la chica pueda responder, añado—: Nunca te había visto por aquí.

—Ah... —Guarda silencio y se muerde su carnoso y rosado labio inferior—. Eh... Pues la verdad es que no. Soy nueva; acabo de empezar. O sea... Estoy en primero, pero me encargo de la equipación. En prácticas, de momento.

—Yo igual. —Asiento, y entonces me doy cuenta de lo absurdo que acabo de sonar. Sacudo la cabeza, sonrojándome más todavía por culpa de esa vergüenza ya familiar—. Que yo también estoy en primero, quiero decir. No soy encargado de la equipación ni nada.

—Ya lo veo. —Se ríe con un tono bajo y sensual; me quedo aún más paralizado—. Soy Paloma.

—Bennett —respondo haciendo un gesto con la cabeza, en lugar de tenderle la mano para darle un apretón.

—Encantada de conocerte. —Se queda un segundo en silencio, con la vista puesta en mi montaña de protecciones y ropa recién usada, y dice—: Puedo cogerlo y...

—No —escupo con demasiada dureza, a juzgar por la rapidez con la que se aleja de mí.

Casi tropieza con sus gruesas zapatillas de deporte antes de apresurarse a asentir

—Perdona —se disculpa.

Suspiro con pesadez y hundo la cara entre las manos. ¿Por qué algo tan simple me resulta siempre tan jodidamente complicado?

—No, perdona tú. Es que...

Dejo la frase a medias, me levanto y cojo todas mis protecciones, como si quisiera alejar mi sudada equipación de ella. Debo de estar haciendo el ridículo, que es justo como me siento, así que permanezco de espaldas a Paloma mientras espero y rezo para que se marche en silencio y me deje hacer lo que tanto necesito hacer.

Junto las manos en el mismo orden de siempre, pero me tiemblan.

—¿Bennett? —me llama ella con un tono amable y relajante que choca con la apabullante ansiedad que siento y que no para de crecer.

Me giro y me doy cuenta de que ahora está aún más cerca. Tan cerca que podría alargar el brazo y tocarla, pero lo suficientemente lejos como para no atosigarme. Tiene los brazos cruzados, no en plan desafiante, sino que más bien... parece cohibida. Se acaricia la delicada manga de la camiseta con la palma de la mano y yo empiezo a seguir ese patrón con la mirada.

—¿Prefieres hacerlo tú personalmente?

Suena sincera, tal vez curiosa. De modo que asiento.

—Sí. Aunque al entrenador no le gusta. Él preferiría que dejase mis cosas aquí, pero es que son... Es...

—Vale —responde Paloma, que no me presiona para que le dé explicaciones.

Nos quedamos lado a lado, estudiando mi ordenado montón de guardas y *blockers*. El *stick* y el guante ya los he guardado meticulosamente en mi cubículo.

Es de estatura media, pero, como casi todo el mundo, tiene que levantar la vista para mirarme porque yo soy muy alto. Está morena y tiene las mejillas y la nariz sonrojadas, como si le hubiese dado un poco demasiado el sol durante el verano. Aparte de un poco de rímel, no lleva ni gota de maquillaje (que se aprecie) y tiene la parte inferior de sus ojos marrones ligeramente manchada por la máscara de sus pestañas.

—¿Y si me enseñas a hacerlo bien? Para que quede limpio y ordenado, justo como lo haces tú. Yo solo te miro. —Se muerde el labio inferior y aparta la vista, como si la mía fuese demasiado intensa y no pudiese soportar que la mirara fijamente a los ojos—. Y luego puedes mirarme tú a mí para asegurarte de que lo hago correctamente. Si no lo hago bien, no te volveré a molestar. Pero... si me sale perfecto, ¿dejarás que me ocupe yo de tu equipación de ahora en adelante?

Guarda silencio y espera. Parece seria; no hay nada que insinúe que bromea o que está insinuándose. Nada de enfado, solo comprensión. Y... y una solución. Una que nadie me había ofrecido jamás.

Si puedo observarla, asegurarme de que lo limpia bien, entonces tal vez pueda confiar en ella para que lo haga sin mi supervisión. A lo mejor dejará que la controle las primeras veces, solo para quedarme tranquilo...

Mi incesante ansiedad y el bochorno parecen evaporarse y me dejan vacío y agotado, sin nada urgente en lo que centrarme. Así pues, me centro en ella.

—¿Solo tú? —La pregunta se me escapa sola.

—Solo yo —me promete, mirándome a los ojos y con una alegre sonrisa que parece brillar incluso bajo los fluorescentes del vestuario —. ¿Trato hecho?

Paloma me tiende la mano. Me la quedo mirando largo y tendido, pero no hago ademán de aceptar el gesto. Al final, la baja y yo siento que se me encoge el corazón.

—Trato hecho —respondo.

5

Paloma

PRESENTE

—Eres la única a quien todavía no le he asignado prácticas.

Me muerdo el labio y asiento.

—Lo sé —contesto.

En este viejo despacho revestido de madera de la Facultad de Empresariales hace calor. El director de mi departamento suspira, como si estuviese igual de molesto conmigo que yo misma. Llevo demasiado tiempo posponiéndolo, lo cual ha ido entorpeciendo tanto mi semestre de primavera que roza lo absurdo.

—Paloma, no puedo enchufarte en cualquier parte, así sin más. Ya ha escogido casi toda la clase, incluidos los de tercero. Voy a priorizar tu elección por encima de la del resto, pero tienes que hacerlo ya. Hoy mismo.

—¿Y el trabajo que tuve en primero como ayudante en el equipo de hockey no podría contar como experiencia?

—Te encargabas de la equipación.

Enarco una ceja y encojo los hombros.

—Vale. Entonces déjeme compensarlo con unas prácticas fuera del campus.

—Eso ya lo intentamos, ¿recuerdas? —me dice pasándose la mano por el pelo—. Y rechazaron tu solicitud.

«Después de que quedase claro en esa cena que no me abriría de piernas en el curro. Que es el único motivo por el cual me entrevistaron; eso, para empezar».

—Las de fútbol americano ya están cubiertas. Teniendo en cuenta que ya ha terminado la temporada, no han cogido a demasiada gente. Hay una vacante en el equipo de patinaje artístico, y los de hockey tienen a un júnior, así que si te interesa...

—Nada de hockey.

Vuelve a sacudir la cabeza:

—Tampoco es que tengas muchas opciones. Esperaba que fueras a aceptar la plaza con los de patinaje artístico. Tendréis que dividiros los turnos. Hay un nuevo entrenador, así que solo te dejarán estar con uno. Además, cuando solicitaste las prácticas, dejaste el apartado de deportes en blanco; sin embargo, con tu experiencia, me atrevería a decir que te encantarían las prácticas que se ofrecen en el equipo de hockey.

Decido obviar sus palabras y digo:

—¿Y en algún equipo de organización de eventos?

—Fuiste muy precisa y solicitaste especializarte en entrenos.

—Vale. ¿Natación?

Suspira profundamente y responde:

—Se ha acabado la temporada.

—No se termina hasta abril...

—No. Ya han cubierto la única vacante que les quedaba. Piensa en otra alternativa.

Se me revuelven las tripas.

—Paloma, he visto tu currículum. Has sacado muy buena nota en todas tus clases. Te has pasado los veranos trabajando para equipos de hockey y también lo has hecho a tiempo parcial; el año pasado, incluso estuviste con los Providence Bruins. Y todos hablan bien de ti. ¿Por qué estás tan empeñada en negarte a trabajar con el equipo de la universidad? —Manteniendo siempre ese tono amable y agradable, baja un poco más la voz y me pregunta—: ¿Ha pasado algo? ¿Te...?

—Estoy bien —lo corto enseguida—. No ha pasado nada.

Él suspira, lo cual me confirma que se siente aliviado. Aun así, vuelve a estudiarme con la mirada, como si quisiera asegurarse de que estoy diciendo la verdad.

—De acuerdo. Lo haré —respondo, cabizbaja.

—Maravilloso. Harás las prácticas con los equipos de deportes de hielo e irás alternando. Te tocará con... —Guarda silencio un minuto para ojear unos documentos que tiene delante, busca algo y prosigue—: La entrenadora Moreau para las clases de patinaje en pareja de los lunes y con el entrenador Harris para los entrenamientos de hockey de los jueves. Puede que Harris te ponga a trabajar con un asistente de entrenador, pero tendrás que responder ante él, que es quien supervisará tus prácticas.

Con las manos sobre las rodillas y los puños apretados, asiento.

—¿Algo más? —pregunto.

Él suspira con pesadez y concluye:

—No. Eso es todo.

Me despido con un sarcástico saludo militar para disimular las náuseas, abro la puerta y me marcho pies para qué os quiero por un

pasillo recargado y oscuro. Al salir, me choco con una chica que intentaba pasar escopeteada por mi lado.

La chica en cuestión trastabilla, pero no llega a caer. Es bajita y tiene la piel pálida, aunque ahora le han subido tanto los colores que tiene la cara del mismo tono que su pelirroja melena. Va vestida que parece recién salida de una película. Lleva el típico uniforme escolar: medias de nailon, falda de pliegues azul marino y camisa con volantes; incluso se ha puesto una gruesa diadema que se recoloca de inmediato.

—¿Estás bien? —le pregunto porque parece casi aturdida.

—Ajá —dice, y se me queda mirando el escote con descaro.

Casi me río, pero logro contenerme. No tiene pinta de querer repasarme de arriba abajo, pero mantiene la vista fija ahí.

—De acuerdo —digo, y vuelvo a mirarla.

A la que hago ademán de apartarme, ella continúa con la vista clavada en el mismo punto donde estaba yo hace un segundo, a pesar de que ahora no hay más que la pared que me quedaba detrás. A lo mejor no es ninguna pervertida, solo es un poco rarita. Se ha quedado tan de piedra que me detengo y desvío la mirada hacia ella para asegurarme de que esté bien.

Un hombre con un impecable traje azul marino pasa por mi lado, con los brazos cruzados, y continúa hasta llegar delante de esa chica. Es mucho más bajita que yo, que mido metro sesenta y cinco.

—¿Ya has acabado? —la interroga.

Ella responde con el mismo murmullo que me ha dedicado antes a mí y sacude un poco la cabeza, como si acabase de salir de una ensoñación. El hombre suelta un agotado y frustrado suspiro.

—¿Y dónde está todo? ¿Tus horarios? ¿Los documentos? ¿No te ha dado nada?

—Ay...

La chica vuelve a cruzar a toda prisa la puerta por la que antes había salido escopeteada.

Doy media vuelta y me marcho. Me guardo los documentos en la mochila mientras avanzo por el pasillo, que está prácticamente vacío.



Mi primer día con el equipo de patinaje en pareja resulta relativamente fácil. La entrenadora Moreau es francesa, maja aunque mandona, y, por lo general, solo me pide que observe. Tomo nota cuando me hace algún comentario, pero me paso casi todo el tiempo mirando a Luc Laroux y a su nueva pareja.

Es la única persona a quien conozco del equipo de parejas, porque, cuando Sadie y yo éramos amigas, solíamos salir de fiesta con él. El chaval se pulía una barbaridad de dinero en alcohol demasiado caro, se enrollaba con alguna chica y luego se encerraba en el baño a llorar o se disociaba en el taxi que compartíamos los tres de vuelta a la resi.

Nos llevábamos genial.

Al terminar, Luc patina directo hacia mí y me guiña un ojo.

—¿Desde cuándo tenemos una entrenadora nueva así de sexi? —me pregunta con la misma sonrisa socarrona e increíblemente atractiva.

La gente lo llama «el Rey del Hielo»; además, con su pelo negro azabache, la tez pálida y esos ojos de un azul glacial, el apodo le queda que ni pintado. Y más si tenemos en cuenta su molesto y arrogante ademán.

En cuanto abro la boca para responder, mis ojos reparan en algo distinto.

—Ah, sí, los enamorados —suspira Luc por lo bajo, y se sienta a mi lado en el banco.

Nos quedamos mirando a Rhys Koteskiy, vestido con ropa de entreno, pero sin los patines puestos; se agacha en el otro banco para besar a su novia, la patinadora, que es más bajita que él.

Sadie sonríe con ternura (algo que no le he visto hacer casi nunca) y deja que Rhys le aparte un mechón de la cara. Parecen como envueltos en una burbuja de felicidad, calidez e intimidad.

—Qué asco... —le digo con desdén a Luc.

Él se ríe y continúa colocándose los protectores de las cuchillas antes de despedirse de mí y volver al vestuario.

Sadie por fin se levanta del banco y viene hacia donde estoy yo para salir de la pista. Se detiene a mi lado, coge sus protectores negros con purpurina y la toalla, y se seca las cuchillas antes de cubrírselas.

—¿Tienes algo que decir? —suelta finalmente, enarcando una ceja.

—Yo diría que te va de perlas —respondo con un poco demasiado sarcasmo.

Sadie sonríe, como si acabase de decirle que la echaba de menos, en lugar de escupirle semejante pullita.

—Un placer, como siempre, Paloma. —Pone sus felinos ojos grises en blanco; entonces, me observa más detenidamente. Me da un vuelco el corazón—. ¿Cómo estás?

Es sincera, pero yo estoy a la que salto.

—Estaría mejor si no te metieras en mis asuntos.

Sadie sonríe socarrona y sacude la cabeza sin moverse de mi lado mientras yo permanezco sentada en el banco. He aquí su única oportunidad para ser más alta que yo.

—Entendido. Discúlpame por intentar ser maja contigo —espeta.

Siento un nudo en la garganta, cortesía del arrepentimiento, pero consigo recuperar mi enfado y mi insensibilidad, tan habituales.



—Tiene que ser una broma.

—Va en serio —dice la listilla de mi compañera de piso, que se cruza de brazos y se apoya contra el marco de la puerta de su lado del apartamento que compartimos en la resi.

Son los más pequeños del campus: una habitación para cada una, un baño compartido y un salón diminuto. He optado por una compañera de piso aleatoria cada año, y este ha sido peor que de costumbre.

Taylor mide más o menos lo mismo que yo, pero está delgada y es objetivamente guapa. Participa en varias actividades del campus y es amable con todo el mundo. Normalmente. Sin embargo, estando yo en el baño, el pesado de su novio ha entrado «por error» en más de una ocasión. Tantas, de hecho, que ahora ya me ducho en un santiamén y siempre en horas distintas.

—Felicity...

La auxiliar de nuestra residencia levanta la mano y se muerde los labios mientras, evitándome la mirada, me tiende un papel donde se estipula, explícitamente, que ya no puedo seguir viviendo aquí. Y basándose en unos motivos que ni siquiera tienen sentido y que, además, no son ciertos: salir de fiesta a todas horas, consumir alcohol y drogas... Por lo visto, cualquier cosa que se le haya podido ocurrir a Taylor. Ni siquiera intento defenderme, pues soy muy consciente de la estrecha relación que tiene con nuestra auxiliar.

—Estamos en enero —suelto—. Acaba de empezar el semestre. ¿Dónde esperáis que vaya?

—No es nuestro problema —tercia Taylor, entrometiéndose de nuevo.

Voy hacia mi cuarto antes de que cualquiera de las dos vea cómo me arde la mirada y se me tiñen los ojos de rojo. No tardo ni un segundo en meterlo todo en mi gran bolsa de lona.

Casi todas mis pertenencias caben en ella. Patético.

Aun así, me aseguro de guardar bien mi raído peluche del Conejo de Terciopelo, en la mochila azul gastado.

Cuando regreso al salón, la auxiliar trata de detenerme.

—Paloma, tienes hasta finales de semana para...

—No, me largo ya —gruño al pasar por su lado, decidida y empujándola con el hombro.

Es de bastante mala educación por mi parte, pero es que estoy furiosa.

Encontrar piso enseguida va a ser imposible. Esta noche dormiré en el coche. Soy demasiado pobre como para pagarme un hotel, pero demasiado orgullosa como para quedarme en esta resi más de

lo necesario. Se me vuelven a llenar los ojos de unas lágrimas iracundas que amenazan con resbalarme por las mejillas, pero las reprimo antes de que sea demasiado tarde.

Hago ademán de coger el móvil. Siento una tentación inmensa de llamarlo, de llamar a la única persona que sé que vendrá a rescatarme. Pero me detengo de inmediato y apoyo la cabeza contra el volante mientras intento controlar la respiración ahora que me han inundado el miedo y el cabreo.

Tres pasos hacia delante y mil hacia atrás. Siempre igual, desde que tenía seis años.



—Con cuidado, Freddy.

—Tranquila, puedo...

Las voces que oigo van y vienen. Intento abrir los ojos, pero me pesan demasiado los párpados. La cabeza también. ¿La tengo apoyada en alguna parte?

—¿Estaba sola? —pregunta una chica en voz baja.

Reconozco esa voz.

Se me dibuja una sutil sonrisa en los labios. «La puñetera Sadie Brown». Debo de estar soñando.

—¿Ya habías estado aquí antes? —se interesa ella en voz baja mientras se me acerca.

—Sí. No fue mi mejor momento —responde bruscamente un chico; parece irritado.

No lo reconozco. «¿Y si es un recuerdo?», me pregunto. Pero no me suena; al menos, no lo ubico.

—Pero, eh, de nada —añade él.

—Uy, sí —responde Sadie con desdén.

Al final, abro los ojos. Y ahora sí que me río. Debo de estar soñando.

Tengo a Sadie Brown y a Matt Fredderic delante del taburete de la esquina en el que estoy sentada. Esto no puede ser real, ni de coña.

Vuelven a cerrárseme los ojos y noto que me cede el cuerpo antes de que alguien me sujete.

—Muuuy bien. Supongo que me va a tocar a mí llevarte —comenta Freddy, cogiéndome en brazos y llevándome cual novia.

—¿La ha molestado alguien? —pregunta Sadie. Debe de estar hablando con el camarero, pero sigo lo suficientemente cerca como para oírla—. ¿Y de dónde has sacado mi número?

—Me lo ha dado ella —responde el hombre, con la voz tranquila—. Cuando me he dado cuenta de que la chica no estaba bien, le he preguntado si podía llamar a alguien. No sé quién la ha atendido, pero está claro que le han dado más alcohol del que yo habría permitido.

—Y te ha pedido que me llamara... ¿a mí?

Pestañeo y abro los ojos. Sadie gira la cara y me mira por encima de su delicado hombro.

—Dios, Paloma, sí que tenías que estar desesperada...

Lo dice de broma, pero casi atisbo cierta preocupación en su mirada. Algo que no le había visto jamás. Sadie siempre guarda sus emociones bajo llave.

Se me vuelven a cerrar los ojos y me relajo al pensar que, aunque a regañadientes, confío en las dos personas que tengo a mi lado. Al menos, lo suficiente como para saber que no me harán daño.

Pierdo la noción del tiempo; de pronto, estamos en un coche, delante de la resi. Tengo la cara pegada a la ventanilla, que está fría y alivia mi piel, que parece estar ardiendo.

—Te bajo del coche y te ayudo a entrar, ¿vale? —se ofrece Sadie, girándose desde el asiento del copiloto para mirarme.

Quien conduce es Freddy.

—Me... me lo han prohibido —susurro, aunque me cuesta un mundo vocalizar; me noto la boca pesada—. Ya no vivo aquí. Me... —A pesar del alcohol que corre por mis venas, me siento tan avergonzada que se me cierra la garganta—. Iba a dormir en mi coche. No tengo adónde ir. Lo siento.

Sadie mira a Freddy y le dice algo en voz baja. Él asiente y arranca de nuevo, pero lo hace despacio, para no sobresaltarme. Con el vaivén del vehículo, no tardo en volver a quedarme dormida.

6

Bennet

PRESENTE

—He dicho que hoy no puedo.

—Ben...

—Tengo que irme —le digo.

Cuelgo y tiro el móvil en la bolsa a la vez que Rhys sale de la ducha con la toalla alrededor de la cintura. Se detiene y me estudia la cara antes de sentarse a mi lado.

—¿Todo bien?

—Ajá.

—¿Tu padre? —se interesa, refiriéndose a la persona con quien estaba hablando.

Noto la reticencia en su voz. Rhys y yo ya no hablamos de Adam. Él sigue cenando con Max y Anna, que son sus mejores amigos, aunque estoy convencido de que dicha relación va mucho más allá. En ocasiones, yo también voy a cenar a casa de los Koteskiy, pero no siempre. Sin embargo, la relación de Max Koteskiy con su hijo es distinta a la que tiene mi padre conmigo.

Es solo que... Ahora mismo, no confío en mi padre. Y, en parte, detesto que Rhys siga haciéndolo.

Intenté hablarlo con mi psicóloga, pero no sirvió de nada. Y luego probé a hablarlo con mi padre, lo cual derivó en el estancamiento en el cual nos encontramos ahora. Me duele sentirme tan distanciado de él. Nunca nos había pasado. Adam Reiner siempre había sido como una relajante canción de cuna para mí. Era quien me defendía y me protegía; la única persona que conseguía hacerme reír de pequeño, antes de que lo consiguiera Rhys, y la única en el mundo que me abrazaba como a mí me gusta.

Y, ahora... Ahora lo único que compartimos es todo este enfado y culpa y tristeza y frustración que nos oprime a ambos como si de placas de hierro se tratase. Hasta que la presión ya no me deja ni respirar.

—¿Y tu padre?

—No quiero hablar del tema.

—¿Por qué?

—Nunca quiso a mi madre. La abandonó. Igual que hace siempre con todo el mundo. —Un silencio y, después—: No quiero hablar del tema.

Dicho esto, mi psicóloga desvió la conversación. Sin embargo, yo sabía que no terminaría ahí. El problema era que no estaba preparado para hablar del asunto; ni con ella ni con él ni con nadie.

Hoy he tenido doble sesión de entrenamiento, así que cuando regreso a la camioneta, ya es tarde.

Vago por el aparcamiento mientras me tranquilizo.

Miro el teléfono. Vuelvo a hacerlo sin poder evitarlo, es un impulso. Al darme cuenta de que lo he pillado por tercera vez,

aprieto los dientes. Se ha convertido en una obsesión tal que, el año pasado, la psicóloga decidió abordar el tema.

«*Paloma conseguía calmar tu ansiedad y, ahora que se ha ido, tu cerebro está tratando de dar con otras vías de escape. ¿Qué más podemos hacer cuando te preocupas de esta manera?*».

Pongo música y el delicado rasgueo de la guitarra de Ben Howard me reconforta mientras cierro los ojos, me apoyo en el reposacabezas y me masajeo el puente de la nariz.

«Está bien».

«Está bien. Está bien».

«Pero... ¿Y si no lo está?».

Mis pensamientos empiezan a divagar. Intento serenarme, pero es una causa perdida.

—Céntrate en los hechos —musito por lo bajo, repiqueteándome en la rodilla y exhalando.

«1. Es un lunes por la noche. No hay ninguna fiesta y casi todos los bares de la Universidad de Waterfell están cerrados.

»2. Cuando ha necesitado ayuda, Paloma siempre me ha llamado».

—O sea, que está bien —repito entre dientes; me aferro al volante y doy marcha atrás, obligándome a regresar a casa.

A veces, cuando tengo la ansiedad por las nubes, me pongo a conducir por la calle de las fraternidades hasta llegar a la más céntrica, solo para asegurarme de que no está allí. Pasando frío. Esperándome.

A lo mejor le va bien. Tal vez ya no le haga falta recurrir a mí.

«Como Rhys. Como cualquier otra persona en tu vida, que sigue adelante sin ti y te deja de lado».

Sacudo la cabeza para deshacerme de ese pensamiento mientras salgo del garaje, subo las escaleras y voy hacia el cuarto de baño. Me tomo un minuto para respirar, abro el grifo y me meto bajo el agua cálida de la ducha.

Luego, cuando todo el mundo ya ha dado la noche por terminada y se ha ido a sus habitaciones, yo bajo a la silenciosa cocina. Pongo música y preparo la comida de la semana. Ya he limpiado y secado los táperes azules y verdes (de Rhys y de Freddy, respectivamente), para así poder marcarlos y llenárselos. Seguir una rutina que ya conozco me ayuda.

Así que dejo que me relaje.

Cuando todo está listo, guardado, limpio y en su sitio, me voy a la cama y rezo para que esta silenciosa quietud me permita descansar.

Pongo algo de música tranquila y cojo una de mis libretas. Pero, para no variar, las palabras no acuden a mí. Soy incapaz de escribir nada. A duras penas soporto leer poesía ahora que...

Al oír la puerta delantera cerrándose, Siete levanta la cabeza. Salta de la cama y echa a andar hacia la puerta de mi habitación, gimiendo.

—Shhh. —Chasqueo la lengua y doy unos golpecitos al colchón, a mi lado—. No pasa nada. Deben de ser Sadie y Rhys, que habrán vuelto tarde o algo. Cálmate.

Pero no se tranquiliza. Empieza a rascar la puerta de madera con la pata y yo frunzo aún más el ceño. No sé quién acaba de entrar en casa a estas horas, pero tampoco está haciendo tanto ruido; de hecho, más bien ha entrado muy sigilosamente. Me levanto y acerco el oído a la puerta para escuchar con atención.

Solo oigo la voz de Freddy, pero está hablando tan bajito que no consigo oír lo que dice. Tiro del collar de Siete y lo llevo a la cama, conmigo.

—No pasa nada, S. Ven aquí.

El perro no sube a la cama y yo siento una punzada en el pecho. ¿Qué pasa?

«Estamos todos en casa, sanos y salvo. Estamos todos bien».

«Menos una persona», dice una amenazante voz en mi cabeza, intentando desviar mis pensamientos. «Está sola, en plena noche, hambrienta...».

«Para», respondo mentalmente. Apago la lamparita antes de que Siete empiece a quejarse aún más fuerte, pero vuelvo a encenderla y me doy la vuelta para intentar conciliar el sueño.

Siete no duerme demasiado; se queda hecho un ovillo al lado de la puerta y se niega a regresar a la cama. Yo tampoco es que duerma mucho.

7

Paloma

PRESENTE

—Buenos días, marmota.

Lo dice alto. Tan alto que, de no ser porque ya estaba despierta y con la vista clavada en el techo, me habría despertado.

Apoyo los codos en el colchón. Al ver las sábanas revueltas de la cama individual que hay al otro lado, siento una punzada en el corazón. Sadie ha pasado toda la noche aquí, conmigo.

—Buenos días —musito en voz baja, y me froto el puente de la nariz.

Ella se apoya contra el marco de la puerta. El color gris de la gigantesca camiseta que lleva puesta es prácticamente el mismo que el de sus ojos.

—Esta vez sí que empinaste bien el codo, ¿eh, Blake?

Tengo una respuesta sarcástica y mordaz en la punta de la lengua, pero las palabras que salen de mi boca son otras.

Sacudo la cabeza y hundo un poco la barbilla.

—No estoy en mi mejor momento ahora mismo, Brown.

Ella frunce el ceño y se muerde el labio inferior. Atisbo una pizca de comprensión en su impenetrable mirada.

—¿Quieres hablar del tema?

Levanto los hombros casi de forma imperceptible. Sadie se gira y cierra la puerta. Resulta casi imposible no ver las enormes letras que hay estampadas en la camiseta, a la altura de los hombros: «KOTESKIY».

Una parte de mí siempre la envidiará; esa parte que ve su relación con Rhys y la genuina felicidad de Sadie como un logro que no se merece. Y puede que sea cruel, pero saber que yo no puedo tener lo mismo, que lo intenté y, aun así, la pifié, me atormenta. En su día, Sadie Brown era mi amiga. Y ahora va pavoneándose por ahí, disfrutando de todo lo que yo deseaba.

—Una mala racha —pruebo a decir con la vista baja mientras ella se sienta a los pies de la otra cama individual y se cruza de piernas. Es la habitación extra que tienen los chicos, pero, entre la consola de videojuegos, los juguetes de *Star Wars* y las figuras de acción que hay por aquí tirados, está claro que se ha convertido en la casa temporal de los hermanos pequeños de Sadie—. Mi compañera de piso me odia y me ha echado de la resi.

Sadie pone los ojos en blanco.

—¿Quieres que le pegue? —pregunta en un tono seco.

Esbozo una sonrisa.

—Igual sí. —Sacudo la cabeza—. Creo que solo estaba triste y quería olvidarme de eso un rato. Tengo la sensación de que se me está yendo todo al traste.

Sadie asiente y se muerde el labio inferior.

—Ya. Te entiendo.

Sé que es verdad, que lo entiende. Y puede que sea el único motivo por el cual estoy dispuesta a hablar de esto con ella.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que necesites, pero ¿tienes a quién llamar? —me pregunta—. No quiero que pases por esto sola.

Por un segundo, me acuerdo de esos ojos azules y esa mandíbula cuadrada, de esos dedos hundidos en mi pelo, acariciándome.

«*Hey, P. ¿Estás bien?*».

Me deshago de los recuerdos en un santiamén y suspiro profundamente a la vez que me ejerzo presión con los dedos en la sien y asiento a regañadientes.

—Sí. Una persona.



—No puede ser... —El cálido tono de voz de Alessia reverbera a través del altavoz del móvil, que he dejado justo a mi lado, en la cama—. Me estás vacilando, ¿no?

—Qué graciosa —respondo, sacudiendo la cabeza y echándola hacia atrás con los ojos cerrados—. Necesito que me eches un cable.

Silencio. Uno casi demasiado largo y que me deja con los pelos de punta.

—Me llamas como si tal cosa después de tres años ignorando mis llamadas, mis mensajes, todo, y ni siquiera empiezas con un «Hola, Alessia. ¿Cómo estás? Siento mucho haber pasado de ti y dejar que pensaras que me había muerto o algo peor». —A cada frase que pronuncia, su voz adopta un tono más y más agudo—. ¿En serio? Dios, Paloma, si es que...

Deja la frase a medias para soltar un grito ahogado.

—Estoy bien. Todo en orden.

—Ya se nota —musito.

Al oír otro sonido a lo lejos, esbozo una mueca.

—Volvamos a empezar. Pero de forma distinta; a ver si así no me quedo sin trabajo —sugiere Alessia antes de carraspear y adoptar un tono de voz más alegre—. ¡Paloma! ¡Hola, cielo! ¿Qué puedo hacer por ti?

Pongo los ojos en blanco, pero me relajo.

Siento un nudo tan grande en la garganta que me cuesta tragar, y nunca sé si es debido al arrepentimiento o al autodesprecio. Aunque a lo mejor son las lágrimas que llevo conteniendo toda la vida. Esas que nunca me permitiré soltar.

Es como los restos de gasolina de un coche en el desguace. A veces, esa tensa presión es lo único que me recuerda que estoy viva.

Le cuento rápidamente y casi con frialdad lo ocurrido a lo largo de las últimas veinticuatro horas, aunque soy consciente de que Alessia preferiría saber qué ha sucedido a lo largo de los últimos tres años. Sé que jamás me juzgaría, pero nunca la haría cargar con el peso de mis fantasmas de esta manera.

—Tengo que encontrar piso —concluyo—. Es... Me estoy quedando en casa de unos... amigos de Sadie. —Al pensar en la cercanía que tengo con la única fijación constante en mi (por lo general) turbulenta vida, me da unas cuantas vueltas la cabeza—. Puedo quedarme aquí esta noche, pero es que...

Se me va apagando la voz y me asalta el destello de unos ojos azules y el roce de una barba afilada en la piel al salir de la ducha.

—¿Tiene algo que ver con Ethan?

En cuanto oigo su nombre, siento que el pasado me persigue y se me encoge el pecho un segundo.

—No. Es... No puedo...

—Respira —me dice Alessia, anclándome en el presente con su voz—. No pasa nada. Yo me encargo, ¿vale? A ver, vayamos por partes. ¿Tienes dinero para la comida?

—Sí.

—¿Lo llevas todo contigo o necesitas que alguien te ayude con la mudanza?

—Lo tengo todo en el coche. Sigue en el aparcamiento.

—Vale. Eso déjamelo a mí, ¿de acuerdo? —Su voz suena calmada y relajante, al igual que cuando yo tenía diecisiete años y estaba asustada y llorando sentada en su despacho con todas mis pertenencias en una bolsa pequeña—. Yo me ocupo de todo. ¿Quieres que vaya a buscarte?

—Estoy bien.

Por más tortura que sea estar en la misma casa que él, saber que está aquí me hace sentir a salvo y que no me pasará nada malo.

—Vale, Paloma. —Exhala y yo escucho ese sonido como si de una delicada canción de cuna se tratase—. Cuídate, te llamo por la noche, ¿vale?

—De acuerdo.

Cuelgo antes de que Alessia pueda decir nada más. O antes de que me eche a llorar.

Permanezco sentada en el cuarto de invitados a sabiendas de que Sadie solo dirá que una amiga suya necesitaba un sitio donde pasar la noche y de que Freddy tampoco abrirá la boca. Les supliqué que no mencionaran mi nombre en ningún momento. Aunque ellos no tienen ni idea de por qué.

Abrazo el conejo de peluche que no he soltado desde que tenía seis años y, por primera vez desde hace años, hallo consuelo en su aterciopelada tela. No me lo había permitido hasta ahora. Me rugen las tripas y rebusco en la mochila hasta dar con la barrita que sé que lleva bastante tiempo metida allí.

«*¿Nuggets de pollo? ¿En serio?*». Casi oigo su voz; casi lo veo haciendo una mueca. «*Te he dicho que puedo prepararte cualquier cosa, ¿y tú quieres eso?*».

Recuerdo que me sonrojé y noté cómo el calor me inundaba las mejillas mientras asentía y reía, cohibida.

«*Sí, porfa. Con kétchup picante*».

Él se rio con ganas, más abiertamente que de costumbre, mientras jugaba, con ternura, con algunos de mis mechones.

«*Muy bien. Por ti, lo que sea, P.*».

Sería tan fácil... Ni siquiera tendría que enviarle el típico: «Me acompañas a casa?». Podría colarme en la habitación que hay en la otra punta del pasillo, esa que huele a sábanas limpias y a sándalo, y en la que hay una lamparita encendida para que yo pueda dormir. Se ofrecería a llenarme la bañera, me haría una trenza, me daría de comer, me mimaría...

Si me rajara la piel, creo que encontraría su nombre tatuado en mis venas, grabado justo en el músculo de mi corazón. Y me desangraría por él una y otra vez con tal de mantenerlo alejado de mí, de la despreciable y horrenda chica en la que me he convertido.

Aun así, dejo que el Bennett Reiner de mi imaginación me tranquilice mientras me meto en este baño desconocido.

8

Bennet

PRESENTE

A la mañana siguiente, preparo el café y el desayuno. Es martes, lo cual significa que, cuando bajo, me encuentro a Ro despierta y vestida, trabajando con su ordenador en la encimera. Normalmente, nuestra única compañía es Oliver, pero hoy no está aquí porque tiene clase.

El silencio dura solo veinte minutos, hasta que Freddy aparece en calzoncillos, medio adormilado y buscando a su novia. Aprovecho la ocasión para ir arriba a cambiarme y coger mis cosas.

Cuando regreso a la cocina, Freddy sigue con el bóxer puesto, a pesar de que Rosalie le está rogando en voz baja que suba; no quiere llegar tarde. Él solo accede después de un beso que resulta inapropiado presenciar.

Sadie y Rhys no tardan demasiado en bajar, cambiados y hablando discretamente de algo que debe de molestar a Rhys, a juzgar por su cara. Se me tensan los hombros. La necesidad que siento por ayudarlos resulta casi abrumadora; sin embargo, a la que Sadie detiene a Rhys y le acaricia la frente con los dedos antes de darle un cariñoso beso, esa sensación se reduce a la nada.

«Ya tiene a Sadie, que lo ha ayudado más de lo que lo ayudaste tú jamás. Rhys no te necesita...».

Cierro los ojos un segundo e inhalo repetidamente, despacio.

Estamos todos en la cocina; hay mucho ruido, pero es agradable. Suena «Turnover» a través de los altavoces que tenemos en una esquina, y casi todos pillan algo de la bandeja que he preparado para desayunar.

Cuando hay tanto ajetreo en casa, cuando el ambiente es cálido y animado, es cuando más pienso en ella. La aflicción que siento al echarla de menos es aún mayor cuando estoy en la ducha, cuando el agua me resbala por la piel, pero ella no está ahí conmigo. Sin embargo, cuando estoy con mis amigos, mi *familia*, comienzo a soñar despierto.

Paloma con mi sudadera, sentada sobre la encimera, con sus cálidos ojos marrones y la piel enrojecida tras una ducha matutina. Dándole de comer. Preparándole café. Escribiéndole un poema y metiéndoselo en la mochila antes de marcharnos. Juntos.

Como tenía que ser.

De todos modos, sonrío porque mis amigos son felices. Me alejo antes de que pueda cargármelo y alargo el brazo para coger el café mientras salgo de la cocina caminando hacia atrás, y me choco con alguien en el pasillo.

—Perdona —susurra una voz.

Una voz que conozco incluso mejor que la mía. Por un segundo, estoy convencido de que no es más que una alucinación.

Me giro tan deprisa que casi tropiezo y me encuentro cara a cara con un pedazo de mi alma.

El maldito amor de mi vida.

Paloma Blake.

9

Paloma

PRESENTE

¡Sabía que tendría que haber esperado hasta que los hubiese oído salir a todos!

Quiero arrepentirme, pero... no puedo. Porque Bennett Reiner está delante de mí, con los ojos como platos y con el brazo estirado, como si fuese a tocarme.

Levanto la vista por encima de su marcado bíceps y me doy cuenta de que todavía nadie se ha percatado de que estamos aquí. Bennett hace lo propio y gira la cabeza para mirar por encima del hombro antes de tirar de mí con delicadeza; me aleja de la cocina, atravesamos el pasillo y nos metemos en el garaje.

—¿Estás bien? —me pregunta sin que me dé tiempo a decirle nada.

Me estudia con la mirada otra vez antes de posar sus ojos en los míos, con demasiado brío y seriedad.

Me sujeta por la muñeca sin apretarme demasiado con su firme y cálida mano. Ese gesto me resulta casi familiar. Por la de veces que me ha sujetado ambas muñecas así, encima de la cabeza...

«Para».

Me sonrojo y desvío la mirada hacia el punto donde sigue tocándome. Mientras espera a que le responda, continúa centrado en mí, mirándome con una ligera intensidad. Aun así no se da cuenta de mi casi inapropiada reacción ante su cercanía, ante ese roce tan informal e íntimo que hacía meses que no notaba.

Lo estudio despacio. La anchura de sus hombros, la forma en la que frunce sus gruesas cejas, la preocupación que tiñe sus profundos ojos azules como el océano. El cuerpo me pide a gritos que me relaje bajo su tacto, que se lo cuente todo y deje que Bennett lo arregle. Pero sé que no puede.

Lo mío no tiene arreglo.

Y si esta es mi oportunidad para hacer borrón y cuenta nueva, no puedo utilizar a Bennett Reiner y apoyarme en él. Ya he demostrado, en repetidas ocasiones, que esto no funcionará, por más que mi corazón nunca me haga caso. Y, encima, ahora mi corazón me pide que vaya con él, que me acerque más.

—Sí —respondo con la voz temblorosa—. Estoy bien.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

No lo dice a malas. Conozco a Bennett lo bastante bien como para saber que su intensidad es más señal de preocupación que de exasperación o de cabreo.

Aunque no por eso dejo de tartamudear al disculparme.

—Lo siento... Debería haberte dicho algo, pero Sadie y Freddy dijeron que podía quedarme y...

—Eh, eh —me corta, dejando su taza de viaje y frotándome los brazos con las manos. Se me pone la piel de gallina—. No tienes que darme ninguna explicación. No pasa nada. Solo necesito saber que estás bien.

Siento que me ahogo en su mirada, como siempre que estoy frente a Bennett. Me relajo poco a poco y atrás queda la tensión que siento por estar siempre alerta.

Se oye una voz que grita no sé qué mientras los demás empiezan a subir las escaleras. Creo que es Freddy. Aun así, basta para que vuelva en mí y me separe de Bennett.

Permanece con las manos suspendidas, como si estuviese intentando agarrar el aire.

—Estoy bien... Te lo prometo —digo con un tono de voz un tanto más oscuro.

«Ponle fin a la conversación».

—¿Estás segura? —insiste él con un poco más de delicadeza mientras da un paso hacia mí; su preocupación casi se puede palpar.

Bennett es tan grande que bloquea todo lo demás, solo lo veo a él.

—Sí —respondo con una sonrisa socarrona, perdiéndome en lo único que sé que me protegerá: yo misma. Al menos, la versión que conocen la mayoría.

«Paloma Blake, la fiestera de turno. Una chica jodidamente guapa y con un polvazo descomunal».

—Yo, siempre, ¿no? —Sonrío de medio lado y arqueo una ceja en plan sugerente—. ¿Me has traído aquí para que nos divirtamos un rato?

A Bennett le cambia la expresión, como si acabasen de pegarle un puñetazo. Es incapaz de disimular el dolor en su mirada y en su voz cuando me suplica con un susurro:

—No lo hagas, P.

—¿Que no haga el qué? —pregunto, mordiéndome el labio y entrecerrando los ojos. Le apoyo las manos en los hombros, con delicadeza—. ¿No me tienes ganas? Puedo hacer que disfrutes mucho. Como en los viejos tiempos...

—Para —me corta, abrasándome con la mirada a la vez que me agarra las muñecas para detenerme. La forma en la que se está conteniendo no tiene nada que ver con la severidad que le noto en la voz; es como si estuviese a punto de derrumbarse—. Háblame. Por favor.

—Déjalo, Bennett —escupo.

Doy media vuelta, regreso dentro, subo las escaleras y me encierro en el baño de invitados. Cuando oigo que llaman a la puerta con sutileza, no abro ni digo nada, porque tengo clarísimo que es él. Porque, como me llame «P.» o «amor» una vez más, volveré a caer.

Y Bennett Reiner se merece algo muchísimo mejor que esto.

10

Paloma

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

AGOSTO

«Introducción a la poesía». Pongo los ojos en blanco mientras releo el horario.

Lo que tiene hacer tarde la inscripción a la uni (como me pasó a mí, que fui en el último minuto) es que te toca la sesión orientativa el último día y solo puedes elegir entre las asignaturas que siguen teniendo plazas vacantes.

Mi clase está en el rancio pabellón de Historia del Arte, en lugar de en el edificio amarillo de cemento de Humanidades, que huele siempre a café y libros viejos. Y, aun así, alegre e ilusionadísima porque hoy es mi primer día de uni, echo a andar por estos pasillos con fluorescentes (claramente, aquí no cuentan con la misma financiación de la que parecen disfrutar en la otra punta del campus).

La clase empieza a las ocho, y son menos cinco. Llego más tarde de lo que me gustaría, porque prefiero estar allí con quince minutos de antelación. Sobre todo, para poder escoger dónde sentarme y hacerme una idea de lo que me espera.

Choco con el marco de la puerta al entrar y reculo un poco para echarle una ojeada a la clase. Han colocado diez mesas en círculo y hay unas cuantas esparcidas por el resto del aula, casi empotradas contra las paredes. La mitad ya están ocupadas, pero yo enseguida fijo la vista en una persona en particular.

Es el chico del otro día. Ese tan alto e imponente que está sentado en un escritorio demasiado pequeño para él.

Hemos reparado el uno en el otro, pero ninguno dice nada. Puede que la cosa fuera más normal si me sentase a su lado; el hecho de que conozca a una persona en esta diminuta clase debería ser motivo suficiente para que me esforzara. Por hacer amigos, por formar parte de un colectivo, algo.

—Bennett —se presenta con un tono de voz prácticamente desprovisto de emoción alguna, aunque le centellea la mirada.

Vuelvo a pestañear, cambio mi atenta expresión a una más neutra y camino con elegancia hacia el asiento que hay en el extremo opuesto de ese chico, el que está más cerca de la puerta.

No cabe duda de que está encogiéndose, como si quisiera hacerse más pequeño, pasar tan desapercibido como pueda, lo cual resulta imposible, porque, a juzgar por su fuerte y definida mandíbula y esa nariz, cualquiera diría que va a ser él quien imparta la clase. Tiene los ojos de un nebuloso color turquesa, como una joya bajo una nube de tormenta. O un lejano y brumoso océano.

En cuanto nos miramos, él aparta la vista. Se sonroja y yo siento que me arden las mejillas.

—Buenos días —dice alguien.

Una sutil y áspera risa reverbera en esta pequeña aula de cemento.

El doctor Nick Britton, nuestro profesor de Introducción a la poesía, entra decidido con la ayuda de un pesado y curvado bastón de madera. Es un hombre alto y delgado, de pelo canoso, rostro curtido y con gafas. Si se vistiera de forma más pretenciosa, se parecería a John Keating en una nueva versión de *El club de los poetas muertos*. Sin embargo, lleva unos vaqueros y una camisa de botones arrugada.

Mientras se sienta y empieza a repartir la guía docente, yo vuelvo a distraerme mirando a Bennett.

Es un chico meticuloso y gira la hoja grapada con cuidado para echarle una ojeada rápida a todo, como si estuviese buscando algo en concreto. Me puede la curiosidad y hago lo propio mientras intento descifrar qué estará leyendo con tanto interés.

En la segunda página, en negrita, pone «Lecturas obligatorias», en las que hay «varias» sin las mayúsculas pertinentes. Sin embargo, justo debajo encuentro lo que estoy segura que le ha llamado la atención a Bennett.

En la última página de la guía aparece «Al detenerme junto al bosque en una noche de nieve» de Robert Frost.

Debería estar escuchando al profesor, que está hablando de las normas y el código de conducta de la clase. Bennett también tendría que hacerlo. En lugar de eso, los dos seguimos leyendo.

—Bueno —dice el doctor Britton, dando una fuerte palmada con la que consigue captar mi atención—. Empecemos con el primer trabajo. Pónganse por parejas.

A juzgar por cómo me reacciona el cuerpo, es como si acabase de decirnos que lucháramos hasta morir. Paseo la vista por la sala y espero mientras veo cómo otros alumnos más sociables se juntan con algún amigo (o hacen uno enseguida) para no quedarse rezagados. Y, como somos ocho, no voy a poder esperar y pedir si puedo hacer el trabajo sola.

Encuentro a una chica que parece bastante maja, aunque poco accesible; sin embargo, cuando hago ademán de moverme, la pilla el chico que tiene a la derecha. La ansiedad me come por dentro, me da vueltas la cabeza y empieza a sudarme el cuello.

Aunque hay alguien más que no tiene pareja. Alguien que ni siquiera ha intentado hablar con otra persona. Y el único aquí a quien conozco, aunque sea remotamente.

Cojo la carpeta y la guía, voy hacia él con unas cortas y eficientes zancadas, y me siento en el escritorio que más cerca le queda de los que hay esparcidos por ahí. Mantengo la vista fija en el profesor, que se sienta sobre una mesa de metal grande en la cabeza del círculo.

Bennett continúa con los ojos puestos en mí.

Tiene una mirada abrasadora y noto su calor en el lateral de la cara, cual rayo de sol en pleno verano. Cuando por fin desvío la vista hacia él, veo que su mirada es tan intensa como me imaginaba.

Lo que quiera que tuviese en la punta de la lengua se evapora y me quedo con la boca seca y el cuello aún sudoroso.

—¿Qué te ha parecido? —me pregunta Bennett.

Tiene los hombros encogidos y la mirada gacha, como si quisiera fingir desinterés o disimular algo de vergüenza. No me ha preguntado si lo he leído. A lo mejor también me ha estado observando igual que yo a él.

—Es mágico —respondo—. Evasivo en cuanto al significado, pero claramente intencional y estructurado.

Levanta esos ojos azules igual de mágicos y evasivos, y los clava en mí antes de reposarlos muy sutilmente en mi nariz.

—Te... Sí. —Carraspea y clava la mirada en las hojas—. ¿Qué más?

O sea, que no me dará su opinión; es como si estuviese tanteando el terreno. De modo que me inclino hacia delante y me acerco un poco a su rígido cuerpo.

—Creo que habla de la muerte —señalo.

A él se le escapa una risa casi de inmediato.

—Qué va. En todo caso, habla de la vida —argumenta con un tono de voz mucho más alto y marcando bien la última palabra.

—¿Ah, sí? —digo en plan listilla y encorvando el labio, conteniendo muy bien la pizca de molestia que siento—. ¿Te lo ha dicho él personalmente?

Ojalá pudiera decir que estoy tonteando con él, pero es que lo que odio de la poesía es justo esto. Mi profesora del instituto hacía exactamente lo mismo: si yo decía algo que contradecía la norma general, hacía añicos mi interpretación. Mucho habla la gente de las distintas formas en las que podemos interpretar algo, pero, a mí, la experiencia me ha enseñado que siempre hay una respuesta correcta.

Bennett no dice nada, pero se le encienden las mejillas, ya sea porque se ha enfadado, ya sea porque está avergonzado. Ni lo sé ni me importa. En serio. No debería sentir tanta curiosidad por este chico.

—«Sueño» es inherentemente ambiguo. ¿El tono es de exasperación? ¿O de esperanza? Creo que podría defenderte ambos

puntos de vista.

—Pareces mi padre —murmura, a pesar de que se sonroja aún más, como si no hubiese querido decirlo en voz alta.

—¿Ah, sí? —insisto igualmente—. Debe de ser un genio.

—Abogado.

Se me escapa la risa y los dos nos quedamos en *shock*. Ni siquiera me acuerdo de la última vez que me reí.

Por un segundo, me preocupa haber asustado a mi arisco compañero, pero entonces encorva la comisura del labio. Lo hace de forma casi imperceptible, pero ahí está. Un atisbo de sonrisa.

A lo mejor podríamos ser amigos.

—¿Qué les hace tanta gracia? —Enseguida, nuestro profesor nos llama la atención.

Aunque no lo hace a modo de reprimenda, sino más bien con una genuina curiosidad que veo reflejada en su centelleante mirada.

—Nada —me apresuro a responder, y sacudo la cabeza.

A pesar de que no me haya metido en ningún lío, tengo la sensación de que me están riñendo. El doctor Britton frunce el ceño sutilmente y afianza ambas manos con firmeza sobre su bastón.

—Muy bien. Entonces, háblenme del poema.

Al principio, ambos guardamos silencio, hasta que le pego un codazo a Bennett y enarco las cejas como diciendo: «Yo ya he hablado. Te toca».

No dice nada.

—Debería empezar Bennett. Sus reflexiones me han parecido muy... optimistas.

Cuando me oye, se sonroja, pero continúa sonriendo lo suficiente como para que a mí me entren ganas de celebrar la victoria

meneándome un poco en la silla.

—¿En serio? Entonces, dígame, señor...

—Reiner —contesta Bennett, sentándose un poco más recto—. Solo estábamos hablando del tema general: la vida o la muerte. No estábamos de acuerdo con el significado.

—Ni ustedes ni cualquier otro crítico que haya leído la obra. ¿Les ha parecido estimulante o sobrecogedor? ¿O una mezcla de ambas cosas? Yo diría que este en concreto me ha evocado emociones distintas, contradictorias.

—¿No es de lo que se trata? —continúa Bennett—. ¿De utilizar el paisaje y las descripciones para crear una metáfora todavía más grande y no explicar de qué va la metáfora en cuestión?

—Si podemos comparar «Huevos verdes con jamón» con los esfuerzos del comunismo, yo creo que podemos ofrecer distintas interpretaciones de poemas intencionadamente oscuros siempre y cuando sepamos argumentarlo.

A Bennett le brillan los ojos y sonríe pletórico. Me da la impresión de que no es consciente de lo fascinado que parece por lo que le acaba de decir el profesor.

—¿Lo ve? —tercio alegre, sintiéndome más cómoda con esta versión de un Bennett más seguro de sí mismo—. Todo un erudito de la poesía.

A juzgar por cómo le cambia la expresión a Bennett, debo de haber metido la pata. Y toda la comodidad que sentía hacía un segundo se esfuma como el viento.

—Buen trabajo —musita el doctor Britton, dando la conversación por terminada y desviando su atención hacia el siguiente grupo.

Bennett empieza a recoger sus cosas, lo cual me lleva a fruncir el ceño aún más hasta que miro el reloj analógico que hay en la pared y me doy cuenta de que ya casi ha terminado la clase.

Vuelvo a mirar a Bennett más abiertamente que antes. Es meticuloso, igual que con su equipación de hockey. Alisa los pliegues de las hojas, las archiva en una carpeta negra y luego mete dicha carpeta en una más grande de color azul marino que, acto seguido, guarda en la mochila. Una mochila lo suficientemente grande como para que le quepan los libros dentro, pero casi demasiado pequeña para lo ancha que tiene la espalda.

Al final de la clase, suena el timbre y él se levanta. Da tres pasos y vuelve a girarse hacia mí, inquieto, con la vista clavada en mis zapatillas de deporte y el ceño fruncido.

—¿Has leído algo más? ¿De Frost?

Me parece una pregunta extraña. A lo mejor no es lo que quería preguntarme.

—Sí, claro. —Me encojo de hombros, me cuelgo la *tote bag* en el hombro y echo a andar para caminar por delante de él—. No está mal, pero este poema es aburrido.

—¿Cuál te gusta, pues?

Me giro sobre mis talones y regreso hacia él con una amplia sonrisa socarrona en los labios.

—«Devoción».

Bennett arquea las cejas en el acto, como si le sorprendiera que no le hubiese dicho «El otro camino» o «Lo bueno no es eterno».

Me encojo de hombros y reanudo el paso. Él hace lo propio y me pilla enseguida, con sus largas zancadas.

—¿Qué otros poemas te gustan? —se interesa.

—No es que sea una fanática de la poesía, y menos de esta. Es muy... Tiene muchas normas.

Su esperanzado rostro se tiñe de decepción, como si acabase de darle la triste noticia de alguna trágica pérdida.

—Es... Deberías darle otra oportunidad.

Sonrío ante el hecho de que, por algún motivo que desconozco, Bennett quiere que me guste la poesía.

«¿Por qué?».

—Tal vez lo haga.

La sinceridad de mis palabras me persigue mucho después, cuando ya he regresado a la resi. Me quedo con la vista clavada en el techo y le doy mil vueltas a todo lo que he dicho.

11

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

AGOSTO

—¿Qué haces aquí?

No debería sorprenderme. De hecho, lo que más me sorprende es que haya conseguido esperar tanto tiempo antes de presentarse aquí sin avisar.

—¿Qué haces *tú* aquí? —me pregunta mi padre mientras le abro más la puerta. Sigue con el traje del trabajo, impecable como siempre, y con sus gruesos rizos peinados hacia atrás en un intento por domarlos lo mejor que pueda—. Es viernes por la noche. ¿No deberías haber salido?

A sus espaldas, aguardando en la puerta, hay un labrador negro bien grande con una pajarita alrededor del cuello.

—¿Y este perro?

Mi pregunta pasa desapercibida porque Rhys, que está sentado en la mesa de la cocina zampándose la lasaña que he preparado yo, se apresura a decir:

—¡Buenas, señor Reiner!

—Deberíais estar por ahí, de fiesta. ¿Y vuestros compañeros de piso?

—Los hemos invitado —le asegura Rhys a mi padre, frotándose la boca y viniendo hacia nosotros, en la entrada—. ¿Y este perro?

—Eso mismo he preguntado yo —musito, y vuelvo a buscar los ojos de mi padre con la mirada—. ¿Papá?

—Es tuyo.

Mi padre lo hace todo con buena fe, en serio. Suele hablar conmigo para ver cómo estoy, nunca cancela nuestros planes y jamás llega tarde. Me ha acompañado a terapia desde que tenía ocho años y estoy seguro de que quiere verme feliz.

Pero, a pesar de que le cueste aceptarlo, ahora las cosas han cambiado.

«*Lo hago porque te quiero, Ben*». Sus palabras son la letra de una canción que siempre suena a dúo con el llanto de mi madre.

—No te he pedido ningún perro.

—Es un perro de terapia —responde mirándome a los ojos—. No es un cachorro, de modo que está entrenado. No te morderá las cosas ni hará sus necesidades en la alfombra. Está para ayudar.

Rhys le sonríe al enorme perro que tenemos sentado en silencio a nuestros pies.

—Aunque le mudará el pelo —comenta Rhys en voz baja, como si pensara que el animal va a entenderlo y a ofenderse—. ¿Te molestará?

Su pregunta me dice que Rhys ya ha aceptado, lo cual no me sorprende, porque mi mejor amigo siempre ha intentado facilitarme la vida. Yo, en cambio, no he hecho más que complicársela.

—No lo sé —respondo.

La pulcritud es un tema delicado. He intentado explicarlo hasta la saciedad, pero nunca lo consigo. Ojalá pudiera. A lo mejor así no me habría pasado años llorando por cómo me servía la comida mi madre o por el malestar que sentía al intentar dormir en unas sábanas que no había lavado yo personalmente. Tal vez mis padres se hubieran peleado menos. A lo mejor no se habrían divorciado nunca.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Ben —me dice mi padre, que está de pie al lado de la puerta—. Necesito que lo entiendas.

—Lo entiendo —respondo.

Pero no lo entiendo. No del todo. Además, odio los cambios. Y este parece especialmente importante.

—No puedo acercarme a casa hasta que se haya tramitado el acuerdo de la custodia. Pero si me necesitas...

Sacudo la cabeza para volver a deshacerme del recuerdo y miro fijamente a los ojos de mi padre; el del presente, no el del pasado. En esa época, era incapaz de mirarlo a la cara. Ahora, sus ojos me tranquilizan.

—Vale.

Rhys me guiña un ojo y comenta:

—Bien dicho, Ben.

—Genial. —Mi padre me da un golpecito en el hombro y aparta la mano de inmediato—. Tengo los documentos en el coche. Incluso le he comprado una placa.

A mi padre se le va apagando la voz mientras yo bajo la vista hacia el perro.

Es enorme y tiene unos grandes ojos marrones que parecen más tristes e inseguros que los de la mayoría de los perros que haya visto jamás. Parece tranquilo, confundido, y todavía no se ha movido de la entrada.

—Pasa, colega.

—¿Cómo se llama? —se interesa Rhys, arrodillándose para acariciar y arrullar al perro mientras este entra con calma.

Mi padre cierra la puerta, hace una mueca y niega con la cabeza.

—Estaba en un hospital infantil y le pusieron Superperro. —Mi padre sonríe y el gesto le llega a los ojos—. Así que creo que os tocará ponerle otro nombre. ¿Alguna sugerencia?

Me cruzo de brazos con el ceño fruncido y sacudo la cabeza.

Rhys, que ahora ya se ha sentado en el suelo con el animal, ríe con discreción.

—Igual deberías llamarle Gretzky. O Crosby. —Se encoge de hombros—. Algo relacionado con el hockey; como vivirá con nosotros... Ponle el nombre de alguno de tus ídolos.

—Siete.

La palabra sale a toda prisa de mi boca y me sonrojo en el acto. Agacho la cabeza y me froto la nuca.

—¿Siete? —me cuestiona Rhys—. Creo que...

—Es un nombre fantástico. El número de la suerte —me tranquiliza mi padre, rozándome sutilmente de nuevo—. Bienvenido a casa, Siete.

Asiento como para darle la razón.

¿La verdad? Tengo un ídolo. Y, cuando jugaba, lo hacía con ese número.

A Rhys le suena el móvil a lo lejos. Se aleja de Siete con una expresión de disculpa en el rostro y coge el teléfono de la encimera de la cocina con una pesarosa sonrisa.

—¿Ya me echas de menos?

Como tiene el altavoz puesto, oigo la áspera voz de Max Koteskiy gritándole a mi padre:

—Podrías haberme dicho que te ibas a pasar por aquí.

Mi padre se limita a sonreír ante el tono enfadado de su mejor amigo y va hacia allí para hablar más cerca del teléfono de Rhys.

—Tenía que ver a Bennett —le cuenta.

—Y yo quería ver a mi hijo —responde Max, que suelta no sé qué en ruso, a lo que Rhys le responde en ese mismo idioma, sacudiendo la cabeza.

Siguen hablando, los tres, pero yo ya no oigo nada porque estoy demasiado distraído con el repentino calor que noto en la pierna.

Siete está sentado prácticamente encima de mis pies y con la cabeza apoyada en mi muslo. Parece ligeramente satisfecho; lo suficiente como para que yo no sepa quién reconforta a quién. Bajo la mano con cuidado y le acaricio el liso y suave pelo de la cabeza.

No tengo ni idea de cuánto tiempo nos pasamos así, mirándonos el uno al otro. Sin embargo, cuando terminan de hablar, mi padre regresa a mí. Siete se levanta al ver que ha llegado un intruso. Veo esa sutil capa de pelo negro en mis vaqueros y...

No me molesta. No siento la necesidad de quitármelos y lavarlos de inmediato. En todo caso, hasta sonrío un poco, porque sé que, en cierto modo, me está marcando. Con la calidez de su cuerpo en mi pierna, con todo su peso en mi pie... He sentido calma.

«Muy bien, Siete. A lo mejor esto funciona y todo».

Al cabo de un buen rato, tras cenar con nosotros y volver a preguntarme cómo me va con cierto autoritarismo, mi padre se marcha. Finjo que no veo cómo le pregunta a Rhys si estoy bien justo antes de pedirme que lo acompañe al coche. Empujándome acera abajo, casi.

—Prométeme que estás...

—Estoy bien —le dijo por enésima vez—. En serio. De hecho... Estoy genial.

Le centellean los ojos bajo el tintineo ámbar de las farolas. Es como si mi confesión le hubiese quitado años de encima.

—Sí. —Me paso la mano por mis despeinadas ondas y me acerco a él—. No se lo digas a nadie, pero... he conocido a una chica.

A mi padre se le ilumina más la mirada, si es que era posible, y dice:

—Háblame de ella.

12

Paloma

PRESENTE

—Ni de puta coña —musito, ralentizando el coche al máximo.

—Es genial, ¿a que sí? —dice Alessia al otro lado del altavoz.

La calle es bonita, está llena de casas de familias encantadoras con un presupuesto muchísimo más elevado que el mío, y también hay varios edificios de ladrillos con una estructura idéntica pegados entre sí. Hermosas casas de piedra rojiza que hacen que este lugar parezca una versión reducida de Beacon Hill, en lugar de un barrio cercano al centro de Waterfell.

No podría permitírmelo ni en sueños.

—¡Claro! Si mi nivel adquisitivo se multiplicara por quince.

—Dudo mucho que haya demasiada...

—Alessia —le suplico—. Sé realista.

—Lo estoy siendo, créeme. He hablado con la chica que lo alquila y es un sol. Deja de ser tan cabezota y de llevarme siempre la contraria. Ve a verlo y llámame cuando salgas, ¿vale? Venga. ¡Te quiero! —pronuncia las últimas palabras atropelladamente y cuelga antes de que pueda responderle nada.

Frustrada, pego un manotazo contra el volante y me dispongo a echar marcha atrás y largarme de aquí. Dormiré en el coche y ya me disculparé mañana con Alessia.

Antes de que pueda irme, alguien me grita:

—¡Espera!

De la casa adosada menos decorada de todas sale una chica vestida con botas altas de color negro, medias de nailon, una falda y un grueso abrigo gris combinado con una bufanda que le cubre casi hasta los ojos. Se ha medio recogido su pelirroja melena con un clip, pero lo lleva torcido y se le está deshaciendo el peinado.

La reconozco de inmediato. Es la chica con la que me topé en el edificio donde se hacen las tutorías de la uni.

—¿Eres Paloma? —me pregunta trastabillando con el borde de la acera y sujetándose a la ventana de mi coche, que tengo bajada, con sus manos enguantadas.

Tiene los ojos azules, vivos. Sonríe mientras empuja la bufanda con la barbilla hasta descubrirse la boca.

—Me... —empiezo a decir, pero ella me corta de inmediato.

—Llevo esperándote toda la mañana. ¿Quieres entrar? ¿Puedo ayudarte a traer algo?

Debe de medir un metro y medio; casi no llega ni a la ventanilla de mi viejo todoterreno. Me da a mí que, como intente coger algo de más de veinte kilos, acabará aplastada.

—No hace falta. Este sitio es... —Sacudo la cabeza y vuelvo a pasear la vista a mi alrededor—. Dudo que pueda vivir aquí.

Lo digo más a la defensiva de lo que pretendía, pero intento suavizar el tono.

—Ah... —Exhala y se muerde el labio, evitándome la mirada a toda costa—. Pero no has visto el apartamento.

—Es...

—Es que... Necesito a una compañera de piso sí o sí. ¿Te importa entrar y verlo? Es muy bonito, te lo prometo.

«Ahí está el problema».

Esta chica tiene algo que hace que me detenga. Quiero irme. Estoy un poco avergonzada. Aun así, asiento y le indico que se separe de la ventanilla para poder aparcar al lado de la acera. Voy con calcetines. Vuelvo a poner los pies en los zuecos y salto sin molestarme en doblarme las perneras de los vaqueros que me he puesto y que me quedan excesivamente largos, aunque se arrastren por la fina capa de nieve que sigue cubriendo el suelo.

—Hace un frío que pela —digo como si nada.

Sin embargo, la chica no responde; simplemente, me mira por encima del hombro mientras me guía hacia las escaleras de la entrada. La puerta ya está abierta.

La sigo dentro y casi me choco con ella cuando se detiene en una desolada entrada. Espero a que continúe andando, a que me haga un *tour* por la casa, pero se me queda mirando, curiosa, con sus grandes ojos azules.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

Frunce los labios y responde:

—Se me había olvidado presentarme. Soy Lily. —Se muerde el labio un segundo. Señala hacia su espalda y dice—: La cocina y el salón están allí. Y el despacho, pero ahí mejor no entres. Es... un caos. —Creo que no quería describirlo así, pero asiente casi para sus adentros y luego vuelve a mirarme de forma aprensiva.

Asiento sin decir nada porque no sé qué decirle a la chica que está plantada en la entrada como si fuese ella la invitada.

—Bueno... ¿Puedo ver la habitación?

—Ay, sí, claro.

Empieza a subir las escaleras y se detiene arriba del todo para esperarme.

La sigo y me fijo en los elegantes y ornamentados apliques; sé que este lugar está muy por encima de mi presupuesto, pero le sigo el rollo. Aunque sigo maldiciendo a Alessia mentalmente.

Cuando pasamos por delante de la primera habitación, echo una ojeada por la puerta, que está abierta, y escaneo rápidamente el espacio. Hay maletas a medio deshacer y cosas tiradas por todas partes; las paredes están llenas de pósteres de cuadros famosos que estoy segura que ya he visto antes.

—Ese es mi cuarto. —Se coloca a mi lado y desvía su vista hacia ese caos; parece que haya pasado un tornado—. ¿Te gusta Van Gogh?

—¿Mmm?

—¿Van Gogh? Es un pintor. Hizo... Son casi todos suyos —comenta refiriéndose a los pósteres y jugueteando con el dobladillo de su falda—. También hay algunos de Monet, Cézanne y Gauguin, pero la mayoría son de Van Gogh.

Asiento sin tener muy claro de qué está hablando, pero la chica parece satisfecha. Me acompaña a la otra habitación, que es muchísimo más grande que cualquiera que haya tenido yo hasta la fecha. Está prácticamente vacía, aunque sí tiene una cama de matrimonio y una cómoda.

—Podemos sacar los muebles. Mi padre se los compró a los inquilinos que había antes y que solían alquilarlos. Pero creo que...

—Así está bien. —Me cruzo de brazos y estudio el espacio con cierto anhelo—. ¿Cuánto pides?

—¿Cuánto puedes pagar?

Frunzo el ceño.

—Aceptaré lo que puedas darme.

Suena tan desesperada que retrocedo un poco.

—¿Por qué necesitas una compañera de piso tan urgentemente? —pregunto—. O sea... Este sitio es una pasada. Estoy segura de que tienes a miles de...

—Mi padre me ha dicho que tengo que encontrar a alguien con quien compartir piso antes de finales de semana o no podré quedarme aquí. Y... tengo cero ganas de volver a vivir con él. —Lily está hablando un poco demasiado alto, pero no parece darse cuenta —. Y tú eres la primera, eh..., la primera persona maja que se ha presentado. Y la primera chica. —Al oírla llamándome «maja», casi me echo a reír, pero consigo contenerme. Le cambia la expresión a una más molesta, pero inhala profundo y sentencia—: No quiero vivir con un chico, pero, si no me queda alternativa, lo haré.

«Ya... Ni de broma».

—Vale. De momento, cuenta conmigo.

—¿En serio? —Sus oscuros ojos azules se iluminan y se le ensancha mucho la sonrisa. Alarga el brazo y me coge la mano—. ¿Cuándo podrías entrar?

Suelto una risa y sacudo la cabeza. Reticencias aparte, mi peculiar y pequeña nueva compañera de piso ya está empezando a caerme bien. Tal vez este sea el cambio que tanto necesito.



—Ya te he dicho que no hacía falta que vinieses conmigo —murmuro dejándome caer en la silla.

Me siento más como una adolescente ansiosa que como una chica de veintiún años que está en último curso.

—¿Que qué? —pregunta Alessia, repiqueteándose la barbilla con los dedos—. No te he oído.

La belleza de Alessia Baudelaire es de otro mundo. Va vestida como si estuviese de escapada de fin de semana en París, con una sensual sombra de ojos y los labios de color rojo sangre; no puedo evitarlo: me recuerda un poquito a Sadie Brown. Tiene la figura de una cotizada modelo: es alta y de piernas largas, con una tez brillante y los ojos de un marrón tan oscuro que parecen negros y a los que su (casi omnipresente) ceño fruncido aportan más intensidad.

Puede que ahora la encuentre visualmente melodramática, pero, cuando tenía dieciocho años, su intensidad me resultaba reconfortante, protectora. Fue mi escudo; ese en el que tanto confiaba para resguardarme.

Y luego me castigué a mí misma por haberla apartado de mi vida.

—Puedo hacerlo sola. No hace falta que me sigas como si te preocupase que fuera a suicidarme.

—Mmm —musita, negándose a mirarme todavía—. Verás, he bloqueado toda capacidad para oír gilipolleces, así que...

Alguien abre la puerta y la mujer rubia de ojos amables que aparece al otro lado se nos queda mirando justo cuando yo estoy

sacándole la lengua a Alessia. Esta me sonríe con picardía y murmura por lo bajo:

—Muy maduro por tu parte.

Nos levantamos a la vez. Ella, con elegancia. Yo, despegándome de la silla cual patoso gato doméstico.

—¿Señorita Blake? —pregunta la mujer, alternando la vista entre nosotras.

Alessia tiene treinta y largos, de modo que nadie la tomaría jamás por mi madre, cosa que agradezco. Dudo que yo pudiese soportar semejante metedura de pata.

—Soy la doctora Sutton. O Sam, como prefieras.

—Sí, hola. Encantada —digo.

Alessia me medio empuja hacia ella con cierta torpeza.

—Nos vemos cuando termines —dice, sonriéndome socarronamente antes de girarse sobre sus elegantes talones y largarse.

Sigo a la doctora Sutton a su despacho e intento, desesperadamente, recordarle a mi corazón que vamos a terapia, no a una prisión federal.

No sirve de mucho.



El interior del despacho de la doctora Sutton es acogedor. Las paredes son de madera y el lugar está limpio y bien aislado, a excepción de la oscura ventana que hay en la esquina, al otro lado de la cual se mezclan los invernales tonos marrones y azules.

—Si quieres, puedes pasearte por la sala y acomodarte mientras yo cojo la ficha de pacientes.

Asiento y voy despacio hacia la pared donde tiene varios diplomas enmarcados y expuestos públicamente. Hay distintas fotos en las que aparece con una mujer pelirroja guapísima, incluida una foto de ambas vestidas de novia, sentadas contra una pared de ladrillo y riendo con los ojos puestos en la otra, en lugar de estar mirando a la cámara.

Desvío la vista hacia otra fotografía: una del equipo de natación y buceo de Yale; la de un campeonato. Metida en el marco más ornamentado de todos, una Polaroid donde salen tres chicas sonriendo pletóricas a la cámara y sujetando un trofeo.

—¿Nadas?

Me sobresalto y salgo del trance en el que parece que he entrado al ver la foto.

—Perdón —respondo.

La mujer sacude la cabeza con ternura y señala el sofá, el sillón de dos plazas y la butaca, para que elija dónde quiero sentarme.

—Estoy muy orgullosa de esa victoria.

Me siento en la esquina del sofá largo y de un rojo oscuro, e intento acomodarme, pero no puedo. No acabo de conseguirlo.

—¿Nadas? —vuelve a preguntarme.

—Ah, eh... Sí, pero así no.

Señalo el pequeño santuario que tiene al otro lado de la sala. La doctora Sutton afirma con la cabeza y se sienta en la silla que tengo delante antes de dejar un papel encima de la mesita que le queda más cerca.

—¿A qué te refieres?

—A que no nado para un equipo ni nada por el estilo. Simplemente, me gusta nadar.

Sonríe.

—¿Qué es, para ti, la natación?

No esperaba que me hiciese esta pregunta. De hecho, estaba más preparada para que empezara con un «Bueno, dime: ¿qué te pasa?» o un «Hablemos de tu traumática infancia».

—Supongo que me resulta terapéutico o algo por el estilo —respondo, y hago una mueca al oír mis propias palabras—. Que me tranquiliza, vaya. En realidad, me gusta estar en el agua, aunque no nade. Pero, cuando lo hago, me siento bien.

—¿Nadas mucho?

—Antes, sí —contesto, y siento que se me relajan sutilmente los hombros contra el acolchado asiento—. Ahora, ya no mucho.

Ella vuelve a asentir y me dedica una bonita sonrisa.

—¿Habías ido a terapia alguna vez?

—Sí, pero de pequeña. Y por petición de un juez.

A lo mejor es que quiero dejarla un poco aturdida, pero ella se limita a asentir nuevamente, con educación.

—¿Quieres que te explique cómo será la sesión de hoy?

Asiento.

—Solo te haré unas cuantas preguntas personales, muy generales. Si hoy no te apetece hablar del tema, tú solo tienes que decírmelo. Cuando estemos juntas, no tienes por qué hablar de nada. Quien guía la sesión eres tú; yo te sigo. —Me guiña un ojo—. Háblame de tu familia.

Entro irremediablemente en tensión y vuelvo a desviar la vista de golpe hacia las fotos que tiene detrás, como si aquella imagen del

agua fuera a estabilizarme.

Antes de que pueda pensar en cómo decir nada sin gritar «¡No quiero hablar de mi madre!», ella ya ha cambiado de tema.

—Háblame un poco de Waterfell: dónde vives, qué estudias...

—Estudio Gestión Deportiva —le cuento, y soplo para apartarme los mechones de pelo que se me han soltado de la cola de caballo y que me han caído sobre la cara—. Y... hoy me mudo a otro apartamento.

—¡Anda!

Tengo los labios apretados, pero se me escapa un ruido extraño y me cruzo de brazos.

Le resumo rápidamente los problemas que he tenido a lo largo de los últimos tres años compartiendo piso con gente a quien no conocía. Acto seguido, me ahorro, elocuentemente, mencionar que me agobié y entré en bucle, y paso a comentarle que quien me encontró este nuevo piso fue Alessia. Eso deriva, de forma natural, en una conversación sobre ella.

Me estoy mostrando más bien poco vulnerable y estoy omitiendo bastantes detalles, pero por lo menos estoy hablando un poco del tema.

La sesión llega a su fin más deprisa de lo que había esperado y me dispongo a seguir a la doctora Sutton fuera. En cuanto pasamos por su escritorio, cerca de la puerta, se detiene para guardar el boli y los papeles.

—¿Por qué no has ido a nadar últimamente? —me pregunta, sin mirarme.

—No he tenido tiempo —miento, y me encojo de hombros antes de volver a cruzarme de brazos.

La mujer mete mi ficha en su carpeta y asiente antes de volver a erguirse.

—Si consigues sacar algo de tiempo, creo que esta semana deberías intentar ir a nadar otra vez.

13

Paloma

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

SEPTIEMBRE

Mi trabajo con el equipo de hockey no es lo que esperaba, pero tampoco está mal. Y no es difícil. Casi nunca veo al equipo porque me paso la mayor parte del tiempo en la lavandería, aguantando la respiración e ignorando a Jeremy (mi compañero) y sus estúpidos comentarios.

Aunque me he imaginado pegándole un puñetazo en la boca en más de una ocasión.

—En serio, Paloma... —dice desde su lado de la lavandería a la vez que tira uno de los jerséis de entrenamiento en el cubo equivocado. Lo pillo de inmediato y lo pongo en el montón que corresponde—. Es que distraes un poco.

Cuando nos conocimos el primer día que nos tocó trabajar juntos, me dio un apretón de manos y me dijo:

—No sabía que contrataban a chicas para los deportes masculinos.

Intenté reírme para disipar aquella tensión que se había generado de inmediato y le pregunté por qué.

—Ya sabes... —respondió con una sonrisa y dándome un codazo, como si ya fuéramos amigos y estuviésemos compartiendo alguna broma interna—. No creo que quieran tener que preocuparse por si los tíos se distraen tirándose a las chavalas o por posibles dramas.

Desde entonces, mi aversión hacia él ha ido en aumento. Y sigue.

—¿Que distraigo? —pregunto con un tono de voz más alto que de costumbre. Por lo general, asentiría y daría la conversación por terminada, pero en la última semana ya me ha soltado comentarios parecidos tres veces—. Llevo exactamente lo mismo que tú.

—Ya, pero, Dios, Paloma, seguro que sabes cómo te queda esto.

«*Eres igual que tu madre*».

«*¿Con este cuerpo? ¿Qué esperas, Polly?*».

Las náuseas me revuelven el estómago mientras las palabras vuelven a abrir viejas heridas que me había esmerado muchísimo en cerrar.

Jeremy me pasa la vista por los pantalones de chándal y el polo que nos ha dado la uni (todo idéntico a la ropa que lleva él ahora mismo) y reposa la mirada en partes de mi cuerpo que desearía que no supiera ni que existen.

—A lo mejor deberías pedir una talla más.

—Ni siquiera trabajo con el equipo. Nos encargamos de la lavandería. Somos...

—Da lo mismo —me dice agitando la mano con desdén.

Se me encoge el cuerpo, como si quisiera esconder, instintivamente, lo que sea que esté viendo él. Me trago el veneno que quiero escupirle e inspiro varias veces para calmarme y deshacerme de las lágrimas que amenazan con salir por culpa de la frustración.

—Vale, Jeremy. —Le sonrío con amargura—. Oye, ¿por qué no termino de hacer yo lo que falta? Has dicho que tenías examen. Así puedes marcharte antes.

—No, no hace falta que...

—Insisto.

No tengo que presionarlo demasiado para que se vaya antes, entusiasmado. En lugar de darle la espalda, lo miro mientras me hace un saludo militar y cruza la puerta tan tranquilo.

Me tapo la boca con el cuello de la camiseta y grito, pero no sirve de nada.



Sin la ayuda de Jeremy, tardo el doble de tiempo en prepararlo todo, pero lo hago encantada...

Hasta que miro el reloj y me doy cuenta de que ya hace casi una hora que ha acabado el entreno.

—Mierda —suelto.

Echo a correr pasillo abajo antes de entrar apresuradamente en el vestuario, que intuyo que estará vacío. Supongo que ya se habrá marchado y no me habrá esperado.

Pero Bennett Reiner sigue aquí, rígido y de pie en el mismo sitio donde quedamos siempre después de su entrenamiento. Ante mi estridente aparición, desvía la vista hacia mí de inmediato y se endereza por completo hasta alcanzar su intimidante altura.

—Siento haber...

Cierra los puños un segundo; cuando sacude la cabeza, veo que tiene el cuello un poco tenso.

—No tiene importancia —dice.

Sí que la tiene, está claro, pero paso del tema y cojo su equipación, cuidadosamente amontonada. Ya he tenido que lidiar con una dosis suficiente de ego masculino por hoy; así que, como se moleste porque he llegado tarde cuando, técnicamente, mi trabajo ni siquiera consiste en esto...

—He adoptado un perro —suelta. Si me sorprendo es solo porque Bennett tiende a guardar silencio y se limita a observar cómo me desempeño con su rutina; aunque yo le sonría educadamente, nunca me devuelve el gesto—. Se llama Siete.

—Siete —repito sin levantar la vista de la tarea que tengo entre manos—. Qué nombre tan raro para un perro. Aunque me sorprende que no le hayas puesto Soneto o el nombre de algún vejestorio blanco que escribiese poemas perfectamente estructurados.

Sueno más borde de lo que pretendía, y ese dolor casi pueril que atraviesa la mirada de Bennett hace que me sienta todavía peor.

—Perdona. —Sacudo la cabeza y la bajo—. Me he pasado. Es que... he tenido un mal día.

—¿Por qué?

—Por nada —me apresuro a responder—. Da igual.

Bennett es consciente de lo grande que es en todo momento y nunca invade mi espacio personal ni me toca, ya sea de forma intencionada o no. No se me acerca; solo se me queda mirando, expectante.

—No me llevo demasiado bien con uno de los chicos con los que trabajo.

—¿Se porta mal contigo?

Le noto un tono más áspero en la voz; uno que no había percibido antes.

Me encojo de hombros.

—A veces. Creo que..., creo que se piensa que hace gracia.

«Bonita forma de decir que es un misógino de mierda».

Bennett asiente sin descruzar los brazos mientras termino de coger la última espinillera. Él me ayuda a guardarlas de nuevo en su cubículo antes de que nos separemos.

Su cuerpo emana calidez, y aún la siento en las partes que quedan lo bastante cerca de él. Su aroma es embriagador, como siempre: huele a sándalo y a bergamota, y a algo más que me recuerda al agua de mar.

Bennett siempre se ducha y se cambia antes de que nos veamos después de cada entreno, aunque sigue con el pelo empapado y la piel enrojecida. Una piel que también parece siempre suave, como si acabase de afeitarse.

—Si vuelve a molestarte, avísame.

Lo dice firme y seguro, con más confianza de la que debería tener un chico de dieciocho años. Su expresión es igual de seria que su tono. Creo que nunca lo había oído hablar con tanta severidad.

—Vale.

Como de costumbre, aguarda al lado de la puerta mientras cojo mis cosas y me va sujetando todas las puertas para que pase hasta que hemos salido del complejo deportivo. Una vez fuera, nos recibe el aire de septiembre, sutilmente fresco. Tras guardar silencio un segundo, dice:

—Buenas noches, Paloma.

Es la primera vez que me ha llamado por mi nombre.

—Buenas noches, Bennett.

Se detiene, se gira hacia mí y me llama bajo el tintineo de las luces del aparcamiento.

—Creo que te gustaría Sylvia Plath —comenta con un extraño brillo en la mirada.

Pero no sonríe. Como si el hecho de que fuera a verme reflejada en la autora no tuviera por qué ser algo positivo para él.

—¿Sí?

—Sí.

Más avanzada la noche, leo «La Luna y el tejo» y lloro en silencio. Bennett no lo sabe; no todo. Es imposible. Pero ve algo que no ha visto nadie más.

Y esto no sé si me reconforta o me asusta.

14

Bennet

PRESENTE

—Buen trabajo, chicos —dice el entrenador Harris al entrar en el vestuario. Enseguida desvía la vista hacia el dúo formado por Holden y Toren, que están hablando—. Dougherty, Kane, el entrenador LaBlanc quiere otros veinte minutos más con vosotros dos. Parad un poco y volved al hielo.

No rechistan, pero veo que ambos ponen la misma cara y tuercen el gesto. Aun así, el nuevo entrenador debe de estar haciendo algo bien, porque nunca habían jugado tan estupendamente juntos.

—El resto, a descansar.

Empiezo a desvestirme, despacio; comienzo por quitarme las guardas. Rhys, que ya va medio desnudo y está empapado en sudor, se deja caer a mi lado.

—¿Todo bien? —le pregunto.

Si no lo veo sonreír al terminar el entrenamiento, me da un vuelco el corazón y me preocupo por si se me ha pasado algo por alto. Otra vez. Por si mi mejor amigo está hundiéndose de nuevo y yo no lo estoy cuidando.

—¿Qué? —pregunta medio distraído—. Ah, sí. Todo bien. —Me dedica una de esas sonrisas con hoyuelos incluidos y atisbo cierta calidez en sus ojos marrones—. ¿Vas a casa?

—¿Al salir de aquí? Sí.

—Creo que Ro y Sadie ya van tajas —comenta Freddy riendo por lo bajo y dándole una palmada en el hombro a Rhys—. De aquí que nuestro capitán esté perdiendo su relajado temperamento habitual.

—Estoy perdiendo mi «relajado temperamento habitual» —contesta Rhys, imitando el tono burlón de Freddy— porque hace semanas que no tengo ni un minuto a solas con mi novia.

Frunzo el ceño y pregunto:

—¿Por?

—Liam tiene pesadillas. —Habla con ternura del hermano pequeño de Sadie, aunque con expresión seria y un poco desanimada—. Es que... La cosa no va muy bien. Y Oliver está... adaptándose a estar en casa de mis padres. Es demasiado maduro para su edad.

Rhys vuelve a mirar el móvil, cierra los ojos y suelta un taco, levantando la cabeza hacia el techo. Sé que es de su novia porque musita:

—Otra maldita foto, Grisi...

Tira el aparato en la mochila; Freddy se ríe.

—¿Te unes, Reiner? —me pregunta este, que lleva solo los calzoncillos y echa a andar hacia las duchas sin esperar a que le responda siquiera.

Rhys me mira y responde:

—Estás más que invitado. Molaría estar todos juntos.

Por un segundo, me lo planteo y casi digo que sí, ni que sea por estar un poco más con ellos. Sin embargo, sé lo mucho que me

duele hacer de sujetavelas por partida doble. Por más que me alegre de verlos felices y con alguien que los cuide, ya lo vivo en cada desayuno familiar. Y esto puede que sea demasiado.

—Id tranquilos —respondo—. Tengo que avanzar en un proyecto bastante tocho.

Como tardo el doble en llevar mi rutina a cabo, todavía no me he ni duchado cuando ellos se marchan, vestidos y listos para irse a los bares del centro de la ciudad. Ambos sonrientes. Los dos deslumbrantemente felices.

No puedo enfadarme. ¿Enfadarme porque son felices? No sería justo para ellos.

Pero no por eso desaparece el anhelo, esa aflicción que siento en el pecho, que me duele como si tuviese una herida, como si me lo hubiesen vaciado y desgarrado. Solo que esa herida sigue al rojo vivo y el más mínimo roce hace que dicha aflicción se convierta en un bucle de recuerdos.

Ya casi no queda nadie en el vestuario cuando acabo con mi ritual pospartido antes de ponerme a limpiar la equipación y las guardas, y a guardarlo todo con cuidado como siempre hago.

«*No siempre*». *El pensamiento aparece de la nada, sin comerlo ni beberlo. Y me lleva a coger la mochila, abrir la cremallera y sacar el móvil en una especie de mezcla entre memoria muscular y la ansiedad que me hace temblar mientras busco un mensaje que quiero y no quiero ver a la vez*.

Nada.

Me lo tomo como una señal de que puedo ducharme con calma antes de vestirme y coger la mochila para irme al aparcamiento,

prácticamente vacío, no sin primero golpear la puerta del entrenador Harris para que sepa que ya no queda nadie en el vestuario.

Cuando llego a la entrada de la Hockey-morada, se me ilumina la pantalla del teléfono desde el portavasos.

Un mensaje, que no una llamada, de P. No sé qué sería mejor.

Me acompañas a casa?

Llegados a este punto, estas palabras ya me resultan familiares. Tras oír su delicada voz susurrándomelas esa primera noche de hace meses, esta frase se ha convertido en nuestra forma de pedir ayuda. Y esto significa que me necesita.

Me resulta imposible no ceder ante su llamada. Como siempre. Por más que haya esperado de brazos cruzados a que volviese a pedirme ayuda, ahora estoy cabreado y punto.

¿Vale más saber que esta chica es la causante de mi aflicción o no saber si está viva siquiera?

No lo sé.

Aun así, pongo la marcha atrás y arranco para seguir su ubicación, que me aparece en el mapa y me guía hasta una casa asquerosamente atestada de gente y con una pancarta medio rota para felicitar al equipo de fútbol americano, que ha ganado otro partido. Hay un sinfín de grupos riendo y gritando en el jardín delantero, pero, para mí, es todo ruido de fondo.

La encuentro enseguida, sentada más mal que bien en el saliente del porche y balanceando las piernas. Su rizada y voluptuosa rubia melena le cae en cascada alrededor de la cara. Tiene las mejillas sonrojadas. Lleva un corsé de color azul celeste y unos vaqueros, y

le queda tanta piel al descubierto que seguro que se está congelando. O eso, o va tan borracha que no nota ni el frío.

No hay nadie a su alrededor, pero esto no significa que haya pasado la noche sola.

Al verme, salta con cierta torpeza y casi cae de bruces. Ha estado tan a punto que pego un salto para salir del coche y corro por el césped a toda velocidad.

—Por Dios, P. —suspiro, y la cojo por la cintura para estabilizarla.

Ella me mira con esos ojos marrones de cervatillo y se relaja mientras deja que cargue con su peso y la guíe hacia el asiento de copiloto. Vuelvo a cogerla por la cintura para sentarla y le abrocho el cinturón antes de rodear el vehículo y colocarme detrás del volante.

Suena Bon Iver. El delicado sonido de la música contrasta tanto con el estrepitoso ruido que sale de la casa que se me acelera el corazón mientras arranco.

—¿Tienes hambre? —le pregunto con ternura, a pesar de lo mucho que me duele estar tan cerca de ella.

—Quiero nuggets de pollo —confiesa en voz baja, y suspira a la vez que se hunde contra mi bíceps—. ¿Podemos?

Es imposible ignorar el centelleo que le veo en la mirada cuando levanta los ojos hacia mí. Sonríe con esos carnosos labios que casi siempre están serios. Me sonríe a mí.

Puede que, para el resto, Paloma Blake sea esa chica gruñona que saca las garras. Pero, para mí, es distinta.

Más dulce.

—Sí. Te los preparo mientras te duchas —le digo aparcando en nuestra ensombrecida entrada.

—¿Con kétchup picante?

La despeino con ternura.

—Con kétchup picante.

Mis compañeros de piso están por ahí, ahogando las penas tras haber perdido el partido, así que no me cuesta demasiado colar a Paloma en casa. Y menos cuando se me sube a la espalda sin rechistar siquiera. Así me resulta más fácil entrar con ella y subirla al primer piso sin que la borrachera la lleve a tropezarse con todos los muebles.

Cierro la puerta de mi habitación y paso el pestillo antes de dejar que baje resbalando por mi espalda. Mientras se descalza, voy hacia el baño, abro el grifo de la ducha y espero a que el agua salga caliente.

Trastabillo un poco, me agarro al pomo de la puerta y levanto la vista al techo para evitar que la imagen que tengo ahora delante se me quede grabada en la mente. Paloma, con solo ese corsé azul que es, en realidad, un body.

—La ducha ya está lista.

La oigo caminar hacia la puerta. Se esconde entre mis brazos, me da un rápido beso en el centro del pecho e inhala con fuerza, como si quisiera dar con mi aroma.

Una vez me dijo que mi olor la reconfortaba. Que hacía que se sintiera a salvo. Ahora, cuando la pillo intentando olerme la ropa, me preocupa que se sienta en peligro por algo.

Después de colocarle algo de ropa al lado del lavamanos, dejo a Paloma en el baño y cierro la puerta.

En mi habitación suele hacer frío porque detesto sudar mientras duermo, lo cual significa que Paloma tendrá que ponerse la ropa más abrigada que tengo.

Sale vestida con los pantalones de chándal que le he prestado. Le van enormes. También lleva mi sudadera, que ahora tiene un agujero en la manga derecha porque a Paloma le gusta morderla (porque la tranquiliza y, cada vez que la veo haciéndolo, me da un vuelco el corazón) y que le llega hasta medio muslo. Aunque parece estar cómoda y calentita. La ducha le ha dejado la piel sonrojada, pero tiene los ojos vidriosos.

Con su cepillo en la mano, doy unas palmadas en la cama para que se siente. Tiene el pelo mojado y enmarañado, pero le desenredo todos los mechones con cuidado hasta que su suave melena le cae por la espalda y Paloma está casi dormida en mis brazos.

—Pensaba que querías nuggets de pollo —digo, a sabiendas de que no aguantará despierta el tiempo suficiente como para que pueda bajar a preparárselos y volver a subir.

—Goldfish, porfa —musita, hundiéndose aún más en mi pecho.

Río un poco y alargo la mano hacia la mesita de noche para coger una de las pequeñas bolsas de Goldfish que tengo.

Paloma deja que le vaya dando de comer, tumbada dócilmente contra mí y con los ojos delicadamente cerrados. Sigo metiéndole esas galletas saladas en forma de pez entre los labios hasta que se termina la bolsa.

—Te quiero, P. —susurro.

Le doy un beso en la frente antes de tumbarla de lado para que descanse y me la quedo mirando hasta que me duermo.



En la cocina, reina el silencio. Hace años, esto habría sido agradable; preferible, incluso. Sin embargo, ahora solo hace que me invada una sensación de pérdida.

Llevo viviendo con Rhys prácticamente desde que nací; al menos, en cierto modo. De pequeño, cuando estaba con mi padre, nos pasábamos la mitad del tiempo en casa de los Koteskiy. De adolescentes, fuimos juntos a Berkshire y convivimos juntos más de la mitad del año en un mismo dormitorio. Y, ahora, aquí estamos: en Waterfell.

Siete camina despacio detrás de mí. Cuando me detengo delante del horno antes de espabilarme y ponerme a preparar la comida, se deja caer contra mis pantorrillas.

Al abrir la nevera, la rabia me recorre de arriba abajo. Rhys y Freddy no han tocado lo que les preparé y encima del táper de Rhys hay una nota que debe de ser de ayer.

«Acabamos cenando con las chicas. Sentimos haber desperdiciado la comida».

Cojo los táperes, tiro el contenido y lavo los recipientes hasta que se me quedan las manos rojas del calor del agua y de los fuertes químicos del jabón. Los seco con calma antes de guardarlos de nuevo.

Cuando vuelvo a coger la sartén, me despisto un segundo al ver otra de color verde, distinta a mi meticulosa colección de acero inoxidable. Es la de Freddy. La única que le dejo utilizar.

Se me dibuja una sonrisa en los labios antes de que la reemplace otra punzada de dolor por culpa de la pérdida. Hace semanas que no la usa.

Me suena el móvil y respondo sin mirar quién es. Estoy demasiado distraído con los recuerdos de Rhys y de Freddy que inundan la cocina como para darme cuenta de quién me llama.

—¿Diga?

—Bennett —dice mi padre medio sorprendido desde el otro lado de la línea. Carraspea y pregunta—: ¿Qué tal?

La mayoría de la gente da por sentado que si he dejado de llevarme con mi padre ha sido, sobre todo, por culpa del divorcio y por su relación con mi madre. Sin embargo, nadie conoce el verdadero motivo, la razón por la cual erigí este muro entre los dos, por la cual perdí el respeto que le tenía.

—Bien.

Como hace meses que no respondo a sus llamadas, seguro que esperaba que le saltase el buzón de voz para poder hablar. Aun así, este estúpido error por mi parte nos ha llevado a que ahora estemos los dos en silencio y respirando uno a cada lado de la línea telefónica.

—Si me hablaras...

Ya empieza a darme vueltas la cabeza.

—Para —lo corto; el cabreo y la frustración inundan mi voz.

Mi padre obedece de inmediato.

—Perdona... Lo siento. —Vuelve a carraspear innecesariamente y, acto seguido, dice—: Max y Anna nos han invitado a cenar la semana que viene. El viernes. Rhys también estará. ¿Irás?

Ahora mismo, lo que menos me apetece es ir a esa casa. Sin embargo, nunca rechazo la oferta si Rhys también va.

—Vale. Iré.

Mi padre exhala con pesadez. Cuelgo antes de que le dé tiempo a decir una palabra más.

Me paso la noche con Siete durmiendo en mis muslos y con una competición de fondo mientras le miro las redes sociales a Paloma cual *stalker*. Me frustro al ver que no encuentro nada.

Sigo mirándole el perfil hasta que se me encoge tanto el corazón que no puedo respirar; entonces, a pesar de que sé que me hará daño, abro una carpeta de fotos sin título que guardo en el móvil. Más que reconfortarme, las imágenes de una rubia melena sucia en mis manos y una chica preciosa apoyada en mi pecho, durmiendo, me causan aún más dolor.

«*¿No me tienes ganas? Puedo hacer que disfrutes mucho. Como en los viejos tiempos*...».

«*A veces me cuesta creer que seas real. Que no seas fruto de mi imaginación*».

A duras penas consigo dormir. El deseo que siento por ella es tan intenso que estoy convencido de que incluso podría agarrarlo con las manos. Lo único que me ayuda es tener a Siete a mi lado.

15

Bennet

PRESENTE

Podemos hablar? Siento molestarte

Vuelvo a revisar el mensaje de P. discretamente y, como tengo las manos sudadas y me tiembla la rodilla, casi se me cae el móvil. Estoy a nada de salir escopeteado del aula justo cuando el profesor da la clase por terminada.

Paloma me ha escrito.

No hemos vuelto a hablar desde que nos encontramos de sopetón en la Hockey-morada y, cuando intenté pillarla otra vez esa noche al terminar el entreno, ya se había ido. Jamás encontré indicio alguno que demostrara que Paloma había estado en casa. Al final, casi me dio la sensación de que estaba más loco por ella que de costumbre y que todo había sido fruto de mi imaginación.

El profesor a duras penas ha acabado de hablar cuando me levanto del tirón con la mochila colgándome del hombro y salgo por la puerta en un movimiento torpe, algo poco habitual en mí. Me choco con alguien, pero no me molesto en disculparme; me doy con el hombro contra la pared.

Pero aquí está ella, apoyada al otro lado, donde las ventanas ensalzan el brillo de su dorada cabellera, que se ha recogido con un clip. Ya vuelve a vestir a su manera, con unos vaqueros, una camiseta de manga larga blanca *oversized* y un chaleco marrón de forro polar. Tiene los ojos puestos en mí y la calidez que siento al notar su mirada me llena el alma.

—Perdona, no quería agobiarte —suelta, apartándose de la pared con un empujón.

El tráfico estudiantil inunda el pasillo, de modo que yo vuelvo a acorralarla contra ese muro de cemento de color azul marino. Prácticamente veo cómo la ansiedad de Paloma se disuelve casi por completo en cuanto la cubro con todo mi cuerpo.

«No es tu chica», me recuerdo a mí mismo, separándome muy sutilmente. «Relájate. No la alejes».

—Hola, Paloma —digo, incapaz de contener la sonrisa que se me dibuja en los labios, por discreta que sea.

—Hola, Bennett —responde con voz dulce.

Me vienen un millón de recuerdos a la cabeza; van desde que teníamos dieciocho años hasta ahora. Casi cuatro años de recuerdos y su voz mutilándome el cerebro.

—¿Qué querías decirme?

Se muerde el labio inferior, despacio.

—Sé que estás a punto de ir al Wellness Center, pero he pensado que igual podíamos hablar.

Debería ponerme nervioso que Paloma quiera hablar conmigo con tanta urgencia. Sin embargo, mi mente se ha quedado atascada en el hecho de que se acuerde de mi rutina.

—Tengo la comida en la mochila.

No quería decir eso. No quería contarle que suelo prepararlo todo porque prefiero comer siempre lo mismo y a la misma hora. Aunque sé que ella ya lo sabe.

—Perfecto. Te acompaño, pues. Yo ya he comido.

No le digo que me cuesta creerlo o que eso no conseguirá sofocar la ansiedad que, tal vez, sí mitigaría si viera que se alimenta bien. No le digo que me da igual que ya haya comido porque no por eso dejaré de querer darle los tentempiés infantiles que siempre meto en la mochila para ella, por si acaso (como un yogur, galletas saladas o *snacks* de fruta). Para que no me pille desprevenido.

Por si acaso.

—Quería hablarte de hockey —dice aclarándose la voz mientras abro la puerta del vestíbulo, despacio, y me pongo las gafas de sol al ver el reflejo de sus rayos contra el suelo, que sigue helado—. Haré, eh... Haré prácticas con el Departamento de Deportes de Hielo el último semestre. La mitad del tiempo estaré con los que hacen patinaje en pareja y, la otra mitad, con el entrenador Harris. Solo estaré siguiendo los entrenos y los partidos, pero si crees que esto igual te incomoda o... lo que sea, puedo buscar una alternativa.

Parece algo mareada.

—¿Te... parece mal?

«¿Que si me parece mal? ¿Pasarme horas y horas sabiendo dónde está? ¿Pudiendo verla? ¿Pudiendo ver de cerca cómo cumple su sueño?».

—En absoluto —respondo con los ojos brillantes. Al ver que nos acercamos al centro de deportistas universitarios, ralentizo el ritmo, desesperado por prolongar el contacto con la calidez que me da Paloma Blake—. Estoy muy orgulloso de ti, P.

—¿Sí? —Se ríe.

Cuando la elogié hace tres años, reaccionó igual.

—Sí.

Vuelvo a estudiarla con la mirada. Está agarrándose al asa de esa mochila azul que nunca pierde de vista. El delicado vaivén de su rubio flequillo le roza la sien y esos mechones platino brillan con fuerza bajo la luz del sol.

¿Cuántos años durará esta maldición? ¿Este desesperado anhelo que siento por ella? ¿Tan destinado estoy a parecerme a mi padre?

Paloma me sigue hasta el Wellness Center, pero se detiene justo en la entrada.

—Me he mudado de piso —suelta, y se sonroja—. Así que no estaré invadiendo tu espacio y molestándote en la Hockeymorada.

Intenta que suene a broma, pero yo sacudo la cabeza.

—Tú nunca podrías molestarme —confieso con un tono de voz más serio de lo que pretendía. Me agacho y le cojo la mano—. Jamás.

Se hace un largo silencio y el aire que nos separa se vuelve más denso. La luz que se cuela a través de las ventanas de la pared le centellea en el pelo, en su bonita y delicada piel, y en sus magníficos labios. Para separar a la chica que quiero de la chica a la que tantas ganas suelo tenerle. En la que pienso a menudo y cuando estoy en la ducha.

Sin embargo, al mismo tiempo, también soy codicioso con ella; incluso estoy celoso de mí mismo. La quiero demasiado como para volver a perderme en el confort de su cuerpo, como para permitirle a ella que también lo haga.

No soy el mismo chico que era cuando nos conocimos. Ahora sé lidiar mejor tanto conmigo mismo como con ella. Y, en comparación con cuando tenía dieciocho años, ahora estoy aún más convencido de que, si Paloma me tendiera la mano una vez más, podríamos estar juntos. Para que me deje abrazarla como ansío tan desesperadamente.

Para que me deje cuidarla.

«Poco a poco y con pasos firmes», me recuerdo. Aunque, con esta chica, con la mujer con la que llevo obsesionado desde los dieciocho años, me resulta prácticamente imposible. Es la única chica a la que he amado en mi vida, la única a la que he deseado jamás en cualquiera de los sentidos.

—¿Nos vemos por ahí, pues? —dice ella.

Asiento y le dejo un paquete de Goldfish en la mano mientras respondo en voz baja:

—Sí, P. No me voy a ir a ninguna parte.

16

Paloma

PRESENTE

Hay mucho ruido.

Me acordaba de primero, a pesar de que ya había estado en los vestuarios y en la sala de equipación antes. Ahora, estoy sentada en una silla fuera del despacho del entrenador Harris, esperando a que me apruebe el horario; el hecho de que pueda oír a todo el equipo desde aquí me deja claro lo ruidosos que son.

Alguien pega un portazo y veo que Toren Kane sale de uno de esos despachos cual alma que lleva el diablo (aunque el diablo en cuestión suela ser él).

Toren Kane, la nueva lapa pegada a mí. El siniestro jugador desterrado del equipo de hockey que, al parecer, no puedo quitarme de encima, a pesar de que mi vida sería muchísimo más fácil si ese chaval no estuviese siempre juzgando mis decisiones, adoptando tanto el papel de poli bueno como el de poli malo.

—No he acabado —suelta otra voz.

Desvío la atención hacia el hombre bien vestido que hay en la puerta del despacho de donde acaba de salir Toren.

Este gira sobre sí mismo y, al estirar los brazos, casi toca ambas paredes del pasillo.

—Como ya he dicho —suelta con desdén—, me la puto suda. Prohíbeme jugar, si quieres. Y decid adiós a la temporada del equipo.

Su voz es arrogante y segura, pero parece alterado. Cabizbajo y con ese pelo negro azabache enmarañado, pasa disparado por mi lado sin mirarme siquiera. Como si no me hubiese ni visto.

El otro hombre, que me resulta familiar y que lleva un traje azul marino, me mira un segundo y sacude la cabeza antes de volver a meterse en el despacho y cerrar de un portazo.

—O sea, ¿que todo el mundo te odia? —suelto, y consigo que Toren frene en seco.

Me estudia con sus ojos dorados y frunce el ceño un segundo antes de sonreír y dejar a la vista unos colmillos espeluznantemente afilados.

—Es mi especialidad. —Se cruza de brazos—. ¿Estás aquí porque quieres robarme el puesto? ¿O has venido solo a quedarte embobada mirando a Reiner hasta que te entren náuseas?

Me da un vuelco el corazón, resoplo y le aparto la mirada antes de que sus intensos e irritantes ojos vean más de lo que ya han visto desde el último semestre.

Aunque él me ha calado desde el primer momento.

—*Se te está cayendo la baba*.

Retrocedo un poco, alejándome de la voz que me ha pillado por sorpresa en una esquina en la fiesta de Halloween de la Hockey-resi. Me encuentro con un tipo alto con una máscara de Ghostface puesta y una camisa blanca con botones. Ríe y se quita la máscara.

—¿Tú no tienes un campamento de verano al que aterrar? —le suelto, apartándome de él.

—Te equivocas de película —musita Toren, siguiéndome—. Y de dirección. Las Tortugas Ninja de las que estás tan enamorada están ahí de...

—Para —suelto, a la vez que me giro para ir hacia él, aunque me arrepiento de inmediato al ver al altísimo chico de verde que hay en la cocina, a pocos metros de distancia.

Está de espaldas a mí, con sus anchos hombros meticulosamente cubiertos con pintura corporal verde y el nudo de ese antifaz azul escondido bajo unos despeinados rizos marrones. Es tan guapo que duele, incluso ahora.

Normalmente, intento evitar salir de fiesta en la Hockey-resi. Ver a Bennett relajado o medio borracho y con una sutil sonrisa en esos labios que tiende a fruncir siempre aviva una punzada de dolor que me lleva hasta él. Que me llena de una falsa seguridad en mí misma cargada de un montón de «tal vez» y diversos «y sí».

Bennett gira la cabeza por encima del hombro y sus ojos encuentran los míos por un momento; con ese antifaz, el azul de sus ojos resulta incluso más intenso. Se me enciende la mirada y me arden las mejillas, y ese persistente deseo se me arremolina con fuerza en el estómago.

Me giro antes de que pueda hacer o decir algo que vaya a empeorarlo todo, abro la puerta corredera y salgo a la terraza iluminada con farolillos. Toren me sigue de cerca y se guarda la máscara bajo la cintura de los pantalones.

—Pobrecita Blake —dice Toren con desdén, agarrándome por la muñeca y acercándome a él—. Se ha enamorado de un chico que

también la quiere a ella, pero la chica no se permite estar con él. Ridículo.

—No lo entiendes. —Lo empujo con desánimo, a la vez que él me acorrala contra la primera pared que encuentra e impide que cualquiera que haya ahí fuera me vea.

—¿No? —Agacha la cabeza y me susurra al oído—. El autodesprecio se lleva por dentro, Blake. Y el mío corre por todas las venas de mi maldito cuerpo. Yo sangro autodesprecio.

Lo empujo (ahora, con más fuerza), pero él me agarra por la muñeca para detenerme. Mueve la mano y me acaricia los mechones de mi teñida melena pelirroja mientras me observa con esos ojos dorados; es como si acabase de entrar en trance ante el color rojizo de mi pelo, aunque recupera la compostura de golpe.

—¿Hiedra Venenosa? —pregunta con una sonrisa socarrona y riendo por lo bajo mientras me estudia el disfraz con la mirada, pero como si nada—. Te pega.

—Que te follen.

Se le ilumina la mirada y responde:

—Ya te gustaría a ti hacerlo. Pero no puedes cruzar este límite porque sería pasarse, ¿no? No quieres hacerle daño a él; lo que quieres es hacértelo a ti misma.

Como si de dardos se tratasen, sus palabras encuentran la diana enseguida.

—No estoy enamorada de él. Lo que pasa es que tú eres un psicópata.

Le centellea algo en la mirada y se pega un puñetazo en el pecho, como si estuviese clavándose una daga en el corazón.

—¿Ah, sí? —Ríe con los ojos húmedos—. Quien tiene lo que quiere a tiro de piedra y, aun así, sigue tratando al otro como el culo eres tú. Pero el psicópata soy yo, ¿no?

Toren musita algo por lo bajo, se hunde la mano en el bolsillo y saca un chupa-chup. Le quita el envoltorio y se lo mete entre los labios antes de dejarse caer contra la pared y quedarse ahí apoyado cual parca que observa la fiesta con la mirada cargada de odio.

Sigue siendo aterrador incluso así, sin la máscara de Ghostface y con un chupa-chup en la boca. Casi todos los que están en la fiesta se mantienen alejados de él, pero no me pasan desapercibidas las chicas que se lo quedan mirando un pelín demasiado, como si quisieran ver qué puede ofrecerles exactamente este malote.

Yo me paso la noche evitando a Bennett Reiner.

Por más que lo odie por ello, Toren tiene razón. No quiero hacerle daño a Bennett.

Lo que quiero es hacérmelo a mí misma.

Sacudo la cabeza para deshacerme de ese recuerdo y abro la boca para contestar a Toren.

Pero ya se ha girado y se dirige hacia el vestuario, de donde procede un ruido espantoso. Cuando entra, oigo que el entusiasmo del equipo amaina un poco antes de volver a ganar fuerza, aunque de forma muchísimo más discreta.

—Señorita Blake —me llama alguien. Me doy la vuelta y me encuentro con el amable rostro del entrenador Harris. Me sonríe y me tiende la mano para darme un apretón—. Me alegro de volver a verte por aquí. Pasa, charlemos un poco.

Me conduce hacia su despacho y deja que me acomode en una de las sillas que tiene al otro lado de ese amplio escritorio. Las estanterías están repletas de trofeos; a su lado, hay varias fotos en las que aparece él junto a jugadores de todas las edades. Sin embargo, en la mayoría sale con una mujer de tez morena y alargados ojos marrones que lo mira sonriente. Su esposa, supongo. Tiene el despacho atiborrado de fotos de la mujer en cuestión y de ellos dos a lo largo de los años.

—Mientras estés por aquí, te pediré que me acompañes —me dice. Frunzo aún más el ceño y abro la boca—. ¿Te parece bien?

—Sí. Es que pensaba que... pensaba que estaría con uno de los asistentes de entrenador.

—No. Estarás conmigo.

Me estudia atentamente durante un buen minuto y levanta la mano para colocarse bien la gorra.

—No sabía que estabas interesada en dirigir entrenamientos —comenta—. De haberlo sabido, te habría preguntado si querías trabajar con el equipo.

El hecho de que se acuerde de mí me resulta... extraño. Me siento halagada, pero también me genera cierta ansiedad.

«¿Que por qué se acuerda de ti? Pues a mí se me ocurren varios motivos, Polly».

Me cruzo de brazos.

—¿Tienes alguna pregunta?

Niego con la cabeza y clavo la vista en el suelo sin poder parar de mover los pies. El entrenador Harris se levanta, coge una bolsa de la esquina y me la pasa.

—Tu chaqueta térmica de la universidad. Te daré más *merchandising*. Para los entrenamientos, puedes ponerte la ropa de deporte que quieras, pero asegúrate de tener alguna que otra chaqueta y pantalones de chándal del equipo. —Vuelve a sentarse en el escritorio y firma el documento con los horarios antes de girar la hoja hacia mí y pasármela—. Y, durante un mínimo de tres partidos, estarás en el banquillo conmigo.

—De acuerdo.

—Muy bien. —Asiente y sonríe—. Hoy toca un poco de fuerza y acondicionamiento antes de salir al hielo. Vamos con esa panda de idiotas a la que llamo «mi equipo».

Lo dice con sarcasmo, pero, cuando rodea el escritorio y abre la puerta para que pase yo primero, veo que los ojos le centellean con cierta picardía. Lo sigo hasta la sala de pesas.

Al ver con quién me encuentro al entrar, casi tropiezo y me caigo de bruces en medio de la sala.

Bennett, con una pierna estirada hacia el lado y la otra doblada hacia atrás de modo que el talón casi le llega al culo. Está inclinado sobre la que tiene alargada para estirarse, pero enseguida se endereza para cambiar de pierna.

El entrenador Harris garabatea algo en el portapapeles y habla en voz baja con uno de los entrenadores de fuerza.

Mantengo la vista fija en el culo de Bennett Reiner, muerta de vergüenza, mientras él se sienta en el suelo en lo que vendría a ser una postura parecida al espagat, pero con ambas rodillas flexionadas y los talones cerca de las nalgas. Una posición de rana, con la ingle rozando el suelo y ambas manos apoyadas delante de él mientras se mece hacia delante y hacia atrás para estirar.

Se me seca la boca y me arde la cara.

—¿Ya han empezado las náuseas? —se burla alguien en voz baja, pegándome la boca al oído. Pestañeo y veo que Toren pasa por mi lado y pilla un rodillo del montón que hay a mi lado—. Tienes pinta de haber entrado en calor, Blake.

Se sienta cerca de Bennett y empieza a mover las caderas con dramatismo, casi de forma obscena, como si quisiera follarse el suelo.

—Kane —lo reprime el entrenador Harris, fulminándolo con la mirada—. Esto es un gimnasio, no un puticlub. Y tenemos a una señorita con nosotros. Compórtate.

El entrenador asistente que vi antes aparece con su traje azul marino, da un paso al frente y resopla antes de musitar por lo bajo:

—Toren Kane sería incapaz de comportarse ni que le fuera la vida en ello. Lo sacaré al hielo antes que al resto del equipo, si no te importa, Harris.

Este último observa durante un largo minuto a su jugador antes de asentir.

—Haz un milagro de los tuyos. Para algo te he contratado, LaBlanc.

—¡Kane! —llama de golpe el entrenador LaBlanc, gritando para que se lo oiga bien a pesar de la música, que está altísima—. Venga. Basta de numeritos.

Toren se queda con la misma cara que si acabaran de condenarlo a la pena de muerte y mira a sus reticentes compañeros. Holden se levanta y pregunta:

—¿Yo también?

Tiene sentido. Holden Dougherty es el compañero de línea de Toren Kane. Salen juntos a defender, así que también deberían entrenar juntos. Sin embargo, LaBlanc niega con la cabeza mientras se marcha de la sala detrás de Toren, que parece de mal humor.

—Os quiero en el hielo dentro de media hora —anuncia el entrenador Harris antes de girarse hacia mí—. Con un poco de suerte, te enseñarán algo impresionante de verdad.

No puedo evitar sonreír al sentir que ahora formo más parte de este equipo que nunca.



Cuando termina el entreno, espero hasta que estoy segura de que ya no habrá nadie en el vestuario y deambulo despacio por los pasillos del complejo antes de echar una rápida ojeada por la puerta.

Solo queda Bennett, que está limpiando su equipación lenta y metódicamente.

Una fuerte ola de anhelo se apodera de mí al recordar el montón de noches que pasábamos así: él y yo, limpiando sus guardas y siguiendo juntos su rutina.

Escondida detrás del marco de la puerta, vuelvo a pasear la vista por la sala un segundo más. Y veo nuestras versiones pasadas a mi alrededor. El lugar donde podría decirse que nos enamoramos.

Lo echo de menos...

Me marcho antes de que me vea.

17

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

SEPTIEMBRE

Estamos en la última semana de septiembre, que viene acompañada de un clima más fresco y la habitual ansiedad que siento al empezar la temporada de hockey, aunque la novedad de este año la multiplica por diez.

También estamos a martes, lo cual significa que ahora mismo estoy sentado en la parte delantera del coche de mi padre, con el asiento echado hacia atrás para poder estirar las piernas. Tengo la cabeza hundida entre mis temblorosas rodillas y voy exhalando en un mismo patrón.

Las sesiones de terapia no siempre son así; solo a veces.

—Podrías haber traído a Siete.

Lo dice con un tono amable, pero lo que yo oigo es lo que mi padre quería decir realmente: «Deberías haber traído a Siete». Y tiene razón.

—Me irá bien —respondo entre dientes.

Sacudo la cabeza y abro la puerta con brusquedad, como si de repente fuese a echar a correr alegremente hacia el edificio de

oficinas de obra vista que tengo delante. En lugar de eso, en cuanto la puerta se cierra a mis espaldas, vuelvo a titubear.

«Entra y cuéntaselo todo».

Oigo una especie de chirrido en cuanto mi padre baja la ventanilla y, con voz calmada y tranquilizadora, me dice:

—Vuelvo dentro de una hora, y así vamos a cenar al sitio de siempre.

Asiento para que vea que lo he oído, pero no me doy la vuelta.

—Te quiero, Ben —añade.

Se va antes de que yo eche a andar, pero sus palabras me guían hasta los escalones de piedra y me acompañan hasta dentro.



Visito a esta psicóloga desde que me diagnosticaron de pequeño. Es una mujer afable, pero firme. La doctora Anya es la única que conoce mis rutinas tan bien como yo.

—¿Qué tal la semana, Bennett?

Mi psicóloga empieza todas las sesiones con esta misma pregunta, mientras coge el boli que tiene en la oreja sin que se le deshaga el moño de rizos que siempre lleva repeinado hacia atrás. Viste una impecable camisa blanca que contrasta muchísimo con el tono oscuro de su piel.

—Bien.

Y yo empiezo todas las sesiones con esta misma respuesta, a pesar de que nada tenga que ver con mis sentimientos. Pero a la doctora jamás se le pasan por alto mis emociones. Es lo que tiene que lleve tratándome desde que tenía ocho años. Nos hemos pasado

las últimas sesiones hablando del «cambio» que ha sufrido mi vida, de que me haya marchado del internado para ir a la universidad y de que evitase el tema de que mi mejor amigo esté alejándose poco a poco de mí. En lugar de eso, hoy hablamos de hockey.

Sobre todo, de la nueva persona encargada de las equipaciones.

—¿Y qué tal la nueva rutina, en este sentido?

Sin duda, se refiere a Paloma. Ya hemos hablado de ella antes y he dejado clara la naturaleza de mis sentimientos, que no dejan de crecer. No puedo evitar sonrojarme.

—Bien. Lo hace todo bien. Tal vez no tenga que seguir supervisándola.

La doctora Anya aprieta los labios.

—¿Y te incomoda? ¿Que tenga que hacerlo sola, sin que tú la guíes?

No me incomoda soltar el control para dárselo a Paloma o confiar en ella; eso ya lo hago. Lo que me incomoda es saber que no estar con ella significará otro cambio más en esta nueva rutina; no me apetece en absoluto.

—Me gusta ese rato con ella —reconozco en voz baja.

Siento que acabo de quitarme un peso de encima. Uno de muchos. Decirlo en voz alta me alivia.

La doctora Anya asiente y repiquetea varias veces con el boli.

—¿Crees que te gustaría pasar más rato con ella? ¿Aparte de esos pocos minutos en el complejo deportivo?

—Va a la misma clase de poesía que yo.

—Fuera de las clases o de su trabajo, Bennett. ¿Te gustaría hacer alguna otra cosa con ella?

Frunzo el ceño, pero asiento.

—A lo mejor podrías preguntarle si quiere tomar un café contigo.

Enseguida me invade una especie de incomodidad que me lleva a negar con la cabeza. «Me retracto. No quiero pasar más tiempo con ella si solo puedo hacerlo así».

—No. Pero a lo mejor me lo pide ella.

Siempre ha sido así. Rhys me pidió que patináramos juntos primero. Freddy se acopló directamente a nuestro grupo. Decir que sí me resulta más fácil. Empezar una conversación me agobia tanto que me cuesta incluso imaginármelo.

La doctora Anya se reacomoda en el asiento frente a mí.

—Me parece que es muy importante que tengas más amigos aparte de Rhys o de tus compañeros del equipo de hockey. ¿Por qué no practicamos cómo podría salir? Así puedes proponerle que vaya a tomar un café contigo en la próxima clase de poesía o... en el complejo. Lo que surja primero.

Quiero decir que no. Creo que preferiría hablar de Rhys y de mi omnipresente miedo antes que hacer esto. Dios, si quizá incluso preferiría hablar del tema favorito de la doctora Anya: el divorcio. Aunque...

—No es que sea una fanática de la poesía, y menos de esta. Es muy... Tiene muchas normas.

—Es... Deberías darle otra oportunidad.

Paloma sonríe, levanta los ojos hacia mí y veo que le brilla la mirada. Se ha recogido su larga melena color castaño claro como buenamente ha podido en una trenza algo despeinada, pero se le han soltado unos cuantos mechones y ahora le caen alrededor de la

suave y radiante piel de la cara. Tengo la sensación de que me arde y me suda la nuca.

—*Tal vez lo haga*.

—*Vale*.



Dejo que pasen una semana y un día hasta que decido intentarlo.

Entre las palabras de ánimo de mi padre mientras lo volvíamos a practicar anoche a la hora de cenar y la disimulada decepción que atisbé en mi psicóloga cuando se enteró de que todavía no se lo había pedido, creo que no puedo sentirme más preparado.

Me paso toda la clase moviendo la rodilla casi al mismo ritmo al que me late el corazón, que me va tan desbocado que a duras penas oigo nada de lo que ha dicho el profesor hasta que repite:

—Por parejas.

Unos ojos marrones me encuentran enseguida, acompañados por una sonrisa socarrona escondida entre esos carnosos labios de color rosa, mientras Paloma viene hacia mí. Como si no existiera nadie más. Su primera elección, a pesar de que, en su día, fuimos los últimos dos en elegir compañero.

El doctor Britton nos mira con expresión interrogativa, pero yo casi no me doy cuenta ni oigo nada de lo que dice porque el pulso me late con fuerza. Tantísima que temo que Paloma también vaya a oírlo.

«Paso uno: hazle un cumplido sobre su mochila...».

—Hey —me dice.

Le devuelvo el saludo y me yergo un poco más en la silla.

—Eh, oye, me...

El profesor viene hacia nuestros escritorios y me interrumpe:

—No serán los más atentos de la clase, pero un poco videntes sí que son. —Al ver lo confundidos que estamos, suspira—. Estaba haciendo parejas para el trabajo, aunque parece que ustedes dos no han oído nada de lo que he dicho. Pero da igual, porque... ¡Tachán! —Hace repiquetear su bastón tres veces—. Iba a ponerlos juntos de todas formas: la chica de los versos libres y el chico de los sonetos bien estructurados. Como un extraño y poético dúo de superhéroes.

A Paloma se le escapa una risita. Yo me río un poco, sonrío al profesor y asiento con la cabeza.

—¿Espera que vayamos a pelearnos sobre la muerte? ¿E. E. Cummings versus Petrarca?

Vuelvo a guardar silencio mientras nuestro profesor sonríe pletórico ante la sarcástica agudeza de Paloma.

—He escogido unas elegías específicas para ustedes dos. ¿O prefieren las odas?

Normalmente, me divertiría este tira y afloja verbal entre ellos dos, pero no puedo centrarme en nada que no sean las instrucciones que tengo guardadas en la cabeza y que repito sin parar para que no se me olviden.

«Paso uno: hazle un cumplido sobre su mochila.

»Paso dos: dale tiempo para que se acomode en el escritorio.

»Paso tres: establece contacto visual y pregúntale: "¿Te apetecería tomar un café conmigo?"».

La miro y repiqueteo con el boli mientras siento que el cuerpo se me ha convertido en un latido colosal. Paloma le presta atención al profesor, que nos habla de todas las obras del trabajo. Ella juguetea

distraídamente con el pelo, deshaciéndose la trenza y volviéndosela a hacer. Aprieto los puños. Quiero peinarla.

«Céntrate. Paso uno...».

La vibración del temporizador que tiene el doctor Britton en el escritorio hace que, de pronto, se desate una especie de frenesí en la clase. Puede que todo el mundo se esté moviendo despacio, pero a mí me da la sensación de que lo hacen a toda velocidad; tengo el pulso y la adrenalina por las nubes.

Paloma se levanta y yo la imito. Guarda las hojas en la carpeta con calma y coloca las mías con cuidado en el archivador que tengo abierto, aplanando bien las puntas hasta dejarlas impecables de nuevo.

—¿Has dicho que querías preguntarme algo? —me dice mirándome con expectación, pero dubitativa.

—No. —Niego con la cabeza y clavo la vista en el suelo—. Qué va.

Nos quedamos así un minuto más.

—Tu mochila mola —digo finalmente.

Me atrevo a mirarla otra vez y siento que me arde la cara.

Paloma sonríe de oreja a oreja y se sonroja. Parece un poco avergonzada.

—Gracias. De hecho, la, eh... La encontré en una tienda de segunda mano. Y estaba por estrenar, además. Hasta tenía la etiqueta y todo.

Se da la vuelta despacio, como si quisiera enseñarme la mochila de color azul océano a la que le cuelga una etiqueta de los Waterfell Wolves. Me aferro a la mía con algo más de fuerza y cojo el archivador que Paloma ha cerrado por mí.

—Nos vemos luego, Bennett.

«Di algo. Hazle un cumplido sobre la mochila. Pregúntale si quiere tomar café contigo».

«Di algo».

Cierro la boca, sonrío con los labios apretados y me despido de ella con un gesto de la mano idéntico al suyo, mientras Paloma sale del aula.

18

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

OCTUBRE

Pasa una semana más en la que seguimos con la misma rutina de siempre y yo continúo sin lograr preguntárselo.

Estoy prácticamente convencido de que mi pasividad frustra tanto a mi padre como a mi psicóloga, pero ninguno de los dos me ha insistido para que hiciera nada. Y puede que sea aún peor.

Tal y como diría la doctora Anya: «Evitarlo solo te hace daño, Bennett».

Ahora, mientras salimos juntos de clase, al igual que hacemos siempre, Paloma sigue hablando. No ha dejado de hacerlo desde que hemos empezado a trabajar juntos. Y no podría sentirme más agradecido por ello.

Primero, sobre el trabajo de poesía. Luego, acerca de su compra más reciente en la tienda de segunda mano y que la tiene entusiasmadísima. Mientras dejamos atrás los pasillos del Centro Haley y salimos donde nos recibe la centelleante luz del sol y el atiborrado camino del campus principal, voy dándome más y más cuenta de lo a menudo que se para la gente a mirarnos.

Al principio, estoy convencido de que es por mí. Soy un tipo grande, como mi padre, y estoy acostumbrado a que los demás me miren de pasada o levanten las cejas, intimidados, cuando camino por su lado. Pero esta vez es diferente. Los chicos, sobre todo, repasan a Paloma con la mirada mientras camina delante de mí, como si fuese alguna especie de obra de arte escénica dispuesta ahí para que la observen. Esto tiene algo más... siniestro que las miradas a las que estoy acostumbrado.

Camino un poco más cerca de ella, como si fuera su corpulenta sombra, mientras nos acercamos al punto en el que solemos separarnos.

«Intenta cogerla de la mano».

Suena muchísimo más fácil de lo que es, físicamente hablando. Y puede que solo sea cosa mía, pero, al imaginarme cogiéndole la mano, se me seca la garganta.

—Perdona. Te estoy metiendo una chapa alucinante —dice, algo abatida. Se pasa un dedo por una de sus despeinadas trenzas. He prestado la suficiente atención como para saber que está hablando de los primeros partidos de hockey que tenemos este finde fuera de casa y de lo frustradísima que está porque no la hayan escogido a ella. Irá Jeremy—. Tampoco sé si quería ir, la verdad, pero... Supongo que es porque trabajo más que él. Me esmero muchísimo más que él y a mí ni siquiera me preguntan si...

—¿Quieres tomar un café conmigo?

Las palabras me salen disparadas y tanto Paloma como yo nos detenemos en el acto. La brisa le mece unos cuantos mechones sueltos que acaban bailándole por la cara y se los aparta enseguida.

—Oh... —exhala abriendo sus ojos marrones como platos y fijándolos en mí—. ¿En plan amigos? ¿O en plan cita?

Se me revuelven las tripas ante esa inesperada y terrible pregunta. Me arden las mejillas, abro y cierro la boca dos veces y me dispongo a pensar en la mejor manera de cambiar de tema.

Pero, entonces, Paloma me sonríe. Con ternura y calidez.

—Si fuese una cita, tampoco me importaría... —dice con la mirada centelleante.

Eso que notaba en el estómago no solo no desaparece, sino que, en cierto modo, va a más. Es una sensación cálida y vibrante que me recorre el cuerpo entero. Se me pone la piel de gallina y yo culpo a la fresca brisa otoñal.

—En plan cita, pues. —Asiento—. Mañana. A las siete de la mañana.

Es absurdo que le proponga una cita de aquí a tan poco tiempo y tan temprano. Ni siquiera ha sido una pregunta..., pero, aun así...

—Hecho.



—¿Esos son... tu padre y tu madre?

Quien lo pregunta es Freddy, pero yo ya sé la respuesta. Anna y Max Koteskiy están en las gradas del entrenamiento; suele estar prohibido, pero no me sorprende su presencia.

Rhys asiente y se ríe al ver a Freddy tan confundido y resacoso.

Max es alto y emana autoridad incluso desde la distancia; sin embargo, cuando algo tiene que ver con su mujer y su hijo, es tierno como el que más. Ahora mismo, su expresión es seria y

severa; tiene una mano apoyada en la nuca de su mujer. Un pilar de fuerza detrás de Anna.

—Es Maximillian Koteskiy —dice un estudiante de último curso, dándole un codazo a Freddy, que casi se cae. Me pregunto si, aparte de tener resaca, no se habrá presentado al entreno borracho—. Sigue siendo el hombre que más Copas Stanley ha ganado. El *enforcer* del siglo.

Rhys sonríe. Un hijo orgulloso que encaja a la perfección con un padre igualmente orgulloso.

—Sí, es mi padre. Me juró que no vendría por el hockey, así que estará aquí por mi madre.

Anna parece tierna, y lo es, pero también es ferozmente protectora. Lleva el pelo recogido en una coleta, y se ha puesto un vestido largo con cuello vuelto. Para no variar, parece muchísimo más joven de lo que es. Eso significa que ya estoy acostumbrado a comentarios como los que sé que vendrán a continuación.

—Hossstia, Koteskiy —bromea uno por lo bajo—. ¿Esa es tu madre? Hay que joderse...

Agarro al tío antes de que siquiera pueda darme cuenta de quién es.

—Cuidado —le suelto, mirando a todos los jugadores a nuestro alrededor—. Te estás pasando de la puta raya.

Rhys me coge por el jersey y me aparta un poco, así que suelto al chico de último curso al que había agarrado.

El entrenador Harris hace sonar el silbato y nos acercamos a los bancos, donde aguardamos de pie o nos quedamos con una rodilla en el suelo mientras los padres de Rhys bajan.

—Hola, chicos —dice Anna, sonriendo con amabilidad y saludando a su hijo con la mano. Rhys le devuelve el gesto igual de ilusionado; nunca siente ni pizca de vergüenza—. No quiero robaros mucho tiempo, solo quería hablaros de la obra benéfica que estoy organizando. Es en favor de una vivienda asequible y gratuita. Y me encantaría poder contar con vuestra ayuda.

Habla con ternura, como siempre. Parece tan pequeña, de pie al lado del banco y rodeada por los sudorosos jugadores de hockey, que siento una punzada en el pecho.

Si cerrase los ojos, me bastaría con oír su tono de voz para que los recuerdos regresaran a mí. Recuerdos de cuando tenía seis, siete, diez años, o incluso catorce o dieciséis, y hacíamos galletas o sirope de chocolate; o de cuando Anna probaba lo que quiera que yo hubiese preparado, por más malo que estuviera.

Acude otro recuerdo a la mente: el de un niño con lágrimas en los ojos y temblando como una hoja.

Y una silenciosa petición:

—¿Crees que podría practicar? ¿Me ayudarás?

—Claro que sí, Ben.

Y, entonces, me abrazó. Me abrazó de una forma que, por primera vez en mi vida, ahuyentó el pánico.

Sacudo la cabeza casi con demasiada brusquedad, tanta que Rhys se sobresalta. Me calma sin apartar la vista de su padre, que es quien ha tomado la palabra; tiene la mano apoyada en el hombro de su mujer, que lo mira y le da un beso en los nudillos.

Los Koteskiy siempre han sido muy afectuosos. Es algo que nunca vi en mi casa, de pequeño, aunque me duela mucho aceptarlo.

«Mis padres se querían. De verdad...».

—¿Ben?

Es Rhys, que me está sacudiendo el hombro.

—Perdona. No sé dónde tengo la cabeza hoy...

Mi mejor amigo sonríe y echa a patinar hacia atrás por la pista, que se está vaciando en un abrir y cerrar de ojos.

—Voy a cenar con mis padres. Creo que el tuyo también estará. ¿Te apetece venir?

«¿Me apetece ver cómo mi padre se queda mirando a los tuyos, adorándose mutua y públicamente, mientras finge no estar triste para que no me afecte a mí?».

—Claro. Pero primero tengo que hacer mi rutina.

—Te mando la dirección.

Espero pacientemente a que todo el mundo se haya marchado antes de que Paloma venga a ayudar. No hablamos, pero su mera presencia me tranquiliza.

La acompaño al coche, como siempre, pero, esta vez, le abro la puerta y espero.

—Ya quiero que sea mañana —me dice.

Una ola cálida me recorre el cuerpo.

—¿Sí? —le pregunto.

Paloma asiente.

—Yo también —le digo.

Le acerco los dedos a la cara, atreviéndome a acomodarle un mechón de pelo suelto, y dejo que esa espléndida sensación cale en mi piel.

—Buenas noches, Bennett.

—Buenas noches, P. —susurro.

Antes de subirse al coche, Paloma se sonroja al escuchar el delicado susurro de su apodo.

19

Paloma

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

OCTUBRE

Como en ocasiones soy una idiota de manual y como es probable que a veces pierda la noción del tiempo cuando estoy en el agua, voy tarde.

Echo a correr (literalmente) por el campus, aporreando el suelo con los zuecos. Atravieso la puerta del Brew Haven a toda prisa a las 7:05 clavadas.

Bennett ya está aquí (cosa que ya sabía). Al verme, se levanta; se me revuelve el estómago.

Se ha puesto unos pantalones preciosos de color verde aceituna y una camisa blanca arremangada hasta los codos. Sus suaves rizos color caoba le caen cuidadosamente alrededor de los ángulos de la cara. Lleva un elegante reloj en la muñeca; uno caro, pues el oro resplandece en contraste con su piel, sutilmente bronceada.

Reparo en cómo voy vestida y me entran un poco de náuseas. Llevo una camiseta gris muy gastada y un mono que compré en una tienda de segunda mano. Sigo con el pelo mojado y recogido en una

trenza suelta que huele muchísimo al acondicionador caro de mi compañera de piso, que he usado esta mañana.

La vergüenza inunda mi cuerpo y me siento tentada de empezar a disculparme por haber venido tan mal vestida.

Sin embargo, Bennett está sonriendo y sus ojos azules como el océano casi centellean mientras me saluda con la mano para llamar mi atención. Como si yo hubiese reposado la vista en cualquier otra cosa que no fuera él.

—Perdona... —suelto igualmente, cubriéndome mis sonrojadas mejillas con las manos—. ¿Me cambio?

Él frunce el ceño con fuerza mientras me mira, puede que por primera vez.

—¿Por qué? —A juzgar por su tono de voz, parece confundido—. Estás muy guapa.

—Ay... —Suelto una risa y me sonrojo aún más mientras me acomodo en el reservado. Bennett espera a que me haya sentado antes de volver a sentarse delante de mí—. Gracias.

Se encoge de hombros.

—Siempre lo estás.

Lo dice como si fuese lo menos interesante de mí. Se me encoge el corazón.

—Gracias...

—¿Cómo es que llevas el pelo mojado? —pregunta de sopetón.

Me sonrojo y Bennett parece más pálido.

Bennett Reiner es una persona cuidadosamente controlada. Lo he visto en suficientes situaciones distintas como para saber que es meticuloso al hablar y que medita muy bien sus palabras. Pero, conmigo, parece que le ocurra esto a menudo: suelta lo que piensa

y lo que siente sin filtros, sin ese cuidadoso control. Eso es un alivio y un tanto egoísta por mi parte, porque siento que, para él, no soy una persona cualquiera. Que, en cierto modo, soy más que el resto.

Sacude la cabeza como respuesta a su propia pregunta y hace una mueca, como si no hubiese querido preguntármelo y estuviese dispuesto a lo que fuera con tal de retractarse. Va flexionando las manos en un rápido patrón mientras intenta disculparse:

—Lo sien...

—Qué va, no pasa nada. He, hm... —Me tiro de la trenza y me muerdo el labio—. He ido a nadar por la mañana, así que me he duchado muy rápido antes de venir y no se me ha acabado de secar el pelo. Y lo llevo un poco enmarañado.

—¿Nadas? ¿Para el equipo de la uni, digo?

Frunce el ceño y ladea la cabeza. Parece casi consternado ante la posibilidad de que se le haya pasado este detalle sobre mí.

—Uy, no. Me gusta, pero nada más. Me siento bien cuando nado, y me ayuda a desestresarme. O sea que... lo hago solo para divertirme, supongo. Me relaja.

Al oír mis palabras, asiente, comprensivo.

—¿Tú nadas? —me intereso.

—En la piscina, por placer. Pero no en plan... —Juguetea con sus rizos con una mano y se repiquetea la pierna con la otra—. No sé nada de técnica.

—Puedo enseñarte, si algún día quieres aprender. Igual te viene bien.

Tuerce un pelín el gesto, pero carraspea e intenta decantarse por otra pregunta.

—Y... ¿cuánto tiempo llevas nadando?

—Desde que era pequeña. Me... me caí en una piscina y pensé que debería aprender a nadar para no ahogarme. —Río, esbozo una sonrisa y me echo unos cuantos mechones de pelo hacia atrás—. Pero, bueno, nunca lo dejé. Y luego se convirtió en algo que me aportaba paz, que me hacía sentir completamente relajada y a salvo. Es raro, teniendo en cuenta que la primera vez casi me ahogo.

Se me vuelve a escapar la risa, pero Bennett se limita a escucharme con una concentración absoluta.

Se hace el silencio entre los dos. No es incómodo, pero sí lo bastante largo como para que Bennett parezca más nervioso.

—Gracias per haberme invitado. Me... —Desvío la mirada hacia la barra, donde veo a una chica de melena castaña con pose caída, ya sea por el aburrimiento, ya sea porque tiene sueño; juguetea con las puntas del pelo, que lleva recogido en una coleta—. ¿Pedimos?

—Claro. Café —responde Bennett casi para sus adentros, como si estuviese recordándoselo a sí mismo—. Si me dices qué quieres, puedo pedir yo.

No tomo café; solo probé unos cuantos sorbos de esas tazas negras y amargas en una cocina de la que preferiría no acordarme jamás. Mi madre no preparaba un café para despertarse, ni siquiera tenía cafetera; prefería echar mano de un bote naranja de pastillas o de una botella de whisky.

—¿Mamá?

Un destello de melena rubia, despeinada y enmarañada. Una niña pequeña con el cepillo en la mano, medio escondida detrás de ese sofá manchado para pedirle a su madre que la ayude.

Se me revuelven las tripas mientras me deshago de esos indeseados recuerdos.

—¿Qué sueles pedir tú?

—Café solo con hielo y con tres cucharadas de leche de almendras —anuncia como si estuviese leyendo un manual de instrucciones. Se frota la nuca con la mano y me mira—. Pero no deberías pedir eso. O sea, es que no sé si te va a gustar. No es dulce, si es lo que prefieres.

Las bebidas dulces sí que me gustan. Normalmente, pediría una Dr. Pepper y arreando, pero quiero que este momento marque un punto de inflexión. Hacia algo distinto, mejor.

—Elige tú por mí. Sorpréndeme —le digo sonriendo de oreja a oreja para animarlo.

Bennett parece aprensivo y se muerde el labio inferior un segundo a la vez que gira la cara para mirar por encima del hombro y estudiar la carta.

—Vale. De acuerdo.

—Pidas lo que pidas, me gustará. Te lo prometo.

Bajito, en los altavoces de la cafetería, suena «Big Black Car», de Gregory Alan Isakov. Bennett se apoya en la encimera y encorva un poco sus anchísimos hombros para hablarle a la camarera en voz baja. Mantienen una breve conversación, pero nunca establece contacto visual con la chica y regresa con un cartelito con un número.

—También te he pedido algo de comer. Como has ido a nadar, he pensado que debes de tener hambre.

Siento un aleteo en el estómago.

«No te relajes demasiado, Polly. Acabarás pasándolo mal».

—Me muero de hambre —suelto, como si hablar en alto fuera a silenciar todo lo demás.

Al cabo de poco, aparecen el misterioso plato y la bebida ante mí: tiene una pinta más sofisticada que el bocadillo que esperaba que fuesen a traerme.

Cuando Bennett envuelve el café con su gran mano, su bebida parece pequeñísima. Le da un sorbo antes de estudiarme con cautela; me doy cuenta de que me he quedado empanada mirando el plato que tengo delante.

—Es, hm... Uno de sus platos estrella. Huevos a la plancha, aguacate, crujiente de beicon, tomates y feta sobre patatas *hash brown*. Y por encima le echan una reducción balsámica. De hecho, diría que es lo que le da un toque al plato, así que he pedido que te pusieran extra. Y, para beber, *pumpkin spice*: es dulce, pero hacen el sirope ellos mismos, así que creo que te gustará. Aunque... si ves que lo odias...

—Huele de maravilla y tiene una pinta riquísima. Creo que me va a encantar. —Corto la comida y me como un buen bocado antes de levantarle los pulgares a Bennett.

Una inmediata explosión de sabores en la lengua: delicioso, salado y dulce, todo a la vez. Suelto un gemido mientras cojo un poco más y me cubro la boca, pegando saltitos en la silla, ilusionada, mientras vuelvo a disfrutar de esta exquisita experiencia gastronómica por segunda vez. Cojo la taza, le doy un sorbo al café y dejo que la nuez moscada y la canela me acaricien la lengua.

—¿Te gusta? —me pregunta, con cierta impaciencia en la voz.

Asiento con sinceridad y consigo sonsacarle una pletórica sonrisa.

Las sonrisas de Bennett son escasas, pero preciosas. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que le he visto una. Se le encorva un poco más la comisura derecha del labio mientras cierra la boca y se le achica la sonrisa. Aun así, sigue con las mejillas bien marcadas y sus oscuras cejas relajadas, bajo las cuales descansan unos océanos tan azules y profundos que me entran ganas de nadar en ellos. Su felicidad resulta embriagadora.

Para Bennett, esto es importante: que esté comiendo algo que ha elegido para mí.

«Comida». Me guardo esta información en la carpeta mental que tengo sobre «Intereses de Bennett», junto con la poesía y el hockey.

—Bueno —digo, zampándome el desayuno en tiempo récord—, ¿cómo empezaste a interesarte por la poesía?

Al oír mi pregunta, hace una mueca y se toca el pelo antes de exhalar y responder:

—Me... ¿Estás segura de que quieres hablar de poesía?

—A ver... Siempre y cuando tú quieras.

Está claro que esto, sea lo que sea, le molesta. Vuelve a juguetear con las manos, inquieto, y se ha le han tensado los hombros bajo la tela blanca de la camisa.

—Vamos juntos a clase de poesía. Y el hockey es tu trabajo —dice. Frunzo el ceño: ¿adónde quiere ir a parar?—. Estamos en una cita. Se supone que debería preguntarte algo sobre ti.

Me siento aliviada; me doy un segundo para dejar los cubiertos sobre el plato, ya vacío. Si no fuera porque pienso que incomodaría a Bennett, creo que lo lamería. Pero el momento que estamos compartiendo parece grande, importante, así que me tomo algo de tiempo antes de hablar.

—Nunca había tenido una cita —confieso, acomodándome unos cuantos mechones de pelo detrás de la oreja—. Así que puede que no sepa cómo tiene que ir, pero creo que saber por qué te gusta la poesía es una forma de conocerte mejor. Y eso me gustaría.

Bennett vuelve a sonreír, pero ahora lo hace con más ganas, dejando entrever los dientes.

—Yo tampoco había tenido ninguna cita —reconoce.

El tiempo vuelve a detenerse a nuestro alrededor mientras nos quedamos mirando el uno al otro con una sonrisa en los labios.

—Te he traído algo —dice de repente, metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un elegante sobre—. Ya lo abrirás luego.

Acato su clara orden y me guardo el sobre en el bolsillo del mono antes de dar una palmadita justo encima.

—De acuerdo —respondo.

No nos tocamos, pero lo siento. El delicado rasgueo de la guitarra de la música que suena en la cafetería es la banda sonora de lo que se siente al encontrar algo mejor, algo bueno, algo seguro.

Por la noche, abro el sobre acunada por la seguridad de mi cuarto y leo el «Soneto 227» bajo la tenue luz de las centelleantes estrellas que tengo en el techo y de la lámpara que hay al lado de la cama. Me río al ver que se trata de un poema de Petrarca, literalmente, y no solo por la estructura.

Sin embargo, la risa se me atasca en la garganta a medida que voy leyéndolo línea por línea, el corazón me late desbocado y se me enciende la piel. Hasta oigo el melodioso y suave tono de Bennett susurrándome cada palabra en la piel:

Dichoso aire, cuyos vivos rayos
permanecen. Y tú, clara corriente,

¿por qué no podemos cambiar caminos?

El poema me envuelve como si de una manta se tratase, reconfortándome mientras me quedo dormida con la hoja bien pegada al pecho.

DE PALOMA BLAKE PARA BENNETT REINER

Qué labios he besado, y dónde y por qué,
lo he olvidado

SACADO DEL «SONETO XLII»

DE EDNA ST. VINCENT MILLAY

Bennett:

Aquí tienes un soneto bien estructurado. De nada.
Aunque no sea tan enamoradizo como Petrarca.
A mí tampoco es que me haya entusiasmado demasiado.

P.

20

Paloma

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

OCTUBRE

Bennett llega tarde.

Parece mentira, porque Bennett Reiner nunca llega tarde, pero habíamos quedado hace cinco minutos y yo sigo esperando sola en esta sala de estudio privada.

Oigo el crujido de la puerta al abrirse, dejo el móvil en la mesa y sonrío mientras Bennett entra con toda su altura y corpulento cuerpo, y con la gorra tan baja que le cubre los ojos. Hoy se ha puesto la camiseta del equipo de hockey de Waterfell, la mochila le cuelga de un hombro y lleva una especie de recipiente en los brazos.

—Buenos dí...

—Te he traído algo —me corta, colocándome ese táper azul en las manos antes de frotarse la nuca y reajustarse la gorra.

Se pone rojo como un tomate, pero yo lo miro con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué es? ¿Puedo abrirlo ya?

—Sí. —Asiente—. Ah, y... Buenos días, Paloma.

—Buenos días, Bennett.

Levanto la tapa y se me hace la boca agua nada más oler a azúcar.

—¿Galletas? —Abro los ojos como platos—. ¿Las has hecho tú?

—Son de pepitas de chocolate. Pero, eh... Sí. He llegado tarde porque han tardado un poco más en cocinarse, pero deberías comerte una. Ahora que están recién hechas.

Noto que se está conteniendo para no obligarme a que me coma una galleta de pepitas de chocolate recién hecha y calentita. Sin titubear siquiera, cojo una y le pego un mordisco. Está caliente, es suave y perfectamente dulce, con un toque de sal que me aviva las papilas gustativas.

—Dios, Bennett —murmuro, y casi se me nubla la mirada en cuanto el chocolate se me derrite en la lengua—. Está riquísima.

Se sonroja, pero se le dibuja una amplia, pletórica y maravillosa sonrisa. Bennett es muy atractivo y la amplitud de sus rasgos encaja con su enorme figura. Se parece a Tom Welling de joven: alto, cuadrado, con unos penetrantes ojos azules y esos rizos marrones con un corte de pelo un tanto pueril.

Separa los labios, normalmente fruncidos o serios, y deja a la vista su blanca y recta dentadura. Ahora que estoy tan cerca, veo que tiene un colmillo un poco roto. A mí se me dibuja una sonrisa de forma natural.

—Muchas gracias. No hacía falta que...

—¿Sabes eso que dijiste sobre la natación? —me interrumpe—. ¿Que te relaja? A mí me pasa con la cocina.

—¿Ah, sí? Bueno, pues puedes prepararme algo siempre que quieras. —Me río y me apresuro a sacudir la cabeza, separándome y sentándome de nuevo—. Tiendo a olvidarme de comer...

Y también soy... prudente. El dinero de la beca está genial, pero la pequeña dieta que incluye puede ser un problema. Así que ahorro tanto como puedo.

No me cuesta. Estoy acostumbrada a apañármelas y a subsistir con lo que sea. De pequeña, mi madre no siempre atendía a mis necesidades y aprendí a ir al súper y a valerme por mí misma antes de que me bajara la regla. A cuidarme lo mejor que pude.

Algo de lo que he dicho ha incomodado a Bennett, que agarra el asa de la mochila con fuerza antes de volver a abrir el puño, acomodarse en la silla que me queda delante y sacar el ordenador y las libretas.

Cojo otra galleta y le pego un bocado. Al notar el sabor, se me escapa un gemido.

Bennett tose y se sonroja mientras vuelve a centrarse en la pantalla de su ordenador.

—Son una pasada, Bennett.

—Gracias —musita antes de coger un boli negro de la mochila.

El trabajo de poesía es bastante flexible: tenemos que elegir un poema cada uno e intercambiarlos, analizarlos y luego escribir un poema reinventado siguiendo el estilo que nos plazca. El doctor Britton nos dijo que teníamos que «dejar atrás lo convencional y ser creativos».

Hoy vamos a centrarnos en escoger los poemas.

Antes de que nos dé tiempo a empezar, Bennett me pasa un paquete de bolis. Arrugo la frente y clavo la vista en la mesa que nos separa antes de desviarla hacia el bolígrafo que tengo en la mano. Al final, lo miro a los ojos.

Veo su ansiedad reflejada en el rostro. Bennett se reajusta la gorra antes de bajar la vista hacia los bolis.

En la última sesión, escribí sobre sus notas con mi boli azul, sin darle demasiadas vueltas. Sin embargo, lo vi nervioso hasta que terminamos y, en la pausa, me di cuenta de que tiraba la hoja entera y volvía a reescribirlo todo con su propio boli, de color negro.

—Yo uso estos. Así que te he comprado unos. Es... —Deja la frase a medias, sacude la cabeza y traga saliva con fuerza—. Qué vergüenza... Lo siento. Pero es que...

No le digo que lo entiendo, porque la verdad es que no lo entiendo. Pero, si así está más cómodo, a mí no me importa.

—Nada de vergüenza, Bennett. No pasa nada.

Cojo el paquete y lo abro. Guardo mi boli azul en el bolsillo delantero de la mochila, pillo uno de los suyos y hago un garabato al final de mi libreta.

—Qué sofisticados —bromeo para intentar borrar la mueca que sigo atisbándole en la cara—. Gracias por comprármelos.

Bennett asiente, pero no dice nada. Simplemente, se apoya bien la libreta en el regazo y yo dejo el tema.

Se pone a trabajar en silencio y yo hago lo propio. Sin embargo, nos miramos de vez en cuando. Y me siento sobre mis manos para evitar tocarlo.

Al cabo de una hora, Bennett se yergue en la silla de repente y coge el móvil para mirar la hora. Suelta un taco por lo bajo; una palabra que nunca le había oído pronunciar. Lo guarda todo en la mochila rápidamente, se levanta y me mira un poco aterrado.

—Tengo que pasear a Siete —me dice—. Mi perro.

Asiento.

—Me acuerdo.

Da media vuelta y se marcha antes de que pueda decir nada. Aun así, como yo también he empezado a recoger, no tardo demasiado en alcanzarlo, a pesar de sus largas zancadas.

—¿Bennett? —lo llamo, andando a su lado sin detenerlo—. ¿Puedo acompañarte?

Frunce el ceño, juguetea con las manos y ralentiza muy sutilmente el ritmo.

—¿Quieres acompañarme a pasear a mi perro?

—Sí —contesto alegre, encogiéndome de hombros—. Puede ser divertido.

Una tierna sonrisa reemplaza su sutil preocupación.

Salimos de la biblioteca y caminamos hacia la otra punta del campus, donde se encuentran las resis más grandes y caras. No debería de sorprenderme que Bennett se detenga delante de una de las casas adosadas.

—Siete es un perro... tranquilo.

No me dice nada más, pero veo que empieza a dibujarse sobre su muslo una suerte de patrón con los dedos. Es un tic nervioso que ya le conozco.

—Si crees que voy a ponerlo nerviosa —«o a ti», pienso—, puedo volver otro día.

—No. Hoy va genial. Espera aquí —me dice alejándose, antes de girarse de nuevo—. Puedo... guardarte la mochila. Mientras paseamos.

Me aferro a ella con algo más de fuerza y respondo:

—No, tranquilo. Ya la llevo yo.

—¿Estás segura? Puedo...

—No quiero —le suelto—. Es que... me gusta llevarla conmigo.

Me ruborizo de la vergüenza, pero Bennett no lo ve y se gira con la brusquedad suficiente como para que yo me sienta un poco mal por haber reaccionado de esta forma. Tras varios minutos, la puerta vuelve a abrirse y aparece Bennett con un perro negro de esos grandes caminando a su lado, despacio.

—Te presento a Siete —dice con voz calmada.

Su perro, un bonito labrador negro de grandes ojos marrones, se detiene al lado de su dueño y ladea un poco la cabeza para mirarme con curiosidad.

—¿Preparada? —me pregunta Bennett.

—Preparada.

Siete se me acerca antes que Bennett y aproxima el hocico a la palma de la mano que le he abierto.

—¿Puedo acariciarlo? —le pregunto.

Bennett asiente y nos estudia de cerca mientras me agacho y hundo los dedos en el pelaje negro del animal, que me mira con ojos sentimentales, en los que noto un aire casi tristón. Es increíble lo mucho que me recuerda a Bennett; es como ese viejo dicho que dice que las mascotas y los propietarios acaban pareciéndose entre sí.

Echamos a andar por la acera y nos alejamos del campus para dirigirnos hacia la zona donde están las tiendas y Brew Haven.

—Bueno, ¿qué te llevó a querer tener un perro?

—Pues, eh... En realidad, no fue cosa mía. Fue una sorpresa de mi padre. —Bennett guarda silencio durante unos cuantos instantes; es como si estuviese peleándose internamente con sus pensamientos—. Es un perro de terapia. Para mi... —Carraspea—. Para mí.

Se queda callado un buen rato y veo que le centellea la mirada, como si estuviese esperando a que yo hiciera o dijera algo.

—¿Para ti? —intento ayudarlo.

—Ajá.

Guardo silencio para dejar que se explaye.

Sin embargo, en lugar de entrar en detalles, Bennett sigue caminando lo suficientemente rápido como para que yo tenga que dar zancadas más grandes con tal de poder seguirle el ritmo. Alargo el brazo hacia él y le rozo con la mano, pero Bennett se aparta de golpe; es como si acabase de pegarle una bofetada. Se separa un poco.

Siete choca con las piernas de Bennett, que ha frenado en seco.

—Perdona —le digo levantando las manos.

Él exhala.

Reanudo el paso y él me sigue. Espero que el movimiento lo ayude a calmar la ansiedad, que claramente va en aumento.

—No te gusta el contacto físico, ¿verdad? Tal vez debería evitar tocarte. No sé por qué he...

—No. No me... —Exhala casi molesto—. Cuando me tocas tú, sí que me gusta.

Ante la sinceridad y la vulnerabilidad de sus palabras, que acaba de pronunciar un poco demasiado alto, Bennett se sonroja.

Giro la cara para que no me vea sonreír.

—Es solo que prefiero saber cuándo pasará. Y no me gustan los roces suaves.

Vuelve a detenerse; por lo visto, tanto física como mentalmente. Aguardo. Siete me da unos golpecitos con el hocico. El animal se

coloca a mi lado y parece empujarme en el muslo para que me acerque a Bennett.

—¿Así? —le pregunto estirando la mano hacia la suya, pero dejándola en el aire hasta que es él quien me la coge con la suya, cálida y firme.

Durante un buen minuto, Bennett clava los ojos en nuestras manos, entrelazadas, hasta que al final se le dibuja una muy delicada sonrisa en los labios. Me invade cierto orgullo, tanto por él como por la conversación, y siento la necesidad de ser vulnerable a su lado, de abrirle mi propio corazón y hablarle de mis inseguridades, esas que arrastro como si fuesen una parte intrínseca de mí.

Sin embargo, a diferencia de Bennett, parece que yo carezco de valentía.

Como el miedo me paraliza, no le digo nada de eso.

DE BENNETT REINER PARA PALOMA BLAKE

El mar puede ser bravo o apacible,
ser como el respirar de la suave seda
o sembrar el caos en la orilla; el mar puede
ofrecértelo o arrebatártelo todo;

SACADO DE «LA POETISA COMPARA
LA NATURALEZA HUMANA CON EL OCÉANO
DE DONDE VENIMOS», DE MARY OLIVER

P.

Aunque no te lo creas, mi poetisa favorita es Mary Oliver.
Dime: ¿eres como el océano? En caso afirmativo...
Por favor, no me arrebates tu compañía.

Con cariño,
Bennett

21

Bennet

PRESENTE

Rhys no ha llegado; por lo visto, va tarde. Así pues, me encuentro aquí, solo y sutilmente atormentado al ver a sus padres y al mío sentados alrededor de esta amplia mesa redonda de roble, bajo la tenue luz de esta esquina en el fondo de un elegante asador.

A pesar de que solemos quedar en Boston, hoy mi padre ha venido a Waterfell. Desde que los hermanos de Sadie empezaron a vivir con los Koteskiy, a los padres de Rhys les gusta estar más cerca.

Al verme, Anna se levanta y se me acerca con la mirada centelleante y los brazos abiertos. Cuando me abraza, siento cierta calidez en mi pecho, tan vacío.

—Es como si llevase siglos sin verte —dice, separándose y acariciándome la mejilla.

Su marido y mi padre se acercan enseguida, colocándose uno a cada lado de la mujer. Se me revuelven aún más las tripas.

Aun así, me obligo a sonreír.

—Solo hace unas cuantas semanas —respondo.

—Demasiado —dice ella, negando con la cabeza—. Ven, siéntate. ¿Quieres beber algo?

Su marido le separa la silla a Anna y la acomoda apoyándole una mano en la nuca. Niego educadamente con la cabeza y me siento en la silla que queda más cerca de mi padre.

Max se pone a hablar de la uni y se interesa por cómo me van las clases y los entrenos, dejando que mi padre y Anna intervengan con alguna que otra pregunta o comentario.

—¿Y... el hockey? ¿Sabes qué equipos están interesados en ti?

Hago una mueca y levanto el vaso de agua en un intento por disimularla. Es inevitable; en una mesa con Maximillian Koteskiy y Adam Reiner, no hablar de hockey sería toda una proeza. Sin embargo, como Rhys aún no ha llegado, tengo más bien poco que ofrecerles.

—Pues... no estoy seguro. —Me encojo de hombros—. Todavía no he hablado con el entrenador Harris.

Max parece sobresaltarse al oír mis palabras. Abre la boca, pero mi padre lo corta antes de que su amigo pueda decir nada.

—¿Qué tal los preparativos para la función?

Se ponen a hablar de la gala para la obra benéfica anual de los Koteskiy en lo que resulta ser una mezcla entre charlar con un amigo e informar a su principal mecenas: Adam Reiner. No presto demasiada atención, sino que voy dibujando palabras sueltas con los dedos en la servilleta que me he colocado sobre los pantalones de traje.

En algún momento, mi padre alarga el brazo para rellenarle la copa de vino a Anna con la botella que han pedido para la ocasión. Ella sigue hablando, le sonríe y, con el pulgar, le acaricia la mejilla,

cubierta de barba. La informal cercanía de su amistad y la sonrisa que le dedica mi padre, con un aire casi nostálgico, hacen que sienta una punzada en el corazón.

Espero a que Max diga algo, a que se levante o se pelee con ellos o haga algo, lo que sea. Pero se queda mirando a su mujer con los labios prietos y una delicada sonrisa.

Cuando ya estoy a punto de disculparme, carraspeo. No puedo quedarme aquí sentado viendo esto.

El año pasado, cuando atisbé por primera vez las miradas de adoración que le dedicaba mi padre a la esposa de su mejor amigo, casi imprimo una copia del poema «El que más ama», de W. H. Auden, como si así pudiera hacerle saber que lo entendía.

Y entonces... Entonces, esa noche fui a una cita doble que lo cambió todo.

No era una de esas hermosas historias de amor. Era deprimente y triste, y la idea de que mi padre amara a la mujer de su mejor amigo y se pasara la vida sentado delante de ella hacía que sintiese tanta rabia hacia mi propio padre que casi me entraban ganas de vomitar. Hasta que ya no pude seguir estando cerca de él mientras fingía sentirse extrañamente feliz cuando me tenía delante, para luego irse a casa, solo para siempre, como si estuviese maldito.

—Debería...

—Siento llegar tarde —dice Rhys, sonriendo y dejando a la vista sus hoyuelos mientras se sienta a nuestro lado y se alisa el abrigo.

—¿Qué tal todos? —se interesa Anna, a quien se le endulza la mirada al ver a su hijo—. ¿Oliver? ¿Liam? ¿Sadie?

—Todos bien —responde Rhys, inclinándose contra el respaldo de la silla para pedir una Coca-Cola—. Te lo prometo. Liam y Oliver

están jugando a los videojuegos y Sadie les ha preparado tortitas para cenar.

Anna sonríe abiertamente.

—Te juro que como tu chica intente fregarme la cocina otra vez...

—¿Y qué tal mi hijo? —pregunta Max mirando a Rhys.

Mi amigo asiente y mira serio a su padre.

—Todo bien. De verdad.

Me alegro de oírselo decir, porque, cuando me enorgullecía de saber ver siempre lo que le ocurría a Rhys, de conocer a mi mejor amigo como la palma de mi mano, le volví a fallar.

«*Lo entiendo. Si nos lo hubieras contado, si me lo hubieras contado, te habríamos ayudado. La cosa no habría ido así*».

Eso fue lo que le dije con lágrimas en los ojos la mañana después de que pillara una buena cogorza y se encerrara en el baño hasta que Sadie vino a recogerlo. No me atreví a añadir nada más, porque, en parte, no quería que Rhys supiera hasta qué punto lo entendía; no solo por una cuestión de empatía, sino por una que justificaba cómo me sentía yo a todas horas. Triste, enfadado y asustado; todo a la vez. Era como si llevase años gritando bajo el agua y nadie pudiera oírme.

De todas formas, a mí me cuesta pillar a la gente. Y más si intentan esconderme algo.

Me ocurrió lo mismo con Paloma. No conseguí ver lo que le pasaba y, por culpa de eso, la perdí.

En muchos sentidos, siento que también he perdido a Rhys.

—Hablamos de la función con Sadie y los chicos —comenta Anna con los ojos brillantes como las estrellas—. De hecho, quienes

eligieron el tema de la obra benéfica fueron ellos. Así que será todo un acontecimiento familiar.

—Para nosotros también —musita mi padre, que le da un buen trago al vino. Me sonríe como si quisiera disculparse y añade—: También vendrá Helen. Con Ethan.

Max frunce el ceño y señala:

—Pensaba que se habían divorciado.

—Así es —responde mi padre—. Por lo visto, han vuelto a estrechar lazos. Qué sé yo. Helen solo quería informarme de que vendría y de que iría acompañada.

A mi padre nunca le ha caído bien Ethan, aunque a mí el hombre siempre me ha dado más bien igual. Tras discutirnos por esto en varias ocasiones, cuando Ethan seguía casado con mi madre, decidimos dejar de hablar del tema.

—Bueno, pues... ¿Tenemos que buscarte a una chica guapa para que te acompañe, Adam? —pregunta Anna, sonriendo socarronamente.

—¿Te estás ofreciendo, lianta? —bromea él.

Max ríe y sacude la cabeza.

—No sé cómo tenías previsto seducir a mi mujer —tercia este último—, pero no te va a funcionar. Además, puede que seas atractivo y tengas pasta, pero mi superpoder es mejor.

El padre de Rhys se inclina hacia su mujer y baja la voz para susurrarle algo en ruso, aunque no lo suficiente bajo como para evitar que lo oigamos los demás.

—Pfff, venga ya. Al final me darán ganas de vomitar —comenta mi mejor amigo—. Yo paso de pedir nada, he perdido el apetito.

Está bromeando, pero a mí me entran ganas de estrangularle para recordarle lo afortunado que es de tener a dos padres que se quieran tanto y de esta forma. Para enseñarle la expresión de anhelo con la que mi padre mira cómo se abrazan sus mejores amigos.

Sin embargo, en lugar de eso, estudio la carta e intento dar con algo que pueda comer y que no vaya a hacer que se me revuelvan aún más las tripas durante lo que queda de cena. La comida siempre me ha aportado cierto sosiego, pero creo que tal vez también esté perdiendo esto. Igual que todo lo que tengo en esta vida y que es importante para mí.

22

Paloma

PRESENTE

—¿Qué hay de...?

—No podemos coger dos de lo mismo. —Negárselo hace que me sienta como una mala madre, pero es que las dos cajas de cereales de nubes y de colores chillones que tiene en las manos son idénticas; la única diferencia es que una es de marca blanca. Señalo una de las dos—. Pilla esos, están más buenos. Venga, céntrate: tenemos que pensar en la comida. En la comida de verdad.

Lily hace una mueca, pero asiente y viene hacia mí, al lado del carrito.

Damos un poco el cante, seguro. Ella va con su modelito habitual al completo. Es como si acabase de recogerla de alguna academia de esas repipis. El repicar de sus tacones es opuesto al silencioso sonido de mis zuecos.

—¿Qué sabes cocinar? —me pregunta.

Observa en el pasillo de las gominolas con cierto interés, aunque yo me alejo enseguida. Llevamos el carrito lleno de azúcar, poca cosa más.

—No mucho. No soy la mejor cocinera del mundo.

—Yo nunca he cocinado nada. Salvo macarrones con queso; eso sí sé hacerlo.

Suelto una risa por lo bajo y sacudo la cabeza.

—Yo igual —respondo.

Doblamos una esquina y la parte delantera de nuestro carrito choca con alguien.

—Ay, perdón...

—¿Estabas intentando atropellarme, Blake? —pregunta Sadie Brown, desviando sus ojos de gata hacia mis leggins y mi sudadera *oversized*—. ¿Es porque te he robado el modelito?

—Vete a la mierda, Brown —le suelto, moviendo el carro por su lado; me detengo en cuanto casi choco con otra persona.

Se me hunde el estómago.

Rhys Koteskiy y Bennett Reiner.

Me quedo boquiabierta al verlo con esos bonitos pantalones de vestir azul marino, un *blazer* y una camisa blanca bien planchada, sin corbata. Rhys viste parecido; por un segundo, me planteo si no tendrán partido hoy y se me ha olvidado. Aunque, si fuera el caso, a esta hora seguirían jugando.

—Paloma —me saluda Rhys, bajando la vista hacia las manos de Sadie, que está sujetando el carrito con fuerza.

No le quito los ojos de encima a Bennett, ni siquiera cuando oigo a Rhys presentándose a mi nueva y modesta compañera de piso.

Estamos a varios centímetros de distancia, pero, incluso bajo la luz de estos terribles fluorescentes, es tremendamente atractivo. Unos gruesos rizos castaños y de color ámbar le caen cuidadosamente alrededor de la cara. Se ha afeitado hace poco, pues tiene la

mandíbula más suave que de normal. Ha clavado sus penetrantes ojos en los míos.

—Soy Lily —dice mi compañera de piso—. Vivo con Paloma.

Al oír eso, aparto los ojos de Bennett. Sadie sonríe y me mira.

Alguien intenta pasar por nuestro lado y nos obliga a movernos y a estar más cerca los unos de los otros. Bennett acaba justo a mi lado; el calor de su cuerpo me abrasa el hombro derecho.

Tengo los brazos caídos y aprieto los puños una y otra vez. Hasta que noto un dedo rozándome la palma.

No me atrevo a bajar la vista hasta el punto en el que Bennett apoya el dorso de la mano contra la mía, con cuidado. Con tal delicadeza que incluso diría que son imaginaciones mías.

Pero no lo son.

Me da tal vuelco el corazón que es como si Bennett acabase de besarme. Así de íntimo es ese roce.

—P. —susurra mirando al frente—. ¿Estás bien?

Asiento con un nudo en la garganta y los ojos repentinamente llenos de unas lágrimas que me niego a derramar. Me acaricia el meñique y lo entrelaza con el suyo con tanta ternura que dicha sensación me invade el cuerpo entero. Es como si me corriera un pedazo de su alma por las venas.

Está en todas partes a la vez y, sin embargo...

—Por si os interesa —acaba de decir Rhys, que no sé qué estaba explicando—. Estáis las dos invitadísimas.

—¿Paloma? —interviene Sadie. El hecho de que me llame por mi nombre de pila me desconcierta tanto que me aleja del espejismo en el que casi se ha convertido Bennett. Me inclino hacia delante y

planto las manos en el carrito—. Fiesta en la Hockey-resi, ¿vale? Venid. Estará guay.

Puede que sea una de las cosas más genuinas y para nada sarcásticas que me haya dicho nunca.

Esbozo una sonrisa forzada, asiento y respondo:

—Gracias por la invitación.

Cojo a Lily de la mano para tirar de ella, que se me queda mirando como si acabase de pegársele un extraterrestre en la palma. Pero es que yo tengo el corazón desbocadísimo y necesito desesperadamente largarme de aquí.

Nos escondemos en la sección de frutería hasta que ellos se han marchado con el alcohol a cuestas y una sonrisa en los labios. Incluso oigo que Bennett ríe, lo cual me trae unos cuantos recuerdos. Noto un escalofrío en la nuca.



Es extraño sentir que estás tan arraigada en la vida de alguien y tan increíblemente alejada de esa persona a la vez.

Hace un frío que pela y la fiesta entera se concentra en esta casa que parece más bien un apartamento y conocida como «la Hockey-resi». Están todos sudando y bailando al son de un desenfrenado mix musical. Lily no ha querido venir; he visto clarísimo que era por una cuestión de ansiedad, por más que ella haya mentido y me haya dicho que se encontraba mal de repente. No he insistido, pero tampoco he podido ignorarlo (aunque debería haberlo pensado mejor). De modo que aquí estoy: sola, sobria y moviéndome rápido entre la gente con una única misión.

«No debería haber venido». Pero es que no puedo mantenerme alejada de él. En realidad, nunca he podido. Por más que ese fuera mi único objetivo.

El aire gélido de mediados de enero se cuela por la puerta trasera. Está abierta y ahí justo encuentro a Bennett, de pie. Sigue igual de elegante que antes, aunque ahora, a pesar de que haga frío, se ha quitado la americana y se ha arremangado su impecable camisa blanca. Está hablando en voz baja con una chica preciosa, con delicadeza y con esa expresión tan intensa que pone cuando está escuchando a alguien y que yo tan bien conozco. Me siento como si estuviesen clavándome puñales, pero sonrío para esconder el dolor que me genera verlos.

Parece feliz. Así que lo observo en silencio.

En mi interior habita una pequeña versión de mí que no para de lamentarse e intenta salir. Y solo calla cuando Bennett está cerca.

—Paloma.

Desvío la vista hacia un lado, hacia la bajita chica morena que lleva un vestido de seda, botas, una gruesa chaqueta de cuero y dos vasos en la mano.

—Sadie. —La saludo con la cabeza y acepto la bebida que me ofrece—. ¿Qué es?

—Vodka con granadina —responde sonriendo pícaramente; lleva los labios pintados de rojo.

Choca su vaso con el mío en lo que resulta un brindis casi sarcástico antes de que ambas le demos un sorbo.

—¿Sabes una cosa? Cuando Rhys me dijo que estuvisteis quedando, me sorprendí. —Se me escapa una risa irónica—. Supongo que tú te quedaste igual de sorprendida cuando te

enteraste de que yo estaba saliendo con él. Está bastante fuera del alcance de chicas como nosotras... —añade Sadie.

Al pensar en Rhys, en la época en la que estuve quedando con él y en esa fatídica noche, me entran ganas de vomitar. Así que sacudo la cabeza y me separo.

—¿Quieres hablar del rollo que tuvimos tu novio y yo? —Me río bajito—. ¿En serio?

—Ojito —suelta Sadie, cuyos ojos grises parecen llenos de fuego. Por un segundo, me pregunto si intentará arrancarme la piel con sus garras, pero, en lugar de eso, toma una profunda bocanada de aire para serenarse y se yergue—. Estoy intentando decirte algo.

—Ahórratelo —respondo con desdén—. Tú y yo somos dos personas distintas. Déjate de tonterías, Sadie. No somos amigas.

Ella se encoge de hombros, como si le importase un bledo todo lo que le acabo de decir. Vuelve a desviar la vista hacia donde llevo mirando yo toda la noche.

—Nunca fue por él, ¿verdad? ¿La noche esa, en la fiesta? —Le da un sorbo a la bebida—. Me atrevería a decir que nunca has puesto un pie en esta casa por Rhys o Holden o cualquiera de los chicos que se amputarían una pierna con tal de poder acostarse contigo.

Ahora quien se encoge y le da un sorbo a la bebida igual que ha hecho ella soy yo. Vuelvo a desviar la vista hacia Bennett, que tiene los hombros tensos y sonríe alegre y un poco contentillo.

—¿Le quieres?

—No tengo ni idea de qué coño estás hablando —respondo tranquila y serena—. Será mejor que vuelvas con tu novio, Brown.

—Sí —resopla—. Disfruta autoflagelándote, P.

Dicho esto, se larga y yo me quedo sola, mirando hacia la terraza trasera y haciendo de tripas corazón para no llorar. La respiración se me entrecorta. Al cabo de pocos minutos, aunque bien podrían ser horas de lo mucho que me he perdido en mis propias cavilaciones, se me acerca en la terraza. Solo.

—No me iré con ella —me dice Bennett.

Lo tengo tan cerca que me pega su bíceps al brazo y su calor corporal me atraviesa la ropa. No le miro.

—No pasa nada —respondo, e intento, con todas mis fuerzas, no sonar resentida—. De verdad. Quiero que seas feliz.

De reojo veo que niega con la cabeza.

—Paloma...

—No pasa nada, Bennett.

—No me iré con ella si tú no quieres. —Sacude la cabeza. Se me acerca más y su calor corporal lo envuelve todo mientras él me cubre la espalda. Agacha la cabeza y me deja la boca a apenas milímetros del oído para susurrar—: Solo tienes que decírmelo, P. Te lo daré todo.

No digo nada. Esta vez, me obligo a ser lo suficientemente fuerte como para dejarlo en paz. Bennett no necesita esto; no me necesita a mí. Se merece a alguien muchísimo mejor de lo que yo jamás podría ser para él.

Me voy a casa, a mi silenciosa habitación. Tengo la mochila azul y el conejito en la cama, pero todo lo demás sigue en la bolsa. Evitar echar raíces es mi especialidad.

E, igual que hago cada vez que no puedo dormir o que me inunda la ansiedad de una pesadilla recurrente, pienso en Bennett y en algo más tierno. En aquellas cuidadosas manos en mi enmarañado pelo,

de un rubio más oscuro. En nuestros tímidos dedos al buscarnos el uno a la otra. En esos tranquilizadores ojos azules.

Casi puedo tocar la calma que me aportan sus manos mientras finjo que está aquí, a mi lado.

23

Bennet

PRESENTE

—¡Otra vez! —oigo que dice el entrenador LaBlanc con desdén.

Toren, que está tumbado sobre el hielo porque uno de segundo acaba de tirarlo al suelo mientras se acercaba a la portería, suelta un taco. He parado el *puck*, pero ha sido una jugada caótica por ambas partes y, aun así, la bronca se la llevan Kane y Dougherty.

—Koteskiy, te toca. Tu línea.

Rhys da un paso al frente, con Freddy a la izquierda, y Hathaway, nuestro ala derecho de primera línea, al otro lado. Llevo casi toda la vida viendo a Rhys desde la portería y sigue siendo buenísimo. A veces me pregunto si es consciente de que patina como si fuera una versión más sofisticada de su padre. Es rápido y va centrado, pero Rhys Koteskiy es siempre constante.

Para mí, Toren y Holden forman el tándem ideal. Sin embargo, parece que estén librando una feroz competición en su propia línea. Mantengo la vista puesta en el *puck* que está guiando Freddy con el *stick* y desvío la vista un segundo hacia los demás jugadores de la línea ofensiva para tratar de adivinar qué jugada intentarán hacer,

así puedo verla venir más deprisa, antes de que les dé tiempo a llevarla a cabo.

Atisbo un sutil movimiento por parte de Hathaway y me inclino hacia él mientras Freddy le pasa la pastilla. Holden casi la intercepta. Rhys y Toren colisionan y se oye un fuerte ruido.

Todo el mundo se detiene en seco.

—Cuidado —suelta Toren.

Tiende a saltar más deprisa, pero hoy parece agitado. Holden se detiene al lado de ambos y levanta la mano que le queda libre por si tiene que intervenir. Yo también voy hacia ellos, atento a lo que pueda pasar. La tensión se cierne sobre el grupo y permea el aire hasta volverlo sofocante.

Rhys tuerce el gesto, pero no muerde el anzuelo. Simplemente, echa a patinar; al pasar al lado de Toren, le da un golpe en el hombro con el suyo.

Después de que se engancharan y casi se pelearan el semestre pasado, el entrenador no quiere enfrentarlos en la pista durante los entrenos. No me sorprende que Harris haga sonar el silbato y pida un cambio de línea antes de hacerme señas para indicarme que puedo cambiarme con Mercer, el portero suplente.

Al hacerlo, chocamos los guantes.

Veo a Paloma detrás de las vallas y se me corta la respiración.

No la había vuelto a ver desde la fiesta en la Hockey-resi, cuando me vio con otra chica de mi clase. Al ver la cara que puso, me acojoné demasiado como para hacer suposición alguna o esperanzarme pensando que tal vez estuviera celosa. ¿Tan terrible era que esperase que lo estuviera aun siendo plenamente consciente de que Paloma no tenía razón alguna para estarlo?

Da igual. Fui incapaz de resistirme a ella. Como siempre.

No hemos vuelto a hablar desde entonces. Al cabo de poco de que se fuera, yo me marché a casa, solo, y me perdí en mi ritual de ir viendo sus fotos y sus historias.

Y, para no variar, no sirvió de nada.

Como tampoco sirvió de nada que me advirtiera de que vendría a los entrenos, porque verla aquí ahora me ha sentado como una patada en el estómago, como siempre. Es tan perfecta y está tan guapa, con su centelleante rubia melena recogida para apartársela de su inmaculada cara... Se muerde el labio superior, arrastrando su grueso arco de Cupido con los dientes, y luego se muerde el labio inferior. Ese gesto me distrae igual que siempre. Aunque ahora no solo la veo yo, como cuando nos quedábamos solos en los vestuarios después de que los demás ya se hubieran ido.

Ahora, Paloma está aquí, delante de todo el equipo. Ante muchos de mis compañeros que han hablado abiertamente sobre ella, han tonteado con ella y han compartido historias que me han llenado de envidia y rabia. E incluso a estas alturas tengo que contener la apremiante necesidad que siento de rajarle la cara con la cuchilla del patín a los chicos que suelen caerme bien porque la están mirando desde la valla.

A su lado hay una chica pelirroja, la misma con la que fue al supermercado, aunque yo no estaba prestando demasiada atención y no recuerdo cómo se llama. Y, a pesar de que Paloma va vestida para su sesión de entrenamiento en la pista (leggins y una sudadera de media cremallera con el logo de Waterfell), la otra chica no lleva ropa similar, sino que se ha puesto una falda con medias de nailon,

un *blazer* de cuadros y unas botas de tacón. Parece totalmente fuera de lugar.

—Hostia puta —suelta uno de los de primero, con la vista fija en las chicas mientras se acercan a los bancos—. ¿Quién coño es la...?

—¿Quién es quién? —pregunta Toren, agarrando al tío por el cuello del jersey y dándole una sacudida—. Da igual a quién te refieras. Los ojos, cerrados.

—Pe-perdona —musita el chico, separándose de Toren.

Puede que los de primero no respeten a Kane porque saben qué opinamos el resto del equipo de ese chaval, pero sí le tienen miedo.

Kane me mira a los ojos y asiente.

Me siento un tanto incómodo. Si a mí Toren no me irrita tanto como al resto, es por algo. Y, por más que me gustaría decir que es por cómo ayudó a Ro el semestre pasado o por lo buen defensa que es, en realidad, es más bien por Paloma.

Al principio, casi estallo por culpa de unos celos que jamás dejé entrever, pero entonces los vi en una fiesta: Toren la vigiló como lo haría un hermano protector, ayudándola. La situación se repitió en varias celebraciones más y mis celos dieron paso al alivio. Porque sabía que había otra persona en esta maldita ciudad que se preocupaba lo suficiente por Paloma Blake como para defenderla.

Para estar ahí para ella cuando no me dejaba estar a mí.

Las chicas desaparecen antes de salir del túnel y acercarse al banco de los entrenadores, cerca de donde estoy yo, al otro lado de LaBlanc y Harris. No obstante, la pelirroja se queda bastante rato con los ojos puestos en el nuevo entrenador.

Exhalo y me subo el casco.

—Buenas, P. —la saludo cuando se acerca un poco más.

—Hola, Bennett —responde—. ¿Te acuerdas de Lily, mi compañera de piso?

La saludo con un gesto de cabeza, a pesar de que la chica en cuestión a duras penas me mira antes de ir hacia la valla y murmurar un «Hey».

Toren la mira por encima del hombro y pone los ojos en blanco.

—Dime, muñeca —le dice con un tono sarcástico y lo bastante cortante como para que yo me enderece al oírle tanto veneno en la voz.

—Cuidado —le suelta Paloma—. ¿Tú no tienes un *puck* que perseguir o algo así?

Toren sonríe de forma casi siniestra y yo me coloco un poco delante de Paloma, molesto con mi compañero de equipo por haberla mirado siquiera. Toren se modera sutilmente, pero, antes de que le dé tiempo a decir nada, Holden se estampa contra su costado.

—¿Un *puck*? ¿O una *pucktilla*? A mí tienes que dejarme las cosas claras, Paloma.

Me da un vuelco el corazón y dejo la botella de agua en su sitio, de mala gana, antes de volver a cerrarme la reja del casco de golpe. Sé que Holden lleva tres años tonteando con Paloma y puede que ya haya llegado a mi límite. O puede que tocarla de nuevo haya vuelto a despertar a la desesperada y posesiva bestia que habita en mí.

Lily parece que esté a punto de llorar, como si ese par de defensas idiotas hubiesen dicho algo que la haya ofendido personalmente. Sin embargo, cuando LaBlanc se une a nuestro círculo, a la chica le cambia la expresión.

—Distracciones en el entreno, y tú en todo el meollo, Kane —resopla el hombre—. Ojalá pudiera decir que me sorprende. Venga. Reiner, vuelve a la portería.

Nos separamos. Paloma coge a Lily de la mano y la saca de allí de inmediato. Sigo un poco confundido, porque, para empezar, no entiendo por qué ha traído a su compañera de piso al entreno. Sin embargo, bajo mi confusión se esconde un sentimiento más tierno; uno que me tranquiliza porque, por primera vez desde que conozco a Paloma, sé que no está completamente sola.

Y puede que, de momento, baste con eso.



Deberían haberse ido todos, pero, mientras continúo con mi habitual rutina posentrenamiento, oigo unos pasos y a gente hablando en voz baja y grave. Acto seguido, el entrenador LaBlanc entra en el vestuario, poniéndose bien la corbata.

Me mira un segundo antes de sonreír brevemente y asentir.

—Estupendo trabajo hoy en la portería, Reiner. Cumpliendo como siempre.

Dicho esto, desaparece. Aunque no se hace el silencio. Continúo oyendo el molesto sonido de alguien al escupir y, luego, el agua del grifo.

Cuando casi he acabado y ya me he vestido, pego esquinazo y me encuentro a Toren Kane sin las protecciones, pero con los pantalones aún puestos y los patines tirados en el suelo, como si se los hubiese quitado a toda prisa. Escupe sangre y también le sangra el pómulo,

justo debajo del ojo, como si le hubiesen pegado un cuchillazo o le hubiesen estampado un *puck* en la cara.

—Joder, Kane —musito, y me acerco a él con el ceño fruncido—. ¿Estás bien?

Levanta sus dorados ojos para mirarme a través del espejo; veo que se le ponen de un tono más oscuro.

—Deja de mirarme con esta puta cara de pena, Reiner.

Escupe otra vez y forma un cuenco con la mano para salpicarse la cara con agua.

—Y lárgate de aquí, coño.

24

Paloma

PRESENTE

—¿Qué tal con la psicóloga?

—Bien. —Pongo los ojos en blanco—. La última vez que hablamos ya te dije que iba bien y todavía no he ido a la tercera sesión. ¿Puedes relajarte?

—¿Cuando algo tiene que ver contigo? —pregunta Alessia—. Eh... No.

Estoy sentada en la encimera de la cocina, cenando un bol de cereales de nubes cargadísimos de azúcar mientras hablo por teléfono con Alessia. Tengo que adaptarme, pero me siento... más tranquila. Más contenta conmigo misma. Llevaba años ahuyentando esta sensación.

—¿Y lo de volver a nadar? —se interesa.

—Ah... No, no he ido —confieso removiendo la leche con la cuchara.

—Igual deberías. —Tras un largo silencio, vuelve a suspirar y añade—: Háblalo con la doctora Sutton, ¿vale?

—Ya lo hice —musito—. Me dijo que debería hacerlo.

—Entonces, deberías, Paloma. —Suspira otra vez—. No puedes seguir privándote tanto de algo que te hace feliz. Es una de las normas.

—Yo diría que acabas de inventártela...

—Puede —comenta—. Solo quiero cuidarte. Ahora que me dejas.

Sonrío, aunque ella no pueda verlo. Alessia es la única persona en este mundo que lo sabe absolutamente todo. Lo bueno, lo malo, lo complicado... Y lo profundos que son mi autodesprecio, mi enfado y mi miedo. Me vio con diecisiete años, perdida, asustada y con la mirada vacía. Y nunca me soltó la mano.

Fui yo quien la apartó.

—A lo mejor podríamos cenar juntas o algo la semana que viene —sugiero, avergonzada e ilusionada a partes iguales.

—¿Sí? —Está sonriendo, se lo noto en la voz—. Me encantaría.

Colgamos al cabo de poco. Me acomodo en la mesa, abro el ordenador y hago los deberes para mañana.

La puerta de entrada se abre y rebota con fuerza contra la pared.

—¡Tú a mí no me mandas!

Al oír a mi compañera de piso enfadada, gritando y pegando semejante portazo, me sobresalto y aparto la vista del libro que estoy leyendo en la encimera de la cocina.

—¿Nos apostamos algo, joder?

Juro que conozco esta voz. Echo un vistazo desde la esquina y me quedo petrificada al ver a Toren Kane en mi piso, echando humo y acorralando a mi compañera en el salón. Camino hacia ellos, pero ninguno de los dos parece tener la intención de apartarse lo mínimo de su acalorada disputa.

—Aparta —suelto.

Toren, que sigue delante de ella y que es increíblemente alto, cierra los puños a los costados. Lleva un montón de anillos en los dedos.

Sin embargo, cuando lo empujo para alejarlo de Lily, la chica le agarra la muñeca con ambas manos. Para que no se mueva de ahí, casi sobre ella.

—No te metas, Blake —me suelta Toren sin dejar de mirarla. Mi compañera de piso no tiene miedo; respira igual de iracunda que él —. Esto es entre Lily y yo.

—No puedes decirme qué tengo que hacer —escupe ella.

Toren le baja la vista por el cuerpo antes de volver a subirla.

Va vestido como de costumbre: con unos vaqueros y una camiseta de manga corta negros y con los tatuajes a la vista. A sus pies veo un casco de moto negro con una pegatina gastada de espirales azules y amarillas detrás; es como si acabase de dejarlo ahí, en el suelo. Lily, en cambio, lleva unos leggins y una apretada sudadera con cremallera, y se ha recogido su pelirroja melena en una coleta que ya se le está cayendo. Todavía tiene las mejillas sonrojadas del frío (o tal vez del esfuerzo); estaba haciendo deporte, seguro.

—Y una mierda que no. Vas por ahí, por una ciudad bulliciosa de cojones, con los cascos puestos a todo volumen —dice Toren, con un tono calmado.

Si bien Lily está gritando, él no levanta la voz en ningún momento.

—¿Y? —digo yo, cruzándome de brazos y colocándome un poco entre los dos, a pesar de que ninguno quiera mirarme.

—¿Y? —Toren se ríe sin humor alguno en la voz. Ahora sí que se gira hacia mí—. Lily no oye del oído derecho y no lleva los malditos audífonos.

—¿Qué? —pregunto atónita.

Lily se gira hacia mí, furiosa y avergonzada; da un golpe en el suelo con el pie, como si fuese un conejito.

—¡Esta información es privada!

—Cuando vas corriendo por ahí con los cascos puestos, no —gruñe Toren. Se zafa de la mano de Lily y flexiona los brazos, como si quisiera coger a la chica y echársela por encima del hombro. Lily seguramente saldría volando por el salón—. ¿Te apetece correr sola? Pues ponte los putos audífonos.

—No pasa nada —intervengo un poco a regañadientes por tener que meterme. No es que los tema, sino que la tensión que se respira entre ellos es hasta palpable—. Siempre se los pone.

Estoy mintiendo que da gusto. Ni siquiera sabía que tenía problemas de audición.

Toren me mira, pone los ojos en blanco y le atisbo un moratón en el ojo y una tirita de una mariposa justo en el corte que tiene debajo. Un corte que no tenía en el entreno.

—Sí, seguro. Y yo soy un puto santo —contesta antes de pillar el casco y largarse cabreado. Ya en la puerta, le chasquea los dedos a Lily y gira la cabeza para decirle—: Póntelos.

Lily está enfadada. Furiosa más que dolida por cualquier cosa que haya hecho esa torre con forma de defensa. Sin embargo, se lo queda mirando con los labios apretados mientras el chico se marcha, como si quisiera hacerle un millón de preguntas y suplicarle que se quedase, todo a la vez.

—Lily, ¿estás bien? —le pregunto, acercándome a ella.

Parece que mis palabras la sacan del trance en el que había entrado en presencia de Toren Kane. Asiente.

—Todo bien.

Va hacia el sofá y se sienta. Se lleva la mano a la oreja derecha y se suelta el pelo para esconderla.

Se me encoge el corazón.

—¿Por qué no me lo habías contado? —le pregunto, colocándome en su lado izquierdo.

—Me da vergüenza.

—Pues no tiene por qué. —Me acomodo un poco más—. ¿No oyes de uno de los oídos?

Lily asiente.

—Desde que era pequeña. —Vuelve a darse un golpecito en la oreja derecha.

Quiero preguntarle cómo es que Toren conoce un detalle tan íntimo de ella, pero mejor no digo nada.

Decido ser más sutil:

—O sea, que os conocéis bien, ¿eh?

Mi compañera de piso se muerde el labio, reflexiona un rato y, al final, asiente. Entre la extrañamente ferviente reacción de Toren cuando la ha visto durante los cinco minutos que nos hemos atrevido a entrar en la pista mientras entrenaban y ahora esto... No sé qué se llevan entre manos, pero tiene pinta de ser intenso.

—Por eso hablo tan alto —dice de repente—. A veces, al menos. La gente dice que grito, pero yo no soy consciente. Y si te pido que me repitas algo una y otra vez es porque... Bueno. En fin, que lo siento. Debería habértelo contado, seguramente.

Se siente avergonzada y está más pálida que sonrojada, como si esto fuese una especie de detalle íntimo que hubiese preferido guardar en secreto para siempre.

—Me alegro de que me lo hayas contado —respondo, a pesar de que no haya sido el caso. No del todo. A Lily se le relajan los hombros—. ¿Y Toren lo sabe porque...?

—Somos amigos —suelta, y frunce el ceño—. O, bueno... Lo éramos. Es complicado, creo.

Si alguien está familiarizada con el adjetivo «complicado», esa soy yo.

—Te entiendo. ¿Te cuento una cosa? Nadie lo sabe, pero... ¿Bennett? ¿Ese portero tan grande? Solíamos quedar. En primero. —Se lo cuento a modo de ofrenda; al principio, me cuesta pronunciar las palabras en voz alta. Nunca había tenido una «charla de chicas» hasta ahora. Pero algo me dice que Lily tampoco—. Me enamoré de él. Y él de mí. Pero... —Carraspeo—. Pasaron muchas cosas, aunque la culpa fue sobre todo mía. Le hice mucho daño.

Al oírme decir esto, Lily asiente.

—Así que tuviste que alejarte —dice como si nada, como si fuera evidente, como si mi comportamiento tuviese todo el sentido del mundo.

—Sí...

—Seguro que tú tampoco lo pasaste bien.

El dolor que siento en el pecho parece que es para siempre. Es como si tuviese una daga clavada ahí mismo y se negase a salir.

—Pues no...

Lily asiente despacio, con el ceño fruncido, y se muerde el labio con fuerza.

—Yo también tuve que hacerlo una vez. Lo pasé fatal... —Se lleva una mano al pecho, distraídamente, y se lo frota con cuidado—. Y todavía me duele... —confiesa en un susurro casi inaudible.

Asiento.

—Creo que, en esa época, no estaba preparada para estar con él —reconozco—. Pero... ahora ya sí. Al menos, eso intento.

La tomo de la mano desde el otro lado del sofá y le pido:

—Pero no se lo digas a nadie. Eres la única que lo sabe.

Lily abre los ojos como platos.

—¿Un secreto? ¿Acabas de contarme un secreto? Y solo lo sé yo...

—Sí.

Me río y ella tira de mí al cogerme la mano con las suyas; me enderezo.

—Porque somos amigas, ¿verdad? —me pregunta con los ojos centelleantes.

Le veo una pizca de frenesí en la mirada. Aunque, debajo de esa sensación, puedo ver miedo.

Un miedo que conozco bien porque yo también he sido como ella. Una chica que estaba tan desesperada por hacer amigos que se habría rebajado a lo que fuera con tal de conseguirlo.

De modo que me apresuro a asentir y le aprieto un poco más la mano.

—Claro que somos amigas, Lily. —Me muerdo el labio un segundo y añado—: Se me acaba de ocurrir una locura. ¿Tienes bañador?



Al cabo de una hora, nos encontramos sentadas en el borde de la piscina, que está vacía. Las instalaciones cierran dentro de media hora, pero nos sobra tiempo.

Con su elegante bañador de una pieza, cuyo precio no me atrevo ni a preguntar, y su perfecta melena pelirroja recogida en una coleta alta, Lily tiene una pinta adorable y absurda a partes iguales. No para de morderse el labio y mirar por el borde de la piscina, como si fuera a aparecer el monstruo del lago Ness y arrastrarla bajo el agua en el momento menos pensado.

—¿Seguro que has nadado antes?

—Ajá —dice, sin levantar la vista—. Pero igual podríamos empezar por la parte menos honda.

Sonrío.

—Ya... ¿Lily? Esta es la parte menos honda. ¿Cuánto mides, metro cincuenta?

Hace una mueca y responde:

—Más o menos.

—No harás pie. Así que, si no sabes nadar, tú solo dímelo y...

—¿Puedo quedarme aquí sentada y mirarte un rato? —Se sienta sobre la parte menos honda; el agua está fría y, al plantar el culo en uno de los travesaños de la escalera, le entra un escalofrío—. Solo quiero pasar el rato contigo. Olvidémonos de las clases de natación.

Suelto una carcajada y enseguida me siento más ligera. Me enrosco las colitas de trenzas que me he hecho y me coloco el gorro.

—De acuerdo. ¿Por qué no coges mi móvil y me cronometras? —Señalo detrás de ella con la cabeza, sobre el desordenado montón de cosas donde he dejado la sudadera y, encima de esta, el aparato en cuestión—. Tú solo vigila que no se te caiga al agua.

Lily decide sentarse con los pies en el agua y se muerde el labio mientras le canto la contraseña y abre la aplicación del cronómetro.

—¿Preparada? —me pregunta.

—Preparada.

25

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

OCTUBRE

Cuando llegan los parciales, Paloma y yo ya nos hemos acostumbrado a una nueva rutina que consiste en trabajar juntos en el proyecto de poesía y en pasear a Siete. Siempre la cojo de la mano. Y ella siempre sonríe y me habla incluso cuando a mí me cuesta decir algo.

Aunque, con ella, me resulta más fácil.

Hoy hemos quedado con el doctor Britton para contarle cómo estamos avanzando con el trabajo. Yo llego con quince minutos de antelación a su despacho y, pasados cinco más, veo llegar a Paloma. Va con unos finos pantalones anchos y con una camiseta *oversized* gastada de color naranja donde se lee «Carlitos y la gran calabaza». Lleva la mochila colgando del hombro, como siempre. Casi nunca la veo sin ella.

—Mola, la camiseta —le digo sonriendo.

Paloma se sonroja y se detiene justo a mi lado. Me coge la mano y se pone de puntillas, atrevida, para darme un beso en la mejilla.

—Gracias —contesta—. Buenos días, Bennett.

Debería pedirle una segunda cita. He intentado hablarlo con la psicóloga, pero ella ha insistido en que puedo apañármelas solo.

No paro de pensar en el tema y desconecto de lo que nos dice el profesor. Esta vez, quien la coja de la mano y le haga un cumplido seré yo. Y luego le daré un beso en la mejilla, como hace ella conmigo tan a menudo. O... «¿Y en la frente?», pienso.

—¿De acuerdo, Bennett?

Me sonrojo y levanto la vista. Sigo con las manos sobre el regazo, dibujando letras en el aire, antes de obligarme a apoyarlas en los muslos.

—Ah, sí. Perdón.

—Todo claro, doctor Britton —me cubre Paloma, sonriéndome con ternura mientras el profesor se levanta y rodea el escritorio para devolvernos nuestras respectivas carpetas—. Si los poemas que hemos escogido le parecen bien...

—Creo que es una elección estupenda. Me muero de ganas de ver qué se les ocurre a ustedes dos —dice cogiéndole el hombro a Paloma.

Y entonces todo pasa demasiado deprisa.

Paloma se echa hacia delante del tirón, como si acabase de electrocutarse, y casi se cae de la silla mientras se aleja tanto del profesor como de mí. Suena un móvil, pero yo lo oigo de lejos, como si estuviese sumergido bajo el agua. Me levanto. No sé si lo hago para ir hacia ella, para separarme o para marcharme. Sin embargo, de pronto, me quedo inmóvil viendo a Paloma exhalando despacio mientras nos da la espalda, con la vista puesta en la puerta del despacho.

—¿Se encuentra bien? —pregunta el doctor Britton preocupado—. Señorita Blake...

—No pasa nada. Todo en orden. Estoy bien. —Parece que se lo esté repitiendo a sí misma.

Paloma recoge las cosas sin mirarme y se cuelga su mochila color azul océano en el hombro. Me entran ganas de alargar el brazo, cogerle la bolsa y marcharnos juntos de aquí.

Debería hacerle la misma pregunta que acaba de hacerle nuestro profesor. Tendría que seguirla y asegurarme de que está bien, ofrecerme para acompañarla caminando, llevarle la mochila... Tengo tantas ganas de hacer todo esto que hasta me duelen las muelas.

Sin embargo, me quedo petrificado al lado de la mesa y con todo lo que no he llegado a preguntar en la punta de la lengua.



Esa noche, Paloma no se presenta al entreno. Ni a nuestra sesión de poesía habitual, que cancela con un mensaje. Se me revuelven las tripas; cuando me pongo a pasear a Siete solo, las náuseas no hacen sino aumentar; como ella no ha venido, no estoy acostumbrado a tener tanto espacio a mi lado.

—Hey, ¿Bennett?

Al darme cuenta de que estoy quieto de pie en la entrada de nuestra casa, desvío la vista hacia Rhys, que sale y cierra la puerta.

—¿Sí?

—¿Todo bien?

Me muerdo el labio y miro la hierba de la acera. Está demasiado alta.

—Hay que cortar el césped.

—Ya... —coincide Rhys, como si nada, bajando la mano para darle unos golpecitos a Siete en la cabeza. Y ahí me fijo en que mi perro está apoyando todo su peso en mis piernas—. Llevas un rato aquí fuera. Sé que te estresa, pero puedo llamar a alguien y ver si pueden venir a arreglarlo.

—Da igual —respondo, e intento ignorar la forma en la que trato de enderezarle el collar a Siete cuatro veces hasta que consigo levantarlo de encima de mis pies—. ¿Has comido?

Rhys sacude la cabeza, sonriendo y dejando sus hoyuelos a la vista.

—Te estaba esperando.

—Prepararé ternera Strogonoff.

—Mi plato favorito —contesta mi mejor amigo.

No es su plato favorito. Eso ya lo sé. Pero también sé que ahora respondería lo mismo a cualquier cosa que me salga de la boca.

Llevo yendo a terapia desde los ocho años, tiempo suficiente como para saber cuándo mis pensamientos van a peor. Como tengo la ansiedad disparada, he de meterme en la cocina para distraerme y poder controlar algo. Necesito algo en lo que centrar mi atención.

Cuando Rhys se inclina sobre nuestra pequeña encimera, vuelvo a mirarlo e insisto:

—Estoy bien. No hace falta que me vigiles.

Rhys pasa olímpicamente de mí. Mis palabras no han surtido efecto alguno, porque él sigue con los hombros cuadrados y con su intensa mirada puesta en mí.

—Claro. Vas a cocinar algo supercomplicado en la cocina de nuestro piso universitario después de haberte pasado casi una hora

de pie frente a la puerta con los ojos clavados en el jardín. —No espera a que descifre su sarcasmo o a que muestre reacción alguna; simplemente sigue—: A ti te pasa algo. Sé que ahora las cosas han cambiado y que no son como cuando estábamos en Berkshire, pero sabes que sigues pudiendo contar conmigo.

Se me encoge el corazón y abro la boca como si fuera a ser capaz de decirle cómo me siento. De hablarle de Paloma.

«Rhys es todo lo que tú no has sido nunca. Te completa».

La ansiedad crece en mi pecho. Intento centrarme en los hechos, en aquello que sé que es cierto, pero no me sirve de nada.

«1. Rhys y Paloma son las mejores personas que conozco.

»2. A Rhys le van detrás más chicas ahora mismo de las que me han ido detrás a mí en toda la vida.

»3. Paloma es la chica más guapa que he visto jamás».

Si le presentara a Rhys, ¿vería Paloma cómo llena mi amigo mis vacíos? ¿Vería que él es todo lo que yo no soy, en más de un sentido? ¿Que, a estas alturas, él ya le habría organizado más de una cita y seguramente ya la habría besado?

Vuelve a darme un vuelco el estómago y me centro en la sartén de hierro colado que tengo en los fogones. Aparto la imagen de Paloma de mi mente; ese secreto que, de momento, no voy a compartir con él. «Es solo mía».

En lugar de obsesionarme con Paloma, me paso la tarde riendo y jugando a los videojuegos con mi mejor amigo. La firme presencia de Rhys cura algo en mí, como siempre.

«Todo irá bien».

26

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

OCTUBRE

Disputamos los primeros partidos fuera de casa de la temporada, a unas cuatro horas en bus y haciendo noche en otra ciudad. Y yo me siento fatal.

Vamos a enfrentarnos dos veces seguidas a Vermont, cosa que solo ocurre cuando tenemos que jugar lejos de casa. Aun así, tengo una sensación extraña mientras meto mis cosas en el bus.

—¿Seguro que estás bien? —me pregunta Rhys, tirando su bolsa al lado de la mía desde la cola—. Te veo... más tenso de lo habitual. Puedes contármelo. Lo sabes, ¿no?

—Sí. —Trago saliva con fuerza—. Lo sé.

Rhys nunca me daría la espalda. Jamás haría nada para hacerme daño. Sin embargo, al pensar en su rechazo, me invade semejante miedo que no consigo encontrar una salida.

Mi mejor amigo me da un golpe en el hombro, sonriendo con ganas, hoyuelos incluidos.

—De acuerdo, Ben.

Por un segundo, me planteo abrirme con él; decirle que la ansiedad que siento responde a algo totalmente nuevo para mí: una chica. A lo mejor, podría ayudarme. Pero, entonces, el miedo que siento es distinto.

«Tanto él como ella son demasiado buenos para ti».

Ese pensamiento me impacta tanto que reafirmo la promesa que me he hecho a mí mismo: mantener a Rhys y a Paloma tan alejados el uno del otro como me sea posible.

Aunque, en caso de que Paloma haya decidido alejarse de mí por completo, igual no hará falta. No he hablado con ella desde ese día en el despacho del doctor Britton. No ha respondido a mis mensajes. Y, si pienso en eso demasiado, me pongo más nervioso y entro en un bucle de pensamientos negativos.

Subo dos de los peldaños del bus, me detengo y agradezco que Rhys esté lo suficientemente lejos de mí como para no oír el fuerte suspiro que se me escapa al verla.

Paloma Blake, con su melena castaña clara recogida en un alto moño deshecho y con algunos mechones sueltos que le envuelven la cara. No para de enroscarse uno con el dedo. Tiene la vista clavada en el móvil, la punta de la lengua entre los labios y el ceño fruncido. Ya le he visto esta expresión en otras ocasiones; está leyendo algo. Un libro, seguramente. Aunque la idea de que tal vez esté leyendo un poema, estimulada por el que dejé en el táper, hace que se me encoja el corazón.

Está espectacularmente guapa, ahí sentada en la última fila. Al fondo también hay más personas sentadas y hablando, aunque no veo a ningún jugador. Y, aun así, parece que nadie haya reparado en

ella. Se le da bien pasar desapercibida, pero es evidente que no lo hace intencionadamente.

Nadie repara en Paloma. No viene a los entrenos ni tampoco se pasa por los vestuarios, a excepción de cuando estamos los dos. Sin embargo, aquí, en el bus, es como si lo hubiese hecho a propósito. No te fijarás en Paloma a no ser que ella misma quiera.

Por un instante, me planteo acercarme y sentarme junto a ella.

Pero siempre me siento con Rhys. Es mi rutina, lo que me relaja cuando estamos hablando de hockey.

La miro un segundo más, memorizando la suave curva de su barbilla y ese profundo pozo de tristeza que esconden sus ojos marrones y que hace que se me encoja aún más el pecho. Me giro y tomo asiento al lado de mi mejor amigo.



Tengo la sensación de que mi mundo se está viniendo abajo. No duermo con Rhys porque el asistente del entrenador la ha pifiado al montar las habitaciones. Nunca había jugado tan mal hasta ahora: me han metido cinco goles, mientras que el otro portero ha conseguido dejar la portería a cero.

Paloma no ha aparecido en el vestuario para nuestra rutina pospartido, lo cual no debería de haberme importado, pero sí que me importa. Tengo la ansiedad por las nubes. Me da la impresión de que se está yendo todo al traste; motivo por el cual, seguramente, ahora me encuentro en el hotel, plantado delante de la habitación de Paloma, con el pelo empapado y goteándome por la camiseta.

«No debería estar aquí. Estoy invadiendo su privacidad».

Por no hablar de que he hecho algo terrible y obsesivo al robar la hoja con la lista del reparto de habitaciones. Aun así, levanto la mano y llamo a la puerta.

Tarda un rato, pero al final abre muy sutilmente. Paloma asoma la cabeza, dubitativa, y abre los ojos como platos al verme.

—¿Bennett?

Lleva una camiseta holgada, pero va sin pantalones. Tras echarle una ojeada rápida a sus largas y musculadas piernas, vuelvo a mirarla a los ojos. Nunca le había visto tanta piel al descubierto. Intento estudiarle el rostro para evitar que se me suban aún más los colores. Parece un poco sonrojada y están empezando a formársele unas bolsas negras bajo los ojos.

—¿Estás bien? —suelto—. Pareces cansada.

Hace una mueca y me aparta la vista para clavarla en el suelo.

—A la gente no hay que decirle estas cosas... —comenta, aunque no lo hace con tono recriminatorio. La voz le suena cansada, lo cual no hace sino darme la razón—. Pero... Sí. Ya sé que tengo unas pintas terribles. Estoy cansada. He... he vuelto a tener pesadillas. O sea, que no duermo.

Parece que lo haya dicho casi por equivocación; sacude la cabeza, frotándose los ojos y dejándose caer contra el marco de la puerta.

Siento una punzada en el corazón. Es tan guapa y está tan triste... Quiero arreglar cualquier problema que pueda tener; aunque, desde un punto de vista lógico, sé que no puedo. «¿Será así cómo se siente mi padre conmigo?».

—¿Qué haces aquí, Bennett?

Ignoro el tono reticente de su voz y cambio el peso de un pie al otro.

—He jugado fatal —confieso—. Hemos perdido. Me... Por mi culpa. La he cagado pero bien y ahora... Qué sé yo.

—Eres el portero —susurra—. No me sorprende que asumas toda la responsabilidad. Pero estoy bastante convencida de que no tienes la culpa. ¿Cuánto habéis quedado?

—Cinco a cero.

Paloma sacude la cabeza.

—Es un trabajo de equipo, Bennett. No solo es cosa tuya.

Dejo que sus palabras me abracen y alivien un poco el peso de la culpa. Una parte de mí quiere confesarle que esta es una de las razones por las cuales nunca me ha apasionado el hockey como al resto; porque, cuando juego, siento una presión constante.

—No estabas.

Me aparta la vista, la baja de golpe y se agarra a la puerta con más fuerza. Por un segundo, me pregunto si me la cerrará en los morros.

—Ya, eh... Es que... No estaba muy bien —dice.

—Vaya... —Al ver que no añade nada, sigo hablando por impulso —. ¿He hecho algo mal? Es que... —Se me escapa un suspiro cargado de frustración—. No siempre sé ver lo que te pasa con solo mirarte. No sé si estás enfadada o molesta conmigo. Si he hecho algo mal o te he molestado, tienes que decírmelo.

—No has hecho nada mal, Bennett —responde con honestidad—. Te lo prometo. Es solo que... Como vuelvo a tener pesadillas, duermo mucho durante el día para compensar las horas de sueño que pierdo por las noches y necesito algo de tiempo para mí.

Asiento y me muerdo el labio para no seguir insistiendo.

—¿Qué te iría bien?

—¿Qué?

—Pues... ¿Puedo hacer algo para ayudarte? ¿Para que duermas?

Es invasivo, pero soy incapaz de contenerme. El núcleo obsesivo de mi ansiedad ha cambiado y ahora solo pienso única y exclusivamente en ella.

—Ah... —Vuelve a clavar la vista en el suelo y se muerde el labio —. No lo sé. Me... Mi...

—¿Y si me quedo despierto contigo? —suelto de golpe, porque me resulta imposible mantener el pico cerrado cuando estoy con ella—. O, si te vas a dormir, tal vez pueda quedarme yo despierto y despertarte si tienes alguna pesadilla.

Duda un segundo, irguiéndose un poco más (no sin esfuerzo) y cruzándose de brazos como si quisiera abrazarse a sí misma. Considera mi oferta durante unos instantes.

—Puedes confiar en mí —le prometo, clavando mis ojos azules en los suyos, marrones, en una atípica muestra de contacto visual directo. Pero es que quiero que vea que soy sincero, que mis palabras son la pura verdad: «No te haré daño. Por favor, confía en mí. Deja que te ayude».

—Vale.



Tengo a Paloma deambulando justo delante, en silencio, mirándome y apartando la vista de mí nuevamente. Sin parar. Puede que, en otras circunstancias, este movimiento me generase ansiedad; no obstante, como estoy aquí con ella y veo que está bien, me siento

más relajado. Si pudiese usar esta serenidad cual superpoder, bañaría a Paloma en ella.

Al final, se detiene y se muerde los labios antes de decir:

—Será... será mejor que te lo explique. Mis pesadillas son de las feas. Los sueños me parecen reales, pero las pesadillas también.

Frunzo el ceño.

—Vaaale...

—Es que no quiero asustarte. No he... Vaya, que, cuando he tenido pesadillas, nunca he dormido acompañada ni he tenido a nadie cerca. —Se le llenan los ojos de lágrimas, pero las reprime—. Me preocupa que vaya a hacerte daño.

La miro.

Paloma debe de medir un metro setenta (centímetro arriba, centímetro abajo), mientras que yo llego a los dos metros. Si alguien pudiese hacerle daño al otro, sería yo. Sin embargo, algo me lleva a morderme la lengua y no mencionar nada al respecto.

Así pues, respondo:

—No pasa nada. Estaré bien. Te despertaré antes de que puedas hacerme nada.

No parece muy convencida, pero al final se acomoda en la cama que queda más cerca de la ventana y se cubre con las sábanas, ya arrugadas. Yo me siento en la otra cama (la que está más cerca de la puerta), me recuesto contra los cojines y el cabezal, e intento centrarme en el primer partido de la temporada de la NHL que dan por la tele y al que le he quitado el sonido.

No obstante, noto que Paloma me mira de vez en cuando. Su precavida agitación emocional se palpa en el ambiente. Ha dicho que

intentaría confiar en mí, pero no lo está haciendo. Y por eso le está costando dormir.

—¿Te gusta el hockey? —le pregunto, forzándome a pronunciar las palabras, a pesar de que tengo la garganta medio cerrada.

Espero que, al desviar su atención hacia otro tema, pueda dejarse llevar por el cansancio. Es lo que hacía mi padre conmigo cuando era pequeño.

—Sí. —Se sonroja y se tumba de lado para mirarme con una mano escondida bajo la almohada. Tiene el pelo largo y enmarañado, y le atisbo un brillo más claro que su habitual tono marrón, algo más oscuro. Por un segundo, me pregunto si se lo habrá teñido—. Es un deporte muy rápido y vibrante. Siempre me ha gustado.

—¿Jugabas?

Niega con la cabeza.

—En realidad, nunca he patinado, pero me gusta verlo. Quiero... —Guarda silencio, traga saliva y cierra los ojos—. Quiero trabajar en un equipo. No ocupándome de la equipación, sino como asistente del entrenador o algo así. Es una estupidez, pero...

—Para nada. —Me llevo la mano al pelo, enredándome un poco los rizos antes de desenredármelos de nuevo con los dedos—. Creo que es genial, P. Lo harías de maravilla.

Se le dibuja una sutil sonrisa de medio lado y asiente.

—¿Y la natación? —le pregunto, desesperado en muchos sentidos por saber más de ella.

—Es... Sí. Es importante para mí. —Me estudia con la mirada con esa expresión tan suya que me reconforta más que me altera—. ¿Y a ti? ¿El hockey es tu pasión?

—Oh... —Guardo silencio. Nadie me lo había preguntado nunca. Seguramente porque soy el hijo de Adam Reiner y llevo toda la vida jugando al hockey—. Pues... A ver, mi padre jugó en la NHL hasta que se lesionó. Su mejor amigo también. Y luego me metió a clases de patinaje; cuando tuve la edad suficiente, me apuntó a hockey. De niño, yo era grandullón y...

—No —dice escondiendo las manos bajo la cara y con los ojos soñolientos pero centelleantes—. ¿Tú? ¿Grande?

Me sonrojo y ella me pasea la mirada por todo el cuerpo con picardía. Sé que no tengo el mismo aspecto que Rhys, Freddy o la mayoría de los chicos con quienes he jugado. Siempre he sido el más alto, sí, pero también el más grande. Musculado, por supuesto, porque hago trabajo físico con el equipo. Estoy muy bien preparado y entrenado. Sin embargo, estoy menos fibrado que la mayoría de alas o centros, que están más esculpidos.

Puede que, en algún momento de mi vida, me hubiese sentido avergonzado. Sin embargo, Paloma me mira como si fuese imposible no enorgullecerse de esto.

—Sí. Aunque, a diferencia de los demás niños, yo no era muy agresivo con el *puck*. Pero me gustaba hacer de portero. Así que me quedé en esa posición.

—Una respuesta un poco evasiva... —musita, y se le van cerrando los ojos.

Lo que yo siento por el hockey es distinto a lo que sienten Rhys o mi padre; es algo que he sabido siempre. Seguí jugando porque me resultaba fácil. Se me da bien. Pero no es mi pasión. No quiero dedicarme a esto toda la vida.

Pero es que no sé cómo decírselo a nadie.

Aunque...

—No es mi pasión —reconozco envuelto por el silencio de la habitación y girando la cara hacia Paloma—. Solo juego porque se me da bien. Porque sí es la pasión de mi padre y, cuando juego, me siento más unido a él y a mis amigos. Pero para mí no...

—No es lo mismo que la poesía —termina por mí—. Esa es tu pasión.

Por un segundo, vuelvo a tener doce años y me da vergüenza pedirle a mi madre que me compre más libros de poesía porque ya me he terminado todos los que me compró papá la semana pasada. Sé que la expresión del rostro de mi madre significa algo importante, pero soy incapaz de descifrar de qué se trata.

—Sí —digo en un suspiro, y el peso que llevo cargando desde casi siempre se disipa—. La poesía sí.

Me preocupaba que Paloma pensara que el poema que le di en la cita era demasiado intenso. En realidad, a Petrarca se lo conoce por dos cosas: por el estilo de sus sonetos y por haber escrito trescientos de ellos centrados en su deseo por una misma mujer.

«Ahora ya tiene un poco más de sentido», pienso mientras admiro el perfil de Paloma a la vez que ella se tumba bocarriba. El ángulo de su mandíbula y el grosor de sus carnosos y aterciopelados labios. Unos brillantes mechones dorados se asoman entre su castaña melena como nubes por un cielo despejado. Tiene los ojos del mismo color oscuro que el chocolate o que la tierra fresca bajo un jardín florido.

—¿Me lees alguno?

—¿Ahora? —digo alargando la palabra—. Eh... Vale. Espera que encuentre...

—¿Te sabes alguno de memoria?

Me sé muchísimos de memoria. Pero esto parece importante. Preferiría tener horas para poder escoger mejor el poema más adecuado para ella y para este espacio que nos separa, pero los versos empiezan a brotarme solos de la boca.

Recito «Estrella brillante», de John Keats, como si nada, pronunciando cada palabra con fluidez, como si se tratara de una canción de cuna solo para Paloma.

Se va quedando dormida, comienza a respirar más profundamente y los movimientos de su pecho son cada vez más espaciados. No le quito los ojos de encima. No duermo.

Al cabo de una hora o dos, empieza a gemir un poco y a fruncir muchísimo el ceño. Aguardo con la esperanza de que tal vez se le pase y pueda seguir durmiendo.

Pero entonces grita con fuerza y aparta la almohada de un tirón.

Con el corazón en un puño y un nudo en la garganta, cruzo la habitación e intento despertarla. La llamo en voz baja, tratando de no tocarla directamente. Al principio, no reacciona; solo continúa gritando en silencio, suplicando con una angustia desconocida. Me agarra los antebrazos y me clava las uñas en la piel.

—Paloma —la llamo un poco más fuerte de lo que pretendía, sacudiéndole el torso mientras me inclino sobre ella en un intento por evitar que se mueva con tanta fiereza porque se caerá de la cama.

Se despierta y abre los ojos como platos antes de soltar otro de esos sonidos aterrados; procurar alejarse de mí de inmediato. Con las prisas, se golpea la cabeza contra el cabezal.

—Mierda —suelto.

Retrocedo un poco y toco la mesita de noche que hay en medio de las camas para encender la lámpara. Dejo la mano suspendida en el aire y se me encoge el corazón al ver a Paloma debajo de mí, haciéndose una bola mientras unas pesadas lágrimas resbalan por sus sonrojadas mejillas.

—¿Bennett?

—Hey... —le digo con ternura y la voz relajada—. Soy yo. Estoy aquí. ¿Estás...?

Alargo el brazo hacia ella, pero Paloma retrocede, se aleja de mí y sale escopeteada hacia el baño antes de cerrar de un portazo.

Casi me entran ganas de vomitar.

Me levanto sin pensarlo dos veces y me acerco a la puerta del baño, como si fuera a llamar. Oigo el sonido amortiguado de unos sollozos ahogados al otro lado. El grifo permanece abierto un buen rato. Y, luego, silencio.

Paloma sale despacio y con la vista puesta en el suelo.

Me siento mal al estar frente a Paloma con mi imponente figura, viéndola a ella tan vulnerable. Quiero abrazarla, pero no sé cómo.

Tiene la cara empapada de lágrimas y agua que se habrá salpicado, y se le está mojando el cuello de la camiseta. Está claramente consternada, aunque ahora parece más bien avergonzada. Se le ha enredado la trenza y Paloma intenta deshacérsela agarrándosela y tirando con tanta fuerza que vuelven a brotarle más lágrimas.

—Ya lo pruebo yo —intento decirle con delicadeza.

Al igual que un niño al que acaban de echarle la bronca, hace pucheros y viene hacia mí.

Le enredo las manos en el pelo y le tiro con cuidado de la trenza para ir soltándole los mechones. Tiene el pelo suave y huele a ella: a enebro y a ropa recién lavada.

Le rozo la nuca con la yema del pulgar; apenas puede contener un escalofrío. Se recuesta todavía más en mí. Deja caer el cuerpo con más fuerza mientras yo, con un roce suave como el de una pluma, le paso las manos por los hombros y su esbelto cuello hasta llegarle a la nuca.

Paloma se relaja casi de inmediato y desaparece todo menos el hipo que acompañaba sus sollozos mientras ella vuelve a abrir los ojos, despacio.

—Lo sien...

—No —murmuro abrazándola con más fuerza. Como si así pudiese detener las olas de autodesprecio que prácticamente noto cómo la azotan—. No te disculpes. Está todo bien, Paloma. Tú solo respira.

Obedece como si nada, como si mis palabras hubieran bastado para tranquilizarla.

27

Paloma

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

OCTUBRE

La embriaguez que supone estar en los brazos de Bennett Reiner al despertarme de una pesadilla es tal que no oigo lo que me acaba de decir.

—¿Qué? —le pregunto con la voz rasposa, aunque esta vez se debe más al sueño que a los gritos.

—Tengo una idea. —Sonríe a pesar de haber tenido que repetirlo, pero creo que lo hace más para tranquilizarme que porque esté realmente feliz—. Quiero llevarte a un sitio. ¿Has traído bañador?

Asiento mientras trato de sofocar mi repentina desesperación. Siempre tengo un bañador a mano; lo guardo en la mochila, por si acaso. Bennett coge una toalla y deja que me cambie en el baño.

Cuando ya me he puesto la ajustada prenda de color teja, me muerdo el labio, me miro en el espejo y me recojo el pelo en una trenza.

Por lo general, no suelo mirarme demasiado en el espejo; prefiero no centrarme en esos rasgos que tan parecidos siguen siendo a los de mi madre, por más que haya intentado cambiarlos. Me teñí el

pelo, cosa que ayudó bastante, pero es imposible deshacerme de ella; está en la anchura de mis caderas o en mis altos y redondos pómulos. Es imposible separar mis grandes ojos marrones de gacela de los suyos o la forma en la que arrugo mis carnosos labios.

Me resulta imposible deshacerme de la generosidad de mis pechos, por más que me haya pasado años intentando esconderlos.

«*¿Con estas pintas? ¿Qué esperabas, Polly?*».

Me siento un poco incómoda y me encojo, como si así pudiese disimular los evidentes y abundantes rasgos de mi propio cuerpo, que he acabado odiando. Cuando puedo, me visto como me visto para camuflarlos.

A los doce años, aterrada, me di cuenta de que quienes cuchicheaban a mis espaldas no eran solo mis compañeros de clase. Oí ciertos comentarios de adultos, tanto condescendientes como compasivos. O terriblemente inapropiados. Así que aprendí a esconderme.

Temo dejar mi cuerpo a la vista con el bañador de natación puesto y me siento estúpida por ello. Confío todo lo que puedo en Bennett, más que en cualquier otra persona, pero esto me resulta intimidante.

Tomo unas cuantas bocanadas de aire y vuelvo a ponerme mi camiseta *oversized* antes de salir del baño.

Le cojo la mano y, a pesar de que Bennett no me la haya tendido primero, me la agarra con fuerza.



La piscina está cerrada, definitivamente. Aun así, Bennett nos cuela sin problema, con una confianza que nada tiene que ver con mi sutil incerteza.

—¿Te meterás... conmigo?

Niega con la cabeza y deja la toalla en uno de los asientos del banco.

—No, pero me quedaré aquí sentado, a tu lado. He pensado que tal vez esto te ayudaría a relajarte. A lo mejor así consigues dormir mejor.

Sé que lleva razón, así que asiento. Acto seguido, me doy la vuelta, me alejo de él, me quito la camiseta y me siento en el borde antes de hundirme en el agua, que está templada.

Vuelvo a salir a la superficie de inmediato; miro a Bennett y me muevo un poco por el espacio. Él se quita las chanclas y encuentra un sitio donde sentarse en medio de la piscina antes de meter los pies. Se agarra al borde con la sudadera de Waterfell un poco arremangada.

Nado y él me mira.

Mis pesadillas siempre han sido de lo peor. Y los sueños no es que sean mucho mejores. Son extremadamente viscerales e incluso me persiguen al cabo de horas de haberme despertado. Pero esto me aporta una sensación distinta. El hecho de saber que Bennett estaba vigilándome me da cierta paz; una que no suelo experimentar y, mucho menos, reconocer.

Y lo que es más: toda esta odisea no parece haberlo asustado.

El agua alivia mi acalorada piel y distorsiona un poco lo que hay fuera, pero Bennett sigue siendo guapísimo. El corazón me late desbocado, como si quisiera llegar a él.

Sigo esa llamada al igual que un marinero seguiría la de una sirena y nado por las plácidas aguas de la piscina hasta que saco la cabeza para coger aire justo al lado de sus piernas. Me está observando, como siempre, con el confort que me aporta la fija mirada de sus ojos azules mientras sigue todos y cada uno de los movimientos de mis brazos. Me coloco al lado de sus manos y me doy impulso para levantarme más y más hacia él.

De mi bañador caen unas gotas de agua que le manchan los pantalones cortos y la sudadera, como si de lluvia se tratase. Respiro agitadamente antes de plantar los labios sobre los de Bennett, sujetándome con fuerza con los brazos. Él agacha la cabeza para poder besarme y noto la suavidad de sus labios, que tiemblan al compás de mi acelerado corazón.

Bennett no deja de sujetarse al borde de la piscina en ningún momento.

No me atrevo a ir a por más y, a la que me ceden los brazos, me aparto y vuelvo a hundirme en el agua, a sus pies.

Bennett permanece con los ojos cerrados y la cabeza gacha un segundo, como si continuara saboreando el beso. Uno con sabor a cloro, a bálsamo labial de melocotón y a mí. Cuando vuelve a abrirlos, clava ese intenso azul en mí, pero ahora atisbo algo nuevo en su mirada.

«¿Me ves? ¿A mí, tal y como soy?».

Nunca nadie me ha visto de verdad.

Me viene una imagen a la cabeza. De Bennett, envolviéndome y abrazándome contra su pecho mientras me despertaba de la pesadilla. Desenredándome el pelo sin parar con unos sutiles movimientos que denotaban preocupación.

Quizá Bennett estaría bien. Quizá sería bueno conmigo. Quizá con él estaría a salvo.

—Ya puedo salir.

—Vale —responde.

Se lleva los dedos a los labios un segundo y titubea un poco antes de levantarse, volver a ponerse las chanclas y extender la toalla a su lado mientras yo me impulso y salgo de la piscina.

Bennett me envuelve con la toalla y me abraza más fuerte de lo que tal vez lo habría hecho antes. El gesto es posesivo y reconfortante.

Quiero quedarme así.

Cierro los ojos y me acurruco un poco contra él antes de que me suelte.

Alargo la mano para coger la suya. Bennett acepta. Volvemos andando a los ascensores en silencio. Se me pone la piel de gallina, pero no porque sienta frío. Más bien siento... de todo menos eso. Siento alegría, miedo, ilusión y tanta plenitud que parezco una burbujeante botella de champán a punto de estallar.

Solo para que me invada de nuevo la más absoluta ansiedad en cuanto llegamos a mi habitación, tan oscura. Las expectativas y el miedo del pasado se mezclan con la magia y la ilusión de este momento. Incertidumbres que empiezan por «¿Querrá...?» mezcladas con las de «¿Me obligará a...?».

—No seas tonta —dice mi madre con desdén y con los ojos húmedos —. Los hombres solo nos quieren para una cosa.

—Yo no soy como tú —espeto.

Mi madre se ríe y responde:

—*Dios, pero si podrías ser mi hermana gemela*.

Bennett me suelta la mano. Me quedo de pie en la entrada mientras él se quita los zapatos y los deja al lado de la puerta.

—Voy a ducharme —suelto, y tropiezo de camino al baño, donde cierro de un portazo.

Lavarme el pelo me relaja, al igual que el agua caliente. Me lo tomo con calma y luego me pongo unos finos pantalones de pijama y otra camiseta *oversized*.

Salgo con timidez y clavando la vista en el punto de la cama donde se ha sentado Bennett, que tiene la espalda apoyada en el cabezal. Ya está sonrojado, y la forma en la que mueve las manos enseguida consigue calmar la ansiedad de la que no he podido deshacerme.

—¿Puedo cepillarte el pelo? —me pregunta.

No es lo que esperaba oír, pero asiento antes de darle demasiadas vueltas.

Las lágrimas se me amontonan en los ojos de inmediato. Vuelvo al baño y rebusco en el neceser hasta encontrar mi querido cepillo de cerdas de jabalí. Su ofrecimiento me resulta tan tierno... Nadie, ni siquiera mi madre cuando tenía un buen día, me había sugerido algo parecido.

Consigo tragármelo todo y contener la desesperación que siento por que alguien me cuide de ese modo. Cabizbaja y con los ojos llenos de lágrimas, camino hacia Bennett.

Él pone en el móvil «Beach Baby», de Bon Iver, y me espera. Gateo por encima de las sábanas de esta cama de hotel, me siento entre sus piernas medio abiertas y le paso el cepillo.

—Nunca nadie... —dejo la frase a medias. Confesarle esto me resulta demasiado íntimo—. Es... Los tirones no me duelen. No hace falta que vayas con cuidado.

—Lo haré con delicadeza, P.

Al oír sus palabras, me entra un escalofrío. Su voz es profunda y su presencia se me antoja como un sólido muro a mis espaldas. Me cepilla el pelo despacio, con cuidado de no pegarme ningún tirón. Canturrea en voz baja y con ternura al son de la música. Esta combinación en sí me lleva a cerrar los ojos y me hundo un poquito entre sus cálidos brazos.

Sé cómo manejar a un Bennett nervioso y tímido. Sé cómo manejarlo cuando soy yo quien lo cuida a él. Pero este Bennett... Es sobrecogedor. Es tierno, cuidadoso y dominante. Y me mima.

Consigue acallar mi ruido mental, cosa que agradezco. Pero también hace que me sienta pequeña y vulnerable, y eso ya me cuesta más.

Pierdo la noción del tiempo y de lo único que me doy cuenta es de que ha dejado el cepillo y ha comenzado a pasarme los dedos por el pelo para masajearme el cuero cabelludo y recogerme la melena en una trenza suelta.

—¿Te quedarás conmigo? —le pregunto con los ojos cerrados.

Me da un firme beso en el pelo y exhala enseguida, como si no hubiese querido hacerlo.

—Siempre —responde.

Me quedo profundamente dormida. No sueño con nada y, cuando me despierto, veo que me está cogiendo la mano.

28

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

OCTUBRE

Paloma ha dormido toda la noche cogida de mi mano.

Al día siguiente, juego mejor que nunca. He dejado la portería a cero. No soy tan naíf como para no saber que estas dos cosas van de la mano. Como también soy consciente de que Paloma ha visto el partido desde las gradas medio vacías y con mi sudadera puesta. Nadie se ha enterado. Nadie ha reparado en ella siquiera. Menos yo. Su dulce sonrisa a modo de aprobación y las ganas con las que me animaba deberían bastarme para toda la vida.

Podría vivir solo de la absoluta paz que me da esta chica.

Mi mejor amigo ha conseguido marcarse un triplete incluso en la segunda línea, aunque hoy el entrenador Harris lo ha dejado jugar más que de costumbre. Rhys siempre ha sido una de las estrellas del equipo y yo siempre he podido verlo brillar de cerca.

Así que me resulta fácil sonreír cuando estamos al final de la fila y choca el casco con el mío mientras grita, por encima de los alegres alaridos de nuestros compañeros:

—¡Lo hemos conseguido, Ben! ¡Vamos, hostia!

Cuando me abraza, le doy una palmada en la espalda y unos golpecitos en el muslo con el *stick* y respondo:

—Lo has hecho todo tú, Rhys.

La celebración continúa en los vestuarios, donde el entrenador Harris le da a Rhys nuestro codiciado trofeo: un nudo hecho con cuerdas de las porterías de los partidos que hemos ganado. Cuando da su jovial discurso, también me menciona a mí. Veo que incluso los chicos mayores que hay a su alrededor sonríen y lo miran como si ya fuese su capitán. El brillo que emana de la bondad, el talento y el corazón de Rhys inunda el vestuario.

Me alegro un montón de que hayamos ganado, pero, sobre todo, me alivia que no hayamos perdido por mi culpa. Lo que siento no es tanto ilusión, sino que por fin desaparece el peso que cargaba a mis espaldas.

Una parte de mí siempre amará el hockey. Soy bueno. Se me da bien y la necesidad que tengo por mantener unas rutinas encaja con la estructura de este deporte. Lo único que pasa es que carezco de la motivación y el deseo del resto. El hockey no es mi pasión.

Pero sí es la de Rhys. Y quiero muchísimo a mi mejor amigo.

El entrenador Harris me coge por el hombro mientras me subo al bus.

—Rhys me ha contado lo de tus rutinas y... lo siento, Reiner —me dice.

No me sorprende. Rhys siempre me ha defendido y entendido. Anna se lo contó por mí cuando éramos pequeños y él nunca me ha fallado. Siempre puedo confiar en Rhys.

—Me aseguraré de que la próxima vez compartas habitación con Koteskiy. —Exhala un poco antes de bajar la voz y añadir—:

Cualquier cosa que necesites, pídemelo, ¿de acuerdo? Quiero verte brillar. Y, siempre que esté en mis manos, haré lo que sea con tal de ayudarte a conseguirlo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —respondo.

Trago saliva para deshacerme del nudo que noto en la garganta. Suena casi igual que mi padre. Tanto que, en cuanto me siento en el bus, le mando un mensaje.

Comemos mañana?

Va todo bien? Quieres que te llame?

Todo bien. No. Solo quiero hablar

Tras un largo minuto, aparecen unos puntitos que indican que mi padre está escribiendo. Luego para. Después vuelve a escribir. Así una y otra vez. Hasta que, al final, envía:

De acuerdo. Mañana en casa. Puedes cocinar tú

Se me dibuja una sonrisa. Acepto enseguida antes de intentar dormir lo que queda de trayecto hasta llegar a casa.



El pelo de Paloma centellea tanto que adopta casi un fuerte color dorado bajo las luces del aparcamiento que hay en la entrada trasera del complejo deportivo de Waterfell. Está llevando varias

bolsas de equipación con el chico con el que suele trabajar; no recuerdo cómo se llama, pero sé que a ella no le cae bien.

Y este debe de ser el motivo por el cual los sigo con mi propia bolsa, en lugar de llevármela a casa a escondidas y lavarlo todo por mi cuenta.

Lo hacen todo los dos solos y trabajan en silencio hasta que el tío ese con pintas de ligón repasa a Paloma con la mirada, justo cuando ella se agacha encima de una de las bolsas.

—Por Dios, Blake. —Se ríe, se cruza de brazos y se acerca demasiado a ella—. Te juro que nunca he visto a nadie que tenga mejor...

Carraspeo, entro y, al pasar, empujo al chaval con el cuerpo para alejarlo de ella. Despacio, apoyo la mano en la lumbar de Paloma, pero ella se sobresalta por igual.

—Soy yo, P. —le digo para intentar tranquilizarla.

Paloma se yergue, gira la cara y clava los ojos en los míos mientras se acomoda despacio contra mi cuerpo. Vuelvo a mirar al tipo en cuestión mientras la abrazo; sigue tensa, pero no se separa de mí.

—Hola, Bennett —susurra.

—Me quedo contigo hasta que termines, ¿vale?

Abre los ojos, que le centellean un poco y se llenan de ilusión mientras asiente.

—Sí. Eh... Jeremy, oye —le dice al otro chico—, si quieres irte, ya termino con Bennett.

—Pero se supone que tengo que...

—Yo me ocupo —respondo en un tono al más puro estilo Adam Reiner, sin dejar lugar a discusiones.

Al oírme, el chico se queja un poco por lo bajo, pero se marcha.

Paloma se separa de mí en el acto y mi cuerpo se lamenta ante la pérdida. Ella se echa el pelo detrás de los hombros y clava la vista en el suelo con el ceño fruncido.

—No tenías por qué hacer eso.

Se me cierra la garganta, pero me mantengo firme y contesto:

—Ya lo sé.

—En serio. —Se cruza de brazos—. No necesito que... —Paloma hace un gesto con la mano—. Que me salves a todas horas. Puedo cuidarme yo solita.

—Ya sé que puedes.

Es verdad. Pero la sensación que sentí anoche cuando se relajó, dócil, en mis brazos, todavía me persigue. Y me da fuerzas. Noto que la obsesión se va abriendo paso en mi interior sin que pueda hacer nada por detenerla o mitigarla.

Sin decir una palabra, Paloma se aleja de mí y sigue trabajando. Por mi parte, recojo mi bolsa y empiezo a limpiar mi equipación.

—¿Por qué te...? —empieza a decir Paloma antes de morderse el labio y apartarme la mirada—. No te juzgo. Es solo curiosidad. ¿Por qué te gusta limpiar la equipación y ordenarlo todo de una forma tan específica?

Sé que no me está juzgando, porque nunca me había preguntado el porqué. Siempre lo ha hecho tal y como yo le pedí que lo hiciera, porque sabe que así me siento mejor, más cómodo.

—Es... Necesito que esté así, y ya. Es...

—Como... ¿TOC? —pregunta con la vista puesta al frente.

Se me cierra la garganta y noto que me suda la nuca. No me sorprende que lo haya pillado. Últimamente, la gente tacha cualquier

cosa de TOC.

—Sí. —Tras una larga pausa, añado—: Pero no en plan... No es como la gente piensa.

Ahora, Paloma sí me mira.

—No estaba pensando nada, Bennett. ¿Quieres hablarme del tema?

No. No quiero. Pero está mirándome con los ojos tan abiertos y una postura tan relajada que me llama, y es algo imposible de ignorar.

—No es por una cuestión de pulcritud. No me lavo las manos ocho veces ni me pongo a abrir y cerrar la puerta con llave constantemente. Es... es por una cuestión de orden. Necesito tenerlo todo de cierta forma.

—¿Como te pasa con la equipación?

Asiento.

—¿Y... lo del tacto? —Se muerde el labio, aparta la mirada y se abraza a sí misma—. Si estoy siendo invasiva, lo siento. Es solo que... Después de lo de anoche... No quiero presionarte ni complicar las cosas.

Siento que el corazón me da un vuelco.

—No. Es... Me... Eso es distinto. —Sacudo la cabeza y clavo la vista en la pared, apartándosela a propósito—. Soy autista. A ver, cuando me diagnosticaron, todavía lo llamaban Asperger, pero... En fin... Yo no... Tampoco es para tanto y no es como si fuese... que sea distinto o algo así.

Me he frustrado y me he puesto a la defensiva. Y lo odio.

Agacho la cabeza y empiezo a respirar con pesadez.

—Bueno, a ver, sí lo soy. Pero esto tú ya lo sabías.

—Tengo algo raro.

—No —dice mi padre, agachándose. Se arrodilla en el suelo y apoya las manos en los reposabrazos de mi silla, como si fuesen paredes—. No tienes nada *raro, Bennett*.

—Mamá se ha molestado.

Intento mirar detrás de mi padre, hacia donde está ella. Todavía la oigo llorar tan discretamente como puede. Me siento como si alguien me estuviese rajando la piel a cuchillazos. Levanto las manos y vuelvo a taparme los oídos.

Papá levanta poco a poco los brazos para cogérmelas y apartármelas.

—Céntrate en mí. Esto es importante. —Me agarra las palmas con fuerza y habla un poco más alto—. Eres perfecto. No tienes nada raro. Solo necesitas hacer las cosas de otra manera, ¿sí? Y vamos a encontrar la forma de hacerlo; tú y yo juntos. ¿Vale?

—Vale.

Carraspeo sin desviar la vista hacia Paloma. La vergüenza y la humillación se apoderan de mí y me carcomen por dentro.

—Vaya, que... a veces puede que me cuesten las cosas. Se supone que Siete está para ayudarme a relajarme... y todo eso.

—¿Y te ayuda? —se interesa ella, preguntándolo lo bastante alto como para que sepa que me está mirando, a pesar de que yo tenga la vista puesta en otra parte.

—A veces.

—Y... ¿puedo hacer algo yo? ¿Para ayudar?

Es una pregunta tierna que me sienta como una caricia. Igual que cuando pasé los dedos por su suave y húmedo pelo. El nudo que

noto en la garganta no es como los que había notado hasta ahora. Es como si me hubiese tragado una piedra y no pudiese hablar; ni respirar, siquiera.

Me giro hacia ella.

Paloma continúa mirándome. Ya me he acostumbrado a notar su vista puesta en mí, y me sorprende el confort y la calidez que me aporta su mirada. Aun así, sigo sin estar preparado para el impacto que me supone ver sus cálidos ojos marrones repletos de preocupación y cuidado hacia mí.

—Lo haces casi todo bien.

Parece que mi respuesta la irrita.

—¿No puedes decírmelo y ya? ¿Cómo quieres que sepa que estoy haciendo algo mal si no me lo dices?

—Me gusta saber cuándo piensas tocarme —le digo. Ya hemos hablado de esto, pero creo que es más seguro empezar por aquí—. Y no... A veces me cuesta descifrar tu expresión. Puede que tengas que decirme cómo te sientes, porque no siempre sabré adivinarlo.

—Vale. Eso puedo hacerlo. ¿Qué más?

—Las aglomeraciones. Los ruidos fuertes.

—Pero en hockey...

—Eso no me molesta. A lo mejor porque crecí en este ambiente y ya estoy acostumbrado. O a lo mejor porque tengo algo más en lo que centrar mi atención mientras juego.

Asiente como si tuviese todo el sentido del mundo para ella.

—A ver... El sarcasmo también puede costarme.

La poesía me resulta algo fácil. Reconozco las expresiones, el lenguaje figurado, todo lo que no es literal. Ahora bien: hablar con gente y entablar conversaciones ya me cuesta más. No siempre sé

seguirlas; sobre todo, si la conversación en cuestión va demasiado deprisa. Hablar en los vestuarios, la jerga del hockey... Todo eso tuve que practicarlo meticulosamente para poder entenderlo. E incluso ahora, que ya lo entiendo, nunca participo. Solo escucho.

—¿Algo más?

Me viene una imagen a la cabeza de cuando tenía dieciséis años y sufrí una crisis en la cocina de mis padres. Abrí los ojos como platos y noté que me dolía todo el cuerpo, y ahí me di cuenta de que me había desmayado. Mi madre tenía la cara empapada en lágrimas y su lenguaje corporal era distante. Mi padre estaba abrazándome con fuerza, contra su pecho; sus ojos, azules, enrojecidos. No recuerdo por qué sucedió, pero sí que me acuerdo de lo que conllevó.

Sin embargo, el simple hecho de imaginarme contándole a Paloma que puede que me dé una crisis a saber por qué y hablarle de cómo cuido mis emociones para evitarlo hace que esa sensación extremadamente incómoda e incandescente vuelva a adueñarse de mí.

—No —respondo con tono monocorde.

Me callo.

Ella asiente antes de seguir con la colada. Como si aquí no hubiese pasado nada. Como si todo fuera normal.

Con ella, tal vez podría serlo.

29

Bennet

PRESENTE

No me entusiasma volar, aunque hacerlo con el equipo no está tan mal. Tal vez porque ya está todo organizado; solo tengo que presentarme y, en cuanto me siento, teniéndolo todo bien ordenado tanto en mi asiento como alrededor, la ansiedad que me generan otras cosas se disipa.

Sin embargo, hoy estoy más tranquilo que de costumbre. Y todo se reduce a la chica rubia que camina por el pasillo hacia mí.

Se me dibuja una inevitable sonrisa, por más que ella tenga su bonito ceño fruncido.

Me quito los cascos para dejármelos alrededor del cuello y me atrevo a alargar la mano para tocarle el brazo y llamar su atención. Paloma no se sobresalta; simplemente, inhala con fuerza. ¿Sabe que está inclinándose hacia mí, como si quisiera estar más cerca?

«No le des más importancia de la que tiene».

Cuando algo tiene que ver con Paloma Blake, me resulta imposible no albergar esperanzas. Así que dejo de intentarlo.

—Hola, P.

Sus ojos marrones parecen un poco más claros bajo las luces fluorescentes del avión. Lleva una sudadera puesta y la mochila colgándole de un hombro.

—Hey, Bennett —me saluda en voz baja y con un tono dulce.

Me muerdo el labio y miro a mi alrededor.

—¿Ya tienes dónde sentarte?

A tomar por culo mi rutina habitual. Me da igual perder si Paloma se sienta conmigo.

Se le relaja la expresión y esboza una sutil sonrisa.

—Sí. Me siento con Lily.

Señala detrás de ella con la cabeza, donde Lily camina a trompicones por el pasillo con el entrenador LaBlanc pisándole los talones.

Se abre un pesado silencio entre nosotros.

—Bueno, pues... Me voy a... —Señala hacia delante con la cabeza, hacia el final del avión—. Nos vemos en el partido, Bennett.

—Claro. Nos vemos, P.

Vuelvo a ponerme los cascos justo a tiempo para medio ahogar el ruido de mis compañeros, que van lanzándole piropos y tonteando con ella mientras Paloma sigue andando hasta encontrar un asiento.



—¡Reiner! ¡Reiner!

Cierro los ojos y me preparo para lo inevitable, que es que sigan insultándome con sus espantosos gritos.

—¡Eres malísimo! ¡Siempre la cagas! ¡Siempre la cagas! ¡Siempre la cagas!

Pero ya he jugado contra este equipo de Míchigan antes, en esta misma pista. Estoy acostumbrado. Estoy habituado a este tipo de insultos en general. No me molestan ni me distraen. Aunque veo, incluso desde aquí, que Paloma está de los nervios y furiosa. Sonrío.

La tensión ha sido palpable durante todo el partido porque el marcador estaba equilibrado. Rhys, Freddy y Toren han conseguido marcar, pero yo he dejado que me metieran dos goles; así que, ahora que ya estamos casi al final del segundo tiempo, el resultado sigue demasiado igualado.

Los delanteros de los Mt. Hart vienen a toda pastilla hacia mi portería, y Toren y Holden están haciéndolo lo mejor que pueden mientras Rhys intenta robar el *puck*: uno de sus muchos talentos.

Consigue pescarlo de entre las piernas de uno de los delanteros y se lo pasa a Holden, que está en una esquina.

Atento como el que más, me mantengo firme al lado del poste izquierdo de la portería y con la pierna estirada hacia la derecha, por si tengo que deslizarme hacia el otro lado.

Holden falla al pasar el *puck*; lo roba otro altísimo jugador de los Mt. Hart que acaba de aparecer a toda leche tras el cambio. Avanza demasiado rápido. Intenta tirar a portería y yo trato de detener su disparo; me pongo en posición de mariposa, antes de caerme hacia atrás porque el jugador en cuestión choca de lleno contra mí.

Se me escapa un quejido sordo de los labios ante la desgarradora sensación que noto en la parte interna del muslo. «Mierda, mierda, mierda».

La portería ha acabado estampada contra las vallas y yo estoy en el suelo. Levanto las manos para cubrirme la cabeza, porque me ha saltado el casco.

Primero, solo oigo gritos (de Rhys, seguro), antes de que mi mejor amigo aparezca a mi lado y se suba la rejilla del casco de inmediato. Parece aterrado.

—Hostia, Ben. ¿Todo en orden?

Asiento, pero suelto un gruñido.

—Joder... Creo que me he desgarrado algo. O igual es una distensión inguinal. No lo sé.

Al menos, tengo la misma voz de siempre. Rhys asiente, se gira y llama a alguien.

Levanto la cabeza y miro hacia donde se encuentran Holden y Toren, que están peleándose con los del otro equipo. Kane está arremetiendo contra el tío que se ha estampado contra mí; ha tirado los guantes al suelo, tiene la mitad del pelo empapado y la otra mitad le cubre la cara, y sigue con una mueca en el rostro. Por un segundo, me resulta extraño. He presenciado la violencia de Toren Kane de cerca, de primera mano; he revivido mentalmente miles de veces la pesadilla que fue verlo arremeter contra Rhys. Pero nunca lo había visto así, defendiéndome a mí.

Holden va soltando insultos mientras se enfrenta a otro jugador de Mt. Hart. Se han quitado los cascos y están agarrándose el jersey mutuamente. Los árbitros intentan separarlos a todos, pero es un caos. Sé que a continuación vendrán faltas y expulsiones, aunque a lo mejor será para ambas partes.

—Eh, Ben —me llama Rhys—. Han llamado a los asistentes médicos para que te vean. ¿Te ayudo a salir?

Asiento y dejo que me ayuden a levantarme para aliviar un poco la presión que noto en la ingle con solo encontrar el equilibrio. Rhys me pasa una mano por la espalda y me agarra por la protección

pectoral por si resbalo; acto seguido, patinamos todos juntos, despacio, para salir. La pista entera me aplaude con ganas, tal y como suele suceder cuando se lesiona algún jugador.

Cruzo la pista como puedo, a pesar del dolor, respirando con pesadez y con la cabeza gacha.

—Joder, vamos a sacarte de aquí —dice el entrenador Harris cuando llego al banquillo antes de darle una palmada en la espalda a Connor Mercer y enviarlo a la portería para que vaya calentando—. Que te echen un vistazo. Y luego vuelve al hotel y haz el puto favor de descansar, Reiner. ¿Entendido?

Sonrío ante esa muestra de afecto tan poco habitual en él.

—Entendido, señor.

30

Paloma

PRESENTE

No paro de caminar de una punta a la otra por esta horrenda alfombra estampada que hay delante de la puerta de su habitación de hotel.

Durante el partido, sentada en las gradas con Lily, cerca del metacrilato, he ido tomando notas para el entrenador Harris. Ya estaba molesta por todo lo que estaban gritándole a Bennett en la pista, pero, cuando ese jugador lo ha derrumbado y ha desplazado la portería con todo el peso de sus cuerpos, me he asustado un montón.

He levantado la mano, dispuesta a llamar, en más de una ocasión. Pero todavía no he logrado hacerlo.

La verdad es que no debería estar aquí. Sin embargo, no puedo quitarme de la cabeza la imagen de Bennett espatarrado en el suelo, la de Rhys llamándolo aterrado, y la de Bennett cabizbajo mientras Rhys y uno de los preparadores físicos lo ayudaban a salir de la pista. Es como una pesadilla de la que no consigo despertar.

«¿Y si se ha...?».

Sacudo la cabeza para evitar que este pensamiento vaya a más.

—No seas tonta... —musito para mis adentros antes de girarme hacia la puerta y llamar.

Aunque no me da tiempo a hacerlo porque la puerta se abre y aparece Bennett Reiner, llenando todo el marco.

Cuando lo veo descamisado y con sus oscuros rizos empapados y pegados a la frente, me quedo sin aliento. Se recuesta en la entrada, sujetándose con una mano apoyada casi en el techo y con la otra en la pared.

«Dios, qué guapo es».

—¿Paloma? —pregunta mientras intenta erguirse al verme. Aun así, hace una mueca, relaja el cuerpo de nuevo y vuelve a adoptar la misma posición que antes—. ¿Estás bien?

—¿Yo? —digo, cruzándome de brazos y cubriendo el nombre de nuestra universidad, estampado en mayúsculas en la sudadera de media cremallera que llevo puesta—. Te has lesionado. Estaba preocupada de cojones. Solo quería...

—Hey —me corta, acercándose—. Estoy bien.

Cierro los ojos e inhalo para serenarme, porque estoy empezando a entrar en pánico.

—Estoy bien —repite mirándome intensamente, como si pudiese ver todo lo que escondo bajo la piel.

—Vale. —Asiento y luego sacudo la cabeza—. Bien. De acuerdo. Bueno, debería...

Me coge por el bíceps, con su fuerte y cálida mano. Me agarra con firmeza, como siempre hace conmigo.

—Quédate.

Casi se me traga entera con sus ojos azules, devorando la ansiedad y la desesperación que siento por alejarme casi al instante.

Me resulta imposible no sentirme más segura cuando Bennett Reiner me agarra.

—No. No pue...

—Por favor, P. —susurra, acercándome más; tanto que casi puedo notar el ardiente calor que desprende su pecho al desnudo acariciándome la piel—. Por favor. Deja que...

—Oye, Ben. He... —nos interrumpe alguien—. Uy, perdón.

Rhys Koteskiy está a unos treinta centímetros de nosotros; su aparición es como un jarro de agua fría encima de nuestro acalorado momento y me devuelve a la realidad.

—Lo siento. No quería interrumpir.

—No pasa nada —intento decir.

Sin embargo, Bennett me acerca más a él, despacio, para seguir abrazándome.

—Freddy tiene una cama extra —dice Bennett con voz rasposa y un tono profundo—. ¿Te importa dormir con él?

Rhys abre un poco los ojos, pero asiente.

—Nope. Ya... Nos vemos mañana, Ben.

Y se va. No me da tiempo ni a pensar un segundo antes de que Bennett me meta en su habitación y cierre la puerta.

Estar sola en un hotel con él me parece peligroso. Mi cuerpo entero reacciona a su cercanía; me arde la piel y se me acelera el corazón. En cuanto se le tensan y se le mueven los músculos bajo su mullida capa de piel, noto algo en el estómago.

—Estoy bien —insiste, sentándose en la esquina de la cama con las piernas bien separadas y cruzándose de brazos sobre su desnudo pecho mientras vuelve a mirarme—. Solo ha sido una distensión inguinal.

El cuerpo se me aviva tan deprisa que resulta incluso bochornoso.

—Vaya. —Asiento. Ahora soy como un muñeco de esos que van moviendo la cabeza porque no se me ocurre qué más decir, literalmente—. ¿Y estás...? ¿Nada más?

Bennett sonríe de forma inesperada.

—Duele que flipas, P. Yo diría que ya es mucho.

—Sí. —Sacudo la cabeza y cierro los ojos con fuerza—. Perdona...

—Te estoy vacilando. —Se pasa la mano por la cara interna del muslo distraídamente y la zona enrojecida cede bajo la presión—. Solo tengo que estirar y descansar. Ya me he puesto hielo después de que me diese el tirón.

—No te ha dado un tirón. —Pongo los ojos en blanco y me relajo mientras sigo adentrándome en su habitación—. Te has lesionado. No es lo mismo.

Bennett continúa masajeándose el muslo y dibuja una mueca de vez en cuando; le tiemblan sutilmente los músculos del brazo. Y puede que sea eso. O las hipnóticas motas grises que veo en sus ojos azules como el océano. A lo mejor es el recuerdo de la última vez que estuvimos juntos en una habitación de hotel, así de cerca.

O a lo mejor es solo mi perpetua desesperación, esa que siento en el pecho y que me dice que me acerque más a él... Puede que sea eso lo que se adueña de mí y me lleva a decir:

—Deja que lo haga yo.

Abre la boca antes de volver a cerrarla, despacio, como si supiera que debería rechazar mi oferta. ¿Qué he hecho yo, aparte de infligirle dolor y sufrimiento una y otra vez? ¿Por qué debería merecer tocarlo de manera tan vulnerable?

Bennett asiente.

Continúo andando, lentamente, y él se echa hacia atrás para sentarse mejor en la cama, con los brazos en la espalda para apoyarse. Me siento a su lado encima de ese blando colchón y me acomodo sobre las rodillas, a la izquierda de sus despatarradas piernas. Esta posición resulta casi demasiado íntima.

—¿Puedo...?

Dejo la pregunta a medias, suspendida en el aire.

—Puedes hacerme lo que quieras, P.

Tengo que contener el sonido que intenta escapárseme de los labios y reúno toda mi valentía para colocarle las manos a lo largo del sólido músculo de su muslo. Ejerzo presión y desvío la mirada del bulto de su entrepierna, visible bajo los *shorts* deportivos que lleva puestos.

Bennett hace una mueca y yo aparto las manos mientras me disculpo.

—No pasa nada —dice con una sonrisa perezosa—. No me importa sufrir un poco si el dolor me lo provocas tú.

El peso de sus palabras me lleva a hacer una mueca. Debería ser puro tonteo, pero el sentimiento que conlleva esta frase resulta más intenso.

Aun así, Bennett vuelve a cogerme las manos y separa más las piernas hasta dejar el muslo que se ha lesionado pegado al mío. Vuelve a posar nuestras manos en la parte alta de su muslo y se sube los pantalones de forma casi obscena para seguir. Nos envuelve el silencio y lo único que se oye es la sutil música ya familiar de su *playlist* sonando a través del teléfono. Ben Howard y Bon Iver, con el rasgueo de las guitarras, le dan un toque romántico y doloroso a partes iguales a esta situación.

En cuanto Bennett se hunde un poco más en el colchón, se me escapa un gemido. Me sonrojo, pero continúo y uso más mi cuerpo para seguir ejerciéndole presión.

Mientras exhalamos, me doy cuenta de que estoy medio montándolo, cernida sobre él; se me ha soltado casi toda la coleta y el pelo me cae por todas partes mientras miro a Bennett. Él también me está mirando. Alarga la mano para colocarme unos cuantos mechones detrás de la oreja y la deja ahí. Sé que quiere volver a tocarlo, que siempre ha tenido cierta obsesión con mi pelo.

Debería apartarme. Tendría que quitarle las manos de encima y excusarme para darme una ducha bien fría e irme a la cama, aunque no consiga descansar.

En lugar de eso, en vez de apoyarme en la cama, apoyo una mano en su pecho y levanto el otro brazo. Mi mano choca con su bulto, ese que tenemos entre los dos y que ambos estamos ignorando.

—P. —exhala con los ojos entrecerrados y un tono dulce en la voz —. Por favor...

El corazón me late desbocado y se me acelera hasta adoptar un ritmo que sé que no puedo permitirme, por más que me muera de ganas.

Antes de que me dé tiempo a pensarlo dos veces, se la agarro por encima de los pantalones. Bennett respira hondo, de golpe, se le tensan los músculos del abdomen y cierra los ojos con fuerza.

—¿Te parece... bien? —pregunto en un susurro, con miedo de arruinar el momento.

Bennett asiente con la cara medio hundida en el lateral de mi cuello mientras me acerco más y más a su cuerpo.

Le hundo la mano despacio por debajo de los *shorts* deportivos y me encuentro con que no lleva ropa interior que me impida agarrarle su grueso y pesado miembro con los dedos. Tiene la piel suave y cálida, pero su pene es como de acero cuando se lo agarro con más fuerza, prestando suma atención a cada una de sus inhalaciones. Aunque seguramente conozca mejor su cuerpo que el mío. Desde siempre.

Me pasa las manos por la cintura y me envuelve cual escudo protector.

—Te necesito —exhala, y su aliento me roza la piel. Me da un delicado beso debajo de la oreja y se oye un gemido más largo—. Por favor, por favor... Necesito tenerte entre mis brazos.

—Ya me tienes —respondo en lo que parece casi un gemido mientras aprieto los muslos con fuerza y me meneo un poco, como si así pudiese aliviar la presión.

Bennett se baja los pantalones, tensándolos sobre la enorme envergadura de sus muslos. Veo la zona enrojecida donde se ha puesto hielo y que yo le he masajeado.

Se humedece la mano antes de agarrar parte de su propio miembro y parte de mi mano, moviendo tanto su palma como la mía por su húmeda y venosa piel. Le paso el muslo por encima de la cadera y me froto un poco con su cuerpo a la vez que pongo los ojos en blanco.

—¿Lo sientes, amor? —me susurra—. Dime que me necesitas otra vez, P.

Esta embriagadora mezcla de vulnerabilidad y dominio es demasiado; al asentir, le doy con la frente en la sien.

—Por favor —le pido.

—Ven aquí —dice Bennett, colocándome del todo encima de él para que quede sentada sobre su muslo izquierdo mientras él sigue tocándose, guiando mi mano con la suya—. Úsame, Paloma.

Su orden es simple, una que ya ha pronunciado en otras ocasiones, justo igual que ahora, dejando que mi cuerpo se mueva de la misma forma en que lo hace cuando estoy bajo el agua, meciéndome y meneándome con deleite contra los sólidos músculos de su pierna. Cuando algo tiene que ver con Bennett Reiner, tengo la sensibilidad a flor de piel. Estoy a punto de correrme incluso antes de que pueda inhalar su cálido y limpio aroma a madera.

Le hundo la cara en el cuello mientras suelto un gemido desgarrado. A él se le escapa algo parecido a un gruñido y empieza a mover más las piernas, de modo que a mí se me mece aún más el cuerpo con cada movimiento.

—Mira —dice Bennett entre dientes a la vez que levanta la mano y me agarra por la coleta.

Me coge el pelo sin tirar de él, solo agarrándome para mantener esa sensación de control sobre mí.

Clavo la vista en el ápice de sus muslos y gimo al ver y oír su orgasmo, que incita al mío, y los dos gritamos casi demasiado fuerte.

Al terminar, siento el bochornoso escozor de las lágrimas mientras regreso al presente. Me cede el cuerpo. Intento contenerme. Pero no lo consigo porque Bennett me pasa una mano por el pelo para tranquilizarme en silencio y acercarme más a él, si es que es posible.

—Shhh. No pasa nada, Paloma. Estoy aquí.

Las lágrimas empiezan a brotarme enseguida, pero logro contener los sollozos que amenazan con escapárseme entre los labios y noto

que me duelen los dedos mientras me abrazo a él con más fuerza.

Bennett me lleva en brazos a la ducha, me lava el pelo y me lo cepilla como ha hecho ya miles de veces antes. Mis lágrimas parecen no tener fin, pero él no dice nada y yo a duras penas puedo mirarlo.

Me deja una sudadera suya muy gastada para que me la ponga; tiene la manga mordidísima, cortesía de mis labios, lo sé. La prenda en cuestión huele a él y me cubre entera.

Y luego volvemos a tumbarnos sobre las sábanas de esta cama de hotel. Bennett me besa los dedos y susurra:

—«Nadie, ni siquiera la lluvia, tiene unas manos tan pequeñas». —Me envuelve con sus brazos, tumbándome sobre su pecho mientras recita sus versos favoritos, E. E. Cummings y Pablo Neruda, contra mi acalorada piel—. «Tu boca, tu voz, tu pelo».

Siento una punzada en el pecho mientras lo miro en silencio.

—Deberías quedarte —me dice pasándome las manos por mi húmedo pelo—. Solo esta noche. Ya te irás por la mañana.

—Bennett... —empiezo a decir, titubeante, aunque con un tono que, en cierto modo, suena demasiado alto en esta silenciosa habitación.

Ríe por la nariz y, acto seguido, añade:

—No pasa nada, P. No cambiará nada, ya lo sé.

Espero a que se haya quedado dormido antes de marcharme de su habitación y me siento peor que de costumbre al abandonarlo sin decir nada.

31

Paloma

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

OCTUBRE

Pegado de nuevo en la parte interior de la tapa del táper encuentro un poema.

No es la primera vez que lo hace: dejarme comida con una carta escondida que siempre resulta ser un poema o una canción. Sin embargo, este me hace sentir distinta. No solo porque es uno que he leído varias veces («Gansos salvajes», de Mary Oliver), sino porque Bennett ha añadido anotaciones, marcando el esquema rítmico y las metáforas, tal y como solemos hacer en clase.

Bajo la última estrofa, ha escrito a mano y meticulosamente:

Me ha recordado a ti.
No me preguntes por qué.

Bennett

Es una nota sencilla, ni demasiado cargada ni demasiado profunda. Aun así, se me clava cual daga en el corazón.

Lavo el recipiente con cuidado antes de que volvamos a vernos y le dejo otra nota dentro, siguiendo el mismo patrón que él. No puedo contener la pícara sonrisa que se me dibuja en el rostro mientras se lo devuelvo, agradecida por que no lo abra antes de que nos separemos.

Normalmente, cuando acabamos, Bennett tiende a esperar a que yo salga primero de la sala de estudio antes de seguirme. Hoy, en cambio, doy un paso al frente y casi invado su espacio personal mientras me muerdo el labio y agarro el asa de mi mochila con fuerza con la mano derecha.

—Oye, nunca me pediste una segunda cita. —No le doy tiempo a que diga nada, pues los nervios me llevan a insistir con un—: ¿No fue bien, la primera?

Bennett abre los ojos como platos.

—No. No, quería hacerlo, pero no he... —Deja la frase a medias y exhala, irritado—. No encontraba la mejor forma de pedírtelo.

Lo dice en serio. Me lo imagino sentado en su habitación, acariciándole el pelaje a Siete mientras piensa en «la mejor forma» de pedirme salir con él otra vez. Al imaginármelo, siento un aleteo en el estómago.

—Vale. Bueno. Pues ya te lo pido yo.

—¿Sí? —Bennett dibuja una discreta sonrisa, sin que se le vean los dientes.

Yo hago lo propio.

—Sí. ¿Tomamos otro café? ¿En el mismo sitio?

Duda un segundo, dejando que su mente vaya a mil por hora detrás de esos ojos azules como el océano.

—No. Deberíamos... Debería ser mejor que solo un café.

Alargo el brazo para cogerle la mano y él me coge las dos a mí. El gesto resulta extraño y tenso, como si fuésemos una pareja que no las tiene todas en el altar.

—Bennett, tomar un café está bien, y estaremos cómodos. Además, queda cerca de donde voy a nadar. —Sigue con una mueca en el rostro y con el ceño fruncido—. Me gusta ir ahí contigo. ¿Podemos repetir?

—Si estás segura...

Asiento.

—Estoy segura.

—Vale. —Me aprieta las manos, sin soltármelas—. Pero, a la próxima, iremos a algún sitio mejor.

—De acuerdo —accedo.



Quedamos a la misma hora en la misma cafetería y nos sentamos en el mismo reservado.

He vuelto a ir a nadar, pero esta vez me he tomado el tiempo de secarme el pelo y vestirme un poco mejor que en la última cita. Bennett, para no variar, va mucho más arreglado que yo. Lo estudio atentamente: sus anchos hombros cubiertos con esa camisa de franela, sus rizos marrones bañados por la luz del sol, sus ojos azules como el océano y sus labios fruncidos. Es tan atractivo que se me encoge el pecho.

—Buenos días —lo saludo a la vez que él se levanta del reservado.

Estudia mi bonito cárdigan de segunda mano y el pelo, que llevo recogido con una goma de las gruesas. Tomo la iniciativa y me

inclino para darle un beso en la mejilla, pero él se gira justo a tiempo para besarme en la boca.

Exhalo y me sonrojo muchísimo al notar el calor de sus labios.

—Buenos días, P.

La voz le suena grave y rasposa, como cuando acabas de despertarte y aún no has hablado. Se me aviva el cuerpo, lo suficiente como para que me separe de él e intente recuperarme de mi tambaleo y de la neblina que me ha cubierto la vista.

Bennett es más embriagador de lo que me imagino que podría serlo cualquier droga o bebida. Y, como es tan sorprendente, resulta aún más cautivador.

En parte, tengo ganas de preguntar: «¿Somos novios?». Pero la ansiedad se adueña de mi boca. Nunca he hecho esto antes. La única experiencia que tengo con relaciones de tipo romántico es... No es normal. Y he visto a mi madre aferrarse a cualquier drogadicto que le mostrara el más mínimo interés. O dinero. O drogas.

La extasiada y perdidamente enamorada versión de mi madre era más agradable. De modo que, desde un punto de vista egoísta, no me importaba.

Hasta que ellos centraban su atención en mí.

Sacudo la cabeza para ahuyentar esos peligrosos pensamientos.

Hay una chica trabajando, la misma chica morena con el ceño fruncido, pero parece que también está haciéndole de canguro a dos niños pequeños que están pintando en unas hojas esparcidas por la mesa del reservado que más cerca queda de la entrada. Esperamos a que la chica regrese a la barra para pedir algo para beber y comer; dejo que Bennett se ocupe de ello. Yo me limito a quedarme a su lado, agarrándole la mano y sonriendo.

Es como una de esas fantasías sobre el príncipe azul, solo que esto es real. Es tal y como me imaginaba que sería tener novio.

Todavía no nos hemos llamado «novio» o «novia». Estamos solo en nuestra segunda cita. Sea como sea, creo que, si se lo pidiese, me diría que sí. En mi cabeza, es lo más simple del mundo. Bennett me cogería la mano y me pediría si puede besarme antes de hacerlo. Me abriría la puerta y me acompañaría a casa sin preguntarme si puede entrar o si vamos a acostarnos. Me cuidaría sin pedirme nada a cambio. Jugaría con mi pelo y me acariciaría la espalda. Y sería mío, solo mío.

Creo que ya lo es.

Volvemos a sentarnos. Bennett alarga el brazo por encima de la mesa para dibujarme círculos en la piel con el pulgar. Sonrío tantísimo que hasta creo que se me podrían partir los labios.

—Me gustó el poema de ayer —me dice—. Bueno, la canción, supongo.

—¿Leíste solo la letra? ¿O también la escuchaste?

La letra impresa de «Roslyn», de Bon Iver y St. Vincent. Sobre todo, porque me encanta la canción y porque lo que dice es muy fácil de interpretar. Pero también porque la música de Bon Iver se ha convertido en mi *playlist* para dormir desde esa noche en la habitación del hotel. Entre la calma de la música y el recuerdo de los cálidos y firmes brazos de Bennett a mi alrededor, me cuesta menos dormir.

—Las dos cosas. Primero lo traté solo como un poema, leyendo lo que habías anotado y...

—¿Revisando mi trabajo? —bromeo, y sonríe—. ¿Qué tal lo he hecho, profesor?

Bennett se sonroja, baja un poco la barbilla y sacude la cabeza ante mis tonterías.

—Eres brillante, Paloma. No me hacía falta revisar nada para saberlo.

Lo dice sin más, como si estuviese hablando del tiempo o recitando estadísticas de hockey. ¿Sabe que me siento igual que si me estuviese besando la piel?

—Como poema, queda bien, pero la música le da un mayor nivel de complejidad emocional. Le aporta una sensación misteriosa y evocadora que, sin la música, se pierde. Incluso la repetición cambia por completo cuando le añades el sonido. Eso me lleva a pensar que categorizas muchísimas canciones como poesía.

Cierro los ojos mientras asiento, completamente de acuerdo con lo que acaba de decir. Me entusiasma ver que ha tratado mi elección para seguir con el juego que nos llevamos con la misma intensidad que una oda de John Keats.

—Lo cual significa... —prosigue dibujando una sonrisa cada vez mayor a la vez que me tira de la mano, ilusionado— que te gusta la poesía.

Se me escapa la risa antes de que pueda contenerme, pero me trago el sonido con una deslumbrante sonrisa y sacudo la cabeza.

—Puede —respondo.

Bennett ladea la cabeza y me da un beso en la mano antes de soltármela.

—Me sirve.

—Me gustas mucho.

El comentario se me escapa de los labios y la vergüenza enseguida se adueña de mí; me cambia la expresión y noto que me

arden cuello y mejillas. La frase me resulta totalmente infantil y siento que no le hace para nada justicia a todo lo que he empezado a sentir por Bennett.

Algo aún peor se despierta dentro de mí y se aferra a todas y cada una de mis inseguridades.

«*Penoso. ¿Y ahora qué? ¿Le suplicarás para gustarle? Eso sí que se te da bien, Polly*».

Se me revuelve el estómago y el ardor que notaba en el cuello y las mejillas se vuelve pegajoso tan deprisa que incluso me mareo.

—Te... ¿En serio? —Bennett tartamudea al hablar y me pongo todavía más nerviosa.

—Me gustas —susurro—. Mucho.

—¿Ah, sí? —dice Ethan, sonriendo socarrón, mientras tira muy sutilmente de la sábana con la que me estoy cubriendo—. ¿Te gusto? Venga, Polly, que no soy tu crush *de instituto.*

Me sonrojo y la vergüenza me lleva a bajar la mirada mientras él se impulsa para saltar de la cama.

—Teniendo en cuenta lo que acabas de hacer por mí, yo diría que no solo te gusto.

Ríe y me tira un poco bruscamente del pelo antes de agacharse y volver a ponerse los pantalones. Trago saliva para deshacerme de la confusión y, aun así, en cuanto me hace señas para que me acerque antes de marcharse, alargo el brazo para acariciarlo. Desesperada por el tacto. Por el afecto. Aunque sea una burla.

—¿Paloma?

Sacudo la cabeza, me separo y me doy con la cabeza contra la pared de madera del reservado.

Bennett me mira. El miedo y la preocupación le han ganado el pulso a la ansiedad que inundaba su rostro hace solo unos minutos.

—Perdona. Me he perdido en mis propios pensamientos un segundo.

Río y sacudo la cabeza para deshacerme de algunos de los fantasmas que todavía me acompañan. Trato de sacar otro poema a colación, algo de lo que hablar en un intento por desviar su atención de mi extraño comportamiento.

Bennett se pasa casi el resto de la cita callado, con el rostro marcado por la preocupación. No tardamos demasiado en acabarnos el café, y yo, que prácticamente era la única que estaba hablando, dominada por la ansiedad, me pierdo en un tenso silencio.

Bennett me acompaña a la resi, como ya viene siendo costumbre, pero esta vez se detiene delante de las escaleras.

—¿Paloma? No soy el mejor para hablar de... esto. Pero... me... —vuelve a tartamudear; está nervioso.

Sacudo la cabeza.

—Ha sido una tontería. No sé por qué lo he dicho. —Me muerdo el labio mientras la ansiedad me come por dentro—. ¿Podemos olvidarlo y ya?

Él frunce el ceño y sacude la cabeza en una firme negación.

—Por favor —se me escapa antes de que pueda remediarlo.

—Paloma, ¿qué...?

«Lárgate. Tienes que largarte de aquí», me digo a mí misma.

Retrocedo un poco.

—Nos vemos mañana, Bennett.

Hoy me resulta más fácil dejarlo aquí, en las escaleras de la resi. No le doy un beso en la mejilla y aparto la vista de su confundida expresión ante este cambio en nuestra rutina por mi parte. Estoy demasiado centrada en toda la vergüenza que siento y que hace que me sienta incómoda y mugrienta.

Me ducho. Pero, por más que lo haga con agua fría, no consigo dejar de sentirme sucia.

32

Paloma

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

OCTUBRE

Todo vuelve a la normalidad y ninguno de los dos saca el tema de mi desesperada confesión.

Seguimos intercambiando pedacitos de papel, como de costumbre. Él me manda sonetos, romances, villanescas y odas conocidas. Yo respondo con versos libres y poemas líricos; a veces, con letras de canciones a las que añado las claras instrucciones de que primero las trate como un poema y luego las escuche.

Me paso más tiempo buscando los mejores poemas para pasarle a Bennett que haciendo los deberes de la uni.

Halloween cae entre semana, de modo que posponen casi todas las fiestas hasta el finde. He invitado a Bennett con mucha antelación, asegurándome de que se sintiera cómodo pasando esa noche en mi apartamento.

—¿Solo nosotros? —me preguntó mordiéndose el labio, de pie delante de la puerta de nuestra sala de estudio.

—Solo nosotros.

—¿Cuenta como otra cita?

Me reí y asentí. Para mí, cada minuto con él es una cita.

Y, a las seis en punto de la tarde, llama a mi puerta. Mi compañera de habitación se ha marchado antes sin decirme cuándo volvería, cosa que me alegra. No quiero compartir a Bennett con nadie. Quiero tenerlo solo para mí; al menos, por ahora. Aunque esto solo ocurra en mi cabeza.

—Hola, Paloma.

—Hola, Bennett.

Guapísimo, como siempre. Le pedí que se vistiera con ropa cómoda y ha obedecido diligentemente. Lleva una fina camiseta negra de manga larga que se le tensa alrededor de sus anchos hombros con las palabras «Waterfell Hockey» estampadas a la altura del pecho en color azul cielo; al ver los pantalones de chándal grises que se ha puesto, se me hace un poco la boca agua. Parece ir más calentito y cómodo de lo que lo he visto jamás.

Quiero construir un fuerte de almohadas a su alrededor y abrazarnos al lado de una chimenea.

Bennett me estudia despacio con sus claros ojos azules. Voy con una camiseta *oversized* donde pone «H de Halloween» y unos cómodos leggins negros.

Abrirle la puerta de mi habitación me resulta aterrador. Este lugar es mi santuario; el único sitio donde me siento completamente a salvo, con sus paredes azules cubiertas con este tapiz floral y las estrellas fluorescentes que hay en el techo. Una tabla de surf con dibujos multicolores de flores de hibisco cuelga precariamente en una de las paredes, justo encima del escritorio. Pillé unas flores de la floristería de Waterfell cuando ya se estaban marchitando, las colgué bocabajo para que se secaran y ahora forman parte de la decoración

de mi pared. A su lado hay láminas de todos los tamaños, colores y estilos habidos y por haber; algunas las saqué de restaurantes o cafeterías donde las regalaban, y otras las compré en tiendas de segunda mano junto con todo lo demás que tengo en el cuarto, todo cuidadosamente combinado.

Me pasé un poco con la decoración, pero esto fue lo primero que tuve que fuese completamente mío.

De pequeña iba por el camping para caravanas a pedir dulces con los otros niños. Llevé siempre el mismo disfraz, hasta que las mangas del vestido de princesa se me quedaron tan cortas y me apretaban tanto que me dejaron marcas en los brazos. Por más que se lo pidiera, mi madre nunca decoraba la casa para ninguna celebración. Aunque, muchas veces, mamá no sabía ni qué día era.

—He comprado una vela de Halloween —suelto—. Y, eh..., un cojín en forma de fantasma. Quería encontrar una manta, pero...

Dejo la frase a medias y pongo los ojos en blanco más por mí que por él, porque ¿qué diablos le estoy diciendo? ¿«No podía permitírmelo porque ya me he pasado del presupuesto mensual comprando el resto de la decoración»?

Sé que Bennett tiene muchísimo más dinero que yo. Vale, puede que no sepa cuánto más, pero él no tiene que andarse con tanto cuidado en ese sentido.

—Bueno, es... En fin. —Me encojo de hombros y me giro en un círculo cerrado para quedar de cara a él, que sigue de pie al lado de la puerta—. Esta es mi habitación.

Bennett lo estudia absolutamente todo mientras entra en ella. Es como si estuviese viendo una parte de mi alma, adentrándose más de lo que jamás le permití a nadie.

—Me gusta —dice, y sonríe.

—¿Sí?

—Es muy tú —comenta con ternura, afecto—. Deberíamos venir más a menudo.

—Podemos estudiar aquí —respondo un poco demasiado ilusionada—. Si quieres.

Cojo el animal de peluche que tengo en la cama y me planteo tirarlo justo debajo o esconderlo en el armario, pero, para no variar, Bennett ya ha fijado su vista en mí.

—Es, eh...

Intento pensar en una forma más delicada de contarle lo que significa este conejo de peluche para mí. Que era algo que encontré en mi antigua habitación. Que pensé que a lo mejor era un regalo que me había dejado mi padre cuando sabía que no estaría ahí para mí, para que tuviese una parte de él conmigo. Lo más probable era que mi madre lo hubiese encontrado o que se lo hubiese robado a algún otro niño sin querer, pensando que era mío. Pero me costaba deshacerme de esa fantasía.

Al igual que también me cuesta guardar esto, algo que tanto significado tiene para mí, en algún sitio donde quede escondido. Se parece demasiado a cómo he conseguido no perderlo todo estos años.

—El Conejo de Terciopelo —termina de decir Bennett por mí.

Y asiente. Como si verme abrazando un conejo de peluche con todas mis fuerzas por miedo a que fuese a robármelo fuera lo más normal del mundo.

—Ah. Sí, justo. Vaya, eso creo... Lo tengo desde hace muchísimo tiempo.

—Es especial para ti.

Se me pega la lengua al paladar. Me quedo mirando a Bennett mientras se me acerca y coge el peluche, asintiendo en silencio. Deja el conejo al lado del cojín en forma de fantasma que he comprado y luego me tiende la mano.

Acepto el gesto con el corazón en un puño y los ojos húmedos.

—Podemos sentarnos los dos en mi cama, si no te importa.

—Está bien.

Me sigue, deja que me siente primero y luego él hace lo propio. Cuando abro el ordenador para poner pelis de Halloween (nada de miedo), Bennett me mira. Tengo las luces apagadas y solo se aprecia el sutil brillo de mi lámpara y de las estrellas que hay en el techo.

—Me gustaría abrazarte —dice, y los dos nos sonrojamos por igual casi de inmediato—. Si te parece bien.

Asiento.

Nunca nadie me había preguntado si podía tocarme. Simplemente..., lo hacían.

Se le dibuja una sonrisa de oreja a oreja antes de abrazarme y apoyarme del todo contra él. Es la vez que más contacto físico ha habido entre nosotros desde hace bastante tiempo y noto en la espalda el calor que emana de su suave pecho. Me hace pensar en esa noche en el hotel.

Nos acomodamos en mi cama, envueltos con mi manta de color azul, y apoyo la cabeza en su bíceps como si de una almohada se tratara. Vemos *Hocus Pocus* y *Prácticamente magia* del tirón.

—Dos de mis favoritas —le cuento en voz baja.

Cuando vamos por la mitad de la segunda película, ya casi no puedo soportarlo. Tiro un poco más de su brazo y me acurruco aún

más en él. Bennett me ha ido dejando algún que otro beso en el pelo e incluso se ha atrevido a tocarme la frente. Sin embargo, estoy empezando a desesperarme porque quiero más.

Estoy superinquieta.

—¿Bennett?

—Dime.

Trago saliva con fuerza y me giro para mirarlo, apoyando el cuello en su ancho bíceps. Él se yergue un poco para mirarme a los ojos.

—¿Me besas? —Me toco los labios con los dedos, distraídamente —. ¿Aquí?

Se le escapa un pesado suspiro y noto su aliento, fresco y mentolado.

—Desde ese día en la piscina, solo puedo pensar en eso, P.

A duras penas me da tiempo a exhalar de alivio, porque enseguida noto sus labios sobre los míos, casi con demasiada rudeza pero con suma perfección. Le devuelvo el beso enseguida, agarrándome a las sábanas para no cogerlo por el pelo.

Respiro casi demasiado fuerte en comparación con «Crystal», la canción de Stevie Nicks que suena a través de los altavoces de mi ordenador.

A pesar de que sigue a mi lado, tengo los labios de Bennett sobre los míos y a él cernido un poco encima de mí. Quiero pedirle que ejerza presión con todo su cuerpo contra el mío, que deje que me sienta totalmente resguardada y absorbida por él. Como si pudiese esconderme en sus brazos e impregnarme de su relajante calidez para siempre.

Aquí estoy a salvo. No quiero marcharme nunca.

Sus besos son medidos, cuidadosos. Con una lentitud que nunca dominaré, alarga la mano y me la coloca en la nuca para levantarme el cuello hacia él. Me sujeta con ambas manos, envolviéndome con la otra para abrazarme por detrás de la espalda y acercarme más.

Cuando nos separamos para tomar aire, Bennett descansa su boca en mi cuello y cierra los puños sin soltarme. Ahora, quien respira con pesadez es él, con una aspereza que me lleva a encoger los dedos de los pies antes de que se separe y me dé un beso en la mejilla.

—¿Ha estado bien?

Me muerdo el labio y asiento efusivamente. Bennett sonríe, saciado y satisfecho; no sé si con él mismo o conmigo. Qué importa.

Cuando intento volver a la misma posición de antes, se mueve para tumbarme por completo contra él, apoyándome la cabeza en su pecho y pasándose una de mis piernas por encima de los muslos. Me acaricia el pelo con la mano, masajeándome la nuca cada pocos minutos antes de recorrerme la espalda.

Me quedo dormida mucho antes de lo que habría querido.

Al cabo de unas horas me despierta el sutil y silencioso sonido de la puerta al cerrarse.

A mi lado encuentro el trozo de papel de una libreta y, en este, un poema: «En algún lugar al que nunca he viajado», de E. E. Cummings; uno de mis favoritos. Sé que Bennett lo sabe. Sé que ha escogido este poema con la misma cuidadosa intencionalidad con la que lo hace todo.

Por no hablar de que lo ha escrito a mano, de memoria, y ha añadido anotaciones.

Al final, ha subrayado toda la última estrofa y ha escrito la expresión «en ti» con su perfecta caligrafía.

Y, al final de todo, un simple comentario:

Hablar nunca ha sido mi fuerte,
pero me importas muchísimo.

Bennett

Una parte de mí quiere guardar esta nota en la delicada y gastada caja de zapatos donde conservo cada poema y nota que me ha regalado. Pero no soporto no verla, así que la dejo en la mesita de noche y pongo mi nueva vela justo encima, para alisar los bordes doblados.

Y vuelvo a quedarme dormida con solo mirarla.

33

Paloma

PRESENTE

Sigo con la vista clavada en la nota de papel doblada que se me ha caído de la mochila por un nuevo agujero que tendré que remendar pronto. Me da otro vuelco el corazón al darme cuenta de lo fácil que habría sido no darme cuenta de que se había salido de su refugio habitual.

Ahora, el papel en cuestión parece mirarme desde el asiento del copiloto, provocándome con esa esquina doblada a través de la cual puedo atisbar el principio de «En algún lugar al que nunca he viajado», atormentándome y burlándose de mí en igual medida.

Me reacomodo en el asiento e intento sacarme esa ridícula y absurda idea de la cabeza. Sin embargo, las ganas que tengo de verlo son tales que me resulta imposible ignorarlas.

No hemos hablado desde esa noche en su habitación de hotel. Cuando vi a Bennett subirse al bus, tenía demasiado miedo de mirarlo a los ojos y me quedé sentada al lado del entrenador Harris, tomando notas. Pero sí noté cómo me miraba él. Y, desde entonces, no lo he visto ni de pasada ni en los entrenos, porque me he pasado la semana entera con el equipo de patinaje en pareja.

Hasta hoy, cuando la ansiedad que me provoca el receloso sentimiento de no verlo ha amenazado con comerme viva.

No quitarme el bañador mojado ha sido una estupidez. Por más que vaya con manga larga y pantalones de chándal, el viento de febrero amenaza con helarme mientras salto del coche. Pero es que no me gusta ducharme en público.

Como tampoco me gustan los recuerdos que me traen los vestuarios de la piscina. Mi bañador mojado, pegado a las curvas de mi cuerpo, y yo abierta de piernas por encima de su amplio muslo, aunque él siguiera con los pantalones de chándal.

—Muévete como te movías en el agua —me susurra con la boca pegada a mi cuello. Me clava los dientes en el hombro y un grave gruñido retumba por los azulejos—. Necesito que sigas por mí. Necesito ver cómo te corres.

»*Necesito tenerte así, conmigo. ¿Confías en mí?*

»*Deja que te abrace. Justo así, amor. Qué buena eres conmigo*...

Sacudo la cabeza para deshacerme de esa cálida y profunda voz que empieza a avivarme el cuerpo. Me pongo la capucha de la chaqueta, que llevo desabrochada.

Intento llamar; primero, dubitativa y, luego, tras juntar un poco de valentía, con insistencia. Tras un largo silencio, tan largo que incluso me alejo, dispuesta a marcharme, oigo el ladrido de un perro, se abre la puerta y me encuentro con Bennett Reiner medio apoyado contra el marco.

Ancho y musculoso, pero con una complexión suave y acogedora que los demás chicos del equipo no tienen. Bennett es altísimo, tiene

el torso y los pectorales grandes, como los brazos. Noto sus castaños rizos más rebeldes que de costumbre; le caen por encima de la cara mientras me estudia con expresión soñolienta.

Es tan guapo que duele.

—Has vuelto a nadar —comenta, desviando la vista hacia mi mojada trenza y la oscura marca del bañador, húmedo, que se atisba debajo de mi camiseta.

Al oír sus palabras, los pedazos de mi corazón que cosí como buenamente pude vuelven a romperse.

—Me... Pues... Sí. —Asiento—. Me ha venido bien.

El silencio que se abre paso entre nosotros no es relajante, sino tenso. Sobre todo, para mí. Empiezo a retroceder. «Esto ha sido una mala idea».

Bennett alarga el brazo de golpe y me agarra por la cintura para acercarme a él. Siete, sentado en lo alto de las escaleras, alza la vista; a continuación, se levanta más ilusionado y viene corriendo torpemente hacia mí.

—Hey —sonrío. Mientras le acaricio el pelaje, le digo en voz baja y dulce—: Yo también te echaba de menos, S.

—¿Qué...? —Bennett tose con fuerza y se sube el cuello de la camiseta hasta la boca. Carraspea, pero le noto la voz áspera y gastada—. ¿Cómo es que has venido?

Se inclina hacia mí, levanta la mano (como si se hallase envuelto por una neblina) y me estudia como si yo fuera fruto de su imaginación.

—Ah, eh... —Trago saliva como si fuera a servirme de algo—. He venido a verte a ti, pero... —Se me escapa una extraña sonrisa de los labios y me arde la cara—. Lo... lo siento.

—No. Espera. —Se aclara la voz, algo ronca, y da un paso hacia atrás, separándose de mí.

Vuelvo a estudiarlo con la mirada. Está empapado en sudor, sus ojos azul océano están entrecerrados, la piel de alrededor enrojecida y tiene una postura encorvada.

—Ay, Dios. Bennett, ¿estás enfermo? —le pregunto acercándome de nuevo a él por puro instinto.

Él intenta retroceder, como si tuviera la peste y le aterrase contagiarme.

—Sí... —dice, cerrando los ojos y exhalando con fuerza con su amplio pecho—. Igual deberías irte. Me he tomado algo y creo que estoy sufriendo alucinaciones.

Parece que esté a punto de quedarse frito aquí mismo, medio apoyado contra la pared de la entrada. Me muerdo el labio para contener la sonrisa que amenaza con dibujárseme. Parece un niño.

—¿Puedo ayudarte a subir a la habitación? Tienes que dormir.

—Tú siempre estás en mi habitación, P. —dice casi farfullando.

Me acerco a él y le paso una mano por su ancha cintura. No deja caer todo su peso en mí ni siquiera en este estado, medio delirante por lo que se ha tomado para el resfriado. Es como si, incluso estando así, Bennett fuera consciente de su tamaño y su estatura.

Lo ayudo y subimos las escaleras hacia el cuarto.

Como si de una pared se tratara, me doy de bruces con ese olor; el aroma me asalta los sentidos. Bergamota, pino y algo un poco más delicado, como unas sábanas cálidas y recién lavadas. Huele a hogar.

Con cuidado, aparto la colcha, que tiene metida por ambos lados de la cama. Bennett me estudia con los ojos aún entrecerrados, pero

con los hombros algo más relajados. No está tan tenso como lo estaría al dejar que otra persona llevase a cabo uno de sus rituales por él.

—Métete dentro, amor.

Esa palabra tan familiar se me escapa de la boca.

Sonríe, soñoliento y saciado, y yo soy incapaz de preocuparme por haber cruzado ese límite.

Al pasar, me roza las caderas con los dedos, antes de tumbarse y cubrirse con las sábanas y el edredón. Se quita la camiseta, empapada en sudor, y deja a la vista la cálida y sonrosada piel de su torso. Ocupa gran parte de la cama al reposar su pesado y exhausto cuerpo antes de que me dé tiempo a apagar la lámpara de la mesita de noche.

—Quédate, P. —me pide en un susurro casi inaudible. Tiene las persianas totalmente bajadas, de modo que una placentera oscuridad envuelve la habitación—. Por favor.

Me siento como si alguien estuviese tirando de mi corazón. Y como si este estuviese intentando salirme disparado del pecho e ir directo hacia él, a quien siempre ha pertenecido.

Ver a Bennett así es extraño; este fuerte pilar que suele ser debilitado por una enfermedad. Y, conociéndolo, estoy segura de que esto le está dando un montón de ansiedad, porque no puede seguir con sus rutinas y rituales como de costumbre.

Quiero cuidarlo. Deseo hacer por él lo que él haría por mí, a pesar de que no me lo haya pedido en ningún momento.

—Cuando despiertes, aquí estaré.

34

Bennet

PRESENTE

La luz se cuela a través de las persianas, sutilmente abiertas.

Y no oigo a Siete.

Me levanto y alzo una mano para frotarme la cabeza. Es como si me la estuviesen aporreando.

Me yergo y salgo de la cama, resistiéndome a la apremiante necesidad de ducharme ya. Primero tengo que ver dónde narices se ha metido Siete; estoy demasiado inquieto por él como para preocuparme por si apesto... A pesar de que tengo el pantalón del pijama empapadísimo de sudor y, a juzgar por cómo se me pega, diría que me están clavando dagas en la piel.

—¿Siete? —lo llamo, bajando los últimos peldaños con dificultad.

Oigo el caminar de sus patas y unos pasos humanos. Me giro y...

Aquí está.

Paloma.

Atraviesa la puerta como el agua que le empapa el cuerpo le atraviesa la ropa. Lleva el bañador y unos pantalones de chándal que le cubren de cintura para abajo, aunque también están empapados y se le pegan a todas las curvas del cuerpo. Su oscura

melena rubia gotea sobre el suelo de la cocina y le envuelve la cara, sin maquillaje, y los labios, que no para de morderse.

La chica a la que he querido desde el primer momento en que abrió la boca (por más que en ese instante todavía no me diese cuenta) está en mi casa.

—Has vuelto a nadar.

Es todo cuanto se me ocurre decir, por más que me fustigue por ello de inmediato. «Una observación no cuenta como saludo».

—Me... Pues... Sí. —Asiente y se menea un poco para sacudirse el agua tal y como lo hace Siete después de que lo bañe. Mi perro, que está igual de empapado que Paloma, la imita—. Eso mismo me dijiste ayer.

Al pronunciar esas palabras, se le dibuja una sutil sonrisa a la que yo quiero aferrarme con ambas manos.

—Ya... —Me froto mi incipiente barba y me doy cuenta de lo mucho que hace que no me afeito—. Estaba un poco...

—¿Desubicado? —bromea—. ¿Colocado a base de medicinas?

—Sí —asiento ruborizado.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí.

Otro incómodo silencio vuelve a abrirse paso entre nosotros hasta que me aturullo un poco con solo pensar en qué decir a continuación.

—Perdona —suelta ella—. No debería haberme quedado contigo toda la noche. —Al oírla decir eso, se me encoge el pecho. «¿Se ha quedado toda la noche conmigo? ¿En mi habitación?»—. Es que... No vino nadie. No sabía si habías sacado a Siete a pasear o si le

habías dado de comer, y tampoco quise dejarte solo estando enfermo. Solo me...

Parece agotada.

El millón de preguntas que tengo en la punta de la lengua sufren una muerte súbita. Me aterra decir algo que haga que Paloma vuelva a salir por patas, asustada y nerviosa.

—¿Cuándo volviste a nadar?

No es lo que ella espera que diga y puede que tampoco sea la pregunta que yo tenía previsto hacerle, pero, por algún motivo, me parece que es la más importante de todas.

—Pues... Este semestre.

Quiero hacerle más preguntas, enterarme de todo lo que me he perdido. Nos hemos pasado el semestre esquivándonos mutuamente, y ella no me ha pedido ayuda ni una sola vez; no me ha llamado para que «la acompañara a casa».

Pero ha vuelto a nadar. Y eso es... Lo es todo.

Para Paloma, el agua tiene algo de curativo. Es la razón por la cual me tomaba el tiempo de prepararle bañeras; la razón por la cual instalé esta ducha con efecto lluvia absurdamente cara; la razón por la cual me quedaba sentado en una piscina vacía a altas horas de la noche, vulnerando varias normas universitarias; la razón por la cual apechugué con lo mucho que me molestaba que se me pegaran los calcetines y la ropa mojados, porque ver la piel de Paloma bajo la lluvia es como estar delante de algo celestial.

Ella nació para estar en el agua o, al menos, cerca de ella. Ver cómo se privaba a sí misma de ello me partía el corazón. Sin embargo, ¿saber que ahora ha vuelto a nadar? ¿Que se está curando?

No puedo contenerme. Sonrío.

Siete echa a andar de nuevo y frota su mojada cabeza contra los pantalones de chándal de Paloma, que están igual de empapados, a la altura del muslo. Y levanta la vista hacia ella, como si hubiese colgado la Luna en el cielo.

Supongo que yo la miro igual.

—¿Has bañado a mi perro?

Paloma se sonroja y baja la vista hacia Siete, mojado, a sus pies.

—Sí. Eh... Siete ha vomitado. No sé por qué, pero se ha vomitado encima. He fregado y lo he bañado. —Se tira de un mechón de pelo rubio y levanta la vista hacia mí para mirarme a través de las pestañas—. Solo quería ayudar. Como no te encontrabas bien... Además, sabía que todo este desastre te... molestaría.

Esa última palabra queda colgando en el aire que nos separa, vulnerable y apacible.

—¿Puedo prepararte algo? —Cierro los ojos con fuerza y sacudo la cabeza—. O sea... ¿Tienes hambre?

—Muchísima.

Paloma titubea un segundo; yo también. La necesidad que siento de guiarla como de costumbre se enfrenta a la incertidumbre del momento. ¿Qué somos? ¿Cómo hemos de comportarnos, a plena luz del día, viviendo algo que nunca he tenido pero siempre he querido tener con ella?

Me arriesgo.

—¿Por qué no subes y te duchas?

Paloma se sonroja aún más. Intento no darle demasiadas vueltas a qué estará pensando.

—No he traído nada para cambiarme. Ni siquiera tengo mi...

—No pasa nada, P. —la corto con delicadeza—. Ya te presto yo algo.



Intento darle el tiempo suficiente para que se meta en la ducha antes de subir, entrar en mi habitación y pillar una sudadera con la manga mordida y unos pantalones de chándal que Paloma ya ha usado en otras ocasiones.

Justo cuando decido dejarlo todo sobre la cama, en lugar de invadir su espacio y dejárselo en el lavamanos, abre la puerta.

Al verla, envuelta con una toalla, con los hombros al descubierto y la piel mojada y sonrojada por el calor de la ducha, me da un vuelco el corazón. Me doy con la pata de metal de la cama en la espinilla y casi me caigo mientras aparto la mirada.

—Perdona —farfullo—. Lo siento... No quería...

—No pasa nada, Bennett —responde—. No es nada que no hayas visto antes.

Está bromeando para disipar un poco de tensión. Sin embargo, a mí me sienta como una puñaladita en el corazón porque, para mí, no es ninguna broma. Da igual que ya la haya visto desnuda antes; su cuerpo es suyo.

«¿Por qué le cuesta tanto entenderlo?».

Me aterra reconocer que ya sé la respuesta. Aun así, me mantengo de espaldas a ella.

—Voy a prepararte el desayuno. Tortitas y una tortilla. Con fruta y patatas.

—No hace falta que prepares tanta cosa, Bennett —responde en un susurro—. Pero gracias.

Como decirle «Te prepararé todo lo que pueda porque vivo con el miedo constante de que no comas suficiente» me parece demasiado, guardo silencio. Aunque le he metido unas cuantas barritas proteicas y algunos de los yogures infantiles que le gustan en la mochila. Por si acaso.

—Te espero en la cocina —digo al salir.

Cierro la puerta antes de que le dé tiempo a contestar nada.

35

Paloma

PRESENTE

Estar sentada en la encimera me parece surrealista, aunque no más que volver a ver a Bennett Reiner preparándome algo de comer.

Se mueve por la cocina como si fuese una muestra de expresión artística.

Una vez le pregunté si quería ser chef, pero me dijo que no. Con la ansiedad que tiene, me contó, le resultaría imposible aguantar el ambiente que se respira en la mayoría de las cocinas, pero que cocinar era una forma de expresar nuestro amor por los demás sin necesidad de palabras.

—Me... me han echado de la resi.

Detiene el rítmico y relajante sonido de su cuchillo contra la tabla de madera y levanta sus centellantes ojos azules hacia mí.

—¿Ha pasado algo? —se interesa, y acto seguido añade—: ¿Por qué no me llamaste?

Odio que lo primero que le pase por la cabeza sea que solo lo llamaría si me pasara algo malo o si me hiciese daño. Pero quien hizo que nuestra relación tomase este rumbo fui yo. Bennett se pasó seis meses estudiándome, abriéndose conmigo, suplicándome que

confiara en él de la misma forma en la que él confiaba en mí, queriéndome... Y yo lo eché todo a perder.

Y ahora sigo sintiéndome mal. Por estar aquí. Porque no merezco su amor incondicional.

Lo veo incluso ahora. Bennett me quiere. No ha escondido lo que siente por mí en ningún momento. Sin embargo, continúa pareciéndome algo muy lejano; como si ya nunca pudiese volver a tenerlo.

—No ha pasado nada —lo tranquilizo—. Mi compañera de piso era... horrible. —Exhalo—. De hecho, llamé a Sadie —le digo, hundiendo una fresa en el sirope—. Es que fue... demasiado.

Asiente, pero veo cómo disimula la mueca que casi se le dibuja en el rostro por cómo frunce el ceño. Sigue cortando, pero esta vez lo hace de forma más indecisa e inconsistente.

—¿Bennett? —Me mira—. Sé que te preocupas por mí y... Y sé que habrías venido a ayudarme si te lo hubiese pedido. Si te hubiese llamado. Pero necesitaba hacer esto sin ti.

Se detiene en el acto, baja las manos, las apoya en la encimera y agacha la cabeza hasta dejarla por debajo de sus anchos hombros.

—No lo hagas, P. —me suplica en un susurro prácticamente inaudible. Le tiemblan los hombros—. Quiero estar ahí para ti. Me... Necesito poder...

—Ya lo sé —le corto, y me apresuro a cerrar los ojos, pero oír su dolor, por sutil que sea, hace que me sienta como si me aplastara un peso enorme—. Bennett, no te pido que... No digo que no estés ahí para mí. Lo estás. Siempre estás.

—Entonces, ¿por qué no me llamaste? —pregunta girándose hacia mí.

Irradia dolor.

Inhalo despacio y, con voz firme, respondo:

—Porque me he pasado los últimos tres años utilizándote —aclaro enfatizando la última palabra—. Y sé... sé que a ti eso no te molesta, pero debería.

—Paloma, te... —deja la frase a medias y aprieta los puños a los lados.

Oigo las palabras que está callando. «Te quiero. Te quiero».

No hace falta que lo diga; lo sé perfectamente. Bennett no ha dejado que dudara ni un segundo de sus sentimientos; nunca se ha callado esas palabras conmigo. A diferencia de mí, que sí se las he escondido a él.

—Ya lo sé —repito—. Pero algo sí querría pedirte.

Se relaja muy discretamente y se cruza de brazos. Asiente para que yo continúe.

—No sé cómo pedírtelo y no hace falta que me respondas ahora mismo, en serio. Pero... me gustaría que pudiéramos empezar de cero. Como amigos.

Lo he pillado desprevenido, lo veo. Bennett abre los ojos como platos, con una expresión inusualmente enérgica.

—¿Amigos?

Cuando él la pronuncia, esa palabra suena extraña. Parece incrédulo y entrecierra los ojos, como si estuviese acordándose de lo del fin de semana pasado en su habitación de hotel.

«No. Me encantaría poder meterte en la ducha conmigo y suplicarte que me laves el pelo para así poder pedirte perdón y explicarte por qué nos he hecho daño a ambos: para no hacerte pasar por algo que estaba convencida que sería peor. Algo que,

cuando teníamos dieciocho años, me aterraba; aunque ahora creo que podría enfrentarme a ello».

«Siento no haber sido más valiente por ti».

«Te quiero. Nunca he dejado de quererte».

He aquí lo que quiero decirle.

Pero, en lugar de eso, asiento y contesto:

—Sí. Amigos. Estoy haciendo... borrón y cuenta nueva. —Noto a Alessia Baudelaire poniendo los ojos en blanco desde aquí y yo hago lo mismo internamente, porque acabo de soltar un cliché descomunal—. Quiero un cambio. Sobre todo, entre nosotros.

Bennett se limita a asentir con la vista puesta en mí y una dócil y tranquilizadora sonrisa en los labios. Como si no las tuviera todas consigo, pero estuviese orgulloso de mí.

—De acuerdo, Paloma. Amigos.

36

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

NOVIEMBRE

El fin de semana, me quedo a dormir en la resi de Paloma. Cuando Freddy y Rhys me invitan a la fiesta de Halloween, les miento y les digo que me encuentro mal, para luego escabullirme con Siete.

Meterlo en la resi sin que nadie se entere ya es harina de otro costal. Sin embargo, ver a mi perro acurrucado en la cama con ella, mientras yo traigo la comida que he calentado en la suerte de cocina que tiene, vale la pena.

Siete siempre se sienta entre nosotros dos o se medio apoya en la pierna o en el brazo de Paloma; reposa parte de su peso en ella, al igual que hace conmigo cuando me puede la ansiedad. Pero Paloma está sonriendo, feliz, de modo que supongo que Siete estará así con ella porque le cae bien y no porque se me esté pasando algo por alto.

De todos modos, la preocupación y la ansiedad que siento por ella continúa echando raíces en mi interior.

—Qué rico —dice Paloma casi gimiendo mientras se come el chili que preparé ayer.

También les di a Rhys y Freddy, pero les mentí y les dije que no había preparado tanto como de costumbre para evitar que se pusieran las botas. Y reservé el resto para Paloma.

—Me alegro de que te guste —respondo.

Ella trata todas y cada una de las cenas que le preparo como si fueran platos de algún restaurante con estrella Michelin. Verla comiendo y disfrutando de algo que he cocinado yo me llena de una calidez que consigue disipar la preocupación que me invade cada vez que abro su nevera, tan vacía.

—Quédate lo que queda en el táper. —Dejo mi bol en el escritorio que Paloma usa a modo de mesita de noche—. Debería aguantar hasta el martes, o sea, que si no te importa comer lo mismo durante varios días...

—No me importa. Aunque a lo mejor mañana ya me lo he zampado todo.

Me da un vuelco el estómago.

—Puedo traerte más...

—Era broma —me corta con ternura, apoyándome una mano en el muslo, con firmeza—. Hay suficiente para alimentar a tres chicas como yo durante días.

El silencio se abre paso entre nosotros mientras se termina la comida y deja el bol sobre el mío. Luego levanta la vista hacia mí y me mira a través de las pestañas.

—Siempre me das de comer.

—Porque me gusta.

Es mejor respuesta que decir: «Me obsesiona pensar que pasas hambre. Creo que ha ocurrido en algún momento de tu vida. Y me

preocupa que siga siendo el caso. A veces, me preocupo tanto que no puedo dormir».

En lugar de decir nada de eso, le sonrío, alargo el brazo para tocarle el pelo con ternura y me envuelvo un mechón alrededor del dedo antes de colocárselo detrás de la oreja. Tiene el pelo suave y sedoso, y mi obsesión por su melena no hace sino aumentar.

—¿Es tu color natural?

Se sonroja y me aparta la mirada. Creo que la he cagado.

—¿No debería habértelo preguntado? Lo sien...

—No, no. No pasa nada —responde, a pesar de que yo estoy casi convencido de que sí pasa—. Es... muy parecido. Soy rubia; este tono es solo un poco más oscuro.

Asiento. Parece sorprendida de que no le haga más preguntas.

—¿Te gusta? —quiere saber.

La pregunta en sí me resulta sorprendente porque Paloma es apabullantemente hermosa. Al principio, me abrumaba.

Nunca me había atraído nadie hasta entonces. A partir de los estándares típicos y las conversaciones que se daban en los vestuarios, era capaz de reconocer, de forma objetiva, quién era guapo y quién no.

También soy consciente de que hay chicas que me encuentran atractivo a mí, ya sea por mi altura, ya sea porque estoy en el equipo de hockey. Sin embargo, no tengo la misma constitución que mis compañeros de equipo; nunca la he tenido. Siempre he sido más ancho y menos fibrado que ellos. No me importaba.

No obstante, al ver cómo suelen mirar los demás a Paloma, siendo consciente de que literalmente todo el mundo la encuentra atractiva como la que más..., algo parecido a una nauseabunda mezcla de

miedo y ansiedad se abre paso en mi interior. Soy incapaz de distinguir los celos de mi actitud protectora.

Sé que, si Paloma pasara algo de tiempo de verdad con el equipo, en lugar de ponerse a hacer la colada en una sala distinta e ir llevando el material a los trasteros, la cosa sería distinta. Porque, desde un punto de vista físico, ella es exactamente la chica por la que babearían la mayoría de los tíos.

Quiero que siga siendo mía y solo mía. Al menos, un poquito más.

—Me... me encanta —digo, siendo un poco más atrevido—. Me encanta tu pelo, Paloma.

«¿Puedo lavártelo? ¿Y cepillártelo? ¿Puedo hacerte una trenza y cuidártelo y no dejar que nadie más te lo toque?».

Me callo todos estos pensamientos obsesivos que me invaden. Ni siquiera he sido capaz de reconocerlos ante mi psicóloga.

Paloma me sonríe y se impulsa sobre mis muslos para darme un beso en los labios.

Me deja jugar con su pelo toda la noche mientras, poco a poco, se queda dormida en mi pecho.



Hoy, la piscina está relativamente llena; todo el mundo ha decidido ponerse en modo activo un sábado por la mañana. Sin embargo, encuentro a Paloma enseguida. Ya ha terminado de nadar y se ha envuelto el cuerpo con una toalla, cual columna. Me acerco mientras ella se escurre el pelo.

—Hey. —Me sonríe. Al verme, le centellea la mirada, ilusionada. Eso tiene un efecto embriagador en mí—. ¿Qué haces tú aquí?

Carraspeo y me llevo las manos a la espalda.

—Quería saber si te apetecería tener otra cita conmigo. Esta tarde. —Clavo la vista en mis pies—. Nada de café.

—¿Para cenar? —me pregunta, y espera, paciente, mientras trago saliva y asiento—. Genial. ¿A qué hora quieres que quedemos?

—Te... A las seis y media. Así nos da tiempo a llegar al restaurante a las siete.

Sonríe con sus carnosos labios enrojecidos, como si acabase de mordérselos. A veces, cuando la beso con más ganas (que es como prefiero hacerlo, aunque sea un secreto), se le quedan justo así.

—Perfecto, Bennett.

Eso mismo pienso yo. Hasta esta misma tarde a las seis cuarenta y cinco, cuando estoy metido en mi coche; la ansiedad es tal que soy incapaz de arrancar. Hambriento y preso del pánico, vuelvo a mirar la hora y me paralizo todavía más, si es que era posible, porque llego tarde a recogerla y no estoy siguiendo el estructurado plan que había trazado.

—Puedes cancelar la cita —me susurro con aspereza a mí mismo, pegando un manotazo contra el volante—. Paloma no se enfadará.

Es lo más fácil. Volveré a intentarlo cuando no me sienta tan aterrado.

Pero es que... No quiero cancelar la cita. Estoy desesperado por verla.

Me suena el móvil. El sonido irrumpe con fuerza contra el silencio que me envuelve en el coche. Se me revuelve el estómago, dejo que el aparato siga sonando y respondo justo antes de que salte el buzón.

—Hey, ¿Bennett? —pregunta ella con un tono dulce y calmado.

Tengo la garganta tan seca que no puedo ni hablar. Ya ni siquiera soy consciente de cuánto tiempo llevo aquí sentado.

—Soy Paloma —prosigue.

Está un poco dolida; se lo noto en la voz. Veo mi ansiedad en ella, que adopta un tono más callado al ver que no contesto.

—Ho-hola —consigo decir—. L-lo siento...

—¿Estás bien? —pregunta sin titubear lo más mínimo.

Las lágrimas se me amontonan en los ojos y me siento estúpido y tan absurdo que incluso me duele.

—No.

—¿Dónde estás? —Oigo algo de ruido y, acto seguido, un portazo —. ¿En tu casa?

—Sí —respondo—. En el coche.

Cada una de las palabras que consigo decir me suenan medio estranguladas.

—Vale. No te muevas de ahí.

Paloma cuelga, pero yo no me aparto el teléfono de la oreja. Como si, en el caso de prestar más atención, fuese a oír su respiración. El suave roce de su pelo contra el altavoz. Cualquier cosa que me fuera a devolverme a la realidad.

«Céntrate. Piensa en la lista:

»1. Ve a su resi, camina hacia su puerta y llama.

»2. Dile que está muy guapa.

»3. Cógele la mano y ábrele la puerta del coche».

Pego otro manotazo al volante y un extraño dolor me come por dentro. Ni siquiera he podido llevar a cabo el primer paso porque algo en mi rutina ha salido mal; ahora se irá toda la noche al traste.

Tengo que volver a llamarla. He de cancelar la cita y decirle que podemos posponerla hasta el próximo fin de semana, que será mejor porque...

Oigo que llaman a mi ventanilla. Me sobresalto y se me cae el móvil al suelo.

Ya ha oscurecido, pero las distintas farolas de la calle iluminan a Paloma, que está al lado de mi coche. A falta de luz, su largo y ondulado pelo parece más oscuro. Se ha maquillado (creo que nunca la había visto maquillada) y está deslumbrante.

Tanto que casi la tiro al intentar abrir la puerta sin reparar en cómo llevo la ropa ni en que sigo con los ojos húmedos.

—Hey —exhalo, inclinándome hacia ella sin acabar de salir del todo del coche.

Paloma lleva una falda larga de color blanco con un estampado floral y un cárdigan azul marino. Lo ha combinado todo con unas botas de tacón que sobresalen un poco por debajo del dobladillo de la falda.

—Estás guapísima —le digo atropelladamente.

Frunce el ceño y a mí me da un vuelco el corazón. «¿Por qué nada me sale bien?».

Trato de imaginarme lo que debe de estar viendo ella: mi ropa, arrugada y empapada en sudor; los ojos rojos y llenos de lágrimas y la tez pálida. No es precisamente la imagen que quiero que tenga de mí. Cierro los ojos con fuerza, desesperado por hacer que pare todo esto, por volver atrás en el tiempo y ser solo lo bastante normal por una maldita noche.

—Bennett... —me dice, en lo que suena más bien como una súplica—. ¿Qué ha pasado? ¿Cuánto...? ¿Cuánto tiempo llevas aquí

fuera?

—No mucho. —Sacudo la cabeza—. ¿Qué hora es?

Sus ojos son como dos enormes y tristes pozos color caoba.

—Casi las ocho.

La cabeza me da vueltas y me paso las manos por los rizos. Antes iba bien peinado, pero ahora seguro que parece que me haya anidado un pájaro encima.

—Lo siento —suelto, negando sin cesar con la cabeza—. No debería de haber...

—Hey —susurra ella, que, de repente, está más cerca de mí.

Su aroma me inunda las fosas nasales y la boca, acallando las disculpas que tenía en la punta de la lengua. Levanta los brazos, me envuelve los hombros, se empotra contra mí con fuerza y cuela un pie entre mis piernas para apoyarse en la cabina del coche.

—¿Puedo...?

No le da tiempo a terminar la pregunta porque la acerco y la abrazo con fuerza. Lo necesito. Sigo temblando. Me debato entre darle una explicación y simplemente dejar que Paloma me reconforte, lo cual no hace sino agobiarme todavía más.

Ella me susurra al oído, agarrándome con fuerza, en lugar de intentar acariciarme con ternura. Y es que ahora ya me conoce. Paloma se ha tomado el tiempo de entender qué necesito, qué es lo que me calma.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

Su voz suena amortiguada porque tiene la cara pegada al cuello de mi camisa de franela.

—No lo sé —miento, aunque empiezo a balbucear enseguida—: Es... Tenía el plan perfecto. Pero me ha pasado algo con Siete. Ha...

Hoy ha llovido y al entrar lo ha manchado todo de barro y no me he dado cuenta hasta más tarde. Y cuando he terminado de fregarlo todo ya iba tarde y he tenido que apresurarme y tal y luego he...

—¿Entrado en bucle?

Asiento.

—Vale. —Se separa de mí y noto esa pérdida de contacto casi de inmediato—. Pensemos en otro plan.

Frunzo el ceño y empiezo a negar con la cabeza.

—Es... Todavía podemos ir a...

—¿Y si probamos algo más tranquilo?

—No quiero decepcionarte —le digo.

Esas palabras, tan crudas y vulnerables, me duelen.

A Paloma se le relaja la expresión y estira el brazo para cogerme la mano.

—Nunca podrías decepcionarme. Confía en mí, Bennett, por favor. Solo quiero pasar tiempo contigo.

37

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

NOVIEMBRE

Al cabo de una media hora, nos encontramos en el exterior de ese edificio de piedra rojiza de Beacon Hill.

Siempre me ha encantado la casa de mi padre; por la calidez de su exterior de ladrillos rojos y la vivacidad de su interior, todo de muy buen gusto. Es una casa histórica que heredó de la familia paterna; una de las muchas propiedades familiares de los Reiner.

La historia familiar se remonta a décadas de inversión, propietarios de equipos deportivos gigantescos y un importante fabricante privado, aunque empezó alrededor de la década de 1880 con un éxito colosal en negocios mineros. Y los Reiner siempre han tenido hijos. Jonathan Reiner, mi abuelo, tuvo tres: Jacob, Jonathan y Adam, mi padre.

Técnicamente, llegados a este punto, a nadie de la familia le hacía falta trabajar para poder vivir. Sin embargo, mi tío Jacob se metió en el negocio familiar de la banca de inversión. Mi padre jugó un año en la NHL; cuando se lesionó, siguió estudiando Derecho y enseguida abrió su prestigioso bufete de abogados. El único que se rebeló

contra las normas de la familia Reiner y dejó de aparecer en todas las fotos familiares fue Jacob.

Gran parte de mi familia es, por lo general, fría y distante. Menos mi padre; él nunca lo ha sido.

—Te... —Paloma deja la frase a medias y se aclara la voz—. ¿Esta es tu casa?

—La de mi padre. —Asiento y me froto la nuca, un poco cohibido —. Es... Viene de una familia adinerada, de varias generaciones.

—No, si ya. —Suelta, colocándose a mi lado y estudiando el exterior de ladrillos cubiertos de hiedra—. No hace falta que lo jures.

Busco las llaves. Sin embargo, antes de que pueda meterlas en el cerrojo, la puerta se abre.

Mi padre aparece en el umbral. Todavía va con el traje puesto, aunque no lleva la americana y tiene la camisa arremangada.

—¿Bennett?

Al oír su tono de voz, casi me atraganto con mi propia saliva.

—Perdona. No he llamado. Es que pensaba que...

—No, no. No pasa nada. Me alegro de verte.

Me abraza con firmeza, se separa y desvía la vista hacia Paloma, que sigue en la entrada, con Siete sentado a sus pies. Quien ha sugerido que lo trajésemos ha sido ella.

—Te presento a Paloma. Hemos... Le voy a preparar algo para cenar, si no te importa.

A mi padre se le ilumina la mirada; los nervios que había entrevisto en su rostro desaparecen para dar paso a una sonrisa.

—Claro, por supuesto. Tú enséñale la casa. Si me necesitas, estaré en el despacho, ¿de acuerdo? —Sonríe educadamente a mi

cita y, al alejarse de la puerta, añade—: Encantado de conocerte, Paloma.

En el caso de que ella le responda algo, no lo oigo. Estoy demasiado ocupado pensando en si primero debería enseñarle la casa o prepararle algo de comer.

No obstante, como soy consciente de que no podré concentrarme en nada hasta que Paloma haya comido, la guío hacia la cocina.

Ella me sigue por el largo pasillo y solo se detiene un segundo al ver el mismísimo jersey de la NHL de mi padre enmarcado en el salón.

—¿Siete? —pregunta.

Se me forma un nudo en la garganta y me acaloro.

—Sí... —respondo.

Adam Reiner, el siete, el número de la suerte... Mi héroe cuando era pequeño. Mi héroe incluso hoy y el motivo por el cual le puse Siete a mi perro. Paloma es la primera en pillarlo.

Se sienta en la encimera mientras yo empiezo a preparar la cena. Ternera estofada, pasta con mantequilla y ajo, y verduras asadas.

—¿Quieres beber algo? —le pregunto cuando lo tengo todo en el fuego mientras me limpio las manos con el trapo que me he colocado en el hombro—. Tenemos algunas cosas aquí arriba, pero abajo hay toda una bodega.

Se sonroja como la que más y detiene el movimiento de sus manos por completo en el mismo punto en el que estaba repiqueteando las uñas contra el mármol.

—Es que no bebo...

—Yo tampoco —respondo, y siento que otra extraña ola de alivio se apodera de mí—. ¿Qué te parece un poco de zumo de uva

espumoso?

Me siento estúpido nada más sugerirlo. Es la bebida que se toman los niños en Fin de Año, pero a Paloma se le ilumina la expresión.

—Nunca lo he probado, pero suena bien.

Le sirvo una copa; el sutil tono rosado del líquido se ve perfectamente bajo el prístino cristal. Se la paso por el tallo. Mientras la carne se va cociendo, me ofrezco para enseñarle la casa.

Caminamos despacio por el edificio de tres plantas. Dejo que Paloma se detenga y acaricie los infinitos montones de fotos de bebé que hay en las paredes y en las estanterías. Antes de que lleguemos a la planta principal, la llevo hacia el terreno que tenemos en la parte trasera, donde mi padre cuida de mi huerto.

Me enseñó Anna. Se pasó una semana entera viniendo a diario, vestida aún con la ropa del trabajo y hundiendo los brazos hasta los codos, ensuciándose de tierra, para ayudarme a prepararlo todo y que yo pudiese plantar mis propias especias y hortalizas para cocinar.

Cuando me marché a Berkshire, eché mucho de menos el huerto, pero mi padre siguió ocupándose de él como si fuese su segundo hijo.

Como por la noche hace demasiado fresco para sentarnos fuera, vuelvo a guiar a Paloma hacia la cocina para comprobar cómo va la comida antes de subir al segundo salón, la biblioteca y luego...

—Mi cuarto —digo, y las palabras se me atascan sutilmente en la garganta.

Paloma empuja la puerta para abrirla un poco más y observar una de las dos habitaciones de mi infancia.

Esta es más «yo» que la que tengo en casa de mi madre. La cama está bien hecha, con la colcha de franela gris bien metida debajo del colchón y con esa sábana blanca doblada justo por encima. Dos o tres trofeos hacen las veces de sujetalibros para los montones de obras de crítica literaria (tanto de narrativa como de poesía) que tengo en las estanterías.

—Tienes... una buena colección —bromea Paloma, paseando los dedos por los lomos de los libros con cuidado, antes de girar la cara por encima del hombro y preguntarme—: ¿Siempre te ha apasionado la poesía?

Asiento con las manos en los bolsillos para no estirar los brazos hacia ella.

Ver a Paloma en mi habitación, bajo el centelleo dorado de la luz que le acaricia la piel y tocando mis libros con sus manos, hace que una fuerte sensación se despierte en mi interior. Una que roza lo salvaje. Y me aterra tanto que siento que necesito más espacio para respirar sin que su aroma me inunde las fosas nasales.

—Tú espérame —le digo como si nada—. Voy a por la comida y podemos cenar aquí.

A juzgar por cómo se relaja y se deja caer al borde de mi cama, debo de haber acertado con la decisión. Quiero que se tumbe entera; me muero de ganas de besarla con fervor, con más fervor que de costumbre. De explorar más partes de ella. De suplicarle que me enseñe cómo puedo complacerla.

En lugar de eso, trastabillo al salir al pasillo y me pego semejante golpe con el hombro contra el marco de la puerta que casi arranco las bisagras.

Cuando regreso a mi cuarto con los platos, me encuentro a Paloma tumbada contra los cojines que tengo apoyados en el cabezal y con uno de mis libros en las manos, leyéndolo.

Ya me imagino llegando a casa y encontrándome esta misma imagen durante años. Este pensamiento resulta emocionante y aterrador a partes iguales.

—¿Cuál has cogido?

—*Dog Songs*, de Mary Oliver. —Se ríe—. Estoy leyéndole a Siete.

Mi perro está dormido sobre el regazo de Paloma y ella le está acariciando la cabeza con una mano. Me siento en el suelo y dejo su plato en la mesita de noche y el mío a mi lado.

—Léeme a mí.

Lo hace. Me lee «Rapsodia nocturna de un cachorro», en voz baja y dulce.

—«"Di que me quieres", pide. "Dilo otra vez"». —Recita el poema a un ritmo impecable y el corazón me late aún más desbocado; tanto que incluso lo noto en los oídos—. «"¿Puede haber acuerdo más dulce?", me pregunta una y otra vez. ¿Qué puedo hacer yo sino responder?».

Lo que siento por ella llena la habitación hasta que casi no queda espacio para respirar. Cenamos y dejo que ella me dé su opinión de todos los poemas a medida que los va leyendo. Escucho más que hablo.

A excepción de Paloma, nadie podría hacerme sentir así después de haber entrado en bucle; nadie podría conseguir que esto siguiese siendo tan romántico e íntimo. Paloma es la única persona capaz de hacer justamente esto conmigo; la única capaz de conseguir que estar sentado en el suelo de la habitación en la que crecí, con un

libro de poesía y música de hace años de fondo, se convierta en algo especial.

Solo ella.

Horas más tarde, llevamos los platos a la cocina y me ayuda a fregarlos. Vamos rozándonos los brazos periódicamente y se me pone la piel de gallina bajo la camisa de franela. Quiero volver a besarla. Casi lo hago cuando...

Mi padre entra antes de que pueda armarme de valor para hacerlo y la magia del momento se evapora.

38

Paloma

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

NOVIEMBRE

El padre de Bennett se le parece un montón; tanto que resulta casi inquietante. Ambos son altísimos y de constitución grande; la barba y las finas arrugas que le envuelven los ojos y la boca son los únicos rasgos que diferencian a este hombre y su impecable traje de su hijo.

—Tengo que ir a por unas cosas en mi habitación. ¿Te importa esperarme aquí? —me pregunta Bennett.

Asiento, a pesar del nudo de miedo en la garganta.

«No empieces con las chiquilladas, Polly».

Bennett me da un beso en la frente y pasa por mi lado antes de desaparecer por el pasillo.

El silencio me resulta incómodo e inquietante, y se mezcla con la ansiedad.

Adam Reiner entra para coger algo que hay en la encimera, a mi lado, aunque no se me acerca demasiado.

—Hey. —Es una voz sensual. Masculina. Indistinguible—. ¿Necesitas ayuda?

Me coloca las manos en la cintura y me sujeta con firmeza. A modo de castigo.

—Eres igual que tu madre.

Se me revuelve el estómago y las náuseas amenazan con entrar en escena. Pego un salto, me estremezco al retroceder y alejarme de él; me doy un fuerte golpe en la cadera contra uno de los elegantes pomos de los cajones. Siseo a causa del dolor y me arde tanto la piel que parece que esté envuelta en llamas.

Siete gime y pasa corriendo por el lado de Adam Reiner para llegar hasta mí.

—¿Estás bien? —me pregunta el hombre.

No me lo dice por la cadera. Para muestra: la cara de preocupación que se le ha quedado, la forma en la que ha fruncido el ceño, cómo ha agachado la cabeza y cómo se ha encogido en general. Es la misma táctica que le he visto utilizar a Bennett en otras ocasiones en un intento por hacerse más pequeño, a pesar de su gigantesca figura.

—Sí... Me...

Diosss... ¿Estoy a punto de llorar? Me noto la voz tensa y rasposa. Es como si me hubiese tragado esquirlas de cristal.

Adam vuelve a mirarme. Me estudia... Y ve demasiado. Con demasiada facilidad.

—¿Lista? —me pregunta Bennett, que regresa con unos cuantos abrigos de invierno más gruesos echados por encima del hombro, perchas incluidas. Asiento y casi echo a correr hacia él.

Cuando me pasa un brazo por la cintura y me deja un beso en el pelo, por fin vuelvo a sentirme a salvo del todo.



Regresamos tarde a su casa y Siete nos sigue mientras nos adentramos por el salón, completamente a oscuras. Yo ya me he relajado y tanto la adrenalina como la vergüenza que sentía se han disipado. En este lugar se respira una calma que solo me aporta la firme presencia de Bennett.

Y de Siete.

—Mis compañeros han salido porque no tenemos ningún partido hasta el domingo por la tarde. Por si quieres quedarte...

Nunca he conocido a sus compañeros de piso ni a sus amigos. Ni siquiera sé cómo se llaman; jamás hablamos de ellos. A veces pienso que es porque Bennett se ha dado cuenta de que yo no tengo amigos.

A diferencia de lo que podría ocurrirles a otros, a mí no me resulta extraño. Estoy acostumbrada a ser el secreto de los demás, y yo también sé guardarlos. Sobre todo, cuando tienen que ver con algo que quiero para mí.

Y a Bennett Reiner lo quiero para mí.

A través del equipo de música que tiene en su habitación suena «You’re the Only Good Thing in My Life», de Cigarettes After Sex. Una vez usé las letras de este grupo a modo de poema en una de las cartas que nos intercambiamos con Bennett. El ritmo es tranquilo, sensual. Igual que él. Con su gran y cálido cuerpo, robusto e inquebrantable. Así es Bennet conmigo.

Me importa muchísimo... Creo que me estoy enamorando de él, y él casi no puede ni aceptar que le gusto. El ruido de mis inseguros pensamientos crece y crece.

Alargo el brazo hacia él. La ansiedad y la ilusión me inundan todos los sentidos y noto lo rápido que me late el corazón en los oídos. Me arrodillo entre sus enormes muslos, sutilmente separados, me coloco el pelo detrás de los hombros y tiro de sus pantalones de chándal.

—¿Qué...?

—Quiero hacer algo por ti —exhalo con la piel sonrojada y ardiente bajo su intensa mirada—. Por favor...

Traga saliva con fuerza y veo cómo se le mueve la nuez, pero asiente.

Cuando se la agarro por encima de los pantalones, veo que la tiene dura y proporcional al tamaño de su cuerpo. Los nervios y la preocupación me agitan el estómago, pero prosigo y se la voy masajeando mientras le bajo un poco los pantalones y los calzoncillos; lo justo para dejarle esa parte expuesta. La tiene grande y pesada, y la noto cálida bajo el tacto de mi mano.

Bennett ha dejado los brazos a mis costados y está agarrándose con tanta fuerza a la cama que tiene los nudillos blancos. Me humedezco los labios y le cubro la punta con la boca.

Se le escapa un gemido y me ejerce presión en el hombro con una mano. Para... ¿Que pare? Me echo hacia atrás, a pesar de seguir con la boca pegada a él y lo miro.

Casi parece que Bennett esté... pasándolo mal. No parece para nada relajado ni tampoco que lo esté disfrutando en absoluto. Me da un vuelco el estómago y se me hiela la sangre mientras me levanto y me separo de él; con las prisas, me caigo de culo al suelo.

—¿Es...? ¿Es demasiado? —pregunto con un hilo de voz—. ¿Es por mí?

No responde de inmediato.

Debo de haberme quedado más pálida que la cera, pero Bennett está más rojo que un tomate, aunque no parece que sea por una cuestión de vergüenza, sino más bien por presión acumulada. Es como si estuviese sintiendo demasiado, como si todo esto lo abrumara y no tuviera adónde ir. No me mira. Tiene la vista clavada en el suelo, en el espacio que nos separa; tras subirse apresuradamente los pantalones, se ha apoyado las manos en el regazo. Es como si estuviese resguardándose.

—Creo... creo que es demasiado —reconoce con un tono de voz monocorde y cerrando los ojos con fuerza.

Siento una punzada en el pecho; el rechazo, que atraviesa mi delicado escudo con facilidad. Guardo silencio, me hundo en el suelo y me llevo las rodillas al pecho para abrazarme.

El silencio que se abre paso entre nosotros es tan fuerte que me resulta casi insoportable. Sin embargo, mis pensamientos son caóticos y dolorosos; en parte, me recuerdan al pasado y no me dejan avanzar. Al sentirme así, con el dolor de sus palabras y ese movimiento tan reciente, soy incapaz de tranquilizarlo.

Oigo unas oscuras, provocadoras y amenazantes voces en mi cabeza.

Al final, Bennett exhala con fuerza, se endereza un poco y mueve las manos para agarrarse los muslos con fuerza.

—No es por ti —dice con la voz áspera, un poco a la defensiva—. Eres perfecta. Es... Es que... no puedo.

Al oír sus palabras, me siento como si estuviesen clavándome dagas en la piel. Me estremezco y asiento.

—No lo he hecho nunca —confiesa con rudeza, como si acabase de decirlo en contra de su voluntad.

Me relajo. Me había planteado la posibilidad de que Bennett tal vez no tuviese experiencia, pero me había deshecho de tales pensamientos; sobre todo, porque es un jugador de hockey universitario. Cometí la estupidez de dar algo por sentado, ignorando las evidentes señales que tenía delante. Así pues, su confesión no me sorprende. En todo caso, me tranquiliza.

Bennett se frota la nuca con una mano y se encoge de hombros como hace a veces cuando está nervioso. Se sonroja aún más, si es que era posible.

—O sea... Nada de esto —añade hablando un poco atropelladamente, como si quisiera arrancar la tirita de un tirón—. No sé cómo explicarlo bien, pero... Nunca había querido hacerlo con nadie. Y no sé por qué. No sé qué tengo de raro, pero... —Se le entrecorta la voz, guarda silencio y aprieta la mandíbula tan fuerte que tiene que dolerle, seguro.

—No tienes nada de raro —susurro.

Me muero de ganas de abrazarlo, pero no pienso arriesgarme hasta que me mire y vea mis intenciones.

—Pues a mí me da la sensación de que sí —admite con un tono casi burlesco—. Me da la impresión de que tengo algo raro. Y... nunca me había importado. —Asiente y vuelve a cerrar los ojos con fuerza. Le da otro tirón y se agarra los muslos aún con más fuerza—. Pero contigo es... distinto.

—No pasa nada —digo con un hilo de voz.

—Sí que pasa. —Ahora, habla con más dureza, pero todo ese enfado va dirigido hacia él mismo—. Y ahora tú estás aquí, atada a un tío de dieciocho años que es virgen, que no sabe lo que se hace. Y...

Deja sus afiladas y cohibidas palabras colgando en el aire. Bennett irradia vergüenza. Al igual que he hecho ya durante las conversaciones que hemos mantenido en el vestuario o mientras paseamos a Siete, guardo silencio y le doy espacio para que se explique.

Solo así puedo demostrarle cuán desesperada estoy por saberlo todo de él. Todo. Lo más íntimo.

—Y no es justo para ti, Paloma. Quiero hacerte disfrutar y no sé ni cómo ni por dónde empezar. ¿Y ahora, cuando me has tocado? Me he sentido tan bien que me ha aterrado y te he parado los pies. Si es que es patético de nari...

—Para —lo corto con fiereza, protectora.

Le agarro las muñecas con fuerza sin levantarme del suelo, donde estoy arrodillada delante de él. Bennett por fin me mira. Tiene sus preciosos ojos azules como el océano enrojecidos y llenos de autodesprecio. Casi me mareo.

Todo esto le aterra.

—No pasa nada —susurro. Él hace una mueca y empieza a moverse para zafarse de mi agarre—. Eso no te hace diferente del resto en ningún aspecto, ¿vale?

Separa los labios, pero no dice nada. Se me queda mirando fijamente. Al final, relaja las manos. Sus nudillos recuperan algo de color y él levanta un brazo para pasarme los dedos por el pelo. Sé que esto le relaja.

—¿No estás...? —Susurra tan bajo que su pregunta pasa casi desapercibida—. ¿No te molesta?

—Nunca —respondo con un nudo en la garganta. Le suelto las muñecas y le apoyo las manos en los muslos—. No hace falta que hagamos nada, Bennett. Pero si alguna vez quieres intentarlo...

—Quiero intentarlo —dice casi gimiendo y con una pizca de dolor en la voz, a la vez que echa la cabeza hacia delante hasta apoyar la frente en la mía.

Me levanto y me siento a horcajadas encima de él. Le ha agobiado que fuera a hacerle una mamada, pero a lo mejor será más fácil empezar por esto.

—¿Es absurdo que me asuste? —me pregunta con rudeza y una dolorosa vulnerabilidad.

—No —contesto sin dudar. Le cojo la barbilla y añado—: No. El sexo es aterrador. Incluso para mí.

No tenía pensado reconocérselo, pero se me ha escapado. Sin embargo, me apresuro a seguir hablando para que Bennett no le dé demasiadas vueltas a lo que acabo de decir.

—Podemos ir despacio —le aseguro empujándolo despacio contra el colchón—. Y, si algo no te gusta, me lo dices y paro, ¿de acuerdo?

Bennett traga saliva con fuerza y levanta la vista hacia mí.

—Es que no... No quiero liarla —murmura con la voz cargada de vulnerabilidad.

—No lo harás —le prometo—. No hay forma de hacerlo bien o mal. Solo se trata de sentir.

Me froto con todo su miembro.

Se le escapa un gemido casi inesperado que parece sorprenderlo.

—¿Te gusta? —quiero saber.

—Lo que quiero es que te guste a ti —exhala.

Tiene las manos puestas en el sitio correcto (mi cintura), aunque de forma tentativa. Sigo moviéndome sobre él, agachando la cabeza para besarle los labios, la mandíbula e ir bajándole por el cuello.

Bennett aprieta las manos y me mueve con algo más de fuerza por su gran miembro. Se me escapa un largo y grave gemido, y le rozo la piel con el aliento.

—¿Te gusta? —me pregunta, y se toma un segundo para darme un beso en el cuello antes de susurrar—: Por favor... Quiero que vuelvas a gemir así. Enséñame.

Sacudo la cabeza.

—Me gusta porque es contigo —digo un poco falta de aliento y con cierta vulnerabilidad en la voz—. Todo lo que haces me gusta. Cuando me tocas el pelo o la cintura... Me gusta todo.

En cuanto me separo y clavo los ojos en los suyos, Bennett parece casi frustrado. Y ahora ya lo conozco lo suficiente como para saber que esas palabras no lo han reconfortado.

—Necesito que me enseñes —vuelve a suplicarme—. No sé... No siempre sé leer el lenguaje corporal de la gente. Y no quiero hacer algo que no te guste. Nunca.

Siento un nudo en la garganta.

—Tienes que explicármelo. Enséñame, por favor... —Sus palabras se funden para pasar de ser una súplica a una áspera orden.

—Trae.

Se me entrecorta la respiración cuando noto el roce de su mano, entrelazada con la mía, en mi clítoris, por encima de los *shorts*.

—¿Así? —pregunta, pasándome los dedos por esa zona como si fuese un pianista calentando.

Asiento y se me escapa un gemido ante ese tacto, casi provocador.

—Sí... —jadeo—. ¿Es demasiado? —me intereso sin dejar de frotarme con él porque sigo desesperada—. Podemos parar si...

—No —gruñe—. No pares. Esto... Me encanta cómo te mueves.

Lo dice todo en un tono grave; al oír el evidente sonido de su propio placer siento que estoy a punto de estallar.

—¿A ti también te gusta? —me pregunta, y ralentiza un segundo el movimiento.

Atisbo vulnerabilidad e incerteza en su pregunta, y levanto la mano para colocársela en la mejilla, como si así pudiese calmarlo.

—Sí —respondo.

Bennett me va subiendo la mano por la espalda, enredándola bajo mis mechones sueltos de color rubio ceniza. En un momento de ansiedad, suelto:

—No me tires del pelo.

Bennett se queda helado un segundo antes de acariciarme las puntas con los dedos, con cuidado, y el cosquilleo que noto en el cuero cabelludo me hace gemir.

—Nunca te haría daño —insiste con la boca pegada a mi oreja mientras me pasa uno de sus fuertes brazos por la cintura para acercarme más. Acelera el ritmo de sus embestidas, que cada vez son más rápidas, más insistentes. Me baja la mano que tenía en el pelo por la mandíbula, con cuidado, y me sujeta la cara por el lateral para que lo mire a los ojos. Tenemos las frentes prácticamente pegadas—. Dime que lo sabes. Dímelo.

—Lo sé —exhalo, respondiendo a su petición con una facilidad apabullante—. No pares, por favor.

—¿Vas a correrte?

Me lo pregunta de forma genuina. Asiento con la cara pegada a su cuello y le doy un beso en su suave piel mientras me suelto, gritando y gimiendo.

Bennett me coloca las manos en las caderas, marcando el ritmo y usando toda su fuerza para moverme hacia arriba y hacia abajo, recorriendo todo su miembro mientras él ruge de placer con un gruñido salvaje e incontrolable.

Al oír ese sonido, me corro con un grito agudo pegado a su cuello mientras Bennett sigue moviéndome hasta que lo detengo.

Abro los ojos y los desvío hacia él, despacio, mientras lo que siento por Bennett hace que me lata con fuerza el corazón, con una intensidad dolorosa. No quiero que se mueva de aquí, quiero que siga con su cuerpo pegado al mío y lejos de todo lo que sé que puede hacernos daño. Quiero contárselo todo, hablarle de mis peores momentos y ver cómo los abraza con el mismo cuidado que ha mostrado siempre conmigo.

Quiero hacerlo. Pero no puedo.

Así que, en lugar de eso, vuelvo a besarlo en los labios, despacio y con ternura.

—¿Bien? —me pregunta sin aliento y jadeante.

Me dejo caer contra su cuerpo, laxa entre sus firmes manos.

—Bien —susurro, aunque eso se queda muy pero que muy corto.

Bennett me acaricia la espalda, el pelo, y me ayuda a relajarme poco a poco. Nunca nadie me había mimado tanto.

Sigo con la cara pegada entre su cuerpo y la almohada para esconder las lágrimas que acompañan esta sensación.

39

Bennet

PRESENTE

—¿Seguro que no quieres venir?

Rhys gira la cara para mirarme por encima del hombro mientras yo acabo de limpiar la guarda izquierda. Ahora que se ha terminado el entreno y ya casi se ha marchado todo el mundo, Rhys y Freddy esperan en la entrada. En la pista solo quedan Toren y Holden, a quienes LaBlanc ha vuelto a ordenar que se queden entrenando un rato más.

Freddy, apoyado en el hombro de Rhys y con una gran sonrisa en los labios, dice:

—Venga, Reiny. ¿Tan poco cariño me tienes?

Sacudo la cabeza, sonriendo, y respondo:

—Les tengo más cariño a mis oídos.

Freddy tuerce el gesto, resopla y contesta:

—Ni que cantara tan mal... Además, es un karaoke. Se supone que no hay que hacerlo bien. Ahí está la gracia.

—Yo no diría tanto... —apunta Rhys, a pesar de que le dedica una sonrisa a nuestro ala izquierdo.

Desde el semestre pasado, su amistad se ha fortalecido aún más. No quiero especular sobre si me están dejando de lado, porque, de ser el caso, yo tendría la culpa. La verdad es que para Rhys y Freddy es algo natural, porque Sadie y Ro son como uña y carne.

Sigo teniendo que recordármelo de vez en cuando.

Me gusta verlos juntos. Desde que conocí a Freddy, nunca lo había visto tan feliz, y Rhys parece que se ha recompuesto y ha vuelto a ser el chico indestructible que había sido siempre en mi mente.

—Estará guay, Ben —insiste Rhys—. Aparte, Freddy me ha hecho apostar que cantaríamos juntos si él metía el último gol del partido. Así que podrás presenciar mi humillación pública. Ven, anda.

Ganas no me faltan. Sería muchísimo más fácil decirle que sí, por más que luego cambiase de opinión al llegar a casa. Seguramente, lo pasaría bien; un poco, al menos. Pero es que no puedo.

—Ya veré —respondo—. No sé. Estoy bastante cansado. Vosotros id tirando.

Ambos intentan sonreírme y asienten con la cabeza mientras se marchan juntos, pero me da a mí que los he decepcionado.

Cuando llego al coche, las ansias que siento por mirar el móvil son cada vez mayores, aunque he intentado evitar pensar en ello cuanto he podido. En esta ocasión, consigo controlarme hasta que aparco en mi oscurecido garaje. Al ver distintas notificaciones de Sadie Brown en la pantalla, me sorprendo.

No sé si esto te ayudará a cambiar de opinión, pero, si quieres venir, todavía hay hueco

Ha adjuntado una foto donde se aprecia la iluminación ambarina de un bar que conozco bien y varios letreros de neón que le dan un toque rojizo a esos tonos amarillentos y anaranjados. Están sentados en una de las mesas altas y en medio veo a Paloma Blake mirando por encima del hombro. Está guapa de narices. Su rubia melena le cae por encima de la camiseta de manga larga azul que lleva puesta mientras mira algo que está detrás de Sadie.

Quiero ser ese algo; eso en lo que ha fijado sus marrones ojos de cierva.

A la mierda.

Salto del coche, subo, le doy de comer a Siete y vuelvo a ducharme antes de ponerme una camiseta y una camisa de franela. Pillo mi gastada gorra amarilla de Waterfell, me la coloco del revés para cubrir mis enmarañados rizos y me miro en el espejo una última vez. Llevo la barba un poco más larga de lo habitual (que suele ser algo muy incipiente todo el año). No tengo tiempo de afeitarme.

Solo pensar que voy a ver a Paloma siento un alborotado caleidoscopio de mariposas en el estómago. Y me avergüenza un poco reconocerlo, pero eso hace que vaya al centro de Waterfell, donde está ella, a toda prisa.

El Patio es lo más semejante a un bar de *country* que se puede encontrar en Waterfell, lo cual literalmente significa que ponen una canción de Brooks & Dunn por noche, y lo más probable es que, en algún momento, alguien acabe cantando «Tennessee Whiskey» en el karaoke. De hecho, alguien la está cantando ahora mismo mientras yo le enseño el DNI al portero y dejo que me selle la mano antes de entrar.

Al primero que veo es a Rhys: está en la barra, pasándole la tarjeta a la camarera con una educada sonrisa, hoyuelos incluidos. Cuando se gira, me ve y se le ilumina tanto la expresión que siento cierta calidez en el pecho. No es que no esperara verlo reaccionar de esta forma, pero me gusta saber que le alegra verme aquí.

—¿Te echo un cable? —le pregunto acercándome a él.

Asiente para darme las gracias y yo pillo un par de botellines de cerveza de color amarillento. Los llevamos hacia la mesa y le ayudo a repartir las bebidas. Sin embargo, tengo la vista puesta única y exclusivamente en la chica que hay al otro lado de la mesa en cuestión, con la mejilla aplastada contra la mano en que la tiene apoyada y que le estira un poco la boca hacia un lado.

Tiene la vista puesta en el escenario, con expresión aburrida, y está mordiéndose su carnoso labio sin parar. Aprovecho la ocasión para ir hacia ella y colocarle una de las cervezas en la otra mano.

Paloma levanta la vista y suelta un «gracias» a medias en cuanto me ve.

—Bennett —dice abriendo los ojos como platos.

—Hola, P. —Sonrío y me sonrojo.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, aunque desvía muy brevemente la mirada hacia Sadie.

Me siento en el taburete que tiene al lado, ocupando mucho espacio con todo mi cuerpo, pero sin invadir el suyo personal.

—He venido a cantar karaoke, obviamente.

Paloma sonríe y se le escapa una risa delicada. Le da un sorbo a la cerveza y responde:

—Obviamente.

Lo dice con un tono bajo; la embriaguez del *sex appeal* involuntario de Paloma Blake me envuelve con todas sus fuerzas. Me acerco más a ella.

—Me he enterado de que Freddy va a obligar a Rhys a cantar con él —susurro—. No podía perdérmelo.

Como si acabara de invocarlos, los llaman por el nombre. Freddy envuelve a Rhys (que está más rojo que un tomate) con el brazo y se van hacia el escenario que hay en la esquina. No es que el local esté hasta arriba de gente, pero no está mal. Mi mejor amigo tiene pinta de querer que se lo trague la tierra, mientras que Freddy ya se ha desabotonado la camisa del cuello casi hasta el ombligo y le lanza un beso a su novia.

—Deberíamos ir hacia allí —sugiere Ro, cuya mirada desprende amor e ilusión. Comparado con cuando la conocí, es como si hubiese salido por completo de su caparazón; con Freddy a su lado, parece que haya ganado mucha más confianza—. Para apoyarlos.

Las chicas echan a andar mientras que yo opto por quedarme en la mesa para no obstaculizarle la vista de nadie con mi estatura. Sin embargo, tras atravesar ese montón de personas y colocarse delante del escenario, lo suficientemente cerca como para poder tocar a los chicos con solo alargar el brazo, alguien se aproxima a Paloma.

No me sorprende. Es preciosa, perfecta; todo el mundo lo sabe. Una parte de mí quiere intervenir. Llevo años viendo este tipo de cosas. ¿Debería ser distinto ahora que somos amigos?

«Ahora sois solo amigos. Déjala en paz».

Sin embargo, ella desvía sus ojos marrones hacia mí con la mirada cargada de una evidente súplica y voy hacia ella enseguida, abriéndome paso entre el gentío como si nada. En cuanto me

posiciono detrás de Paloma, ese mindundi de fraternidad me mira, empalidece, agacha la cabeza y se aleja.

Aguardo detrás de Paloma cual centinela, cubriéndola fácilmente con mi cuerpo e intentando esconder la sonrisa que amenaza con dibujárseme en los labios.

—¡Esta va para nuestras novias! —grita Freddy con el micro pegado a los labios.

El aparato chirría y algunos de los presentes se estremecen, incluida Paloma, que se echa atrás hasta pegarse a mí. No obstante, se yergue enseguida y vuelve a quedarse cerca.

Empieza a sonar «All of You», de Sister Hazel. Freddy y Rhys empiezan a cantar animados. Rhys va lo suficientemente contento como para dar un buen espectáculo, aunque quien se lleva la palma es Freddy, por no variar. La lían bastante con los versos, pero consiguen que los estribillos les salgan bien.

A quien más se oye es a Freddy, pero el que tiene una voz decente es Rhys.

Freddy acaba la actuación de rodillas, con el brazo estirado para cogerle la cara a Rosalie y besarla apasionadamente delante de todo el mundo. Sadie sacude la cabeza con una pletórica sonrisa en los labios (algo poco típico en ella) mientras mira a Rhys, que se sonroja y sigue cantando.

Cuando baja del escenario, la patinadora echa a correr hacia él y se lanza a sus brazos para darle un beso digno de película, anclándole las piernas en la cintura mientras él la sujeta.

—¿No te sientes como si fueras el sujetavelas? —me pregunta Paloma echando la cabeza hacia atrás.

Como me he arremangado la camisa de franela, su melena me roza la piel de los antebrazos.

Bajo la vista hacia ella y me fijo en que, entre el alcohol y el calor corporal de los aquí presentes, se ha sonrojado. Y en su relajada expresión veo una clara señal de lo muy a salvo que se siente conmigo.

—No —respondo en voz baja—. En absoluto.

Suena «With or Without You», de U2, antes de la siguiente actuación de karaoke. La reconozco porque estoy casi seguro de que ya la escuché en este mismo bar hace tres años; un recuerdo doloroso me viene a la mente.

Pero, esta vez, no dejo que me afecte.

Paloma se gira hacia mí y me mira con sus tiernos ojos marrones. Sigue sujetando el botellín con una mano, con firmeza. Al estar de pie delante de ella, la bloqueo casi completamente del resto del mundo y el corazón me late al ritmo.

«Suyo. Suyo. Suyo».

Paloma puede decir que somos amigos, pero yo siempre seré suyo.

Se aparta la mano del torso, donde se estaba abrazando de forma protectora, y, con destreza, me pasa los dedos por la trabilla del pantalón. No tira. A duras penas se mueve. Simplemente, se menea un poco.

Como si estuviéramos bailando, despacio, sin llegar a tocarnos siquiera.

No paro de desearla cada vez más, estemos alejados el uno de la otra o esté ella durmiendo a salvo en mi cama, entre mis brazos.

Una sensación que nunca desaparece. No puedo deshacerme de estos sentimientos, ni quiero.

Jamás la presionaré para que pase nada, pero siempre la desearé. Querré hundir los dedos en su suave y húmedo pelo, tocar su mojada piel con las manos y tener a Paloma Blake relajada y vulnerable bajo mi cuerpo, confiando en mí. Bañados por la luz de la luna y el sonido de las olas. Con su mochila azul y ese conejo de peluche. Con pastel de coco y envueltos por el aire salado. Con su húmeda y cálida piel pegada a la mía. Con mi boca pegada a la suya mientras recito todas esas palabras como si pudiese inyectarle poesía en los pulmones.

—P... —susurro.

No nos estamos tocando, pero me siento como si estuviese enterrado en ella. La sensación es igual de apabullante e intensa.

Consigo oír su respiración por encima de la música en un patrón que reconozco de otros momentos, a altas horas de la noche o a primera hora de la mañana, y en cualquier otra ocasión en la que me ha dejado disfrutar de ella.

Me acerco a ella. Pero algo le atraviesa la mirada y nuestra burbuja explota. Noto que se aleja antes de que llegue a separarse. Vuelve a sentarse en la mesa con Sadie, Rhys, Freddy y Ro, y sonríe educadamente mientras Rosalie le pregunta no sé qué.

La sigo, como siempre. Me quedo de pie al lado de Rhys, en un lateral de la mesa, y le doy una palmada en el hombro a mi amigo.

—Bonito espectáculo —digo.

Él sacude la cabeza y se coloca unos cuantos mechones de su enmarañado pelo castaño detrás de la oreja.

—Cállate —responde.

Me río. Rhys sonríe y comenta:

—Me alegro de que hayas venido, Ben.

Desvío la vista hacia Paloma y el contacto visual que compartimos es igual de intenso que todo lo que tiene que ver con ella. Le dedico una amplia y cálida sonrisa. Si ser amigos significa tenerla aquí, con las personas que se han convertido en mi familia, firmo.

Rhys continúa sonriéndome y, con los ojos centelleantes y uno de sus hoyuelos presentes, me mira a mí, que sigo con la vista puesta en Paloma. Mi amigo le da un trago a la cerveza. Lo veo cambiado; distinto en comparación con cuando estábamos en primero de carrera y con el semestre pasado. Pero cambiado en el buen sentido. Los dos hemos cambiado.

—Yo también. —Sonrío y le doy un apretón en el brazo.

40

Paloma

PRESENTE

—Me gustaría hablar de cómo afrontas las relaciones íntimas.

No aparto la vista de ese punto doblado de la alfombra, cuyos hilos se han ido levantando con el vaivén de la silla giratoria del despacho de la doctora Sutton. Arrugo la frente y me muerdo el labio.

—¿El sexo, quiere decir? —suelto.

—Justo.

Me encojo de hombros y jugueteo con las puntas de mi chapucera trenza.

—Sin más. Puede llamarlo «sexo» a secas; me da igual.

Estudio cuidadosamente su expresión y no puedo evitar sentirme como si estuviese mostrándole todas mis cartas, aunque no fuese esa mi idea.

—¿A qué te refieres? ¿Disfrutas del sexo? —pregunta sin pelos en la lengua.

Me viene a la mente un *flash* de ojos azules como el océano y su rasposa voz pidiéndome que lo mire. La sensación de notar sus manos en el pelo.

—A veces. —Sacudo la cabeza en un intento por no decir de más —. Es que... En serio, no le doy importancia. Es solo sexo.

«Con Bennett no». Aplasto ese pensamiento antes de que se me refleje en el rostro.

—Ya... —asiente ella.

—Llevo haciéndolo desde que tengo catorce años, o sea, que tampoco le doy mucha importancia, ¿vale? —digo. Siento que voy poniéndome cada vez más a la defensiva, pero no puedo evitarlo—. De hecho, no hace falta ni que hablemos del tema.

«Miente más, venga».

—¿Te sentiste preparada, a los catorce?

«No». Me encojo de hombros.

—Supongo.

La doctora Sutton asiente.

—Y cuando perdiste la virginidad, ¿fue porque querías? ¿Con algún chico que te gustaba?

Niego despacio con la cabeza y clavo la vista en mis uñas. Me las estoy rascando sin parar.

—No —confieso.

Por un segundo, la doctora Sutton no me pregunta nada y yo pongo los ojos en blanco.

—El sexo está bien. A veces, lo he disfrutado; otras no. ¿Basta con esto? —Separo muy poco los labios y exhalo con fuerza—. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—Podemos hablar de otra cosa —afirma ella con tono calmado—. ¿Hay algo que consideres más importante que esto?

Cada vez estoy más y más molesta con ella.

—¿Quiere saberlo todo? De acuerdo. Perdí la virginidad a los catorce con un hombre de treinta y ocho. Estuve con él casi tres años. Y luego... —exhalo entrecortadamente. Cierro los ojos e intento recopilar mis caóticos pensamientos—. Y luego tuve novio. Uno de mi edad. Fue la primera persona que me hizo sentir... Yo qué sé. ¿Bien? Pero eso también me lo cargué. Y desde entonces... —Me encojo de hombros, alzo las manos y esbozo una extraña y falsa sonrisa—. El sexo solo ha sido... sexo. No lo disfruto. Me duele casi siempre. No sé qué quiere que le diga.

Cuando me pasa una caja de pañuelos, me doy cuenta de que estoy llorando.

—Paremos un poco —sugiere la doctora Sutton con un tono de voz dulce y calmado mientras yo respiro de forma brusca y entrecortada. Me lo tomo con calma e inhalo profundamente, despacio—. No pasa nada. Este es un espacio seguro.

Quiero poner los ojos en blanco, pero no puedo. Porque las palabras sí que están consiguiendo hacerme sentir a salvo y relajada. Despacio, pero lo van logrando.

—¿Por qué crees que eliges mantener relaciones sexuales cuando te duele o no lo disfrutas?

Se me remueven las tripas. Intento encogerme de hombros de nuevo.

—No lo sé.

La doctora Sutton asiente.

—Prueba a darle un par de vueltas. Nadie conoce tu cuerpo mejor que tú. Piensa en esos momentos. Piensa en las veces en las que sí que lo disfrutaste, con tu novio. ¿Dónde está la diferencia?

—En que no sentía que él estuviese arrancándome nada.

—¿Quién?

—Bennett.

Se me escapa el nombre sin que pueda remediarlo. La miro con cautela, pero ella no lo escribe, solo se queda mirándome, atravesando con firmeza la agitación que siento por dentro.

—¿Y con los demás? ¿Cuando decides mantener relaciones ahora?

Siento que se me vuelven a anegar los ojos y agacho la cabeza.

—Es... No sé cómo explicarlo. Cuando lo hago, aunque lo odie, siento algo positivo. Es como si... Como si me aliviase por algo.

—¿Y qué crees que es ese «algo»?

Suelto la respuesta antes de que me dé tiempo a reprimirla:

—Culpa.

Me da un vuelco el corazón.

A decir verdad, me siento como si estuviese cumpliendo algún tipo de condena. Como si autocastigarme me hiciese sentir mejor que permitirme hundirme en los brazos de Bennett, a pesar de que me dé ese gusto más a menudo de lo que debería. Aun así, me cuesta confesar algo semejante en voz alta. Todavía no estoy preparada para esto.

—Paloma —me llama ella con un tono de voz más firme y serio del que ha usado desde que ha comenzado la sesión—. El sexo es importante. Y, para ti, complicado.

Niego con la cabeza.

—No me agredieron. Ni tampoco me...

—Tenías catorce años, Paloma —me corta con ese mismo firme tono de voz. No lo dice ni con severidad ni con brusquedad, pero no por eso sus palabras dejan de clavárseme como si de dagas se trataran—. Él era adulto. La elección no fue tuya.

—No es tan sencillo —respondo sacudiendo la cabeza—. Me ayudó. Estábamos juntos. Tampoco es que me obligara a hacer nada. Estuvo bien, aunque yo no siempre lo disfrutara. A veces, las relaciones son así y ya.

—Bueno, y con Bennett, ¿teníais relaciones aunque tú no quisieras? ¿Te obligaba?

Sus palabras me hacen estremecer, desesperada por defender a Bennett, para separar esas dos experiencias en mi mente.

—No, no. Bennett no...

—No deberías sufrir en las relaciones. El sexo tendría que ser una elección. Es tu cuerpo, Paloma.

Sacudo la cabeza.

—Ya lo sé.

—Tú no querías todo eso, Paloma —prosigue. Lo dice seria. No queda ni rastro de esa ternura; ahora habla con voz firme y clara—. Tenías catorce años. Eras una niña. Tú no lo escogiste. No tuviste elección. Has de entenderlo.

La niña que sigue viviendo en mí asoma la cabeza por la esquina en la que está escondida y me mira. Aunque no pueda confiar en las palabras de la doctora Sutton, una parte de mí quiere hacerlo. Desesperadamente.

—¿Qué es la intimidad?

Arrugo la frente.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué es para ti la intimidad, Paloma?

Me entran ganas de poner los ojos en blanco y encogerme, pero su pregunta me parece muy importante.

Sé cuál es la respuesta. Sé lo que es para mí la intimidad. La siento como si fueran olas acariciándome los pies en la playa donde he pasado todos mis cumpleaños. Como la lluvia que cae en cascada de la ducha en la que más a salvo me siento.

Son sus manos en mi pelo; unas manos que me relajan y que nunca me hacen daño. Es la comida casera y el sabor a aire salado en mis labios. Son sus manos en mi cintura justo después de preguntarme: «¿Bien, así?». Es el contacto visual con Bennett Reiner desde la otra punta de un bar atiborrado de gente. Es él.

Él.

41

Bennet

PRESENTE

—¿Estás ocupado?

—No —respondo casi demasiado deprisa, deteniéndome en el garaje y girándome hacia Rhys, que está en el rellano inferior de las escaleras—. ¿Por?

—He pensado que podríamos ir juntos al entreno —sugiere, dándome un apretón en el hombro al pasar por mi lado para coger su bolsa—. Últimamente no pasamos demasiado tiempo juntos.

—Has estado ocupado —respondo.

Rhys hace una mueca y noto esa sensación en el estómago. «Si es que siempre tienes que pifiarla, ¿eh?».

—Ya... —responde. Guarda silencio un minuto mientras ambos subimos a mi coche y, luego, continúa—: Pero sabes que esto no significa que no tenga tiempo para ti, ¿verdad? Eres mi mejor amigo. Nada va a cambiar eso.

Parece todo tan absurdo... Quiero estallar y decirle que no soy un crío y que no estamos en el instituto. Que no hace falta que se disculpe conmigo por haberse enamorado y tener menos tiempo

para ser mi punto de apoyo, que es justamente lo que ha sido siempre en muchos aspectos.

Y ese miedo de siempre regresa, emergiendo cual tsunami en mi mente para llevarse todos mis recuerdos por delante y quedar aterrado al pensar que Rhys me ve como un amigo impuesto, dependiente, patético y apegado al que nunca ha conseguido quitarse de encima.

Trago saliva para deshacerme de todo eso, aunque es como si estuviese tragándome piedras.

Aun así, respondo:

—Ya lo sé.

—A lo mejor podríamos ir a cenar o algo, tú y yo solos.

Lo único que consigo hacer es volver a asentir mientras conduzco por las heladas carreteras que nos llevan hasta el complejo deportivo.

—Molaría, supongo.

Nos pasamos el resto del trayecto casi en silencio, dejando que tanto mi ansiedad como la suya colisionen y busquen su espacio dentro del vehículo. Le digo que me quedaré un minuto más en el coche. Rhys parece preocupado, pero lo deja estar.

Jugueteo con el móvil. La necesidad que siento de llamar a mi padre le echa un pulso a la que siento por evitar hablar con él a toda costa. No puedo hablar con Rhys. No puedo hablar con mi padre. No puedo hablar con absolutamente nadie porque todas las personas a quienes intento mantener cerca parecen alejarse cada vez más.

«Entra y punto. Sigue con tu rutina habitual e irá todo...».

De repente, me encuentro con la mano en el cambio de marchas. Retrocedo y salgo del aparcamiento sin ningún plan. Y marco ese

número de teléfono que me sé de memoria.

—¿Bennett?

—P. —suspiro, y odio que mi voz suene igual de débil que como me siento—. Oye, ¿estás..., estás ocupada?

—Acabo de llegar a casa de la uni —me cuenta—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Es solo que... ¿Puedo pasar a verte?

Lo que quería preguntar era «¿Puedo venir?», como una persona normal. Contengo la apremiante necesidad que siento de pegar un cabezazo contra el volante y me detengo un segundo en el *stop* antes de girar y ralentizar por la esquina.

—Claro —responde Paloma. Oigo una puerta que se cierra y, acto seguido—: Bennett... ¿Seguro que estás bien?

—Sí. Pero no sé dónde vives. —Me río y sacudo la cabeza.

—Ahora te mando la ubi. Ve..., ve con cuidado, ¿vale?

Cuelga y me comparte la ubicación, lo cual me aporta cierta calidez. Antes lo hacía constantemente para que pudiese ir a recogerla donde fuera. Para que siempre pudiese encontrarla.

Voy directo hacia la puerta de entrada de esa bonita casa adosada, con las piernas y los brazos temblorosos, como si me hubiesen metido adrenalina en las venas.

Llamo un par de veces a la puerta antes de que Paloma aparezca. Al verme, abre sus bonitos ojos marrones como platos.

—Bennett —me saluda.

—Perdona. —Exhalo pero se me escapa una sonrisa—. No quería molestarte. Pero es que necesitaba verte.

—Está bien. —Me sonríe—. Más que bien. Pasa.

En su casa hace calor. Y, al ver que ahora hay un sitio al que puedo llamar «su casa», siento un escalofrío. Paloma tiene un *hogar*; uno donde resguardarse del frío y donde está a salvo; un sitio en el que parece que *quiere* estar. La entrada es de un verde oscuro y tiene la mitad recubierta con paneles de madera marrón. Una bonita alfombra tejida ocupa casi todo el salón, donde hay un sofá gris bien cuidado y varios cojines de distintos colores; algunos los reconozco de haberlos visto en su cuarto cuando íbamos a primero. Tiene el televisor encendido y la música puesta bajito.

Y ella está aquí en medio, con toda su belleza y calidez. Y, por lo que veo de inmediato: feliz.

—¿Va todo bien?

Asiento.

—Es que... —Dejo que se me apague la voz y me balanceo un poco sobre los talones con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones de chándal—. No quiero ser solo tu amigo, Paloma —confieso en voz baja y con delicadeza, aprovechando este cálido espacio. Ella lo asimila despacio y separa los labios para exhalar—. Nunca he querido ser solo tu amigo. Te *quiero*. —Se me escapa una sutil risa mientras me encojo de un hombro—. Y sé que, para mí, esto jamás va a cambiar. Siempre voy a querer estar contigo.

—Bennett...

Levanto la mano para frenarla.

—Ya lo sé —le digo apartando la mirada y clavando los ojos en el suelo—. No estoy intentando hacerte cambiar de opinión ni obligándote a estar conmigo; ya sabes que nunca haría algo así. Pero quiero dejar las cosas claras. Si tú necesitas que sea tu amigo, lo seré. Pero yo nunca querré menos de ti; siempre voy a esperar

que haya algo más. —Bajo más la voz y sentencio—: Que vuelvas a dejarme estar contigo. A cuidarte.

—Bennett —exhala, y por fin la miro. Tiene los ojos húmedos y se me revuelve algo en el estómago con solo pensar que a lo mejor la he molestado. Sin embargo, antes de que pueda intentar remediarlo, Paloma continúa—: Sí que quiero que empecemos de cero. Pero quiero... Quiero estar contigo. Siempre.

—Como algo más que amigos.

Ríe, y su risa, por ahogada que suene, es genuina.

—Sí —responde.

Asiento.

—Vale —contesto.

—¿Vale?

—Solo... Solo he venido a decir esto.

Paloma frunce el ceño mientras me estudia con detenimiento, a la espera de algo. Por una vez, hago lo que quiero sin pensarlo demasiado. Doy un paso al frente y la beso. Con ganas y pasión, como siempre quiero hacer.

Se le entrecorta la respiración, sorprendida, y ese sonido se derrite hasta convertirse en un gemido en cuanto me agarra por los hombros. La cojo en brazos con el corazón acelerado.

—Perdona —susurro—. Llevo pensando en esto desde el otro día en el bar.

«Desde hace bastante más, para ser sinceros».

—Yo también —confiesa ella con un hilo de voz—. Me alegro de que hayas venido. Te... te echaba de menos.

Sus palabras pesan. *Te echaba de menos*. ¿Cuánto tiempo he estado esperando oírle decir eso? Me moría de ganas de oírla

pronunciar estas palabras. Es como si alguien estuviese arrojando agua a mi sedienta alma. Quiero estar con Paloma desesperadamente.

—¿Me enseñas tu habitación? —le pregunto con una sonrisa.

Ella ríe con la boca pegada a mi cuello y asiente, echándose atrás con los ojos centelleantes. «Solo quiero esto. Para siempre. No necesito nada más».

Me guía escaleras arriba hasta su cuarto. Es tan cálido y acogedor como esperaba. Es muy «ella» en todos los aspectos. Quiero tumbarla sobre la cama y empaparme de su aroma.

Sin embargo, en lugar de eso, la dejo en esa cama de matrimonio un poco deshecha. Su brillante melena dorada resplandece bajo la luz de la lamparita. Le aparto unos cuantos mechones de la cara antes de besarla en los labios; ahora, con más dulzura.

—Si no quieres que lo haga, dímelo —le pido medio arrodillado encima de ella.

Está sonrojada y preciosa. Y yo estoy tan enamorado que incluso me duele.

Alzo el brazo para frotarme el pecho.

—Contigo quiero. Siempre.

Sacudo la cabeza y cierro los ojos. Me cuesta encontrar las palabras, unas que estoy desesperado por pronunciar y aterrado por admitir; todo a partes iguales.

—Lo que quiero hacerte, P... —Mi voz suena áspera; casi desesperada—. Tienes... tienes que prometerme que, si no te gusta, me lo dirás.

—Conoces mi cuerpo mejor que yo, Bennett —susurra casi con timidez.

—No quiero hacerte daño.

—Jamás podrías. —Levanta los brazos para cogerme la cara—. Pero tienes que confiar en mí: si quiero que pares, te lo diré.

—Ahí está el problema, P. —susurro, y coloco una mano encima de la suya, que sigue en mi ardiente mejilla—. Que confío plenamente en ti. —Me inclino y la beso en la frente—. Pero tus límites ya son otro tema.

Se sienta de forma casi abrupta.

—Ah... Ya. Vale. —Se mueve un poco para arrodillarse y me tira ligeramente de la muñeca para que me siente a su lado—. Entonces, ¿por qué no los definimos juntos? Puedes... —Baja un poco la voz y me aparta la mirada—. Puedes decidir qué necesito y cuándo.

Tal vez debería avergonzarme por cómo se me empalma al oírla; por esa desesperación por tener el control. Por lo mucho que confía en mí, en que voy a cuidarla.

—Vale —accedo—. Dime qué no quieres, P.

—No seas cruel —susurra, y las palabras se me clavan con fuerza en el corazón—. No quiero que me insultes ni me digas cosas feas.

—Nunca —contesto con un hilo de voz, pero reprimo todo lo que quiero decir; el cabreo que siento hacia los fantasmas de su pasado que hacen que se me remuevan las tripas—. ¿Qué más, amor?

—Creo que no... Creo que no me gusta el dolor. En plan, el dolor de verdad. No quiero que me pegues.

—Nunca te haría daño.

Asiente y se le relaja la mirada al oír unas palabras que ya le he dicho antes.

—Lo sé —responde.

—¿Y atarte? —le pregunto. Las palabras me salen estranguladas, pero resultan más liberadoras de lo que pensaba.

—Sí.

—¿Y... que tenga yo el control? —Respiro para relajarme. Tengo los músculos tan tensos que creo que hasta podría atravesar un muro hecho de ladrillos—. ¿Si quiero controlar cuándo te corres? ¿Hacerte esperar hasta que...?

—Sí —responde, aunque ahora lo hace casi jadeando. Se sonroja, le sube y baja el pecho con pesadez y el jersey de hombros descubiertos le resbala un poco más por uno de los brazos, siguiéndole la línea de la clavícula—. Por favor.

—Empecemos así, pues. Si quieres que hagamos...

—Sí —me corta—. Por favor, Bennett. Te...

—Shhh —le digo con firmeza—. Quítate el jersey y túmbate para mí.

Me he imaginado esto en un sinfín de ocasiones. He investigado profusamente a lo largo de los años. Incluso hablé del tema con mi psicóloga cuando me preocupaba que me pasara algo raro por querer lo que quería, pero ahora sé que todo esto es lo correcto. Los nervios que suelo sentir resultan abrumadores, pero, cuando la veo a ella debajo de mí, todo cambia.

Paloma Blake está desnuda de cintura para arriba, tumbada sobre sus sábanas blancas como si de agua se tratase. Tiene el pelo despeinado, la coleta medio deshecha, y su generoso pecho se mueve con cada respiración mientras ella tiembla.

Alargo el brazo despacio y le paso los nudillos por la barriga y entre los pechos.

—Eres perfecta de los pies a la cabeza, ¿lo sabías? —susurro con reverencia antes de bajar el tono y añadir—: Apriétate las tetas, P.

Se le escapa un gemido mientras roza los muslos entre sí, desesperada por notar esa presión. Se los separo y le coloco la rodilla entre las piernas sin llegar a tocarla.

—¿Confías en mí para que te mime?

Asiente con los ojos centelleantes.

—Dímelo.

—Confío en ti.

—Bien, amor. Eres buena conmigo, ¿a que sí? —La beso en la frente—. Me cuidas sin intentarlo siquiera. ¿Ese día en la habitación del hotel? ¿Cuando me ayudaste con la lesión? Me cuidaste tan bien... Y me pusiste tan cachondo... Solo me pasa contigo.

—Mmm —coincide ella, exhalando—. Bennett, por favor...

—Ábrete para mí, P.

Me bajo los pantalones y el bóxer antes de quitarme la camiseta y gatear hasta volver a colocarme en ese espacio entre sus piernas, estudiando las curvas de su cuerpo mientras me toco con calma. Es tan guapa... Caderas anchas, muslos gruesos, una cintura bien marcada, y esas grandes tetas que se está apretando, acatando mis órdenes como si nada.

Paloma siempre ha estado tan buena que parece que no sea ni de este mundo, y no solo lo pienso yo. Siempre me ha enfurecido ver cómo hablan los demás de ella. Pero es que Paloma Blake es la mujer más sexi que he visto en la vida; eso es una verdad como un templo.

Ha sido la protagonista de todas mis fantasías. E incluso ahora siento la necesidad de tocarla, de asegurarme de que sea real.

Separa sus carnosos y aterciopelados labios en cuanto le meto la polla en la boca, centímetro a centímetro. No puedo contener el gruñido que se me escapa a medida que se la hundo más aún.

—Eso es, amor. ¿Puedes metértela más?

Paloma asiente y me mira. Se la meto un par de centímetros más antes de que ella eche la cabeza hacia delante, como si quisiera intentar hundírsela toda. Le entran arcadas y se le humedecen esos ojos de cervatillo.

Se la quito, alejándosela de los labios mientras la sujeto con cuidado por la mandíbula y el cuello.

—No voy a hacerte daño ni a hacerte sentir mal, P. —le recuerdo con un tono bajo y con una pizca de enfado en la voz—. Decido yo cuánto te la meto, ¿entendido?

Asiente.

—Lo siento —responde.

Me agacho y le doy un beso casi reverente en la frente, secándole cualquier atisbo de lágrimas con cuidado.

—Buena chica, P. Qué bien te portas conmigo. ¿Ves?

Vuelve a asentir.

—Abre. Deja que te la meta.

Obedece de maravilla; dulce, tierna y dócil bajo mis manos. Lo que me vuelve loco es que confíe en mí, que se sienta a salvo conmigo.

En cuanto le toco el labio inferior con la punta, exhala con pesadez y pregunta con falsa bravuconería:

—¿Piensas follarme la boca?

Niego con la cabeza.

—Hoy no. Hoy, te aguantarás estas bonitas tetas bien juntas para mí y dejarás que te las folle. —Sigue con la boca abierta y se le escapa un gemido bajo y ahogado y perfecto—. Pero, primero, me la vas a dejar húmeda y lista para ti, cariño. Aquí, tumbada, relajada, y siendo todo cuanto necesito, amor.

Al oír mis palabras, se le escapa un sonido que queda a medio camino entre un grito y un gemido y arquea un poco la espalda.

«Mía, mía, mía», canturrea una voz en mi cabeza.

42

Paloma

PRESENTE

Aquí, encima de mí, con todo su poder y masculinidad, Bennett es embriagador. Exhalo con fuerza mientras él acerca la mano al punto en el que tanto lo necesito. Siento que me palpita el cuerpo entero, como si fuese todo un corazón en sus manos.

Y, ahora, me está volviendo loca. Me sujeta un muslo abierto contra la cama para mantenerse firme mientras, hambriento, me pasea la boca por los pechos.

—¿Te han dicho ya lo buena que eres? —pregunta irguiéndose de nuevo mientras me sube por el cuerpo y sigue acariciando mis endurecidos pezones con los dedos—. ¿Que te mereces que te adoren y te mimen así?

Me encaja la erección entre los pechos (que continúo apretándome) y se introduce entre ellos mientras lo miro fascinada. Recuesta su enorme cuerpo sobre mí sin llegar a tocarme. Es tan grande y amenazante que parece un antiguo dios al que venerar.

Aunque quien se siente venerada soy yo, por él.

—Dios, P. —gruñe—. Llevo pensando en esto... Tres putos años. —Resopla al exhalar para apartarse unos cuantos rizos de delante de

los ojos—. Pienso siempre en ti. Siempre.

Sus palabras vuelven a estar cargadas de ardor y vulnerabilidad, una mezcla que me hace gemir y buscar impaciente una caricia en el aire. Bennett se mueve, apoya un brazo en un lateral para sujetarse y no dejar caer todo su cuerpo en mí, y baja el otro para tocarme entre las piernas.

Al estar en esta posición, queda un poco echado hacia atrás, de modo que tengo unas vistas perfectas de su mullido pecho, cubierto por unos cuantos rizos de un castaño oscuro. Todo en Bennett es embriagadoramente poderoso.

El gemido que se me escapa es ensordecedor, lascivo y posiblemente cero sensual, pero Bennett cierra los ojos como si de una sinfonía se tratase.

—Eso es, P.

Roza la unión de mis labios con los dedos, abriéndome con destreza. Se ha pasado años estudiándome el cuerpo, analizando cada una de mis respiraciones para interpretarme con semejante facilidad.

Como si fuese un maldito poema.

—No quiero más, amor. Solo quiero hacer que disfrutes. Fóllame los dedos.

Lo hago mientras lo miro igual que él me mira a mí. Todo se vuelve sumamente intenso de inmediato, como siempre que estoy bajo sus cuidadosas y callosas manos.

Bennett pronuncia palabras como si me las estuviese grabando con tinta en el cuerpo. «Qué buena eres conmigo, amor» o «Uy... No, P., todavía no. Aguanta». Y lo dice con tanta firmeza que no puedo sino obedecer.

—Por favor, Bennett, por favor... Deja que me...

—Jo-der —gruñe él.

Echa la cabeza hacia atrás y deja su grueso y tenso cuello a la vista mientras empieza a mover las caderas con brío y se corre de golpe entre mis pechos. El simple hecho de verlo así de suelto me hace estallar más deprisa. Abro la boca y grito con la voz grave y cargada de aire.

Bennett cambia de posición y se coloca a mi lado mientras sigue masturbándome y aproximándome cada vez más al clímax. Me acerca la boca al oído para susurrarme con ternura y hablarme sin cesar mientras yo me corro con vehemencia; con más fuerza que en el hotel, con más vulnerabilidad y sin las emociones que sentí en aquel momento.

No. Ahora es todo calidez, ligereza y plenitud. Es como si nunca me hubiese ocurrido nada malo. Solo estamos Bennett y yo, como si llevásemos juntos toda la vida, con esta cercanía y sin margen para el dolor.

—¿Bien? —me pregunta, dejándome un beso en las mejillas antes de besarme la comisura del labio. Sonrío, sonrojada, mientras él me estudia de forma casi obsesiva—. Palabras, Paloma.

—Bien.

Me lleva al baño y abre el grifo de la ducha con una mano mientras, con la otra, me deja de pie con cuidado. Pero continúa sujetándome cerca de él, apoyándome la otra palma de la mano con firmeza en la nuca para que siga pegada a su pecho.

Nos duchamos. Bennett me lava el pelo con la misma ternura de siempre.

—Echaba de menos esto —confieso, vulnerable y echa un flan en sus brazos.

Le paseo los dedos por el pecho mientras él me mueve la cabeza y me ordena delicadamente:

—Recuéstate, P.

Luego, con una risa casi sensual, añade:

—Ya sabes cómo me gusta tu pelo. —La voz le suena densa y rasposa, y a mí se me enciende el cuerpo. Ya vuelvo a desearlo—. Me paso las horas pensando en eso; me lo imagino en mis manos, en mi piel. —Me apoya una mano en la frente para intentar que no me caiga agua a los ojos mientras me aclara el acondicionador que con tanto cuidado me he aplicado—. También te lo cepillaré —anuncia con la boca pegada a mi cuello.

Asiento, aunque no fuese ninguna pregunta.

Después de que Bennett me seque el cuerpo con una suave toalla, se la envuelve por la cintura y me pasa su camiseta por la cabeza antes de cepillarme el pelo, sentados en mi cama, completamente deshecha. Trato de tumbarme a su lado, pero él niega un poco con la cabeza.

—Ven aquí —me dice, tirando de mí para que me apoye en su pecho y quedando él recostado contra el cabezal.

Me siento ligera y soñolienta, pero Bennett todavía parece tenso. Ansioso, casi.

—¿Ha estado... bien? —me pregunta.

—Sí —respondo cogiéndole la mano y acercándomela a los labios para besarle los dedos—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por?

Lo pregunta tan deprisa que arrugo la frente.

—Si te molesta algo, podemos hablar del tema.

Me viene un pensamiento oscuro y me planteo, por un buen minuto, si verbalizarlo o ignorarlo. La chica que he sido durante años lo ignoraría. Pero, con Bennett, quiero tener algo real.

—Si te molesta algo... —intento insistir—, el sexo no hará que desaparezca.

—¿Te arrepientes? —me pregunta con un nudo en la garganta.

Me giro en sus brazos y lo miro con los ojos llenos de súplica mientras lo cojo por la barbilla para que me mire.

—Dios, Bennett, no. Pero no quiero que... No quiero que recurras al sexo solo por...

Abre los ojos como platos y se yergue, apartándome los brazos de los costados. Hunde la cara en las manos e implora:

—No... Por Dios, P., no. Lo siento muchísimo. Yo nunca... No te estoy utilizando. Te juro que no era esto. Me... me...

—Bennett —le digo, alto y claro. Cambio de posición, me arrodillo entre sus piernas y me siento sobre los talones mientras le cojo la cara con ambas manos y le doy un delicado beso en los labios—. *Nunca* pensaría que me estás utilizando. Jamás. Solo quiero asegurarme de que sepas que, si algo te molesta, puedes hablar conmigo.

—¿Igual que hiciste tú conmigo?

Me estremezco y retrocedo un poco. Él niega con la cabeza, pero deja que lo siga abrazando.

—Perdona. No debería...

—No. Me lo merecía. —Exhalo, pero continúo—: Lo siento. Nunca quise hacerte daño. Es solo que... no estaba bien.

—¿Y ahora ya sí?

En su voz noto una esperanza a la que me aferro como si no hubiera un mañana.

—Sí. Eso intento, al menos. —Me recuesto contra el cabezal, a su lado, y le paso las piernas por encima de la cintura mientras él me acaricia con los dedos y me agarra el tobillo—. De hecho, he estado yendo a terapia.

Me avergüenza reconocerlo, lo cual resulta absurdo. Ahora, todo Cristo va a terapia; es lo normal. Saludable, incluso.

A Bennett se le dibuja una sonrisa muy sutil en el rostro.

—¿Ah, sí? Qué... Qué bien, P.

Asiento y me muerdo el labio.

—¿Desde, eh..., desde cuándo vas? Si quieres contármelo.

—Empecé a principios del semestre. Estoy... estoy intentándolo. Estoy intentando cambiar.

—¿Fuiste de pequeña?

Niego con la cabeza. Una vez, cuando los del Servicio de Protección a Menores investigaron a mi madre, un juez ordenó que me llevaran a terapia. Pero dudo que cuente.

—No, pero creo que me está ayudando. O que... —Me encojo y sonrío de medio lado—. Bueno. A lo mejor algún día no seré tan desastre.

Estoy bromeando, pero Bennett no se ríe.

—No eres ningún desastre, P. —susurra dándome un apretón en el muslo y tirando de mí para colocarme completamente encima de su regazo. Me coge la mano y me masajea la palma y los dedos al hablar—. En absoluto. Pero creo que está genial que vayas a terapia. A mí siempre me ha ido bien.

Asiento, ahora con una sonrisa más tierna. Porque sé que Bennett lo dice en serio; que me ve como a una persona sólida y maravillosa, y no como el desastre que soy en realidad. Y resulta esperanzador.

Me siento igual que cuando me lanzo al agua y noto ese frescor primero.

—Deberíamos salir a cenar mañana.

Bennett abre los ojos como platos y se le tensa el cuerpo bajo el mío.

—¿En plan... cita?

Me muerdo el labio, titubeante, y lo estudio mientras él baja un poco la barbilla para mirarme a los ojos.

De repente, a Bennett se le dibuja una sonrisa pícara que no suelo verle. Me acomoda un mechón de pelo rubio detrás de la oreja y dice:

—Si fuese una cita, tampoco me importaría...

Sus palabras resultan electrizantes y me traen un montón de recuerdos. Son una muestra perfecta de la intensidad con la que ha cambiado todo entre nosotros. Me proporciona cierta esperanza pensar que..., que, a lo mejor, algún día, sí que encontraremos la forma. Juntos. Y tal vez este sea el primer paso.

—En plan cita, pues —respondo, acordándome de lo que me respondió él con la misma claridad con la que Bennett se ha acordado de cómo yo lo provoqué.

Me coge la mano y noto su roce en el alma, como si, poco a poco, estuviese llevándose toda la oscuridad. Para siempre.

43

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

NOVIEMBRE

—¿Y qué tal todo con Paloma?

Me yergo un poco más en el cómodo sofá de tela que queda delante de la doctora Anya. Hemos tenido que cambiar el día de visita porque tuve un partido entre semana, lo cual no suele pasar. Normalmente, cuando tenemos que mover las sesiones de día, me pongo más nervioso y me muestro menos dispuesto a hablar, así que me resultan casi contraproducentes. Sin embargo, hoy estoy un poco más ilusionado porque sé lo que me espera al salir.

—Bien. Este finde nos vamos por ahí.

—¿Los dos días? —pregunta, dejando entrever su estupefacción al arquear las cejas.

Estoy saliendo de mi rutina, yéndome a un sitio que no me resulta tan familiar y haciendo algo nuevo con otra persona.

—Sí. Nos vamos esta noche y volvemos el domingo. Como esta semana hemos jugado el jueves, tengo el fin de semana libre.

—Fantástico. Entonces, ¿os va bien?

—Sí.

—El último día me dijiste que le habías contado lo del TOC, ¿verdad? —Vuelvo a asentir y me repiqueteo los dedos con fuerza contra la rótula—. ¿Le has contado algo más sobre ti?

Casi todo el mundo sabe que tengo TOC o, como mínimo, se percatan de mis impulsos, pero no preguntan. Hay quienes incluso bromean un poco (sobre cómo limpio la equipación o acerca de cómo caliento) sin tener ni idea de lo serio que es para mí. No saben que es como si el cerebro me atacara con preocupaciones que, al verbalizarlas, parecen absurdas. No obstante, como soy incapaz de deshacerme de la sensación de que puede pasar algo sí o sí, tengo que hacer las cosas a mi manera. No siempre es una cuestión de querer y punto.

A veces, directamente, no quiero.

Sin embargo, tampoco voy presentándome por ahí en plan: «Bennett Reiner, autista y con TOC». Así pues, es algo que la mayoría de la gente desconoce. Solo soy Bennett Reiner: el portero de hockey a quien no le gusta la gente.

Y eso no es cierto, pero, bueno, no importa.

Aun así, quiero que Paloma lo sepa. Quiero que me conozca de esa forma que tan desesperadamente parece que quiere conocerme.

—Sí. Hablamos del tema del contacto físico —digo, y me muevo, inquieto, en el sofá—. Y se lo conté. Le hablé de mí, no solo del TOC.

La doctora Anya asiente. Da un golpecito con el boli, dos, y luego deja la libreta.

—Esta chica te importa.

—Mucho —respondo sin titubear.

—Háblame más de ella.

—Me gusta tocarle el pelo —respondo de manera impulsiva, y me sonrojo en el acto—. ¿Está...? ¿Está mal?

Frunce un poco el ceño.

—¿Tienes que tocárselo sí o sí? —me pregunta—. ¿Te entra ansiedad si no lo haces?

Niego con la cabeza.

—No. Solo me gusta... Me gusta notar el tacto. Me gusta tocárselo y lavárselo y...

—Entonces, no pasa nada —contesta ella con una sonrisa—. En todo caso, es algo bonito, Bennett.

Vuelvo a moverme incómodo.

—¿Y cómo va todo a nivel íntimo?

Ya he hablado de esto antes con la doctora Anya. En varias ocasiones. Me abrí con ella hace años, cuando pensaba que me pasaba algo raro porque no tenía ningún interés en mantener relaciones sexuales. Y luego volví a sacar el tema para comentar las cosas que sí quería hacer.

Este fin de semana es importante para Paloma, para mí, y quiero asegurarme de hacerlo bien a la primera.

—Va... bien —respondo con cautela, y levanto la mano para rascarme la nuca.

Ojalá mi padre me hubiese dejado cortarme el pelo. Me está creciendo demasiado y...

—¿Te importaría entrar en detalles?

—Hemos hecho... cosas. A veces me resulta un poco abrumador, pero me gusta. Me siento bien.

Vuelve a asentir.

—Bien. ¿Has hablado con ella sobre lo que te gusta? En las relaciones íntimas, quiero decir.

Ni de broma. Tener que gestionar mis primeras tomas de contacto con el sexo y el placer es una cosa, pero sacar a colación mis tendencias y la necesidad de control que siento es algo muy distinto. Y, con Paloma, dicha necesidad es aún mayor.

Me encojo de hombros y noto que me suben los colores.

—Solo quiero asegurarme de que lo estoy haciendo bien.

Tras una larga pausa que estoy seguro que a mí se me antoja más larga de lo que realmente es, la doctora Anya dice:

—El sexo es algo complicado. Para todo el mundo. No tiene nada que ver con tu diagnóstico, Bennett. Seguramente, a Paloma le genera tanto miedo y excitación como a ti. Creo que deberías recordarlo. Porque, al mantener este tipo de relación con ella, puede que se den momentos incómodos o estresantes. Pero no pasa nada. —Se recuesta y me estudia un segundo con una tranquilizadora sonrisa en los labios antes de sentenciar—: Esto es como todo en la vida. Se mejora con la práctica.

—¿Sí?

La doctora Anya asiente y se levanta, lo cual me indica que la sesión ha llegado a su fin. Lo sé porque tengo prohibido venir a las visitas con reloj o estresarme por el tiempo.

—Sí. Creo que deberías centrarte en la comunicación. Con eso basta. Pregúntale cosas, muchas. No temas comunicarte y menos cuando algo te abruma. Confía en ella y confía en ti.



—Vinieron a limpiarlo la semana pasada, así que debería estar todo en orden. Y pedí que llenaran la nevera con lo que me dijiste —me informa mi padre, cuya voz suena a través del altavoz mientras me meto en el aparcamiento de la resi de Paloma—. Y si necesitas...

—Sí —lo interrumpo—. Todo controlado, en serio.

Mi padre suspira con pesadez al otro lado del teléfono.

—Vale, vale. Estoy entrometiéndome. Ya lo pillo. Tú solo avísame cuando lleguéis y vuelve a escribirme cuando os vayáis, por favor. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —accedo—. Te quiero.

—Y yo a ti.

Colgamos justo antes de que alguien dé unos golpecitos en mi ventana. Paloma, con su mono, una sudadera de colores colgándole del hombro y el pelo recogido en un moño suelto. Me sonríe ilusionada. No lleva ni una gota de maquillaje, pero le centellean los ojos con un tono casi caramelo bajo la luz del sol.

Desbloqueo la puerta de la camioneta antes de que ella tire impaciente de la manilla, riendo, y se suba a trompicones a la cabina.

—Hola, Bennett —me saluda inclinándose por encima de la consola para darme un beso en los labios antes incluso de que pueda prepararme.

Se me acelera el corazón, como si quisiera salírseme de sitio y llegar hasta ella.

Me froto el pecho, sacudo la cabeza y le aparto la mirada.

—Hola, Paloma.

—¿Y Siete?

—Este finde se lo ha quedado mi padre.

Me estudia un poco más intensamente y pregunta:

—¿Seguro? Podemos llevárnoslo.

—Estaré bien.

Sin embargo, que se preocupe por mí y por mi perro hace que tenga otro motivo más para seguir obsesionándome con ella.

Deja la mochila a sus pies, pero yo la cojo y la coloco en los asientos traseros con cuidado, antes de subir el volumen y pasarle mi móvil a Paloma.

—He hecho una *playlist* para el trayecto —le digo separándome despacio de la acera—. Hay algunos de tus... poemas.

Guarda silencio y observa la lista de reproducción un buen rato mientras suena Bon Iver a través de los altavoces del coche. Cuando por fin me devuelve el teléfono, veo que ha cambiado el nombre de la *playlist*, que ha pasado de ser un número a llamarse «B + P».

El corazón me late con fuerza; noto en el pecho esa presión que tan bien conozco. Ahora, cuando desvío la vista hacia ella, veo que sonríe con más ternura, de forma más abierta y vulnerable. Como si no estuviera del todo convencida.

Le cojo la mano.

Y Paloma no me la suelta en todo el trayecto.



La casa no es tan aterradoramente gigantesca como algunas de las otras propiedades de los Reiner, pero es mi favorita. Es la única que reclamó mi padre, aunque solo viniéramos una semana o dos en verano.

Ahora estamos en invierno y hace demasiado frío para ir a la playa, pero esta pequeña y tranquila ciudad queda cerca de Chatham y de otros concurridos destinos en Cape Cod. Por lo general, la casa ofrece un espacio agradable, privado y perfecto para esto. Perfecto para ella.

Le digo que me espere para poder pillar su mochila y abrirle la puerta. No rechista cuando le cojo la sudadera y se la paso con cuidado por la cabeza; se la coloco bien y le arreglo el pelo despacio y con cuidado. Se pasa casi todo el rato mirando hacia el edificio que queda a mis espaldas.

Es una casa familiar que, en su día, construyeron para el más pequeño de los hermanos de mi padre. El elegante símbolo que hay sobre la entrada y otro que está tallado en la madera indican el año en que se construyó y el nombre que le pusieron: Speyside. Se lo puso mi abuelo en honor al lugar favorito de Escocia de su hijo menor.

Creo que a mi padre le entristece que la casa lleve el nombre del lugar donde su hermano descubrió su whisky favorito, porque lo que casi lo mató tan joven fue, precisamente, su adicción al alcohol. Porque el desencadenante de la relación de casi odio que hubo entre padre e hijos antes de que mi tío lo dejase todo atrás fue el alcohol.

Sin embargo, mi padre nunca ha quitado esos símbolos.

Es una casa de estilo clásico de Nueva Inglaterra, con arquitectura de tejas y un aire antiguo que contrasta con unos preciosos interiores modernos y bien aislados. La cocina en sí es incluso muchísimo mejor que la que tiene mi padre en casa; es como si, al renovarla, hubiese pensado en mí. La casa cuenta con tres habitaciones, todas bonitas, sencillas y más agradables que las que

hay en la casa de mi padre en Boston o en la extravagante mansión de mi madre.

Mientras le cuento tranquilamente a Paloma dónde queda todo, ella estudia las amplias y prístinas habitaciones con los ojos como platos.

—¿Paloma?

—¿Mmm?

Está mirando al otro lado de los ventanales, que dan a una playa oscurecida. No queda lejos, pero nos encontramos en lo alto de una colina. Enciendo el interruptor que hay cerca de la puerta y el camino que baja hasta el agua se ilumina.

—Voy a preparar algo para cenar —susurro colocándome abruptamente detrás de ella, soltándole el moño con los dedos y acariciándole el pelo hasta que le cae con suavidad por la espalda—. ¿Por qué no te sientas cerca del mar?

—¿Puedo? ¿En serio?

—Claro. —Cojo una de las mantas más gruesas que tenemos en una de las cestas de mimbre que hay al lado del sofá y se la paso—. Fuera hace frío. Llévate una manta.

—Vale —responde medio en trance, sin apartar los ojos del amplio y oscuro océano.

Le explico cómo encender la hoguera mientras el sol se pone a lo lejos.

No tardo demasiado en calentar el ramen que ya he cocinado por la mañana, con una suave panceta también caliente y unos *noodles* gruesos que he comprado en mi supermercado asiático de confianza. Lo pongo todo en unos termos que encuentro en un armario alto y vuelvo a colocarme la camisa de franela antes de salir

fuera, donde me recibe un aire fresco que se va volviendo más y más cortante a medida que oscurece.

—Hola, amor —le digo a Paloma, que está cerca del vaivén de las olas—. ¿Tienes frío?

Niega con la cabeza.

—Estoy bien —responde.

Le paso un termo y le toco la palma con los dedos para asegurarme de que no esté helada pero no me lo quiera decir.

Avivo un poco más el fuego y me siento a su lado, en el banco que ella misma ha escogido.

La observo en silencio. La delicada pendiente de su barbilla y su esbelta y respingona nariz. La perfecta simetría de su cara y esas mejillas sonrosadas, cortesía de estar tan cerca del fuego. Remueve la sopa con la cuchara y muerde unos cuantos *noodles* antes de mirarme con timidez.

—No tengo hambre.

Río nervioso.

—Yo tampoco —contesto.

La verdad es que sí que estoy hambriento, pero no de comida, sino de ella. De toda ella. Quiero saborear hasta el último centímetro de su piel y disfrutar de Paloma hasta reventar. Hasta que mis obsesivos pensamientos empiecen a desaparecer.

Le acaricio el muslo con los dedos.

—¿Puedo prepararte una ducha caliente? Hace frío.

Paloma sonríe.

—Solo si te duchas conmigo.

Asiento y me levanto un poco bruscamente antes de cogerla y llevarla en brazos. Paloma se ríe, un sonido que se cuela en mi

interior como un chute de adrenalina.

—Sujétate a mí.

44

Paloma

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

NOVIEMBRE

Bennett me lleva en brazos hasta casa, sube las escaleras y me sienta en la encimera del lavamanos de mármol oscuro que hay en el baño principal. Abre el agua caliente de la ducha y deja que el vapor lo inunde todo.

Cuando pasa por mi lado para sacar unas cuantas toallas, lo cojo por la camiseta y tiro de él para besarlo con fuerza. Sonríe con la boca pegada a la mía y se separa.

—Huelo a fuego —dice acariciándome la mejilla con la mano y hundiéndome las puntas de los dedos en el pelo.

—Mmm. —Lo envuelvo con las piernas para acercarlo a mí y le beso el cuello—. Me da igual. Te necesito.

Se ríe. Su risa hace que me sienta más ligera por dentro.

—Estoy aquí —responde—. Siempre.

Lo suelto para que pueda prepararlo todo hasta dejarlo como a él más le guste.

—Métete —me dice antes de girarse hacia la pared para que pueda desnudarme.

Bennett me sigue. Los dos nos hemos quedado sin ropa, pero no nos miramos. Clavo la vista en la pared de azulejos y dejo que la calidez del gran cuerpo de Bennett me cubra la espalda completamente en cuanto él también se mete en la ducha humeante.

—Quiero hacértelo aquí, bajo el agua —confiesa con la voz rasposa y la boca pegada a mi oreja, pasándome las manos por el pelo, despacio, para lavármelo—. Donde te sientas a salvo y no haga frío.

Cierro los ojos y se me encoge el corazón. Me relajo complacientemente entre sus fuertes brazos bajo el caliente espray de la ducha.

—Pero no puedo hacértelo lento. Y, siendo egoísta, quiero que nuestra primera vez sea en una cama. —Me mordisquea la oreja y un escalofrío me recorre entera—. Pero... ¿La siguiente?

Giro la cara para mirarlo por encima del hombro y veo que tiene una apabullante sonrisa pueril en los labios; una que nunca le había visto. Está tan guapo que hasta me duele. Me gira hacia él y le rozo el pecho con el mío. Me coge la barbilla con los dedos, con cuidado, y me levanta la cara para poder aclararme la espuma del pelo.

No puedo dejar de mirarlo. Se me escapan las palabras de la boca como si nada.

—Necesito que sepas que eres la primera persona con quien he elegido hacerlo de verdad. Que es la primera vez que... lo he deseado —admito.

Puede que no sea verdad. A veces, me cuesta acordarme de qué pasó; no es sencillo recordar que no fue culpa mía, que, a pesar de que no me opusiera directamente, yo no quería hacerlo.

«Él te hizo daño», intento decirme a mí misma, a pesar de que la voz que oigo tiene un tono más oscuro, más siniestro, y me grita: «¡Se lo pediste tú!».

Se me revuelven las tripas de nuevo y el calor de la ducha hace que me sienta ligeramente mareada. Pero me agarro a Bennett. Tiene la mandíbula bien apretada y atisbo un fuego abrasador en sus ojos, tan azules; aun así, no me interrumpe. Su cuerpo entero parece aún más firme. Eso hace que me sienta más tranquila, más a salvo.

Su mera presencia, aquí, conmigo, consigue acallar mi mente y relajarme.

—Nunca he deseado nada tanto como esto —digo poniéndome de puntillas para besarlo apasionadamente y distraerlo todo lo que puedo de la profunda confesión que acabo de soltarle bajo la seguridad del agua y de sus brazos.

El agua sigue cayendo caliente cuando Bennett cierra el grifo, coge una toalla y me cubre los hombros sin bajar la vista en ningún momento. Aunque a mí me gustaría que lo hiciera. Se envuelve otra por la cintura, levanta la vista de nuevo hacia mí y me ayuda a escurrirme el pelo antes de acercarme a él y abrazarme con la toalla todavía puesta para que entre en calor.

—Te dejo para que te cambies —dice antes de salir del baño, adentrándose en la oscura habitación y cerrando la puerta tras de sí.

Me visto en cuestión de segundos. El corazón me late desbocado: me muero de ganas de estar con él.

Bennett está ahí, secándose meticulosamente los rizos con otra toalla; sin embargo, al oír que abro la puerta, se detiene. Gira la cara

por encima de uno de sus gigantescos hombros y me mira con esos oscuros e intensos ojos.

Nos quedamos mirándonos durante un minuto bien largo. Se me acelera el pulso y oigo cómo me late en los oídos; es como las olas del océano que hay justo fuera.

Camina hacia mí, vacilante. La luz de la luna le tiñe el cuerpo al colarse a través de los ventanales que cubren la pared.

Bennett es más grande que la mayoría de los chicos, pero camina casi siempre encogido. Ahora, a excepción de la sutil curvatura de sus hombros, está completamente erguido. Entre sus anchos hombros y su amplia espalda, ocupa muchísimo espacio. Tras la ducha, le centellea la piel; está musculado, aunque no cincelado. Es más grande y está menos definido que el resto de chicos.

Se sujeta la toalla azul que lleva envuelta alrededor de la cintura con una única mano, imitando la misma postura que he adoptado yo frente a él.

Soy la primera en soltarla, dejándole todo mi cuerpo al descubierto. En la ducha, Bennett ha procurado quedarse detrás de mí. Y yo nunca he estado de pie frente a él, desnuda, sin nada y vulnerable.

Me estudia el cuerpo lentamente, con una mirada intencionada y cuidadosa en sus ojos azules como el océano que hay fuera. La forma en que me mira no es para nada obscena. Aunque sí es intensa. Pasional. Es como si notar sus ojos en mi cuerpo me confiriese poder en lugar de arrebatármelo.

Recompensa mi valentía haciendo lo propio: quitándose la toalla de la cintura y acercándoseme.

Desvío la vista hacia sus caderas y el vello fuerte que baja hacia su miembro, empalado y duro contra su abdomen. Ya sabía que la tenía grande (Bennett es demasiado grande en sí como para que no fuera el caso), pero, al vérsela, se me entrecorta la respiración.

Ambos damos un paso al frente y nos encontramos en un punto medio. Me siento al final de la cama y retrocedo un poco al ver que él también se sube, instándome a que yo siga retrocediendo cada vez más sin abrumarme ni insistir. Apoyo la cabeza contra la almohada de seda, con los rizos enmarañados y húmedos. Tengo la piel de gallina, pero noto la calidez de su cuerpo contra el mío.

—¿Lento?

—Lento —responde, acercándome la mano a la cadera—. Si quieres parar, dímelo.

—No quiero.

—P. —dice con un tono suave y con todo su cuerpo cuidadosamente inclinado sobre mí. Los rizos marrones color miel caen por su frente—. Prométeme que, si quieres parar, me lo dirás.

—Te lo prometo —le digo, y asiento—. Y si a ti no te gusta algo, también tendrás que decírmelo.

—Lo haré —responde asintiendo—. Eres preciosa.

—Por favor... —digo medio gimiendo, aunque no me avergüenzo en absoluto—. Tócame.

Con los ojos como platos, veo que me acaricia las caderas y va subiéndome la mano hacia los pechos.

Juguetea con mi cuerpo con los dedos, con un tacto seguro y firme, como si ya hubiese decidido qué hacer con antelación. Como si lo hubiese planeado y meditado largo y tendido, más que yo. Y ahí

me doy cuenta de que me he quedado medio petrificada. Que, por primera vez en mi vida, estoy dándole vueltas al tema.

—¿P.?

«Ya lo he hecho antes. Es solo sexo».

Me pasa el dorso de su enorme mano por la clavícula con un roce suave como una pluma, me acaricia el cuello y me coloca el pelo detrás de la oreja.

—¿Paloma? —dice de nuevo, y se aleja de mí.

Al perder su calor corporal, me siento como si acabasen de arrojarme un cubo de agua helada encima. Lo miro casi con lágrimas en los ojos, temblando.

—Perdona. No sé qué hacer...

Se le relaja la expresión y me da un delicado beso en la frente.

—Bésame.

Esa orden hace que se me relaje algo en el pecho. Me yergo y alargo los brazos para acercarlo a mí y besarlo con fuerza, casi con desesperación.

Se acomoda entre mis muslos y me los separa aún más con su ancho cuerpo. Me masajea con la mano izquierda para relajar el tirón, acariciándome el interior del muslo derecho, mientras apoya la otra mano en el colchón, al lado de mi cabeza; eso es lo único que le impide dejar caer todo su peso contra mí.

Bennett separa los labios de los míos y me besa el cuello y el pecho. Me besa un endurecido pezón antes de cambiar al otro mientras dibuja círculos con los dedos en mi húmeda piel.

—Enséñame cómo te gusta —me pide, soltándome el pezón que ha estado asaltándome con sus suaves y delicadas caricias—. Quiero que disfrutes. Necesito que me digas cómo.

—Las tengo bastante sensibles. No me las aprietes demasiado; solo un poco.

Muevo los dedos sobre mi piel y me estremezco ante las olas de placer que me azotan el cuerpo.

—Vale.

Me da un rápido beso en los labios y baja la cabeza para apartarme las manos de ahí.

Todo se vuelve perfecto enseguida. Tan perfecto que levanto las caderas involuntariamente.

—¿Te gusta?

—Sí.

Muevo las caderas bajo su cuerpo.

—¿Quieres que siga?

—Quiero que... que me folles.

Decirlo me resulta extraño. Es como si fuese lo correcto y, a la vez, algo que no debería haber dicho. La inseguridad me lleva a achicarme bajo su cuerpo mientras, desesperada, intento acercar a Bennett a mí en un débil intento por tranquilizarme.

—Todavía no —responde con la boca pegada a mi cuello, dejando que tire de él hasta que me cubre con todo su cuerpo. Le beso el cuello para deshacerme del miedo y de la ansiedad; estoy tan preocupada que casi me tiemblan los labios—. Quiero hacerlo todo contigo. Llevo toda la vida esperando este momento y, contigo, quiero tomármelo con calma.

Vuelve a separarse de mí y siento que me da un vuelco el corazón, pero lo suelto. Bennett sonríe, sobre mí, tan enorme como es, y me acaricia el pómulo con el pulgar en unos cuidadosos y relajantes roces.

—Deja que te mime, ¿vale?

Asiento antes de morderme el labio y alargar los brazos para abrazarlo.

Se ríe, y ese sonido se me cuela en las venas, como si de una droga se tratase. Se tumba encima de mí, solo que un poco más abajo.

Sus rizos marrones me hacen cosquillas en la barriga. Se detiene, pero continúa justo encima de mi ombligo.

Noto la calidez de su boca en mi piel y me sonrojo porque nunca nadie me había hecho esto. Besa, lame y mordisquea la parte más sensible de mi cuerpo. Puede que Bennett Reiner sea virgen, pero ha convertido el descubrir mi cuerpo en un arte; se ha tomado el tiempo para aprender dónde tocarme y llevarme al límite. Me corro con fuerza, rápido, sintiéndome extremadamente sensible y separando la espalda de la cama al arquearme. Él alarga el brazo y me coloca la mano en el estómago para recostarme de nuevo. Para estabilizarme.

Bennett siempre me estabiliza.

Y luego vuelvo a hundirme entre las sábanas y veo la meticulosidad con la que se pone un preservativo, se yergue para acercar su cuerpo al mío y se acomoda entre mis piernas.

—¿Confías en mí? —me pregunta.

Asiento mirándolo fijamente a los ojos. Siempre.

—Sujétate a mí —me pide.

Al oírle repetir esas palabras, se me relajan mente y músculos por igual. Bennett se cuela en mi interior con una fuerte embestida.

Arqueo la espalda al notar su enorme tamaño. Lo noto en todas partes; es como si estuviese en lo más profundo de mi cuerpo

permanentemente. En cada rincón.

Se me escapa un grito y lo agarro por sus carnosos hombros con fuerza, clavándole las uñas. Él para de inmediato. Frunce el ceño, sudado y mojado por sus húmedos rizos; el agua le resbala por los delicados pómulos y gotea de sus hinchados labios.

Me estudia con atención.

—¿Es... demasiado?

Me río y el cuerpo entero se me relaja a su alrededor para que pueda hundirse en mí un poco más. Solo Bennett preguntaría algo así, tan tranquilamente y sin ser para nada consciente del matiz sexual de su pregunta. Porque es auténtico.

—Solo necesito un segundo —respondo.

Él asiente antes de inclinarse para acercárseme más, colocándome una mano debajo del cuello para levantarme un poco hacia él, cual ofrenda, e ir besándome el cuello tiernamente.

Su atención es como una caricia mágica, y yo me relajo alrededor de su sexo. No soy virgen, pero hace más de un año que no me acostaba con nadie. Además, no he hecho nada yo sola porque me daba demasiado miedo probar algo. Así que, aparte de las manos y la boca de Bennett (y, ahora, la gigantesca polla que tiene entre las piernas), hace muchísimo que no notaba nada ahí.

Y, en cierto modo, por más que pensara que me aterraría y me sentiría abrumada, no es el caso. Aquí, con él, envuelta en sus brazos, con Bennett en mi interior, me siento más a salvo de lo que me he sentido jamás.

—Vale. Ya estoy preparada. Porfa.

Bennett se mueve y una especie de descarga eléctrica me recorre por completo. Lo noto en todo el cuerpo; no hay parte de mí a la

que no llegue. Ya sea tocándome con los dedos, con el alma o con las palabras.

Lo hace despacio, con cuidado. A pesar de lo grande e intensamente intimidante que es, conmigo siempre ha sido así. Cuidadoso. Amable. Tengo todo su cuerpo encima, tan cerca que le rozo el vello del pecho con los pezones. Bennett se agarra a la curva de mi cintura con ambas manos. Todo en él parece más grande. Incluso su alma. Nadie diría que solo tiene dieciocho años.

Y yo quiero estar aquí, envuelta en él, para siempre.

Me hace el amor a un ritmo que parece que esté hundiéndose en mi médula. Para no poder escapar nunca. Para quedarse ahí para siempre. Nunca me habían tocado así; jamás me habían cuidado así; nunca me habían *amado* así, si es que esto es amor. A lo mejor, podría serlo.

—Bennett —suspiro.

Se me van cerrando los párpados a medida que el orgasmo empieza a adueñarse de mí. No con suma intensidad, pero sí reluciente y de forma prolongada.

—Ah, Diosss, Paloma... —farfulla—. Noto cómo me aprietas. Joder...

Al oír sus palabras, me contraigo aún más a su alrededor y mi orgasmo no tarda en duplicarse, porque Bennett comienza a jadear y a embestirme perdiendo su cuidadoso control. Casi nunca suelta tacos. Oírlo es como si acabasen de inyectarme adrenalina directamente. Porque sé que soy yo quien hace que se sienta así.

Creo que podría correrme solo con sus reacciones.

—Bennett, por favor...

—Estar dentro de ti es increíble. Eres perfecta —exhala.

—¿Vas a correrte? —le pregunto medio farfullando medio gimiendo.

—Sí —contesta jadeante—. ¿Puedo? ¿Puedo correrme dentro de ti? —Se le escapa un gruñido con la boca pegada a mi oído—. Necesito correrme dentro de ti, amor.

Sé que lleva el preservativo puesto, pero sus palabras me resultan muy intensas y embriagadoras. Asiento, me agarro con fuerza a sus musculados hombros y noto la suavidad de su barriga contra la mía mientras él mueve las caderas con fuerza antes de que se le tensen los abdominales y su boca se separe de mi cuello.

—Eres la única persona que me ha importado jamás —susurro. Esta débil confesión se me escapa sin querer. Pestañeo para deshacerme de las lágrimas y Bennett ralentiza el ritmo—. En toda mi vida.

Me muerde el hombro.

Vuelvo a correrme y le hundo los dedos por detrás de la cabeza, como si así pudiese mantenerlo aquí. Como si así pudiese hacer que su marca se quedara grabada en mi piel para siempre.



Nos quedamos tumbados sobre las arrugadas sábanas bajo la luz de la luna. Estoy encima de él. Su *playlist* suena bajito a través del altavoz que tiene en el alféizar; la canción de Iron & Wine me relaja y me acuna al colárseme por los oídos, compitiendo con los latidos del corazón de Bennett. Aun así, yo sigo llena de energía, a pesar de que él parece agotado y saciado, y está guapísimo. Es tan guapo y

está tan fuera de mi alcance que, en parte, me sorprende que esté aquí, conmigo.

—¿Cuántos años tenías? Quiero decir... cuando te diste tu primer beso.

Bennett se sonroja ante mi pregunta, a pesar de estar desnudo y envuelto en mis brazos.

—Dieciséis. Fue con una chica a la que le gustaba mi mejor amigo. Creo que estaba intentando llamar su atención o ponerlo celoso.

Sonrío y sacudo la cabeza mientras le acaricio la frente con los dedos.

—Imposible. Eres perfecto. Y muchísimo mejor que él.

Bennett niega y responde:

—Pero si no sabes ni quién es...

—Me da igual —susurro con la boca pegada a la suya—. Yo solo quiero estar contigo.

Estoy casi embriagada de él. El corazón me late con fuerza, como si fuese a salírseme del cuerpo y hundirse en el de Bennett.

Noto una vertiginosa sensación en el pecho que me recuerda a las mariposas. Una sensación que parece sacada de un cuento de hadas y que nada tiene que ver con el ansioso malestar que suelo sentir después del sexo.

—¿Y tú? —se interesa, apartándome el pelo de la cara con ternura mientras yo me acurruco contra el bíceps del brazo con el que me está abrazando.

—¿Yo qué?

—Quiero saberlo todo —dice enfatizando especialmente en la última palabra y dándome un embriagador beso—. ¿Cuándo te diste

tu primer beso? ¿Te has enamorado alguna vez? ¿Cuántos años tenías cuando hiciste el amor por primera vez?

Algo se me remueve en el estómago y la ansiedad se adueña de mí en un instante. Me separo de él de golpe y retrocedo un poco. Bennett se sienta y se me acerca, como si quisiera cogerme, mantenerme cerca, pero contiene el impulso.

—¿Por... qué me lo preguntas?

«Para. No lo sabe. No lo sabe».

Pero da igual. No puedo contenerme y suelto:

—Te lo estás cargando. Estás cargándotelo todo.

A Bennett se le queda la misma expresión que si acabase de pegarle una bofetada, pero no se separa. En lugar de eso, se me acerca aún más.

—Frena —me ordena, a pesar de que su voz no es más que un suave susurro. Me coge por la muñeca y me coloca la otra mano en la mejilla; me apoya el meñique con firmeza en la parte inferior de mi barbilla y me acaricia el labio inferior con el pulgar, despacio—. Paloma...

—No quieres saberlo.

Intento negar con la cabeza, obligarme a salir por patas. Pero no puedo. No quiero. Mi cuerpo se niega a hacer nada bajo sus fuertes y sólidas manos.

—Nada de lo que puedas decir me alejaría, P. —me dice, seguro de sí—. Cuéntamelo.

Una lágrima me resbala mejilla abajo y acaba de caer suavemente por la punta de sus dedos.

—Me besaron por primera vez a los diez años —le explico con un nudo enorme en la garganta.

Oigo a esa versión pequeña de mí misma gritando «¡Para, para, para!» mientras se tapa las orejas con las manos. Es como si supiera que no debería estar contándole esto. Que, si lo hago, Bennett se alejará.

«Mejor. Esto es lo último que le conviene».

—Era uno de los... amigos de mi madre.

Veo cómo mis palabras y lo que esconden lo hieren.

Resopla por la nariz. Asiente.

—¿Qué más?

Frunzo el ceño.

—Te... Es que no...

—Alguien te hizo daño —señala con el ceño fruncido. No es ninguna pregunta, sino una afirmación, como si pudiera ver todo lo que yo tan desesperadamente quiero esconder—. Cuéntamelo, Paloma. Déjame apoyarte. Confía en mí, por favor.

Sus palabras son una súplica. El sollozo que he intentado acallar se me escapa solo, doloroso y desvalido.

—¿Qué más? —vuelve a preguntar Bennett.

—Da igual.

—Paloma...

—¡Para! —exclamo, más alto de lo que pretendía. Vuelvo a separarme de él—. Por favor, Bennett. No quiero... No puedo hablar de esto aún. Es... Por favor.

—Vale —contesta, y levanta las manos en un gesto apaciguador que debería ser igual de relajado que su tono.

Permanecemos sentados y en silencio en este desastroso momento que yo solita me he encargado de crear. «Acabas de

cagarla tú. Igual que la cagaste con él. Igual que la cagas con todo».

Bennett se levanta, despacio, desnudo, sin sentir la necesidad de cubrirse con algo de ropa. Yo, en cambio, me he tapado con la sábana.

—No has comido —dice con la vista clavada en el suelo—. Sé que tienes hambre. Voy a prepararte algo, ¿de acuerdo?

Asiento, demasiado asustada para hacerle las preguntas que me abrasan la garganta. «¿Estás enfadado?», «¿Me odias?», «¿Te arrepientes de todo lo que ha pasado?».

Alargo el brazo para cogerle la mano, pero el corazón me da un vuelco y me contengo. No me parece justo tocarlo después de haberle gritado.

—¿Puedo ir...? ¿Puedo ir a sentarme cerca del mar otra vez?

—Claro que puedes —dice con cierta exasperación. Se inclina hacia mí, me hunde las manos en el pelo y me coge la cabeza con sus gigantescas palmas—. Puedes hacer lo que tú quieras, P.

Sus palabras son tan intensas que las siento como una manta que te acoge y te da calor. Culpa y ansiedad libran una batalla en mi interior. Nunca me he sentido tan a salvo como cuando estoy con él. Y, aun así, me basta con pensar en la aterradora idea de perder todo esto para que las ansias de querer seguir teniéndolo me vuelvan prácticamente loca.

—Pero abrígate, ¿vale? —me pide antes de darme un largo y firme beso en la frente, como si pudiese tatuarme el roce de sus labios en la piel.

Aun así, eso no consigue disipar el dolor que me invade al perder su contacto y la seguridad que siento cuando estoy en sus brazos.

45

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

NOVIEMBRE

La terraza está iluminada y yo me estoy acercando a ella. Pero, desde la distancia, detecto su angustia.

En parte, cuando he oído que salía por la puerta corrediza, he querido correr tras ella; en lugar de eso, me he centrado en la plétora de tentempiés que le estaba preparando. Con todo lo que más le gusta. He traído compota de manzana y galletas saladas Goldfish porque Paloma creció sin los *snacks* que tanto le gustan a la mayoría de los niños.

Se merece un rato a solas y en calma al lado del mar antes de que me acerque a intentar reconfortarla.

Y sé que estar cerca del agua la relaja. Por eso quería traerla aquí.

Está completamente quieta y en silencio; es casi como si no se hubiese percatado de mi presencia, lo cual resulta un poco molesto ya de por sí. No me gusta verla tan desconectada y sola aquí fuera. La preocupación que ha ido acumulándose en mi interior aumenta hasta alcanzar niveles prácticamente inconcebibles.

—Hola, P. —susurro, sentándome cerca de ella mientras el fuego chisporrotea a nuestras espaldas—. ¿Te encuentras bien?

Tiene el pelo suelto y revuelto por el viento, que parece haber amainado un poco, como si respondiera a sus emociones, que también parecen haberse calmado. Finjo que se ha tranquilizado gracias a mí. A mis manos.

Todavía noto la sedosidad de su piel bajo mis manos, el calor de su cuerpo contra el mío. Cierro los puños para evitar tocarla de nuevo.

—*Bennett, por favor*...

—*Estar dentro de ti es increíble. Eres perfecta*.

Con solo acordarme de eso, las tripas se me revuelven. Mi mundo ha cambiado radicalmente. Me siento mal por no estar abrazándola ahora mismo, por no estar haciendo que vuelva a correrse una y otra vez hasta que se relaje y se quede dormida en mis brazos.

Pero aquí estamos. Envueltos por el frío y con el sonido de las olas como única fuente de confort para Paloma, aunque me gustaría ser yo. Porque me pasaré años obsesionado con esto hasta que pueda remediarlo. Hasta que pueda hacer que la vida de Paloma mejore en todos los sentidos. Hasta que logre que no sufra nunca más.

«*A los diez años*».

Ahora que lo sé, se me remueven las tripas. Me cuesta imaginármelo; me cuesta imaginármela a ella, de pequeña, desprotegida y asustada.

«Cuéntame el resto», le suplico mentalmente. «Venga, P., confía en mí para que pueda cargar con este peso por ti. Para que nunca

estés sola con este dolor. Estate conmigo. Confía lo suficiente como para enamorarte de mí como yo me estoy enamorando de ti».

—Lo siento muchísimo —dice, y traga saliva con fuerza—. Creo que tengo miedo.

Tras su confesión, se separa un poco de mí, lo justo para que me dé un vuelco el corazón.

«Di algo».

Lo intento. Abro y cierro la boca, pero no me salen las palabras. A pesar de que hace un frío glacial, me sudan las manos. Jugueteo con la manga y, de repente, es como si me estuviese cortando la palma.

—¿De mí?

No es lo que quería preguntar. Ni siquiera tiene sentido, pero la sutil ansiedad que se está abriendo paso en mi interior resulta extraña.

—No. Nunca —responde. La voz le suena un poco vacía. Tiene los ojos bien abiertos, con unas lágrimas asomando por ellos; me observa antes de apartarme la mirada y desviarla de nuevo hacia el océano—. Es solo que... Quería que disfrutaras de este fin de semana y creo que me lo he cargado.

—P., no, por Dios... No. Tú nunca podrías cargártelo. Pero la cosa no va solo de... —Dejo la frase a medias y sacudo la cabeza—. Eres perfecta. Te adoro. ¿Por qué te cuesta tanto entenderlo?

Se me amontonan las palabras, pisándose descuidadamente las unas a las otras en una conversación tan importante como esta.

Paloma me aprieta el muslo con fuerza.

—Quiero confiar en ti. Quiero contártelo. Y... —empieza a temblarle la voz y baja la vista hacia el punto que me está tocando

con la mano, como si acabase de reparar en ello—. Y lo siento, ¿vale?

En lugar de consolarla o suplicarle que me lo cuente, me quedo sentado, callado, y dejo que sea ella quien hable.

Paloma abre la boca, pero no dice nada. Se limita a llorar en silencio. El fuego chisporrotea a nuestras espaldas; a lo lejos, las olas acarician la arena.

En sus ojos atisbo una mirada implorante y estoy casi convencido de que no es consciente de ello. Es como si algo en su interior me estuviese suplicando que encontrara la respuesta para que no tenga que hacerlo ella, para que sea yo quien hable en su lugar. «Vamos, Bennett. Piensa».

—Alguien te hizo daño —digo—. Eso ya me lo has dicho. Y creo que lo sabía desde hace tiempo. Pero confías en mí y quiero ayudarte. Déjame que cargue con esto por ti.

—No puedo.

Está respirando con pesadez. Se le va apagando la voz, pero *noto* lo que quiere decir; es como si hubiese un tercero a nuestro alrededor, arrojando sus sombras a la habitual centelleante luz que desprende Paloma. Ella, que se está refugiando en sí misma, encorvando los hombros y haciéndose pequeña.

Se muerde el labio, con el ceño fruncido. Como si no supiera cuál es la respuesta a mi implícita pregunta. O como si no quisiera dármela.

—¿Paloma?

Al final asiente y la rabia que estalla en mi interior se mezcla con el dolor y amenaza con tragárseme entero. Es abrumador y se me nubla un poco la visión.

Aprieto los puños para contener la necesidad que siento de abrazarla contra mi pecho, aterrado de tocarla y de no tocarla en igual medida.

—Paloma...

—Lo... lo siento —repite, indefensa y pequeña. No sé cómo, pero se encoge aún más—. Debería habértelo dicho cuando me lo has preguntado, pero me daba vergüenza y...

—¿Te daba vergüenza? —suelto, enfadado. La voz me suena pesada y con un tono extraño que queda a medio camino entre un grito y un sollozo. Siento que he perdido el control—. ¿Por qué? P., por Dios... Tú no lo elegiste.

Desvía la vista hacia mí cual ciervo petrificado y acorralado en busca del peligro.

—Me... Es complicado.

—¿Tú querías?

Otra vez atisbo algo en su rostro, como si dudase y estuviese mirándome para que sea yo quien encuentre la respuesta.

—No lo... No. No quería —confirma, aunque parece que se lo esté diciendo más a sí misma que a mí.

Se me parte un poco más el corazón. La abrazo y bajo la cara para besarle la frente. Noto cómo se estremece. Una puñalada me habría dolido menos.

—No es complicado, Paloma.

—¿Estás...? ¿Te doy asco? —pregunta, y percibo tanta vulnerabilidad en su voz.

—Nunca —respondo con vehemencia.

—¿Te arrepientes?

Se le escapa un medio sollozo ahogado.

Me llevo una mano al pecho, como si así pudiese mitigar el dolor.

—Nunca. Paloma, lo que siento por ti es tan grande... Resulta abrumador —intento explicarle—. Estoy triste por ti. Estoy enfadado y dolido por ti. Me gustaría que hubiese habido forma de saberlo en su día y... protegerte. Cuidarte.

Me aguanta la mirada. No suelo tolerar bien un contacto visual tan largo.

Con la voz cargada de emoción, dice:

—Yo solo... Quería que pudiésemos disfrutar de esto juntos.

—P., escúchame. Esta ha sido tanto tu primera vez como la mía, ¿sí?

Las lágrimas amenazan con brotarle de esos ojos marrones de cervatillo mientras levanta la vista hacia mí y responde:

—Sí.

—¿Te ha gustado? —pregunto en un susurro, antes de abrazarla con más fuerza contra mi pecho, a la vez que ella se sienta a horcajadas encima de mí—. ¿Te he...? ¿Te he hecho disfrutar, P.?

Asiente con la cara pegada a mi cuello. Se separa y me mira con una sonrisa algo triste.

—Ha sido la única vez que he... disfrutado del sexo. Gracias.

Niego con la cabeza y vuelvo a apoyarle la cara en mi cuello y a abrazarla con fuerza. Sobre todo, para evitar que vea las lágrimas que anegan mis ojos.

—No me des las gracias, P. Tú solo deja que te enseñe cómo tiene que ser.

Dejamos que el frío nos abrace demasiado tiempo. Paloma está cansada, pero insiste en que no puede dormir. Le doy las galletas

saladas y la compota de manzana, como si intentara sofocar la fijación que voy a tener por darle de comer.

A pesar de que es tarde, vuelvo a prepararle otra ducha bien caliente y cumplo con mi promesa, haciéndoselo contra la cálida pared del baño, venerando su cuerpo con las manos; un cuerpo que, ahora, me recibe con más soltura. Se queja un poco, diciendo que le duele; me disculpo, dispuesto a sacársela para que descanse.

Pero Paloma me clava las uñas en la espalda para que no me separe de ella.

—Quiero sentirlo —dice con un hilo de voz—. Quiero acordarme de ti cuando me mueva.

Sus palabras me vuelven voraz y la embisto más fuerte y más deprisa que antes, desesperado por arrancarle más gemidos hasta que nos corremos a la vez.

Le pregunto con qué poema se compararía cuando lo hacemos. La pregunta no tiene demasiado sentido, pero sé que Paloma me entiende.

Sacude la cabeza y, en un susurro, responde:

—No lo sé. Deja que lo piense...

—«Me gusta mi cuerpo al estar con el tuyo» —contesto en voz baja, para que lo sepa. Para que, tal vez, lo entienda.

Ahora, cuando me dice que no puede dormir, lo hace ya con los ojos cerrados y el cuerpo pegado al mío bajo las sábanas.

Me la quedo mirando largo y tendido.

Por la mañana, se coloca encima de mí y empieza a frotarse conmigo para despertarme. Hacemos el amor, despacio y soñolientos. Hago que se corra otra vez bajo el chorro de la ducha y miro cómo se derrite bajo el calor del agua y la insistencia de mis

dedos. Me lo tomo con calma, desesperado por descubrir todas y cada una de sus terminaciones nerviosas. Por perfeccionar el arte de satisfacerla. De amarla.

A primera hora de la noche, le recito versos al oído mientras me deja hacérselo por detrás, agarrándole el pelo a la altura de la nuca, dominante pero siempre con ternura. Consumiéndola como tan desesperadamente quiero hacerlo. Tragándome todos sus gritos de placer con la boca.

A la mañana siguiente, el trayecto de vuelta a casa es agradable. Serpenteamos por carreteras secundarias con cuidado mientras yo conduzco poco a poco, con cuidado. En la radio suena Adrienne Lanker.

Bajo las ventanillas para que la sutil brisa acaricie la piel de Paloma. De vez en cuando, me va poniendo los pies debajo del muslo o apoyándome la cabeza en el bíceps; al final, se queda dormida en mi brazo. Entonces, conduzco con más cautela todavía, a propósito, para no despertarla.

Me paso el trayecto mirándola y notando, en todo momento y de una forma u otra, su piel contra mi cuerpo. Es como si, ahora, una parte de Paloma viviese en mi interior.

Creo que no podré soltarla nunca.

46

Bennet

PRESENTE

—He dicho que no quiero hablar del tema —le digo.

Es la tercera sesión que tenemos así de tensa y la cosa no ha hecho sino ir a peor. Hoy, sin embargo, he llegado a mi límite.

Como de costumbre, la doctora Anya a duras penas muestra reacción alguna ante mis palabras o la dureza de mi tono, por más raro que sea en mí. Pero es que me siento frustrado; tanto que empieza a dolerme la rodilla, pues no paro de moverla.

—Paloma está bien. Vuelve a formar parte de mi vida. Va todo genial.

Asiente.

—La última vez que Paloma y tú..., supongo que podríamos decir que «rompisteis», lo pasaste muy mal. Tanto que creo que tenemos que hablar del tema, pensar en cómo puede ir todo para que puedas gestionar mejor la situación y tu vida en general en el caso de que pase...

—No pasará nada.

—Digamos que Paloma se marcha. ¿Qué sucedería? —insiste.

Su pregunta me sienta como una patada en el estómago.

—No se irá.

—No puedes controlarlo todo —responde ella, volviendo a cerrar el boli con un clic y colocándoselo en el regazo tras descruzar las piernas—. No puedes controlar a Paloma ni a nadie.

El corazón me late desbocado y oigo el rugir de la sangre en los oídos, como las constantes olas en la orilla.

«Va todo bien».

—Paloma vuelve a ser mi novia. Las cosas con mi madre van bien —le digo—. Mi padre y yo vamos... mejorando. He recuperado a Rhys. He recuperado a Paloma. Está todo en orden.

«No necesito todo esto».

—Bennett —insiste. Lo hace con un tono de voz más delicado, pero sigo sintiéndome como si me estuviesen desgarrando por dentro—. Lo superaste una vez. Lo superarías de nuevo.

Me pongo de pie sin darme cuenta siquiera y voy cerrando y abriendo los puños mientras me marcho decidido de su despacho y doy un portazo tras de mí.

Oigo el sonido de la puerta de mi habitación cerrándose hace tres años. El sonido de la puerta de mi cuarto de cuando era pequeño y mi padre se fue.

«Va todo bien. No necesito todo esto».

Pillo el móvil y llamo a Paloma. Al ver que responde al primer tono, suspiro.

—Hey —me saluda.

Su voz me envuelve y calma mi rabia, aunque poco puede hacer por mitigar el estrés.

—¿Estás liada? ¿Hoy y mañana?

Me cuesta un mundo evitar que se me noten la tensión y la frustración en la voz, pero lo consigo.

—No. Ya he terminado las clases. Mañana solo tengo patinaje en pareja. —Ríe: un sonido que es como volver a casa—. ¿Por qué?

—¿Puedes saltártelo?

—Sí. —Vuelve a reír—. ¿Por? —insiste.

Carraspeo y pienso en una playa bajo la niebla. En una chica rubia con un tono de pelo un poco más oscuro y una hoguera. Días que duran años. Para mí, cada uno es un precioso y codiciado recuerdo.

—Quiero ir a Speyside.

47

Paloma

PRESENTE

Bennett y yo nos hemos pasado tres años evitándonos. Menos la semana antes de que empiecen las clases, con las altísimas temperaturas y el bochornoso calor del mes de agosto.

Porque Bennett Reiner nunca se ha saltado mi cumpleaños. Ha venido a la resi cada 5 de agosto, ha aparcado delante y me ha mandado un mensaje para que fuese yo quien escogiera si responder a su llamada o no. Y yo siempre lo he hecho.

—De pequeña, no celebraba mi cumple —le confesé una vez, tumbada en una bañera que él mismo me había preparado y un pelín achispada por el vino.

Él no hizo comentario alguno, pero detuvo el movimiento de sus manos a medio desenredarme el pelo.

Cuando me preguntó qué día era, no dudé en responder. Estaba demasiado perdida como para fijarme en cómo fruncía el ceño, resuelto.

Me ha llevado cada año a Speyside a pasar ni que sea una noche. Cocina para mí, me hace un pastel de coco (que, tras varios intentos, he descubierto que es mi favorito) y me canta

«Cumpleaños feliz» en voz grave y rasgada. Yo me paso casi todo el día nadando y luego me siento a su lado, delante de la hoguera, mientras Bennett me lee poemas; algunos son nuevos y, otros, los favoritos de siempre. Para mí, es el mejor día del año y, en ocasiones, el único bueno.

El cumpleaños de Bennett ya es otro tema. Porque, a diferencia de mí, él tiene amigos que lo quieren y familia que desea pasar todos los 28 de junio con él, queriéndolo y haciéndolo feliz. Para mí, era un día agridulce, porque me pasaba las noches viendo sus historias; también las de Rhys y Freddy.

Solo reuní la valentía necesaria para personarme allí una vez, cuando los chicos le montaron un buen fiestón en su casa, recientemente bautizada como la «Hockey-morada». Me pasé casi toda la noche entre las sombras, viendo cómo los demás brindaban por Bennett y se divertían jugando y bebiendo. Me distraje al ver la fuerte columna de su cuello tensándose bajo el embudo que le sujetaba Freddy, que tuvo que subirse a una mesa para poder colocarle el aparato en cuestión en la boca y en el ángulo correcto a su enorme portero.

Me quedé toda la noche y bebí un poco, casi nada. Holden estuvo un rato intentando convencerme para que jugara, tonteando conmigo y sugiriendo que nos fuéramos juntos a casa. Aun así, me quedé, esperando poder dormir con Bennett, en su cama.

Sin embargo, solo estuvimos juntos un segundo, en una oscura esquina fuera del baño. Bennett chocó conmigo y pestañeó despacio mientras una alegre sorpresa le inundaba el rostro.

—Has venido —dijo acariciándome la mejilla con el dedo.

Me sonrojé y asentí.

—Feliz cumpleaños, Bennett.

Aproveché ese momento de quietud absoluta para darle un beso en la mejilla y vi cómo cerraba los ojos y exhalaba.

—Ha sido el mejor de mi vida —suspiró antes de que Freddy pegara esquinazo y lo llamara para que fuera a beber con ellos mientras juegan al King's Cup.

Me marché justo después. Sin embargo, el sabor salado de su piel y su sonrisa, tan auténtica, hubieran bastado para sustentarme durante mucho tiempo.

Ahora hace un frío glacial y unas nubes oscuras encapotan el cielo, pero este lugar sigue con su belleza de siempre. Speyside siempre ha sido así, igual que el pequeño pueblo que lo rodea y las casas individuales que hay a su alrededor y que tanto tiempo llevan siendo el hogar de otras personas. Este sitio siempre ha sido como un hogar para mí; uno que guardo bajo llave en mi corazón, como si de un secreto se tratase.

—¿Tienes hambre? —me pregunta Bennett al entrar. Enciende todas las luces y pone la calefacción—. Si quieres, enciendo la chimenea y comemos algo.

Asiento y lo miro mientras él se pone la gorra de Waterfell del revés; los rizos de la nuca le sobresalen por debajo de la visera. Con el cuello bien calentito, me quito la bufanda y la cuelgo en el gancho que hay al lado de la puerta junto con mi gruesa chaqueta antes de seguir a Bennett hacia la cocina, iluminada bajo esa tenue luz.

Apoyo los brazos en la encimera y me lo quedo mirando mientras cocina al son de la tranquila música que suena por sus altavoces y el chisporroteo de la sartén.

Sigo sus instrucciones y preparo la ensalada en un bonito bol de porcelana con unos dibujos pintados mientras él cocina. Bennett me sirve una copa de zumo de uva espumoso y, cuando sugiere que brindemos, sonrío. Todo tiene un aire muy hogareño.

Otra parte de mi alma se aferra a él.

—Quiero que le eches una ojeada a algo —anuncia dejando que los filetes que acaba de preparar tan bien reposen mientras coge su mochila.

Se detiene un segundo al lado de la mía azul y repara en la oreja de conejo que cuelga de un lado de la cremallera. Me sonrojo y abro la boca, dispuesta a defender el aterrador e infantil impulso que he sentido de traer el peluche, pero me detengo en cuanto Bennett lo acaricia con el dedo y me mira.

—«Ser real no es cómo estás hecho. Es algo que te sucede».

Conozco la cita porque, de pequeña, leí el libro hasta la saciedad escondida entre las estanterías que había al final de la biblioteca del cole de primaria, que es donde se quedaban los niños para las actividades extraescolares. A veces, mi madre ni siquiera se presentaba y alguien tenía que acompañarme a casa o llamar a mis vecinos. Pero yo siempre tenía a mi conejo de peluche. Solía esconderlo, pues me aterraba pensar que su verdadero dueño fuese a volver.

Ahora ya casi ni parece un conejo. De tanto mimarlo, ha perdido su color original.

—¿Lo has leído?

Bennett asiente.

—Lo leí la primera noche que lo mencionaste.

Se me hace un nudo en la garganta. A los dieciocho años, el amor de Bennett me abrumó. Todavía lo hace, pero no de la misma forma. Ahora ya no estoy asustada. Lo que estoy es maravillada con este chico y con la pureza de su corazón.

No dice nada más al respecto. Coge un montón de papeles grapados y me los pasa mientras regresa a la cocina para emplatar los filetes, las setas y las patatas.

—Es una lista de prácticas para tu itinerario deportivo —me cuenta.

Carraspea y me evita la mirada antes de que yo desvíe la mía hacia la lista que ha impreso. Hay programas con grupos de todas las edades (sobre todo, de hockey), y casi todos quedan cerca de nuestra zona. También ha impreso toda la información relacionada con dichos programas: cuándo empiezan, los requisitos que piden, listas de pros y contras...

—Por si quieres... quedarte por aquí. O cerca.

«Quiero que te quedes aquí. Quiero tenerte cerca». He aquí su forma de decirme algo que no está preparado para verbalizar. Aunque, de todos modos, lo oigo alto y claro.

—¿Eso quiere decir que tú te quedarás aquí?

—En Waterfell —aclara.

Me quedo petrificada sobre la encimera. Bennett me coge la mano y me guía para que me siente en los cojines del suelo, los que hay al lado de la chimenea. Se acomoda frente a mí; es tan grande que el muslo le queda prácticamente pegado a la base de ladrillos del hogar.

Se quita la gorra y la tira al sofá. Se pasa una mano por el pelo, despeinándose los rizos, y anuncia:

—Es oficial. Me he pasado a Literatura y me especializaré en Poesía. La semana pasada hablé con el doctor Britton, que me ha echado una mano.

Se me dibuja tal sonrisa en el rostro que me duelen las mejillas y se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿En serio? —pregunto.

Él asiente.

—Dios, Bennett, estoy superorgullosa de ti.

Comemos y hablamos tranquilamente; de la uni, de hockey y de lo que surja. Y, al igual que ocurre siempre entre las paredes de Speyside, no tengo la sensación de que nos hayamos pasado tres años dando tumbos y lejos del otro. Es como si siempre hubiésemos estado así.

Cuando vuelve para rellenarme la copa, cojo el regalo que tengo para él.

—Yo también te he traído una cosa —susurro, y le paso el papel doblado que he metido dentro de un amarillento sobre viejo que sé que reconoce.

Alarga los brazos y lo coge con dedos titubeantes. Pero entonces lo abre despacio y lo lee en silencio, envuelto por el brillo y el calor del fuego que sigue crepitando a nuestras espaldas.

No sé escribir poemas
Pero puedo escribir así, ordenando las palabras.

Solo para que...

Para que lo leas como si fuese tu poema favorito.
Para que pasees tus ojos por las páginas, con calma y sensualidad

Para que muerdas las palabras con tus dientes
(vuelve a morderme el hombro y deja que te lo enseñe)

¿Puedo meterte en mi mente? Me sería más fácil enseñártelo, decírtelo

En mi cerebro habitan unos recovecos de polvo y miedo, y nunca quise que los vieras. Que descubrieras esa versión de mí. Lo único que he querido siempre ha sido que me vieras.

p. amor. (Tu Amor)
Tal y como soy. La chica a la que le gusta nadar y que deja que le hundas los dedos en el pelo, hasta convertirnos en unúnico hilo entretejido para siempre

Con esto quiero decir que...
Te quiero. Te quiero.

—Es... —De repente, empiezo a tartamudear y el corazón me late cada vez más fuerte, mientras Bennett se lo toma con calma y pasea su errante mirada por mis palabras—. Lo he escrito yo. Para ti. ¿Es muy raro?

Frunce el ceño y levanta la vista hacia mí, a regañadientes, como si le molestara tener que apartarla de mi corazón, que he estampado sobre ese papel.

—Todos los poemas que he escrito hablan de ti —dice, casi exasperado. Exhala de nuevo—. ¿Me...? ¿Me has escrito un poema?

—Es que... Necesitaba que lo supieras. Que entendieras que...

Se abalanza sobre mí, empujándome contra ese suave montón de mantas. Me sujeta por la nuca con una mano y me tumba enseguida. Me olvido de respirar.

Bennett me quita la ropa, algo bruscamente teniendo en cuenta cómo suele comportarse. Tiene los ojos de un negro azabache y el

pecho le sube y le baja a toda prisa, sobre mí. Tiro de su camisa de franela con botones hasta que él casi se la arranca y se baja los pantalones y los calzoncillos mientras abre un preservativo del tirón, con los dientes. Nunca le había visto una intensidad tan feroz. Es como si estuviese desarmándose ante mis ojos. Como si sintiera una desesperación casi salvaje. Por mí.

—¿Escribes poemas sobre mí? —le pregunto.

La lujuria y el deseo me nublan la mente, pero consigo pronunciar esas palabras.

Bennett me penetra y mi cuerpo entero reacciona a su fuerza. Arqueo la espalda y él me coge por la cintura, dejándome suspendida en el aire.

—Eres lo único en lo que pienso —susurra con una mirada feroz en los ojos, como si me estudiara el cuerpo, con todas mis curvas, pendientes y sombras—. *Tengo* que escribir sobre ti. —Me besa en los labios, casi con demasiada brusquedad y deseo—. No había escrito poesía en la vida hasta que te conocí. Jamás pensé que pudiera hacerlo. Pero entonces llegaste tú.

Me clava los dedos en la piel, sujetándome con fuerza mientras vuelve a embestirme con rudeza. Se me escapa un fuerte gemido.

—Tocar tu pelo es como acariciar la seda —dice—. Deja que me hunda en ti. En tu boca, tu cuerpo —mueve las caderas hacia delante antes de besarme en la sien y tocarme el pelo—, tu mente, tu corazón.

Está haciendo poesía con mi cuerpo, como si el suyo fuese una pluma, y el mío, el papel. Noto que mis paredes se contraen a su alrededor y me agarro con firmeza a la masa de sus bíceps,

clavándole las uñas en un intento por sujetarme como buenamente puedo mientras me dejo llevar por la fuerza del placer.

—Vuelve a morderme el hombro y deja que te lo enseñe —gruñe con la boca pegada a mi cuello, follándome con más rudeza.

Le clavo los dientes en la piel mientras me corro al oír mis palabras en su boca.

Me da la vuelta sin soltarme y me coloca de rodillas sobre ese montón de cojines para hacérmelo por detrás, cubriéndome entera con todo su cuerpo. Me aparta el pelo y me besa la nuca.

Balancea las caderas, deprisa y despacio, y luego me da un último empellón mientras se corre y gruñe con la boca pegada a mi hombro. Noto la suavidad de sus labios... antes de notar una pizca de dolor que me lleva a contraerme de nuevo a su alrededor.

—Te quiero —musita varias veces contra mi pelo, como si fuera un mantra, mientras me acaricia los mechones con los dedos—. «Tu voz, tu boca, tu pelo».

—Bennett... —gimo derritiéndome en sus manos.

—Méteme en tu mente —me dice sujetándome por las costillas, sosteniéndome como si mi cuerpo fuese una ofrenda a la vez que sus caderas rebotan con mi culo y él agacha la cabeza para besarme en el centro de la espalda con reverencia. Es como si me estuviera venerando—. Déjame ser tuyo para siempre.

Y eso quiero.

48

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

DICIEMBRE

Vuelvo a clavar la vista en el papel y resigo lo que he marcado en boli negro con los dedos sin llegar a tocar las hojas. Las notas de Paloma, escritas en azul, están en la otra página. Es como una metáfora viviente de los poemas.

De nosotros.

Alguien pega un manotazo sobre el papel, alguien con unas uñas cortas y limpias, piel aterciopelada y que lleva mi vieja sudadera de hockey con la manga medio mordida.

—Hemos dicho que lo miraríamos a la vez —se queja, sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación, aunque su mirada es pura picardía.

Cierro la carpeta y me cruzo de brazos, recostándome contra la pared que tengo detrás, sentado en la cama de su habitación de la resi.

—¿Y si no quiero esperar más?

—Pues te aguantas —responde con firmeza, pero sin reproche.

Me entran ganas de tumbarla contra el colchón y volver a hacérselo, pero hoy ya nos hemos acostado dos veces. Y Paloma acaba de ducharse.

Lo de la ducha me cuesta. Ver la cálida y sonrojada piel de Paloma... Hundirle las manos en el pelo y lavárselo y mimárselo aunque acabemos de enrollarnos... Solo consigue volver a ponerme a cien.

De modo que la beso. Por más que así no logre saciar la anhelante bestia que habita en mi interior desde esa noche en la casa de la playa.

Hemos estado juntos casi cada día desde entonces. Hemos estudiado juntos para los finales en su habitación de la resi y hemos dormido juntos prácticamente todas las noches. Y nunca parece ser suficiente. Cuando estamos separados, no pienso en otra cosa que no sea ella, ella y ella.

—¿Cuándo te marchas, para las fiestas? —se interesa.

Vuelvo a fruncir el ceño. Últimamente, me lo ha preguntado un montón. Y Paloma se acuerda de casi todo.

—Después del entreno del martes. —Estamos a sábado; la mitad del campus se largó en cuanto terminaron los exámenes—. Pasaré la Navidad con mi padre. Y luego cenaré con mi madre y mi padrastro en Fin de Año.

—¿Siempre lo repartís así?

—Antes no. Pero..., bueno, ahora sí. Mi madre es... —Sacudo la cabeza—. Las fiestas le cuestan y creo que la entristecen un poco. Nos va mejor así, vaya. Además, a mí me gusta estar con mi padre por Navidad.

—¿En la casa de Beacon Hill?

Asiento medio distraído por cómo le cae por el hombro mi vieja sudadera de cuello redondo.

—Mi fiesta favorita es la Navidad —me cuenta como quien confiesa un secreto. Guardo preciadamente todas sus vulnerables confesiones y las protejo tanto como parece protegerlas ella—. Tiene todo un aire muy cálido y agradable... Como las chimeneas encendidas o las luces de colores.

Si bien vuelvo a asentir, mi mente se aferra a sus palabras. Al hecho de que, a pesar de la habitual afinidad que tiene Paloma por decorar su habitación según la estación del año, aquí no hay nada de Navidad. Una pesada sensación se abre paso en mi interior y se me revuelve un poco el estómago. Una ligera preocupación que ha echado raíces en mí.

«Te estás obsesionando con ella y estás dándole demasiadas vueltas a todo. Relájate. No le hagas algo así a Paloma».

—A mí también me encanta —respondo. Le doy un beso en la frente y le echo unos cuantos mechones sueltos por detrás del hombro. Tiene el pelo cada vez más claro; el tinte con el que se lo tiñe está perdiendo color. Debe de ser porque insisto en lavárselo repetidamente cada semana, prisionero de mi implacable y obscena adicción—. ¿Tú te irás a casa por Navidad?

—Ah, eh... Sí. —Asiente y se muerde el labio. Vuelve a desviar la vista hacia la carpeta que tengo al lado y la coge—. Vale. ¿Los intercambiamos ya?

Sonrío y asiento ilusionado y un poco nervioso, porque ahora leerá los versos románticos que he ido escribiendo sobre ella desde ese primer día en los vestuarios de hockey. Llevo medio enamorado de

Paloma desde que me dijo cuál era su poema favorito de Robert Frost. No se me ha olvidado. E influyó en mi elección directamente.

Coge el papel que he preparado para ella y se lo acerca al pecho mientras regresa a la silla del escritorio.

Después de que entregásemos el trabajo a una semana de los finales, el doctor Britton nos encomendó una última tarea: escoger un poema para la persona con quien habíamos hecho el proyecto.

—Habéis pasado todo un semestre juntos, intimando —dijo, y la clase entera se rio por lo bajo, pero él se limitó a enarcar las cejas y a continuar con su razonamiento—: La poesía y la forma en que la percibimos nosotros, ya sea positiva o negativa; aquello que apreciamos en los poemas y cómo hablamos de ellos... Creo que es todo una representación de cómo funciona nuestra mente en lo más íntimo. Así que sí: intimando.

Tenía sentido. Para mí, la poesía siempre representó algo muy personal, sobre todo con Paloma.

Espero a que se haya acomodado al otro lado de la habitación antes de bajar la vista hacia el papel que me ha pasado y que sigue dentro de la carpeta. Al ver el título, abro los ojos como platos.

«Tiene que ser una puta coña».

Con el estómago encogido y el corazón a mil, como si no parase de gritar «ella, ella, ella», levanto la vista. Paloma tiene la misma expresión en su precioso y perfectísimo rostro.

—Bennett...

—Lo sé.

Se ríe, hay cierta emoción en su risa. Y ahí me doy cuenta de que está llorando.

Tengo en las manos una copia de «Canto del mar a la orilla», de Robert Fanning. Y ella tiene su pareja: «Canto de la orilla al mar», de Fanning.

Escogí su poema antes de enterarme de que la obra en cuestión tenía una pareja; me bastó con leer las primeras líneas. Saber que a Paloma no solo le ocurrió lo mismo, sino que, además, me ha regalado la pareja de ese poema... Una cosa tan romántica no puede ser real.

La quiero. Estoy enamorado de Paloma.

No me hace esperar. Acorta la poca distancia que nos separa y se hunde en mis brazos para besarme. La tranquilizo, agarrándola por su larga trenza (esa que yo mismo le he hecho antes) y la calmo con un beso más suave. Me agarro al control que tan desesperadamente quiero tener cuando intimamos.

Se relaja enseguida bajo mi tacto, como si ese exterior que a veces está congelado se fuera derritiendo para dejar entrever la vulnerabilidad que esconde debajo. Esas partes de Paloma que tanto me gustan y siempre me gustarán.



—¿Qué es?

Al oír la voz de mi padre, que estaba en la cocina y acaba de regresar al salón principal, casi pego un salto. En la esquina hay un pequeño árbol de Navidad repleto de decoraciones que hice en la escuela a lo largo de varios años, algunas figuritas de hockey algo cursis y unos cuantos adornos donde salimos los Koteskiy y nosotros.

—Un poema para mi... novia —digo, saboreando la palabra.

A mi padre le centellea la mirada y se lleva la copa de vino a la boca para darle un largo sorbo a la bebida e intentar disimular la cegadora sonrisa que se le dibuja en los labios.

—¿Novia? ¿Paloma?

Asiento.

—Todavía no lo hemos definido, pero... sí. —Me siento un poco estúpido por no habérselo preguntado—. Es... genial.

Las palabras no se pueden comparar en nada a todo lo que ella me hace sentir.

—¿Querías invitarla?

Tengo la respuesta clarísima: sí. Pero no quise agobiarla ni obligarla a que tuviera que adaptarse a las complicadas fiestas que paso con mis padres, divorciados, como hijo único. Nuestras celebraciones no son de esas donde se reúne toda la familia y es todo un gentío y mucho ruido. Lo celebramos de forma tranquila y relajada, solo mi padre, Siete y yo.

—Sí... Igual la llamo —respondo yendo hacia las escaleras—. Solo para... desearle una feliz Navidad y asegurarme de que esté bien.

Desde que me fui de Waterfell, mi necesidad de ella no ha menguado. No soy de los que mandan mensajes de texto, pero he sido incapaz de contenerme y no bombardearla a mensajes de vez en cuando. Solo para ver cómo está.

Responde enseguida.

—¡Hola!

Suena tan feliz, tan alegre... Es como si hubiese estado esperando a que la llamara.

—Hola, P. —exhalo, y sonrío—. Te echo de menos. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Estoy...

De fondo, se oye el sonido de una alarma a todo meter. Estaba relajado, pero me levanto y casi tiro el móvil para alejarme del ruido que me llega desde el otro lado de la línea.

—¿Paloma? —digo más alto de lo que pretendía. Al oír su nombre, Siete se levanta de la cama que tiene en el salón y se sienta a mi lado—. ¿Qué es ese ruido?

—Es la alarma de incendios —dice a través del alboroto. Aprieto los dientes—. Perdona... Han enviado un correo para decirnos que la ignorásemos, que estarían con el mantenimiento, pero suena superfuerte. Lo siento.

—¿Qué? —pregunta con una voz rara—. ¿Dónde estás?

Guarda silencio demasiado rato y yo aprieto el móvil con tanta fuerza que por un momento temo romperlo.

—En la resi —confiesa—. ¡Pero estoy bien! Te lo prometo, Bennett. ¡Estoy bien!

—Pensaba que te irías a casa —contesto, a pesar de que ya he pillado la chaqueta y los zapatos y estoy bajando las escaleras—. Paloma, ¿por qué no...? ¿Por qué me has mentido?

—Lo sé. Lo siento. Es que no... No me hablo con mi madre. Pero no quería acoplarme a otra de tus celebraciones. Tienes familia y me...

—Paloma —la interrumpo. Me aprieto la sien con los dedos, me duele—. Haz la maleta. Llego dentro de media hora.

49

Paloma

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

DICIEMBRE

Bennett se pasa los primeros quince minutos de trayecto hasta la casa de su padre en silencio. Ha puesto su tranquila música *indie* de rigor y yo intento relajarme, pero no puedo dejar de mirarlo por el rabillo del ojo para intentar descifrar lo frustrado que está.

«¿Acaso lo molesto? ¿O será porque le he mentido?».

Siete, en cambio, está sentado en la parte trasera, con la cabeza apoyada en la consola que separa mi asiento del de Bennett, mirándome, con sus grandes ojos marrones.

Al final, cuando tomamos la salida que nos llevará al centro de Boston, le pregunto:

—¿Estás enfadado conmigo?

—Sí. —Resopla. Se me revuelve el estómago, pero asiento—. Estoy enfadado porque me has mentido. Estoy enfadado porque no pensabas decirme que pasarías las fiestas sola.

Ya he empezado a negar con la cabeza con los dedos clavados en el suave cuero del asiento.

—No pasa nada. No me importa.

—A mí sí que me importa —responde Bennett, cortante, frustrado. Está enfadado, pero parece que esté intentando hacer todo lo posible por no estarlo. O, al menos, por no gritar o dirigir su enfado hacia mí—. A mí sí que me importa que te quedes sola.

Guardo silencio sin saber muy bien qué hacer o qué decir. No tengo experiencia en una relación romántica como esta, pero sí he visto a gente enfadada. Entre gritos y discursos condescendientes, he aprendido varias lecciones. Sé cuándo debo cerrar el pico.

Pero... ahora parece que está teniendo el efecto contrario.

Nada más aparcar en la entrada, Bennett me mira. A juzgar por la cara que pone, no parece que se encuentre muy bien.

—Lo siento —se disculpa, y yo abro los ojos como platos—. Es que... Odio imaginarte estando sola. Lo odio y me... Cuando he oído la alarma y me he dado cuenta de que no pensabas contármelo, creo que me he dejado llevar por mis... —Deja la frase a medias, como si, de repente, se le hubiese cerrado la garganta. Sacude la cabeza y se frota el muslo repetidamente para tranquilizarse, aunque sus movimientos rozan lo agresivo—. La próxima vez, Paloma, dímelo. Por favor —me suplica.

Tengo las palabras en la punta de la lengua, y me piden a gritos que las libere y que me las calle a la vez. «Gracias. Por preocuparte por mí. Por no querer que me quede sola».

—Lo haré —consigo decir al final—. Te lo prometo.

Alargo el meñique hacia él, por infantil que sea el gesto. Sin embargo, funciona, porque a Bennett se le dibuja una breve y encantadora sonrisa de medio lado en el rostro. Entrelaza su meñique con el mío y sacude la mano.

Tras decirme que no me mueva, salta del coche, lo rodea, saca a Siete y coge mi mochila de detrás antes de abrirme la puerta. Una parte de mí continúa tensa al verlo con mi mochila y me desespero por cogerla y no perderla de vista, pero confío en Bennett. Y tanto esta confianza como la apabullante sensación que siento de estar a salvo no han hecho más que crecer.

—Estoy supercontento de que estés aquí, P. —me dice.

Al notar la firmeza de su mano en mi lumbar, se me relaja el cuerpo entero.

Una vez dentro de la casa de Beacon Hill, encuentro a Adam Reiner sentado en el sofá blanco. Noto una pizca de ansiedad en el estómago al acordarme del tirante momento que compartimos hace unos meses. Creo ver cierta frustración en esos ojos azules tan parecidos a los de su hijo.

—Paloma —me saluda antes de que yo diga nada—. Qué bien que hayas podido venir.

Asiento con una delicada sonrisa y respondo:

—Gracias por dejar que me quede aquí.

Bennett me da un beso en la sien y me dice:

—Voy a buscarte algo de beber.

Desaparece en la cocina. Miro a ese imponente hombre que me mira; me siento un poco fuera de lugar.

Me muerdo el labio inferior.

—Eh...

—¿Estás bien, Paloma? —me pregunta Adam, con un tono tranquilo, algo preocupado.

Me tenso, pero me apresuro a asentir antes de ir hacia el árbol, como si estuviese admirándolo. Este hombre es muy observador,

demasiado, y no me gusta que pueda ver algo que yo no quiero enseñar. Que Siete me siga y me mire fijamente no ayuda en absoluto.

—¿Todo bien? —se interesa Bennett.

Se me acerca con una taza de chocolate caliente. Le ha echado nubes encima, de modo que no veo el líquido que hay bajo esa esponjosa cobertura blanca.

—Todo bien.

Bennett me mira un segundo más antes de envolverme con un brazo.

—Creo que nos iremos pronto a la cama. ¿Papá?

—Genial. —El hombre sonríe—. Yo creo que me iré a casa de Max y Anna un rato, ¿de acuerdo?

Bennett asiente y me coge la mano para subir las escaleras, dejando a su perro atrás, con su padre.

Me tumba en su cama, rodeados por la cálida luz de la lámpara y el confort de los libros de poesía que tanto ama. Tiro de él para que quede encima de mí y lo beso, sujetándome con fuerza a sus hombros, por encima de la sudadera. Bennett sabe a zumo de uva espumoso y galletas dulces. Y es mío y solo mío.

—Tengo que decirte una cosa —anuncia, separándose un poco; lo justo como para apoyar su frente en la mía. Lo único que veo son sus labios, que dibujan una sonrisa de medio lado antes de confesar —: Te quiero, Paloma. Muchísimo. Con toda mi alma.

Me da un vuelco el corazón. Me centellean los ojos, llenos de lágrimas. Me siento abrumada por la ternura de sus palabras. Es como cuando me caí en esa piscina de pequeña, cuando se me tragó el agua fría y encontré algo nuevo al otro lado.

Algo mejor.

—Bennett...

—No te lo estoy diciendo para que tú también me lo digas —añade, separando aún más la cara de la mía para clavar sus ojos como el océano en los míos—. Te lo digo porque necesito que lo sepas. Necesito estar seguro de que lo sabes.

Quiero decírselo. Es lo que siento. De hecho, es la única vez que lo he sentido.

Abro la boca, que parece que esté lista para tal intensa y aterradora confesión. «Díselo ya. Díselo. Son dos palabras».

Pero es que ya dije esas palabras una vez. *Te quiero*.

Cuando tenía dieciséis años y estaba desesperada por aferrarme a cualquier migaja de atención que me ofrecieran. En lugar de ser fuerte y darme ese mismo amor a mí misma, me encerré y me refugié en la única persona que parecía desearme, como si así fuera a conseguir que me quisiera.

Nos acostamos, nos quedamos tumbados en su cama y, sonrojada y con la mirada centelleante, le susurré esas dos palabras.

Y él sonrió. Se le tensaron tanto los labios que pensé que igual se echaría a reír.

—Cielo... ¿Ya te has enamorado de mí? Tsss —dijo antes de sacudir la cabeza y colocarme uno de mis rubios tirabuzones detrás de la oreja.

Un gesto tan dulce y tan opuesto a sus palabras... Se me revolvió el estómago y las tripas hasta que, al final, llegaron las náuseas.

—Qué necesitada estás... —Se rio—. No te preocupes. Ahora me ocupo yo de eso.

Cuando lo dijo, a mí no me costó nada autoengañarme haciéndome creer que era su forma de decir que me quería. Que le importaba.

Los ojos se me llenan de lágrimas mientras miro a Bennett. Es tan atractivo... Tiene la piel sonrosada y los ojos resplandecientes; profundos como el océano, dueños de mi paz. Mi confort. Mi hogar.

—Perdona —me disculpo secándome los ojos—. No sé por qué estoy llorando.

Bennett niega con la cabeza con una sonrisa triste.

—No pasa nada, P.

—Y yo —susurro envuelta por la seguridad de sus brazos—. Te quiero.

—¿Sí? —me pregunta, y noto su sonrisa pegada a mi pelo.

—Muchísimo. Con toda mi alma.

«Más de lo que sabrás o entenderás jamás», pienso.

Celebro la Navidad con Bennett y su padre, y es todo tan mágico y perfecto como lo había imaginado. El tiempo pasa lento y deprisa a la vez, como las estrellas que tintinean en el centelleante cielo. Y yo me muero de ganas de poder guardar este recuerdo intacto en lo más hondo de mi ser para que este momento dure para siempre. Bennett me regala una colección entera de libros de Mary Oliver de su propia colección, con anotaciones suyas hechas con boli negro a lo largo de los años. Es como tener una parte de él en mis manos.

El tiempo sigue avanzando hasta que llegamos al día antes de Fin de Año y nos encontramos bebiendo champán del caro y zumo de uva espumoso mientras bailamos al son de la música que suena por los altavoces de la sala principal. Su padre ha insistido en que lo celebremos con antelación, y eso mismo estamos haciendo.

Voy hacia el reproductor de CD y rebusco entre la selección que encuentro en su cesta de «favoritos». Paseo los dedos por algunos álbumes que me resultan familiares hasta que doy con uno que me encanta.

—Ese es bueno —dice Adam Reiner, acercándoseme despacio por detrás.

Ahora siempre va con mucho cuidado, como si lo ocurrido en la cocina se le hubiese quedado grabado a fuego en la memoria. Ojalá se le olvidara.

—¿Le gustan los CD? —me intereso.

Él asiente con una sonrisa en los labios y me coge el disco de la mano para ponerlo en el reproductor.

Se separa y regresa con Bennett. Lo estudio durante un buen largo, en silencio, antes de que empiece la música.

Suena «Sky Blue and Black». La delicada melodía del piano aporta cierta cadencia a mis pasos mientras me acerco a Bennett, que me está mirando.

—¿Quieres bailar? —me pregunta.

Nos hemos pasado la noche cantando y bailando, sugerencia de su padre. Mientras que Bennett es una persona calmada y estoica, él es un poquito payaso y se muestra abiertamente cariñoso con su hijo.

A pesar de que no me guste reconocerlo, Adam Reiner es exactamente el tipo de padre que soñé tener cuando estaba tan sola, cuando las cosas iban lo bastante mal como para que me imaginase a mi padre en algún lugar del mundo, desesperado intentando encontrarme. Cuando pensaba que se daría cuenta de que no había querido abandonarme y entraría por la puerta de

nuestra caravana en el momento más inesperado para venir a buscarme. Para alejarme de todo eso.

Adam despeina a su hijo al pasar y se excusa en voz baja para dar la noche por terminada.

Levanto el brazo izquierdo y coloco la mano en el hombro de Bennett mientras le cojo la mano con la derecha y empezamos a bailar. Le apoyo la cabeza en el pecho y él canturrea en voz baja y con dulzura. Más que oírlo, noto sus vibraciones.

Bennett y yo bailamos despacio y con ternura mientras el CD sigue sonando. Parece mágico. Parece amor.

—«Ansío tu boca, tu voz, tu pelo» —dice hundiendo obsesivamente los dedos en mi melena, que tanto adora.

—Tu boca.

Me besa los labios.

—Tu voz.

Me besa el cuello.

—Tu pelo. —Me besa la frente, justo en la línea de nacimiento—. Tu pelo —repite tumbándome contra el colchón, dispuesto a hacerme el amor de nuevo.

Lo miro a sus ojos azul océano mientras él me penetra con cuidado y mi corazón late por él, con fuerza, tratando de salírseme del pecho e ir con Bennett.

Aunque no pueda estar con él para siempre, nunca querré a nadie como lo quiero a él.

50

Paloma

PRESENTE

Después de ducharnos, Bennett enciende la hoguera y me abriga.

—Podríamos haber esperado a ducharnos luego —digo sonriendo mientras él me sube la cremallera de su chaqueta, que me llega hasta la barbilla—. Ahora vamos a oler a humo y no nos habrá servido de nada.

Bennett se encoge de hombros y saca un gorro de una de las cestas que tienen al lado de la puerta. Cuando hace ademán de ponérmelo, veo que delante tiene el logo de los Winnipeg Jets.

—Ya sabes que tengo que mimarte después de que nos acostemos. Para mí, forma parte de un todo. A veces, es mejor que el sexo en sí.

Abro los ojos como platos y pregunto:

—¿Mejor?

—A veces. —Sacude la cabeza exasperado y, riendo, estira los brazos para bajarme el gorro hasta cubrirme los ojos—. ¿Bien de calor?

Vuelvo a subírmelo y lo miro con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Cuánta gente conocerá esta faceta de Bennett? ¿Esta versión suya

más juguetona, sonriente y un poco payasa? Cuando se pone así, se parece muchísimo a su padre.

¿Sabrá Adam Reiner hasta qué punto está presente en la felicidad de su hijo?

Quiero preguntarle qué ha pasado..., qué les ha pasado. Sin embargo, en lugar de eso, me pongo los guantes que me ha tendido Bennett y lo sigo a través de las puertas correderas para bajar hacia la playa. Fuera nos recibe la fuerte brisa de la noche.

—¿Seguro que no tienes demasiado frío?

Asiento.

—Estoy bien —respondo.

Las llamas le iluminan el perfil. El suave sonido de las olas basta para que me relaje del todo en este sitio ya familiar.

—Me gusta estar cerca del agua.

Bennett sonríe con segundas y contesta:

—Lo sé, amor.

—Estoy muy contenta por ti, por el cambio de estudios. Creo que serás mucho más feliz.

Sonríe pletórico y confiesa:

—Ya lo soy.

Me muerdo el labio y, antes de juguetear con el gorro, me acomodo unos cuantos mechones detrás del hombro. Tengo el pelo seco porque Bennett no quería que pasara frío, aunque he visto claramente lo mucho que le costaba contenerse y no lavármelo.

—De hecho, quería pedirte algo.

Asiento para que prosiga y ladeo la cabeza para decir:

—Dime.

—Dentro de poco tenemos una gala. La organizan los Koteskiy para la nueva obra benéfica de cada año. No suelo ir, pero creo que Sadie y sus hermanos se han involucrado en el tema esta vez y le dije a Rhys que asistiría. ¿Quie...? —se le va apagando la voz, carraspea y se roza la oreja con el hombro: uno de sus tics nerviosos —. ¿Quieres acompañarme?

Que Bennett Reiner pueda ser tan dominante y autoritario en la cama (y que acabe de follarme hasta el límite en el suelo del salón), pero le resulte aterrador preguntarme esto me parece divertido y tierno a la vez.

—¿Como tu pareja?

La calidez de su sonrisa es mayor que la de la hoguera.

—Sí. Como mi pareja.

Me yergo un poco y me inclino hacia él para besarlo.

—Me encantaría. —Vuelvo a sentarme cómodamente y le pregunto —: ¿Por qué te ponía tan nervioso preguntármelo? Seguro que sabías que diría que sí.

—Contigo nunca se sabe, P.

Su confesión me remueve por dentro.

—Lo siento...

Bennett sacude la cabeza y se toca los rizos un segundo. Como se ha pasado el día con el gorro puesto y antes yo se lo he agarrado con las manos, le ha quedado enmarañado y ahora tiene un aire pueril.

—No pasa nada. Creo que no estaba preparado para que me rechazaras en esta ocasión.

Sonríe juguetón y el gesto en sí resulta más que encantador. Se me aviva otra vez el cuerpo entero.

—¿No?

—No. Será la primera vez que mis padres estén en la misma sala desde que mi madre se divorció. O sea, que voy a necesitarte allí... Como mi pareja o como mi amiga. Cualquiera de las dos cosas me habría servido.

Me quedo helada. Intento asimilar toda la información que va soltando sin reaccionar de forma explosiva.

—Vaya... ¿Te preocupa?

—Un poco. —Se encoge de hombros—. Pero estaré bien. Y tú estarás allí, como mi pareja. Así, todo será mejor.

La cabeza me va a mil por hora y me invaden tantos pensamientos que soy incapaz de centrarme en uno solo.

—A lo mejor deberíamos hablar más —sugiero—. De todo.

Bennett frunce el ceño y la sonrisa se le desdibuja poco a poco.

—No. No hace falta.

Sería muchísimo más fácil dejar el tema. Volver a que fuesen todo alegres sonrisas y gestos juguetones; que este paraíso costero se convirtiera en un oasis. Pero lo cierto es que no sería más que un espejismo. Si solo nos pasa aquí, juntos, no será real. Y, para que sea real, puede que primero tenga que doler.

—A mí me gustaría —comento.

Bennett aprieta la mandíbula, clavando la mirada en la hoguera. Cede y asiente.

Junta las manos y las aprieta. Supongo que estará intentando no empezar a dibujarse palabras en el muslo.

—Vale.

—¿Estás bien? —le pregunto—. No lo digo por eso. Es que nunca te he visto saltándote clases. O entrenos. Solo quiero asegurarme de

que estés bien.

Sonríe débilmente, como si pudiera partírsele el gesto con un solo golpe.

—Estoy bien. A ver, dentro de mis posibilidades. —Encoge sus enormes hombros. Baja la voz y añade—: Ya sabes cómo es mi vida. Difícil, siempre.

—¿Ah, sí?

Da igual que yo crea que lo conozco. No es suficiente. Bennett tiene que abrirse conmigo.

Vuelve a encogerse de hombros.

—Solo estoy intentando capear el temporal, P. Tranquila. Se me pasará. —Pasea la vista por la extensión del oscuro océano—. Siempre se me pasa.

Se hace un largo silencio entre nosotros. Mantengo la vista fija en el dorado brillo que le ilumina el rostro, que hace que le resalte aún más la mandíbula, cubierta por una sutil barba, y que sus gruesas y fruncidas cejas le ensombrezcan esos ojos azules como el océano. Unos ojos que podría pintar de memoria.

—Ahora mismo no quiero hablar de mí —añade en voz baja, casi susurrando—. Si no te importa.

—Claro que no. Pero ¿me prometes que, si algo no va bien, me lo dirás? —le pregunto. Alargo el brazo para cogerle la mano y entrelazo los dedos con los suyos—. Prométemelo.

—Te lo prometo.

Una fría ráfaga de aire me azota el pelo y tirito. Bennett se quita la bufanda y me envuelve con cuidado para que pueda acurrucarme en él, en su calor corporal. En su olor.

—¿Fue...? —empieza a decir antes de bajar la vista y clavarla en el suelo, apartándome la mirada—. Ya sé que dijiste que no fue por mí, pero es que... tengo que preguntártelo: ¿hice algo...? ¿Para que te alejaras esa noche?

La noche de Fin de Año de cuando íbamos a primero de carrera. Esa noche. La que he bloqueado de mi mente con todas mis fuerzas hasta convertirla en un recuerdo brumoso que me niego a evocar.

Sin embargo, a pesar del nudo que siento en la garganta, al final encuentro la voz para decir:

—No. Tú no hiciste nada.

Bennett asiente. En su rostro entreveo alivio, pero sigue pensando en ello.

—Creo que me he pasado bastante tiempo creyendo que sí fue culpa mía. —Carraspea para deshacerse del nudo que debe de tener en la garganta—. Que yo era demasiado..., o que no supe entenderte bien y que... Que querías a alguien que fuera más normal.

Cierro los ojos mientras asimilo la vulnerabilidad y la ternura de sus palabras, que me sientan como cuchillazos en el corazón. Y me los merezco absolutamente todos.

Me viene un *flash* de ese cuarto azul marino. De los gemidos de un perro. De una confesión dicha a media voz y medio desgarrada: «Alguien como tú nunca podría querer a alguien como yo, ¿a que no?». Y, a falta de una negativa, un portazo.

Se me revuelven las tripas y dejo que el frío vuelva a serenarme.

—No tuvo nada que ver contigo. —Exhalo—. Eres perfecto, Bennett.

Tras un segundo, pregunta:

—Entonces, ¿por qué me dejaste?

«Porque no estaba bien y nunca podrías entender el porqué. Porque tenía dieciocho años y estaba tan aterrada de perderte que lo saboteé todo. Porque tenía que hacerme daño a mí misma antes de que me lo hicieras tú».

Y luego seguí haciéndolo. Me fui lastimando una y otra y otra vez. Como si así fuera a conseguir borrar lo que yo misma había hecho.

¿Me he convertido en el monstruo que con tanto esfuerzo he intentado no ser?

—Nunca quise dejarte —trato de responder, abrazándome con fuerza por el torso—. Pero... estaba destrozada y tenía miedo, Bennett. Y lo siento. Siento muchísimo todo lo que te hice. Lamento el daño que te hice sin parar y lo de Rhys...

—Para —me detiene levantando las manos en el aire y cerrando los ojos con fuerza, sufriendo—. No puedo... Todavía no.

No me imagino nada más que no sea seguir avanzando con Bennett. Sin embargo, se me ha olvidado que, a lo mejor, este dolor es un túnel sin fin. Que la he cagado tanto que será imposible enmendarlo todo; arreglarlo lo suficiente como para poder cruzar al otro lado.

Speyside siempre ha sido un sueño. Y puede que continúe siendo justo eso.

—A veces, me preocupa pensar que lo más inteligente que hice fue dejarte —confieso envuelta por el silencio—. Pero lo empeoré todo aún más porque nunca llegué a soltarte. A lo mejor, de haberlo hecho, tú habrías pasado página. Y habrías sido más feliz.

Bennett se agacha de inmediato en esta terraza empedrada, con la luz de la hoguera iluminándolo desde atrás cual deidad envuelta

por un gran halo de llamas. Y me coge la cara con ambas manos. Con cuidado y ternura; constante e inamovible.

La estable orilla, con su inquebrantable firmeza ante el vaivén de mis olas. Bennett siempre ha sido esto.

—Habría dado igual —reconoce con el mismo hilo de voz con el que yo he hablado—. Nunca habría estado dispuesto a soltarte. Desde ese día en los vestuarios, solo he pensado en ti. Respiro y me inundas los pulmones. —Exhala de forma casi agitada y levanta sus ojos azules, donde se entreven unas lágrimas, para mirarme fijamente—. ¿Por qué te cuesta tanto entenderlo?

Nos quedamos ahí, helados en una especie de viñeta marina distorsionada y llena de deseo, dolor, ansia y desesperación.

Quiero enseñarle partes más oscuras de mi ser; quiero enseñarle aquello que está roto en mi interior. Quiero mostrarle esa versión más joven y más pequeña que habita en mí; esa que solo ha experimentado dolor y miedo. Menos cuando está con él.

Pero es que... no puedo.

Las palabras se me atascan en la garganta, amenazando y prometiéndome alivio a partes iguales. Así que dejo que Bennett me abrace con más fuerza y me bese el pelo.

Con la vista puesta en las llamas de la hoguera, me pregunto si llegará un día en el que pueda mostrárselo todo. O si es que acaso, al igual que tantos maravillosos poetas y quienes son objeto de su amor, estamos condenados a convertirnos en cenizas y a no conseguir nunca lo que tanto deseamos.

51

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

NOCHE DE FIN DE AÑO, 15:45 H

—¿Y si...? —A Paloma se le va apagando la voz—. ¿Y si no les caigo bien?

Está sentada en el asiento del copiloto. Aparco delante de su resi y atisbo una sutil capa de nieve al otro lado de la ventanilla, por encima de su hombro. Nos hemos pasado casi una semana entera con mi padre en Beacon Hill y ahora estoy más obsesionadamente enamorado de ella de lo que creía posible. No sabía que alguien pudiese sentir tanto. Y menos yo.

Anoche, bajo la luz de la lamparita y con los músculos de su espalda en mis manos mientras ella estaba tumbada sobre mi cama, la convencí para que se quedara más tiempo conmigo y me acompañara a la cena de Fin de Año con mi madre. La única tradición que tenemos en fiestas.

La relación con mi madre siempre ha sido complicada. Decidió dejar de ir a terapia cuando yo era pequeño, lo cual no les gustó ni a mi padre ni a mi psicóloga. Yo sabía que, si mi madre estaba triste, era por mi culpa, por más que ella lo achacara al autismo, a mi

susceptibilidad o a las dificultades que experimentaba con algo que, para ella, era clarísimo. Cosas que «no deberían costar tanto».

Cuando conoció a mi padrastro, todo mejoró. Mi madre e Ethan se conocieron *online* y empezaron a escribirse por correo electrónico. A mí me preocupaba, pero al final él se mudó de ciudad y se vino a vivir con nosotros. Se casaron al cabo de poco.

Mi padre odiaba a Ethan. Todavía lo odia, lo cual me irrita cada vez que sacamos el tema a colación. Tener que hacer de intermediario entre mis padres es un infierno.

—¿Qué? —Arrugo la frente y desvío la vista hacia ella de golpe.

Pongo los cuatro intermitentes, detengo el coche y me desabrocho el cinturón para girarme hacia Paloma.

Parece tan pequeña y tan delicada en este asiento de cuero negro... Se ha acercado las rodillas al pecho y las suelas de sus Converse garabateadas y con un agujero en el lateral chirrían al rozarse la una con la otra mientras se muerde su carnoso labio. Se lo suelta haciendo un puchero y, al final, me mira a través de sus largas pestañas.

—Creo que no les voy a caer bien.

—Les vas a encantar —intento tranquilizarla—. A mi padre ya lo has conocido y te adora.

Paloma asiente, pero sigo atisbando la misma preocupación en su precioso rostro.

—Es que... Es tu madre. —Suelta el aire y susurra—: No se me da bien tratar con las madres.

—¿No? —pregunto paciente.

Niega con la cabeza.

—Mi madre es una persona... complicada. Era... Tenía muchos problemas.

Asiento. Me quedo con lo que me dice y trato de deshacerme de mi obsesión y de las intensas preguntas que quiero hacerle.

—Pero... No me... No le caía bien.

Me duele el pecho ante su vulnerable confesión y sacudo la cabeza.

—Ella se lo pierde —respondo—. Mi madre será maja. En todo caso, estará demasiado ilusionada. Y querrá abrazarte, seguro, porque yo no soy muy de... —Carraspeo—. Los abrazos no son lo mío.

—A mí me abrazas —señala ella—. Y a tu padre también.

—Con vosotros es más fácil. —Resoplo y me separo unos centímetros de Paloma. Me siento extremadamente expuesto y me arde ligeramente la piel, pero sé que debería justificar un poco más mi respuesta—. A mi madre le cuesta... tenerme en casa. —Hago una mueca—. Es como si le molestara, casi. Así que intento ser mejor cuando estoy con ella.

Ser mejor. Esas palabras no acaban de sentarme bien.

Con la doctora Anya, hemos hablado del tema en varias ocasiones. De que no debería tener que disculparme por cómo soy y menos con mi madre. Sin embargo, mi madre tiene una vida complicada y vive sumida en la tristeza. Y quien le rompió el corazón fue mi padre.

«Y quien tiene la culpa de eso eres tú. Bastaría con que...».

Sacudo la cabeza y vuelvo a alargar los brazos hacia Paloma para tranquilizarme. No nos dimos nada por Navidad, pero esta mañana la he llevado a nadar a modo de «regalo». La paz que he entrevisto

en su rostro cuando se ha zambullido en la piscina me servirá de sustento durante años.

Ahora lleva unos pantalones de chándal, una sudadera y una chaqueta. Hasta le he cubierto su mojada melena con mi gorro, temiendo que no pasara frío.

—Contigo es más fácil. Lo de los abrazos y el contacto físico, digo. Seguramente, porque confío en ti.

Paloma se sonroja.

—¿Sí? —La inocencia de su pregunta me acelera el corazón. Asiento y ella añade—: Y yo. Yo también confío en ti.

—Guay —respondo cogiéndole la mano y dándole un beso en la palma mientras me la acerco con firmeza a la cara—. Dúchate, vístete y haz lo que necesites. Pasaré a recogerte dentro de una hora, ¿vale?

—Vale.

—Te quiero —le digo desabrochándole el cinturón.

—Te quiero —repite ella.

Dormí ahí la noche en que dijiste: «Creo que estoy enamorándome de ti», avivando la gran e insoportable sensación de pertenecer, cual cerilla en un incendio forestal. Ardí tanto y en tal silencio que seguro que te preguntaste si yo también te quería. Te quería, te quería, te quiero.

DE «LA FUNDA DE LA ALMOHADA»

DE ANNELYSE GELMAN

DE PALOMA BLAKE PARA BENNETT REINER,

QUE NUNCA LO RECIBIÓ

Bennett:

Lo siento

P.

52

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

NOCHE DE FIN DE AÑO, 23:52 H

Siete está gimiendo.

Ya lo ha hecho en otras ocasiones para despertarme cuando Paloma tenía alguna pesadilla. Pero no pasaba desde hace un mes, más o menos.

Y sin embargo...

—Calla, porfa —oigo que suplica una voz.

Siete vuelve a gemir (esta vez, más fuerte) y echa a andar silenciosamente por la alfombra, a pesar de que le tintinea el collar. Abro los ojos y veo a Paloma de pie, al lado de la puerta, intentando apartar a Siete para... ¿marcharse?

—¿Paloma? —Se detiene. La oscuridad de la habitación le tiñe el rostro de sombras y me impide verle bien la cara—. ¿Qué...? ¿Qué haces?

—No quería despertarte —susurra—. Tengo que irme.

Frunzo el ceño.

—¿Va todo bien? Puedo llevarte en coche. Tú solo dime dónde...

—No, Bennett —me corta con un tono severo en la voz—. Me... No puedo seguir con esto.

Sacudo la cabeza y suelto:

—Dime... ¿Qué pasa? ¿Adónde vas?

—¿No es evidente? —pregunta ella.

Me da un vuelco el corazón y me sonrojo avergonzado, porque no, a mí no me parece para nada evidente. Puede que no lo haya dicho en ese plan, pero, desde que nos hemos ido de casa de mi madre al terminar de cenar, me ha dado la sensación de que la cosa no iba del todo bien y me he pasado el trayecto de vuelta en bucle. Algo va mal.

—Cuéntamelo. ¿Por qué...? ¿Qué pasa?

Intento acordarme de todo lo que hemos hecho en las últimas veinticuatro horas. De la cena con mi madre y mi padrastro. Ha sido incómoda, sí, pero no más de lo que suelen serlo mis cenas a solas con ellos. «¿Qué está pasando?».

—No lo entenderías.

—Inténtalo —le pido con un tono más suplicante del que pretendía.

Frustrada, Paloma se pasa una mano por su enmarañada melena. Se recoge el pelo en un moño y se lo ata con la goma que lleva en la muñeca.

—No puedo continuar con esto —dice marcando bien la última palabra y señalándonos a ambos. Me quedo sentado en la cama, desesperado por no alarmarla más de lo que ya lo está por culpa de no sé qué—. Esto... ¿Esta cosa rara que tenemos tú y yo? Tiene que terminar.

—¿De qué estás hablando? —Me duele la garganta; las palabras parecen cuchillas que se me clavan en la boca al salir—. Pensaba que...

—Bennett —me corta Paloma como si nada, a pesar de que cierra los ojos, protegiéndose de mi mirada—. No me conoces. No del todo. ¿Hace..., qué, cinco meses que somos amigos? ¿Y ya pensamos que nos conocemos el uno al otro lo suficientemente bien como para decirnos que nos queremos?

Se me revuelve todo por dentro, no puedo evitar estremecerme.

—Ya...

«Ya sé todo lo que necesito saber y nada de lo que digas me hará cambiar de opinión».

«Me he abierto más contigo que con nadie en toda mi vida».

«Te quiero. Fin de la historia. Por favor... No te vayas».

Antes de decidir si le digo todo esto o no, ella prosigue:

—Ha estado bien, pero mi yo de verdad... La que realmente soy... Ni siquiera la reconocerías. Y no te gustaría.

—Deja que sea yo quien lo decida —le suplico, y se me rompe la voz. Mientras hablo, empiezo a entrar en bucle y siento que voy perdiendo el control—. Porque debería decidirlo yo, ¿no? Enséñamelo. Muéstrame la persona que crees que eres. No me iré a ninguna parte.

Se le dibuja una especie de sonrisa extraña en el rostro antes de que las lágrimas empiecen a brotar de sus ojos marrones. Ahora que mi soñolienta mirada se ha acostumbrado a esta tenue luz, no puedo dejar de estudiar a Paloma una y otra vez. Como si fuera a atisbar alguna manifestación física de aquello que le está haciendo daño. Así podría arreglarlo.

—Bennett. No nos conocemos. Solo han pasado cinco meses —repite despacio, como si yo fuese un puto crío.

Y, por primera vez, me enfado con ella. Estoy cabreadísimo y un montón de advertencias me cruzan la mente. Unas que me dicen: «No cuadra, no cuadra, no cuadra».

—Háblame. Dime qué pasa —le suplico con un tono de voz amargo y ahogado; lo detesto—. ¿Cinco meses? Es suficiente. Sí nos conocemos.

—¿En serio?

Paloma se abraza con fuerza. Intento respirar para tranquilizarme. Nunca había sentido que perdía tanto el control con ella cerca; su presencia siempre me ha enraizado, me ha calmado. Ahora, en cambio...

Me levanto y voy hacia Paloma, porque está llorando.

Retrocede y se choca un poco con la puerta. Me detengo.

—Ya sé que tú lo ves así —responde con un susurro que suena tranquilizador—. Pero ¿qué sabemos realmente? ¿El uno sobre el otro? ¿Acerca de lo que hemos vivido o lo que necesitamos?

—Pues dímelo —le pido desesperado. Al intentar contener la apremiante necesidad que siento de ir hacia ella, me resbala el pie —. Podemos encontrar la forma, juntos...

—Bennett —me corta. Un sollozo le ahoga la voz—. No lo entiendes. No puedes.

No puedes. Me da vueltas la cabeza. «Esto no cuadra. No cuadra y lo sabes». Vuelvo a pensar en las últimas veinticuatro horas. Tiene que haber pasado algo que haya desencadenado esta reacción.

«Tu madre. Tu padre. Tu familia».

«Piensan que te pasa algo; siempre lo han pensado. Tu madre a duras penas puede hablar contigo sin sacar el tema a colación. Por fin ha visto eso que tan desesperadamente querías esconder de ti mismo».

—A lo mejor... —dice, y, a pesar de que está hablando con un hilo de voz, la oigo como si estuviese gritando—. A lo mejor no somos buenos el uno para el otro.

Siento una punzada enorme, como si acabasen de pegarme un cuchillazo en el pecho.

—Te refieres a que yo no soy bueno para ti, ¿no?

—Yo no he dicho eso —responde Paloma entre dientes mientras unas lágrimas cargadas de miedo y frustración le resbalan mejilla abajo.

Se le ha enrojecido el rostro y sus delicados rasgos parecen más marcados y angulares. Defensivos. Sin embargo, bajo todo eso, casi puedo atisbar algo de culpabilidad.

—No te ha hecho falta —le digo con un gran nudo en la garganta. Nunca le he alzado la voz y sigo desesperado por no hacerlo, pero a duras penas puedo contenerme. Me duele todo demasiado y siento que estoy perdiendo el poco control que aún tengo sobre la situación. Sobre nosotros—. Lo pillo —añado levantando las manos en señal de rendición, y agacho la cabeza para disimular el dolor que sé que soy incapaz de esconderle a Paloma—. No soy normal.

«¿No puedes abrazar a tu madre sin estremecerte?».

«¿No puedes salir del complejo deportivo sin haber completado tus malditos rituales?».

«¿No puedes tener relaciones sexuales con ella sin sentir que necesitas tener el control?».

Me paso una mano por el pelo y aprieto los puños a los costados. Con la voz rota y dolorida, digo:

—Pensaba que querías estar conmigo.

Es una frase que muestra vulnerabilidad, pero está cargada de ira. Paloma se estremece, retrocede y vuelve a chocarse con la puerta. A lo lejos se oyen unos fuegos artificiales que percibo como sonidos fuertes y agresivos que le iluminan el rostro sin cesar cual foco desde la ventana de mi habitación.

—Bennett... Por favor...

—No pasa nada —la corto—. Es demasiado complicado para ti, ¿verdad? Es... Soy... —Se me escapa un sonido frustrado—. Tienes razón. Alguien como tú nunca podría querer a alguien como yo, ¿a que no?

—Bennett... —me suplica con la voz densa y tomada.

Quiero disculparme y suplicarle que se quede. Pero no puedo hacerlo. No puedo. Me matará. Y esto no va a mejorar. En todo caso, cuanto más días paso a su lado, cuanto más le toco el pelo y cuanto más se enraíza Paloma en mi interior, más crece mi obsesión por ella.

No lo niega.

—Vete, Paloma.

Siete gime, colocándose entre nosotros como si no supiera qué hacer.

—Vete.

Ahora, lo digo casi gritando, perdiendo el control.

Paloma se marcha corriendo y cierra la puerta con violencia tras de sí.

La ola de adrenalina que sentía se desvanece en el acto; me ceden las piernas y empiezan a temblarme. Me da un vuelco el corazón y voy dejándome caer hasta quedar sentado en el suelo, con la espalda contra la cama. «No cuadra, no cuadra, no cuadra».

Con el corazón acelerado y las manos temblorosas, cojo el móvil y la llamo. Para disculparme.

Me salta el buzón de voz directamente.

La llamo otra vez. Y otra. Intento dar obsesivamente con ella sin cesar. Sigo oyendo fuegos artificiales afuera y me estremezco con cada estallido de luz.

«Basta. Basta. Que pare ya».

Siete descansa casi todo su cuerpo en mi regazo, reposando su peso contra mi desbocado corazón. Noto un gigantesco nudo en la garganta y me entran ganas de sollozar, pero intento contenerme.

Las horas pasan. Si lo sé es solo porque veo cómo se cuela la luz del sol por las ventanas. Oigo que se abre la puerta principal antes de que vuelva a cerrarse y me llame Rhys.

No respondo.

Tras un largo minuto, entra en mi habitación y abre los ojos como platos.

—¿Ben? ¿Estás bien?

—S-Sí.

No, claramente no estoy bien. El dolor que siento es tal que casi me paraliza.

—¿Qué puedo hacer? —se interesa mi mejor amigo.

No me bombardea a preguntas ni intenta enterarse de lo que ha pasado. Se limita a sentarse a mi lado, paciente, mientras le pido que se quede conmigo.

Avisamos de que no vamos a ir a entrenar. Rhys se queda conmigo todo el día.

—No lo sé —consigo decir.

Noto que tengo las manos frías y entumecidas; flexiono y cierro los puños como si eso fuese a ayudar. Todo me resulta intenso y frío como el hielo.

Rhys asiente.

—No pasa nada. —Tras un segundo, añade—: ¿Quieres que te abrace?

Asiento mientras las lágrimas me resbalan por las mejillas y yo me rompo en brazos de mi mejor amigo, que me sostiene con fuerza para ralentizar el errático latir de mi corazón.

Paloma se ha marchado.

53

Bennet

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

ENERO

Ya han pasado tres días y Paloma sigue impregnándome los pulmones.

Cada inhalación es un estallido de enebro y brisa marina, como el primer aroma que te llega al estar cerca del mar. Al final, no puedo seguir durmiendo en mi maldita habitación. Intento quedarme en casa de mi padre, pero tampoco me sirve de mucho.

En cierto modo, es aún peor. Porque la recuerdo en mi cama, en mi cuarto, mientras le susurraba que la quería. Mis poemas contra su piel. No hay forma de deshacerme de ella. Y resulta casi asfixiante.

—Si quieres que hablemos...

—He dicho que estoy bien.

Intercambiamos esas mismas palabras cargadas de dolor y enfado un par de veces más hasta que me voy.



«No está aquí». Al encontrarme solo en el vestuario, me quedo petrificado y me rasco la nuca mientras repiqueteo en el suelo con el pie con unos movimientos controlados.

«Está enferma. No ha venido porque está enferma. Eso es todo».

«No te está evitando. Puedes hablar con ella y todo volverá a ser como antes».

Esos pensamientos repetitivos me relajan tanto y son tan cautivadores que a duras penas me doy cuenta de nada más.

Tardo dos horas en completar mi rutina posentreno.



Un mes de pura adrenalina y de infinitos y patéticos intentos de llamarla. Y luego un mes de ataques de pánico y de dobles sesiones semanales con la psicóloga porque mis impulsos se han agravado tanto que me cuesta incluso salir de casa.

Y, después, llegamos a marzo. La nieve se pega al suelo y la yerma tierra del nordeste del país por fin empieza a ser un reflejo de mi alma.

El equipo entero está de celebración en un bar antes de que empiecen los campeonatos regionales. Rhys se encuentra de pie a mi lado, en una esquina de la parte delantera de la sala, lo más cerca de la salida posible. Un grupo de versiones toca un viejo tema de U2 y la música suena alta a través de los altavoces. Hay muchísimo ruido y está todo atiborrado de gente. Justo cuando me dispongo a decirle a Rhys que voy a irme a casa, la veo.

Al principio, juraría que no puede ser ella. Rizos elásticos de un decolorado casi platino, sombra de ojos sensual y labios encorvados

en una cruel sonrisa socarrona.

—Mierda —musito, irguiéndome.

Me he tomado una cerveza o dos. No voy borracho en absoluto, pero, a pesar de mi constitución, me siento un poco aturdido; no estoy acostumbrado a los efectos del alcohol.

—¿Todo bien? —se interesa Rhys.

Asiento y me separo de él mientras le murmuro que tengo que ir al baño sin quitarle los ojos de encima a Paloma, que está acercándose a la barra.

No sé si me alegra o me molesta verla sola. Lleva unos vaqueros apretados y un corsé de color chocolate sin tirantes; el escote le queda tan apretado y subido que llama la atención de cualquiera que esté a su alrededor. Es guapa de narices, perfecta. Y, aun así, nadie le aparta la mirada del pecho.

Aprieto los puños.

Se le acerca un tipo y Paloma se inclina para hablar con él. Sé que debería pegar media vuelta y marcharme, pero...

El tío le acomoda el pelo detrás de la oreja. «Le ha tocado el pelo».

Ira y odio me nublan la visión; siento que pierdo el control por culpa de la embriaguez y estoy a nada de que me dé un ataque. Quiero ir hacia allí y apartar la mano de ese tipo del pelo de Paloma. Puede que hasta se la corte. Puede que ate a Paloma a mí con unas esposas.

En lugar de eso, echo a correr y vomito en el sórdido baño del bar. Me enjuago en el lavamanos e intento recuperar el control de mi cuerpo desesperadamente.

Pero, cuando salgo, la encuentro aquí.

Ella. Solo ella. Para siempre.

Se me escapa un sonido extraño de la garganta; algo parecido a una exhalación, pero más fuerte. Intento memorizarla de nuevo y la estudio obsesivamente con la mirada una y otra vez. Es tan guapa que se me encoge el corazón.

—¿Paloma?

Levanta la vista hacia mí. Pero, al verle los ojos, me detengo. Parece haber lágrimas en ellos. Están enrojecidos. Me mira aturdida. Se muerde el labio y ladea la cabeza.

—¿Estás...? Paloma, ¿estás borracha?

«Paloma no bebe. Esto no cuadra. Ayúdala...».

Trastabilla y choca contra la pared.

—Estoy bien —responde.

—Venga, te llevo a casa.

—No —suelta, y se le enciende la mirada.

Por un instante, es como si no la conociera. No es la misma persona. Cada segundo que pasa, me sienta igual que si me estuviesen clavando astillas en la piel. Volver a verla, pero no verla a ella realmente, a mi Paloma, es... como vivir una pérdida.

Como sufrir un duelo.

—Déjame en paz —dice, y baja aún más la voz—. Por favor.

Eso último le sale cual súplica susurrada y me acaricia la piel como si de agua se tratase. Un agua que enfría mi acaloradísimo temperamento.

—P. —exhalo. Y como no puedo contenerme, añado—: Deja que te lleve a casa, amor, por favor...

Ese *amor* se me escapa solo. Paloma se estremece y se aleja de mí. Se le ensombrecen los ojos y baja la vista, apartándola de mi

suplicante mirada.

—Bennett, para.

—Paloma, tú no bebes. —Estoy que echo humo y mi cabreo es cada vez mayor—. A ti te pasa algo.

—No me conoces. No... no estoy...

—Deja que cuide de ti, por favor.

Lo digo del tirón, sin pensarlo. Sin que me dé tiempo a asimilar qué acabo de pedirle siquiera.

—No te necesito —escupe enfadada.

Es como si nos estuviésemos dejando llevar por el enfado del momento en este estúpido y oscuro pasillo.

—Vete a la mierda —sentencia marcando bien cada palabra.

Se aleja de mí, trastabillando y con los ojos bien abiertos. Como si se hubiese quedado igual de estupefacta que yo con sus palabras.

Me quedo mirando cómo se marcha de nuevo. Y, si es que era posible, creo que esta vez me duele todavía más.



Ganamos el Frozen Four.

Bebo tanto que acabo como una cuba. Al despertarme con otra persona al lado, me odio a mí mismo. Dos cosas que no había hecho en la vida y que ahora he hecho en una sola noche. Me paso día y noche revisando obsesivamente el móvil, limpiando y cortando el césped, a pesar de que esté todo helado, y evitando las miradas de preocupación que me va lanzando Rhys, el único que se da cuenta de lo mucho que estoy cediendo a mis impulsos.

No pego ojo.

Cuando regresamos, Paloma se presenta en la fiesta que hemos montado en la Hockey-resi. La observo en silencio y con el corazón encogido desde una esquina, mi lugar habitual. Estoy desesperado por tenerla, aunque sea solo así.

«¿Me has visto en la tele?», me pregunto. «¿Me echas de menos? ¿Tú también echas de menos estar conmigo?».

Paloma encuentra a alguien con quien bailar. Pido un taxi y me voy a casa.

No vuelvo a verla hasta seis meses más tarde.

54

Bennet

PRESENTE

—¿Ben?

No sé cuántas veces me habrá llamado Rhys antes de que me dé cuenta de que estoy en mi vestidor y sigo medio desnudo. No sé cuánto tiempo llevo aquí, perdido en mis pensamientos. Últimamente, todo me parece un poco difuso, como envuelto en una bruma.

Pillo la camisa de la percha y me la pongo. Acto seguido, cojo el móvil (como si fuese a llamar a Paloma otra vez) y lo guardo. «Déjala disfrutar de la noche. Está con Sadie. Está bien».

Paloma está bien. Yo estoy bien. Todo va bien.

—Perdona —digo.

Sacudo la cabeza y miro a Rhys mientras se pone el cinturón.

Abre la boca, pero, antes de que pueda decir nada, se oye una voz de crío.

—¿Me ayudas, porfa?

Liam abre los ojos como platos al abrir la puerta de mi habitación, donde Rhys ha decidido acomodarse.

El hermano pequeño de Sadie es un niño tierno, pero un poco revoltoso. Ahora, en cambio, está frustrado y busca la reconfortante presencia de mi mejor amigo. Le tiende las manos a Rhys para enseñarle una pequeña corbata de color azul marino con un estampado de lobos. Rhys se arrodilla delante del niño con una sonrisa y le habla en voz baja y con cuidado mientras le hace el nudo.

Atisbo otro movimiento en la puerta y, entonces, aparece el mediano de los hermanos Brown: Oliver. Va vestido de los pies a la cabeza, pero lleva la corbata demasiado apretada, con el nudo mal hecho. No para de tirar de ella.

«Me recuerda a ti», me confesó Rhys una mañana que pilló a Oliver haciendo los deberes en la encimera. El niño se había quedado a dormir con nosotros y disfrutaba del silencio que se respira en casa cuando solo estoy yo abajo; a veces, Ro.

También oí todo lo que no me dijo.

—Oliver —digo tanto para saludarlo como para llamarle la atención—. Quítate la corbata.

El crío frunce el ceño. Es clavado a Sadie en muchos aspectos: pelo oscuro, pecas, tez pálida y ojos grises de gato. Al igual que a ella, le cuesta confiar en los demás y se muestra escéptico. Sin embargo, enseguida se da cuenta de que yo tampoco llevo corbata (nunca me la pongo); se la quita y se la guarda en el bolsillo.

—Gracias —contesta en voz baja.

Oliver entra para llevarse a Liam y le dice que su hermana está esperando que le envíen una foto de cómo van vestidos.

—Decidle a vuestra hermana que salimos pronto —les pide Rhys a los niños, metiéndoles prisa para que se vayan.

Vuelve a cerrar la puerta y se recuesta en ella. Lo miro con cautela.

—Deberíamos hablar.

—¿De qué?

Me sonrojo mientras atravieso la estancia para pillar la americana antes de meterme en el baño, mirarme el pelo y lavarme las manos.

—De Paloma —contesta, y yo cierro los ojos de forma involuntaria —. Oye, siento...

—Para —suelto antes de plantar las manos en la encimera y dejar caer la cabeza un segundo.

Temía esta conversación, pero conozco lo suficiente a Rhys como para saber que sería incapaz de seguir posponiéndola. Mi mejor amigo es buena persona, se preocupa muchísimo por los demás, pero también se martiriza. He aquí el motivo por el cual nunca le conté nada de lo de Paloma; sobre todo, después de que ellos dos estuvieran saliendo.

No me gusta pensar en eso ahora, pero sé que, aunque a mí me duela, a Rhys también. Se siente responsable por haberme traicionado y la culpa le inunda el rostro.

—Bennett... —Está de pie con los brazos cruzados, en la puerta, a unos escasos treinta centímetros de mí, y me mira a través del espejo del baño—. Si lo hubiera sabido...

—Lo sé —susurro, y cierro los ojos con fuerza—. Pero no podías saberlo. Porque no te lo dije.

Asiente. Sé que mis palabras no bastan para que Rhys deje de sentirse culpable. Pero, de momento, tendrán que servirle.

Rhys me da un segundo más antes de suspirar con pesadez y preguntarme:

—¿Cuánto tiempo lleváis...?

—Hace poco que hemos empezado a salir otra vez.

—Otra vez... —exhala—. Bennett, eres mi mejor amigo. Te conozco, así que te lo voy a volver a preguntar: ¿cuánto tiempo llevas enamorado de Paloma Blake?

—Desde otoño de primero de carrera. —Seguramente, desde la primera vez que la vi en los vestuarios de hockey—. Mucho tiempo —añado sonriéndole.

—Madre mía... —musita Rhys, frotándose los ojos—. Con razón Siete se volvió loco esa noche.

Frunzo el ceño y levanto la cabeza.

—¿Qué noche?

—¿No te acuerdas? —Rhys ríe y sacude la cabeza—. Creo que fue en... ¿primavera? ¿De segundo? Montamos el primer fiestón aquí y vino tanta gente que casi se nos fue de las manos...

No recuerdo casi nada de la noche en cuestión. Yo nunca he sido de beber demasiado, pero esa noche lo hice. En exceso. Y lo odié con todo mi ser.

—Bueno, Paloma vino. Recuerdo que estaba sola y diría que iba borracha, pero había un cabrón que no la soltaba ni a sol ni a sombra. Y cuando estuve a punto de ir y decir algo, tu gigantesco perro pasó por mi lado a toda leche y se echó encima de ese tío. ¿En serio no te acuerdas?

Abro los ojos como platos y niego con la cabeza.

—¿Siete atacó a alguien?

—Fue un caos. No me puedo creer que no te acuerdes. Aunque, pensándolo bien, creo que Siete solo salió porque Freddy te ayudó a subir a tu cuarto y os quedasteis los dos fritos en tu cama.

Se me dibuja una sonrisa en los labios, tanto por el ligero bochorno que siento como por ese agradable sentimiento de amistad. Es probable que fuese la vez que más unidos hemos estado con Freddy; al menos, físicamente.

—Pero sí: Siete fue a por ese tío. Le ladró. Nunca lo había oído ladrar hasta entonces. Se puso a gruñir y a aullar. Y, luego, cuando le tiré del collar para apartarlo del tipo en cuestión, se colocó encima de Paloma, que estaba sentada. Creo que se pasó la noche ahí, durmiendo con ella. A ver, cuando nos despertamos, nos encontramos con unas cincuenta y pico personas en casa. De eso tienes que acordarte.

Cierto. Me horrorizó aquella situación, se me disparó la ansiedad; eso sí lo recuerdo. Rhys casi tuvo que encerrarme en su cuarto (que había conseguido librarse del caos) mientras lo arreglaba todo.

—Ahora... Ahora lo entiendo. —Rhys sacude la cabeza—. Y lo siento. Nunca quise hacerte daño. Ni con Paloma ni al alejarte de mí cuando me dieron los ataques de pánico y todo eso. Me... Lo siento.

—No pasa nada. —Le doy un apretón en el hombro—. Todo bien.

—¿Seguro? —pregunta deteniéndome antes de que pueda pasar por su lado. A pesar de que estamos solos en mi habitación, baja más la voz y comenta—: Te has saltado el entreno. Dos veces. No es... La última vez que hiciste esto estábamos en primero y ambos nos lo saltamos porque estabas en la mierda y no quisiste contarme el porqué.

No digo nada. A duras penas me muevo.

—¿Fue por ella? —Baja más la voz y habla con un tono más delicado—. Esa noche, en Fin de Año, cuando te encontré en pleno ataque de pánico... ¿Fue por ella?

—Ella no tuvo la culpa —insisto—. Acabábamos de romper y no me lo... Me sentó mal.

Sigue sentándome mal. Nunca he encontrado las respuestas a qué ocurrió esa noche, pero no voy a ponerme a indagar ahora.

—Eres mi mejor amigo, Ben —comenta—. No quiero que vuelvas a sufrir tanto otra vez.

El rencor y la amargura me abrasan por dentro. Sacudo el hombro para zafarme de Rhys y miro al suelo.

—¿Sí? Bueno, al menos tú sabrás que lo estoy pasando mal. Porque el que se encierra en sí mismo no soy yo.

Se estremece como si acabase de pegarle un puñetazo, pero soy incapaz de arrepentirme.

—Ben...

—Da igual —digo haciendo un gesto con la mano mientras paso por su lado y cojo el pomo de la puerta—. No pasa nada, Rhys.

Le sonrío por encima del hombro.

Porque es verdad, me da igual; al menos, a mí. Pasado, pisado. Estoy harto de que todo el mundo quiera que siga echando la vista atrás cuando ahora Rhys tiene a Sadie y va todo bien. Cuando ahora Paloma está aquí y está contenta.

Eso es suficiente.

Tiene que serlo.

A Rhys y a mí nos irá bien, como siempre. Aunque a veces me pregunto qué fue lo que rompió la firme cadena que pensé que nos uniría para siempre. ¿Qué fue? ¿El golpe que Rhys recibió en primero o el que me dio a mí en el tercer año de carrera?

55

Bennet

PASADO: TERCERO DE CARRERA

ENERO

—Tienes que intentarlo.

En la voz de mi padre noto una irritación poco habitual. Juguetea ansiosamente con los cubiertos antes de hacer girar el café americano en el vaso y bebérselo de un trago.

—No es por...

—Sí que lo es y lo sabes —suelta, pero yo hago como si nada.

Esta noche tengo una cita. Y me basta con pensar en ello para que me invada el pánico; un pánico del que, por lo visto, solo puede rescatarme Adam Reiner. A pesar de que, últimamente, ahora que he regresado a Waterfell para mi tercer año de carrera, la tensión no ha hecho más que aumentar.

—Es una cita, Ben. ¿Y si le pides a Rhys que traiga a una chica y vais de cita doble?

Lo he pensado varias veces, pero no he sido capaz de pedírselo. Rhys no sabía nada de ella, de mi primera novia, y explicarle por qué necesito que esté en esta cita con una chica de mi clase solo daría pie a más preguntas de las que yo podría responder.

—Igual sí... —respondo, a pesar de que mi padre ya se ha vuelto a distraer.

Por lo general, me irritaría, pero es que parece... molesto.

Vuelve a mirar detrás de mí justo cuando algo se mueve en mi ángulo de visión.

Es Anna Koteskiy, que está sacándose su coleta de color rubio rojizo del cuello de ese abrigo azul marino que se ha puesto. Mi padre la mira como si quisiera asegurarse de que está bien, como si la mujer acabase de escapar de una muerte segura.

—Bennett, Adam —nos saluda—. Menuda sorpresa veros por aquí.

—¿Estás bien? —le pregunta mi padre tierna pero enérgicamente.

Me acomodo en silencio y le doy un sorbo al agua.

—Sí —responde ella, sonriéndome antes de mirar a mi padre con los ojos un poco entrecerrados—. Intuyo que Max te ha contado lo que tenía previsto hacer hoy.

—Es probable —musita él—. ¿Intuyo que estás bien?

—Esta vez no hace falta que machaques a nadie —responde Anna, sonriendo y apoyándole la mano en el hombro, cerca del cuello, con cierta ternura.

Se hace un largo silencio durante el cual parece que ellos dos estén manteniendo toda una conversación, perdidos entre recuerdos de juventud.

—Estoy bien —insiste ella en voz baja.

Mi padre cierra los ojos y exhala.

—Bien —responde.

—Me alegro de veros —añade Anna antes de que el repiqueteo de sus tacones contra el suelo de mármol anuncie su marcha.

Mi padre la sigue con una mirada desesperada. No es la primera vez que se la veo, pero nunca ha sido así de descarada. Cuanto mayor me hago, más fácil me resulta reconocer esa aflicción tan familiar.

Y me doy cuenta de que mi padre parece... cansado. Como si hubiese vivido cien vidas y no hubiese sido del todo feliz en ninguna de ellas. Vuelvo a notar cierto pesar en el pecho mientras lo observo.

Somos como dos gotas de agua. Dos personas condenadas a amar desde lejos.



—No suele llegar tarde —tartamudeo, moviéndome un poco en el reservado.

Era la única mesa que quedaba libre, pero tengo a Hannah demasiado cerca. Sobre todo, para ser una primera cita.

El restaurante está lleno de gente y el estridente ruido del local reverbera por el techo. Vuelvo a mirar la hora. Quince minutos tarde. «Manda narices, Rhys».

Pillo el móvil para enviarle un mensaje (al traste con lo de ser relativamente educado) justo cuando alguien dice en voz suave y delicada:

—Odio llegar tarde.

Esa voz parece acallar el ruido. Es una voz suave y delicada que hace que se me erice el vello de los brazos.

Con la garganta seca, consigo reunir la valentía suficiente para levantar la vista y...

Y quedarme literalmente sin aliento al ver a mi mejor amigo haciendo pasar a Paloma Blake a nuestro reservado.

Mi Paloma Blake.

Lleva el pelo precioso, con su color natural: rubio, intenso; ese que yo siempre sospeché que le atisbaba debajo del descolorido tono marrón de sus voluminosos rizos. Aunque todo lo demás me resulta casi irreconocible. Se ha maquillado, acentuando sus profundos ojos marrones y sus carnosos labios de un rosado oscuro, a juego con el color de ese top que deja su centelleante y dorada piel al descubierto. Está más morena, sobre todo si tenemos en cuenta que es invierno, y no puedo evitar que los ojos se me vayan a la prieta tela que le estrecha el pecho.

Dios, es preciosa. Y también es un maldito sueño húmedo con patas. No sé por qué me sorprende que Rhys haya dado con ella. Estaba cantado. Paloma es... de todo. Buena, amable, brillante...

Son dos de las mejores personas que he conocido.

Hace años, mi pesadilla fue aceptar que tal vez ellos dos merecieran estar juntos, a pesar de que, en esa época, pensaba que Paloma sería mía y solo mía para siempre. Ahora me siento como si estuviesen apuñalándome.

Les sonrío e intento deshacerme del dolor que siento en el pecho.

—¿Bennett? —me pregunta Rhys, y ahí me doy cuenta de que estaban hablando—. Conoces a Paloma, ¿verdad?

¿Que si la conozco? Si con «conocer» se refiere a que la mitad de mi alma *es* Paloma, sí. El tumultuoso oleaje que llega a mi firme orilla.

—Bennett es mi mejor amigo —le dice Rhys sonriendo, alegre y brillante, mientras le pasa un brazo por los hombros a Paloma con

cuidado.

El gesto resulta sencillo, cuidadoso y espontáneo. Como si no tuviese que pensarlo previamente o practicar el movimiento para que le salga con naturalidad.

A Rhys, el contacto físico le resulta fácil. Y a mí me puede la envidia.

—Tu mejor amigo —repite Paloma con un tono medio sarcástico, a pesar de que no lo diga en ese plan—. No me lo habías dicho. Nunca.

No está echándoselo en cara a Rhys. Me lo está reprochando a mí.

Tiene los ojos clavados en los míos, casi suplicantes, y yo no puedo apartarle la mirada. Me duele el estómago porque la medio certeza que me dice «Paloma no lo sabía» está enfrentándose a un sentimiento más siniestro que responde: «De haberlo sabido, ¿acaso habría importado? Se merece a alguien mejor. A alguien como Rhys».

—Disculpa. —Mi amigo sonríe—. Es demasiado atractivo. Y, encima, sabe cocinar. No quería que te sedujera antes de que pudiese hacerlo yo.

Río, casi demasiado alto, pero me da la sensación de que me arden los ojos. Rhys desvía su sonrisa hacia mí con cierto agradecimiento en la mirada; es como si yo estuviese haciendo el papelón del siglo y siendo el mejor cómplice que nunca jamás haya habido.

«¿No notas mi corazón, Rhys? Me lo estás arrancando del pecho».

—Soy Hannah —se presenta mi cita—. Encantada de conoceros.

—Lo mismo digo —contesta Rhys. Paloma y yo seguimos aguantándonos la mirada—. ¿Cómo os conocisteis?

Noto que Hannah me sonríe, pero no digo nada porque se me ha quedado la lengua pegada. Así que es ella quien responde.

—Los dos estudiamos Derecho. Fuimos juntos a clase de Derecho de Medios de Comunicación el semestre pasado y tuvimos que hacer un trabajo juntos. —Paloma exhala. Le aparto la mirada—. Como hemos vuelto a coincidir en otra clase este semestre... —Se encoge de hombros—. Esperaba que me pidiera salir él, pero al final tomé yo la iniciativa.

Paloma pestañea y me aparta la mirada esbozando una sonrisa más de depredador que de presa.

—Mira tú qué bien —dice antes de alargar el brazo para coger uno de los vasos vacíos y la jarra de agua. A duras penas la ha tocado cuando Rhys le da un golpe en la mano y se la sirve él mismo—. Cualquiera diría que ha sido cosa del destino, ¿eh?

—¿Y vosotros? —se interesa Hannah, mordisqueándose el labio. Está muy guapa. Esta noche se ha puesto un vestido de flores que ha combinado con un cárdigan y se ha recogido su melena color cobrizo en una coleta alta con un lazo—. ¿En qué os vais a especializar?

—Yo aún no lo tengo claro —dice Paloma, dando un distraído sorbo de agua.

—Hagamos un trato —susurra con ternura y los labios pegados a mi acalorada y pegajosa piel—. Yo solicitaré meterme en Gestión Deportiva, y tú, en Poesía.

Sacudo la cabeza y sonrío.

—Eso es una especialización —contesto.

—Vale. Pues Escritura Creativa. O Literatura. Y, luego, puedes apuntarte a todas las clases de poesía y especializarte en eso. —Su risa es embriagadora, igual que lo es notarla a ella cuando se deja caer sobre mi pecho. La energía que suele desprender después de que nos acostemos empieza a amainar—. Yo me especializaré en lo mismo. Así podremos ir juntos a clase.

—¿Sí? —le pregunto con el corazón aceleradísimo bajo su oreja.

Le acaricio el pelo con ternura con la mano.

—Sí. No quiero que intercambies poemas con nadie más.

Vuelvo a reír sutilmente y levanto la cabeza de la almohada para besarle el pelo y acercarla más a mí.

—Nunca. Son solo para ti.

Nos quedamos mirándonos desde lados opuestos de la mesa. Dos mitades de una promesa rota.

Alguien me da un golpe con la mano en el hombro. Me sobresalto en el asiento como si acabasen de electrocutarme y me doy con la rodilla contra la dura mesa de roble.

—Perdona. —Hannah ríe y mira nerviosa a Rhys y a Paloma antes de agachar la cabeza y acercarme los labios al oído para decirme—: Es que tengo que ir al baño.

—Tranqui. Lo siento —respondo saliendo del reservado para que Hannah pueda levantarse.

Ya de pie, me froto un segundo la rodilla y dibujo una sonrisa tan parecida a la de mi cita como puedo, antes de volver a sentarme.

Rhys apoya los antebrazos en la mesa con el ceño fruncido y se inclina hacia mí.

—¿Estás bien? —se interesa—. ¿Es por lo de anoche?

—¿Qué pasó anoche? —pregunta Paloma de repente.

Al darse cuenta de que ha hablado demasiado alto, se sonroja.

Me observa antes de clavar la vista en la mesa como si pudiese atravesar la madera y mis pantalones con la mirada, como si estuviese estudiándome el moratón.

—Bennett es nuestro portero —le cuenta Rhys innecesariamente —. Un cabrón de Yale cargó contra él mientras estaba en una mala posición...

—En mariposa —señalo, porque conozco a Paloma como la palma de mi mano y sé que no necesita que le aclaremos nada—. Pero estoy bien. Fue solo un tirón.

Está molesta, claramente, y verla así hace que me sienta mejor. Pero es como tapar una herida letal con una tirita.

Rhys vuelve a recostarse contra el respaldo de madera del banco antes de agachar un poco la cabeza y darle un delicado beso en la mejilla a Paloma. Cada roce que comparten resulta familiar, como si no fuese la primera cita que tienen. Y puede que no lo sea.

Sé que mi mejor amigo no es de los que se va acostando con cualquiera por ahí. Sé que Rhys Koteskiy es el adorado chico que se ciñe a la norma de las tres citas y que las chicas no solo lo ansían, sino que lo idealizan. Y con razón. Ha salido con pocas chicas, pero siempre se ha mostrado romántico y encantador con ellas.

Así que, por más que me siente como una patada en el estómago, me alivia pensar que sé cómo trata a Paloma. Que la acompaña a la resi y le abre la puerta del coche. Que siempre paga él. Que nunca la presionará para que haga nada que ella no quiera hacer.

Es agridulce. Por fin entiendo el sentido de esa palabra.

No vuelvo a casa con Hannah. No regreso a casa directamente. Encuentro un bar, bebo demasiado e intento borrar el recuerdo de las manos de Rhys tocando la piel de Paloma. El recuerdo de ver a mi padre mirando a Anna Koteskiy.

«¿Será alguna maldición de los Reiner?».

Ahogo mi tristeza y mi dolor y me marcho con una desconocida. El alcohol me ha dejado lo bastante aturdido como para que me dé igual. Intento centrarme en la sensación de hundirle las manos en el pelo, en el estricto control que ejerzo sobre su cuerpo de esa forma que tan desesperadamente ansío.

Pero su cara va difuminándose. Ojos de cervatillo marrones y pelo más claro y con más volumen. Hasta que tengo a Paloma entre mis manos, dejando que la sujete con fuerza.

La vergüenza me carcome. Paro de golpe, me disculpo y beso la frente de esa mujer. Ni sé cómo se llama; ella tampoco sabe cómo me llamo yo, pero deja que me duche y se ofrece a pedirme un taxi.

Opto por regresar andando con la esperanza de no llegar a casa nunca.

Prácticamente convencido de que acabaré sucumbiendo al dolor y a la ansiedad.

se acabaron los poemas; las palabras
solo quedan recuerdos enredados como mechones de pelo
que no consigo quitar
de mi ducha, de mi almohada...
solo implacables recuerdos entretejidos en la vida en general;
dolor infinito;
haberla perdido

intento respirar. Y solo me llega agua salada y escobro a los
pulmones
ya no quiero seguir escribiendo

<<Sin título>>, de Bennett Reiner

56

Bennet

PRESENTE

Al igual que todo lo que lleva la firma de los Koteskiy, esta gala benéfica es perfecta. Hay un cuidadoso equilibrio entre riqueza (para reunir la ayuda económica que piden) y el foco que ponen en los grupos a los que han venido a ayudar.

Anna, Oliver y Liam están en el área de recepción de los invitados. Ella me da un fuerte abrazo y un beso en la mejilla antes de adular a su hijo.

—Hay dos chicas encantadoras esperándoos ahí, señoritos —nos dice sonriendo y con los ojos centelleantes mientras señala la entrada al salón principal de baile con la cabeza—. Dadles las gracias de nuevo a las dos por ayudarme.

Rhys y yo caminamos hacia allí, animados, como quien sigue la estrella polar. Al ver que mi mejor amigo echa a correr sutilmente para levantar a su novia por la espalda y que ella suelta un delicado grito que retumba por esta sala medio vacía mientras le pega un manotazo a Rhys, me río por lo bajo.

—Dios, qué animal... Te lo juro: tienes que ponerte un collar de esos con cascabeles —suelta Sadie, dándole un codazo, a pesar de

que se sonroja cuando él le susurra algo al oído.

—¿Quieres tenerme bien atado, *kotyonok*? —Vuelve a darle un beso en la sien—. Porque no seré yo quien me oponga...

—¿Y Paloma? —pregunto antes de que se les olvide que estoy aquí.

—Ahí —responde Sadie, señalando hacia el otro lado de la sala con la barbilla.

Veo a una chica rubia con curvas recolocando los cubiertos en una de esas llamativas mesas. El vestido de seda de color azul marino envuelve su sinuoso cuerpo como si de agua se tratase. Como no tiene tirantes, le quedan los hombros al descubierto; un pañuelo de seda azul marino y oscuro como la noche le envuelve el cuello y le cae por la espalda hasta casi rozar el suelo.

Al girarse, sus voluminosos rizos le envuelven la cara. Lleva la melena suelta y solo se ha sujetado el pelo con una simple horquilla de color negro a ambos lados.

—Bennett —exhala. Al verme, la mirada se le relaja—. Hola.

—Estás preciosa —le digo con la voz entrecortada—. Alargo la mano y le toco la tela del vestido por encima de su generosa cadera —. Te echaba de menos.

—Y yo a ti —dice, retrocediendo un poco y volviendo a centrarse en la mesa.

Parece casi agobiada.

—¿Estás bien?

Paloma asiente.

—Ya acabo. —Se muerde el labio inferior y se afana a terminar—. ¿Crees que a la señora Koteskiy le gustará cómo lo he dejado?

—Estoy seguro de que te ha pedido que la llames Anna —susurro mientras me acerco a ella por detrás—. Y le encantará. Le encantaría hicieras lo que hicieras, ¿sabes? Es... es una buena madre.

—¿Tenéis mucha relación? —se interesa—. ¿Con los Koteskiy? ¿Con Rhys y su familia?

A juzgar por su tono de voz, quiere decir algo que no está verbalizando, pero soy incapaz de descubrir de qué se trata. No puedo vérselo en su expresión ni atisbar nada que me indique qué es, porque sigue molesta.

—Sí —respondo—. Rhys y yo hemos crecido juntos, así que Max y Anna son como mis segundos padres, lo cual me vino... especialmente bien durante el divorcio. A veces, me quedaba en su casa. Y... Anna siempre me ha aceptado más que mi propia madre —añado apresuradamente, como si pudiese evitar ahondar demasiado en eso.

Paloma tuerce el gesto y gira la cabeza por encima de uno de sus delicados hombros.

—Oye... Lo siento. Siento que tu madre te complique tanto las cosas.

Sacudo la cabeza y contesto:

—Soy yo quien...

—No, Bennett. No eres tú —me corta con un tono más severo del que esperaba—. Es tu madre. Y las madres no deberían actuar de esta manera.

No la presiono con todas las preguntas que quiero hacerle. Sobre su propia familia, acerca de su madre. Ha soltado algún que otro

comentario y todos parecen molestarla aún más, así que aparto esas ideas.

—¿Estás seguro de que ha quedado bien? —pregunta mordisqueándose el labio—. Quiero que le guste a Anna.

—Le encantará. Ven aquí, P.

Esa orden va como anillo al dedo, porque Paloma acerca su cuerpo al mío antes de girarse en mis brazos. Como lleva tacones, su boca queda más cerca de la mía y me resulta más fácil besarle la piel, los labios, el pelo... Con cuidado de no despeinarla lo más mínimo.

—Estás guapísimo —dice con los ojos centellantes—. Muy elegante. Pareces un príncipe.

Debería sonar a broma, pero parece genuino. Real. Me enderezo un poco más.

—Hey —nos saluda otra persona invadiendo nuestro espacio. Es Sadie, que está colocándose bien los tacones con una sola mano porque, con la otra, está sujetándose en una silla que le queda al lado para no perder el equilibrio—. Voy a lavarme las manos. ¿Me acompañas?

Paloma me da un rápido beso en la mejilla, asiente y la sigue a través del salón de baile. Las miro mientras se alejan y continúo con la vista clavada en ese sombrío pasillo, como si Paloma fuese a reaparecer de inmediato.

Alguien me coge el antebrazo con fuerza y me acerca a la pared. Me quedo estupefacto al ver a mi padre. Lleva un esmoquin negro y una pajarita, se ha repeinado los rizos hacia atrás con gomina y tiene la mirada sombría.

—Tenemos que hablar.

Me zafo de su agarre, pero no me alejo.

—Pues habla.

Baja más la voz y susurra:

—¿Piensas contarme por qué he recibido un cargo por parte de tu psicóloga por no haberte presentado a la sesión?

«Dios...». Como nuestro seguro no lo cubre, mi padre ha recibido el aviso de cargo. Un aviso que le informa de que me he saltado tres sesiones de terapia consecutivas.

Mantengo una expresión neutra y procuro que no me delate ningún espasmo muscular, pues mi padre siempre ha sido quien mejor ha sabido leerme. Me bastaría con pestañear de forma extraña para que se diese cuenta. Doy un sorbo a la bebida y levanto la barbilla.

—Te devolveré el dinero.

Se le enciende la expresión. Es como si acabase de prenderle fuego a una cerilla. Aunque, más que enfadado, parece dolido.

—Que me devolverás el dinero... —musita casi sin aliento—. Me estás tomando el puto pelo, ¿no? ¿Qué diablos está pasando, Ben? ¿Por qué no vas a terapia?

—Estoy bien.

—No lo estás —espeta—. Háblame. Por favor, Ben...

—Si te soy sincero, papá, eres la última persona con quien quiero hablar ahora mismo. —Es duro decirlo esto, pero me giro antes de ver cómo le sienta—. Además...

—Adam Reiner —nos interrumpe otra voz.

Me acerco la mano al puente de la nariz y me lo froto con el pulgar mientras noto que me empieza a doler la cabeza.

El nuevo entrenador de Waterfell se planta ante nosotros, colándose en nuestro círculo con una chica pelirroja pequeña al lado. Es Lily, la compañera de Paloma, que va cogida del brazo de un elegante hombre joven a quien no reconozco.

Mi padre frunce el ceño y me estudia un segundo más antes de erguirse y esbozar una afilada sonrisa.

—Disculpe, ¿nos conocemos?

—Christopher LaBlanc —se presenta el entrenador con una mano en el pecho y la otra alrededor del tallo de una copa de vino—. Soy el nuevo asistente de entrenador de los Wolves, más para hacerle un favor a Harris que por otra cosa, pero... —Se encoge de hombros y dibuja una amplia sonrisa, dejando sus dientes a la vista, antes de concluir—: Aquí estoy.

—LaBlanc, claro —responde mi padre, aceptando el apretón de manos del asistente de mi entrenador—. Un placer conocerlo oficialmente. ¿Ha vuelto a entrenar, entonces?

—Me gusta involucrarme en todo lo relacionado con el mundillo. Usted ya me entiende.

Con el sutil ruido de la conversación de fondo, saludo a la compañera de piso de Paloma con la cabeza y digo:

—Lily, me alegro de verte.

Parece un poco sorprendida de que la haya reconocido.

—Hola, Bennett.

LaBlanc nos mira y comenta:

—No tenía ni idea de que conocías a mi hija, Reiner.

Acabo de hacer la conexión ahora mismo, pero asiento.

—Comparte piso con mi novia —le cuento a mi entrenador antes de mirar a Lily de nuevo—. Paloma también ha venido. Seguro que

le encantará verte.

La chica desvía la vista hacia su padre, como si estuviese pidiéndole permiso, pero él niega rotundamente con la cabeza.

—Quieta aquí —le ordena con una voz muy distinta a la que le he oído hasta ahora—. Ya hablarás con ella cuando vuelvas al apartamento.

Mi padre frunce el ceño y estudia la situación con cautela.

—¿Lily? —insisto de nuevo.

Ella se muerde el labio inferior y me clava la mirada en el bolsillo de pecho de la americana.

—Ya hablaré con ella luego —contesta antes de volver a fijar la vista en el suelo—. En casa, quiero decir.

Le sonrío con amabilidad y asiento. Lily es importante para Paloma; es amable con ella y diría que es una de las pocas amigas que tiene. De modo que, por extensión, también es importante para mí.

Me disculpo y doy media vuelta para ir hacia la otra punta del salón.

—Ben —me llama mi padre con delicadeza—. Todavía tenemos que hablar.

Asiento, pero no hago mucho más. Aquí hay demasiada gente importante y, como el salón de baile está cada vez más lleno porque no paran de llegar invitados, la necesidad que siento por encontrar una escapatoria es cada vez mayor.

Atravieso la sala a toda prisa, me escabullo por el pasillo que da al baño de chicos y, al avanzar, alguien choca con mi hombro.

—Perdón —me disculpo.

Holden sacude la cabeza, con los ojos abatidos.

—No pasa nada. Me... Todo bien, Reiny.

Se larga sin decir más. Quiero ayudarlo, preguntarle qué le pasa y asegurarme de que está bien, pero no puedo. Sigo con el corazón a mil y el pánico empieza a adueñarse de mí.

«Solo necesito unos minutos para calmarme».

Voy hacia el lavabo, me mojo las manos con agua fría y me doy unos golpecitos en las mejillas, humedeciéndome cuidadosamente la nuca mientras practico un poco de respiración cuadrada para tranquilizarme. Es como si la ansiedad hubiese surgido de la nada, pero es innegablemente fuerte. Tal vez lleve semanas cociéndose. Aun así, logro controlarla.

«Inspira en cuatro segundos. Aguanta el aire otros cuatro. Suéltalo en cuatro. Vuelve a aguantar otros cuatro segundos más».

«Otra vez. Y otra».

Poco a poco, la bruma que me nublaba la vista se disipa. Se me ha tranquilizado un poco el corazón y ahora ya me late más lento, a su ritmo habitual.

«Va todo bien».

El chirriar de la puerta de uno de los baños retumba por este espacio vacío.

—Mierda —musito levantando la vista y cruzando la mirada en el espejo con la de Toren Kane.

Viste de negro de los pies a la cabeza; es como una versión idealizada del mismísimo Hades, con la camisa algo desabotonada y la corbata un poco suelta alrededor de su tatuado cuello, todo a juego con la americana negro ónix que le cuelga de un hombro. La piel, sutilmente morena, le centellea bajo la luz de las lámparas de araña de este refinado baño de mármol; sus ojos parecen

convertirse en piscinas de puro oro. Igual de impactantes y perturbadores que siempre.

—¿Todo bien? —me pregunta en un tono que no es ni irónico ni mordaz. Simplemente, parece un poco preocupado; tiene el ceño fruncido.

—Sí —respondo mientras me lavo las manos.

Sonríe y se aprieta el labio inferior con el pulgar de la mano que le queda libre, dejando que le centelleen esos plateados anillos.

—¿Sí? —Resopla—. Tanto tú como Blake mentís *de pena* —enfatizando las dos últimas palabras.

No digo nada. No muerdo el anzuelo.

Kane interpreta mi silencio como una invitación.

—No parecía que estuvieses muy bien...

—No necesito tu ayuda —le suelto—. Estoy bien. Déjalo, Kane.

Antes de que le dé tiempo a añadir nada más, doy media vuelta y me marcho del baño sintiéndome sutilmente peor que antes.

57

Paloma

PRESENTE

Es perfecto como el que más e increíblemente atractivo. Ha nacido justo para esto, para ser un gladiador trajeado en un simulacro de sala de juntas. Miro cómo asiente y le da un sorbo al zumo de uva espumoso bajo la centelleante luz de las estrellas mientras habla con personas que le doblan la edad como si fuese él quien está al mando de todo.

Bennett Reiner es guapísimo, fuerte y seguro. Va perfectamente peinado y lleva el traje bien planchado, aunque no se ha puesto corbata porque odia cómo se le ciñe al cuello. No sé de dónde habrá sacado un traje como este, que tiene pinta de valer un ojo de la cara, para su gigantesca estatura.

Pero es que Bennett es perfecto.

Es bueno, cuidadoso y amable con todo el mundo. Es firme y constante. Puedes confiar en él. Alguien con quien sé que puedo contar y que siempre estará ahí para mí. Bennett Reiner ha cuidado de mí, a pesar de que él no pudiese beneficiarse de ello en ningún aspecto. Me ha acompañado a casa en mis peores noches, me ha

abrazado cuando tenía pesadillas, se ha enfrentado a mis demonios sin saber quiénes eran o cuánto daño me habían hecho...

Me ha escogido a mí. Me quiere *a mí*.

Y yo solo soy... esto. Para siempre. Me basta con un simple recuerdo para que el miedo que me dice que no puedo tener a Bennett (al menos, no del todo) vuelva a despertar.

Puede que sea guapa, pero todo se reduce a este cuerpo. Y mi belleza es lo que más me duele.

Bennett se aleja del grupo con el que está conversando, me mira y viene decidido hacia mí sin titubear. Me coloca la mano en la cadera para acercarme al refugio que es su cuerpo.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Abro la boca para responder, pero veo a alguien y me detengo. Pelo rubio canoso, esbelto, una mirada intensa que todo lo ve.

Me quedo petrificada.

—¿Qué hace tu expadrastro aquí?

—Ah, se me había olvidado —dice Bennett dándole un sorbo a la sidra con gas—. Mi madre ha decidido traerlo de pareja. Supongo que habrán hecho las paces hace poco. Me dijo que cree que se casarán de nuevo. —Me da un beso en la sien y me acerca más a él —. El año de las reconciliaciones, ¿eh?

Casi me atraganto con mi propia saliva y trastabillo hacia atrás. Aun así, como Bennett me está sujetando, no me caigo.

Vuelvo a estudiar la amable expresión de Bennett en un intento por memorizar cómo está ahora, para que se me olvide. Por si acaso. A pesar de lo mucho que he crecido, estoy a nada de salir por patas.

—¿Seguro que estás bien? —insiste Bennett, inclinándose para besarme la hélice de la oreja antes de apoyarme la nariz en el pelo —. Podemos irnos cuando quieras.

Niego con la cabeza.

—Estoy bien. —He aquí la dolorosa mentira que se me escapa entre los labios—. Voy a por un poco de agua. Prométeme que seguirás aquí cuando vuelva.

—No me moveré de aquí —me asegura.

Estiro la mano para coger el bolso de detrás del respaldo de la silla y pesco el móvil para llamar a Alessia. Para que me anime un poco. O para que me saque de aquí, tal vez.

Echo a andar hacia el otro lado de este majestuoso salón de baile y veo a Anna Koteskiy con dos niños. Lleva un vestido precioso y está en cuclillas, arreglándole la corbata al más pequeño, mientras el mayor de los críos estudia la sala. Parece un miniguardaespaldas.

Sonrío con discreción y me relajo un poco. «Esta vez, Ethan no me ahuyentará».

«Ahora todo es distinto. Mira a Sadie y a Rhys. Tú también puedes tener esta vida».

—Te mereces algo mejor —me recuerdo con un hilo de voz mientras vuelvo a guardar el teléfono en el bolso de mano.

Alguien choca con mi hombro.

—Perdona —dice discretamente una voz provocadora que conozco demasiado bien.

Ethan Marks, empujándome a propósito mientras va hacia la barra, directo hacia la única persona que hay allí.

Vuelvo a fijarme bien y estudio con ansia a la chica que parlotea nerviosa en la barra, donde Ethan acaba de acercársele demasiado.

«Hay que joderse...».

Mi misteriosa y pequeña compañera de piso: Lily.

A pesar de ir con unos tacones tan altos que apenas logra mantenerse en pie, no creo que llegue al metro cincuenta. Se ha puesto un vestido largo de seda blanco que resalta con su pálida y rosada piel. La tela se ajusta con delicadeza a su delgada figura; más recta y esbelta que mis curvas. Con ese escote al estilo *halter*, el único punto de agarre del vestido son las tiras que lleva atadas alrededor de su fino cuello y que le caen un tanto desiguales por detrás, como si se las hubiese enlazado ella misma. Sin embargo, la prenda deja una buena extensión de su pálida espalda al descubierto y, justo cuando empieza a tambalearse con esos tacones, Ethan mueve la mano y se la coloca en la parte baja del escote de la espalda.

Echo a andar antes de que pueda pensármelo.

No oigo lo que él le dice, pero sí oigo que ríe con la condescendencia de siempre.

—¿No me digas? Eres encantadora...

—No le hables —le digo a Ethan casi gruñendo. Clavo los ojos en los de Lily y le tiro de la muñeca; ella casi trastabilla—. Lily, ¿qué haces? —le digo, más áspera de lo que pretendía.

—Me... Solo quería pedir una copa. Pero no...

Abre los ojos, se le llenan un poco de lágrimas y a mí se me encoge el corazón. De todos modos, sigo estando demasiado nerviosa como para disculparme.

—Quiere un *rosé* espumoso. —Pido por ella.

El camarero asiente; siento cierto alivio al ver que le sirve la bebida en una fina y alargada copa de champán.

Lily me sonríe. Acepta la copa de ese burbujeante líquido rosado y los nervios desaparecen.

—Gracias. Te estaba buscando. No sabía que vendrías, pero me alegro un montón de que estés aquí.

Sus palabras son alegres y, cuando me mira, veo que le centellean los ojos.

Ethan se nos acerca haciendo ademán de hablar y yo me tenso de los pies a la cabeza.

—Disculpad —dice alguien con un grave timbre de voz.

Una figura alta se cierne por encima de Lily, a la vez que Adam Reiner se acerca a Ethan y lo apabulla con su sombra. El corazón me da un vuelco en el pecho y empieza a latirme desbocado.

—¿Todo bien? —se interesa el padre de Bennett.

—Claro. Me alegro de verte, Adam —responde Ethan con una mueca y bebiéndose la copa de un trago.

Mi cuerpo reacciona acercándose más a Adam, a esa sensación cálida que me da saber que el padre de Bennett no dejará que pase nada.

—Chicas —dice Adam, girándose hacia nosotras. Yo estoy medio cubriendo a Lily—. Creo que vuestras citas os estaban buscando.

Está más que claro que ha acudido a nuestro rescate, pero acepto la escapatoria que nos ofrece.

Tiro de la mano de mi compañera de piso y sonrío con educación antes de alejarme de ellos.

Miro a Lily:

—¿Has venido acompañada?

—Ah, eh... Sí. Me ha obligado mi padre. Pero no le caigo demasiado bien.

Lo dice riendo, pero baja la vista de la cara a mi escote para estudiármelo con la misma mirada de siempre. Me entran ganas de sonreír de medio lado.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Tu cita. ¿Quién es?

Lily se endereza, ladea la cabeza y la gira para mirar detrás de ella. Al lado de una de las mesas que quedan más a lo lejos, hay un hombre de buen porte, atractivo, ataviado con un traje gris marengo y hablando animadamente con el entrenador LaBlanc. Si tuviese que adivinar cuántos años tiene, diría que unos veintilargos; me sorprende, pero no digo nada.

Lily le da otro sorbo a su *rosé* espumoso y me fijo en el gigantesco diamante que le centellea en la mano derecha.

—Por Dios, Lily... Me vas a dejar ciega con la cosa esta.

La chica abre los ojos como platos y sigue el recorrido de mi mirada hasta llegar a su mano. Se pone como un tomate.

—Ah... Ya, es grande.

Llamativo es, eso seguro. Y también bastante feo. No se parece en nada a algo que fuera a ponerse mi compañera de piso.

—Mi padre me ha obligado a ponérmelo —confiesa, y se encoge de hombros.

Se termina la copa y deja que se la lleve uno de los camareros que pasa por ahí.

He aquí un sutil recordatorio. Estamos hablando de la chica que me dijo que le pagara «lo que yo quisiera» para vivir en una bonita casa adosada en pleno centro de Waterfell. De la chica cuya vestimenta diaria sospecho que cuesta más que la matrícula de todo

un semestre. A juzgar por el anillo en cuestión, el entrenador LaBlanc debe de tener tantísimo dinero como los Reiner.

—Voy a esconderme en el baño —musita Lily—. ¿Quieres venir?

Desvío la vista hacia el círculo donde se encuentran Bennett, sus amigos y sus padres. «Escaparte nunca te ha traído nada bueno. Aguanta y hazle frente a todo esto».

—Voy a volver con Bennett —respondo. Le apoyo la mano sobre su pálido y desnudo brazo y le doy un apretón—. ¿Quieres venir conmigo?

Lily niega con la cabeza.

—Estoy bien —contesta.

Le coloco detrás de la oreja un mechón de pelo que se le ha caído y me aseguro de que lleve los audífonos puestos.

—Si necesitas cualquier cosa, ven a buscarme.

Lily sonríe y se toca el brazo en el mismo punto en que se lo he apretado antes de marcharse. Espero a que eche a andar por el pasillo que da a los baños antes de regresar con Bennett.

Bennett me envuelve con un brazo, me acerca a él y me da un rápido beso en el pelo sin interrumpir la conversación. El padre de Rhys, Max Koteskiy, y Adam Reiner están hablando de la siguiente fase de recaudación de fondos para una nueva obra benéfica. Todo el mundo los escucha en silencio, atentos, y hablan solo cuando les hacen alguna pregunta.

Rhys, que está al lado de Bennett, le dice algo mientras Sadie intenta zafarse de su abrazo. Él no titubea siquiera y vuelve a abrazarla mientras continúa susurrándole algo a mi novio.

—¿Pronunciarás un discurso? —me pregunta Ethan de repente mientras se acerca al círculo y se coloca al lado de la madre de

Bennett.

—¿Q-qué? —respondo.

Había desconectado de la conversación y me había centrado en el silencioso toma y daca de Sadie y Rhys (ambos quieren llevar la voz cantante), que queda a medio camino entre lo real y unas preliminares. Así que me he perdido gran parte de lo que estaban diciendo.

—Solo pensaba que... Lo siento, Paloma. Creía que tal vez estarías parcialmente involucrada en esta obra benéfica, teniendo en cuenta que...

Deja la frase a medias. Me pitan los oídos y, como se me entumece el cuerpo entero de repente, la calidez que me aporta la mano de Bennett en la cintura desaparece.

—¿Que qué? —pregunta mi novio.

Ethan frunce el ceño, pero veo que esconde una sutil sonrisa tras la copa mientras le da otro sorbo a la bebida.

—¿Alguna vez te ha contado Paloma que nos conocemos?

Se me hiela la sangre y me tambaleo un poco sobre los tacones.

—No —responde Bennett, y me mira confundido. Casi le atisbo dolor en los ojos—. ¿P.?

—Eh...

Ethan sonríe y alarga la mano para darme unas palmaditas en el brazo. Me cuesta un mundo contenerme y no estremecerme.

—No pasa nada, Paloma. No hay de qué avergonzarse —dice Ethan, serio, con la misma cuidadosa intensidad que mostró conmigo cuando tenía trece años y estaba aterrada.

Y se pone a contar la historia. *Mi* historia. Delante de todo el grupo formado por Adam, Max, Helen, Rhys, Sadie y Bennett.

—Conocí a Paloma cuando aún era policía y me habían destinado a la zona donde vivía ella: un camping de caravanas al que teníamos que ir a menudo. Su madre era adicta a ciertas drogas y solía tener a algún que otro desgraciado por ahí, entrando y saliendo de casa. Y Paloma era tan pequeña... Dios, ¿cuántos años tenías? ¿Diez?

—Trece.

—Trece. Guau. —Me sonríe. Y sé que está consiguiendo atraparlos a todos en la red que está tejiendo al contarles que se apiadó de esa pobre niñita. Me entran ganas de vomitar—. En fin... Hace años no la reconocí. Pero, ahora, con el pelo rubio... Es imposible que no vuelva a ver a esa misma niña. Y me alegro muchísimo de comprobar que te va tan bien. —Señala al señor Koteskiy con la barbilla y le dice—: Paloma es un claro ejemplo de la clase de niños a los que ayudaréis con esta obra benéfica. Me entusiasma que hayáis organizado algo así.

Trastabillo, alejándome del círculo. A duras penas consigo contener el vómito que me sube por la garganta.

—Te-tengo que irme —suelto atropelladamente, con las palabras entrecortadas—. Lo siento. Pe-perdón.

Es todo cuanto consigo decir antes de salir pitando hacia la otra punta del salón tan deprisa como me lo permiten estos tacones. A la que se abren las puertas y me recibe el reconfortante y frío aire de la noche, echo a correr, pies para qué os quiero.

«Menos mal que ya no pensabas huir».

«Penoso», susurra una voz que odio. Solo que, esta vez, no suena como la de ese hombre.

Sino como la mía.

Hasta que alguien me agarra por el hombro.

58

Paloma

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

NOCHE DE FIN DE AÑO, 17:30 H

—¿P.? ¿Estás bien?

Asiento.

—Nerviosa. Solo es eso.

La suave música que suena en el interior del coche de Bennett es relajante, pero estoy distraída y no paro de doblarme y desdoblarme los bajos de mi falda maxi con estampado de florecitas. Hace un poco de frío para ir vestida así, pero quería causar buena impresión. Modesta, pero femenina. Bonita.

Estoy desesperada por caerles bien.

Hacia el final de este trayecto de dos horas en coche, Bennett se da cuenta de que estoy jugueteando con la prenda. Alarga el brazo y me acaricia ambas manos con la suya, gigantesca.

—Irá genial.

—Sí —respondo; su presencia me calma.

La casa de Adam en Beacon Hill es más pequeña que esta, aunque tampoco mucho. También en esta abundan los lujos, pero de forma distinta.

Bennett me ha contado, aunque muy superficialmente, que tanto su padre como su madre nacieron en el seno de familias adineradas. Mientras que su padre proviene de un largo linaje de extravagante riqueza que han ido construyendo sin descanso, la fortuna de su rama materna es más reciente. Me pregunto si el suyo no fue algo así como un matrimonio de conveniencia.

«Su vida no es ninguna telenovela», me reprendo a mí misma. Vuelvo a centrarme en el acceso privado, con sus ornamentadas puertas y una preciosa fuente que, ahora mismo, está cubierta por una gruesa capa de nieve.

La madre de Bennett se encuentra justo en la entrada. Es guapísima y alta, con una melena de rizos color miel que le caen en cascada y que se ha ondulado con elegancia. Tiene los ojos azules, más claros que los de Bennett, y me estudia con detenimiento. Una vez. Dos. Acto seguido, saluda a su hijo con un gesto tierno, colocándole la mano en la mejilla.

Bennett casi se estremece y se aparta, pero enseguida se acomoda a ese sutil tacto y le dedica una leve sonrisa.

—Mamá —la saluda. Luego se gira hacia mí, me coge la mano que tengo cerrada en un puño a un costado y entrelaza sus dedos con los míos—. Te presento a mi novia, Paloma.

—Encantada de conocerte, cielo. —Me mira un segundo antes de preguntarme—: ¿Te importa que te abrace?

—Para nada.

Sonrío y extiendo los brazos. La mujer me estrecha enseguida.

—Ni te imaginas lo difícil que se me hace no abrazar a mi hijo, pero... Bennett es distinto, ya lo sabes. —Se separa y sacude la cabeza—. A veces, me cuesta.

A pesar de que suena amable, el comentario no parece nada acertado. Es cruel y doloroso.

Miro un segundo a Bennett, que tiene las manos hundidas en los bolsillos de sus elegantes pantalones de vestir y se está mordiendo el labio inferior. Parece avergonzado. Doy un paso atrás y le cojo la mano.

Abro la boca, como si fuese a defenderlo o a gritar a su madre, tal vez una combinación de ambas cosas. Sin embargo, Bennett me da un sutil apretón en la mano y sacude discretamente la cabeza. Me contengo.

La mujer dice algo que no oigo porque el corazón me late tan fuerte que lo noto en los oídos. Es una mezcla de furia, desconcierto y frustración.

Bennett me da un beso en la frente y se separa. Le hace un gesto a su madre con la cabeza y le dice:

—Ya lo ayudo yo a traer la comida.

«*Lo*. Al padrastro de Bennett».

Me enderezo enseguida y me recuerdo que todavía no he acabado con las primeras impresiones.

—¿Bebes, Paloma? —me pregunta la madre de Bennett mientras la sigo por su lujoso salón.

Se sirve algo de una botella que cuesta más que mi matrícula anual, seguro.

Niego modestamente con la cabeza. Solo tengo dieciocho años, pero es que, además, el alcohol me recuerda a cosas que preferiría olvidar. Si he decidido no beber, es por muchas razones.

—No —contesto—. Pero gracias, señora.

—Llámame Helen.

Me guiña un ojo y me guía hacia una mesa grande para que me siente. A pesar de que está pensada para alojar a muchos comensales, la han puesto solo para cuatro personas. Helen toma asiento delante de mí, en diagonal, y me pasa una copa con cuatro gotas de vino blanco.

—Pruébalo, cariño —me insta—. No todos los días se puede probar un *vintage* de esta categoría.

No quiero beber, pero sí quiero caerle bien a su madre. De modo que acepto la copa y me trago el contenido bruscamente.

Puede que sepa distinto del vino de cartón, pero no me doy ni cuenta. Aun así, dibujo una encantadora sonrisa con mis labios pintados de rosa.

—Qué bueno —musito.

La mujer asiente a modo de aprobación y le da otro sorbo a su burbujeante champán, manchando, a su vez, el borde de la copa de pintalabios.

Abre la boca como si fuese a decir algo de nuevo, pero, justo en ese instante, aparece Bennett por la puerta con una bandeja grande de salmón sobre una gruesa tabla de madera. Parece fresco y tiene pinta de estar delicioso, y lo han cortado en unas porciones considerables. Bennett nos sirve cuatro platos antes de regresar a la cocina.

—Parece...

Dejo la frase a medias porque se me seca la garganta en el acto. La copa vacía se me resbala de la mano, rebota contra la mesa y se me cae en el regazo.

Pelo rubio engominado hacia atrás, perilla canosa e inquietantes ojos de color verde claro.

Ethan Marks, mi pesadilla en persona, al otro lado de la mesa (que, de repente, parece ser pequeñísima), con una sonrisa de oreja a oreja y un bol de verduras asadas en las manos. Me mira alegre, como si yo fuese su regalo sorpresa de cumpleaños. Quiero levantarme, disculparme y echar a correr; pero, en lugar de eso, me quedo helada. Parezco un ciervo en mitad de la carretera; una presa petrificada ante el desdén de su depredador.

—Ethan —dice Helen, girando la cabeza por encima del hombro y sonriéndole—. Esta es Paloma, la preciosa novia de Bennett. Paloma, este es mi marido, Ethan.

Su marido. El padrastro de Bennett.

Se me revuelven las tripas y me cuesta un mundo controlar las lágrimas. Carraspeo y pestañeo deprisa para deshacerme de ellas.

—Un placer, Paloma —dice dejando el bol en la mesa.

—¿Verdad que es guapísima? —le pregunta Helen, sonriéndome ilusionada.

La mujer lo dice a modo de cumplido y a lo mejor debería darle las gracias. Pero es que no oigo nada aparte del fuerte latido de mi corazón. Creo que me voy a morir.

—Ahí te doy la razón —dice él como si nada, tendiéndome la mano para darme un apretón—. Encantado de conocerte.

No quiero tocarlo. Pero ambos me están mirando, y Bennett sigue sin aparecer.

Estiro el brazo, tembloroso, y él me coge la mano entre las dos suyas. Casi me acaricia la piel con el pulgar mientras me aprieta con fuerza. Tengo tantas ganas de lavarme las manos que me levanto y tropiezo con la silla.

—Me... Eh... —Me tiembla la voz y el sudor empieza a empaparme la nuca—. Tengo que ir al baño, por favor.

—Puedo...

—Siéntate, Helen —le ordena él con delicadeza antes de darle un beso en la mejilla—. Ya le enseño yo a Paloma dónde está. Total, tengo que cambiarme de camisa. Huelo a humo.

—De acuerdo —accede la madre de Bennett, dedicándole otra centelleante sonrisa mientras Ethan vuelve a llenarle el vaso para que la mujer no tenga ni que moverse.

De repente, se me quitan las ganas de ir porque me acompañará él, pero no veo cómo escaquearme. Me mantengo alerta, siguiéndolo unos cuantos pasos por detrás, mientras atravesamos ese largo pasillo. Al doblarlo, llegamos a un punto donde el salón y la cocina ya no quedan a la vista. El corazón me late con fuerza mientras él abre la puerta y se queda ahí de pie, esperándome.

—Justo aquí, *Paloma*.

Pronuncia mi nombre como si pretendiera acariciarme. Dudo un segundo antes de tragar con fuerza para deshacerme del grueso nudo que siento en la garganta y me meto en el baño. Intento coger el pomo de la puerta antes de que él pueda...

Se cuela dentro. Me empuja y cierra la puerta a sus espaldas.

—Vete —intento sonar decidida, pero me sale en una débil y chirriante súplica.

—Mírate...

Da un paso hacia mí con cada sílaba que pronuncia y yo acabo con la espalda empotrada a la pared de este medio baño. Es un espacio pequeño y la fuerte luz que desprende la extravagante lámpara de araña que cuelga del techo lo intensifica todo más.

—Pa-para...

Ethan me acerca el brazo a la cara y mis extremidades por fin reaccionan. Le cojo la muñeca para detener el movimiento justo antes de que pueda tocarme el pelo.

—¿Te has teñido? —Se zafa de mi agarre y me lo toca, como si le perteneciera, como si me dominara—. Me encanta el cambio. Pareces toda una adulta.

Me separo y me pego junto a la pared contraria.

—Tienes que irte. Ya. Voy... —Trago saliva con fuerza mientras intento inyectar una fuerza que no siento en mi voz—. Voy a...

—¿Contárselo a Bennett?

Gruño como buenamente puedo, aunque parezco una niña indefensa que intenta enfrentarse a un adulto cruel.

—¿Por qué estás tan seguro de que no lo he hecho ya?

—Porque te conozco, *Polly*. —Sonríe con suficiencia mientras aguarda a ver cómo reacciono a la provocación de ese apodo, que me ha sentado como una patada—. ¿Se lo has contado?

—Lo haré.

Mentira. Sería incapaz de contárselo a Bennett. ¿Arriesgarme a que me mire asqueado? ¿A que se entere de que la chica a la que tan cariñosamente ha mimado no es quien él pensaba?

Ethan se me acerca más, con las manos en el aire en señal de paz. Sigo con la espalda bien pegada a la pared cual animal aterrado y acorralado.

—Se lo contaré a Bennett —repito rezando para que la voz no me tiemble.

—¿Y qué le dirás? —Sonríe y ladea la cabeza—. ¿Que me sedujiste? ¿Que no parabas de rogarme? ¿Quieres contarle a

Bennett que antes te tirabas a su padrastro y que me suplicabas para que te dejara dormir a mi lado porque así no tendrías que regresar a la caravana?

Se me revuelven tanto las tripas que creo que voy a vomitar. Me noto la cara y la nuca supercalientes y la cabeza empieza a darme vueltas.

«No es verdad. No es verdad».

Y, a la vez, una vocecita dentro de mí grita: «¡Para! ¡Para! ¡Para!».

—Tenía catorce años —digo, sin poder contener las lágrimas, a pesar de que intento sonar fría y defensiva—. T-te... Te aprovechaste...

Se ríe. Mis náuseas empeoran.

—Muy bien, Paloma. Tenías catorce años, vale. Tenías catorce años y le ibas suplicando a un tío muchísimo mayor que te salvara, que te sacara de ahí, ¿verdad? —Ríe—. Haciéndote la víctima desde el primer día, ¿eh? Díselo si quieres, pero no vayas por ahí contando mentiras.

Tiene razón. Detesto la facilidad con la que lo tergiversa todo. Porque sí: le supliqué que me llevara con él, lo llamé y le lloré para que me alejara de todo eso. Porque tenía miedo y...

«Te lo buscaste tú solita».

La vergüenza se me clava entre las costillas. Con tanta fuerza que me duele el pecho de la presión.

Las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas y el cuerpo cede al perder la batalla que estaba librando por contenerlas. Las fuerzas me abandonan y me agarro a la encimera del lavamanos como si así fuera a conseguir mantenerme en pie.

—Te conozco perfectamente. Y Bennett es mi hijastro. —Cada una de sus palabras se me clava en el corazón como una daga; es como si estuviesen pateándome mi ya abatido cuerpo—. Y tú, Polly —canturrea—, no eres quien finges ser.

—Vale —me rindo.

Me siento como si volviese a tener trece años y estuviese mirando a un atractivo policía que me está dejando su chaqueta porque estamos en pleno invierno, han caído treinta centímetros de nieve y nuestra caravana no tiene calefacción. Me tapo las orejas con las manos mientras mi madre grita y les suplica a los polis que no detengan al moroso de su novio...

—¿Tienes dónde dormir esta noche? —me pregunta él.

—A veces duermo en la escuela —reconozco. Enseguida me siento absurdamente estúpida, porque acabo de admitirle a un poli que cometo una ilegalidad—. No diga nada, por favor.

Él se ríe y se sacude la nieve derretida del pelo rubio ceniza.

—No diré nada. Pero creo que hoy no deberías dormir aquí. En serio.

—Ah... —Asiento y trago saliva con fuerza—. Sí. Vale. Puedo, eh... ¿Quizá pueda preguntarle a la vecina si puedo quedarme con ella?

El agente hace una mueca.

—No. No me...

Suspira y desvía la vista hacia sus compañeros. Uno está intentando tranquilizar a mi madre mientras los demás meten al adicto de su novio, que está colocadísimo, en la parte trasera de un coche patrulla a la fuerza.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta de forma tan repentina que me quedo un segundo boquiabierta, como si no me acordara.

—Eh... Paloma.

Sonríe.

—Paloma. Qué nombre tan bonito. Yo soy el agente Marks, pero puedes llamarme Ethan, si quieres.

—Vale. —Asiento, pero prefiero no llamarlo por su nombre. Me abrigo más con su gruesa chaqueta—. Gracias. Por esto.

Él niega con la cabeza.

—No hay de qué.

Vuelve a mirar a su alrededor. El agente Marks se pone en cuclillas sobre la nieve para que yo no tenga que seguir levantando la cabeza para mirarlo. Es atractivo, muchísimo más que los tipos que se pasan por la caravana o los hombres con los que sale mi madre. Seguramente, porque están todos demacrados o van de droga hasta las cejas. Él parece limpio, de fiar. Como los adultos de verdad.

—Oye, no debería ofrecértelo porque es inapropiado, pero es que no creo que debas quedarte aquí, en serio. Y menos estando tu madre tan afectada.

Vuelvo a mirarla. Todo el mundo dice que nos parecemos. Con nuestros voluminosos rizos rubios y nuestros ojos marrones, con ese matiz dorado en la piel y esos labios aterciopelados voluminosos. Incluso a pesar de su descuidado estilo de vida, todo el mundo dice que mi madre es preciosa.

Y somos como dos gotas de agua. Un cumplido que, en lugar de hacer que me sienta bien, me genera ansiedad.

—Ya...

—Si quieres quedarte aquí un rato, volveré a buscarte. Tengo una habitación de invitados que no uso y puedes pasar la noche allí, ¿te parece?

Me muerdo el labio inferior, titubeante. Hay hombres que ya me han ofrecido esto antes, o cosas parecidas. Para alejarme de mi madre, para que me vaya de escapada con ellos unos días mientras mi madre está drogada... Pero siempre acaban intentando conseguir algo que yo no quiero darles. Una especie de intercambio al que yo no estoy dispuesta.

Al pensarlo, me encojo un poco más. El agente Marks parece de fiar, pero, cuando he dado algo por sentado, la cosa nunca ha acabado bien.

Debe de vérseme reflejado en la cara, porque él levanta las manos en señal de rendición.

—No es más que un sitio donde dormir y no pasar frío. Estarás a salvo, te lo prometo. No te voy a tocar, ¿vale? Solo quiero asegurarme de que estés bien.

Una parte de mí, aterrada y que se aferra al instinto de supervivencia, quiere rechazar su oferta. Pero hace un frío que pela y no quiero volver a la caravana con mamá mientras ella se pasa la noche llorando, gritándome y encontrando la forma de culparme a mí de todo.

—Vale —cedo asintiendo con la cabeza.

El agente Marks me sonríe y su gesto me aporta cierta calidez, a pesar de estar envuelta por la gélida nieve.

Respiro presa del pánico. Ethan abre un poco más los ojos.

—Calma, Polly —susurra—. Respira.

No puedo.

—¿Necesitas llorar? No pasa nada. Aquí no pueden oírte, ¿vale? Tú solo tranquilízate.

Niego con la cabeza. Quiero gritar, llorar y enfurecerme. En lugar de todo eso, le suplico:

—Para.

El odio que siento hacia mí misma no hace sino crecer.

Las lágrimas siguen resbalándome por las mejillas durante un buen rato, pero tengo demasiado miedo como para apartar la mirada de él. Ethan da un paso al frente sin bajar las manos, como si fuera a placarme. Coge la toalla del gancho que me queda al lado de la cabeza y alarga el brazo, despacio, para secarme las lágrimas.

Esto es aún peor. En su día, cuando no conocía nada más allá de lo puramente físico, le habría suplicado afecto. Esta confusa mezcla entre lo reconfortante y el miedo solo hace que me entren todavía más ganas de vomitar.

—Mucho mejor —suspira él, soltándome la barbilla y separándose de mí—. Dios, Polly... Sigues pareciéndote un montón a tu madre. Pero tú eres más guapa.

«*Igual que tu madre*».

—Te dejo que te laves las manos —dice—. Pero date prisa. Más te vale volver con tu querido novio. Yo iré a hacerles compañía a *mi* mujer y a *mi* hijastro hasta que te hayas recompuesto.

Es un recordatorio igual de preciso que el clic de una puerta al cerrarse.

Dejo el grifo abierto para que silencie el ruido, por si las moscas, mientras suelto unos sollozos, feos, dolorosos. Cierro los ojos con fuerza y escondo lo que ha ocurrido, despacio y con firmeza, hasta

dejarlo todo bien sellado detrás de mi reconfortante capa de hielo. Los muros de acero que erguí y que durante tanto tiempo me han protegido están agrietados, pero se mantienen fuertes. Y, ahora, me oculto tras ellos.

Me miro en el espejo y es como si estuviese llorándome a mí misma a sabiendas de que tengo que soltar a la persona que he sido desde que llegué a Waterfell. Esa imagen de mí misma que por fin había creado y que era buena y se sentía casi llena; esa a la que no alcanzaban las sombras del pasado. Y tengo que soltar a la única persona que he intentado tener solo para mí en toda la vida.

Bennett.

«Para. Ya sabías que esto pasaría. Tratar de aferrarte a él fue una estupidez. Mira que eres estúpida...».

Intento dejar de pensar en eso. Arranco un trozo de papel higiénico y me doy unos toquecitos en las bolsas de los ojos para secarme las lágrimas.

59

Paloma

PASADO: PRIMERO DE CARRERA

NOCHE DE FIN DE AÑO, 20:45 H

El silencio que se respira en el coche de Bennett de regreso a Waterfell es casi lúgubre.

A duras penas he pronunciado más de tres frases durante la cena y he respondido a las bienintencionadas preguntas de Helen con monosílabos. Cuando Ethan le ha dado un apretón a Bennett en el hombro mientras nos servía el postre, casi vomito.

En algún momento, Bennett me ha cogido la mano y me he estremecido. Se la he apartado, cosa que solo ha servido para empeorar la situación entre nosotros.

Conduce en silencio y con cuidado, con una mano en el volante y la otra apoyada firmemente en mi muslo. Cuando por fin nos acercamos a las calles del centro de Waterfell, me pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí.

Me mira y detiene el coche en un semáforo en rojo. Alarga el brazo para secarme una bochornosa y solitaria lágrima del rabillo del ojo. Me estremezco y me separo.

Mucho mejor.

Me agarro al asa que me queda justo encima, porque, de repente, tengo la sensación de que el coche entero da vueltas.

—De hecho, ¿crees que podrías dejarme en la resi?

No se lo pregunto hasta que llegamos a la casa adosada de Bennett. Me siento aún más ridícula ahora que ya estamos aquí y acabo de pedirle que me deje en otro sitio, como si fuera mi taxista.

—Ah... —Bennett sacude un poco la cabeza mientras aparca en la acera—. Te... Sí, claro. Si quieres...

Quiere hacerme más preguntas, pero tiene miedo. Tanto que me aparta la mano del muslo y aprieta el volante, como si el cuero fuese una especie de pelota antiestrés.

—Solo es que estoy cansada —miento.

Bennett vuelve a asentir, como si mi frase tuviera todo el sentido del mundo. Deja de agarrarse con tanta fuerza al volante y se gira hacia mí.

—Perdona. Creo que... me había acostumbrado a nuestra nueva rutina. Duermo mejor cuando estás conmigo.

Si lo hubiese dicho cualquier otra persona, habría sonado a la típica frase para ligar. Pero las palabras de Bennett mezclan ansiedad y sinceridad. De hecho, se sonroja al admitirlo.

A Bennett le gustan sus rutinas. Cuando empecé a quedarme a dormir en su casa, tuvo que adaptarse a tenerme ahí, en su espacio. Ahora, siento que le estoy robando algo. Además, quiero estar más cerca de él, desesperadamente, aunque esté mal desearlo.

Noto un nudo en la garganta y las lágrimas que tanto he contenido amenazan con brotar de nuevo. Mi corazón se convierte

en un campo de batalla: ¿es mejor ceder y darle esto a Bennett o cortar de raíz?

Y luego están las inevitables preguntas que empiezan por: «¿Y si...?».

«¿Y si le contara la verdad?». «¿Y si me creyera y entendiera por qué hice lo que hice?». «¿Y si todo saliera bien y Bennett me quisiera a pesar de ello?».

—De acuerdo —asiento—. Vale, me quedaré contigo. A mí también me gusta nuestra rutina.

La preciosa sonrisa que se le dibuja en el rostro, esa que es tan poco habitual en él, hace que todo este dolor valga la pena.

Cuando llegamos, no hay nadie en casa, como casi siempre. Ya dentro de su espaciosa habitación, que es casi tres veces más grande que la que tengo yo en la resi del campus, por fin siento que voy dejando de aferrarme a la idea de conservar esta nueva vida. Este sueño de vivir algo distinto a lo que tuve de pequeña.

—¿Puedo ducharme?

—Por supuesto —responde sin detenerse.

Va hacia la ducha, abre el agua por mí y se asegura de ponerla a la temperatura adecuada. Me deja una toalla y la ropa al lado.

Me cuida tanto y con tanta ternura que duele.

—¿Quieres que me duche contigo? —me pregunta con una pizca de vulnerabilidad en la voz.

Niego con la cabeza y me giro antes de que pueda ver el dolor que le ha causado mi rechazo. Antes de que él pueda ver mis lágrimas.

«*Haciéndote la víctima desde el primer día, ¿eh? Díselo si quieres, pero no vayas por ahí contando mentiras*». Oigo las palabras de

Ethan en bucle, lo cual reafirma mi decisión.

«*No eres quien finges ser*».

Se me revuelven las tripas y las lágrimas se mezclan con el agua mientras esta me cae por la cara y los brazos. Por más que le suba la temperatura, soy incapaz de quitarme la sensación de asco de encima. Vuelvo a sentirme sucia, como a los quince, dieciséis, diecisiete... Mi cuerpo deja de ser algo que apreciaba y pasa a convertirse en algo que odio.

Me odio a mí misma.

Y yo que pensé, por un momento, que todo podría haber sido distinto. Que había encontrado la forma de conseguir una beca completa para estudiar en una universidad que, de lo contrario, nunca me habría podido permitir. Que podía ser lista y labrarme un futuro distinto al de mi madre para no ser como ella, por más que nos pareciéramos físicamente.

Había encontrado una salida e, incluso en el caso de que no pudiese aspirar a nada mejor que esto, lo que había logrado ya era suficiente. No necesitaba nada más.

Pero luego... conocí a Bennett.

Y en sus ojos vi la promesa de algo mejor. Cómo me cuida. Incluso a veces me relajo cuando estoy con él y me entra sueño y es como si por fin pudiera descansar y supiera que nadie puede hacerme daño.

«Confía en él. Cuéntaselo todo».

Le he ido contando algunas cositas. Sé que Bennett es superlisto y ha ido atando cabos.

Pero es que estamos hablando de su *familia*.

No puedo hacerle tanto daño.

Y, por egoísta que sea, no pienso arriesgarme a ver en su mirada un sentimiento de asco o traición hacia mí.

Solo me queda una alternativa.

60

Paloma

PRESENTE

Bennett me agarra el brazo con firmeza, pero sin apretarme. Anclándome al presente.

—Paloma, frena.

No puedo.

—Quiero irme —susurro.

Tengo la voz cargada de odio. Pero no por él. Me odio a mí misma.

Al mirarme, lo hace con sus abrasadores ojos como zafiros, con las fosas nasales bien abiertas y agarrándome por el bíceps.

—Vale —contesta con la voz rasposa, como si estuviese echando mano de todas sus fuerzas por mantener la calma—. Pero conduzco yo. Y tú te vienes conmigo a casa. Tenemos que hablar.

Una sonrisa de maniaca sale de mis maquillados labios y respondo:

—No hay nada de que hablar.

—Dijiste que ahora sería todo distinto —responde Bennett acercándome a él—. Me hiciste una promesa. Y ahora tienes la oportunidad de demostrarlo.

«No me dejes», lloriquea una vocecita en mi cabeza.

Me agarro a su antebrazo y consigo asentir.

—Vale.

Bennett se hace cargo de la situación. Se mantiene firme mientras mi agitación amenaza con ahogarme. Me siento como si estuviesen aporreándome la cabeza; tanto que, cuando el aparcacoches trae el vehículo de Bennett, es como si no me acordara de cómo se sube. Noto que alguien me coloca las manos en la cintura y me ayuda a subir.

Intento centrarme, pero tengo la mente en el pasado y voy perdiéndome sin cesar en los recuerdos.

«*Quererte hace daño*».

«*Patético, Polly. En serio*...».

«*Eres igual que tu madre*».

«*P., por favor, no lo hagas*...».

—Creo que voy a vomitar.

—¿Quieres que pare?

No respondo. Mantengo la vista clavada al frente mientras empieza a llover y las luces de las farolas centellean contra el cemento mojado.

—Paloma —me llama más fuerte—. Si quieres que pare, dímelo.

—Eh... No, estoy bien.

No estoy bien. Y, a juzgar por el gruñido sofocado y el manotazo que pega Bennett contra el volante, está claro que lo sabe.

—Tienes que dejar que te ayude, P. —dice casi con ternura mientras se acerca a la ensombrecida Hockey-morada—. Por favor...

En cuanto aparca, salto. Mientras echo a correr por el garaje, entro en casa a toda prisa y subo los peldaños tan rápido que incluso resbalo. Noto que el corazón me late desbocado en los oídos.

Oigo un portazo, pero el ruido suena tan amortiguado que no sé si es de ahora o si es un eco del pasado que ha vuelto para atormentarme.

Los recuerdos empiezan a estallar a mi alrededor, como si acabase de romper un espejo y fueran esquirlas de cristal. Bennett hace ademán de cogerme de nuevo...

61

Paloma

PASADO: SEGUNDO DE CARRERA

OCTUBRE

Algo va mal.

Estamos a mediados de octubre del segundo año de carrera en una fiesta de lo más lúgubre. Si no bebo, es por algo. Aunque, ahora, bajo los efectos de los chupitos de tequila y el ardor de la lima y la sal en la lengua, casi no recuerdo el porqué. No hay nada que me distraiga del dolor que siento a todas horas al volver a estar en Waterfell sin él.

Últimamente, he bebido demasiado.

Pero hoy es distinto. Algo va mal. Lo noto.

—Tengo que ir al baño —digo, aunque tengo la lengua tan seca que me cuesta articular bien las palabras.

El chico, de cuyo nombre ya ni me acuerdo, me sonríe con picardía e intenta acariciarme mi recién teñida melena. Le aparto el brazo de un manotazo, aunque a duras penas lo toco.

—Por aquí, reina —me dice apoyándome las manos en la cadera.

Me guía a través de la fiesta hasta llegar a una de las puertas de ese largo pasillo.

Al darme cuenta de que es una habitación y no un baño, noto algo en el estómago.

«*Es lo que querías, ¿verdad, Polly? Es lo que te mereces*».

Con la mano en el pomo, sacudo la cabeza.

—Quiero vomitar —amenazo.

Parece que funciona. Me lleva a un baño adjunto y le cierro la puerta. Casi le doy en los morros.

Cojo el móvil, pero las lágrimas me nublan la vista. Veo lo justo y necesario para meterme en su contacto y, presa del pánico, pruebo suerte.

Responde al primer tono.

—¿Bennett? —digo antes de que le dé tiempo a decir nada.

—¿Paloma? —pregunta con incredulidad en la voz—. ¿Qué...?

—Necesito que me ayudes —le suplico con un hilo de voz. Suelta un taco—. Sie-siento haberte llamado. Pero tengo miedo.

Oigo un fuerte ruido, como si fuera un motor al arrancar, justo antes de que Bennett diga:

—Dime dónde estás. Voy a buscarte.

Bajo más la vista. Todo da vueltas y estoy aturdida por culpa del alcohol y... algo más. Casi no puedo ni decirle dónde estoy.



—¡Largo de aquí antes de que te mate, joder!

—¡Relájate, tío! No ha dicho que tuviese novio...

Me cuesta una barbaridad abrir los ojos. No paran de cerrárseme los párpados, pero intento pestañear para ver a qué se debe tanto griterío a lo lejos.

No. A lo lejos no. Casi noto el reverberar de una de las voces, como si viniera de mí misma.

Alargo la mano, agarro algo y cierro el puño alrededor de ese suave y cálido tejido. Una camiseta. Una mano más grande y más cálida cubre la mía, y esa persona me da un delicado beso en el pelo. Ahí me doy cuenta de que alguien está llevándome en brazos. Estamos fuera y el aire fresco de octubre acaricia mi piel.

Son los brazos de Bennett Reiner, que está sacándome de esta casa como si fuese un puñetero superhéroe.

—¡Que yo no he hecho nada, hostia! —grita alguien.

Tiemblo al oír esa voz y me hundo aún más en los brazos de Bennett, como si pudiera enterrarme en su corpulento cuerpo.

—¡Ya puedes rezar por que no encuentre nada que demuestre que la has drogado! —espeta Bennett, aunque casi me planteo si realmente es su voz. Nunca le he oído hablar así; es como si estuviese a nada de volverse salvaje. Jamás lo he oído gritar—. No tienes ni *idea* de lo que estoy dispuesto a hacer por ella.

—Oye, tío...

—Que es el puto Bennett Reiner, macho. ¿Qué coño has hecho?

Debe de haber salido otra persona, el dueño de esta nueva y aterrada voz, porque Bennett se tensa todavía más, me abraza con más fuerza y baja la voz.

—Voy a llevarla al hospital, así que poneos las pilas de una puta vez porque estoy *seguro* de que a los de seguridad del campus y al CIF les encantaría enterarse de todo esto.

«El CIF. El Consejo Interfraternal». Los está amenazando.

Le aprieto el brazo con fuerza, tanta como puedo reunir, a pesar de la flojera que siento en este estado de embriaguez.

—¿Me acompañas a casa? —le pregunto en un susurro.

No es lo que quería decirle, pero creo que me entiende.

—Como vuelva a pillarte mirando siquiera en su dirección —dice Bennett con la cara girada por encima del hombro y resguardándome con su cuerpo de miradas ajenas—, te mato.

Su voz es lo suficientemente aterradora como para que me sobresalte, aunque sé que conozco a Bennett y eso me tranquiliza. Él no es así, pero ha entrado en pánico.

No me suelta hasta que llegamos al coche. Noto que le tiemblan las manos mientras me coge, me sienta y me coloca bien. Sin embargo, yo continúo con los ojos cerrados; es como si estuviese a nada de desmayarme.

Juro que lo oigo llorar en silencio mientras conduce.



Pego un salto y corro hacia el baño. Como estoy grogui, resbalo y me caigo casi de inmediato contra el suelo de azulejos.

Son todo prácticamente arcadas. Sin embargo, aquí, cernida sobre el retrete, con los ojos casi cerrados y llenos de lágrimas, no puedo dejar de temblar.

Alguien me aparta el pelo de la cara con una mano y me lo aguanta con delicadeza mientras me quedo así un buen rato. Al final, las arcadas se transforman en unos discretos sollozos. Agacho la cabeza, pero, antes de que me dé tiempo a apoyar la mejilla, mi cuerpo entero vuelve a recostarse contra el cálido y sólido pecho de Bennett.

—L-lo siento. —Trato de disculparme, tartamudeando.

Las palabras se me atascan en la garganta, ahora seca y dolorida.

—Shhh —dice él—. No pasa nada. Yo cuidaré de ti, P.

Acepto la botella que me ofrece y doy un sorbo, despacio.

—¿Quieres ducharte?

En cuanto asiento, Bennett me suelta lentamente. Echa a andar y abre los grifos con cuidado para poner el agua a la temperatura adecuada. Intento acercarme a él, pero me cuesta un mundo moverme.

—¿Paloma? —me llama aún más preocupado al ver que vuelven a llenárseme los ojos de lágrimas.

—No... no puedo mover los brazos —susurro—. Noto todo el cuerpo entumecido.

Aprieta la mandíbula con fuerza y cierra los ojos un segundo antes de que su rostro se llene de pura convicción. Se mueve decidido, cierra el grifo de la ducha y prepara una bañera.

El corazón me va a mil. Lo que siento por él, esta sensación que nunca ha amainado, me azota con fuerza.

Envuelta por el silencio, me doy cuenta de que no estamos en su baño de siempre. Este es más nuevo, más grande que el que tenía en la habitación de la casa adosada donde vivía. Debemos de estar en alguna casa más bonita a las afueras del campus. Siento una punzada en el pecho por el tiempo que he perdido con él, por cómo han cambiado las cosas y porque siento que lo conozco tan bien... Pero... Bennett ha cambiado. Ahora su vida ha cambiado.

Y yo no estaba preparada para tanto dolor.

—¿Quieres que te ayude? —me pregunta con cierta aflicción en la voz.

Asiento.

Si se tratara de cualquier otra persona, me habría pasado la noche sufriendo, con la piel empapada en sudor y el pelo pegajoso por culpa del vómito. Pero, circunstancias aparte, aquí, con Bennett, me siento a salvo.

Me desviste despacio, con cuidado, pero se asegura de permanecer detrás de mí mientras me ayuda a deshacerme de la chaqueta y el vestido. Ando descalza. Supongo que Bennett me habrá quitado los zapatos al llegar para que pudiera dormir más cómodamente.

Acto seguido, me coge los brazos con sus gigantescas manos y se yergue para cubrirme la espalda mientras me ayuda a meterme en esta humeante bañera.

Las burbujas cubren los bordes y la niña pequeña que está escondida en lo más profundo de mi ser se asoma un poco de entre las sombras en las que se resguarda.

Cuando estoy cómodamente sentada sobre la porcelana, Bennett retrocede un poco, baja la tapa del inodoro y tira de la cadena antes de sentarse encima para vigilarme. En los últimos nueve meses, no he relajado los hombros en ningún momento. Puede que esta sea la primera vez que respiro de verdad.

—Lo... lo siento...

—No vuelvas a disculparte, Paloma —me dice con fiereza en la voz y un fuerte tono que retumba por el baño—. No lo soporto.

—Creo que me puso algo en la bebida.

—Me lo suponía. —Asiente y se frota los ojos con las manos antes de masajearse la sien. Noto su enfado, la ira que va creciendo poco a poco bajo su piel—. Pensaba que no bebías —señala con brusquedad.

—La gente cambia.

Me irrito y las palabras me salen de la boca antes de que pueda contener la amargura de mi respuesta.

El silencio se abre paso entre nosotros. No es el silencio habitual que hace que me sienta relajada; ese que no hace falta que llenemos. Este es un silencio tenso, cargado de enfado. Cargado de rabia, miedo y ansiedad.

—¿Qué hora es? —le pregunto desesperada por llenarlo como sea.

—Las seis de la mañana —responde en un tono monocorde—. Te dejaré algo de ropa y, cuando estés, te llevo a casa. ¿Sigues viviendo en la resi?

Su pregunta me duele.

—Sí.

Bennett asiente y se marcha.

Sin su escrutinio, me baño y me lavo el pelo más deprisa. Lloro en silencio y me tiro de los nudos con el peine, demasiado aterrada por si se ofrece a hacerlo él... Aunque me aterra aún más que no lo haga. Me deja unos pantalones de chándal y una sudadera vieja de manga larga; a juzgar por lo desgastada y lo mordida que está la manga (cortesía de mis dientes), ya he usado esta prenda en otras ocasiones, para dormir. Me visto en un santiamén.

Permanecemos en silencio durante todo el trayecto. El amanecer le da un tono sutilmente más claro al azul y negro cielo de la noche. No obstante, cuando Bennett aparca y hago ademán de abrir la puerta, él alarga el brazo por encima de mí y vuelve a cerrarla.

Continúa con la vista puesta en la calle de enfrente, pero exhala despacio y traga con fuerza.

—No voy a fingir que sé lo que ocurrió. Por qué ya no querías estar conmigo... Y si te hice daño de alguna forma...

—Para nada —lo corto, desesperada por que deje de autoflagelarse, pero con miedo de decir nada más.

Bennett asiente, pero sigo atisbándole ese mismo ardor y esa misma aflicción en la mirada. Tiene los ojos enrojecidos, más por el dolor que por la falta de sueño.

—Te quiero. Para mí, esto no cambia, ¿de acuerdo? Así que... No puedo preocuparme tanto por ti.

—No tienes por qué hacerlo. Me... Te lo prometo.

Desvía la vista hacia mí y me estudia un segundo antes de volver a mirar enfadado hacia la calle.

—No te creo —dice.

Me abrazo a mí misma por la cintura. Me cuesta lo que no está escrito resistirme a la apremiante necesidad que siento por acercarme las rodillas a la barbilla y hundirme en este asiento. Por contárselo. Por pedirle que me crea, que me lleve a casa y me abrace hasta que me sienta limpia de nuevo.

—Necesito que me hagas un favor.

—Lo que sea —le prometo.

—Solo te voy a pedir esto. No es que quiera que cambies de opinión. Pero, por favor, Paloma... Si me necesitas, si tienes miedo o estás preocupada o necesitas algo, lo que sea, por favor, llámame. Úsame. Es... es la única forma de hacer que la ansiedad que siento por ti no se me coma vivo.

No puedo hablar. Es como si me hubiese quedado muda y las palabras fueran convirtiéndose en ceniza en mi boca una y otra vez.

—Vale —respondo.

Vuelvo a coger la manilla de la puerta. El calor de su afecto y cuidado me sofocan. No paro de sentir que no merezco todo esto.

Cuando me giro hacia Bennett, todavía lo veo afligido, con la mirada abatida y agarrándose al volante con fuerza.

Me entran ganas de preguntarle:

«¿Piensas en mí a todas horas?».

«¿Todavía piensas en hundirme las manos en el pelo y en la soñolienta sensación que me inunda el cuerpo cuando me siento a salvo junto a ti?».

«¿Todavía piensas en la noche en que me dijiste que estar dentro de mí era un poema? Antes de que me recorrieras la columna vertebral a besos y volvieras a hacérmelo duro y con fuerza, dominando mi alma hasta que me convencí de que acababas de hacerme tuya de por vida?».

En lugar de eso, permanezco de pie, envuelta por el frío otoñal y mirando a Bennett a través de la puerta abierta del coche durante demasiado rato.

El viento me raspa la piel, pero a duras penas noto el dolor. No es nada en comparación con cómo se me está empezando a desgarrar el corazón.

62

Paloma

PASADO: SEGUNDO DE CARRERA

MAYO

—Ven a casa conmigo —me susurra Bennett.

Estamos en mayo. No han ganado el Frozen Four, pero han alcanzado las semifinales. Bennett se lo tomó como algo personal. Me llamó, pero colgó tras el primer tono.

«Es más fuerte que yo», pensé. Si me hubiese vuelto a llamar, se lo habría cogido.

Pero ahora está aquí, en esta fiesta, en el hueco de las escaleras, justo detrás de la pared. Y, cuando pasamos el uno por el lado del otro, me coge la muñeca.

—Ven a casa conmigo —repite, aunque ahora lo hace suplicante.

—Vale.

Asiento. Él sonríe con las mejillas sonrojadas y dejando los dientes a la vista, incluso ese que tiene un poco roto.

Le aparto la mano. Insiste agarrándome más fuerte, pero, luego, a regañadientes, me suelta despacio.

—Quedamos en el coche dentro de diez minutos.

Mi frase apaga un poco la luz que desprende Bennett y me clavo las uñas con fuerza en las palmas de las manos, castigándome por su dolor.

—Claro. —Asiente—. Si la cosa tiene que ir así...

«Tiene que ir así», quiero decirle.

Pero no digo nada. «Da igual, no merece la pena. Así solo nos haremos más daño», quiero añadir. Pero no puedo.

No puedo decirle que no a Bennett. Tampoco quiero.

Al cabo de diez minutos, me empotra contra el lateral de su coche con un ardiente e intenso beso. Me cuela la lengua entre los labios; sabe a whisky, agua salada y a todas esas partes de mí misma que he intentado destruir.

—¿Vas borracho?

Niega con la cabeza.

—¿Y tú? —me pregunta.

Imito su movimiento. Nos subimos a los asientos traseros de su coche y me besa más despacio mientras me sienta en su regazo y me hunde las manos en el pelo.

A pesar de que quien nos haya visto marchar juntos debe de pensar que hemos ido a echar un polvo, no lo hacemos. En lugar de eso, Bennett me apoya la cabeza en sus anchos muslos y me acaricia el pelo con delicadeza. Nos quedamos mirando al otro respirar. Me quedo dormida ahí mismo y no me despierto hasta que noto el vaivén del coche al frenar. Abro los ojos y veo su habitación y a Siete acercándome el hocico a la pierna.

Bennett duerme a mi lado, cogiéndome de la mano. Al cabo de una hora, me levanto. Me marcho antes de que amanezca.

63

Paloma

PASADO: TERCERO DE CARRERA

DICIEMBRE

Estamos a principios de diciembre. No sabría decir quién ha estado evitando a quién, pero, cuando lo pillo en el balcón al lado de una hoguera que ya se va apagando, es tarde y está borracho.

Al principio, estoy segura de que me verá y dará media vuelta. Que, por fin, he conseguido que se extinga la luz que siempre había hecho brillar en el interior de Bennett Reiner.

«Eso querías, ¿no?».

Pero no es el caso. Se me queda mirando un buen rato antes de terminarse el alcohol que está bebiendo, sea el que sea.

—Bennett —lo llamo, mordiéndome el labio. Yo no he bebido ni una gota de alcohol—. Oye...

—Rhys no está aquí —suelta de pronto.

Noto esa sensación en el estómago y me llevo la mano al pecho, como si al frotármelo fuera a dejarme de doler.

—Tengo que hablar contigo...

—No me sorprende. —Se ríe, pero se percibe su dolor—. Que te guste él, digo. Rhys es...

—Para —susurro mientras me acerco—. No lo sabía. Y... se acabó en cuanto me enteré.

La noche de nuestra maldita cita doble, en cuanto llegué al coche, le dije a Rhys que tenía que irme. Al cabo de poco, le envié un mensaje diciéndole que se había acabado. Teniendo en cuenta que siempre había sido majo conmigo, fue cruel y maleducado por mi parte, pero nunca quise hacerle daño a nadie.

Aunque parezca que es lo único que se me da bien.

Bennett asiente, pero en su rostro aún puedo ver el dolor.

—Me he acostado con alguien más —anuncia resentido y enfadado.

Asiento.

—Lo sé.

—Igual que tú —añade con desdén.

Está borracho y pasándolo mal. Percibo su agitación; sé que hay una parte de él que también quiere hacerme daño a mí, pero continúa siendo... Bennett. Amable, incluso cuando no debería. Es pura bondad.

—No eres como yo —respondo—. Tú eres muchísimo mejor.

Nos quedamos aquí, envueltos por este cargado silencio durante un buen rato.

—No quiero seguir con esto. —Las palabras se le mezclan con un sollozo y Bennett se frota los ojos para deshacerse de las lágrimas—. Pero no sé estar sin ti. Lo he intentado. Pero... Joder, Paloma. Quererte me hace daño.

Me entran ganas de gritar: «Lo sé. Lo sé y lo siento».

Debería soltarlo. Tendría que aprovechar la ocasión y liberarlo aquí y ahora del dolor que ambos sentimos. Eso es lo que haría una

buena persona.

Yo, en cambio, lo llevo a casa en coche y luego, cuando me suplica que no lo deje allí, lo traigo a la resi conmigo. Lo acomodo en mi minúscula cama mientras él me abraza con fuerza por la cintura.

—Sé que estás dormido —susurro. Bennett no se mueve ni un ápice—. Y que seguramente no te acordarás de esto por la mañana. Pero... cuando tenía catorce años, un hombre me dijo que me cuidaría. A cambio, yo solo tenía que darle... algo que no quería dar. Y estaba tan aterrada que fui incapaz de pararle los pies, por más que quisiera. Y, luego, cuando te conocí, me avergoncé un montón de la persona que había sido en el pasado.

Me acerco a él y le doy un beso en la frente mientras veo cómo mueve los labios, como si pudiera notarme a pesar de estar durmiendo.

—Te quiero. Siempre te querré, Bennett. Ojalá fuera distinta, mejor, digna de tu amor.

Me paso la noche durmiendo en el coche para no tener que ver cómo, por la mañana, se va.

64

Paloma

PASADO: TERCERO DE CARRERA

EN ALGÚN PUNTO DEL SEMESTRE DE PRIMAVERA

—¿Tú no, cielo?

Casi ni me entero de lo que acaba de decirme el tipo en cuestión. Dejo que la música se adueñe de mis extremidades, relajadas, y vuelvo a tumbarme en la cama.

Ya ni me acuerdo de cómo se llama y me da vueltas la cabeza mientras él se desnuda por completo y se coloca encima de mí. Me agarra con fuerza por el cuello y hago una mueca, pero el chaval no se da cuenta. Y, en el caso de que sí lo haya visto, a lo mejor le gusta.

Sonrío con los ojos centelleantes, cortesía del alcohol que me corre por las venas.

Hoy estoy haciendo algo peor que de costumbre. Y me pregunto si será esto lo que acabe de romperme.

«¿No estás bastante rota ya? Agrietada y despatarrada en el suelo. Abandonada».

«No vales nada».

Vuelvo a desviar la vista hacia la puerta, preguntándome si aparecerá. Si echará la puerta abajo y me cogerá en volandas para alejarme de esta puta pesadilla. Como si supiera dónde estoy.

«¿Una fantasía... en la que *él* es tu caballero andante? Patético, Polly».

Esta noche, la voz que vive en mi cabeza suena más fuerte. Enfadada. Resentida. Y va acompañada de la imagen de un Bennett sonriente y borracho y feliz, con las manos en la cadera de una chica a quien ya he visto antes. Una mona, morena y lista. Estable.

No rota como yo.

Muevo las caderas y le aprieto la cintura con fuerza con las rodillas.

A pesar de que no me ha hecho casi nada, gimo. Veo cómo el tío sonríe mientras me penetra con fuerza; la suficiente como para que se me encoja el estómago. No porque la tenga grande, sino porque no estoy preparada y estoy deshidratada y...

—Dios, con razón tienes a toda la maldita uni medio pillada de ti —me susurra con vehemencia en el oído, resoplando—. Qué estrecho lo tienes, joder.

Pongo los ojos en blanco, pero murmuro no sé qué y le clavo las uñas en los hombros, como si estuviese infligiéndole un sutil castigo.

Ojalá cerrara el pico.

—¿Ah, sí? —pregunto en tono travieso.

Estoy haciendo un papelón ideal, impecable.

Icónica como la que más.

—Me sorprende —suelta con una risa que enseguida se convierte en un gemido—, teniendo en cuenta la de tíos que has dejado que te la metan. Pensaba que lo tendrías...

—Me corro —digo soltando un gemido agudo y tan falso que me entran ganas de arrancarme la piel.

El chico empieza a embestirme con más fuerza; frunce el ceño, concentrado, y el sudor le permea la frente. Y yo me siento igual que siempre. Me duele; es como si estuviesen clavándome cuchillazos en el corazón.

A veces, me llevo la mano al pecho para asegurarme de que no estoy sangrando de lo real que es la sensación.

La cabeza me da vueltas un segundo y los ojos marrones de este tío se vuelven azules. Su cuerpo se agranda y me cubre entera. Me reconforta como si fuera una de esas mantas tan pesadas. Y, si cierro los ojos y me esmero, casi noto esa barba de dos días rozándome la piel.

Paloma.

El susurro de mi nombre en sus labios no es más que un recuerdo, pero parece tan real que se me llenan los ojos de lágrimas.

Quiero parar. Quiero ponerle fin a todo esto.

Sin embargo, no hago nada. Solo dejo que continúe azotándome todo sin parar.

Porque da igual. Ahora lo sé.

Podría gritarle a quienquiera que esté encima de mí que pare, y él seguramente pensaría que se trata de un juego. Y, en esta casa, no le importaría a nadie que no lo fuera. Que estuviera sufriendo de verdad.

«No le importa a nadie».

A nadie menos a Bennett. Y yo lo estropeé, como hago con todo lo que toco.

Así que cierro los ojos y finjo.

En mi mente, es casi real. Porque fingir se me da de maravilla.



Más tarde, ya en la resi, tras haberme duchado tan deprisa como he podido y sintiéndome tan limpia como me lo permite mi cerebro, me quedo de pie y me miro en este oscuro y sucio espejo un buen rato.

Y sé que soy yo, que la que aparece en el reflejo soy yo; aun así, me siento tan desconectada de esta chica rubia... Tiene las mejillas manchadas de rímel negro porque se ha frotado el maquillaje sin cuidado, su aterciopelada piel al rojo vivo por haberse frotado el cuerpo tan deprisa y con tanta negligencia; varias marcas en los pechos porque ha dejado que alguien se los manoseara y tirara de ellos y le hiciera daño, porque a esta chica le da igual.

No soy yo, lo juro. Aunque sí lo soy. Y ya he jugado a esto antes; a fingir que lo que me pasaba a mí le estaba pasando a otra.

Esto me aporta cierta insensibilidad; tanta que ni siquiera noto cómo me agarro los brazos con las manos mientras me encojo y veo cómo la chica del espejo imita mis movimientos.

Si cerrase los ojos ahora mismo, casi podría notarlo a él a mis espaldas. Peinándome; acariciándome el hombro; besándome la nuca, la mejilla, la frente, el pelo. Observándome como si mereciera que me mirara con tanto amor.

En lugar de eso, permanezco con la vista puesta en la chica que he abandonado en el espejo. Toco su figura con la mano por encima del vaho, como si así fuera a resultarme más fácil enfrentarme a esa caótica y borrosa imagen. No me acuerdo de que tengo compañía hasta que Sadie llama a la puerta del baño. Creo que debería estar

sola; completamente sola. Pero no recuerdo quién ha insistido en que Sadie se quedase aquí, si ha sido ella o he sido yo.

Vemos partes de nosotras reflejadas en la otra y encontramos alivio en cómo actuamos juntas. Aunque ella es distinta. Cuando nos reunimos después de alguno de los revolcones rápidos de Sadie, ella parece más ligera; yo, en cambio, me noto más pesada. He cumplido con mi condena, pero me siento peor. A lo mejor es lo que me merezco.

Tras ducharse, Sadie se tumba en mi pequeña cama, a mi lado. Pocos segundos después de haber apoyado la cabeza en la almohada, empieza a roncar muy sutilmente.

Yo no consigo pegar ojo y el dolor me acompaña toda la noche.

65

Paloma

PRESENTE

—¿P.? —La voz de Bennett hace que pasado y presente converjan en mi mente—. Puedes...

Continúa hablándome, pero soy incapaz de entender qué me dice. Sus palabras son como un sonido lejano. Estoy en su habitación. Siento que me invade una ola de soledad y me muero por ahuyentarla.

—¿Qué necesitas? —oigo que me pregunta con su áspera voz por encima del fuerte latido de mi corazón—. Paloma, por favor...

Me voy tirando del vestido hasta que consigo quitármelo y casi rompo las costuras del pecho en el proceso. Estoy medio desnuda ante Bennett y la cabeza me da vueltas.

—Que lo hagamos.

Bennett me mira y sacude la cabeza con el ceño fruncido y sus ojos turquesa llenos de dolor. Tiene una mirada tan profunda que me pierdo en ella.

—No, P. —me suplica. Pasea la vista por el cuarto mientras va flexionando una mano, como si estuviese buscando a Siete. Centra

la vista en un punto un instante e inhala profundamente—. Hablemos. Estás molesta. Por favor...

—Ya te lo he dicho. Me has preguntado qué necesito. Qué quiero. Te necesito a ti. —Vuelvo a alargar la mano hacia él con la intención de cogerlo con fuerza por esa camisa de botones y abrírsela de un tirón por el medio. Para apoyarle las manos encima de esa fina capa de rizos que cubre el firme y fuerte músculo de su pecho que se esconde justo debajo—. Solo esto...

Bennett vuelve a retroceder hasta casi chocar con los hombros contra la pared, estira las manos y me agarra las muñecas.

Me detengo en el acto. Traga saliva con fuerza y ahoga un grito de dolor. Como si verme reaccionar así a su tacto hubiese surtido el mismo efecto que si acabase de pegarle un puñetazo.

Me baja las manos y levanta las suyas en el aire, en señal de rendición. Como si estuviese apuntándolo con una pistola llena de balas.

Puede que, en cierto modo, esté haciendo justamente eso.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras lo miro y veo al hermoso hombre al que he arruinado con mi fealdad. Y, aun así, soy incapaz de contenerme y no volver a alargar las manos hacia él, joder.

—Paloma, por favor... Ahora mismo, esto es lo último que necesitas.

—No es verdad —intento gruñir, a pesar de que me sale cual sollozo cargado de aire—. Por favor...

—No lo hagas, P. Te lo suplico.

Sí, me lo está suplicando. Me está rogando que le pida algo que nos hará daño a los dos y nos destrozará. Sé que ni él ni yo nos

recuperaremos de las consecuencias.

—Es solo sexo —espeto.

—No lo es —exhala él—. Entre nosotros, no. Y lo sabes. Dime que lo sabes.

Esas palabras parecen hacerle tanto daño al decirlas como a mí al escucharlas.

—¿Qué más da? —escupo—. Cuando estés dentro de mí, esto no significará nada, Ben —digo, intentando adoptar un tono de voz distinto, ese seductor que guardo en mi interior cual arma. Para protegerme—. Haré que disfrutes muchísimo.

La desolación inunda su rostro.

Es como verme a mí misma desde una jaula, incapaz de detener esta ira y este enfado que hacen daño a la persona que más quiero en el mundo. La única que se ha preocupado jamás por mí.

Aguardo y espero que ceda.

En lugar de eso, veo cómo levanta sus escudos, en silencio pero con firmeza. He aquí esa orilla constante de amor incondicional frente al tumultuoso mar de mi propio autodesprecio.

—Estás molesta por lo que ha dicho Ethan —señala con la mirada baja. Habla con tono monocorde, como si estuviese obligándose a pronunciar esas palabras en voz alta para intentar entenderlo—. Y puede que también te sientas avergonzada, aunque no deberías. Pero te ha dolido que hablase de tu infancia y no quieres decirme por qué.

Me estremezco.

Su voz está desprovista de emoción y Bennett mantiene una expresión firme al hablar.

—Estás molesta porque me he enterado de tu pasado. Tal vez es por tu madre o por lo que ha dicho Ethan de su... reputación. Eso de que vivíais en un camping de caravanas y...

—Pa-para. —Logro encontrar mi voz y reculo a la vez que él echa a andar hacia mí—. Bennett...

—Alguien te hizo daño en esa casa. Puede que lo hiciera más de una persona y el simple hecho de hablar de ello te haya traído malos recuerdos. Quieres que nos acostemos porque el sexo te servirá de distracción. Hará que te sientas mejor... —Me estudia la cara con firmeza y veo que, poco a poco, lo va asimilando todo. Se le enciende la mirada—. No... Joder, Paloma. —Al pronunciar mi nombre, se le rompe la voz—. ¿Re... recurres al sexo para sentirte *peor*? —Le ceden las rodillas y cae en el borde de la cama. Se le acelera su respiración, jadeante, y se le llenan los ojos de lágrimas como si fuera a echarse a llorar—. Todo este tiempo... ¿Pensabas que...? ¿Que te lo merecías? ¿Que merecías sentirte mal?

Me tapo los oídos con fuerza. No puedo dejar de llorar.

—Para. —Quiero gritarle, pero sueno igual que una niña lloriqueando. «No, no, no...». Me agarro del pelo y tiro sutilmente—. Por favor, me...

—Shhh —intenta tranquilizarme Bennett, estirando las manos hacia mí para sujetarme. Ahí me doy cuenta de que he trastabillado hacia él. Me envuelve con los brazos y me aparta las manos del pelo antes de envolvérmelas y entrelazar sus dedos con los míos—. Por favor, amor, respira.

Obedezco. Me sienta en su regazo, tirando de mí con cuidado como si estuviese convenciendo a un perro encadenado y apaleado.

Desesperado por salvarlo, igual que Bennett ha estado siempre desesperado por salvarme a mí.

Me recuesto contra su pecho y respiro con la oreja pegada a su corazón.

Me fijo en que Bennett está llorando porque le tiembla el cuerpo con cada sollozo. Se me entumecen las manos.

—¿Bennett? —lo llamo separándome de él.

Sin embargo, él no hace sino abrazarme con más fuerza.

—Paloma... —Exhala con los labios pegados a mi pelo y apretándome con fuerza con las manos, como si quisiera aprenderse mi cuerpo de memoria, centímetro a centímetro—. Dios... No lo sabía. Pensaba...

Deja la frase a medias, pero yo lo oigo alto y claro.

Bennet pensaba que, mientras estuvimos separados, lo utilicé y me acosté con él como si el sexo fuera mi válvula de escape, mi distracción. Pero yo lo utilizaba cual cuchilla y me hundía cada vez más en ese oscuro abismo. Y Bennett se quedaba ahí, viendo cómo lo hacía, pensando que él no era suficiente. Pensando que yo solo quería soltarme un poco, intentar sentirme bien... Buscando algo que él no podía darme. Algo que yo no quería arrebatarle.

Sé que se culpa por ello, como si se hubiese quedado al margen y me hubiese obligado a subir unas escaleras, a caminar por unos lóbregos pasillos y a seguir avanzando por el callejón sin salida que es mi autodesprecio.

—Lo siento —susurro con la boca pegada a su piel, rozándole el cuello con los labios al hablar—. No quería hacerte daño. Solo quería estar contigo; contigo y con nadie más. Solo eso. Lo siento.

Hay partes rotas de nosotros esparcidas por el suelo. Vulnerables. Al rojo vivo. Y, por un segundo, la idea de salir corriendo y esconderme me reconforta. Quiero hacerlo...

Pero entonces Bennett me besa. Y ese beso lo arregla todo, aunque sea por un momento.

Nos quedamos así un buen rato antes de que él se levante y me lleve al baño. Abre el grifo de la bañera y coge mis jabones y productos para el pelo favoritos; los tiene ahí guardados.

Darme un espumoso baño en manos de Bennett Reiner me tranquiliza, lo cual parece un poco absurdo. Sin embargo, en cuanto el agua caliente cubre mi cuerpo, el nudo que siento en el pecho empieza a deshacerse.

Bennett se queda un segundo de pie, ocupando gran parte del espacio de este pequeño baño. Sigue con los pantalones del traje y la camiseta puestos; se ha arremangado y tiene las manos en los bolsillos.

—Debería... —Deja la frase a medias, con los ojos abatidos.

Estiro el brazo y le toco los pantalones con la mano mojada.

—¿Quedarte?

Bennett asiente. Sus ojos encuentran los míos en cuanto se arrodilla al lado de la bañera y me acaricia la mejilla con la mano. Disfruto del gesto y suspiro con delicadeza, satisfecha. Y entonces no se oye nada aparte del murmullo del agua al caer, mientras yo cambio de postura bajo esa espumosa superficie.

—Era hija única —confieso de repente. Tengo la vista puesta en mis dedos, que muevo dentro del chorro de agua—. No suelo hablar de mi madre... Y tampoco quiero hacerlo. No se preocupaba por mí; nunca me protegió. Mi infancia no fue... Fue mala, Bennett. —Con

«mala» me quedo corta, pero bastante me está costando ya contarle todo esto—. Mi madre se metía en líos; en muchos: drogas, novios violentos..., de todo. Y, a veces, los polis que venían eran... «amigos» de mi madre. En ocasiones, eran peores que los otros cabrones que aparecían por allí. Y...

Niego con la cabeza a la vez que se me va apagando la voz. No obstante, el dolor que las acompaña no desaparece. Bennett alarga el brazo y me da un delicado apretón en la mano para tranquilizarme.

—No sigas —dice—. Si te hace daño, déjalo.

Parece dibujar una mueca al pronunciar esas palabras y sacude la cabeza, como si lo entendiera. «Todo me hace daño».

—Pero luego llegó alguien que, al principio de conocerme, se portó bien conmigo. —Quiero decírselo, pronunciar el nombre de esa persona, pero me resulta imposible—. Era mayor que yo. Sabía que había estado durmiendo en una casa sin calefacción en pleno invierno o que me había escabullido para ir a la escuela a pasar la noche.

—¿Dormías... en el colegio?

—Siempre. —Río, aunque lo hago sin humor—. Se... se estaba calentito. Y ahí nadie intentaba colarse en mi habitación.

Paro un segundo y trago saliva como buenamente puedo. Cuando conocí a Ethan, yo no confiaba en nadie: ni en hombres, ni en mujeres ni en niños o niñas. Era yo contra el mundo.

—Hostia puta... —musita Bennett bajando la vista antes de frotarse los ojos—. Perdona. Lo siento. No sabía que... — Guarda silencio—. Es que... ¿Imaginarte sola y asustada y durmiendo en un

maldito colegio? —susurra, todo amabilidad y ternura, a pesar de la dureza de sus palabras.

—No pasa nada. Tampoco estaba tan mal.

Bennett niega con la cabeza y levanta los ojos hacia mí de golpe, como si quisiera arrancarme de la boca las palabras que acabo de pronunciar y arrojar todo su enfado en ellas.

Espero un poco. Él se tranquiliza y permanece en silencio mientras acabo de contarle el resto. Aun así, las lágrimas continúan brotando, despacio y sin cesar, de sus ojos azules como el océano.

Las palabras me salen solas de la boca, como si de agua se tratase, y él las absorbe todas, como una orilla firme que cede ante la intensidad de mis olas.

Le cuento cómo me trataba Ethan. Lo volátil que era. Que fue el primer adulto que me cuidó y que yo confié en él. Que fue la primera persona en mostrarme afecto; nunca lo había experimentado, con nadie. Era como si hubiese estado muriéndome de ganas de que alguien me tocara.

Desesperada por conseguir lo que fuera. Y él lo sabía. Y lo utilizó en mi contra.

—Nunca nadie me había prestado tanta atención —admito con la voz llena de resentimiento y rencor. Por más que pase el tiempo, cada vez que pienso en mi yo de quince, dieciséis años, la edad que fuera..., me siento desesperada y estúpida como la que más—. Estaba agradecida porque parecía que se preocupaba por mí. Pensaba que tenía que alegrarme por ello... Pero entonces cambió y no me di cuenta de que nunca me había mirado como se mira a una hija. —Al pronunciar esas palabras y confesárselo a Bennett, las náuseas de siempre vuelven a mí multiplicadas por diez—. Me... —

Se me cierra la garganta y me seco unas cuantas lágrimas en silencio—. Yo no quería. No quería hacer *nada* de eso. Pero sí quería... —Dios, cuánto me duele confesar esto—. Solo quería importarle a alguien. Aunque no quisiera estar con él. Porque yo no quería. —Se me escapa un sollozo y, con la voz pastosa, le pido—: Por favor, créeme.

Bennett me envuelve con los brazos y me acurruca contra su calor corporal para que pueda sollozar pegada a su suave pecho y soltar todo lo que llevaba escondiéndole desde que nos conocimos.

—Te creo —susurra—. Te creo. Claro que te creo. Dios, Paloma...

—Siento no habértelo contado —exhalo avergonzada y con la mirada gacha.

—Para —dice casi cortándome. Cuando Bennett me levanta y se sienta en la taza del retrete, aún con la ropa puesta, el agua resbala por el borde de la bañera. Me acomoda en su regazo, de cara a él—. Por favor, P. Te creo. Te creo.

Me susurra esas palabras como si fuesen una especie de poema propio que me relaja y me protege en igual medida.

—Ya pasó. Ahora estás a salvo. Lo siento mucho, P. No voy a dejar que vuelva a pasarte nunca nada malo.

Nos quedamos así un buen rato. Intento centrarme en cualquier cosa que no sea la corriente de emociones que me invade; ese detalle de mi historia que me he callado y que me suplica que lo cuente. En lugar de eso, me fijo en el vaivén del agua. En cuánto espacio ocupa el cuerpo de Bennett. En la suavidad de la tela mojada de su camisa contra mi pecho, porque está abrazándome con fuerza.

Jugueteo con uno de sus botones.

—¿Puedo lavarte el pelo?

Me lo pregunta con la misma delicadeza con la que me acaricia con los dedos mientras me echa la cabeza hacia atrás hasta que la melena me flota por el agua. Me agarra por el cuello con una mano y coge el champú con la otra. Me giro en sus brazos, desnuda y vulnerable. Él separa las piernas para acercarme más y que quede encajada entre ellas, y quedo con la espalda pegada a su pecho. Bennett me da un delicado beso en la sien antes de acumularse espuma en las manos y masajearme el cuero cabelludo despacio y con cuidado para que no me entre nada en las orejas.

Me aplica el acondicionador con la misma delicadeza. Es nuestra rutina; al menos, una versión de ella. Y noto cómo lo tranquiliza; posiblemente, más a él que a mí.

Puede que este sea el momento que nos permita volver a empezar. Empezar de cero ahora que todos mis oscuros secretos por fin han salido a la luz.

«Todos no».

—Sin prisas —me susurra Bennett después de haberme cubierto con una toalla y haberse quitado la ropa, mojada, antes de coger otra toalla de la barra que hay clavada en la pared—. Tómate todo el tiempo que necesites.

La calma me envuelve como si de una pesada manta se tratase, o como el enorme cuerpo de Bennett. Me escurro el pelo y utilizo todos los lujosos productos de los que llevo años privándome; me lo tomo con calma y me hago unas trenzas de raíces antes de vestirme con la gigantesca camiseta de Berkshire de Bennett, renunciando a ponerme las demás prendas que me ha preparado.

Cuando salgo del vaporoso baño, me siento expuesta. Sin embargo, en cuanto veo las bonitas luces que ha encendido, además de la lámpara habitual, se me entrecorta la respiración.

Bennett, que está delante del ordenador, se gira y viene hacia mí al son de Ben Howard, que suena delicadamente de fondo a través de los altavoces. Él también se ha cambiado y ha optado por unos agradables pantalones de pijama, aunque no se ha puesto la camiseta. Suele dormir así.

Me quedo aquí, petrificada y sin saber muy bien qué hacer. Sin saber muy bien cuál es mi sitio.

Jugueteo con la rígida y húmeda punta de una de las trenzas mientras me muerdo el labio.

—No estoy cansada —suelto—. No podría quedarme dormida ni queriendo.

Bennett dibuja una discreta y breve sonrisa, pero me aferro a ese gesto como si no hubiese un mañana. Un gesto que me aporta toda la calidez del mundo.

—Ya lo sé, amor. Quiero enseñarte algo.

Va hacia su cómoda, pasando por delante de la lámpara que tiene en la mesita de noche. Hay un espejo largo, de cuerpo entero, contra la pared. Es lo suficientemente grande como para reflejar toda su figura de portero de dos metros... y la mía.

Bajo la vista al suelo de inmediato, pero Bennett me coge la barbilla con una mano.

—Mira —susurra—. Dime qué ves.

—Veo... algo malo. A alguien que te hizo daño —confieso con un hilo de voz.

Me avergüenza tener que pronunciar estas palabras, pero necesito que lo sepa. Que entienda que me odio por ello.

—Para —dice en voz baja. Baja la cabeza para acariciarme la pendiente del cuello. En cuanto me pasa un brazo por la cintura, casi me ceden las piernas por completo—. Mira.

—Bennett...

Bajo un poco la vista, lo justo para evitar mirar al espejo.

—Tú solo mira, P. *Esta* es la chica a la que llevo cuatro años queriendo. Con todo mi corazón. Mi alma gemela. —Vuelve a moverme la cabeza para que mire al espejo—. Tú. Exactamente así.

Miro.

Su cuerpo envuelve el mío y me cuesta no centrarme única y exclusivamente en él. En las marcadas líneas de su rostro que tan bien se mezclan con esa aristocrática nariz que se rompió cuando tenía doce años. En el limpio corte de esa barba de dos días, en las suaves ondas de su pelo castaño, que parecen cálidas como el café o frescas como el otoño en la ciudad. En los gruesos y largos músculos de sus brazos. En cómo me agarra la cintura con la mano...

En la generosa curva de mi cadera. Sigo recorriendo mi propio cuerpo con la mirada hasta llegar a los tobillos, fijándome en la rigidez de mis piernas, esas que me permiten nadar a diario. Huir cuando lo necesito. Veo cómo me envuelve la camiseta de Bennett, como si pudiera vivir metida en esta prenda para siempre. Como si estuviese hecha para mi cuerpo. Como si fuese *mía*. Me veo la cara, limpia y desprovista de maquillaje alguno. Joven. Preciosa. La piel, de un tono rosado cortesía de esa bañera de agua caliente que me

ha preparado el chico al que quiero. Cortesía de la forma en la que me abraza el chico al que quiero.

—Eres preciosa —susurra, y me da un beso en el cuello—. Superfuerte. Ya no eres esa niña pequeña que estaba atrapada en esa casa. Eres superlista, inteligente. Amable y maravillosa.

—No. Soy cruel.

—Tu crueldad te ayudó a mantenerte a salvo. Me da igual que la hayas utilizado en mi contra, porque te ha servido para estar *a salvo*. —Lo enfatiza mientras va subiéndome un poco las manos por el cuerpo hasta abrazarme por la estrechez de mi cintura.

—Me he portado fatal contigo —susurro—. No me...

—Me arrastraría por esquirlas de cristal con tal de llegar hasta ti, P.

Lo dice con un tono de voz suave y cargado de aire, pero sus palabras se erigen como columnas en mi mente, construyendo algo nuevo entre las ruinas de la destrucción. Me doy la vuelta en sus brazos.

—Yo haría lo mismo por ti —respondo.

Me siento ridícula repitiendo lo que él acaba de decir, pero es que no sé qué más decir.

Bennett me besa con ahínco y pasión en los labios.

—Lo sé —responde antes de besarme de nuevo, despacio y con ternura.

Retrocede hacia la cama sin separar la boca de la mía, cogiéndome en brazos y acomodándome en su regazo a la vez que se sienta.

Me acaricia la piel suavemente con las manos, erizándomela a su paso mientras me quita la camiseta. La música sigue sonando. Le

centellea la mirada como si se tratase de agua en movimiento y noto cómo se rompe el último pedazo de mi armadura.

Ejerzo presión con las manos en los hombros, dejando que se tumbe despacio en el colchón mientras yo me froto con él y vuelvo a besarlo.

Bennett me coloca debajo y envuelvo su gigantesco cuerpo con los muslos, que acaban más separados que nunca.

Me mira de tal forma que me siento como la primera vez, sobre esas sábanas azules, con el vaivén de las olas en el exterior y el dulce brillo de la luna acariciándole ese rostro tan pueril. Cuando entre nosotros había una atracción pura e inmaculada. Tierna.

Puede que, para él, no haya cambiado nada.

Se quita los pantalones y lo noto contra mí. Piel contra piel.

Nos besamos, nos tocamos y ejercemos presión contra el otro durante un buen rato hasta que yo lo empujo por el hombro y me giro para volver a quedar encima de él. Me yergo y lo miro en busca de aprobación mientras estiro las manos y se la cojo. La tiene tan grande que debería asustarme, pero nunca he deseado nada con tantas ganas. Porque es él.

«Él, él, él», oigo en una especie de cántico silencioso.

—¿Estás seguro? —le pregunto.

Bennett asiente, dándome un beso en la mejilla y acariciándome la piel con la mano, con delicadeza.

—Por favor, no vuelvas a romperme el corazón —me suplica, seguido de una media sonrisa algo pesarosa—. Creo que no lo soportaría una segunda vez.

—Nunca —le prometo—. Te quiero —suspiro, y bajo las caderas para que él vaya hundiéndose despacio en mí.

Se mueve, arqueando las caderas, y gimo soltando un taco al notar su inmensidad.

—Repítelo —me ruega—. Por favor.

Me inclino ejerciendo presión contra su pecho cuando ya me la ha metido hasta la mitad y repito:

—Te quiero.

Inhalo y acabo de metérmela entera, exhalando y gimiendo mientras ocupa hasta el último centímetro dentro de mí... y más.

Y nos quedamos así, con las caderas pegadas. Totalmente unidos.

Las lágrimas le brillan en los ojos y veo que tiene las mejillas húmedas. Levanta la mano hasta la mía y me doy cuenta de que yo también estoy llorando. Y, por primera vez, son lágrimas de felicidad.

—Eres preciosa —murmura, mirándome maravillado, aunque no repasa mi cuerpo con su mirada.

Está mirándome a mí. Solo a mí.

—Te quiero.

—Eres perfecta.

—Solo a ti.

—Solo a ti —repite en un susurro, y acelera el ritmo—. Solos tú y yo. Para siempre, amor.

Enamorarme de Bennett fue como lanzarme al océano esperando que el agua fuera a estar helada y a ser dolorosamente fría, pero resultó que me envolvía una reconfortante y absoluta calidez. Una calidez que nunca ha flaqueado.

—Te quiero —le digo de nuevo, incapaz de contenerme.

Bennett ralentiza el ritmo otra vez, saboreando la sensación que supone estar así de unidos. Acto seguido, me besa en el cuello, justo debajo de la oreja, y me susurra poemas en la piel mientras hace

que me corra una y otra vez; hasta que acabamos los dos exhaustos.

El amor de Bennett Reiner siempre será así: perfecto y cálido. Recetas caseras de mi comida favorita, mantas calentitas, manos firmes en músculos doloridos, sus delicados dedos en mi pelo. Música *indie* tan bajita que sirve de canción de cuna, pero con unas letras tan preciosas que mis oídos se mueren por escucharlas. Poemas sacados de sus libros favoritos, esparcidos por mi almohada, con las palabras que a él le cuesta pronunciar escritas en unas hojas de papel sutilmente arrugadas.

—Eres la única persona con quien he sido yo de verdad —confieso con un hilo de voz y con las lágrimas resbalándome silenciosamente por las mejillas—. Al completo.

Bennett gime con la voz pegada a la pendiente de mi cuello al oír esas palabras.

—Te cuidaré toda la vida, P. —dice moviéndose para apoyar su frente en la mía, envueltos por esta acallada oscuridad—. Solo tienes que dejarme, amor.

Se me escapa un sollozo entrecortado, sobrecogida por todo lo que siento por él y angustiada por el círculo vicioso en el que me he encontrado siempre. Uno que impedía que me permitiera estar con él hasta que lograse vencer a la malvada bestia que llevaba viviendo en mi mente desde los catorce años.

Bennett me acurruca contra su pecho y me acaricia el pelo, tranquilizándome y susurrándome unos poemas tiernos que juraría que son suyos hasta que vuelvo a relajarme. Hasta que me quedo dormida con él aún dentro de mí.

66

Bennet

PRESENTE

No puedo dormir.

Me he sentado con la espalda contra el cabezal y la vista puesta en el movimiento del pecho de Paloma al inhalar y exhalar. Como si su respiración controlase la mía.

Me siento como si me hubiesen partido en dos; en una especie de «antes y después». Me vienen *flashes* de los últimos tres años; comentarios de Paloma y pequeños retazos de su pasado que me dejó entrever inconscientemente y que ahora me atraviesan la mente a la velocidad del rayo. Siempre he sabido ver la dulzura en Paloma; esas partes de ella que le ha escondido al resto del mundo. Esas partes de sí misma que han sido mías y solo mías.

Ahora, es como si estuviese intentando reconstruirla en mi mente. Como si Paloma fuese una escultura de cristal rota y yo tuviese la habilidad de un crío con pegamento y cartulina. Me da la sensación de que nada servirá; de que no hay nada que pueda calmar este dolor.

Y el enfado...

Es casi sobrecogedor. Paloma no me ha dado ningún nombre; aunque, total, yo tampoco podría encontrar a ese ser despreciable sin rostro. Pero ¿y si lo encontrara? ¿Qué podría hacer yo?

«Nada. Como otras tantas veces. Con ella. Con Rhys. Con...».

Sacudo la cabeza. A lo mejor me resultaría más fácil si tuviese algo físico contra lo que soltar toda esta rabia y todo este enfado por ella.

«*Me besaron por primera vez a los diez años. Era uno de los... amigos de mi madre*».

Su voz se ha convertido en un tormentoso eco que no cesa de resonar en mi mente. Pero lo acepto, como si fuese un precio que debo pagar. Siempre he sabido que alguien le había hecho daño a Paloma; tal vez, no solo «alguien». Sin embargo, oír cómo se obligaba a revivir esos recuerdos para que yo pudiera entender lo que en el fondo desconocía... El dolor de los últimos tres años parece peor.

Peor porque, por más que lo intente..., no puedo arreglarlo. No puedo corregirlo.

Miro el móvil por primera vez desde que nos fuimos de la gala. Tengo la pantalla llena de mensajes y llamadas perdidas. De Rhys, de Freddy, de Anna y de mi padre. Han intentado dar conmigo repetidamente y todos a la vez. Ver todos esos mensajes amenaza mi ansiedad.

«Céntrate. Primero, lo más importante».

No sirve de nada. Porque sigo pensando en la chica que tengo acurrucada en mi pecho y que está usando mi pectoral y la parte superior de mi abdomen a modo de almohada. En nada más.

En lugar de responder o intentar ponerme en contacto con cualquiera de ellos, abro el chat que tengo con Rhys y Freddy les mando un breve mensaje:

Bennett

Desayuno familiar en una hora. Paloma necesita una rutina. Haced como si nada y no preguntéis

Responden casi al instante:

Rhys

Hecho. Si necesitáis cualquier cosa, solo tienes que decírnoslo

Freddy

Sí, chef! 🫡🫡🫡

Tumbo a Paloma de lado, despacio, y le chasqueo los dedos a Siete para que se coloque justo donde estaba yo en la cama. Aun así, mi chica se mueve y pestañea para levantar sus adormilados ojos hacia mí.

—¿Bennett...?

—Shhh, amor —le susurro arrodillándome a su lado y apartándole unos cuantos mechones de la cara—. Voy a ir preparando el desayuno. Duerme todo lo que puedas. Dejo a Siete aquí contigo.

—Mmm, vale —musita, tumbándose bocarriba y dejando que Siete se le acerque y descanse la mitad de su cuerpo sobre la barriga de Paloma.

Cierro la puerta del baño con cuidado y sigo mi rutina más rigurosamente de lo que lo haría, porque ella está en la habitación de al lado. Tardo casi demasiado y me pongo nervioso al pensar que la comida no estará lista antes de que bajen todos a desayunar.

Cuando acabo de preparar las tortillas y la masa para las tortitas, Ro, Rhys y Freddy ya están en la cocina conmigo. Hablan y ríen, y el sonido de nuestra familia permea la sala. «Esto es lo que necesita Paloma. Esto le demostrará que nos importa».

—Buenos días, Reiny —me saluda alegre Freddy, sentado a la mesa y descamisado, al lado de Ro, que está perfectamente arreglada—. Huele genial.

Asiento.

—No comáis nada. Lo digo en serio. Esperad a que suba a por Paloma.

Paso por el lado de Rhys, que está preparando dos *lattes* y decorándolos con calma. Subo las escaleras..., y me encuentro con que Paloma ya había salido a buscarme, vestida de los pies a la cabeza con mi ropa.

—¿Tienes hambre, P.? —le pregunto cogiéndole la cara con las manos.

Asiente y se muerde el labio inferior. Quiero hacerle un millón de preguntas, pero tiene pinta de seguir agotada después de lo de anoche. Mi caos emocional tampoco ayuda; siento de todo a la vez.

—Sí. Creo que me vendría bien comer algo.

—Bien. —Le doy un beso en la sien y le paso un brazo por los hombros para acercarla más a mí—. Toca desayuno familiar.

Al oír eso, se le ilumina un poco la mirada. Ilusión y un atisbo de asombro le centellean en los ojos.

—¿En serio?

Creo que, hasta ahora, no había acabado de entender lo profundamente sola que se sentía Paloma. Una soledad que va más allá de su vida en Waterfell, donde ha estado extrañamente aislada, a pesar de que todo el mundo la conozca y sepa cómo se llama. Una que se remonta a mucho tiempo atrás. El arrepentimiento empieza a adueñarse de mí; ojalá Paloma hubiese estado en nuestros desayunos desde un buen principio. Aunque fuera como amiga. Al menos se habría sentido incluida.

Mal. Lo he entendido mal demasiadas veces. Pero no dejaré que vuelva a sufrir nunca más.

Con Paloma sentada a la mesa y Freddy y Sadie peleándose y entreteniéndonos al resto, alguien llama a la puerta. Levanto la mano para detener a Rhys y me ofrezco para ir a abrir yo, prácticamente convencido de que me encontraré con la inesperada aparición de Adam Reiner (si es que sus mensajes son indicio de algo).

—No pinto nada... Si quisiera que estuviese aquí, me lo habría pedido ella misma.

Oigo el sonido acallado de unas voces, pero a la chica la oigo perfectamente porque habla un poco más alto. Me acerco a la mirilla y veo a Toren y a Lily, el uno al lado de la otra, ambos de brazos cruzados y mirándose.

—Quiere que estés aquí —responde él en voz baja.

La delicadeza y la tranquilidad con la que le habla contrastan con el tono excesivamente alto y casi frenético de su acompañante.

—¡Eso no lo sabes! Tú no tienes amigos, Tor. No sabes...

Abro la puerta y me encuentro con la absurda imagen que forman estos dos: mi defensa, con toda su altura y los pantalones de traje y la camisa negros de la noche anterior, con las mangas arremangadas y dejando a la vista los tatuajes que cubren hasta casi el último centímetro de su expuesta piel; a su lado, la chica pelirroja que a duras penas mide la mitad que él, con unas botas marrones, medias, una falda plisada y un suéter de cuello vuelto.

—Toren. —Lo saludo asintiendo—. Lily.

—Hola, Bennett —susurra ella, a quien le ha entrado vergüenza de repente. Agacha la cara y clava la vista en mis zapatos.

—Lily quería ver cómo estaba Paloma, porque anoche no vino a casa —señala Toren, colocándole una mano en la espalda a la chica y empujándola un poco. Ella trastabilla al dar un paso al frente—. He pensado que podía traerla aquí, luego la recogeré o igual puede volver con Paloma.

Asiento y me aparto para dejar pasar a Lily.

—Paloma está en la cocina. Estará encantada de verte.

«Es posible que seas la única amiga que haya tenido de verdad en toda su vida. La única que lo haya hecho por su cuenta».

Lily va directa a la cocina; quizá demasiado deprisa. Toren se queda mirando cómo se marcha con la expresión más relajada que le he visto jamás y creo que incluso le atisbo cierta dulzura en los ojos.

—Deberías quedarte —le digo, carraspeando y agarrándome al pomo de la puerta—. Desayuna con nosotros.

—No. —Sonríe socarrón, aunque lo hace sin alegría alguna—. No hace falta que seas majo conmigo, Reiner. No pasa nada.

Arrugo la frente.

—Entra. Come con nosotros. Eres uno más del equipo.

Se le escapa una risa por lo bajo y sacude la cabeza.

—Ya...

—Lo digo en serio —insisto con más vehemencia que antes. Bajo la voz y añado—: Además, cuidas de Paloma. Siempre la has cuidado. Qué menos.

No dice nada. Clava la vista en la hierba y el cemento que ha humedecido el rocío. Parece... joven; casi perdido. «¿Tendría yo esas mismas pintas hace años? ¿Me convertiría en esto si no tuviera a Rhys? ¿En alguien solitario y perdido? ¿En alguien a quien cualquiera que no me conozca rechazaría?».

Creo que Lily se parece mucho a mí, y Toren está siempre a su lado. La cuida.

Una parte de mí cree que Toren es como Paloma. Que no para de sangrarle el corazón, a pesar de estar lleno de un amor que no sabe gestionar.

—Sé que pegaste al entrenador de Sadie para defenderla esa noche. Y, cuando protegiste a Ro de su ex, yo también estuve allí. Además, creo que has hecho más por Paloma de lo que jamás reconocerás.

Inhalo despacio y bajo la voz. No digo nada de los vestuarios, pero, ahora, cuando lo miro, solo veo eso.

Sé lo que dicen los demás de él, todo lo que se rumorea. Sé que sus anteriores compañeros de equipo se burlaban de él tanto en el hielo como fuera de él. Pero también sé lo que he visto de Toren; sé que ha defendido y protegido a esas chicas sin conocerlas siquiera.

—No eres mal tipo, Kane.

No me mira. Continúa en alerta y sigue con la vista clavada en el suelo.

—Así que creo que deberías entrar y comer con nosotros.

Poco a poco, con un sutil temblor en las manos, Toren asiente y cruza el umbral para seguirme dentro.



—Así que... ¿Toren? —me pregunta Rhys mientras me ayuda a fregar la cocina después de que se hayan marchado todos.

Sadie se ha ido a entrenar. Lily y Paloma han regresado a su apartamento; Kane las ha acompañado. Y Freddy y Ro han subido arriba para esconderse bajo las sábanas, lo cual era inevitable.

—Ya... —Asiento mientras froto la sartén con el estropajo de aluminio, con cuidado, y la hundo para remojarla en agua caliente—. Debería habértelo preguntado antes. Para saber cómo lo llevas ahora.

Rhys se encoge de hombros.

—No me cae bien. Pero... es verdad que pegó al cabrón ese de Kelley cuando ni siquiera conocía a Sadie. Quizá sea mejor persona de lo que pensaba.

Vuelvo a asentir. Ahora soy yo quien se encoge de hombros. Sin embargo, el gesto no consigue aliviar la tensión que noto en los músculos.

—Aunque no por eso me resulta más fácil estar cerca de él —musita Rhys.

Me quedo helado y cierro los ojos con fuerza ante la punzada de dolor que acompaña a su confesión. Me giro hacia él casi demasiado

deprisa, como si estudiarlo con la mirada fuera a borrar de mi memoria la imagen que tengo grabada de Rhys tumbado en el suelo y lamentándose: «No veo. ¿Y mi padre? No veo nada...».

Me da otro vuelco el corazón, pero sacudo la cabeza y me llevo la mano a la nuca.

—Lo siento —me disculpo—. Debería haberlo consultado contigo. Es que me ha parecido que estaba pasándolo mal...

—¿No me digas? —musita Rhys—. Anoche, después de que te fueras de la gala, lo vi hecho polvo.

Debería preguntarle al respecto. Pero solo puedo pensar en una única cosa:

—¿Estás bien?

Mi mejor amigo se sobresalta y me mira con el ceño fruncido. Está apoyado contra los fogones, con su gastada sudadera de Berkshire (esa que yo tengo igual), unos pantalones de pijama de franela y el pelo enmarañado.

—¿Yo? —pregunta, aunque asiente—. Estoy bien, Ben.

Se me hinchan las fosas nasales y cierro los ojos con fuerza.

—A veces me cuesta verlo. Intentar descifrarte es un puto rompecabezas. Entre tú y Paloma, me siento como si no pudiera respirar.

No es justo que le haga cargar a él con el muerto. Hasta diría que es contraproducente. Pero no puedo evitarlo. Después de lo de anoche, sigo demasiado crispado y cualquier emoción me abruma.

—Bennett, ¿qué...?

—El semestre pasado no me dijiste nada. Te cerraste en banda, y yo intenté mirar a otro lado y aceptar la situación, pero es como andar por un campo de minas. No sé si estás bien de verdad, o son

solo palabras, y no quiero sentirme como si tuviera que analizar cada una de tus respiraciones para asegurarme de que no estás pasándolo mal y no me lo estás contando.

Rhys se endereza y sigue escuchándome con los brazos cruzados.

—Y siento no haberte dicho nada de lo de Paloma cuando sucedió. Pero es que yo siempre te he tenido en un pedestal. Siempre has sido el mejor jugador de hockey, el mejor amigo posible, el mejor tío al que conozco... Estoy agradecidísimo por tenerte en mi vida. Pero quería que Paloma fuera mía; lo quise desde el primer momento en que la vi, así que no le dije nada a nadie. —Se me escapa una risa amarga—. Aunque al final os acabasteis encontrando. Y da igual que fueran solo cuatro citas o cuatro noches o lo que sea. Me duele igual, y la culpa es mía. Si os hubiera hablado al uno del otro, a cualquiera de los dos, nunca habría ocurrido. Pero sucedió. ¿Qué tengo yo tan malo que nadie quiera contarme lo que le pasa? ¿Acaso parece que esté tan mal de la cabeza que nadie quiere mi ayuda? Paloma se ha pasado tres años alejándome de ella para castigarse a sí misma una y otra vez, y yo no lo vi. ¿Y tú? Tú hiciste exactamente lo mismo. Y vivo aterrado por si vuelves a hacerlo. Además, como no soy capaz de leer la expresión de tu maldito rostro, ¡no lo voy a saber!

Encuentro un extraño alivio en el silencio que sigue a mi confesión.

—Bennett —exhala, y me mira con sus marrones ojos húmedos—. Lo... lo siento muchísimo. Eres mi mejor amigo. Todo esto no tenía nada que ver contigo. No se lo conté ni a mi madre ni a mi padre ni a nadie. De no ser porque me pilló en pleno ataque de pánico en el hielo, ni siquiera se lo habría contado a Sadie, jamás. —Se me

acerca un poco con los brazos extendidos—. No tuvo *nada* que ver contigo, ¿de acuerdo?

Da otro paso y me abraza con fuerza. Solo me gusta que me toquen mi padre, Anna Koteskiy, Rhys y Paloma. Echaba de menos esto. Extrañaba a mi mejor amigo. Tengo la sensación de que nos distanciamos después de esa carga en aquel partido. Aunque puede que la cosa empezara a fracturarse antes; la noche en que estuve sentado delante de él y de la chica a la que deseaba más que a mi propia vida.

—No vuelvas a hacerlo —le digo mientras Rhys continúa abrazándome.

Ríe y sacude la cabeza.

—Nunca. —Nos separamos y me da un apretón en el hombro—. Venga, cuéntame toda la historia, Ben. Quiero saber cómo conociste a Paloma. Explícame todo lo que me he perdido.

67

Bennet

PRESENTE

Ganamos las semifinales de los regionales. Ha sido un partido reñido, pero he jugado casi perfecto y solo he dejado que me metieran un gol en los tres periodos. Por suerte, Rhys sabe guiar bien al equipo, aunque el gol de la victoria lo ha marcado Toren, que se ha mostrado callado y casi sombrío al aceptar el trofeo que le ha entregado el entrenador Harris.

Paloma se ha pasado el partido en el banquillo, trabajando y con la mirada centelleante porque Harris la tenía siempre a su lado e iba hablando con ella a menudo, incluyéndola en todo momento para que viviera la experiencia de entrenar a un equipo al completo. Cuando ha terminado el partido, Paloma estaba radiante y con las mejillas sonrojadas.

Ahora, mientras Harris acaba de hablar, ella está al lado de los entrenadores. Tiene las manos en los bolsillos de su *blazer oversized* de color azul marino y lleva el pelo recogido en una elegante coleta de la que me muero de ganas de tirar.

En cuanto nuestro entrenador termina su charla, Rhys toma la iniciativa y anuncia que lo celebraremos en la Hockey-resi este fin de

semana, pero insiste con las normas de siempre: darlo todo en la fiesta, pero sin olvidar la política de tolerancia cero durante la recta final del Frozen Four.

La gente grita de alegría y Paloma se separa de los entrenadores para acercarse cuidadosamente hacia el banco donde estoy. Me he quitado casi todas las protecciones y me estoy secando el cuello. Ahora mismo, solo llevo los pantalones de compresión.

—Hey —dice vacilante y tirándose de la manga del *blazer*.

Se me dibuja una tierna sonrisa y me centellean los ojos al murmurar:

—Ven aquí, P.

Paloma se hunde en mi abrazo y deja que la bese en los labios delante de todos. No solemos ser una pareja de esas que van soltando muestras de afecto en público, pero me siento posesivo con ella. Siempre. Y aquí, en este vestuario, aún más. Sé lo que opinan muchos de mis compañeros de equipo de Paloma; sé que algunos han fantaseado abiertamente con ella, que han intentado estar con ella. Y quiero que lo sepan.

Paloma no está disponible. Si puedo seguir abrazándola así, nunca más lo estará. Y vamos si voy a intentarlo.

Se oyen algunos gritos y ovaciones, y Rhys sonríe a mi lado a la vez que me da una palmada en el hombro. Freddy nos silba y nos salpica con el pelo al sacudir la cabeza. Paloma se separa de mí y pone los ojos en blanco, pero tiene las mejillas sonrojadas y la mirada llena de amor.

Por mí.

—¿Ahora estás con Reiner? —Holden sonríe y sacude la cabeza—. Venga ya, Paloma. Dame una oportunidad ni que sea... ¿Cuándo me

tocará a mí?

—Para —le dice Rhys con cierta ligereza en la voz, a pesar de que suena a advertencia.

—Solo dices esto porque tú ya tuviste tu oportunidad con ella, capi. —Holden ríe y parece no darse cuenta de cómo ha cambiado el ambiente con esas palabras—. Paloma, cielo, déjame intentarlo. Seguro que puedo...

De pronto, Paloma va directa hacia Holden, como si fuera a pegarle. Antes de que me dé tiempo a reaccionar, Toren la envuelve por la cintura y la acerca a él para apartarla del otro.

—Relájate, Blake, hostia —le susurra.

Holden frunce el ceño y se tranquiliza de inmediato.

—¿Qué narices...?

—Cállate de una puta vez —espeta Toren mirando a su compañero de línea—. Por un puto minuto, Holden, cállate.

Voy hacia ellos, medio desnudo y sudoroso. Sin embargo, Paloma repara en mi presencia de inmediato. Toren la suelta y mantiene la vista clavada en Holden, a pesar de que este parece arrepentido como el que más.

—¿Estás bien, P.? —le pregunto con un hilo de voz mientras le cojo la cara con ambas manos y la giro hacia mí.

Asiente, pero resopla. Tiene los ojos anegados de lágrimas, cortesía del enfado, y esconde la cara en mi pecho.

Se hunde en mi abrazo como si nada y yo le acaricio el pelo y le beso la sien. No digo nada, pero parece que basta con la forma en la que nos movemos juntos.

—¿Por qué no vas a por tus cosas y me esperas fuera?

Paloma acepta y sus tacones repiquetean con fuerza en el silencio del vestuario.

Paseo la vista por la sala. Todos tienen la atención puesta en mí. Puede que yo no sea el reluciente y adorado capitán ni el aterrador defensa que estalla a la mínima de cambio, pero me he hecho mi sitio. Tengo mi propia reputación; una estoica y fuerte.

—Como volváis a hablar así de ella, preparaos para las putas consecuencias.

No lo digo gritando, pero tampoco hace falta. Mi voz suena sólida y firme; sin gruñidos, sin rabia. Solo una amenazante calma.

Asienten casi todos. Holden continúa mirándome con una evidente expresión de remordimiento en el rostro. Sé que no quería hacernos daño a ninguno de los dos, pero es que me he pasado tres años viéndolo tontear descaradamente con ella. Necesito un minuto.

—Nos vemos mañana —digo mientras me pongo los pantalones de chándal y la sudadera.

Y, por primera vez en mi vida, me marcho del vestuario sin limpiar mis guardas ni completar ni un solo paso de mi rutina pospartido.



—Por favor...

Está jadeando, mirándome con adoración en sus centelleantes ojos. Me siento como si acabasen de clavarme algo directo al corazón; con Paloma, siempre me ocurre lo mismo. Sin embargo, al tenerla tumbada así aquí, cual ofrenda en mi cama, con los brazos atados por encima de su cabeza (lo cual hace que sus bonitos

pechos sobresalgan todavía más), la miro como si estuviese adorándola.

—Bennett —me pide moviendo el cuerpo mientras cierra sus grandes ojos marrones.

Le acaricio la mejilla con la mano y se la bajo hasta la boca para cubrírsela brevemente con el dedo y acallarla. No me sorprende que se le encorve así el cuerpo, arqueándose ante mi más sutil roce. Hace diez minutos que me he puesto a jugar con ella y Paloma está empapada desde que le he atado las manos.

Está hecha para mí, joder.

—¿Puedes guardar silencio, amor?

Asiente efusivamente.

—Buena chica... —digo arrastrando las palabras con la boca pegada a su piel mientras le bajo el dedo por la barbilla, el cuello y el valle que se forma entre sus pechos—. Estás aguantando por mí, ¿a que sí? Estás esperando a que te diga que te corras.

—Sí —exhala—. Por favor...

—Shhh. Hoy lo haremos distinto. Voy a hacer que te corras con mis dedos, con mi boca, con mi polla... —Se le escapa un gemido tan fuerte que vuelvo a taparle la boca—. Y puedes correrte tantas veces como quieras sin pedir permiso, ¿de acuerdo?

Asiente sin parar y el pelo le cae de la coleta en la que se lo ha recogido. Como no puedo resistirme, alargo los brazos y le quito la goma con cuidado, pasándole las manos por sus rubios mechones hasta dejarlos esparcidos por mis sábanas como si de una cascada se tratase.

—¿Sabes por qué?

No dice nada, pero mueve las caderas para frotarse con el aire. Está a mil. Está completamente liberada bajo mi tacto; confía en mí con todo su ser. Es embriagador.

—¿Paloma? Respóndeme, amor. ¿Sabes por qué voy a hacer que te corras tantas veces como quieras?

Niega con la cabeza y vuelve a clavar los ojos en mí.

—Porque te lo *mereces*. Porque eres superbuena persona y superfuerte y *perfecta*. Quiero que disfrutes. Quiero enseñarte lo maravillosa que eres siempre para mí.

Mis palabras son más tiernas que cualquier otra cosa que haya dicho. Y ella detiene el movimiento de su cuerpo. Se le llenan los ojos de lágrimas y se le dibuja una dulce sonrisa en los labios.

Voy a seguir alabándola sin parar hasta el fin de mis días o, por lo menos, hasta que ella me deje. Porque, al hacerlo, Paloma reacciona así. Y, al verla tan vulnerable bajo mis manos, atada y mostrándose entera en su estado más puro, quiero que sepa que la cuidaré, la amaré y la adoraré.

—¿Vas a dejar que te cuide como quiero?

—Sí —responde en lo que resulta ser casi una súplica—. Bennett...

La acerco más a mí, me arrodillo en el suelo entre sus despatarradas piernas y me coloco una encima de cada hombro. Me bajo una mano por los pantalones de chándal a la vez que lamo su entrada, arrancándole varios gemidos.

Me lo tomo con calma, pronunciando palabras contra su piel y bastándome de los dedos para que siga disfrutando de ese placer mientras la alabo. Por fin puedo decirle todo lo que quiero, sin miedo a asustarla y alejarla de mí o a despertarme y que Paloma se haya marchado. Es *mía*.

—Eres guapísima. Superlista.

»He soñado con estos muslos entrelazados con los míos...

»Cuando fantaseo contigo, te imagino cálida y suave entre mis brazos, dejándome que te mime. Justo así. Vuelve a correrte por mí, P. Sé que puedes.

Le ofrezco mis dedos, mi lengua e incluso mi muslo para que pueda frotarse. Y hago que se corra una y otra vez.

Está sonrojada. Tiene la mirada centelleante y los ojos húmedos, y en ellos resplandecen la liberación, las ganas y el resultado de mis elogios, algo que yo ya esperaba. Pero no paro. No me detendré hasta que Paloma entienda con cuánta desesperación la quiero.

Es embriagador. El corazón me late con fuerza mientras le meto otro dedo y veo cómo se le arquea el cuerpo; le ejerzo un poco de presión en el abdomen para que se recueste contra la cama y encojo sutilmente los dedos en su interior. Paloma vuelve a llegar al límite, se contrae a mi alrededor y yo me inclino encima de ella, la arrullo y le hablo como a ella tanto le gusta mientras estalla.

—Lo eres todo para mí, Paloma —susurro—. Cuando tú respiras, yo respiro. Solo quiero complacerte. Aquí y donde sea. Si tú también quieres, me gustaría tenerte a mi lado, donde estés a salvo. Y te daré todo lo que quieras.

—Te quiero —solloza arqueando el cuerpo de nuevo.

Y, ahora, yo también me corro, sin que me haya tocado y con los putos pantalones puestos.

Me siento un segundo y respiro con pesadez.

Paloma se me queda mirando con lágrimas en los ojos antes de abrir la boca y susurrar:

—¿Puedes desatarme, porfa?

Me inclino sobre su rostro, le desato las manos con cuidado y le masajeo las muñecas mientras se las estudio detenidamente. Sin embargo, en cuanto la suelto, ella se abalanza sobre mí, me abraza por el cuello y pega su cuerpo desnudo al mío, completamente vestido.

Me abraza con fuerza. Y, con un hilo de voz, susurra sin parar:

—Gracias. Gracias.

Noto cierto ardor en el pecho. Son aquellas partes de mi corazón, ese que en su día estuvo roto, que han vuelto a juntarse gracias al amor de Paloma y cómo cuida ahora ella de mí.

68

Paloma

PRESENTE

—¿Seguro que quieres ponerte eso? —le pregunto, algo incómoda—. ¿Estarás a gusto?

Lily asiente sin apartar la vista del espejo. No obstante, cuando intenta subirse las copas ligeramente separadas del corsé que le he prestado, entrecierra un poco los ojos. Voy a dejar que disfrute del momento, pero no va a salir con este absurdo top.

En parte, porque no le cubre nada. Pero, sobre todo, porque nunca la he visto ponerse algo que sea menos de su estilo que esto. No parece estar nada cómoda, no para de recolocárselo y de morderse el labio, frustrada y con sus pelirrojas cejas fruncidas. Está intentando ser otra persona, a saber por qué. Y yo no quiero que lo haga.

Es perfecta tal y como es. Y puede que nunca se lo haya dicho nadie.

A excepción de un enorme defensa que suele pulular por aquí.

Me muerdo el labio y voy hacia la cómoda para rebuscar entre sus desordenados montones de ropa. Casi no tiene nada colgado en el perchero, que está medio vacío.

—¿Y esto? —sugiero.

Le enseño un vestido negro con unas tiras superfinas y un delicado pañuelo de la misma tela colgado en la percha. Todavía no le ha quitado la etiqueta. Esa prenda vale más de lo que he pagado yo en toda mi vida por el alquiler (ni hablar de ropa).

—Anda... —exhala Lily, que se lleva los dedos a los labios mientras se sienta en el borde de la cama, de cara a mí. Tal y como la he maquillado, sus ojos azules parecen cómicamente grandes y lleva los labios de un brillante tono rosado—. Se me había olvidado que lo tenía.

Río por lo bajo, discretamente, y descuelgo el vestido de la percha.

—¿Igual con unas medias y unos tacones...? —sugiero.

Mi compañera de piso asiente, como si estuviese en trance, y me coge el vestido para ir al baño a cambiarse. Oigo el cacofónico ruido que hace al trastabillar antes de salir con el pañuelo en la mano y mordiéndose el labio.

—¿Puedes ponérmelo?

Le doy un golpecito a la silla que tiene delante del tocador y recojo su pelirroja melena en una coleta para apartarle el pelo de la cara. Acto seguido, le pongo el pañuelo alrededor del cuello, con cuidado, y dejo que caiga por su pálida y esbelta espalda.

—Estás muy guapa, Lily. —Sonrío con ganas y genuinamente al lado de mi mejor amiga—. Nos lo pasaremos genial. ¿Preparada?

Asiente.

—Estás supersexi —me dice mirando mi sencillo vestido negro—. Además, vamos a conjunto.

—Como si fuésemos *besties*.

Se le ensancha la sonrisa y le centellea la mirada. Este instante está cargado de vulnerabilidad, como si tanto ella como yo quisiéramos quedarnos aquí para impedir las inevitables grietas y roturas a las que estamos acostumbradas. Lily es un poco peculiar, pero es *mi* amiga peculiar.

Así que no me resulta cursi cuando la vacilo con un:

—Venga, *bestie*. Vámonos.

Nos levantamos y salimos por la puerta cogidas del brazo.



Cuando llegamos, la fiesta está en pleno apogeo. Quería llegar antes por si Lily decidía que esto no era lo suyo y quería irse a casa... O por si era demasiado para mí y necesitaba salir por patas.

Pero es agradable. Me siento cómoda porque, por primera vez, no he venido a fustigarme dominada por la rabia, tirándome a alguien o enrollándome con cualquier persona que vaya a hacerme sentir mal. He venido por el chico del que estoy enamorada.

Encuentro a Bennett en la pared del fondo, reunido con sus compañeros de línea: Holden, Freddy y Rhys. Se ha puesto una camiseta negra de manga larga y unos vaqueros. No sé cómo, pero parece aún más grande. Más poderoso. Más autoritario. También lleva una gorra del revés para domar esos rebeldes rizos color ámbar que le sobresalen por detrás. Está tan guapo que me quedo sin aliento y se me encoge el corazón porque tengo la sensación de que, como me lo acerque, desaparecerá.

Le cojo la mano a Lily y echo a andar hacia ellos. No me hace falta desviar la vista hacia mi compañera de piso para saber que está

buscando algo. Seguramente, a un defensa de dos metros, aunque ella no quiera reconocerlo.

Mientras camino hacia el grupo, Bennett no rompe el contacto visual en ningún momento. Es como si tuviésemos un imán que atrajera nuestras miradas en todas nuestras vidas. Solo que, esta vez, no me hace daño.

El siguiente en vernos es Holden, a quien se le ilumina la mirada con un brillo seductor y juguetón.

—Señoritas... Paloma, me alegro de verte —me dice sonriendo de oreja a oreja.

Atisbo una disculpa en sus ojos, pero lo saludo con un gesto de cabeza y un simple:

—Dougherty.

Él vuelve a sonreír y desvía la vista hacia la chica que tengo al lado.

—Lily —la saluda también con la cabeza y con una sonrisa un poco más afilada.

Ella se sonroja y arruga la nariz.

—Holden —le dice cruzándose de brazos antes de dejarlos colgando a los lados.

Lily aprieta los puños, como si no supiera cómo estar de pie, sin más, y mucho menos hablar con ese ligón de defensa.

—Hey, Bennett —le susurro mientras me acerco a él, que ya ha abierto los brazos.

Es tan tierno y cálido... Me coloca las manos en las caderas, decidido y con firmeza, y luego me aprieta las lumbares.

—Hola, P.

Sonríe. Tiene los ojos medio entrecerrados y huele a cítricos, cortesía de la IPA que está bebiendo, seguro. Como si estuviera en alguna elegante cervecería y no en una fiesta del equipo de hockey de la uni.

Y, luego, como si lo hubiésemos hecho ya en un sinfín de fiestas antes, me besa. Con pasión y sensualidad, colándome la lengua entre los labios. El corazón me late tan fuerte que siento cómo intenta salírseme del pecho para lanzarse a las manos de Bennett. Con él, siempre me pasa.

Me sube las manos por la columna, despacio, y me las hunde en el pelo.

Río con discreción mientras él separa los labios de los míos, aunque no me suelta el pelo.

—¿Tan temprano has empezado con la cerveza?

Sonríe con el gesto más relajado y pueril que le he visto jamás.

—Sobre las... ¿cinco?

Se me escapa una carcajada y sacudo la cabeza de mi novio, que anda algo achispado.

—Estás borracho, amor.

—Borracho de ti —me dice, toteando y acercándome para besarme otra vez antes de rozarme la nariz con la suya en un gesto cariñoso.

Me sonrojo más por cómo me agarra las caderas que por el beso en sí; sobre todo porque me trae recuerdos de anoche, de cómo me sujetó tan firmemente mientras yo le suplicaba. Estoy segura de que sigo teniendo alguna que otra discreta marca en la muñeca por cómo me ató las manos con la corbata.

Bennett me da la vuelta para que quede con la espalda apoyada en su pectoral. Me acomoda una mano en la parte baja del abdomen, posesivo y cálido, y continúa hablando tranquilamente con Freddy sobre no sé qué de hockey. Casi no me entero. Porque tengo la cabeza en las nubes.

«No —pienso—. La que está borracha de Bennett Reiner soy yo».

—¿Quieres una copa? —me pregunta acercándome la boca al oído y rozándome un poco la piel con los labios y la lengua—. Yo te la preparo.

—¿Sí? —respondo sonriente.

Él asiente con ese atractivo aire pueril. Cuando se quita la gorra solo para recolocársela y volver a taparse ese montón de rizos, se le queda el pelo enmarañado.

—Lo que tú quieras. Déjamelo a mí, P. Por ti, lo que sea.

Le cuesta un poco vocalizar, pero tampoco va como una cuba. Solo está pasándolo bien con sus amigos. Y conmigo. Me envuelve la cintura con las manos y me ejerce un poco de presión en la espalda para que vayamos juntos hacia la cocina, y yo noto que me suben los colores.

Un par de chicos lo llaman por su nombre y él asiente educadamente, pero no me aparta su calor corporal de la espalda en ningún momento, aunque sí me aprieta las caderas con los dedos.

La cocina está atiborrada de gente e iluminada por una luz tenue, y hay una mesa entera destinada a chupitos de todo tipo. Bennett se coloca detrás de esa barra improvisada donde los de primero están preparando algo; cuando estos intentan ayudarle, los aparta.

—Mi novia. Nadie toca su bebida —aclara cuando uno de los chicos le dice algo.

El amor de Bennett por mí me da cierta ligereza, hace que me sienta etérea. Es casi vertiginoso.

He aquí la parte juguetona de mi serio y estoico poeta. Todas sus facetas son hermosas y radiantes, al igual que un diamante al girar bajo la luz del sol.

Le digo que me prepare algo que crea que vaya a gustarme y Bennett se pone manos a la obra sin que le caiga demasiado líquido en el proceso. Le resbala el tequila por el lateral de la mano y ríe al notar el roce del alcohol. Se lo lame y se lleva el pulgar a la boca, y yo me distraigo.

Se me enciende el cuerpo y cruzo discretamente las piernas.

No tengo ni idea de qué lleva esa afrutada bebida que acaba de prepararme, pero está riquísima y casi no sabe a alcohol.

—No está fuerte —me promete—. Sé que no te gusta sentir que pierdes el control.

Otra ola de calor me inunda el pecho y su afecto me invade entera porque no he tenido que decirle nada. Él ya me ha entendido. Me ha leído como si fuera su poemario favorito, como siempre.

Permanecemos en la cocina, dándole sorbos a mi bebida. Invierto casi toda mi energía en intentar mantener la cordura mientras Bennett Reiner me susurra obscenidades al oído. Me siento tan bien que me gustaría poder detener el tiempo.

Quedarnos aquí. Los dos. Jóvenes, juguetones y enamorados.

—¿Me esperas un segundo? —me pregunta apoyándome contra la barra—. Solo tengo que mear. —Se sonroja de inmediato, sacude la cabeza y se tapa los ojos con las manos—. ¿Por qué acabo de decir esto?

Me río sonora y abiertamente justo cuando se le cae la gorra, aunque la pillo enseguida y me la coloco del revés sobre mis voluminosos rizos. Aquí, tonteando con él, bajo la lúgubre luz de la cocina de la Hockey-resi, me siento como si estuviera volando.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Como me meta en algún sitio a solas contigo ahora mismo, P... —Se le apaga la voz y se me acerca; agacha la cabeza y me besa la mejilla, la mandíbula y el cuello—. Tú solo espérame aquí. No te muevas.

Se aleja de mí, despeinándose los rizos con una mano mientras se apoya en el marco de la puerta con la otra. En su ausencia, aparece otra gigantesca sombra: Toren Kane, vestido de negro de los pies a la cabeza, para no variar, y con los tatuajes a plena vista.

—Blake —me saluda con un gesto con la cabeza.

—Kane —respondo dándole un golpe con la cadera cuando se coloca a mi lado, contra la barra.

Sonríe, pero intenta disimular el gesto con el botellín de cerveza, aunque no es su bebida habitual. Los anillos le repiquetean contra el cristal.

La música reverbera en el silencio que se abre paso entre nosotros dos. Alguien grita lo suficientemente fuerte como para captar mi atención y desvío la vista hacia la mesa de los chupitos, donde mi pequeña compañera de piso está acaparando todas las miradas, sea ella consciente o no.

Coge a Holden por el pelo y le echa la cabeza un poco hacia atrás con un pelín de fuerza. El chico en cuestión está arrodillado pacientemente para que Lily pueda llegar a él. Toren se yergue, se le tensan los hombros y aprieta la mandíbula.

—Estate quieto —oímos que dice Lily con voz aguda.

Holden asiente ilusionado, con los ojos bien abiertos y mirándola mientras ella tuerce la botella para verterle un buen chorro en la boca. Él traga e inhala con fuerza con un áspero jadeo a la vez que Lily le suelta el pelo.

Me quedo mirando a Toren, aunque él no aparta la vista de la extraña pareja que tiene delante.

—¿Ya te han entrado ganas de vomitar? —le pregunto.

Aprieta aún más la mandíbula (si es que era posible); cuando desvía la vista hacia mí, veo que algo puro y dorado le arde en la mirada. No puedo evitar sonreír. Sin embargo, antes de que me dé tiempo a decir nada, reaparece otro atractivo chico de dos metros, trastabillando un poco.

—Blake...

—Perdona, tengo que irme —le digo con sarcasmo y riendo por encima del hombro. Señalo a Bennett con el pulgar y añado—: Han venido a buscarme.

69

Bennet

PRESENTE

—Odio tener que decírtelo así, pero te veo radiante —suelta Freddy, que me da una palmadita en la espalda.

Toren ríe y sacude la cabeza.

—Coño, Fredderic, que no estás hablando con una mujer preñada.

Freddy tuerce el gesto y mira al defensa como si quisiera empezar una pelea. No obstante, Holden se entromete para calmar las aguas y se coloca contra la barra de la cocina alrededor de la cual estamos todos.

—¿Vas a volver a besarlo? —le pregunta Freddy, con la vista puesta en el hombro de Holden, pegado al bíceps de Toren, que se ha unido al grupo y parece que esté en una lata de sardinas.

Por lo visto, en febrero, durante la fiesta de cumpleaños de Ro, jugaron a la botella y ambos defensas tuvieron que besarse.

Holden sonríe socarrón y comenta:

—Si tan celoso estás, también puedo besarte a ti.

Rhys y yo nos echamos a reír, y Toren se limita a poner los ojos en blanco y a esbozar una discreta sonrisa. Holden pone morritos, como si fuera a darle un beso a Freddy, que lo aparta de un empujón.

—Todo esto —dice Freddy señalándose el cuerpo— es solo para Rosalie.

Estar aquí con mis amigos, bebiendo y riendo, me sienta bien. Rhys está a nada de placar a Sadie, que se ha subido a la encimera con sus altas botas puestas y él la va persiguiendo a cuatro patas. Los dos están borrachos y riendo, dichosamente alegres.

Paloma, Lily y Ro están bailando, riendo y girando en el círculo que forman las tres. Aunque sería mejor decir que, como tienen a Lily en el medio y es tan poca cosa, casi desaparece entre las otras dos.

De pronto, Rhys vuelve a quedarse de pie en el suelo, con Sadie encima del hombro. La baja, deslizándola por su cuerpo, y la acerca al grupo de chicas a la vez que le susurra algo al oído. Su novia se pone más roja que un tomate y, acto seguido, mi mejor amigo viene hacia mí.

—Vamos a irnos pronto a casa en Uber y pediremos pizza. ¿Os apuntáis?

Asiento. Freddy también se acopla hasta que, al final, decidimos marcharnos todos juntos, la línea entera, incluidos Toren y Holden. Pedimos un par de Ubers y vamos a por las chicas. Rhys, Sadie, Paloma y yo nos subimos a uno, mientras que Freddy, Ro, Toren, Holden y Lily se meten en el otro.

Llegamos nosotros primero, justo a tiempo para pillar la pizza que Rhys, muy acertadamente, ha encargado con antelación. Paloma espera fuera hasta que llega su compañera de piso. La abrazo. A la que alguien abre la puerta, Siete viene con nosotros y se acomoda a nuestros pies. Tanto Paloma como yo le rascamos un poco.

—Menudo circo —susurra Paloma, riendo.

De la parte delantera salen Ro, con sus largas piernas, y Freddy. Lily está estrujada en la parte de atrás, entre Toren y Holden. Saltan todos del coche y ella viene directa hacia Paloma. Está tan sonrojada que tiene las mejillas casi del mismo color que el pelo. Paloma le pasa un brazo por el hombro y entran en casa con la cabeza pegada la una a la otra.

Sadie pone música y nos acomodamos en los sofás y en las sillas del salón. Rhys coge a su novia en brazos y la sienta en una punta del sofá. Le baja la cremallera de sus botas de tacón y le masajea los pies mientras la patinadora come pizza y continúa añadiendo canciones a la cola.

Tras pasarle una silla a Ro, Freddy se sienta a los pies de su novia. Echa la cabeza hacia atrás y ella juega con el pelo del ala izquierdo mientras, embriagada y risueña, se inclina bocabajo y le da una porción de pizza.

Y puede que sea porque estamos todos borrachos y soñolientos, pero no le doy demasiadas vueltas al extraño trío que hay en el otro afelpado asiento. Toren sentado con Lily, que está acomodada sobre el muslo de este y con las piernas colgando. El defensa no la toca lo más mínimo, pero lleva el pañuelo de la chica medio envuelto en el puño.

Holden está en el suelo, con el hombro apoyado en el lateral de la pierna de Toren. Lily tiene las piernas inclinadas hacia él. Holden intenta cogerle uno de los tobillos, como si estuviesen jugando a algo.

Paloma se acomoda a mi lado, en el sofá, y se apoya contra mi pecho, soñolienta, tierna y acariciándome el pectoral con los dedos.

Le doy pizza con una mano y le acaricio el pelo con la otra. Siete se tumba felizmente en el borde del sofá.

Pienso en hace meses, cuando deseé tener justamente esto. A Paloma entre mis brazos y con la familia que hemos construido a mi alrededor.

A salvo. Aquí. De verdad.

Más tarde, acuesto a una adormilada Paloma en la cama. Siete también sube y suspira, feliz. Intento volver a bajar, pero, en cuanto me doy la vuelta, Paloma me agarra por el dobladillo de la camiseta.

—¿Puedes quedarte? No quiero dormirme sin ti.

Está tan guapa, durmiendo entre mis sábanas y bajo la luz ámbar de la lamparita que siempre dejo encendida para ella y que ahora le centellea sobre la piel... Tiene el pelo enmarañado porque no he parado de tocárselo y ella no ha parado de moverse y girarse.

—Claro, P. Me quedo.

Creo que, por más que lo intentara, no podría quererla más.



Me siento un poco como Superman, aquí, al lado del coche de Paloma, aprovechando mis últimos instantes con ella antes de que lo metamos todo en el maletero y nos dirijamos hacia Connecticut para los regionales. Nos enfrentamos a Dalton. Conozco a algunos chicos del equipo; ya hemos jugado contra ellos a lo largo de la temporada y hemos salido de fiesta juntos al terminar los partidos. Sin embargo, en el de hoy hay más en juego.

—¿Seguro que quieres venir? —le vuelvo a preguntar.

Paloma ya se ha pasado tres partidos trabajando en el banquillo, haciendo prácticas. Sin embargo, Harris le ha conseguido entradas para todos los demás, por si le apetecía venir.

—No tienes por qué desplazarte.

—Shhh. Ya voy toda vestida debajo de la chaqueta, lo que pasa es que todavía no lo has visto. —Me sonríe ilusionada—. Además, voy con Sadie. Primero iremos de compras; luego, al partido, y cuando acabéis nos reuniremos con vosotros.

—¿Conduces tú?

—De vuelta. Vamos con mi coche, pero de ida conducirá Sadie. —Me coloca una mano en la mejilla sin quitarse el guante—. Irá todo genial.

La ansiedad y la opresión que suelo notar en el pecho se multiplican con el peso de este partido; con la presión de llegar al Frozen Four una última vez. Pero aquí, con Paloma, siento una ligera calma. Como cuando estamos en la playa de Speyside y dejamos que las olas nos acaricien los dedos de los pies.

«Irá todo genial».



Hemos ganado. ¡Menos mal!

No es un partido fácil. Es un encuentro con pocos goles, pues somos equipos con un nivel parecido. Kane se pelea con el mismo tío con el que se peleó ya en el último partido, lo cual parece irritar a Holden, que va a por él en la siguiente jugada. Aun así, casi todo el mundo juega limpio.

Acabamos 2-1 gracias a Rhys y nos aseguramos el pase al Frozen Four.

Al terminar, vamos a un bar que Rhys ha encontrado por Internet, al que podemos llegar fácilmente en Uber y que nos permitirá evitar territorio enemigo. Es de rollo *country*: todo de madera con letreros de neón y donde suena una canción nasal por los altavoces.

Freddy prefiere no venir y quedarse en el hotel para llamar a Ro. Esto es nuevo; un cambio en sus costumbres de celebración cuando ganamos fuera de casa. Aunque me alegro muchísimo por él.

—Por el amor de Dios... —musita Rhys, agachando la cabeza y gruñendo.

Abro los ojos de golpe, preocupado, y le pregunto:

—¿Qué? ¿Estás bien?

—No. Mi novia quiere matarme.

Levanto la vista con el ceño fruncido y veo a Sadie abriéndose paso entre la multitud con una pícara sonrisa en los labios. Lleva unos vaqueros y una camiseta muy corta que deja su plana y firme barriga a plena vista. Temo que, como levante las manos, vaya a deslumbrar al bar entero. La sorpresa me la llevo cuando me fijo en la camiseta en cuestión. Detrás, en unas letras grandes y mayúsculas, pone: «koteskiy». Debe ser de cuando éramos niños; seguramente, la misma chica que la lleva puesta la haya cortado.

Miro a mi amigo y sacudo la cabeza, riendo.

—¿Y no te alegras porque...? ¿Os lleváis alguna especie de competición entre manos o algo?

—Estoy volviendo a mi rutina para prepararme para el Frozen Four.

Y eso quiere decir que no va a acostarse con ella. Casi escupo la cerveza.

—Has estado jugando bien, Rhys. ¿Por qué vas a castigarte ahora?

—Hey, campeones regionales —nos saluda Sadie, negándose a sentarse en el reservado con su novio—. Fiera —le susurra haciéndole algo con la mano que prefiero no saber qué es.

La saludo con la cabeza y aparto la vista de la escena en cuanto veo quién está detrás de Sadie.

El maldito amor de mi vida. Paloma Blake, vestida con un jersey *oversized* con mi número y mi nombre detrás, unos pantalones *baggy* y su rubia melena recogida en una coleta engominada. Me sonríe con ternura y se me acerca, relajada, para sentarse a mi lado en el reservado.

—Hola.

—Buenas, P.

Le doy un beso tierno en la sien a la vez que ella me agarra por el bíceps y se acurruca contra mí.

—Buen partido —me dice.

—¿Sí? —Sonrío—. Gracias por animarme.

Pone los ojos en blanco y me acerca la boca al oído para sugerir:

—Igual puedes leerme poemas en la cama cuando vuelvas. Así podré verte en plena acción de verdad.

Se me pone dura como una piedra, joder. Por sus palabras, por la sensación que me aporta su aliento en la piel, por ella.

—Por ti, lo que sea, P. «No sé qué tienes, que se abre y se cierra» —le susurro llevándome sus manos a la boca para besarle las puntas

de los dedos antes de añadir—: «Ni siquiera la lluvia tiene unas manos tan pequeñas».

Sacude la cabeza frunciendo falsamente el ceño y con la piel sonrojada.

—Te has saltado el verso de mis ojos.

—Prefiero hablar de tu pelo.

—¿Ah, sí?

Asiento.

—Déjame tocarte el pelo. Enrollarlo entre mis dedos; agarrártelo con más fuerza cuanto más te alejes de mí. Deja que me hunda en ti. Déjame coser mi alma a la tuya como una colcha de retales en una playa sin arena. Solos tú y yo. Y el agua entre nosotros.

Me separo de su oreja y observo su rostro bajo la opaca luz.

—Me gusta. ¿De quién es? —se interesa.

—Mío —respondo. Enseguida se me enrojecen el cuello y las mejillas—. Todos los poemas que escribo hablan de ti, ¿recuerdas?

Asiente.

—¿Me dejarás verlos todos?

Le beso la comisura de los labios y la acerco un poco más a mí en esta pequeña burbuja de dicha que nos rodea.

—Algún día.

La eternidad nunca será suficiente con ella. Es algo que sé desde que tenía dieciocho años. Pero aceptaré lo que ella quiera y pueda darme.

70

Paloma

PRESENTE

Ya casi hemos llegado a Boston cuando me fijo en el coche que nos sigue.

Arrugo la frente, pero no digo nada. Simplemente, dejo que Sadie ponga una de ABBA y cante la melodía a pleno pulmón. Mi entusiasmo disminuye a medida que el vehículo se nos acerca más y más hasta que, al final, miro por el retrovisor y veo quién hay al volante.

«Ay, Dios...».

Me da un vuelco el corazón y se me hace un nudo en la garganta. La ansiedad me lleva a apretar el acelerador ligeramente.

Esas luces rojas y azules brillan con fuerza sobre el oscuro cemento.

Vuelvo a meter gas.

—Dios, Paloma... —se queja Sadie agarrándose al asa que le queda encima de la cabeza.

Miro por el retrovisor y el corazón me da un vuelco.

Es él. Sé que es él. Y no he hecho nada ilegal; no como para que me pare un agente de policía. Está intentando asustarme.

—¿Paloma? —dice Sadie con un tono de voz firme y sereno—. Tal vez deberías parar.

«No puedo». Intento explicárselo, pero soy incapaz de separar los labios. Tengo la mandíbula agarrotada.

—Paloma, por favor. —Ahora, suena más agitada—. Me estás asustando. No puedo meterme en líos. Mis hermanos...

Ralentizo porque la verdad es que este tío me seguirá hasta casa y no pienso dejar que se acerque a Lily. O al único lugar donde me siento a salvo. Mis viejas heridas parecen volver a abrirse.

Me acerco al arcén, apago el motor y bajo la ventanilla.

Él detiene el coche patrulla detrás del nuestro en una calle aislada, fría y empapada por la lluvia. Miro a Sadie, que tiene sus ojos grises como platos. Está aterrada. Nunca la había visto así.

Sigo aferrándome al volante con las manos temblorosas y no dejo de mirar al retrovisor central y a los laterales.

—Sadie, necesito que me escuches. —Mantengo la voz firme y serena—. Necesito que cojas mi móvil del bolso y llames a Alessia.

Se le salen los ojos de órbita mientras mira al hombre que viene hacia nosotras. Un tipo que acaba de salir de un coche camuflado, con pantalones de traje y una camisa formal, con la pistola enfundada y el pelo repeinado hacia atrás.

—¿Es...?

—Sí. Escúchame. Necesito que llames o envíes un mensaje a Alessia. Dile que Ethan Marks acaba de pararnos y que la necesito, ¿vale? Ella ya sabrá qué hacer.

—Paloma, espera. ¿Qué está pasando? —me pregunta Sadie cogiéndome el móvil de la mano—. No has cometido ninguna

infracción. No estabas bebiendo ni has superado el límite de velocidad...

—Lo sé —susurro, e intento mantener los latidos de mi corazón a raya. Miro un segundo a Sadie y le cojo la mano un segundo—. Lo siento muchísimo, Sadie.

—Buenas tardes, señoritas —dice Ethan, metiendo la cabeza en mi coche—. ¿Sabéis por qué os he parado?

«Porque eres un puto pervertido».

—No —contesto controlando la rabia.

Ya no le tengo miedo. Pero estoy cabreadísima.

—No parabas de hacer eses.

—No es...

—Sadie —la corto de repente—. No pasa nada. Voy a...

—¿Carné y documentación?

Cojo lo que me pide y se lo paso con brusquedad. Enfadada, digo:

—¿Podemos marcharnos? No quiero causar ningún problema.

Ethan sonríe con picardía y me devuelve tanto el carné como la documentación del coche.

—Claro. Sal del vehículo, Paloma.

La ira se prende en mi interior cual cerilla.

—Vete a la mierda —espeto—. No he cometido ninguna infracción.

Como si llevase queriendo hacer esto desde un buen principio, tira de la manilla de la puerta.

—¿Quieres hacerlo a las malas?

Vuelvo a mirar por el retrovisor. Veo a alguien acercándose al asiento de Sadie bajo la luz de las farolas. Mi amiga parece aterrada; tanto que noto esa sensación en el estómago y me desabrocho el

cinturón. Abro la puerta que Ethan ya ha desbloqueado y salto del asiento para meterme en la jaula de los leones.

—Dejadla en paz —digo.

No es una súplica, sino una orden.

Con una mirada intensa y abrasadora, Ethan me coge el brazo y me da la vuelta para colocarme contra el vehículo, como si fuera a cachearme. Apoyo las manos con fuerza en el lateral del coche para mantener el equilibrio. Él se apresura a subirme las manos por las pantorrillas antes de seguir el recorrido por los muslos, el culo (donde las deja unos segundos, aunque de forma superficial) y, luego, la barriga. Va subiendo los dedos con firmeza, sin parar; al final, acerca su cuerpo al mío hasta casi pegarme el torso a la espalda.

—Calma, Polly —dice en voz baja, como si fuese una escalofriante canción de cuna de la que todavía me acuerdo.

Al notar su aliento, las náuseas y la rabia más feroz del mundo me revuelven las tripas. Por un segundo, me vienen recuerdos de una niña de catorce, quince, dieciséis años... Una cría aterrada por culpa de este hombre y, a la vez, desesperada por que alguien la cuide.

Y puede que sea la rabia de estas niñas o tal vez la mía la que me lleva a soltar el control y girarme para pegarle con todas mis fuerzas.

Bajo esta fría luz estéril me siento aún más expuesta; sin embargo, quien más me preocupa es Sadie. Está a mi lado, agarrándome la mano y abrazándose a sí misma por el torso mientras Max Koteskiy se coloca detrás de ella para intentar tranquilizarla.

—Pero... —solloza Sadie—. ¿Y los niños? —Dice con voz compungida, como si estuviera llorando. Sigo con la vista puesta en

mis zapatos y con el estómago encogido—. ¿Me meteré en líos? ¿Y si...?

—No pasará nada, Sadie —le susurra Max, poniéndose en cuclillas y abrazándola. Ella me suelta la mano. Puede que sea la primera vez que veo a Sadie abrazando a alguien que no sea Rhys, Ro o sus hermanos—. No pasa nada. Calma, *dochen'ka*.

—¿Agua, Paloma? —me pregunta Adam, acercándosenos con un vaso en cada mano. Acepto uno encantada y me muerdo el labio mientras miro obsesivamente hacia la puerta por la que ha entrado Ethan cuando hemos llegado—. ¿Necesitas algo para la mano?

Al oír su pregunta, desvío la vista de inmediato hacia el corte que me he hecho en los nudillos. ¿Es raro que me entren ganas de sonreír?

—Estoy bien.

Adam asiente.

—Todo irá bien. Yo me ocuparé de...

—¡Ay, Dios! —grita alguien.

Acto seguido, se oye el repiquetear de unos tacones.

Es Alessia, que viene corriendo hacia mí a la velocidad de la luz y me abraza por los hombros. Lleva unas botas negras, un abrigo rojo y unos guantes negros; el pelo perfecto, como si la hubiese pillado en plena sesión de fotos de alta costura y no en una cena con amigos. Me derrito entre sus brazos y respiro con pesadez.

—¿Estás bien? Dios, Paloma... Dime que estás bien.

—Estoy bien —consigo responder antes de soltarla y recostarme de nuevo contra la pared—. Alessia...

—¿Y tú quién diablos eres? —suelta ella, decidiendo que Adam Reiner, que nos saca varias cabezas a ambas, está demasiado cerca.

Alessia frunce el ceño y pasea la vista por los rebeldes rizos castaños de Adam, que tiene algunas canas en la sien, antes de seguir bajándosela por el traje y la corbata, sutilmente arrugados.

—Es el padre de Bennett. Ha venido a ayudar.

Sacudo la cabeza y bajo la mirada.

—Estoy bien. No quería asustarte. Siento...

—No te disculpes. No has hecho nada mal. —Se le enfría la mirada y se gira para estudiar la sala antes de preguntar con desdén—: ¿Dónde coño está?

Alessia es la única que lo sabe todo, aunque estoy segura de que, a estas alturas, a Sadie le quedarán pocos cabos por atar. Cuando Alessia ve a Ethan saliendo de su despacho, camina con decisión hacia él.

Se me encoge el corazón y se me instala un nudo en la garganta. Soy incapaz de detenerla. Sin embargo, Adam parece darse cuenta de inmediato y la sigue enseguida.

—¡Eh! —grita Alessia, agarrando a Ethan por el bíceps para girarlo hacia ella.

Aun así, antes de que le dé tiempo a pegarle una bofetada, Adam le pasa un brazo por la cintura y la echa atrás, recostándola contra su pecho. La mujer intenta resistirse, pero Adam le dice algo al oído que la lleva a levantar los ojos hacia él y a dejar de forcejear. El padre de Bennett la suelta al cabo de un segundo y ambos ignoran tanto el griterío de Ethan como a los polis que lo rodean.

Adam toma la iniciativa y habla con calma y precisión, y lo bastante bajo como para que yo no pueda oírlo.

—¿Qué cojones pasa? —escupe Ethan.

Tiene la cara roja; me pregunto si será por mí. He movido los brazos descontroladamente. Sé que le he dado con el codo en la mandíbula; lleva unas tiras que le cubren el corte de la ceja, así que igual le he dado ahí.

—¡Serás cabrón! —grita Alessia.

No puedo desviar la mirada de lo que estoy viendo. Le doy un sorbo al agua con las manos temblorosas.

Se oye otro ruido y todos desviamos la vista hacia la entrada, donde Bennett y Rhys se están abriendo paso, resueltos.

—¡Grisi! —grita Rhys casi frenético.

Es el primero en llegar. Se agacha y aparta a Sadie de su padre, que la ha estado abrazando hasta ahora. Rhys la estudia con la mirada para asegurarse de que esté bien antes de levantarla y hundir la cara de Sadie en la curva de su cuello durante un buen rato. Ella le envuelve la cintura con las piernas y veo cómo el alivio se adueña de Rhys antes de que se gire para besarle el pelo y susurrarle algo mientras a la patinadora le tiemblan los hombros.

Bennett se detiene frente a mí, con la cabeza gacha para mirarme a los ojos. El corazón me da un vuelco.

Nos quedamos mirándonos mutuamente durante un buen minuto, buscando algo. Y yo dejo caer todos mis muros, ensartando todo lo que tengo en el hilo que parece unirnos.

Bennett asiente, como si entendiese una gran verdad.

Cierra los ojos un segundo, respira despacio y me coloca la mano debajo de la mejilla.

—¿Estás bien?

Asiento. Vuelve a mirarme con el ceño fruncido y me pasa las manos por el cuerpo, como si yo fuese una muñeca y estuviese

inspeccionando hasta el último centímetro antes de...

—¿Qué coño...? —suelta con un tono de voz más alto. Tiene las fosas nasales bien abiertas y se le van tensando los hombros cada vez más; parece un toro cabreado—. ¿Quién te ha hecho esto?

Nerviosa, miro a lo lejos, hacia Ethan, Alessia y Adam, que están detrás de Bennett. Sigue el recorrido de mi mirada, suelta el aire de golpe y cierra los ojos con fuerza solo para volver a abrirlos con la vista puesta en mí. Acto seguido, vuelve a bajarla hasta mi amoratada mano.

—¿Ha sido él? —La voz le suena rasposa como la que más.

Aparto la mirada un milisegundo, pero Bennett me sujeta la cara con las manos. Con delicadeza, pero firme.

—P. —exhala.

—Sí —respondo con un hilo de voz.

—¿Le has pegado? —pregunta. Sigue hablando con la voz firme, a pesar de que suena extremadamente nervioso y noto la intensidad que está conteniendo como si de una ola se tratase—. Porque te ha... Paloma. —Traga saliva y se le mueve la nuez—. ¿Fue él quien...?

Cierro los ojos con fuerza. Sé lo que me está preguntando, pero no quiero decirlo.

—P., por favor, dímelo. —Traga saliva con fuerza—. ¿Fue mi puto padrastro? ¿Fue Ethan?

Asiento, mordiéndome el labio inferior e inhalando temblorosa.

A Bennett le cambia la expresión. La más absoluta angustia, aflicción y culpabilidad le atraviesan el rostro un segundo con una claridad apabullante. Estoy viendo, desde primera fila, el impacto de la confesión que siempre temí que fuera a romperlo.

Pero entonces Bennett se yergue, se hace aún más grande y más alto (si es que era posible) y asiente con pesadez. Permanece con la vista puesta en mi mano amoratada mientras llama a su mejor amigo y le hace un gesto con la barbilla.

—Rhys.

No le hace falta decir más. Rhys, que continúa con Sadie en brazos, se queda a mi lado. Bennett atraviesa la sala hecho una furia y va hacia donde están Adam (que sigue sujetando a Alessia y ahora la tiene más cerca que antes) y Ethan (que está hablando con un oficial).

Al ver que Bennett se le acerca, juro que parece nervioso. Pero lo que atisbo en él no es ninguna mirada de afecto o amabilidad, sino una sonrisa burlona y siniestra que ya conozco. Una que me lleva a dar un solo paso atrás antes de volver a recuperar el equilibrio.

«Bennett está aquí. Alessia está aquí. Adam está aquí. Nadie me hará daño».

Como si supiera lo que estaba pensando, Sadie me pone la mano en el hombro y me da un apretón. No sabe cuánto le agradezco ese gesto de apoyo, aunque yo continúo con la vista clavada en Bennett mientras él se acerca a mi pesadilla de los últimos siete años.

Ethan abre la boca y le escupe algo a Bennett. Algo vil, claramente, a juzgar por cómo reacciona Alessia. Adam, con la mandíbula apretada e irradiando cólera, tiene que contenerla cuando esta intenta darle un puñetazo.

Pero nadie detiene a Bennett.

Mi novio le estampa los puños en la cara.

A Ethan le sangra la nariz. Adam suelta a Alessia, la pone detrás de él y coge a su hijo por los bíceps. Aunque no parece que esté

tirando de él porque se oponga a lo que está haciendo, sino porque quiere protegerlo.

Bennett no le dice nada a Ethan. Simplemente, se lo queda mirando un buen rato, con las fosas nasales bien abiertas y la mandíbula apretada, como si quisiera escupirle un montón de cosas que no puede soltar.

Al final, se da la vuelta, sacude los hombros para zafarse de su padre y regresa rápidamente hacia mí.

Se me acerca a toda prisa, emanando la misma intensidad que un ángel vengador, con la camisa un poco manchada de sangre y una calma entrenada bajo la que camufla la ira que hierve en su interior.

—Ven aquí, P. —susurra abriendo los brazos. Me acurruco en él. Bennett me hunde las manos en el pelo y me da un beso justo ahí—. No pasa nada. Todo irá bien.

Continúa susurrándome sin parar mientras yo me hundo en su cuerpo.

—No pasa nada. —Me acaricia el pelo con cuidado para no tirar de los nudos que yo misma me he hecho—. Ya no volverán a hacerte daño. Nunca. —Noto el roce de su incipiente barba cuando me besa en la sien—. No te voy a dejar sola. Estoy aquí.

Me agarra la muñeca y se acerca la mano a la boca para besarme alrededor de los moratones con cuidado, como si estuviese hecha de porcelana.

Adam continúa tranquilizando a todo el mundo en una esquina, hablando con un oficial mayor que supongo que es quien debe de estar al mando de todo. Alessia se nos acerca y enseguida se pone a hablar con Max y Rhys, que asienten y se marchan con Sadie. Acto

seguido, me insta a mí, que sigo en brazos de Bennett, para que vaya a una sala de reuniones vacía. Adam nos sigue.

—Tienen que hablar contigo. Abrir un informe —me cuenta Alessia sentándose sobre la pata de la mesa y cruzándose de piernas—. Luego ya nos podremos ir a casa.

Asiento y no me molesto en pedirle aclaración alguna, aunque no puedo evitar sentir cierta preocupación.

—No quiero entrar sola. No confío en...

Adam levanta la mano y asiente.

—Alessia ya me lo ha dejado todo bastante claro. No hay problema. Te lo prometo.

Y a promesa suenan sus palabras. El mismo aplomo que veo en Bennett, lo veo ahora, de forma inconfundible, en los ojos de su padre.

—No estás sola, P. —susurra Bennett, que me planta otro firme beso en la sien y me masajea sutilmente la nuca.

—¿Vendrás conmigo? —pregunto buscando a Alessia con la mirada.

Ella sonríe y asiente.

—Puedes contar siempre conmigo, Paloma. Ya lo sabes.

Me acerco a ella y dejo que me coja la mano. Bennett me estudia con cautela, carraspea y comenta:

—Creo que también debería venir mi padre. Solo... solo por si acaso. Es abogado y... si a ti no te importa, yo me quedaría más tranquilo sabiendo que está ahí para cuidar de ti.

Asiento. Si hubiese esperado que Adam dijera que él no tenía por qué estar ahí, me habría equivocado. En su lugar, clava su fija e intensa mirada en los ojos de su hijo.

—Tienes que cuidarla —le dice Bennett.

Durante un minuto, los ojos azules de los Reiner se vuelven idénticos y las líneas de tensión de sus cuerpos se convierten en unos reflejos de igual intensidad.

—Lo haré, Ben —le contesta su padre—. Te lo prometo.

Salen y me da un minuto a solas con Bennett. Abro repetidamente la boca con ademán de decir algo, pero soy incapaz de encontrar las palabras para explicarlo todo; para contárselo todo.

—Siento no haberte...

Bennett me corta sacudiendo la cabeza de inmediato.

—No, P. No vayas por ahí.

Sigue con las manos en los bolsillos y mirándome cuidadosamente con el ceño fruncido. Ninguno de los dos se mueve, ni para acercarnos al otro ni para alejarnos.

—¿Me prometes que esperarás aquí?

Detesto sonar tan desvalida, tan necesitada, pero no puedo evitarlo.

Bennett entra en acción y echa a andar hacia mí con sus largas piernas. No le aparto la mirada de las zapatillas.

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

Asiento.

—Y sabes que te quiero, ¿no?

Vuelvo a asentir mientras trago saliva para deshacerme del nudo que siento en la garganta y pestañeo para disipar las lágrimas que amenazan con brotarme de los ojos.

—Entonces, déjame cuidarte, P. Ya hablaremos luego.

Me levanta la cara con ambas manos, con cuidado, para que vuelva a mirarlo a los ojos.

Es tan guapo...

—Estaré justo aquí cuando salgas, ¿de acuerdo?

Asiento de nuevo y alargo un brazo para colocarle la mano justo encima de la suya.

—Y luego nos iremos a casa, te preparé una bañera, te lavaré el pelo y te daré de comer. Te mimaré igual que siempre.

—Vale.

—Eres muy fuerte, Paloma.

Me besa la frente. Reposa ahí los labios y noto la punta de su nariz en el pelo. Acto seguido, se separa y se va. Pasados unos cuantos minutos y después de que me haya tomado un café bien caliente, entra el inspector para tomarme declaración.

Con Alessia cogiéndome la mano y Adam de pie a mi lado, como si fuera una centinela, suelto todo lo que llevo años callándome.

Lo de mi madre, lo de los hombres que se pasaban por nuestra casa, lo de las gélidas noches y mi miedo. Les cuento lo de Ethan: cómo me conoció y lo que hizo conmigo. Incluso confieso que, cuando rompí con Bennett por primera vez, fue por eso.

Y no escatimo en detalles.

Después, el inspector se marcha. Adam sigue en una esquina, de brazos cruzados y con un enfado más que evidente, aunque sé que no está cabreado conmigo, sino por lo que me pasó. Aun así, no puedo evitar decir:

—Lo siento.

Adam niega con la cabeza y viene hacia mí.

—No te disculpes. Alguien debería haberte protegido. Tú no tienes la culpa de nada.

—Es complicado —susurro.

Alessia me mira y niega con la cabeza.

Sin embargo, quien pronuncia las siguientes palabras es Adam:

—Tenías catorce años, Paloma —susurra frustrado mientras se sienta en la silla que tengo al lado—. No sabías muchas cosas y alguien debería haberte protegido; alguien tendría que haber cuidado de ti.

Se levanta y abre los brazos, indeciso pero firme. Esta vez, me permito hundirme entre los brazos de Adam Reiner y dejar que me abrace. Alessia me acaricia el pelo lenta y suavemente.

—Tú no hiciste nada mal. Estás bien y estás aquí. Viva. Y ahora nos lo has contado. Bennett no dejará que te pase nada. Alessia no dejará que te pase nada. —Se aclara la voz, pero sigue sonándole igual de áspera cuando añade—: *Yo* no dejaré que te pase nada.

«Tener buenos padres debe de ser esto».

71

Paloma

PRESENTE

Regresamos en coche a casa de Adam. Bennett está sentado delante, con su padre, mientras que Alessia va conmigo detrás, cogiéndome la mano igual que haría una madre.

Al terminar de contar mi historia, habiéndola explicado apresuradamente y siguiendo un orden bastante cronológico, me he sentido... agotada. No me ha costado hablar del tema, pero no por eso me he sentido menos exhausta al final.

Una vez, después de que hablara brevemente de mi madre (de cómo fue criarme con ella), la doctora Sutton me dijo: «¿Te has dado cuenta de cómo hablas de estas cosas? Es como si le hubiesen ocurrido a otra persona».

A lo mejor así me resultaba más fácil. Tal vez me sentía más segura.

Y a lo mejor sabía que, con Bennett, no sería igual. Con él siempre me muestro vulnerable, siempre ando con el corazón en un puño y sin alzar ningún muro gracias a la confianza que él ha ido construyendo desde hace casi cuatro años. Por eso lo he evitado al salir de la sala de interrogatorios con las manos pegadas a mi

cuerpo, sin separarme de Alessia y manteniéndome tan alejada como me resultase posible de ese omnipresente portero de hockey.

El evidente dolor que he visto en su rostro no ha cesado en ningún momento, ni siquiera cuando su padre le ha colocado una mano en el hombro para acompañarlo fuera. Bennett se ha apartado de él con una sacudida, enfadado, molesto y frustrado.

Nos pasamos el trayecto en silencio.

Al llegar a Beacon Hill, Adam abre la puerta y ayuda a bajar a Alessia, que se gira para ayudarme a mí. Cuando casi me caigo al bajar, Bennett me acerca las manos a la cadera, pero no llega a tocarme.

Eso hace que me sienta todavía peor.

Alessia me aleja de los hombres Reiner, ambos preocupados, y me coloca la mano en el hombro para hacerme entrar en casa.

—Sube. Tómate el tiempo que necesites —me ordena con dulzura —. ¿Quieres que Bennett suba a verte dentro de un rato?

Titubeo. Ojalá no tuviera que decidirlo yo. Giro la cabeza y lo miro. Está de pie, en silencio, con las manos en los bolsillos y la vista puesta en mí. Tiene los ojos rojos y llenos de lágrimas. Pero su hermoso rostro va cargado de pura ira.

Asiento.

Mientras me alejo, oigo muy sutilmente el repiqueteo de los altos tacones de Alessia y su voz al decir:

—Paloma se va a duchar y dormirá en tu habitación. Pero creo que deberías darle un poco de espacio; solo un ratito.

Tras esas palabras, acelero el paso.



Entre que me ducho, me cambio y me siento en la cama de Bennett, parece que pasen días; sin embargo, solo ha sido una hora. Tengo a Siete al lado, con la pata en mi pierna, como si quisiera que me tumbara para poder reposar todo su peso en mí. Percibe mi ansiedad.

Me siento estúpida, aquí sentada con la ropa de Bennett y mi habitual cepillo de paleta en la mano mientras mi enmarañado pelo va mojándome la espalda de la camiseta. Pero no puedo hacerlo.

Al final, oigo un repiqueteo familiar en la puerta. Se me corta la respiración mientras espero a que entre Bennett.

—¿P.?

—Pasa —logro decir.

Al verlo tan alterado, se me llenan los ojos de lágrimas casi en el acto.

Se queda de pie frente a su cama, como si esta no fuera su habitación, con la vista gacha, como si no pudiera mirarme. Cojo el cepillo con más fuerza. Me siento estúpida, ridícula.

—Lo siento si no debería de estar aquí —susurro—. Y sé que tengo que explicar...

—No —me corta con la voz áspera—. Si no... si no quieres, no tienes por qué hacerlo. No quiero obligarte a hacer nada que no quieras.

Se me encoge el corazón.

—Bennett, quiero explicártelo. A ti, sí. Porque te mereces saberlo y porque quiero contártelo. Para que puedas saberlo todo de mí.

Me mira con los ojos hinchados, sinceros.

—Vale —dice. Se me acerca, se detiene y, con la voz cargada de la misma vulnerabilidad que siento, me pregunta—: ¿Quieres que te

cepille el pelo?

—¿Porfa? —le pregunto, sentándome más en el borde de la cama.

Bennett me pasa por el lado y coloca todo su pesado cuerpo detrás de mí. Me coge el cepillo y empieza a peinarme las puntas de mi enredado pelo, con cuidado, para no darme ningún tirón.

Si puedo hablar es gracias a la sensación prácticamente hipnótica que me aporta justo eso.

Ahora, mientras cuento la historia que Bennett ha oído a trozos, quien la cuenta soy yo.

—¿Te has dado cuenta de cómo hablas de estas cosas? Es como si le hubiesen ocurrido a otra persona.

—No sé a qué se refiere —contesto, abrazándome por el torso mientras me recuesto en el respaldo de la silla—. No es eso. Es solo que... Da igual. Pasó hace mucho tiempo. Ya está.

—Paloma —dice ella con tono dulce—. Te pasó a ti*. Y creo que no debes olvidarlo*.

A veces, me cuesta recordar que la niña pequeña con coletas que habita en lo más profundo de mi mente, esa que me prohíbe deshacerme del peluche del Conejo de Terciopelo y me obliga a aferrarme a mi mochila en todo momento (como si alguien fuese a robármela), soy *yo*.

Bennett permanece sentado en silencio incluso al terminar de cepillarme hasta el último mechón de pelo, con ternura y delicadeza. Con su sólida y firme presencia a mis espaldas. Implacable, como ha sido siempre.

Se lo cuento todo. Cómo me encontró Ethan, que se pasó años manipulándome. Que me arrebató la virginidad a los catorce años y luego se pasó otros dos convenciéndome de que era yo quien había pedido algo que yo misma *sabía* que no quería. Le cuento lo de los juegos mentales, las veces que venía a recogerme a casa de mis amigas con un coche patrulla para aislarme y aterrarme, y así evitar que me fuera o se lo contara a alguien.

Tardo mucho. Tanto que, cuando termino, con la voz rasposa, son las tres de la madrugada. Estoy convencida de que, a lo largo de mi vida, habrá más historias y partes del trauma que irán saliendo a la luz. La doctora Sutton me advirtió de ello, y eso que ni siquiera había conseguido que le hablase del tema.

Y sigo sin estar preparada para contar según qué. Es como si pronunciar ciertas cosas en voz alta las convirtiera en algo aún más real. O como si les diera más poder para que volviesen a hacerme daño.

Pero he contado bastante.

Para acabar, le hablo de todo lo que ocurrió la noche de Fin de Año de cuando estábamos en primero de carrera, cuando volví a ver a Ethan. Una parte de mí quiere rebajar un poco la historia para que Bennett se sienta mejor, pero pasarme tres años mintiendo y encubriendo ciertos hechos no le ha traído nada bueno a nadie. Así que no lo hago.

—Lo... Estuvo mal. Debería habértelo contado. Pero tenía miedo.

Bennett había dejado caer los brazos a los costados para apoyar sus enormes manos en la curva de mi cintura. Los levanta de repente y desaparecen. Ante la falta de su firme tacto, la ansiedad me invade de golpe.

—P. —dice en lo que resulta ser prácticamente una exhalación—. Lo... Dios. Lo siento muchísimo. No lo... Si lo hubiera sabido, yo nunca...

—Ya lo sé —lo corto, y me giro para quedar arrodillada entre sus piernas—. No te culpo. Solo necesitaba que lo supieras todo. Necesitaba que entendieras por qué te alejé de mí esa noche. Siento haberte hecho daño. A mí también me dolió.

Se me dibuja una extraña sonrisa en el rostro, pero es cálida y real. Ahora, al mirar a Bennett, con esa barba de dos días que le cubre las mejillas, sus despeinados rizos y esos profundos ojos azules como el agua del océano, me siento un poco más liviana. Será mayor, pero, cuando me inclino y lo beso despacio en los labios, sigo viendo a ese chico de dieciocho años con la mirada llena de asombro.

—Creo que me pasé mucho tiempo queriendo una sola cosa: saber que existía alguien que se preocupaba por si seguía viva —confieso—. Y tenía miedo porque me sentía sola. Me preocupaba que, si sabías la verdad, si descubrías lo de Ethan, lo de mi pasado, perdería a la única persona a quien le importaba en este mundo.

—Jamás volverás a estar sola, ¿de acuerdo? —Me besa en la sien —. A mí, me importas. A mi padre, a Alessia, a Lily, a Sadie, a Toren, a Rhys, a Freddy, a Ro, a Holden, al entrenador Harris, a Siete... A todos ellos les importas. Le importas a muchísima gente. —Sigue sujetándome la cara con las manos, instándome a mirarlo a sus suplicantes ojos—. Dime que lo entiendes —me ruega con desesperación en la voz.

Asiento.

Bennett sacude la cabeza y me roza la frente con su corta barba.

—Dímelo, Paloma. Dime que importas.

Su voz suena seria y dominante.

—Importo.

—Dime que tienes a personas que te quieren.

Me lo pide con firmeza, con una decisión que nunca le había visto.

—Tengo a personas que me quieren.

—Dime que sabes lo mucho que me preocupo por ti. —Inhala con fuerza y se le llenan los ojos de lágrimas—. Que no podría *vivir* sin saber que estás viva y a salvo y bien. Que eres el amor de mi vida, para siempre. Que tu bondad, tu dulzura, tu amor... me salvaron antes de que me conocieras siquiera. Dime que lo sabes.

—Lo sé.

Suspiro y lo acerco a mí para abrazarlo con más fuerza. Él me devuelve el gesto con la misma firmeza hasta que no sé dónde termino yo y dónde empieza él.

El tiempo avanza despacio. Bennett consigue acercarme aún más a su cuerpo y me hunde las manos en el pelo, lo cual consigue relajar mi mente. El agotamiento que había sentido ya al marcharme de la comisaría se ha multiplicado por diez. En brazos de Bennett, me noto los ojos igual de pesados que el cuerpo.

—Lo siento —susurra con los labios pegados a mi piel mientras me va dejando unos apasionados e intensos besos, como si quisiera marcarme—. Lo siento. Te he fallado. No dejaré que se repita.

Está diciendo algo que no es verdad, algo importante, pero ahora que he encontrado un momento de paz me noto los ojos cansados.

Le musito algo parecido a que estoy muy cansada, que tengo mucho sueño. Bennett guarda silencio y me acaricia el pelo mientras cambia de postura para que estemos los dos tumbados en la cama.

Me quedo dormida antes de que pueda oír lo que dice a continuación.

72

Bennet

PRESENTE

No duermo.

Cuando bajo, mi padre está en la cocina, con la cabeza pegada al móvil y el portátil abierto. Estoy prácticamente seguro de que no llegó a irse a la cama. Lleva las gafas puestas; solo se las pone cuando siente la vista cansada.

—Bennett —me dice levantando la vista al oírme entrar—. ¿Estás bien?

—Sí —respondo, aunque casi ni se me oye.

Mi padre asiente y vuelve a desviar la vista hacia los documentos que tiene delante.

—¿Lo sabías? —le pregunto—. Lo de Ethan, digo. ¿Por eso nunca te cayó bien?

Mi padre suspira y veo en su rostro lo cansado que está. Siempre lo he visto joven y lleno de energía; sin embargo, ahora parece mayor. Serio como hacía muchísimo tiempo que no lo veía.

—No del todo. No sabía nada a ciencia cierta, pero algo intuía. Eso y que... Al principio de interactuar con Paloma..., parecía que me tuviese miedo.

Otra cosa de la que no me enteré.

—¿Todo esto es de Paloma? —le pregunto señalando los dosieres marrones de papel manila que hay esparcidos y apilados precariamente por la encimera, que está usando a modo de escritorio.

Por un segundo, me pregunto cómo es que mi padre no está en su despacho.

—No. Solo este. —Señala el más grueso con la cabeza y lo coge—. Los demás son de Alessia. Ha estado ocupada.

—¿A qué te refieres?

—A que ha tenido a Ethan controlado. Al menos, desde que Paloma recurrió a ella cuando tenía dieciséis años porque se la recomendaron en un refugio de mujeres. Tal y como suele pasar con agresores como ese tipo, donde hay una víctima, hay un rastro que seguir. Muchísimas acusaciones que nunca llegaron a nada porque silenciaron a las denunciantes o cerraron el caso. Es..., Dios, Ben. Qué mala pinta... —Mueve unos cuantos dosieres y exhala mientras se hunde la cara en las manos—. Hay muchas chicas que decidieron denunciar, testificar... Pero estoy seguro de que hay más de las que no sabemos nada y de las que probablemente nunca tendremos noticias.

Mi padre parece enfadado, furioso. Nunca ha sido de esas personas que esconden sus emociones. Permanezco en silencio. Me siento fatal y no sé qué decir.

—¿Dónde está Alessia?

—Durmiendo en mi habitación. —Mi padre suspira—. O eso espero, al menos. Aunque dudo que vaya a dormir hasta que vuelva

a ver a Paloma. —Roza el dosier de mi novia con las manos—. Es... es peor de lo que me imaginaba. Nos necesitará, Ben.

Me azota una brutal ola de dolor y me ceden las rodillas. Apoyo las manos en la encimera para agarrarme. Lo hago con tal brusquedad que le doy a un dosier, del que caen unas cuantas hojas al suelo.

Estiro el brazo, pero me detengo y caigo de rodillas al ver la pequeña y gastada foto que tengo entre el índice y el pulgar.

Paloma. Sé que es ella, pero no debe de tener más de cinco o seis años. Lleva unas coletas y tiene con ella a su conejo de peluche favorito (aunque, en la foto, el muñeco es nuevo y se encuentra en perfecto estado: no está deshilachado ni ha perdido relleno). Paloma sonríe a la cámara, pero parece que la preocupación inunde su mirada. Como si ese fuese el momento en el que todo empezó a cambiar.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que noto la mano de mi padre en el brazo y me sobresalto, alejándome de él con una fuerte inhalación.

Se arrodilla a mi lado, con los ojos bien abiertos, y me apoya las manos en los hombros.

—Respira, Bennett. Respira.

Lo intento. Pero no puedo deshacerme de esa sensación. No puedo dejar de verlo todo una y otra vez. Ella, en su habitación de la residencia, intentando crear algo nuevo. Las cosas que se le escaparon, los pequeños comentarios que hizo y que me llevaron a mirarla dos veces, pero que yo dejé pasar. Porque solo quería estar cerca de Paloma. Y, sin embargo, lo único que hice fue causarle más dolor.

Porque no presté la atención suficiente para ver qué estaba ocurriendo. Porque fui yo quien dejó que sucediera todo eso.

—No es culpa tuya —dice mi padre.

Mi mirada es todo rabia e ira. Me levanto y lo aparto de un empujón.

—¿Ah, no? Quien la puso cara a cara con el hombre que se pasó años abusando de ella fui yo, joder. Y... ¿qué? ¿Se supone que tengo que vivir con esto?

Mi padre cierra los ojos; apenas puede disimular la avalancha de emociones que siente.

—Tienes que encontrar la forma de librarte de este sentimiento de culpa, Bennett. No podías saberlo. Paloma no te lo dijo...

—No me lo dijo porque tenía *miedo*. Y yo dejé que se sintiera así, hostia.

—Tú no...

—No quiero hablar de esto ahora —mascullo entre dientes. El pánico que siento es tal que casi me arde la cara—. Solo dime que vas a ocuparte de ello.

Medita un segundo qué decir antes de pasarse la mano por el pelo y responder:

—Sí. Claro que sí, Bennett. Voy a hacer todo lo posible para asegurarme de que Ethan Marks pague por todo lo que ha hecho. Y voy a hacer todo lo posible para que Paloma quede al margen de todo esto.

Se me hinchan las fosas nasales.

—Tienes que hacerlo. No... Por favor, no la obligues a volver a verlo.

Mi padre asiente. Vuelve a frotarse los ojos, enrojecidos. Parece exhausto, como si los años se le hubieran caído encima.

—Lo intentaré, Bennett. Por favor... —Se le apaga la voz—. Tienes que confiar en mí.

Un largo y pesado silencio cargado de tensión se abre paso entre nosotros. Asiento.

—¿Quieres café? O, si quieres cocinar, puedo irme a trabajar a otro sitio...

Niego con la cabeza.

—Muy bien —responde él, tirante y algo incómodo. Unos adjetivos que nunca usaría para describir a mi padre—. Pues me... Voy a ducharme y vuelvo enseguida.

Otra ola de culpa se adueña de mí. Hace unos cuantos años, nuestra relación no habría sido así; no habría habido lugar para la tensión y la ansiedad. Mi padre ya me habría abrazado y le habría hecho caso a su instinto, ese que le decía qué necesitaba yo de él, sin planteárselo siquiera.

Pero la culpa es mía. Esto lo he hecho yo. Lo alejé. E hice que nuestra relación cambiara y se volviera dolorosa.

«Igual que hiciste con Paloma, ¿no?».

Se me revuelven las tripas de nuevo. Pero, esta vez, la sensación es distinta. Es fuerte y hace que se me instale un nudo en la garganta. Me froto los ojos para esconder las lágrimas.

Aflicción. Por el tiempo que he perdido con mi padre. Con Paloma.

Subo las escaleras y regreso a mi cuarto a trompicones, intentando hacer el menor ruido posible. Siete continúa durmiendo al lado de Paloma, que, en mi ausencia, se ha acurrucado contra mi perro.

Está tan guapa y me parece tan profundamente triste... Con cada lágrima que se le escapa, me siento como si estuviesen arrancándome una uña; el dolor es directamente proporcional a la compulsión que siento por castigarme.

¿Cómo no lo vi? ¿Qué coño me pasa como para que no pudiese arreglarlo? ¿Como para que no pudiese cuidarla?

«Mal, mal, mal». Debería haberlo sabido.

Paloma vuelve a inhalar profunda y temblorosamente, como si se le hubiese quedado algún sollozo dentro y estuviese sacándolo mientras duerme. Aprieto el puño.

Todas las personas a quienes he querido a lo largo de mi vida han tenido que enfrentarse a demonios contra los que yo no puedo hacer nada. No tengo nada físico contra lo que soltar tanto miedo y enfado. Han sido siempre cosas que no he podido evitar porque he llegado demasiado tarde. Rhys y el pánico, la ansiedad. Mi padre y esa solitud autoimpuesta. Mi madre y su autodesprecio, su agitación; el miedo a estar sola.

Paloma.

Al mirarla ahora, solo veo a esa niña pequeña. La foto que he encontrado en su puto expediente. Una cría de cinco años con unas coletas desiguales y unos lazos desparejados. Y con el Conejo de Terciopelo en la mano. La veo con quince años, confundida, asustada y bajo la amenaza de alguien que debería haberla protegido. Abandonada, sin nadie. La veo con dieciocho años; recuerdo notarla con las manos, con los ojos fascinados mientras nos tocábamos por vez primera. Enamorándose de mí con toda su experiencia y desprovista de ella al mismo tiempo. Nunca nadie la había tratado con cuidado.

¿Pensará que la abandoné para que se pudriera en su autodesprecio? ¿Que me quedé al margen mientras ella se hacía daño a sí misma al acarrear esa culpa y ese dolor pensando que no merecía la pena que alguien luchara por ella?

¿Por qué no puedo hacerlo bien, joder? ¿Por qué no puedo salvar ni que sea a uno de ellos?

Siento que me hundo, pero, esta vez, no quiero sacar la cabeza del agua para respirar.

Siento que he fracasado y estoy al borde de que me dé un ataque de pánico.

«Respira». Intento hacerle caso a una voz que parece una mezcla entre la de la doctora Anya y la de mi padre. «Haz una lista».

«1. Le fallé a Paloma. La traje de vuelta a la peor pesadilla de su vida.

»2. Paloma continúa durmiendo en mi habitación. De momento.

»3. Mi padre se dio cuenta de que algo no cuadraba. Yo no. Les fallé tanto a él como a ella.

»4. Recuperé a Rhys de milagro y poco puedo hacer yo en ese caso. Estaba mejor sin mí, que soy un lastre. ¿Pasará lo mismo con Paloma?».

Llego a una sola conclusión: todo el mundo está sufriendo y yo no hago más que empeorarlo.

73

Paloma

PRESENTE

Al despertarme, Siete está en la cama conmigo, pero Bennett no. Me pesa tanto la cabeza que me giro, como si pudiese dormir un poco más, pero creo que seguramente sería la peor idea del mundo.

El día en que conocí a Alessia Baudelaire, dejó que me quedara en su apartamento. Tenía tanto miedo de irme a casa o a cualquier otro sitio que ella se encargó de todo. De mí. Y recuerdo sentirme tan mal a la mañana siguiente que no quise irme ni salir de la cama siquiera. Estaba aterrada por lo que pudiera pasar a continuación.

Con su firme aunque dulce voz de siempre, Alessia me dijo: «Tómate el tiempo que necesites. Pero tienes que levantarte. De eso se trata. De levantarnos. De seguir adelante. Las mujeres podemos con todo. Cuando alguien intente hacerte sentir débil o pequeña, recuerda una cosa: las fuertes somos nosotras».

«Levántate —pienso—. Levántate».

Me impulso. Cuando cojo el agua que tengo al lado de la cama, veo que hay unos envoltorios al lado. Galletas saladas y una barrita proteica a medio comer. Sé que son más, pero, si Bennett lo ha

dejado aquí, será que iba con prisas. Porque Bennett *siempre* tira la basura.

Eso me pone en alerta.

Salto de la cama y voy hacia el baño a trompicones. Me cepillo los dientes, me lavo la cara y me recojo el pelo.

Adam está abajo, en la cocina; lleva la misma ropa que anoche. Lo encuentro medio inclinado sobre la encimera, susurrándole algo a Alessia, que lleva una sudadera y unos agradables pantalones de franela que juraría que son de Adam Reiner. Como Alessia no quiso dejarme aquí sola, me pregunto si el padre de Bennett le habrá prestado la ropa. La tensión que atisbé entre ellos dos en comisaría parece haberse disipado.

—Buenos días, Paloma —me saluda Adam, aunque retrocede un poco para darme un espacio que no necesito.

—Buenos días —respondo en voz baja mientras sigo buscando con la mirada—. Eh... ¿Y Bennett?

Mi pregunta parece sobresaltarlo. Adam coge el móvil, lo mira y suspira con pesadez.

—Creo que ha salido a correr temprano. Buena señal. Necesita moverse un poco y algo de silencio, ¿no?

Claro. Pero es que Bennett no corre.

—¿Quieres comer algo? ¿Un café? —me pregunta Adam.

—Café —respondo.

No acepto la comida que me ofrece porque solo pienso en Bennett. Cocinar le relaja y puede que, si me da de comer, se sienta mejor. Quizá nos venga bien a ambos.

Mientras Adam empieza a prepararme el café en una máquina de acero inoxidable de las caras, yo me acerco a la encimera, donde

está Alessia.

—¿Y ahora? —pregunto finalmente, mordiéndome el labio.

—Todo depende de ti —contesta Adam. A pesar de que sus palabras deberían tranquilizarme, surten el efecto contrario—. Pero creo que lo más importante es encontrar a alguien con quien puedas hablar.

—Ah, eh...

—Paloma ya tiene psicóloga —tercia Alessia, a la vez que Adam me pasa un humeante y espumoso *latte*—. Y a no ser que este de aquí mienta y resulte que no es tan buen abogado como dice... yo diría que lo tenemos todo bajo control. Aunque a mí también me habría gustado pegarle.

Sonrío con la taza pegada a los labios al acordarme de Bennett estampándole un puñetazo a Ethan en la nariz. He aquí una imagen que recordaré en muchas ocasiones, seguro.

Adam intenta esconder la breve y divertida sonrisa que le dedica a Alessia, pero a mí no me pasa por alto.

—Estoy bien —respondo. Le doy un sorbo a la bebida y me quemo la lengua—. Pero... me refería más bien a si me he metido en algún lío. ¿Cómo está Sadie? No querría causar ningún...

—Todo esto bajo control —me calma Adam, guiñándome un ojo enseguida—. Puede que no sea el mejor padre del mundo, pero no miento: soy buen abogado.

Acompaña sus palabras de una risita. Se me encoge el corazón, porque... no creo que sea mal padre. Y tampoco creo que Bennett lo piense.

Sin embargo, no me parece justo intentar consolarlo en ese sentido sin que Bennett esté presente.

—Podemos poner todo lo demás en pausa y esperar a que estés lista y sepas cómo quieres gestionarlo todo —añade Alessia—. Tienes tiempo.

Asiento. Quiero hacer más preguntas: «¿Qué ha pasado con Ethan?», «¿Qué sucederá ahora?», «¿Tendré que hablar de todo esto con más gente?».

Sin embargo, antes de que me dé tiempo a decir nada, se abre la puerta, y Siete, que estaba a mis pies, se aleja. Lo sigo y voy rápidamente hacia la entrada, donde encuentro a Bennett.

Lleva solo una camiseta y unos pantalones cortos de deporte; tiene la piel sonrojada por el viento y el frío. Está empapado en sudor de los pies a la cabeza. Y tiene los ojos rojos.

Se me relajan un poco los hombros, aunque no del todo, porque noto la tensión que permea el aire. Una cautelosa y casi electrizante.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Bennett desvía la atención hacia mí y asiente mientras se pasa una mano por sus caídos rizos de color miel.

—Sí.

—Debes de estar helado.

—Estoy bien —contesta quitándose los zapatos. Permanece quieto donde está, sin acercárseme—. Buenos días, Paloma.

Al oír por fin ese saludo tan familiar, noto cierta calidez en el pecho.

—Buenos días, Bennett.

Es como si no tuviese claro hacia dónde quiere ir ni tan siquiera si quiere moverse. Está petrificado en el pasillo, con los músculos tensos y los ojos clavados en el suelo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta al fin con expresión tensa y los labios bien apretados.

—Estoy bien —susurro—. Aunque tengo hambre.

Funciona a la perfección. Bennett asiente y pasa por mi lado para dirigirse a la cocina. Siete continúa sentado delante de la puerta de entrada, sin saber muy bien adónde ir. Me mira, luego desvía la vista hacia el pasillo y repite el mismo gesto hasta que al final se coloca a mi lado y me roza la pierna con el hocico.

«Qué perro tan listo».

Seguimos a Bennett preocupados y con nuestros ojos marrones puestos en el chico al que tanto queremos.

A la que él frena en seco en el marco de la puerta, casi choco con su espalda; me acerco y lo cojo. Carraspea y pasea la vista por la cocina, un tanto incómodo, a la vez que Alessia y Adam se yerguen y abandonan sus relajadas posturas.

Adam Reiner conoce a su hijo, lo quiere con todo su corazón, y no tarda ni un segundo en decir:

—Íbamos a irnos al salón para comentar unas cuantas cosas. No os molestamos.

Bennett no responde, pero deja que su padre le coloque la mano en la nuca y se la deslice hasta el hombro para darle un firme y fuerte apretón. Se miran un momento a los ojos en lo que resulta ser una colisión de azules profundos como el océano; acto seguido, el mayor de los Reiner se aleja. Alessia lo sigue.

—¿Quieres que te ayude?

Bennett niega con la cabeza a la vez que coge un trapo, se lo coloca encima del hombro y enciende el horno.

—Puedes sentarte con ellos mientras lo preparo —me dice, señalando distraídamente la sala.

Sigue sin mirarme.

—Vale —respondo.

Y le doy el tiempo que necesita, al igual que él ha hecho conmigo en tantas ocasiones.

No le presto demasiada atención a lo que dicen Adam y Alessia. Prefiero quedarme tan cerca de las puertas de la cocina como puedo para oír a Bennett en caso de que me llame, aunque estoy segura de que no lo hará.

Su padre y Alessia hablan en voz baja. Ella no me ha contado demasiado acerca de su historia; solo me ha dicho que se ve identificada conmigo y que nuestros pasados tienen ciertas cosas en común. Veo clarísimo que se mantiene un poco en alerta y que su lengua viperina responde de forma ingeniosa a cualquier comentario que haga Adam Reiner, que va con el corazón en la mano.

No me uno a su conversación. Mis atropellados pensamientos me tienen demasiado distraída porque me preocupa Bennett, que está a apenas unos pasos de mí. Algo no anda bien. Siete continúa en la cocina, cerca de él, como si el animal también lo notara.

En parte, me siento tentada a preguntarle a Adam. Tal vez su padre se ha fijado en algo o sepa qué puedo hacer para mejorar la situación, para facilitarle las cosas a Bennett.

De pronto, se oye el ruido de algo al romperse, seguido de un fuerte golpe. Salgo corriendo hacia la cocina; espero que no me siga nadie.

—¿Bennett? —lo llamo al entrar.

El corazón me da un vuelco.

Hay esquirlas de porcelana por todas partes y un montón de galletas esparcidas por el suelo. Bennett está arrodillado al lado del horno, que sigue abierto. Tiene el dorso de la mano y los brazos al rojo vivo y la piel se le va oscureciendo por momentos.

—Ay, Dios —exhalo mientras me acerco a él y me arrodillo a su lado.

Bennett hace una mueca y se frota una de sus enrojecidas manos.

—Para —me ordena con la voz rasposa y desgastada—. Te vas a cortar, P.

Lo ignoro y me acerco más mientras trato de evitar tantos pedazos de porcelana rota como puedo, aunque me preocupa más él.

A Bennett Reiner nunca se le ha roto un plato. Y nunca, jamás, se le ha quemado la comida.

—Oye, esas quemaduras no tienen muy buena pinta. Vamos a... Ven y te las limpio, ¿vale?

No me lleva la contraria. Aunque, cuando consigue ponerse de pie, me sienta en la encimera de la cocina y pasea las manos con cuidado por mis piernas desnudas y por los pies, estudiándome. A la que intenta echarles una tercera ojeada, le cojo la barbilla y sacudo la cabeza con discreción.

—Estoy bien. Ya me lo has mirado —le digo con firmeza—. Venga, acompáñame arriba.

Bennett asiente. Me deja en el suelo y me sigue arriba.

Ya en su baño y con la puerta cerrada, abro el agua de la ducha. Bennett aguarda inmóvil y tenso al lado de la puerta.

Le hago un gesto con la cabeza para que se acerque. Acata en silencio y se convierte en una sombra a mis espaldas. Abro el grifo

del lavamanos y pongo el agua fría. La pruebo con los dedos hasta que adopta la temperatura adecuada y, a continuación, le cojo el brazo a Bennett y se lo coloco debajo del chorro.

Metódicamente, despacio, intento que se le calmen las rojeces de los brazos antes de envolvérselos con unas suaves toallas de mano empapadas en agua fría. Tampoco son quemaduras graves; debe de haber cogido la bandeja de las galletas sin manoplas y, con el dolor, se le habrá resbalado por los brazos.

Tras un minuto, cojo las gasas frías y miro cómo tiene la piel. Bennett me observa atentamente.

—Desnúdate.

Obedece y deja que lo guíe hasta la ducha. Dejo la puerta abierta mientras yo también me desnudo y me suelto la trenza en la que me había recogido el pelo antes de meterme bajo el agua.

Me enjabono las manos y le lavo el cuerpo, despacio. Bennett no dice nada. Le tiro un poco del cuello para que agache la cabeza y así poder pasarle las manos por el pelo y lavárselo con cuidado, pero sigue guardando silencio. Noto que exhala más trabajosamente contra mi cuello mientras le paso los dedos por la base del cuero cabelludo y se lo masajeo un poco.

Se le escapa un sonido bajo, gutural, y trastabilla. Se apoya en los azulejos que quedan a mis espaldas para estabilizarse y me agarra la curva de la cintura con la otra, con firmeza.

Al notar cómo se me enciende la piel bajo su tacto, ahogo un grito.

—¿P.? —exhala en una especie de sollozo estrangulado.

—Estoy aquí —respondo con un hilo de voz y cogiéndole los hombros con las manos para acercarlo a mí—. Estoy bien. Todo está

bien, ¿recuerdas?

Sacude la cabeza, pero me acerca aún más a él. El jabón que todavía no le había enjuagado se me pega a la piel, húmedo y escurridizo, mientras resbalamos el uno con el otro.

Nos quedamos así un buen rato, con el agua deslizándose por nuestros cuerpos, a pesar de que yo solo me he mojado a medias porque Bennett me separaba del chorro de agua como si fuera un muro.

—¿Puedo lavarte el pelo? —me suplica, y acerca la mano a mi melena—. Por favor, P.

Asiento y él me gira hacia la alcachofa de la ducha para poder mojarme los rizos, con cuidado y ternura. Es imposible no notar cómo crece su erección contra mí a medida que va tocándome más y más el pelo.

—Qué guapa. —El delicado roce de sus dedos en la lumbar hace que me entre un escalofrío y me arqueo—. Me... Dios, Paloma, lo siento...

Intento girarme, pero él me coge por la barbilla.

—¿Qué?

—Quiero follarte. —Niega con la cabeza mientras ríe, juzgándose a sí mismo—. ¿Es muy retorcido? No puedo dejar de pensar en eso...

En otro momento le habría dicho que estamos saliendo y que estamos desnudos y juntos en la ducha, que las ganas que me tiene son de todo menos «retorcidas». Sentirme deseada por Bennett ahora mismo me resulta más reparador de lo que él entenderá jamás.

Sin embargo, la ansiedad y el autodesprecio tiñen su rostro. Así que niego casi violentamente con la cabeza.

—No, Bennett —susurro, y me giro en sus brazos, a pesar de que él intente oponer resistencia—. Quiero hacerlo. Quiero que me hagas disfrutar.

74

Bennet

PRESENTE

Su consentimiento me sienta igual que el vaivén de una ola en calma sobre la arena seca.

Se me escapa un gruñido mientras hundo los dedos en la melena de Paloma y me inclino hacia ella para pegarle la boca al cuello. Le agarro la cabeza por detrás, con ambas manos, con cuidado, para evitar que se dé un golpe con los azulejos mientras la beso con tanto deseo que la empotro contra la pared.

Ella en el agua.

Ella aquí, en mis brazos. Moviéndose igual que la he visto hacerlo durante más de tres años. Le paseo los dedos por la piel casi con desesperación. No hay ningún intercambio de poder, ni pizca de control por mi parte; solo ella moviéndose contra mí.

«*Vuelve a morderme el hombro y deja que te lo enseñe*».

Como poesía en movimiento. Como el agua que resbala por la piel, le paseo la lengua por la clavícula para saborear los huesos que más se le marcan y que resultan un poco más complicados de encontrar bajo la sinuosidad de su maleable piel.

El agua está lo suficientemente templada como para que su cuerpo adopte un tono rosado que me vuelve loco. Tanto que siento que voy a estallar sin estar dentro de ella.

—Déjame estar dentro de ti —le suplico al oído antes de morderle el hombro.

Asiente, con la cabeza echada hacia atrás, y apretando un muslo contra mi cuerpo. Está prácticamente subida a mí.

Agarro mi empalmadísima polla con una mano y la acerco a su húmeda piel; a la calidez entre sus piernas. Soy alto, pero podríamos decir que mis muslos son mi mayor atributo, de modo que no me cuesta flexionar las rodillas y cogerla en brazos, levantándola del suelo de baldosas y apoyando su peso en mí.

Paloma arquea todo el cuerpo y me clava los dedos en la piel, arañándomela un poco.

—¿Demasiado, amor? —le pregunto al oído, y con una sonrisa en los labios.

—Me cabe —susurra.

Le beso la sien con delicadeza, en un gesto totalmente contradictorio a la rugiente energía que corre por mis venas.

—Ya sé que te cabe. Siempre te la metes entera. Como a mí me gusta.

Se le escapa otro sonido salvaje y yo le agarro las caderas para volver a colocarla contra la pared y poder follármela más duro, más intensamente.

Mueve las caderas en círculos antes de mecerse hacia delante y hacia atrás como una fiera; tanto que acabo completamente enterrado en ella y me detengo para dejar que haga conmigo lo que tan desesperadamente quiere. Se frota contra mí de esa forma que

sé que tanto le gusta; la misma que hace que se corra con vehemencia por mis muslos. Pero ahora *noto* cuándo empiezan los espasmos; el sexo se le contrae.

Lo tiene tan estrecho que es como si acabasen de pegarme un puñetazo en el estómago. Es tan guapa..., pero, aquí, bajo el agua y con las gotas que le resbalan por la piel, con sus ojos marrones tan dilatados y envueltos bajo esas húmedas pestañas que se le pegan con el agua, parece sacada de otro mundo. Dios, está sonrojada de los pies a la cabeza, agarrándose a los mullidos músculos de mis brazos con fuerza, con la cadera suspendida en mis manos y mordiéndose los labios mientras se corre con ganas por mí.

Una diosa. Una sirena.

El puto océano personificado *en mis manos*.

—Deja que me corra dentro de ti —exhalo. Lo *necesito*—. Dime que puedo. Dime que no pasa nada. —Se oye otra especie de gruñido cuando la embisto con más fuerza—. Si no quieres que me corra dentro de ti, P., necesito que me lo digas ya.

—Sí quiero —me suplica—. Por favor... Por favor...

Casi se me nubla la vista completamente y pongo los ojos en blanco al correrme. Mis embestidas se vuelven más lentas hasta que me niego a soltarla del todo y la acerco a mí para abrazarla. Necesito notar cada centímetro de su piel, como si esto fuera a satisfacer la necesidad que siento por tenerla siempre cerca.

Y entonces...

Me da un vuelco el corazón. La culpa se adueña de mí mientras vuelvo a dejar a una Paloma sonrojada de pie.

—Lo... ¿Te he...?

No me salen las palabras. Pero tampoco las necesito.

—Todo genial —me dice agarrándome la cara con ambas manos para bajármela un poco y que la mire—. Ha sido una puta pasada.

Se me acerca y le resbala algo entre los muslos; a mí me palpita la polla. Quiero pedirle que abra las piernas para mí y poder mirar justo ahí y ver la prueba de la fuerza y la intensidad con la que acabo de hacerla mía.

Me sonrojo, avergonzado de mis propios pensamientos. Sacudo la cabeza y me inclino para besarle el cuerpo entero.

—Te quiero —le susurro—. Eres perfecta para mí.

No paro de alabarla mientras le enjabono el cuerpo, a pesar de que no deja que vuelva a lavarle el pelo (porque «al final, de tanto lavarlo, se me estropeará»), pero disfruto mimándola.

Más entrada la noche, insisto en que pidamos comida, a pesar de que, al sugerirlo, tanto Paloma como mi padre me miran como si tuviese monos en la cara. Me encojo de hombros para restarle importancia al asunto, me deleito con los platos tailandeses que ha elegido Paloma y presto especial atención cuando menciona cuál es su favorito. Así podré aprender a preparárselo.

Cenamos tranquilamente y vemos pelis en la sala de estar. Alessia se queda hasta tarde y oigo que mi padre le dice que puede volver a pasar la noche aquí, pero la mujer abraza a Paloma y se marcha cuando mi novia le asegura que está bien.

Me excuso para llamar a Rhys y ver cómo están él y Sadie, aunque ellos parecen más preocupados por Paloma.

Mi mejor amigo deja de insistir en cuanto respondo con un «es complicado». Como él ha vivido una situación parecida con Sadie y su familia, tal vez entienda que esta historia no es mía y que no soy yo quien debe contarla. Siempre será la historia de Paloma.

—Ha vuelto a llamar tu madre —me informa mi padre al pasar—. Sé que también ha intentado llamarte a ti. ¿Qué quieres que haga?

—¿Lo sabe?

Niega con la cabeza.

—Tal vez podrías contárselo. Creo que debería saberlo. Y... —Se me apaga la voz.

No me veo capaz de contárselo todo sin volver a perder el control al pensar en Ethan. He estado evitando al monstruo que habita en mi mente y que quiere ir a por él y matarlo por lo que ha hecho. He de confiar en mi padre.

Él asiente y me da un apretón en el hombro.

—Yo me ocupo. Todo irá bien.

Me repito esa misma frase como si fuera un mantra. Como si, así, los ansiosos pensamientos que siguen atormentándome fueran a desaparecer.

Todo irá bien.

«Hace tres años no te diste cuenta de nada. En tres años, no te has dado cuenta ni *una* sola vez de cuánto estaba sufriendo Paloma».

Todo irá bien.

«La decepcionaste. Dejaste que lo pasara mal. Igual que con Rhys. Igual que con tu padre. Igual que con...».

Todo irá bien.

«Nada volverá a estar bien. Tú seguiste con tus normas y tus rutinas, y, aun así, no fue suficiente. Quien está mal eres tú, que te lo cargas todo y los desgracias a todos a tu paso».

Todo irá...

«Ya sabes lo que has hecho. Los has defraudado. Siempre eres una decepción para ellos».

No recuerdo qué he hecho durante la hora previa a irme a la cama ni tampoco cómo he llegado aquí, pero me quedo dormido con Paloma acurrucada a mi lado y Siete en el ángulo que forman sus piernas, con la cabeza apoyada en el muslo de mi novia.

Y esos pensamientos no me abandonan en ningún momento.

75

Paloma

PRESENTE

Siete está gimiendo.

Algo va mal. Tanto que me despierto del tirón y suelto un taco mientras estiro un poco los dedos para coger el móvil y ver qué hora es.

¡Mierda! Casi las ocho. Bennett se ha quedado dormido.

Y *sigue* durmiendo. Siete gime y le da unos golpecitos con la pata mientras él duerme bocarriba, moviéndose de vez en cuando y con la piel sonrojada.

Hace más o menos un mes que lo veo un poco extraño. Sin embargo, en los últimos días, la cosa ha ido a peor. Al principio, me culpé por haberle jorobado sus habituales rutinas, esas que tan meticulosamente sigue.

Si hubiese ocurrido solo en este último par de días, lo habría achacado a una mezcla de culpabilidad, enfado y estrés por la situación en general. Pero no ha sido el caso. Lo sé. Algo va mal.

He desarrollado una especie de sexto sentido para todo lo relacionado con Bennett Reiner. Me he pasado más de tres años observándolo intensamente, a escondidas en ciertos momentos y en

público en otros, dejando que los chicos del equipo de hockey tonteasen conmigo con tal de que eso me permitiese estar en su embriagadora presencia ni que fuera un segundo.

—Bennett —le sacudo los hombros hasta que abre los ojos poco a poco.

Me mira como si yo fuese un ser etéreo y levanta la mano para colocármela en la mejilla.

—Qué pasada de sueño... —musita cerrando los ojos, despacio, mientras intenta acurrucarme contra su pecho.

—No, Bennett. Tienes que despertarte. Te has quedado dormido.

Entra en tensión bajo mi cuerpo.

—¿Qué?

—Son las ocho. Tienes que estar en el bus dentro de... ¿qué, una hora?

Al oír mis palabras, salta de la cama y deja su lado deshecho. Quiero preguntarle cómo puedo ayudarlo, pero pasa de mí y murmura algo por lo bajo mientras se desnuda en su vestidor.

Sale con los pantalones de traje puestos, una camisa y la americana. Coge al vuelo un cinturón de los ganchos que tiene en la pared (un cinturón con el que me ha atado las muñecas para un polvo o dos) y se lo pone.

Por un segundo, es como si yo no estuviese aquí. Como si se hubiese olvidado de mí por completo.

—¿Bennett?

Se sobresalta. Se alisa el cuello de esa americana color azul marino y Siete se le sienta a los pies.

—¿Estás bien?

—Sí —contesta. Sonríe, pero le noto el gesto tenso y me da un vuelco el corazón—. ¿Puedes...? ¿Te importa llevarme? Me duele un poco la cabeza.

Solo he llevado a Bennett en coche una vez, cuando estaba borracho, lo cual no suele ocurrir. No recuerdo cuándo fue la última vez que conduje con él en el coche. Aun así, asiento y él hace lo propio mientras sale de la habitación casi abruptamente.

Sin su sudadera de la suerte.

Me quedo petrificada. Me pongo rápidamente el sujetador por debajo de la camiseta de manga larga de Berkshire que he utilizado a modo de pijama, cojo la sudadera y salgo pitando detrás de él. Bennett ya está en el garaje; no se ha molestado en cocinar ni en comer nada. Nada de esto tiene ningún sentido. Algo va mal.

Me espera al lado de la puerta, frotándose el puente de la nariz y las cejas con una sutil mueca en el rostro. Cuando me ve, se endereza.

Conducimos en silencio. Pongo Bon Iver y Ben Howard con la esperanza de que su música favorita lo tranquilice. Bennett me coloca una mano en el muslo, cual ancla, y no la mueve de allí. Y entonces caigo en que debajo de la camiseta llevo solo un bóxer y nada más.

Hay treinta minutos en coche hasta Waterfell, pero conduzco como si nada. Me he ausentado unos cuantos días de la uni, a pesar de que he seguido las clases online para mantenerme al día y poder hacer los proyectos. Entre una carta de Alessia, una de un abogado y otra de mi psicóloga, los profesores se han visto obligados a ser más flexibles conmigo.

Bennett alegó estar enfermo y se saltó las clases que no tenía «permitido» saltarse. Intenté convencerlo para que fuera, pero parecía ansioso y fue dando la conversación por terminada una y otra vez, recurriendo a las duchas o a un revolcón entre las sábanas.

—Oye... —Me inclino por encima de la consola y lo cojo por la americana antes de que le dé tiempo a abrir la puerta—. ¿Seguro que estás bien? Si te pasa algo...

—Estoy bien, P. —dice esbozando una prieta sonrisa—. Nos vemos en el partido.

Dicho esto, salta del coche. Noto cierta pesadez en el pecho. «Aquí hay algo que no cuadra. Piensa».

Cuando ya ha echado a andar hacia el bus, donde veo a casi medio equipo guardando las bolsas, Bennett se detiene y se gira para mirarme. Regresa al coche, se coloca al lado de la puerta del conductor, la abre y me besa con ganas, empotrándome contra el reposacabezas hasta dejarme prácticamente sin aliento.

—Te quiero, P.

—Y yo a ti, Bennett.

Acto seguido, vuelve a marcharse, con la bolsa colgada al hombro. Se ha olvidado la sudadera.

Justo antes de meter la marcha atrás, veo a Rhys Koteskiy saliendo de su elegante BMW y cubriéndose sus castaños mechones con un gorro gris. Antes de que me dé tiempo a repensármelo, vuelvo a apagar el motor y salgo del coche (vestida con la camiseta de Bennett, un bóxer y las zapatillas) y echo a correr tras él.

Menos mal que me he puesto el sujetador antes.

—Eh, Rhys —lo llamo sin alzar demasiado la voz, lo justo para captar su atención.

Se me acerca con el ceño fruncido.

—Dios, Paloma, ¿no te estás helando?

Asiento.

—Sí. Ahora vuelvo al coche y me cambio. Pero es que... Necesito que estés pendiente de Bennett. No está bien.

—¿Qué quieres decir?

—Lo veo... Hay algo que no va bien. Se ha quedado dormido, no ha comido, no ha querido conducir él. —Exhalo y levanto la prenda que tengo en la mano—. No se ha llevado la sudadera.

Rhys abre los ojos como platos y la coge.

—Hecho —responde.

Desvía la vista hacia el bus, como si fuese a echar a correr, y veo que se tensa aún más. Empiezo a alejarme antes de que él me coja con delicadeza por el hombro y me pregunte:

—Oye, tú estás bien, ¿no?

Puede que sea extraño, pero entre nosotros no se respira incomodidad alguna. No me siento rara cuando Rhys está cerca. En su día, estuvimos quedando. Nos besamos. Lo he visto completamente desnudo. Pero..., en comparación con lo que comparto con Bennett, eso parece del todo trivial e insignificante. Y, si bien Rhys siempre fue amable conmigo, estoy segura de que él opina lo mismo del tiempo que pasamos juntos.

Lo he visto con Sadie. Es como si hubiese un hilo que los uniera. Rhys admira todo lo que hace ella. La quiere. Y Sadie lo quiere a él.

Además, ahora mismo, Rhys y yo solo tenemos un mismo interés en común: Bennett Reiner.

Rhys se pasa los dedos por los mechones de pelo que le caen por debajo del gorro.

—Intenté hablar con Bennett para preguntárselo. Sadie ha estado preocupadísima. Pero... Ben me dijo más bien poco. Y quiero asegurarme de que tú estés bien.

—Estoy... No, no estoy bien. Pero lo estaré.

Asiente con una sonrisa, como si mi respuesta significara mucho para él porque no he intentado camuflarla con un «Todo en orden».

—Genial. ¿Me haces un favor y llamas a Sadie?

—Claro. Siempre y cuando tú cuides de Bennett.

—Hecho.

Rhys se ríe y me estrecha la mano con cierto dramatismo.

76

Bennet

PRESENTE

«Respira. Respira. Respira».

No me sirve. Nada me está sirviendo. Soy incapaz de tomar una maldita bocanada de aire y llenarme los pulmones. Solo puedo respirar de forma entrecortada, lo cual no me aporta alivio alguno.

Solo una vez más...

No ayuda. Mis pensamientos van a peor mientras me quito todas las protecciones y empiezo a atármelas otra vez.

Rodilleras. Primero la izquierda; luego, la derecha.

Engancho el *strap* elástico de la guarda al patín. Primero ato la parte superior y luego paso la tira por detrás de la cuchilla hasta dejarlo todo bien sujeto. Repito el mismo patrón con el pie derecho.

«Vuelve a revisarlo. Hay uno suelto y se te moverá. No es seguro».

Lo reviso otra vez. Quito la tira y vuelvo a sujetarla debajo de la cuchilla hasta dejarla bien atada. Y otra vez.

Me pongo las guardas. Primero la izquierda y luego la derecha, y reajusto el velcro tres veces hasta que mis manos están dispuestas a dejarlo correr. Sin embargo, cuando hago ademán de coger el peto

del pecho, me doy cuenta de que estoy temblando y de que tengo los dedos entumecidos. Al colocármelo, me siento como si tuviese una soga alrededor del cuello.

«Mal. Está mal. Hazlo otra vez».

Son solo las protecciones. Lo he hecho todo bien. Lo he hecho ya mil veces. Calma.

«Vuelve a revisarlo».

Me da un vuelco el corazón y el sudor empieza a gotearme del pelo. Quiero coger el móvil y llamar a mi padre. O a Paloma. Quiero que entre Rhys y me vea y me ayude...

«Egoísta. No los atosigues. Céntrate. Vuelve a revisarlo».

Con manos temblorosas, me quito el peto que me medio cuelga del pecho y lo tiro al suelo de un vestuario que no conozco. Intento ponerme de pie, como si fuese a coger la bolsa, pero me resbalan los patines bajo mi peso, me desequilibro y trastabillo hacia atrás y acabo con la espalda desnuda empotrada contra las despiadadas tiras de madera del casillero.

«Respira. Para de hacer esto. Respira...».

No puedo, no puedo, no puedo.

Lo que más odio de mí, destrozado.

Abandonado en este suelo de goma resistente; implacable, irreflexivo.

A falta de lo que me mantenía entero, todo lo que soy se derrumba a mi alrededor, como páginas de un libro que he hecho trizas. Recuerdos esparcidos y yo sigo. Sin. Poder...

«Piensa en el agua», oigo que me dice su voz, sedosa, aunque creo que ni siquiera es algo que me haya dicho jamás, no es ningún

recuerdo. Pero es algo. Y me aferro a ello. «Piensa en el agua. Inténtalo».

Nada sirve. Ni siquiera pensar que puedo tratar de ponerme las protecciones de nuevo, como si atármelas bien fuera a convertirme en una especie de títere de mí mismo y plantarme delante de la portería y fingir. Solo un rato más. Solo un partido más.

Al pensar en el partido, aumenta la presión que noto en los hombros y el peso del miedo y la ansiedad. Me dejo caer hasta quedar sentado. Ya vuelvo a estar en la puta casilla de salida; por lo visto, estuve destinado a esto desde buen principio. A hundirme en silencio en la distancia.

Respiro como buenamente puedo, presa del pánico. Tengo el pecho agitado y la piel me arde. Me está dando un ataque de pánico y ya no estoy siendo para nada discreto. Se me escapa algo parecido a unos desesperados y jadeantes sollozos.

—Hostia puta.

Casi no puedo levantar la vista para ver quién es. Solo muevo un poco la barbilla y me encuentro con Toren Kane retrocediendo, completamente vestido y con los patines puestos. Se quita el casco, lo deja en el suelo, viene directo hacia mí y se arrodilla en el suelo.

—Joder, Reiner, respira —me suplica—. ¿Te importa si te toco?

Prácticamente, no puedo ni negar con la cabeza. Toren me pasa un brazo por los hombros y me da un fuerte apretón. Noto el roce de su camiseta en mi cuello desnudo. Extrañamente, ese gesto me alivia. Se separa y me va pasando las manos por los brazos, apretándomelos hasta llegar a mis manos, entumecidas.

Por un segundo, me siento como si estuviese clavándome unas agujas. Sin embargo, esa sensación empieza a dar paso a una mejor,

más cálida.

—¿Puedes respirar conmigo? ¿Así? —Inhala exageradamente y yo lo imito una y otra vez, despacio, hasta que mis respiraciones erráticas y tan aceleradas vuelven a la normalidad—. Eso es. Muy bien.

Entra alguien, pero no alzo la vista. No puedo. Todavía no.

—¿Qué...?

—Calla y ven, Koteskiy —le ordena Toren con un tono que nada tiene de mordaz. Vuelve a apretarme las manos—. Eres su mejor amigo. Te necesita a ti, no a mí.

No puedo hablar. Se me ha secado la boca. Toren me suelta las manos y da un paso al lado, dejando que mi mejor amigo ocupe su lugar. Veo a Rhys con una de nuestras clásicas camisetas azul marino de los Waterfell puesta y su castaña melena despeinada (cortesía del casco). Me mira aterrado con sus ojos marrones abiertos como platos.

Se agacha frente a mí y me mira a los ojos; su sola presencia me reconforta, me tranquiliza. Rhys ha estado siempre a mi lado, desde que tengo uso de razón.

—¿Bennett? —me llama.

—Solo es... un ataque... de pánico...

Rhys abre aún más los ojos, pero asiente.

—Vale. De acuerdo.

Se levanta y casi trastabilla con los patines puestos mientras se acerca a su bolsa y rebusca.

—¿Cómo lo has sabido? —le pregunto a Toren, todavía un poco falto de aliento.

Él se encoge de hombros con los brazos cruzados.

—Pues... Eh... Una persona muy cercana a mí solía sufrirlos. Bueno, no eran exactamente ataques de pánico, pero sí algo parecido. He... he visto que necesitabas ayuda. —Se encoge de nuevo y aparta la mirada—. Me voy a...

Señala hacia atrás con el pulgar y se disculpa. Me pregunto si es consciente de que, al marcharse, lo vemos con otros ojos. Puede que acabe de convertirse definitivamente en uno más de nuestro equipo; sobre todo, para Rhys. Puedo verlo en su mirada cuando la desvía hacia donde hace un momento estaba Toren.

—Toma —me dice mi mejor amigo pasándome su móvil y unos auriculares con cable ya conectados—. La música me ayuda. Igual a ti también te viene bien.

Parece saber lo que dice, así que me pongo un auricular y le doy al *play* mientras dejo que la música entre por mi oído derecho.

—¿Qué pasa? —pregunta el entrenador Harris, entrando en el vestuario. Rhys se levanta casi de forma protectora a mi lado—. Reiner, ¿te has lesionado?

—No. Estoy... —Niego con la cabeza. No me he lesionado, pero tampoco me veo capaz de decirle que «estoy bien»—. Me ha dado un ataque. Necesito un segundo.

Harris asiente y cruza los brazos a la altura de su ancho pecho. Consulta la hora en el reloj de muñeca, desvía la vista hacia el pasillo que da a los túneles y hace una señal con la mano. Veo que, en ese momento, Toren vuelve a entrar, pero esta vez con Paloma y mi padre detrás.

Mi padre viene corriendo hacia mí. Veo algo parecido al miedo en su rostro. Hago un gesto con la mano para quitármelo de encima y me levanto.

—Estoy bien. Puedo jugar...

—No puedes jugar ni de coña —espeta él—. Nos vamos a casa.

Una extraña mezcla de alivio y enfado se apodera de mí. Me muero de ganas de largarme del complejo, de cerrar los ojos un segundo, de descansar. Pero también me muero de ganas de estar ahí para mi equipo y no fallarles. Sobre todo, a Rhys.

«Se ha esmerado toda su vida para esto. Consiguió salir de ese oscuro pozo sin tu ayuda. Y tú lo abandonarías...».

Sacudo la cabeza para deshacerme de esos pensamientos, pero solo consigo que me duela aún más la cabeza. Tanto que trastabillo hacia un lado, aunque solo sea un poco.

Alguien me envuelve por el torso. Rhys por la izquierda y Paloma por la derecha, que levanta sus ojos marrones para mirarme por debajo de ese montón de despeinados rizos rubios.

—Hola, P. —susurro.

Me dedica una sonrisa, por minúscula que sea.

—Hola, Bennett. —Le subo la mano por la espalda hasta rozarle las puntas del pelo y entrelazar sus mechones con mis dedos—. ¿Estás bien?

Niego con la cabeza y esbozo una sutil y pesarosa sonrisa. Oigo las voces de Harris y mi padre a lo lejos, en segundo plano. Rhys permanece como un pilar resistente a mi lado, sin soltarme, sujetándome como lleva haciendo desde que era un crío.

Paloma asiente y se acurruca aún más junto a mí.

—No pasa nada. No hace falta que lo estés. —Gira la cara para darme un beso en mi sudoroso pecho—. Te quiero.

Cierro los ojos e inhalo.

77

Bennet

PRESENTE

No me dejan jugar.

Es una decisión colectiva, pero no me molesta. A lo mejor debería, teniendo en cuenta que es el último partido de mi última final del Frozen Four como portero de los Waterfell Wolves. Pero soy más que eso. Mi equipo lo sabe y pueden hacerlo sin mí. Además, Connor Mercer, mi compañero, es un portero fantástico. Si confiara un poco más en sí mismo, sería muchísimo mejor que yo. De todos modos, sé que puedo fiarme de él. Sé que mi equipo lo hace.

Paloma no ha opinado, pero juro que he notado que se aliviaba cuando he cedido ante la insistencia de los demás.

Aunque sí se ha empeñado en que volviésemos a Beacon Hill con mi padre.

—Creo que deberías decírselo —me ha comentado ya fuera del complejo deportivo, frente al todoterreno de mi padre. Me ha recolocado el gorro, en un gesto inconsciente de cariño por su parte —. Lo de cómo te sientes con el hockey.

—Ya, puede...

Así que ahora me encuentro despatarrado y callado en el asiento del copiloto del Clase G negro de mi padre mientras él conduce. El dolor de cabeza mengua poco a poco. Paloma está detrás, sentada en el medio, calmada y en silencio. Firme.

Mi padre es un libro abierto respecto a sus emociones. No sé si es que siempre ha sido así o si adoptó esa costumbre cuando yo era más pequeño, para que me costara menos entenderlo. Durante mucho tiempo, con él me sentía más a salvo que con nadie más porque era capaz de entender todo lo que me decía y sentía mi padre. De pequeño pensaba que era porque compartíamos ese vínculo. Nada más. Ahora creo que tal vez fuera él quien cambió para que fuera así.

O a lo mejor es una mezcla de ambas cosas.

Desvío la vista por el retrovisor. Paloma asiente y me sonríe a la vez que levanta las manos para mostrarme los pulgares y animarme en silencio. Parece relajada y feliz, y me mira con una pizca de orgullo en los ojos.

No me observa como si realmente acabase de venirme abajo y hubiese dejado tirado a mi equipo justo antes del partido más importante de la temporada, uno al que ella también tenía que asistir. Paloma me mira igual que tantos años atrás, como si yo fuese fuerte. Sólido e impenetrable.

Me pregunto si sabrá que quien me ha ayudado a ser fuerte, para empezar, ha sido ella.

De todos modos, sigue costándome volver a conversar así con mi padre; es como una de esas puertas que crujen y que hay que forzar para abrir. Toso un poco y me aclaro la voz en un intento por hablar, a pesar de notar que tengo la garganta cerrada.

—No... no quiero seguir jugando al hockey.

Mi padre aparca en la entrada, despacio. De repente veo que tiene la mandíbula apretada y las mejillas húmedas. Está llorando. Para el motor y se frota los ojos con dureza.

No. No solo está llorando. Está sollozando abiertamente.

—Te quiero —dice girándose hacia mí por encima de la consola. Sus ojos son idénticos a los míos, de un azul profundamente abismal. Me coge por la nuca y me acerca a él—. Te quiero, Bennett. Más que a nada en este puñetero mundo. Eres una de las pocas cosas buenas que tengo en la vida; lo único que he hecho que haya merecido la pena es ser tu padre. Y estoy jodidamente orgulloso de ti. Y... —Le tiembla la voz—. Y lo siento muchísimo, joder. Por todo.

Niego con la cabeza y me separo de él. Mi padre deja reposar la mano en mi hombro y me da un apretón, como si no quisiera romper el contacto.

—No has... ¿Por qué te disculpas?

—Porque tu pasión nunca ha sido el hockey. Y yo lo sabía.

—¿Ah, sí? —le pregunto desviando la vista hacia Paloma y su tierna sonrisa.

Mi padre se ríe, pero su risa es ahogada y entrecortada.

—Soy tu padre, Ben. Siempre estoy pendiente de ti. Pero siempre dijiste que querías jugar. Y yo soy un puto egoísta que..., que dejó que siguieras haciéndolo. Porque así compartíamos algo; una parte de mí y de mis sueños vivía en ti. Y... —Deja la frase a medias, aparta la mirada y la clava en el volante—. Y he sido un padre de mierda. No he... Hice algo mal o dejé que pasara algo y tú has acabado resentido conmigo. Y sigo sin poder descifrar qué es ese algo. Y luego está lo de hoy... ¿Verte sufriendo así y tan aterrado? ¿Y

yo sin hacer nada? Lo siento muchísimo, Bennett. Te quiero mucho, ¿lo sabes?

—Sí —me limito a responder, porque me he quedado petrificado y no se me ocurre qué otra cosa puedo decir.

Mi padre asiente, frotándose los ojos.

—Vale. —Vuelve a exhalar tembloroso—. No sé qué hice para que lo pasaras mal, pero, si me dejas, lo arreglaré. No... —Se le corta la voz—. No soporto la distancia que hay ahora entre nosotros, Ben. Eres mi mundo entero.

Se me encoge tanto el pecho que me lo froto. Me siento completamente vulnerable, aunque el ataque de pánico de antes también me ha dejado agotado.

—Eh... Igual podemos entrar y hablar —sugiero en voz baja y tono amable—. Y puedo preparar algo de comer. Tengo... muchísima hambre.

A mi padre se le curvan muy sutilmente los labios y asiente.



Paloma y Siete están arriba, en mi cuarto. Le he dicho que se duchara y que cogiera tantos tentempiés que, al final, ha acabado con los brazos llenos de comida. Antes de que se fuera, la besé rápidamente en la comisura de los labios. Ella ha murmurado algo y ha dado media vuelta; mi perro la ha seguido, no sin antes acercarme el hocico a la mano para asegurarse de que yo estuviera bien.

Me alegro de volver a tener a Paloma cerca; sobre todo, en la casa de Beacon Hill. Esto de estar tan públicamente enamorado de ella

otra vez me sienta de maravilla.

De modo que, consciente de que Paloma está aquí, duchándose en *mi* habitación, relajándose con *mi* ropa puesta, en *mi* cama y con *mi* perro, me pongo a cocinar.

Decirle a tu padre que estás casi seguro de que lleva años enamorado de la mujer de su mejor amigo resulta incómodo. Igual que decirle que verlo haciéndose daño a sí mismo de esta forma convirtió la compasión en resentimiento. Todos los pensamientos que tan lógicos son en mi cabeza parecen absurdos cuando intento explicarlos. Sin embargo, mi padre se limita a escuchar sin interrumpirme, sentado en la encimera de la cocina y asintiendo con discreción.

Sé que le cuesta. Él siempre con el corazón en la mano; sé que está manteniendo una expresión seria y calmada a propósito.

Termino de contárselo todo justo a la vez que emplato la comida: pollo al limón con parmesano, patatas asadas y verduras. Y ensalada de pasta italiana que hice a principios de semana, a modo de acompañamiento.

Me encojo de hombros y le aparto la mirada.

—No quería alejarte de mi vida. Pero yo ya estaba pasándolo mal..., y verte con ellos... Qué sé yo. Me costaba.

Al oír esto, mi padre se ríe echando la cabeza hacia atrás y me sonríe de oreja a oreja.

—Max me pegaría una buena paliza si pensara que quiero a Anna solo para mí, Ben; puede que incluso me *matara*. —Sacude la cabeza—. No olvides que nos conocimos a los veinte y, al cabo de unos años, Max encontró a Anna. Fuimos inseparables. Eran..., era mi gente. Mi familia. Y los quiero. Siempre los querré. Y sí: en esa

época hicimos alguna que otra locura descabellada los tres juntos. —Ríe y se le ilumina la mirada al acordarse de eso—. Pero Max y Anna son almas gemelas. Y me encanta que estén juntos. Si te pareció que yo deseaba algo era... afecto. Amor. Devoción, nunca... Si te soy sincero, durante mucho tiempo pensé que todo eso no estaba en mí. Que yo no era lo suficientemente bueno como para merecerlo.

Se me cierra la garganta.

—Pero entonces Helen te tuvo a ti. Fui padre. Y vino al mundo una persona a quien yo podía darle todo mi amor y a quien podía cuidar; una persona que me querría. Y, Dios, Bennett, te quiero tantísimo... —Se le tensa la voz—. Solo necesitaba eso, ¿de acuerdo?

—No solo necesitas eso —respondo—. No pasa nada por que quieras más. Quiero que seas feliz.

Asiente.

—Estoy intentándolo. —Le centellea la mirada; a pesar de lo intenso de la conversación, recupera ese aire pícaro y casi bobalicón —. Total, siempre he sido el soltero más codiciado de todo Boston. Igual debería darle otra oportunidad a las citas.

—¿Sí? —Me río.

Mi padre asiente.

—Si Alessia alguna vez deja que vuelva a estar a menos de metro y medio o dos de ella, me lanzaré a la piscina.

Está siendo muy crítico consigo mismo, pero ya no estamos hablando de lágrimas y frustración.

—Me parece bien. —Asiento y clavo la vista en el punto donde estoy deletreando palabras con los dedos en la encimera—. Y te prometo que no..., que no me saltaré la terapia nunca más, ¿vale? Y

a lo mejor podríamos volver a cenar juntos después de las sesiones... Si te apetece.

La paz inunda el rostro de mi padre, que cierra los ojos.

—No hay nada que me apetezca más en este mundo, Ben —responde. Me da un apretón en el hombro—. Venga, ve a darle de comer a tu novia y a ver jugar a tus amigos —añade, y me despeina antes de irse de la cocina—. Yo voy a salir.

—De acuerdo —asiento, y pongo el resto de la comida en el tercer plato que ya había preparado mi padre.

—Parece que está mejor. Paloma, quiero decir —comenta, y me mira con los ojos bien abiertos—. Espero que sepa que todos la queremos mucho.

Se me encoge el corazón.

—Sí. Creo que tardará un poco de tiempo, pero... —Me encojo de hombros y sonrío alegre—. Estoy dispuesto a esperar.

—Yo también, Ben.



Los ojos de Paloma son como dos pozos marrones. Está sentada cómodamente en mi cama, con el ceño fruncido y cara de preocupación, con Siete acurrucado a su lado. Ya ha puesto el partido del Frozen Four en mi portátil. Se ha duchado, pero se ha vuelto a poner *mi* sudadera de hockey, lo cual hace que me entren muchas ganas de poseerla. Tiene su rubia melena mojada, pero no se la ha peinado.

Sonrío y veo que tiene el cepillo al lado.

—No hace falta que...

—No lo cambiaría por nada, P. —digo, acercándome a su lado y dándole un beso en la frente—. Deja que me duche en un santiamén primero, ¿de acuerdo?

Asiente y masculla no sé qué mientras se lleva un puñado de galletas de queso a la boca, antes de que yo le quite la bolsa y la reemplace por comida de verdad.

—Come. Ahora vuelvo.

—Sí, señor —responde.

Está bromeando, pero me afecta por igual. Me arde la cara y la nuca, y me sonrojo. Me sacudo un segundo para deshacerme de esa reacción, me meto en la ducha y vuelvo a vestirme enseguida para poder cepillarle el pelo a Paloma Blake.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras le paso el cepillo con delicadeza.

Como ya se le ha secado un poco más, cuesta un poco deshacerle los enredos y los nudos, pero me lo tomo con calma.

—Estoy bien, P. —contesto—. ¿Te he agobiado?

Exhala y pone los ojos en blanco, recostándose contra mi pecho.

—Dios, no. Me has preocupado, eso sí. Y no he... —Traga saliva con fuerza y se le mueve la nuez—. Quiero estar ahí para ti. Me preocupaba no haberlo hecho bien. —Se le escapa una sutil risa y añade—: Sigo aprendiendo.

La beso. Porque puedo y punto.

—Has sido más constante de lo que tú crees, amor. Gracias por estar ahí hoy, apoyándome con mi padre. Eres la única que sabía cómo me sentía con todo esto, me has entendido desde el día que nos conocimos y no me has pedido que cambiara. Jamás has querido que cambiara.

Vuelvo a besarle su delicada mejilla y la giro muy sutilmente en mis brazos para observar la devoción que flota en esos cálidos ojos marrones. Una devoción igual que la mía.

Paloma es perfecta. Extremadamente fuerte, preciosa y lista. Y dedicaré felizmente el resto de mi vida a asegurarme de que sepa, a diario, que la quiero y que se lo merece todo.

No quiero que llegue ni un solo día en el que no esté así: acurrucada en mis brazos. Pero, si el resultado es este, volvería a sufrirlo todo de nuevo.

—Eres consciente de todo lo que siento por ti, ¿verdad? —me pregunta frunciendo un poco el ceño y levantando la vista para mirarme—. Me quisiste a pesar de todo. Incluso cuando me alejé o estuve pasándolo mal... Lo que fuera. Nunca me sentí sola porque sabía que te tenía a ti, aunque me privara de estar contigo.

Siento una punzada en el corazón, pero asiento. Paloma levanta la mano para colocármela en el pecho, como si supiera dónde me duele.

—Que Rhys sufriese ataques de pánico, que a tu madre le costara aceptarte, que tu padre se sintiera solo... No tienes la culpa de nada de eso, ¿lo sabes, no?

—Sí.

No es verdad, pero estoy intentando recordármelo.

—Nunca podrías haber evitado que Ethan me hiciera lo que me hizo. Ni ahora ni antes de conocerme. —A pesar de decir eso, sonríe —. Aunque sé que tu cabecita y ese inmenso corazón que tienes en tu enorme cuerpo han intentado dar con un sinfín de razones que te hacen pensar que, en cierto modo, sí podrías haberlo hecho.

La miro negando con la cabeza, aunque lleva razón. He entrado en un bucle brutal desde que me enteré de lo que le hizo Ethan. De lo que yo permití que...

—Si te culpas a ti mismo —dice ahora en voz más baja—, no me queda otra que culparme a mí también. Porque no te lo dije.

—P., no...

Me mira con tanta dureza que dejo la frase a medias y asiento.

—No puedes seguir saltándote las sesiones de terapia, Bennett. —Paloma estira el brazo y me coge la mandíbula con una mano, acariciando mi incipiente barba con el pulgar—. Tu preciosa mente y tu corazón son demasiado importantes. Tienes que cuidarlos.

Le cubro la mano con la mía y le acaricio la piel con delicadeza.

—De acuerdo, P. Lo haré.

—Te quiero —suspira.

Es como si estuviese clavándome esas palabras directamente en el corazón.

—Déjame tocarte el pelo —le pido en un susurro, recitando el poema que escribí para ella hace meses mientras le hundo las manos—. Enrollarlo entre mis dedos; agarrártelo con más fuerza cuanto más te alejes de mí. Deja que me hunda en ti.

Paloma deja que la empuje contra el colchón y se coloca como si nada bajo mi cuerpo mientras nos medio olvidamos del partido que tenemos puesto en el ordenador, que yo aparto a un lado. Más que verlo, noto que Siete se levanta cuando nos movemos y se va a su cama, esa que tiene en la esquina de mi habitación.

Beso a Paloma en los labios, el pelo, el cuello y me acerco de nuevo a su oído.

—Déjame coser mi alma a la tuya como una colcha de retales en una playa sin arena —le susurro bajándole mi jersey de hockey por el hombro para hundirle la boca en la piel—. Solos tú y yo. Y el agua entre nosotros.

78

Bennet

PRESENTE: DOS MESES DESPUÉS

Los gritos son ensordecedores. Paloma silba tan fuerte desde la segunda fila que me sonrojo y la miro, sacudiendo la cabeza.

Le centellea la mirada, pero no es la única que está animándome. También la sigue el coro formado por mi equipo y mi familia: Rhys y Sadie, Freddy y Ro, Holden e incluso Toren Kane y el entrenador Harris; es como si hubiesen venido juntos. A la derecha de Paloma veo a Lily; al otro lado, están Alessia y mi padre: ella es más comedida que él, que grita con las manos alrededor de la boca.

Las otras pocas personas que hay en este auditorio casi vacío parecen molestas o se ríen, genuinamente sorprendidas por el espectáculo. Normal. Están tratando un recital de poesía como si fuesen las finales de la Copa Stanley.

Se han mostrado pacientes y sutilmente menos entusiasmados durante el resto del recital. De todos modos, agradezco ser el último, porque así mi equipo de animación personal no ha eclipsado al resto de los compañeros que también han venido a recitar poemas.

El doctor Britton da un paso al frente, mirándome sonriente y sacudiendo la cabeza. Se gira para pronunciar su discurso de

clausura.

Todo el mundo se dispersa. Voy hacia la parte delantera del escenario y me siento en el borde mientras mi familia y amigos se acercan para felicitarme. Los primeros en llegar son Sadie y Rhys, con Freddy a su lado, que lleva a Ro cogida del brazo.

—Ha sido precioso —dice Ro sonriendo con ternura—. Lo has recitado superbién.

Freddy gruñe y comenta:

—Es más alto que nosotros dos, cocina y, ahora, encima, ¿escribe poemas? —Ladea la cabeza hacia el hombro de Rhys y añade—: Tenemos que ponerle freno.

Mi mejor amigo se limita a esbozar una sonrisa casi cegadora y me da un golpe en la rodilla con la mano.

—Ha sido una pasada, Ben. En serio —me dice.

—Tu padre estaba llorando —musita Sadie, sonriendo y señalándolo con la barbilla.

Mi padre está secándose los ojos mientras se acerca a nuestro círculo. Detrás de él veo a Paloma Blake con un modesto ramo de rosas blancas, peonías y eucalipto envuelto con papel de periódico.

Está preciosa. Se ha puesto un vestido de lino color crema y una cazadora vaquera con coloridos bordados en los bolsillos. Es todo de una tienda de segunda mano; lo sé porque Paloma se puso contentísima cuando lo encontró. Se llevó a su compañera de piso a su primera sesión de compras en ese tipo de tiendas, aunque a Lily no le entusiasmaba para nada ponerse «ropa de otra gente».

—Hermosas palabras —dice colocándose entre mis piernas.

También lleva unas botas marrones de tacón que repiquetean por el suelo de linóleo. Salto del escenario para quedar de pie frente a

ella, la abrazo con toda mi alma y le doy un beso en la mejilla.

—Bonito pelo —respondo entrelazándole los dedos con los mechones—. ¿Son para mí?

Paloma asiente, se separa y me pasa unas flores.

—Por tu primera actuación.

—Es un recital.

Se encoge de hombros y sus ojos marrones centellean.

—¿Sabes una cosa? Ha ido fenomenal. Estoy... muy orgullosa de ti.

Es como si tuviese champán burbujeando en mi interior. Me pongo aún más contento.

—¿Sí?

—Sí —responde ella.

Vuelvo a abrazarla contra mi pecho, envolviéndola con un brazo para pegarla más a mí. Nuestros amigos ríen y se ponen a hacer planes. Mi padre me da un apretón en el hombro y asiente. Sigue con los ojos húmedos, pero su sonrisa es prácticamente cegadora.

—Era para ti —susurro con los labios pegados al oído de Paloma —. Todos lo son.

Ella se relaja aún entre mis brazos y responde:

—Lo sé.



—Si me hubiese jugado algo a quién iba a llorar hoy, nunca habría apostado por Sadie Brown —musita mi padre, colocándose a mi lado con unas cuantas cajas en la mano.

Me detengo y miro a Sadie, que está de brazos cruzados, cerrando los ojos con fuerza y casi escondiéndose al lado de mi coche. Es como si estuviese intentando desesperadamente mantener la compostura por Rhys.

—Hey —digo acercándome.

—Ya lo sé —suelta, a pesar de que suena desganada—. Nueva York está solo a cuatro horas y puedo ir en tren. Y tampoco está tan mal; puedo visitarlo siempre que...

Alza un poco más la voz con cada palabra; yo levanto las manos, para intentar calmarla.

—No iba a decir nada de eso.

Al oír mis palabras, Sadie me mira con sus felinos ojos grises enrojecidos y llenos de tristeza.

—No quiero que me vea así de afectada...

—No hace falta que vayas de dura... para estar con él. Para merecer estar con él. —Me paso la mano por el pelo—. Lo sabes, ¿no? Cuando os conocisteis, Rhys estaba fatal. Y te enamoraste de él igualmente.

Sadie se muerde el labio y desvía la vista hacia la puerta donde se encuentran Rhys y Max. Mi mejor amigo fija los ojos en los de su novia de inmediato, como si fuesen un imán, y frunce el ceño al atisbar la angustia que ella intenta esconder con tanta desesperación.

—Además... —Bajo la voz mientras Rhys atraviesa el jardín para venir hacia nosotros—. Yo diría que es muy normal que llores porque vas a echar de menos a tu novio.

—Hey. ¿Todo bien por aquí?

En cuanto echo a andar hacia casa, Freddy se me acerca y me da un golpe en plan de broma en la visera de la gorra que llevo puesta del revés.

—Oye, he vuelto a hablar con Paloma —me cuenta señalándome sutilmente con la cabeza. Me evita la mirada y repiquetea con los pies un poco demasiado fuerte—. Solo quería que lo supieras. Ha estado... bien. Supongo que ha sido buena idea hablar del tema.

Freddy no entró en detalles, como tampoco lo hizo Paloma; sin embargo, el otro día, después del desayuno familiar, preguntó si podía hablar con ella. Según me contó Ro con su amable y dulce voz, el pasado de Paloma y el de Freddy tienen cierta similitud. Y a lo mejor eso les permitía encontrar consuelo el uno en el otro; al menos, un poco, ni que fuera. Cuando Freddy regresó a la mesa, le di un abrazo; algo que nunca habíamos hecho.

—Me alegro de que os tengáis el uno al otro —le digo.

Él me sonríe cálida y genuinamente. Me da un apretón en el hombro y pregunta lo mismo que Rhys hace nada:

—¿Todo bien, Reiny?

—Sí —respondo—. Todo bien.

Rhys nos mira y yo sonrío. Me separo, no sin antes mirar a mi amigo y asentir brevemente con la cabeza. Porque sí: estoy bien.

Mi psicóloga y yo hemos hablado largo y tendido de mis pensamientos obsesivos. A pesar de que a veces siguen atormentándome, ahora los puedo gestionar mejor. Sé qué hacer o qué pasos seguir para tranquilizarme, de modo que me siento más preparado.

Ahora bien: en la última sesión, hablamos de los cambios que están por venir. Todos mis amigos se han graduado y han seguido

sus respectivos caminos, mientras que yo me he quedado en Waterfell. Como cambié de carrera, tengo que hacer un semestre más para acabar los estudios.

Sin embargo, puesto que Rhys y Freddy se han marchado (uno para jugar con los Ranger y el otro para hacerlo con los Dallas), yo también he decidido mudarme; de momento, me he ido a vivir con mi padre. Beacon Hill está a una hora del campus (cuando no hay tráfico), pero, para dos meses que me quedan, no me importa.

Y luego... ¿Quién sabe lo que vendrá luego? Hace años se me habría comido la ansiedad al pensar en el futuro. Ahora, en cambio, puedo imaginármelo y es brillante; lo único que pasa es que, por ahora, desconozco los detalles. Y estoy aprendiendo que no pasa nada.

No todo el mundo tiene que saber qué quiere ser y qué espera de la vida a los veintiuno. Es *normal* que no lo sepa.

79

Paloma

PRESENTE

—Podemos tomárnoslo con calma y, si quieres parar, paramos. Tú decides, Paloma —dice la doctora Sutton con un tono de voz calmado que me relaja.

Si me lo hubiese pedido hace meses, creo que habría petado. O no habría vuelto a presentarme a ninguna otra sesión.

Sin embargo, ahora me siento distinta al hablar de este tema. No necesariamente mejor, pero al menos sí siento que soy más fuerte. Que me defendiera a mí misma ese día hizo que en mi cabeza comenzara a repetirse otro mantra: «Él no puede hacerme daño. Pero yo sí puedo hacérselo a él».

Tal vez no sea muy sano, pero, de momento, funciona.

Durante las sesiones que he tenido con mi psicóloga a lo largo de los últimos cinco meses, hemos hablado en círculos sobre mi madre, mi trauma y también de Ethan, pero nunca hemos entrado en detalles. Pero ahora quiero que lo comentemos todo. Soltarlo todo. Aprender algo y sentirme mejor al respecto, si es que es posible.

Tal vez sea todo cuestión de tiempo. Todavía faltan unos cuantos meses para que Ethan tenga que presentarse ante un juez; sin

embargo, muchas chicas y mujeres han accedido a apoyarme y a testificar, cosa que me ha dado algo que no esperaba: esperanza. Me ha hecho sentir que no estoy sola.

Me pasé muchísimo tiempo echándole la culpa a mi yo del pasado por haber sido tan tonta como para idealizar la situación. Por haberse metido en ese embrollo. Por haberse rebajado y arrastrado tanto, como si eso me hubiese podido asegurar que me mostraría algún afecto.

Me culpé por pensar que había pedido algo, a sabiendas de que no había sido nunca el caso.

Es un proceso. Aceptar todo esto. Volver a quererme y a cuidarme. Pero estoy trabajando en ello.

—¿Preparada? —me pregunta la doctora Sutton.

Asiento.



Cuando termino, Bennett está esperándome aparcado en la calle y sentado en el coche. Encuentro un café con mucho azúcar en el posavasos, un cojín en mi asiento y a Siete en la parte trasera. Todo igual que siempre que viene a recogerme a terapia.

A veces viene a buscarme Alessia; si no estoy demasiado cansada, solemos ir a la peluquería y a hacernos la manicura. Sin embargo, los días en que salgo más cargada, agradezco tener a Bennett a mi lado.

Mi cálido apoyo. Mi firme orilla.

—Hola, P. —me dice, inclinándose por encima de la consola para besarme. Me acaricia el nacimiento del pelo con la mano y me

acomoda unos cuantos mechones detrás de la oreja mientras me estudia la cara—. ¿Estás bien?

Siete me apoya el hocico en el hombro para frotarme la mejilla y yo le doy un beso.

Sonrío.

—Estoy bien. Hoy ha ido bien. —Cojo el café y le doy un largo y relajante sorbo. A pesar de que sea un cálido día de primavera, está caliente—. De hecho, creo que me apetece ir a nadar.

A Bennett le centellean esos ojos azules como el océano.

—¿Sí? Pues dejo a Siete y vamos.

Vuelve a colocarse las gafas de sol y se adentra en la carretera. Pone música y baja las ventanillas para que yo pueda disfrutar un poquito más del sol.

Ahora Bennett nada conmigo, a pesar de que, como es tan grande y yo nado deprisa, podría adelantarlo sin problemas. A él también le resulta terapéutico en más de un sentido. Aunque le gusta más nadar en el mar.

En lugar de ir a nuestra piscina de entrenamiento habitual, vamos a la exterior. Hay unos cuantos estudiantes más aprovechando los pocos días que quedan para la graduación, cogiendo algo de color y salpicándose entre sí. Bennett y yo nos metemos en la parte honda de la piscina; él hace pie y yo nado en círculos a su alrededor, acariciándolo como si nada y salpicándolo de vez en cuando hasta que acaba con los rizos mojados y bien marcados.

—¿Tienes ganas de que llegue esta noche? —se interesa cogiéndome por la cintura y sujetándome.

Hoy toca fiesta de pijamas. La ha organizado Ro Shariff, que es quien tuvo la idea. Nos ha invitado a Sadie, a mí y a Lily a la

Hockey-morada (que ya está medio vacía), mientras los chicos se pasan la noche jugando a los videojuegos con Oliver y Liam en casa de los Koteskiy.

Asiento.

—Es la primera fiesta de pijamas de Lily. Y la mía.

—Lo sé. —Bennett asiente y se enreda uno de mis mojados mechones en el dedo—. Lo pasaréis genial. Aunque... no hagáis ninguna locura.

Se me curvan los labios.

—Pero si ya había contratado a un estríper...

Me hunde bajo el agua y me vuelve a sacar mientras escupo, río y sacudo la cabeza para mojarlo con el pelo, como si fuese un perro.

—Ja, ja. Qué graciosa.

Baja un poco la cara y me besa en los labios, robándome el aliento y cualquier otra broma que tuviese pensado hacer.

—¿Puedo lavarte el pelo? ¿Antes de que te vayas?

Accedo enseguida, con las mejillas sonrosadas, y salgo de la piscina arrastrando a Bennett tras de mí. Las ganas que le tengo siempre están a punto de superarme, y más ahora, que está chorreando, con el pelo mojado y los ojos centelleantes bajo la luz del sol.

El hilo que nos mantiene unidos el uno al otro se tensa aún más. Años de dolor, de aflicción y de frustración... No lo repetiría todo exactamente igual, pero, si con eso he conseguido llegar hasta aquí, con él, feliz, sonriente y relajado, entonces puede que sí valiera la pena.

Bennett me muerde el hombro al pasar, juguetón. Sin embargo, las palabras que suele susurrarme entre las sábanas mientras nos

aferramos el uno al otro permean el aire como si acabase de pronunciarlas en voz alta.

«*Vuelve a morderme el hombro y deja que te lo enseñe*».

Él, todo un poeta, trata mi único intento por escribir algo como si fuera un dogma. «Es mi favorito», dice antes de recitarme mis propias palabras, de las que a duras penas me acuerdo.

«Méteme en tu mente», pienso con la mirada clavada en él mientras regresamos al coche. «Quédate conmigo para siempre».

Epílogo

Paloma

DIEZ AÑOS DESPUÉS

—¡Buen tiro, Gabby!

Gabrielle Huston sonríe, dejando a la vista las palas que le faltan, mientras patina hacia mí. Tiene siete años y es la mejor del equipo; es popular entre las demás chicas y siempre tiene una sonrisa en los labios.

—Gracias, entrenadora.

Le doy un golpecito en el casco mientras ella va directa hacia el banco para beber agua.

«Entrenadora». Sonrío. Todavía sigue alucinándome lo mucho que me encanta mi trabajo como entrenadora del equipo local de hockey femenino. Lo creé yo misma, con la ayuda de Adam Reiner y la Fundación Primera Línea (la organización benéfica de patinaje de Max Koteskiy). Ya hace dos años que soy la entrenadora principal; antes me formé con otro entrenador.

Me encantan estas niñas. Y me encanta este deporte.

Soy *feliz*.

—¡Acercaos! —les pido antes de pasarle el portapapeles a una de mis asistentes de entrenadora, una adolescente.

Dejo que sea ella quien tome las riendas hoy, pues yo no puedo patinar por prescripción médica. Aunque, si mi doctora no me lo hubiese ordenado, seguro que lo habría hecho mi atractivo e intenso marido, que ahora está sentado en las gradas metálicas.

A Bennett no le gusta estar alejado de mí, esté embarazada o no. Sin embargo, ahora su preocupación tiene compañía.

Annie, con sus dos trenzas perfectamente echadas hacia atrás bajo el gorro, también está sentada en las gradas, justo al lado de su padre. Hoy se ha puesto nerviosa al saber que yo no estaría en casa (sobre todo, porque solemos pasar mucho tiempo juntas), pero parece que se ha tranquilizado un poco al quedarse con Bennett.

Siempre ha sido así con su padre. Ha encontrado en él la relajante presencia que Bennett siempre fue para mí.

—Hey —dice una voz grave y baja—. Shhh. No pasa nada.

Escondida en una esquina y aún medio dormida, asomo la cabeza para mirar hacia el salón. Oigo el llanto de un bebé, pero la desesperación se disipa hasta convertirse en unos discretos resoplidos mientras la niña se acomoda contra el gigantesco y cálido pecho de su padre.

Porque sabe que, en brazos de Bennett, está a salvo. Igual que me ha ocurrido a mí siempre.

Él le recita «El día de verano», de Mary Oliver, en voz baja, y nuestra hija vuelve a quedarse dormida. Lleva leyéndole el mismo poema desde que me quedé embarazada.

He aquí su rutina de cada mañana. A pesar de que ahora estamos en mitad de la noche, lo cual no es habitual porque Annie suele dormir del tirón.

Mi pequeña marmota... Por lo general, me despierto antes que ella.

El primero en levantarse es Bennett. Prepara el café y me deja un poema en la nevera, pegado con uno de nuestros imanes de palabras.

A veces, es algo romántico y precioso. Otras, algo astuto y divertido.

En ocasiones, yo también le escribo algo a modo de respuesta.

Quiere que lea los poemas cuando esté sola; cuando entra en la cocina y me ve de pie delante de la nevera, con la vista puesta en sus palabras, siempre se sonroja. Me gusta estar despierta para ver cómo se va a trabajar. Sobre todo porque su indumentaria como profesor de Poesía y Literatura es casi pornográfica: unos impecables pantalones marrones, una camisa de cuello y una americana de tweed.

Un día se puso un chaleco de punto encima de la camisa. Lo abordé en mitad de la cocina y le obligué a hacérmelo con las manos hundidas en mi pelo mientras el sol empezaba a iluminar nuestra mesa de madera de roble. Puede que ese día me quedase embarazada; quién sabe.

Por la noche, siempre se pone más tierno. Nos duchamos juntos tan a menudo que, cuando reformamos la casa, Bennett pidió que nos hicieran una bañera más grande. Ahora, sin embargo, cuando me lava el pelo, noto que se le enreda con la alianza. Porque se niega a quitársela.

Cada tirón es sinónimo de confort.

—Hey, P. —dice con un hilo de voz mientras me acomodo a su lado, en el sofá.

Me acurruco y apoyo la sien en su hombro mientras miro a nuestra hija.

—Es perfecta de los pies a la cabeza, ¿eh?

Bennett asiente con una centelleante sonrisa y responde:

—Es igual que tú.

No es la primera vez que lo dice. De pequeña y hasta que crecí, esta frase me atormentaba; ahora, en cambio, me relaja y me aporta cierta calidez. Hablé con mi psicóloga sobre la primera vez que Bennett me lo dijo, de forma totalmente inocente, cuando me encerré en el baño a llorar.

Ahora dejo que esa misma frase me llene de orgullo y ahuyente cualquier miedo que siga pudiendo habitar en mi interior.

Aunque me preocupo. Quiero ser una buena madre. Me quedé embarazada sin que lo hubiésemos planeado. Yo no tenía claro si quería tener hijos. De modo que tuve que decidir más deprisa de lo previsto. Bennett me apoyó, decidiera lo que decidiera.

En estos momentos, con la luz de la luna colándose a través de los gigantescos ventanales de Speyside y el sonido de las olas en el exterior, no podría sentirme más agradecida por la vida que he conseguido labrarme. Por la familia que tengo.

Y ahora, con la mano apoyada en la parte baja de la barriga, que ya está empezando a notárseme, me siento igual: inmensamente agradecida por la familia que hemos creado. Estoy sentada en el banco y ni siquiera me he puesto los patines. Aun así, esas dos personas que tanto se preocupan por mí me vigilan.

Al tenerlos a los dos cerca, la calidez que vive siempre mi corazón crece y brilla con más fuerza gracias al cariño de ambos.

Una vida y un amor por los que he luchado.

Me gradué con buena nota. Testifiqué contra Ethan y ayudé a alargar su pena al personarme para declarar junto con las otras chicas a quienes había hecho daño.

Y luego seguí adelante para recuperar el control de mi vida.

Me ofrecieron prácticas en cuatro sitios distintos, pero el primer año me decanté por una opción relativamente local. Así podría pasar tiempo en casa de los Reiner, con Bennett y Adam.

Y con Alessia, a quien empecé a ver bastante con Adam.

La primera vez que le pregunté al respecto, se sonrojó, pero yo ya sabía que ella también tenía sus cosas, un pasado que la había hecho ser quien era. Al igual que sabía que Adam era uno de los hombres más pacientes que hay sobre la faz de la Tierra, justo después de su hijo.

Hicieron las cosas a su propio ritmo. Sin embargo, ahora, Alessia vive con él y se va recuperando un poquito más cada día.

Trabajé para dos equipos de la ECHL; en ambos fui la primera mujer asistente de entrenador, antes de empezar a trabajar para equipos de hockey femeninos. Y luego me puse a entrenar a niñas, que es lo que realmente me apasiona.

Además, he encontrado mi sitio en nuestra pequeña y fría ciudad costera.

Informo a mi asistenta de entrenadora de que doy mi jornada por terminada y les digo a las chicas que descansen antes de los partidos del fin de semana. Acto seguido, voy hacia la salida del túnel, donde sé que me esperan mi marido y mi hija.

Annie echa a correr directa hacia mí y me envuelve con sus pequeños brazos. Bennett se queda rezagado, con su bonito abrigo

azul marino y esos elegantes pantalones de vestir; con una alegre sonrisa en el rostro, bajo la barba. A cada año que pasamos juntos, Bennett se vuelve más y más atractivo.

—¿Listas para que nos marchemos a casa, amores?

Tanto Annie como yo sonreímos. Y por un segundo, en los brillantes ojos de Bennett, veo ese reflejo, con la cara pegada a la de mi hija. Esa miniyó a quien quiero más que a la vida entera.

—Listas —respondemos al unísono, acercándonos más para que pueda envolvernos a ambas con los brazos.

En cada segundo. En cada instante. Bennett ha estado ahí en todo momento. Y no me dejará nunca.

La orilla de mi ondulante y calmada marea.

Bennet

—¿Papi?

Me quedo trabajando hasta más tarde lo habitual. Eso significa que no he podido ducharme con mi mujer ni prepararle un baño; lo cual, a su vez, implica que estoy irritado (y eso es quedarse corto). Sin embargo, me basta con oír la vocecita de nuestra hija para que mi frustración se desvanezca.

Esbozo una amable sonrisa, me giro y me encuentro con Annie y su rubia melena enmarañada, señal de que acaba de despertarse. Duerme igual que su madre: se mueven bruscamente y sin parar, pero son de sueño profundo. En las manos lleva un conejo de peluche que me resulta familiar.

Siete la sigue despacio. Con cada día que pasa, tiene más canas en las orejas y en el hocico. Como yo, mi leal perro siempre sigue a mis chicas de cerca.

—Hola, sirenita —digo, abriendo los brazos para que mi hija se acerque.

La niña se me sube al regazo. Alargo el brazo por detrás de ella y le rasco las orejas a Siete, que se sienta al lado de mi muslo.

—¿Has tenido una pesadilla?

—No. —Vuelve a frotarse los ojos—. Mami se encuentra mal otra vez.

Me da un vuelco el corazón y tengo que pararle los pies a mi ansiedad.

Que Paloma esté embarazada es... difícil de gestionar. Sobre todo porque activa todas y cada una de mis emociones. Alegría porque tendré otro bebé con ella. Pero también miedo porque soy consciente de todo lo que puede salir mal. Cuando estuvo embarazada de Annie, todo fue estupendo, pero se quedó a la vez que Sadie, cuyo embarazo fue uno de los más difíciles que he visto en mi vida.

Temía que, después de eso, Rhys fuera a atarse al brazo de su mujer y a dejar el hockey. O que nunca volviera a acostarse con ella, por miedo a dejarla preñada de nuevo. Le recordé que era muchísimo más fácil optar por una vasectomía.

—De acuerdo, sirenita. ¿Qué tal si te llevo a la cama y luego voy a cuidar de mami? —Me levanto y la cojo con un brazo como si nada —. ¿Os habéis quedado dormidas en la habitación de mamá y papá?

Mi hija sonríe y bosteza de nuevo.

—Hemos construido un fuerte.

Sonrío y sacudo la cabeza mientras llevo a mi hija a su habitación de color rosa princesa para arroparla, aunque tiene los ojos cerrados y ya está medio dormida. Tras cerrarle la puerta con cuidado, voy hacia el dormitorio principal y casi tropiezo con los restos del «fuerte».

Paloma Blake es una madre maravillosa. Y se le dan muchísimo mejor los niños que a mí, aunque ella nunca lo reconocerá.

Cuando decidimos seguir adelante con el embarazo de Annie, estaba aterrada. Nos peleábamos sin parar, nos enfadábamos y estábamos agotados y constantemente frustrados. Ella porque ser madre la aterraba y estaba convencida de que le arruinaría la vida al bebé, por más que quisiera tener hijos. Y yo porque Paloma no se veía a sí misma de manera objetiva. Pero el proceso de recuperación nunca es lineal. Y no pasa nada.

Mi amor por ella nunca menguará, jamás se agotará. Solo puede crecer.

Empecé a ir a sesiones de terapia con Paloma para ver cómo podía ayudarla a superar ese miedo a la maternidad.

Trabajamos en ello. Sin embargo, sigue sin entender cómo la mira Annie, con los ojos centelleantes. Si le preguntan a mi hija quién es su persona, princesa o criatura mágica favorita; siempre responderá lo mismo a todo: «mi madre».

Siete está delante del baño, moviéndose nervioso de un lado a otro y más deprisa de lo que suele hacerlo ahora. Gime un poco y presiona la puerta con el hocico.

—Ya lo sé, colega —susurro, y le acaricio la cabeza—. ¿P.? —digo, llamando con suavidad a la puerta antes de entrar en nuestro amplio baño.

Paloma está sentada en el lavabo, con la cabeza apoyada en la pared y mirándome con la cara empapada.

—Hey.

—Amor, por Dios... —murmuro, mojando una toalla con agua fría con manos temblorosas. Me acerco a ella y le coloco la toalla bajo su enredado pelo—. Te he dicho que me avisaras si te encontrabas mal.

—Es que ha sido muy de repente —refunfuña—. ¿Crees que Speyside está demasiado aislada?

Voy hacia la ducha, abro el grifo y pongo el agua lo suficientemente tibia para Paloma.

—¿Cómo dices?

—¿Speyside? ¿Crees que queda demasiado aislada para Annie y Benjamin?

Sacudo la cabeza y me sonrojo al oír que llama así a nuestro bebé, otra vez. «Le pondremos Ben, como tú», me dijo hace unas semanas, cuando nos enteramos de que volvía a estar embarazada. Ahora sí que lo estábamos buscando.

—No sabemos si será niño, ya te lo dije.

—Lo noto... —masculla, dejando que la levante y la desnude poco a poco—. Pero no te he preguntado eso.

—¿A qué te refieres con que si está aislada?

—Para que Annie y Ben crezcan aquí...

Frunzo el ceño.

—Sadie y Rhys han comprado la casa de al lado. —Aunque, por la naturaleza solitaria de la zona, queda a kilómetros de la nuestra—. Vendrán en verano y cuando no sea temporada de hockey.

Paloma asiente, pero me planta las manos en el bíceps antes de que pueda meterla en la ducha.

—Ya lo sé, pero... —Se le apaga la voz y deja la frase a medias.

—¿Qué ocurre, amor? —le pregunto, agarrándole la cara con ambas manos—. Dime a qué viene todo esto, anda.

—No quiero que Annie se sienta sola. No quiero que no tenga amigos.

Se me revuelve todo por dentro y acerco al mío su cuerpo, desnudo, para besarle la sien, el pelo, todo lo que pueda. «Mi preciosa mujer. Mi alma gemela».

—Eso, nunca, P. Te lo prometo. Además, Annie empieza el cole dentro de nada, ¿a que sí? Ya veremos cómo va la cosa. Y, si esto se nos queda pequeño, siempre podemos mudarnos, ¿de acuerdo?

—Pero ¿seguiremos teniendo siempre la casa de la playa?

Aquí me enamoré perdidamente de Paloma Blake una y otra vez. Es su lugar seguro. Tanto como para mí. Aquí celebramos cumpleaños. Aquí perdí la virginidad con la chica a la que quiero. En esa casa hay pedazos de nuestras almas esparcidos por doquier.

—Naciste para estar cerca del agua —le digo. Agacho la cabeza y le doy un beso en el pelo—. Siempre tendremos esta casa.

Igual que siempre nos tendremos el uno al otro.

—Hazme tuyo ola tras ola —susurro mirando cómo se hunde bajo el agua, cual océano que cobra vida—. Hunde tus corrientes en mi cuerpo. Quiéreme, quiéreme, quiéreme.

Siempre supe que sería así.

El amor de mi maldita vida.

La firme orilla de su agitado, encantador, vivo y vibrante mar.

Agradecimientos

En primer lugar, este va para tata. Isabella, mi única hermana; todavía me siento igual de ilusionada que cuando tenía tres años y te conocí. Verte crecer es como ver el amanecer más brillante del mundo. Eres muchísimo más fuerte de lo que crees. Nunca lo dudes.

A Austin, mi adorado amor. Gracias por estar a mi lado mientras escribía este libro. Fue un proceso agotador emocionalmente y, como la firme orilla que eres para mí, tú nunca flaqueaste. A mi madre y a mi familia: muchísimas gracias por ser los primeros en apoyarme siempre.

Caitlin: esto no sería posible sin ti, literalmente. Te estoy eternamente agradecida. Eres mi princesa guerrera, mi campeona y una amiga de las de verdad. Por muchos años más de platos franceses, copas y charlas sobre libros. Me ayudas a ser mejor escritora.

A todo mi equipo de Atria & Hodder: ¡gracias! Melanie, Elizabeth, Holly, Dayna, Lucy... ¡Hacéis girar mi mundo entero! Suzy, mi reina británica: gracias por mantenerme cuerda en todo momento y por cuidar siempre de mí.

A Bal, cuya amistad adoro. Has estado a mi lado a lo largo de todo este viaje. Me ha encantado ir de tu mano y verte brillar. Tu don para la fraseología y la creación en obras románticas me convierte en mejor autora a diario. P. D.: Vayámonos de compras.

A Jo. Conoces a estos personajes tan bien como yo o incluso mejor. Gracias por tu amistad, por hablar conmigo y sacarme de situaciones complicadas, así como por escuchar mi verborrea sobre Bennett Reiner en un millón de ocasiones. Si no te tuviera a mi lado, mi mundo giraría al revés.

A Sam. Adam Reiner va para ti. Oficialmente.

A Monica. Gracias por el trabajo que haces con todos los libros, pero, sobre todo, por el que has hecho con esta obra. Has tratado estos personajes con sumo cuidado. Te lo agradezco con todo mi corazón.

Decir que este libro es muy importante para mí sería quedarme corta. He tenido a Paloma Blake y a Bennett Reiner *in mente* desde el primer libro. La trama de *Unsteady* me vino enseguida y la escribí en tres meses; cuando empecé *Unloved*, no tenía demasiado claro por dónde seguiría y el proceso de creación fue como una montaña rusa (una por la que estoy enormemente agradecida). Sin embargo, *Unbound* supuso un reto distinto.

Sabía cómo sería su historia desde el momento en que escribí la escena de la cafetería de *Unsteady*, cuando Bennett se molesta con el fingido temple y la evidente falsedad de Paloma, pero, al marcharse, le deja un yogur de color para que ella se lo coma. Para mí, esa fue la base de la conexión que compartían; a partir de ese momento, fue siempre a más.

Le estoy muy agradecida a toda la gente que ha compartido su experiencia personal conmigo y que ha ayudado a que estos personajes cobraran vida en el papel. Y gracias a vosotros, lectores, por continuar acompañándome en cada uno de estos recorridos.

Estoy eternamente agradecida por poder contar con cada uno de vosotros.

Esto de darme las gracias a mí misma en cada libro se ha convertido en una costumbre y... Guau, no sé por qué estoy llorando al escribir estas líneas, pero *Unbound* también va para mí. Por las partes de mí misma que he entretejido cuidadosamente en las páginas de este libro, por las palabras que he sacado de mi interior y he plasmado en el papel. Este libro es distinto.

Y, para terminar, a mi padre, el poeta. Como «*hater* de la poesía» que era de adolescente, te pido perdón. Ahora lo entiendo. Espero que estés orgulloso de mí.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com